LA COMPAÑERA
Lectora Rechazada del
REY LICÁNTROPO

UN ROMANCE DE CAMBIAFORMAS
CON COMPAÑERA RECHAZADA
E HIJO SECRETO



ELARA HAZE
KA IRIS

La compañera lectora rechazada del rey licántropo

Un romance de cambiaformas con compañera rechazada e hijo secreto

Elara Haze & KA Iris

Copyright © 2026 por Elara Haze & KA Iris

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende de debe inferirse ninguna identificación con personas (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos reales.

Boletín

PULSE AQUÍ

para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.

Índice

La compañera lectora rechazada del rey licántropo: Un romance de cambiaformas con compañera rechazada e hijo secreto

La compañera lectora rechazada del rey licántropo

- Advertencia sobre el contenido
- 1. Wen
- 2. Wen
- 3. Wen
- 4. Wen
- 5. Malachar
- 6. Wen
- 7. Wen
- 8. Wen
- 9. Wen
- 10. Wen
- 11. Malachar

12. Wen
13. Malachar
14. Wen
15. Wen
16. Wen
17. Malachar
18. Wen
19. Wen
20. Wen
21. Malachar
22. Wen
23. Wen
24. Malachar
25. Wen
26. Wen
27. Wen
28. Malachar
29. Wen
30. Wen
31. Malachar
32. Wen
33. Wen
El bebé de la compañera lectora para el rey licántropo
Advertencia sobre el contenido
1. Wen
2. Malachar
3. Wen

4. Malachar
5. Wen
6. Wen
7. Malachar
8. Wen
9. Wen
10. Wen
11. Wen
12. Malachar
13. Wen
14. Wen
15. Wen
16. Wen
17. Malachar
18. Wen
19. Wen
20. Wen

La compañera lectora rechazada del rey licántropo: Un romance de cambiaformas con compañera rechazada e hijo secreto

LA COMPAÑERA LECTORA RECHAZADA DEL REY LICÁNTROPO

Accidentalmente invoqué a un rey hombre lobo desnudo de casi dos metros en mi librería.
Ahora dice que soy su pareja destinada.

Solo soy una devoradora de libros obsesionada con el romance que intenta mantener viva la tienda de mis abuelos.

Yo *no* me apunté para tener un Rey Lycan gruñón y posesivo que se niega a dejar mi lado **porque algún vínculo mágico dice que le pertenezco.**

Malachar Ashborne es peligroso. Dominante.
Y completamente obsesionado conmigo.

Merodea por mi tienda como si fuera suya.
Gruñe a cualquier hombre que respire en mi dirección.

¿Y cuando encuentra mi colección de libros picantes?

Los lee todos - tomando *notas detalladas* sobre cómo hacerme caer rendida.

«Pienso en ti constantemente.
Cómo sabrías.
Cómo sonarías cuando te haga mía».

Entonces deja de tomar notas y empieza a *demostrarlo*.

Marca mi cuello para que todos sepan que estoy reclamada.
Me deshace contra las estanterías de la librería hasta que suplico por más.
Me hace creer que soy suya para siempre.

Hasta que su reino lo arrastra de vuelta - y **me rechaza frente a toda su corte.**

Pero hay algo creciendo dentro de mí que lo cambia todo.

Y cuando el Rey Lycan lo descubre...

Volverá arrastrándose de rodillas.

Lástima que no he decidido
si le dejaré suplicar...
o veré cómo arde.

EL BEBÉ DE LA COMPAÑERA LECTORA PARA EL REY LICÁNTROPO

Invoqué accidentalmente a un rey hombre lobo con un hechizo de Halloween.
Cuatro años después, todavía está obsesionado conmigo.

Todavía gruñe a cualquier hombre que me mire.

Todavía se pone celoso de los guardias simplemente por existir cerca de mí.

«Estoy celoso de todos», confiesa Malachar. *«Me consume»*.

¿Dramático? Absolutamente.

Pero también es el hombre que me roba las novelas románticas picantes.

Y usa las frases en la cama.

«Tu cuerpo es como un templo del deseo», gruñe en medio de una embestida.

Me río tan fuerte que resoplo.

Parece ofendido pero no se detiene.

Así somos nosotros.

Calor y caos y un niño de cuatro años que negocia galletas como un pequeño abogado.

Entonces los poderes de nuestro hijo explotan en un banquete real.

Me llaman puta.

Llaman a mi niño bastardo.

Exigen que sea destruido.

De repente, nadie se ríe.

¿Y mi marido?

Ha estado ocultando secretos sobre mi linaje durante cinco años.

«Fui estúpido y me equivoqué», admite.

Sí. Lo fue.

Duerme en su estudio hasta que lo perdone.

Lo hago. Eventualmente.

Es molestamente difícil seguir enfadada con él.

Porque cuando los asesinos vienen por nuestro hijo, descubro que no soy la humana indefensa que creen.

Tengo sangre de bruja.

Magia de portales.
Y acabo de prender fuego a un hombre.

«Masacraría a cada uno de ellos», gruñe Mal.

Igual, cariño. Igual.

Llamaron monstruo a mi niño.

Deberían haber conocido a sus padres.

La compañera lectora rechazada del rey licántropo

—•—

Accidentalmente invoqué a un rey hombre lobo desnudo de casi dos metros en mi librería.
Ahora dice que soy su pareja destinada.

Solo soy una devoradora de libros obsesionada con el romance que intenta mantener viva la tienda de mis abuelos.

Yo *no* me apunté para tener un Rey Lycan gruñón y posesivo que se niega a dejar mi lado **porque algún vínculo mágico dice que le pertenezco.**

Malachar Ashborne es peligroso. Dominante.
Y completamente obsesionado conmigo.

Merodea por mi tienda como si fuera suya.
Gruñe a cualquier hombre que respire en mi dirección.

¿Y cuando encuentra mi colección de libros picantes?

Los lee todos - tomando *notas detalladas* sobre cómo hacerme caer rendida.

«Pienso en ti constantemente.
Cómo sabrías.
Cómo sonarías cuando te haga mía».

Entonces deja de tomar notas y empieza a *demostrarlo*.

Marca mi cuello para que todos sepan que estoy reclamada.
Me deshace contra las estanterías de la librería hasta que suplico por más.
Me hace creer que soy suya para siempre.

Hasta que su reino lo arrastra de vuelta - y **me rechaza frente a toda su corte.**

Pero hay algo creciendo dentro de mí que lo cambia todo.

Y cuando el Rey Lycan lo descubre...

Volverá arrastrándose de rodillas.

Lástima que no he decidido
si le dejaré suplicar...
o veré cómo arde.

Advertencia sobre el contenido

Esta historia está destinada a lectores mayores de 18 años y contiene temas que pueden resultar delicados para algunos. Contiene lenguaje explícito, violencia gráfica y escenas de sexo.

1

—•—

Wen

Noche de Halloween, y mi librería lucía exactamente como cabría esperar de una tienda perteneciente a alguien con habilidades decorativas cuestionables. Telarañas falsas colgaban de cada superficie, velas LED que definitivamente no engañaban a nadie, y un esqueleto de cartón al que había llamado Gerald apoyado en la esquina. La estética gritaba "sección de liquidación de una tienda de fiestas", pero estaba extrañamente orgullosa de ello.

La Sociedad de los Destellos de Edward estaba actualmente desparramada por el rincón de lectura en varios estados de éxtasis post-libro. Sí, así es como nos llamábamos realmente. No, no nos avergonzábamos. Nos habíamos estado reuniendo cada último domingo desde el primer año de instituto, y si pensabas que íbamos a cambiar nuestro nombre ahora solo porque éramos adultas con títulos y responsabilidades, estabas equivocado.

La elección de este mes había sido un romance demoníaco que básicamente era porno con una trama grapada encima. Lo habíamos terminado hacía veinte minutos, y el análisis iba exactamente como se esperaba.

—Solo digo que el estreñimiento emocional es sexy cuando además mide más de dos metros y podría levantar un coche como si nada —Krystin examinaba su esmalte de uñas negro sin levantar la mirada. Había venido vestida en modo gótico total esta noche - todo negro, desde su pelo hasta su pintalabios y las botas militares que había apoyado en mi mesa de café. Si no la conocieras, pensarías que era del tipo rebelde. Estarías equivocado. La mujer se había graduado con honores de la escuela de enfermería y lloraba con los anuncios de refugios de animales.

Bella hizo un ruido que podría haber sido de acuerdo o podría haber sido un derrame cerebral. Su cara se había puesto tan roja que sus pecas estaban desapareciendo en el rubor.

—¿Podemos por favor dejar de hablar sobre... sobre el capítulo diecisiete? Mi cara está ardiendo.

—El capítulo diecisiete fue suave comparado con el veintitrés —señalé, alcanzando mi café. Tercera taza de la noche. Demándame.

Bella chilló y enterró su cara en su cárdigan extragrande. La chica se ahogaba en tela, sus rizos rubios escapándose en todas direcciones. Parecía tener unos doce años, no veintitrés.

—No puedo creer que haya leído eso en público. ¿Y si alguien lo vio?

—Bastante seguro que al demonio no le importaría tu reputación, Bells —tomé un largo trago. Todavía caliente. Perfecto.

Daphne, que había estado callada hasta ahora, finalmente intervino con el tipo de observación que me hacía recordar por qué la amaba.

—En realidad hay una hermosa cualidad gótica en el romance prohibido durante una tormenta. Muy al estilo Brontë. La oscuridad exterior refleja la oscuridad del deseo interior.

Me atraganté con mi café.

—¿Acabas de comparar porno demoníaco con literatura clásica?

—Todo romance es literatura si eres lo suficientemente pretenciosa al respecto —la sonrisa de Daphne era serena. También se había vestido toda de negro, pero de esa manera sin esfuerzo y elegante que la hacía parecer melancólica y misteriosa en lugar de estar intentándolo demasiado. Su cabello oscuro estaba recogido en un moño, y tenía un diario de cuero en su regazo en el que había estado tomando notas durante toda la discusión. La chica se tomaba el club de lectura en serio.

Un trueno retumbó afuera, y la lluvia comenzó a golpear contra las ventanas. El universo aparentemente estaba de acuerdo en que esta noche necesitaba atmósfera.

Amaba a estas tres idiotas. Cuando esa encuesta obligatoria de primer año nos había emparejado basándose en nuestro amor compartido por la lectura, inmediatamente inicié un acalorado debate sobre el Equipo Edward versus el Equipo Jacob. Estas tres habían respaldado a Edward sin dudarlo, y eso fue todo. Amistad de por vida. Habíamos sobrevivido al instituto, a las solicitudes universitarias, a separarnos para ir a la universidad y a regresar a Ryeville una por una.

Hace seis meses, el corazón de mi abuela cedió. Mi abuelo la siguió tres semanas después porque aparentemente estaban tan asquerosamente enamorados que ni la muerte podía separarlos por mucho tiempo. Conduje de regreso desde la ciudad con una bolsa de lona y un corazón que se sentía como carne molida. Estas tres me estaban esperando en la librería con vino y decisiones terribles.

Me habían sostenido mientras lloraba feamente. Me habían ayudado a clasificar décadas de pertenencias de mis abuelos. Se habían presentado cada domingo sin falta para mantener viva nuestra tradición del club de lectura, incluso cuando apenas podía funcionar lo suficiente para leer.

La librería en sí era un desastre. Mis abuelos no me habían dicho lo mal que se habían puesto las cosas antes de morir. El lugar había estado cerrado durante meses. Estaba desangrándome económicamente tratando de mantenerla a flote, pero esta tienda era el último hilo que me conectaba con ellos, y me condenaría si la dejaba hundirse.

Pero esta noche no se trataba de ansiedad financiera o duelo que estaba ignorando agresivamente. Esta noche se trataba del pene demoníaco y de elegir nuestra próxima lectura.

Junté mis manos, haciendo que Bella saltara.

—Muy bien, escuadrón de destellos. Nuevo plan. Cada una se dispersa y encuentra un libro para nominar. Que sea bueno. Que sea picante. Que sea algo que haga que Bella arda espontáneamente para el capítulo tres.

—Te odio —murmuró Bella, pero estaba sonriendo.

—Me amas —me levanté, estirándome. Mis articulaciones crujieron. Veintitrés camino a los ochenta—. Todavía no he catalogado ni la mitad de las cosas que el abuelo dejó en la parte de atrás, así que consideren esto una aventura. Traigan sus teléfonos como linternas porque el cableado en este lugar es más viejo que Dios.

Krystin se levantó, sus botas resonando en el suelo.

—Si encuentro una araña, voy a incendiar este lugar.

—Genial. El dinero del seguro ayudaría.

Nos separamos, cada una dirigiéndose a diferentes secciones de la tienda. Agarré mi teléfono y me dirigí hacia la parte trasera, a la sección que el abuelo siempre había llamado "el archivo". En realidad, era solo un rincón espeluznante lleno de libros tan viejos que probablemente tenían opiniones sobre la Guerra Civil.

Un trueno volvió a retumbar, lo suficientemente fuerte como para sacudir las ventanas. Las luces parpadearon.

Esto estaba bien. Totalmente bien. Nada espeluznante en vagar hacia un rincón oscuro de una librería durante una tormenta en la noche de Halloween. Básicamente era la protagonista de una película de terror, excepto que sobreviviría porque era demasiado terca para morir.

El archivo era exactamente tan acogedor como recordaba. Polvo por todas partes. Estanterías tan llenas que los libros parecían listos para organizar una revuelta. El olor a papel viejo y cuero y al tiempo mismo. La linterna de mi teléfono cortaba la penumbra, pero apenas. La situación de las bombillas LED aquí atrás era desesperada.

Estaba murmurando para mí misma sobre la necesidad de contratar a un electricista que no podía permitirme cuando tronó tan fuerte que estaba bastante segura de que Dios acababa de dejar caer su bola de bolos.

Salté. Mi cadera golpeó contra un estante inferior. Los libros inmediatamente me traicionaron, cayendo en una cascada de traición literaria.

—¡Oh, jódeme de lado! —Levanté las manos, tratando de proteger mi cabeza. Un tomo particularmente grueso golpeó en mi palma. Lo atrapé, apenas, pero la esquina me cortó directamente a través del dedo índice.

El dolor atravesó mi mano. La sangre brotó inmediatamente, caliente y roja.

—Perfecto. Simplemente perfecto. Muerte por literatura antigua. El abuelo estaría tan orgulloso —siseé entre dientes, viendo la sangre gotear sobre la cubierta del libro.

Pero entonces miré realmente lo que estaba sosteniendo.

De acuerdo. Esto era bastante genial.

El libro era enorme. Encuadernado en cuero, agrietado pero de alguna manera todavía suave, gastado de esa manera que significaba que había sido amado. No había título. Solo símbolos extraños presionados en la portada. Símbolos que casi parecían brillar, pero eso probablemente era la tormenta jugando con la iluminación.

Las páginas estaban doradas. Cuando lo abrí, todo en el interior estaba escrito a mano. Caligrafía elaborada que parecía imposiblemente precisa. Más símbolos. Ilustraciones de lunas y estrellas y patrones geométricos que hacían que mis ojos dolieran si los miraba demasiado tiempo.

¿Era eso un lobo?

Mi dedo seguía sangrando, dejando manchas rojas en las páginas, pero estaba demasiado fascinada para preocuparme por el tétanos. Esto era el pináculo de lo espeluznante de Halloween. Exactamente el ambiente que necesitábamos.

—Oh, definitivamente vienes conmigo, cosa rara, espeluznante y perfecta —puse el libro bajo mi brazo y volví al rincón de lectura.

Las luces volvieron a parpadear mientras caminaba. Un trueno retumbó. Muy atmosférico. Muy ominoso. Justamente el tipo de señal de advertencia que la gente ignoraba en las películas justo antes de morir horriblemente.

Estaba sonriendo cuando regresé con las demás. Ya estaban reunidas alrededor de la mesa de café con sus hallazgos. Krystin tenía una primera edición de algo que no podía leer desde aquí. Daphne tenía lo que parecía una colección de poesía. Bella estaba

aferrada a una novela romántica con un hombre sin camisa en la portada y se negaba a hacer contacto visual.

—¡Chicas! —anuncié, dejando caer mi libro sobre la mesa con un golpe satisfactorio—. Dejad lo que sea que hayáis encontrado porque el mío va a dejar el vuestro por los suelos.

Se amontonaron inmediatamente. Krystin se inclinó, cejas levantadas.

—¿Eso es sangre?

—Sí. El libro me atacó. Ahora estamos unidos.

—¿Deberíamos estar tocando esto? —la voz de Bella había subido una octava. Se estaba inclinando pero manteniendo sus manos cuidadosamente alejadas—. Parece maldito.

—Bells, literalmente todo en esta tienda parece maldito. Eso es parte del encanto —abrí la portada—. Mira esto. Todo está escrito a mano. Estos símbolos son una locura.

Daphne hizo un ruido que casi fue un jadeo. Sus dedos flotaron sobre la página, sin tocarla realmente.

—Esto es hermosamente inquietante. Academia oscura se encuentra con la brujería. Wen, ¿dónde encontraste esto?

—En el rincón espeluznante del abuelo. Estoy bastante segura de que ha estado allí desde el principio de los tiempos.

Hojeamos las páginas juntas. La caligrafía era anticuada, ondulante y elaborada. Mezcladas con el inglés había frases que podrían haber sido latín. Las ilustraciones se volvían más complejas a medida que avanzábamos. Lunas en diferentes fases. Hierbas que no reconocía. Patrones geométricos que parecían cambiar cuando no los mirabas directamente.

Afuera, la tormenta se intensificó. La lluvia golpeaba las ventanas. Los truenos hacían temblar el edificio. Las luces parpadearon de nuevo, permaneciendo apagadas un instante demasiado largo antes de volver.

—Esto es un libro de hechizos —susurró Bella. Se había puesto pálida—. Wen. Esto es un grimorio real.

—Por supuesto que Wen encuentra un libro de hechizos en Halloween —Krystin se rió, pero incluso ella parecía inquieta—. Tu vida es una novela juvenil.

—Vivo para entretener —seguí pasando páginas. Mis huellas sangrientas estaban por todas partes ahora. Ups—. Mirad, hay hechizos de protección. Adivinación. Círculos de invocación. Y oh dios mío.

Habíamos llegado a una sección que claramente estaba dedicada a hechizos de amor. Porque por supuesto. El universo tenía sentido del humor.

Daphne comenzó a leer en voz alta con su voz más dramática, la que usaba cuando quería sonar como una heroína gótica.

—«Para unir a través de reinos lo que el destino ha juntado. Para invocar a tu verdadera pareja a través del velo y el vacío».

Me estaba muriendo. Realmente muriendo. Esta era la cosa más ridícula que había visto jamás.

—¡Oh DIOS MÍO! Es un hechizo para 'invocar a tu alma gemela'. Tenemos que probarlo. Por la ciencia.

Krystin resopló.

—Ciencia. Claro.

—¡Hablo en serio! ¿Cuándo más vamos a tener la oportunidad de comprobar si la magia es real? Es Halloween. Tenemos un libro de hechizos. Ya le di un sacrificio de sangre —agité mi dedo aún sangrante—. Estamos como al noventa por ciento.

Bella estaba negando con la cabeza, ojos abiertos.

—Tal vez no deberíamos jugar con esto. ¿Y si realmente funciona?

—Bells. Bebé. La magia no es real. Lo peor que puede pasar es que nos sintamos tontas —encontré la página principal. Era más elaborada que las otras. Una ilustración completa de dos figuras alcanzándose a través de lo que parecía un desgarro en la realidad. Símbolos las rodeaban. En la parte inferior, en una caligrafía ligeramente más legible: "Para llamar a aquel cuya alma refleja la tuya propia".

No podía parar de reír. Esto era demasiado perfecto.

Daphne ya estaba a bordo, sus ojos brillantes.

—Tenemos que hacerlo. La estética por sí sola lo exige.

Krystin parecía divertida.

—No puedo creer que yo sea la voz de la razón aquí, pero vale. Vamos a invocar un novio para Wen. Dios sabe que necesita uno.

—Grosero pero justo —aclaré mi garganta dramáticamente, con el dedo flotando sobre la página. Mi sangre había dejado manchas en los símbolos—. Bien. Aquí no va absolutamente nada.

Empecé a leer. Las palabras eran anticuadas y formales, pero las exageré de todos modos, poniendo mi mejor voz de bruja.

—«Por sangre y hueso, por luna y estrella, te llamo a ti a través de lo lejano...»

Las luces parpadearon con más fuerza. Un trueno retumbó.

—«A través del reino y del velo, a través del espacio y del tiempo, invoco a esta alma mía...»

Mi dedo trazó los símbolos sin pensar. Los que estaban cubiertos con mi sangre. Se sentían cálidos bajo mi tacto, pero probablemente era solo porque estaba sangrando sobre ellos.

—«Lo que el destino ha unido, que ahora aparezca. Llamo a mi pareja, te atraigo aquí».

Las luces se apagaron por completo.

Todas gritaron. Incluida yo. Nos agarramos unas a otras en la oscuridad, teléfonos tropezando.

Luego vino el sonido. Un ESTRUENDO masivo y catastrófico desde la parte trasera de la tienda. El ruido estaba mal. Sonaba menos como muebles cayendo y más como si la realidad misma acababa de desgarrarse.

Las luces parpadearon de nuevo. Apagadas. Encendidas otra vez.

Oímos maldiciones. Gruñidos. Gruñidos que definitivamente no sonaban humanos.

—Qué carajo —respiró Krystin. Tenía su teléfono fuera, la linterna balanceándose salvajemente hacia la parte trasera de la tienda.

Los sonidos se acercaron. Tropiezos. Más maldiciones en una voz que era profunda y áspera y masculina. Más de esos sonidos gruñones que hacían que cada pelo de mi cuerpo se erizara.

Y entonces apareció él.

Un hombre. Masivo. Fácilmente de dos metros de altura. Completamente desnudo. Sangrando por una docena de heridas en

su pecho y brazos. Su piel estaba cubierta por lo que parecía pelaje en algunos lugares, desapareciendo en otros. Tatuajes decoraban su cuerpo, formas y remolinos y dibujos intrincados que envolvían sus brazos y atravesaban su pecho, haciéndole parecer igual de peligroso que apetecible. Sus ojos...

Sus ojos brillaban en rojo.

Rojo brillante real.

Tropezó hacia el rincón de lectura, y esos ojos se fijaron en los míos con el enfoque de un depredador. Su pecho se agitaba. La sangre goteaba sobre mi suelo. Abrió la boca, y cuando habló, su voz fue un gruñido que vibró a través de mis huesos.

—Compañera.

Entonces sus ojos se pusieron en blanco, y cayó de bruces sobre el suelo de mi librería.

Los cuatro nos quedamos mirando al hombre desnudo e inconsciente que sangraba por todo mi suelo de madera.

Nadie respiraba. La tormenta rugía fuera. Mi dedo seguía sobre la página del libro de hechizos, con sangre manchando los símbolos.

Krystin rompió el silencio.

—Bueno. Eso acaba de pasar.

Miré el libro. Mi dedo sangrando. Al hombre masivo, desnudo y probablemente-definitivamente-no-humano en mi suelo.

—¿Qué demonios acabo de hacer?

2

—•—

Wen

Nadie se movió.

Todos estábamos congelados, mirando al hombre masivo, tatuado e inconsciente que sangraba por todo mi suelo. Estaba completamente desnudo. Mierda. Agresivamente desnudo. El tipo de desnudez que te hace olvidar cómo formar pensamientos porque tu cerebro está demasiado ocupado procesando la pura cantidad de músculo y piel a la vista.

Además, estaba sangrando por múltiples heridas que parecían sospechosamente garras.

Además, sus ojos habían estado brillando en rojo antes de caer de bruces.

Además, me había llamado su compañera.

Además, estaba bastante segura de que había visto pelaje retrayéndose en su piel.

Bella fue la primera en reaccionar. Hizo un ruido que sonaba menos humano y más como una tetera alcanzando temperatura crítica.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío...

Krystin estaba de pie con los brazos cruzados, mirando al hombre con la expresión de alguien tratando de obligar al universo a tener sentido por pura fuerza de voluntad. Daphne me había agarrado del brazo y lo apretaba con suficiente fuerza para cortar la circulación, susurrando «esto es una locura esto es una locura esto es una locura» bajo su aliento.

Mi cerebro se había bloqueado. Error 404: Realidad no encontrada.

—¿Hemos...? —Mi voz salió estrangulada—. ¿Acabamos de invocar a un hombre? ¿Un hombre desnudo? ¿Con el libro?

El tono de mi voz subía con cada palabra. Sonaba desquiciada. Probablemente *estaba* desquiciada.

—¿Está muerto? ¿Lo hemos matado? ¡Dios mío, ¿hemos cometido un asesinato mediante un libro de hechizos?! ¡No era así como quería ir a la cárcel!

—Está respirando —Krystin salió de su trance, señalándolo—. Mira. No lo hemos matado. Todavía.

Miré. Desde donde estaba, podía ver su espalda moviéndose ligeramente mientras respiraba. Además, era extremadamente agradable. Definida. Musculosa. Entre los tatuajes, estaba cubierto de cicatrices que contaban historias que probablemente no quería conocer. *Para, cerebro*. Había un hombre posiblemente mágico sangrando en mi suelo. No era el momento para pensamientos lujuriosos.

—Deberíamos llamar al 911 —chilló Bella. Su cara se había puesto blanca excepto por dos manchas rojas en sus mejillas—. ¿Verdad?

¿Eso es lo que hacemos? ¿Llamar para pedir ayuda?

Pero incluso mientras lo decía, ninguna de nosotras alcanzó sus teléfonos.

—¿Y decir qué? —me oí preguntar—. Hola, sí, invocamos... algo... con un libro de hechizos y está sangrando en el pasillo tres. Nos internarán.

—Podríamos decir simplemente que lo encontramos —ofreció Daphne débilmente. Su agarre en mi brazo se aflojó ligeramente.

—Un hombre desnudo. Cubierto de marcas de garras. Que apareció de la nada durante una tormenta. Después de que leyéramos un hechizo de invocación. Claro. Irá genial.

Forcé a mis pies a moverse. Un paso. Luego otro. Me agaché cerca de él, manteniendo la distancia pero tratando de verlo mejor.

Jesucristo bailando claqué, era enorme.

Dos metros al menos. Quizás más. Puro músculo, del tipo que consigues luchando de verdad, no en un gimnasio. Cicatrices frescas cubrían su cuerpo. Antiguas, plateadas por la edad, y frescas, todavía rojas y furiosas. Su pelo era negro, lo suficientemente largo para rozar sus hombros. Parte había estado atado pero se había soltado durante lo que fuera que acababa de pasar.

Su rostro, lo que podíamos ver de él, era precioso de una manera peligrosa. Mandíbula afilada. Pómulos altos. Labios que no tenían derecho a ser tan bonitos en alguien que podría ser literalmente un monstruo. Y esas heridas...

Me incliné más cerca, tratando de ignorar cómo se aceleraba mi pulso.

Marcas de garras atravesaban sus costillas, visibles desde el costado. Un mordisco en su hombro que parecía como si algo hubiera intentado arrancarle un trozo. Un corte en su muslo que continuaba hasta la parte posterior de su pierna y me revolvía el estómago. La sangre se había acumulado bajo él, empapando la alfombra que había conseguido en una venta de garaje.

Y todavía podía ver el pelaje retrayéndose. Solo los últimos rastros, desvaneciéndose en piel bronceada.

—Dios mío —susurré. Mis manos temblaban—. ¿Es... es una criatura mítica? ¿Como un...?

No podía decirlo. Era demasiado descabellado. Demasiado imposible. Demasiado parecido a todas las novelas románticas paranormales que había leído, excepto que esto era real y estaba sucediendo en mi librería un domingo por la noche.

—¿Un hombre lobo? —respiró Daphne.

La palabra quedó suspendida en el aire entre nosotras. Pesada. Ridícula. Innegable.

Todas nos miramos.

Éramos la Sociedad del Brillo de Edward. Nos habíamos unido por elegir al vampiro en vez del hombre lobo. Habíamos pasado años defendiendo nuestra postura de Team Edward contra los fans de Jacob. ¿Y acabábamos de invocar a un hombre lobo? ¿Qué clase de broma cósmica enfermiza era esta?

—Aunque —dijo Krystin lentamente, con sus ojos aún fijos en el hombre inconsciente—, si teníamos que invocar a un hombre lobo... al menos este está buenísimo.

—¡KRYSTIN! —La voz de Bella se quebró.

—¿Qué? Solo digo. Mírale.

Todas miramos.

Sí. Él era... extremadamente atractivo. Me sentía culpable incluso pensándolo. Edward Cullen supuestamente era el pico de la belleza masculina, pero este tipo le estaba dando una seria competencia, y me sentía como una traidora a todo lo que mi yo adolescente había defendido.

—No podemos llamar al 911 —dije. Mi voz sonaba más firme de lo que me sentía—. Harán preguntas que no podemos responder. ¿De dónde vino? ¿Cómo llegó aquí? ¿Por qué está desnudo y sangrando por lo que parece un ataque animal? Si les decimos la verdad, todas acabaremos en el psiquiátrico.

—Entonces, ¿qué hacemos? —La voz de Daphne temblaba.

Miré a mis amigas. Miré al hombre sangrante, posiblemente hombre lobo, en mi suelo. Miré el libro de hechizos todavía agarrado en mi otra mano, mi sangre aún manchando la página de invocación.

—Lo... ¿limpiamos? ¿Detenemos la hemorragia? ¿Averiguamos qué demonios está pasando antes de hacer alguna llamada?

Era un plan terrible. El peor plan. El tipo de plan que hace que la gente muera en películas de terror.

Pero era el único plan que teníamos.

Bella hizo otro ruido estrangulado.

—¿Hablas en serio? Wen, no sabemos qué es. ¿Y si se despierta y nos ataca?

—Entonces Krystin lo apuñala con Gerald —señalé al esqueleto de cartón en la esquina.

—Así no es como funciona apuñalar —dijo Krystin rotundamente.

—¡Mira, no tengo una idea mejor! ¿Tienes una idea mejor? ¿Alguien?

Silencio.

—Eso pensaba —me puse de pie, mis rodillas protestando—. Krystin, tú tienes formación de enfermera. ¿Puedes al menos decirnos si se está muriendo?

Krystin dudó, luego suspiró.

—Bien. Pero si se despierta y nos come, te perseguiré como fantasma.

—Justo.

Se acercó más, agachándose con la cautela de alguien acercándose a un depredador dormido. Sus dedos fueron a su cuello, comprobando el pulso.

—Fuerte. Constante. La respiración es buena. No está entrando en shock —examinó las heridas, su rostro volviéndose profesional—. Aunque estas son malas. Muy malas. Necesita puntos. Probablemente antibióticos. Definitivamente un hospital.

—No podemos ir al hospital —le recordé.

—Sí, lo entiendo —se sentó sobre sus talones—. Necesitamos suministros. Botiquín. Toallas limpias. Agua. Tal vez algo de vodka.

—¿Para beber o para limpiar? —preguntó Daphne.

—Sí.

Nos dispersamos. Bella agarró toallas del baño de arriba. Daphne encontró algunas mantas viejas en el armario de almacenamiento.

Yo conseguí el botiquín de debajo del mostrador y una botella de vodka de la reserva de emergencia que guardaba en el cajón de mi escritorio. Krystin ya estaba moviendo la mesa de café a un lado, haciendo espacio.

Entre las cuatro, logramos poner mantas debajo de él para que no sangrara directamente en el suelo, y lo movimos para que estuviera boca arriba. El hombre pesaba una tonelada. Músculo sólido y cero grasa corporal. Mis manos hormigueaban en todas partes donde tocaban su piel, y traté muy duro de ignorar eso.

Krystin regresó con más suministros e inmediatamente entró en modo enfermera total.

—Alguien debería cubrirlo —dijo, su cara ligeramente rosa a pesar de su comportamiento profesional. Gesticuló vagamente hacia su mitad inferior—. Para que pueda pensar. Y trabajar. Sin distracciones.

Daphne le arrojó una manta, y sinceramente, ayudó. Podía sentir que mis células cerebrales volvían ahora que había menos... desnudez a la vista.

Comenzamos a limpiar sus heridas. Krystin tomó la iniciativa, dando toques cuidadosos a las marcas de garras en sus costillas. Eran profundas, furiosas, todavía sangrando lentamente. El mordisco en su hombro parecía como si algo hubiera tratado de destrozarlo. El corte en su muslo me revolvía el estómago.

—Esto necesita puntos —murmuró Krystin—. Puntos serios. Pero no podemos llevarlo exactamente a urgencias, así que...

—Sí, ya establecimos que el hospital está descartado —dije.

Estaba tratando de ayudar con vendajes, pero mis manos temblaban. Cada vez que tocaba su piel, había este extraño hormigueo. Cálido. Eléctrico. Hacía que mi corazón se acelerara, y no

solo porque había un hombre posiblemente mágico sangrando en mi librería.

Había esta atracción. En mi pecho. Tirando hacia él. Haciéndome querer inclinarme más cerca, tocar más, a...

No. Absolutamente no. No iba a ir por ahí. Estaba funcionando con adrenalina y miedo y probablemente teniendo un colapso mental. Eso era todo lo que era esto.

Pero dios, era precioso.

Incluso inconsciente y sangrando y completamente loco, era el hombre más hermoso que jamás había visto. Mandíbula fuerte que parecía cincelada en piedra. Pómulos afilados que proyectaban sombras a la luz de las velas. Labios que eran demasiado bonitos para alguien que podría ser literalmente un monstruo lobo. Su cuerpo era ridículo. Todo músculo y cicatrices y poder bruto que me hacía sentir pequeña y segura y aterrorizada todo a la vez.

Había pasado los últimos tres años pensando que podría ser asexual. Nadie me había atraído nunca. Había abandonado relaciones antes de que las cosas se volvieran físicas porque la idea de ser tocada me hacía querer salir de mi piel.

Aparentemente todo lo que necesitaba era invocar accidentalmente a un hombre lobo desde un libro de hechizos.

Mi terapeuta iba a tener un día de campo con esto.

—Tenía pelaje —dijo Daphne en voz baja. Sostenía una toalla limpia, todavía pareciendo conmocionada—. Lo vi. Pelaje real retrayéndose en su piel. Y sus ojos brillaban. Rojos. Rojo brillante.

—Y llamó a Wen su compañera —añadió Bella. Su voz apenas era un susurro—. ¿Qué significa eso siquiera?

—En la tradición de los hombres lobo... —comenzó Daphne, luego se detuvo. Se rió, el sonido ligeramente histérico—. No puedo creer que esté diciendo «en la tradición de los hombres lobo» sobre una situación real. Pero en los libros, los compañeros son... son almas gemelas. Parejas destinadas.

Mis manos se congelaron en el vendaje que estaba envolviendo alrededor de sus costillas.

—No. No, no. No vamos a hacer esto. Está confundido. O maldito. O todas estamos teniendo un brote psicótico compartido provocado por demasiado romance demoníaco y no suficiente sueño.

Pero ese hormigueo se hacía más fuerte cada vez que lo tocaba. Y la atracción en mi pecho estaba empeorando, no mejorando. Se sentía antigua. Inevitable. Incorrecta en todas las formas lógicas pero correcta de una manera que evitaba la lógica por completo.

Lo odiaba.

Terminamos de vendarlo lo mejor que pudimos. Krystin envolvió sus costillas con eficiencia profesional. Yo me encargué de su hombro, tratando de no notar lo cálida que estaba su piel. Bella vendó su muslo con los ojos medio cerrados, cara roja como un tomate. Daphne sujetaba suministros y murmuraba ánimos que sonaban más a poesía gótica que a ayuda real.

Al menos la hemorragia se detuvo. Las heridas todavía se veían mal, pero ya no estaban tratando activamente de matarlo. Respiraba profunda y uniformemente, su pecho subiendo y bajando en un ritmo constante que me encontré igualando sin querer.

Me senté sobre mis talones, mirándolo. A este hombre imposible, hermoso, aterrador que me había llamado su compañera y luego se había desmayado en mi suelo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Daphne.

—Esperamos —dije. Mi voz sonaba hueca—. Y cuando despierte, obtendremos respuestas. De dónde vino. Cómo devolverlo.

Las cuatro nos sentamos allí, rodeadas de toallas ensangrentadas y suministros de primeros auxilios. La tormenta todavía rugía afuera, la lluvia golpeando las ventanas en oleadas. El trueno retumbaba, más distante ahora. Las velas LED parpadeaban en la corriente de aire de algún lugar, sombreando su rostro.

Krystin agarró la botella de vodka y bebió un largo trago directamente de ella. No ofreció compartir. Nadie la culpó.

—Así que —dijo en el silencio. Ahora estaba limpiando sangre de sus manos con una toalla—. ¿Vamos a hablar del elefante en la habitación?

—¿El hombre lobo desnudo? —pregunté.

—El hecho de que lo invocaste. Con tu sangre. Y él inmediatamente te llamó su compañera. En Halloween.

Abrí la boca. La cerré. La abrí de nuevo.

—No tengo defensa.

—Esto es tan romántico —susurró Daphne. Sus ojos brillaban a pesar del miedo—. Amor prohibido. Compañeros destinados. Una invocación que salió bien.

—¿Salió bien? —chilló Bella—. ¿Cómo es esto salir bien? ¡Hay un hombre posiblemente mágico sangrando en el suelo de Wen!

—Pero es su alma gemela —insistió Daphne.

—No sabemos eso —dije rápidamente. Demasiado rápido—. No sabemos nada. Tal vez el hechizo solo agarró a una persona al azar. Tal vez fue coincidencia. Tal vez...

Mi voz se apagó. No sabía qué demonios decir. Bella estaba abrazando sus rodillas contra su pecho, meciéndose ligeramente. Daphne se había envuelto con sus brazos, mirando al hombre inconsciente con una expresión atrapada entre miedo y fascinación.

Y yo solo estaba sentada allí, rodeada de mis mejores amigas y un hombre lobo sangrante, preguntándome cómo demonios mi vida había pasado de ser una propietaria de librería en apuros a protagonista de un romance paranormal en el lapso de dos horas.

El pecho del hombre subía y bajaba. Subía y bajaba. Constante como un latido del corazón.

Esperamos.

3

—•—

Wen

Llegó la mañana y no había dormido. Ninguno de nosotros lo había hecho.

Habíamos pasado las últimas seis horas subiendo a un hombre lobo inconsciente por una estrecha escalera hasta mi apartamento sobre la librería. Nos llevó a los cuatro y más maldiciones de las que había dicho en toda mi vida. El hombre pesaba una tonelada. Puro músculo y cero cooperación.

Primero intentamos con mi cama, pero esa idea murió rápidamente. Uno, no iba a poner a un extraño posiblemente mágico en mi cama. Dos, era demasiado grande. Sus piernas colgaban del extremo de mi sofá, un brazo tatuado arrastrándose por el suelo, y aun así parecía incómodo.

El resto de la noche había sido un borrón de teorías e investigación. Bella tenía su portátil abierto, escribiendo furiosamente, investigando vínculos de pareja y tradiciones de hombres lobo con la dedicación de alguien escribiendo una tesis doctoral. Krystin seguía revisando sus heridas, asegurándose de que los vendajes aguantaran y que el

sangrado no volviera a empezar. Daphne leía y releía el libro de hechizos, tratando de averiguar qué habíamos hecho.

Yo principalmente me quedaba mirándolo y tenía una crisis existencial.

Él no despertaba. Solo seguía respirando, profunda y constantemente, con el pecho subiendo y bajando con precisión mecánica.

Para cuando la débil luz de la mañana se filtraba por las ventanas de mi apartamento, todos estábamos muertos de cansancio. Krystin tenía oscuras ojeras que ni siquiera su cuidadosamente aplicado delineador podía ocultar. Las gafas de Bella estaban manchadas y torcidas en su cara. Daphne había renunciado a verse estética y estaba envuelta como un burrito en una manta en mi suelo.

Estaba bastante segura de que había consumido suficiente café como para matar a un caballo pequeño.

—Deberíamos revisarlo —dijo Bella por quinta vez en una hora.

Todos nos acercamos sigilosamente al sofá. El hombre seguía inconsciente. Seguía siendo imposible. Al menos sus heridas habían dejado de sangrar. Los vendajes aguantaban. Era algo.

—Tal vez deberíamos intentar despertarlo —sugirió Daphne nerviosamente—. Ha estado inconsciente durante horas. Eso no puede ser bueno.

—O tal vez dejamos que los hombres lobo durmientes descansen —rebatió Krystin. Cruzó los brazos, mirándolo fijamente—. ¿Qué va a hacer cuando se despierte? Llamó a Wen su pareja. Tenemos que hablar de eso.

—No hay nada de qué hablar —dije rápidamente. Demasiado rápidamente—. Claramente está confundido. O maldito. O todos

estamos teniendo un brote psicótico compartido. Me quedo con la teoría del brote psicótico. Es la más lógica.

Pero incluso mientras lo decía, podía sentir esa extraña atracción otra vez. La que había estado ahí toda la noche, haciéndose más fuerte con cada hora. Un hilo entre mi pecho y el suyo, tirando suave pero insistentemente. Me estaba volviendo absolutamente loca.

Finalmente decidieron irse a casa e intentar dormir. Prometí que llamaría si pasaba algo. Enviar mensajes cada hora. Mantener mi teléfono encendido. No querían irse —¿y si se despertaba y me asesinaba?— pero insistí en que estaría bien.

—Tengo spray de pimienta, un bate de béisbol y una cuestionable capacidad para tomar decisiones —les dije en la puerta—. ¿Qué podría salir mal?

Krystin me dio una mirada que decía todo lo que su boca no. Aun así se fueron, extrayendo unas cincuenta promesas más de que me mantendría a salvo.

Después de que se fueron, me quedé en mi apartamento por un largo minuto, mirando al hombre inconsciente en mi sofá. No soportaba estar allí y simplemente mirarlo, así que huí abajo a la librería.

El lugar era un desastre. Toallas ensangrentadas por todas partes. Suministros de primeros auxilios esparcidos por el suelo. El libro de hechizos aún sentado en la mesa de café, burlándose de mí con sus antiguos símbolos y mi sangre seca manchando las páginas.

La librería estaba silenciosa. Demasiado silenciosa. Solo yo y la luz de la mañana temprana colándose por las ventanas y el sonido distante de la lluvia que finalmente había parado.

Acababa de empezar a limpiar la mesa de café cuando lo escuché.

Un estruendo desde arriba.

Mi corazón saltó a mi garganta. La toalla cayó de mis manos.

Oh dios. Estaba despierto. El hombre lobo estaba despierto en mi apartamento.

Me quedé paralizada, cada músculo bloqueado. Mi cerebro gritaba dos mensajes diferentes. Uno: sube corriendo y comprueba si está bien. Dos: sal corriendo por la puerta principal y no vuelvas nunca.

Antes de que pudiera decidir, hubo pasos. Pesados. Irregulares. El sonido de alguien moviéndose por mi apartamento con la gracia de un elefante borracho.

Luego la puerta de mi apartamento se abrió.

Hice lo que cualquier persona racional haría. Me lancé detrás del mostrador, presionándome contra la madera, tratando de hacerme lo más pequeña posible. Mi respiración era demasiado ruidosa. Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que podía oírlo desde arriba.

Más pasos. Más cerca. Estaba en las escaleras.

Bajando.

Viniendo hacia la librería.

Viniendo hacia mí.

Eché un vistazo desde detrás de una pila de libros de bolsillo, conteniendo la respiración.

Entonces llegó su voz, profunda y áspera, con un acento que no pude ubicar. —Pequeña pareja... puedo olerte. Sé que estás aquí.

Me quedé paralizada.

¿Podía OLERME? Eso era aterrador y extrañamente excitante a la vez y realmente necesitaba ordenar mis prioridades porque ahora no era el momento para pensamientos lujuriosos.

Apareció al pie de las escaleras.

Mi cerebro dejó de funcionar.

Llevaba la manta. Envuelta alrededor de su cintura de una manera que apenas era decente. Todo lo demás estaba a la vista. Los músculos. Las cicatrices. Los abdominales que parecían tallados por un escultor muy talentoso y muy cachondo. Su pelo estaba desordenado, cayendo alrededor de sus hombros en ondas. Y sus ojos —esos extraños ojos grisáceos-rojizos— escaneaban la librería con un enfoque depredador.

Se fijaron en mi escondite.

—Ahí estás —dijo, y empezó a moverse hacia mí con una gracia fluida que me secó la boca.

Me levanté de detrás del mostrador, tratando de parecer como si no acabara de esconderme. —¡Quédate atrás! —Mi voz salió más aguda de lo que pretendía. Agarré lo primero que pude alcanzar: una edición de tapa dura de Orgullo y prejuicio. Lo sostuve entre nosotros—. ¡Tengo un libro y no tengo miedo de usarlo!

Se detuvo. Inclinó la cabeza hacia mí de una manera distintivamente canina. —¿Te escondes de mí? ¿De tu pareja?

—¡Deja de llamarme así! —Retrocedí, golpeando la estantería detrás de mí. Los libros se clavaron en mi espalda—. ¡No te conozco! ¡No sé qué eres!

Dio otro paso más cerca. No tenía adónde ir. Yo medía 1,70 m, para nada baja, pero este hombre me hacía sentir diminuta. Tenía que

medir al menos 2,05 m, y tuve que estirar el cuello para mirar su cara.

Pareció sentir mi miedo. Se detuvo a unos metros de distancia, con las manos levantadas en un gesto tranquilizador. —Tú me llamaste —dijo. Había asombro en su voz. Confusión—. Estaba en batalla. Luchando por mi trono. Y entonces hubo un tirón. Tu tirón. —Se tocó el pecho—. Fuerte. Más fuerte que cualquier cosa que haya sentido en toda mi vida. Me arrancó de mi castillo y me trajo aquí. A ti.

Sus ojos recorrieron sobre mí, captando cada detalle. Luego respiró profundamente por la nariz.

Me di cuenta con horror de que me estaba oliendo. Otra vez.

Su cara se arrugó. No exactamente con disgusto. Más bien con confusión. —Hueles mal.

—¿Perdona? —Mi voz subió una octava—. ¿Huelo MAL? ¡Tú eres el que se estrelló en mi librería desnudo y sangrando y aparentemente de otra dimensión!

Se acercó más, estudiándome con una intensidad que me hacía picar la piel. —No eres una loba. —No era una pregunta. Estaba procesando algo. Trabajando en una ecuación que no cuadraba—. ¿Qué eres?

—¡Soy HUMANA! —Prácticamente lo grité—. ¡Una persona humana normal y corriente que dirige una librería y NO invoca criaturas mágicas a propósito!

Pareció genuinamente sorprendido. Tropezó hacia atrás un paso, con la mano aún presionada contra su pecho. —¿Humana? —La palabra salió estrangulada—. Pero eso no es posible. El vínculo... —Sacudió la cabeza, mirándome con ojos muy abiertos—. Lo sentí. El vínculo de pareja. Desde el momento en que abrí mis ojos en este lugar, lo

supe. Eres mi pareja destinada. Pero los humanos no pueden ser parejas de lobos. Nunca ha sucedido. Ni una sola vez en toda nuestra historia registrada.

Me estaba mirando de la manera en que yo miraría a alguien que me dijera que el cielo es verde y la hierba es azul.

—¿Cómo es esto posible? —preguntó, más para sí mismo que para mí.

—¡¿ME PREGUNTAS A MÍ cómo es posible?! —Todavía sostenía el libro entre nosotros. Mis brazos se estaban cansando—. ¡Tú eres el de otra dimensión o lo que sea! ¡Dímelo tú!

Nos miramos fijamente. Él, cada vez más angustiado y confundido. Yo, aterrorizada y confundida y aún sintiendo ese estúpido tirón en mi pecho hacia él. Era más fuerte ahora. Mucho más fuerte. Como una goma elástica estirada hasta su límite, desesperada por juntarnos de golpe.

Lo odiaba.

—¿Qué eres? —pregunté. Mi voz temblaba—. ¿Qué eres realmente?

Se irguió en toda su altura. De repente ya no parecía confundido. Parecía regio. Peligroso. Cada centímetro del depredador que sospechaba que era.

—Soy Malachar Ashborne —dijo, y su voz se había vuelto formal. Antigua—. Rey de Ravenor. Alfa de la Manada Ashborne. Primero de la línea Ashborne en reclamar Ravenor. Soy lobo. —Sus ojos se fijaron en los míos—. Y tú eres mi pareja destinada. La otra mitad de mi alma. La que la Diosa Luna creó para emparejar con la mía. Pero eres humana, lo que no debería ser posible, y sin embargo aquí estamos.

Procesé esto. Alfa. Lobo. Pareja destinada. Otra mitad de su alma. Diosa Luna.

Mi vida había cruzado oficialmente todos los límites.

—Soy Wen Woods —dije débilmente. Bajé el libro ligeramente. Mis brazos realmente estaban cansados—. Dueña de una librería en quiebra. Miembro de un club de lectura que lleva el nombre de un vampiro que brilla. Y aparentemente invoqué accidentalmente a un lobo de otra dimensión con un libro de hechizos en Halloween. Así que. Ahí estamos.

Sus ojos fueron al antiguo tomo que aún estaba sentado en la mesa de café. —¿Libro de hechizos? —Se movió hacia él, la manta deslizándose peligrosamente bajo en sus caderas—. ¿Usaste magia? ¿Magia humana?

—¡No fue mi intención! —Mi voz se quebró—. Solo estábamos bromeando. Era Halloween y encontramos este libro viejo y había un hechizo de amor y pensamos que sería gracioso probarlo y...

Me detuve. Tomé un respiro. Traté de encontrar una apariencia de calma.

—Mira —dije—. No sé qué pasó. No sé cómo llegaste aquí. Pero necesitas irte. Necesitas volver a tu mundo. Volver a tu reino. Tienes responsabilidades. Personas que te necesitan. No puedes simplemente... —Hice un gesto impotente hacia él. Hacia la librería. Hacia la situación—. No puedes simplemente quedarte aquí. No puedo... esto es demasiado. Todo. Es demasiado.

Algo cruzó por su rostro. Dolor. Crudo e innegable. Su mano fue a su pecho de nuevo, presionando fuerte. —¿Deseas que me vaya?

Las palabras salieron ásperas. Heridas.

—¿Rechazas el vínculo? —preguntó, y había incredulidad en su voz. Horror—. ¿Me rechazas a mí?

—¡Rechazo la locura! —Estaba temblando ahora—. ¡Todo! ¡Hombres lobo y vínculos de pareja y otras dimensiones y magia y... no puedo hacer esto. Simplemente no puedo. Así que por favor. Simplemente vete.

Me miró por un largo momento. Sus ojos se habían oscurecido. El dolor sangraba a través del rojo.

Entonces, para mi absoluta sorpresa, se dirigió hacia la puerta.

Este lobo masivo y poderoso simplemente empezó a obedecer. Empezó a irse. Porque se lo había dicho.

Pero se detuvo en la puerta. Me miró por encima del hombro. —Como desees, pequeña pareja —dijo en voz baja.

La puerta trasera se abrió. Salió.

Corrí hacia adelante y la cerré de golpe detrás de él, poniendo el seguro con manos temblorosas. No miré para ver a dónde iba. No miré por la ventana. Simplemente presioné mi espalda contra la puerta y me deslicé hasta sentarme en el suelo.

—¿Qué demonios está pasando? —susurré a mi librería vacía.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Una vez. Dos veces. Tres veces. Las chicas definitivamente estaban entrando en pánico.

Lo saqué con manos temblorosas y envié un mensaje grupal: *Se despertó. Se fue. Estoy bien. Creo.*

Luego dejé caer el teléfono a mi lado y dejé que mi cabeza cayera hacia atrás contra la puerta.

—Necesito terapia —le dije a las estanterías silenciosas—. Muchísima terapia.

4

—•—

Wen

Pasé el resto de la mañana limpiando evidencias de la peor noche de Halloween de la historia. Las toallas ensangrentadas fueron a la basura. El botiquín de primeros auxilios volvió bajo el mostrador. El libro de hechizos fue a un cajón donde no tendría que mirarlo y recordar que había invocado accidentalmente a un hombre lobo que afirmaba que yo era su alma gemela.

Al mediodía, la librería parecía casi normal. No sabrías que hace doce horas, un hombre desnudo y tatuado se había desplomado sobre mi suelo después de materializarse desde otra dimensión.

Volteé el cartel a Abierto y esperé por clientes que probablemente no vendrían.

No lo hicieron.

Para las dos de la tarde, exactamente tres personas habían atravesado la puerta. Una preguntó por indicaciones para llegar al restaurante. Otra usó el baño y se fue. La tercera compró un marcapáginas que costaba dos euros.

La librería había estado perdiendo dinero durante meses, y hoy no estaba ayudando. Mi título de marketing estaba acumulando polvo mientras veía el legado de mis abuelos irse por el desagüe.

Saqué un cuaderno y comencé a hacer una lluvia de ideas. ¿Campaña en redes sociales? ¿Eventos del club de lectura? ¿Lecturas de autores? Necesitaba hacer algo para atraer a la gente. La librería no podía sobrevivir con nostalgia y mi terco rechazo a rendirme.

Estaba garabateando notas sobre promociones de Instagram cuando lo escuché.

Un aullido, largo y melancólico y demasiado cerca para sentirme cómoda.

Me quedé paralizada, con el bolígrafo suspendido sobre la página. Era pleno día. Soleado. No exactamente las horas ideales para aullar.

Otro aullido vino desde detrás de la librería. Desde el bosque que respaldaba la propiedad.

Mi estómago se hundió.

No. No lo haría. ¿O sí?

Caminé hacia la ventana trasera, apartando la cortina. El bosque era denso aquí, todo árboles y sombras y maleza. Por un momento no vi nada.

Entonces movimiento. Una forma emergiendo de entre los árboles.

Un lobo.

Un enorme lobo negro con pelo de puntas grises y ojos que brillaban rojos incluso a la luz del día.

Me estaba mirando directamente.

—Oh, tienes que estar bromeando —murmuré.

Nuestras miradas se encontraron. Él en el bosque. Yo en mi librería. La atracción en mi pecho tiraba con fuerza, intentando arrastrarme hacia la ventana, hacia él, hacia ese vínculo que había pasado toda la mañana tratando de ignorar.

El lobo se sentó. Luego, deliberadamente, se tumbó en el suelo. Apoyó su enorme cabeza sobre sus patas. Esos inquietantes ojos rojos nunca me abandonaron.

Fruncí el ceño. ¿Estaba esperando algo? ¿Esperándome a mí?

—Absolutamente no —le dije a la ventana. Entonces tiré de la cortina hasta cerrarla.

Volví a mi cuaderno. Intenté concentrarme en estrategias de marketing. Fracasé miserablemente porque podía sentirlo ahí fuera. Observando. Esperando como una especie de devoto... no. No. No voy a ir por ahí.

Esto estaba bien. Todo estaba bien. Solo tenía un hombre lobo acampando en el bosque detrás de mi librería. Un lunes totalmente normal.

Al día siguiente, seguía allí.

Había esperado que quizás se hubiera aburrido y hubiera regresado a su dimensión o lo que fuera. Pero cuando abrí la cortina el martes por la mañana, allí estaba. Más cerca esta vez. En el borde de la línea de árboles en lugar de en lo profundo del bosque.

Mirando. Esperando. Siendo el acosador más persistente del mundo.

—Esto no va a funcionar —le dije a través del cristal. No podía oírme. No importaba—. No voy a cambiar de opinión. Vete a casa.

Inclinó la cabeza. Luego se tumbó de nuevo, acomodándose para lo que parecía ser una espera muy larga.

Fantástico. Tenía un hombre lobo con la paciencia de un santo y la sutileza de un tren de carga.

El miércoles, estaba aún más cerca. Justo al borde de la línea de mi propiedad. La gente que pasaba por la calle empezaba a darse cuenta. Escuché a dos mujeres hablando sobre «ese perro enorme» detrás de la librería. Una sacó su teléfono para hacer una foto.

Debería haber estado aterrorizada, tal vez llamar a alguien. Control animal. La policía. Un sacerdote. En cambio, estaba molesta. Molesta porque era tan terco, porque claramente no tenía sentido de los límites, porque cada vez que lo miraba, mi corazón hacía ese estúpido aleteo que odiaba absolutamente.

También molesta porque parecía algo patético allí fuera. Una enorme máquina de matar acurrucada en la tierra como un cachorro abandonado.

No me estaba ablandando. Me *negaba*.

Para el jueves, los rumores habían comenzado. Los escuché de la señora Kerrington cuando vino buscando un libro de cocina. «¿Has oído hablar de la bestia? La gente dice que hay un lobo rondando Woods & Pages. Lo vi yo misma ayer. El perro más grande que he visto en mi vida. Deberías llamar a control animal, querida».

—Probablemente solo sea un perro callejero —dije débilmente—. Estoy segura de que se irá pronto.

La señora Kerrington parecía dudosa. Compró su libro de cocina pero se fue rápidamente, mirando nerviosamente hacia las ventanas traseras.

Mis ventas, ya terribles, empeoraron. ¿Quién quería buscar libros cuando supuestamente había un animal peligroso al acecho afuera?

Iba a matarlo. Si pudiera averiguar cómo matar a un hombre lobo. ¿Las balas de plata funcionaban realmente o eso era solo en las películas? Tal vez podría simplemente golpearlo con una enciclopedia de tapa dura. Esas cosas eran pesadas.

El viernes por la mañana, tuve clientes reales. Cuatro de ellos. Al mismo tiempo. Era un milagro.

Estaba ayudando a un hombre mayor a encontrar una novela de misterio cuando cometí el error de mirar por la ventana.

El lobo estaba justo fuera de la puerta trasera. Acurrucado como una bola. Durmiendo. Su cuerpo masivo subía y bajaba con cada respiración, y parecía para todo el mundo como un perro faldero muy grande y muy mortífero.

Por supuesto. Porque mi vida no era lo suficientemente rara ya.

Negué con la cabeza. Increíble.

—¿Señorita Woods? —El hombre mayor estaba esperando.

—Cierto. Lo siento. La sección de misterio está por aquí.

Acababa de terminar de cobrarle cuando sonó la campanilla sobre la puerta. Otro cliente. Un hombre de unos treinta años, con un traje que gritaba financiero. Tenía esa mirada. La que decía que creía que era la persona más inteligente en cualquier habitación y todos los demás eran solo ruido de fondo.

Mi tipo favorito de cliente. *Para nada*.

—¿Puedo ayudarte a encontrar algo? —pregunté, poniendo mi sonrisa de servicio al cliente. La que me dolía en la cara.

—Necesito un libro sobre finanzas corporativas. Estrategias fiscales avanzadas. ¿Tienes eso?

Consulté mi inventario en el ordenador. Teníamos exactamente tres libros de finanzas y ninguno era lo que él quería. —No tengo ese título específico, pero puedo pedirlo para ti. Estaría aquí en aproximadamente una semana.

Su mandíbula se tensó. —¿Una semana? Lo necesito hoy.

—Lo siento, pero no lo tengo en stock. La librería de Millbrook quizás...

—Esto es ridículo. —Su voz se estaba elevando. Los otros clientes miraron—. ¿Qué clase de librería no tiene libros básicos de negocios?

—Señor, somos una pequeña tienda independiente. No puedo tener todo en stock. Pero estoy feliz de pedirlo...

—Este lugar es una broma. No es de extrañar que esté vacío. Mira esto. —Hizo un gesto alrededor de mi librería, del legado de mis abuelos, de todo por lo que me había estado matando tratando de salvar—. La mitad de estos libros son antiguos. La organización es un desastre. Estás llevando este lugar a la ruina.

Mis manos se cerraron en puños. —Señor, voy a tener que pedirle que se vaya.

—No me voy hasta que me ayudes a encontrar lo que necesito. —Se acercó al mostrador, invadiendo mi espacio—. Tal vez si realmente supieras cómo dirigir un negocio en lugar de jugar a ser dueña de una librería, este lugar no sería un desastre.

—He dicho que se vaya.

—Patética excusa de librería. —Ahora estaba burlándose—. Deberías cerrar ya y ahorrarle problemas a todos. Hazle un favor al pueblo.

Un gruñido cortó el aire.

Bajo. Mortal. Viniendo de detrás de mí.

Me quedé helada.

La puerta trasera. La que conducía a donde él había estado durmiendo. No la había cerrado con llave.

Oh no.

—¿Qué demonios...? —El financiero se dio la vuelta, y su cara se puso blanca.

Malachar estaba en el umbral, llenándolo completamente. La manta estaba envuelta alrededor de su cintura, apenas decente. Sus heridas aún eran visibles en su pecho y costillas, rojas y furiosas, no tan curadas como deberían estar después de cinco días. Su pelo estaba salvaje alrededor de sus hombros.

Pero fue su rostro lo que hizo que mi corazón se detuviera. Sus ojos brillaban rojos. Completamente rojos. Su mandíbula estaba tan apretada que podía ver el músculo saltando. Y sus manos... sus uñas se estaban alargando hasta convertirse en garras incluso mientras yo miraba. El pelo onduló por sus hombros y bajó por su espalda, desapareciendo bajo la manta.

Apenas estaba conteniéndose. Apenas manteniendo al lobo a raya.

Y estaba mirando al financiero con asesinato en los ojos.

Parte de mi cerebro estaba gritando. La parte racional. La parte que sabía que esto era malo, que alguien estaba a punto de morir en mi librería, que debería estar llamando al 911.

La otra parte (la parte insana que aparentemente se había apoderado de mi toma de decisiones) estaba pensando que

Malachar se veía realmente bien cuando estaba protector y asesino. Las cicatrices. Los músculos. La forma en que todo su cuerpo había entrado en modo depredador porque alguien me había insultado.

Sí, necesitaba terapia. Mucha terapia. *Si tan solo* pudiera permitírmelo.

—¿Qué coño la has llamado? —Su voz era un gruñido. Más baja de lo que la había escuchado antes. Más animal que hombre.

El financiero balbuceó, retrocediendo. —Yo... yo no... ¿quién eres tú?

Malachar avanzó acechando. Cada paso era depredador, controlado y jodidamente aterrador. —La insultaste. En su propio negocio. La llamaste patética.

—Solo estaba... mira, hombre, no quise...

—Vas a disculparte. —El acento de Malachar era más espeso ahora. Sus palabras recortadas. Formal incluso a través de la rabia—. Ahora.

—Esto es una locura. No voy a disculparme con...

El pelo onduló por los brazos tatuados de Malachar. Sus garras se extendieron otra pulgada. Un bajo retumbar se formó en su pecho que definitivamente no era humano, y me di cuenta con horror creciente que estaba a punto de transformarse. Justo aquí. En medio de mi librería un viernes por la tarde.

El financiero parecía a punto de orinarse encima. Los otros clientes se habían quedado en silencio, presionados contra la pared más lejana.

Salí de mi estupor. —Malachar. Detente.

No me miró. No quitó los ojos de su presa. —Te insultó, pequeña compañera. Te faltó al respeto. Eso no puede quedar así.

Pequeña compañera. Delante de gente, de clientes que absolutamente difundirían eso por el pueblo.

—No me importa. Déjalo ir.

—Te llamó patética...

—Lo escuché. —Me puse entre ellos, lo cual fue posiblemente lo más estúpido que había hecho jamás. El pecho de Malachar subía y bajaba. Sus garras estaban fuera. Sus ojos eran completamente rojos, sin rastro de gris—. Pero necesitas dejarlo salir. Ahora.

Por un momento, pensé que no escucharía. Pensé que el lobo ganaría y estaría viendo un asesinato en mi librería. Sus garras se flexionaron. Su mandíbula trabajaba. El retumbar en su pecho se hizo más fuerte, vibrando a través del aire entre nosotros.

Entonces sus ojos finalmente se posaron en mí. Encontraron los míos. Y vi la lucha allí. Hombre contra bestia. Control contra instinto.

—Por favor —dije en voz baja.

El retumbar murió. Sus garras se retrajeron ligeramente. El pelo de su espalda retrocedió, solo una fracción.

Se volvió hacia el financiero, que ahora estaba presionado contra la puerta, temblando. —Te irás —dijo Malachar, su voz aún áspera—. No volverás. Y si alguna vez me entero de que has hablado mal de ella o de este lugar, te encontraré. ¿Entiendes?

El financiero asintió frenéticamente. Forcejeó con el tirador de la puerta. Casi cayó a través de ella en su prisa por escapar.

Los otros clientes le siguieron inmediatamente. Una agarró su bolso y salió corriendo. Otro ni siquiera se molestó en recoger los libros que había estado ojeando.

La puerta se cerró de golpe. La campanilla sonó una vez, demasiado alegre para el momento.

Silencio.

Malachar estaba allí, respirando con dificultad. Lentamente, el rojo se desvaneció de sus ojos volviendo a esa mezcla de gris y rojo. El pelo desapareció completamente. Sus garras se retrajeron hasta que sus manos parecían casi humanas de nuevo.

Entonces se volvió hacia mí, y su expresión cambió. Se suavizó con preocupación.

—¿Estás bien? —Su voz se había vuelto suave. Esos intensos ojos recorrieron mi cuerpo, buscando heridas que no existían—. ¿Te tocó? ¿Te hizo daño de alguna manera?

Abrí la boca. La cerré. La abrí de nuevo. Mi cerebro estaba tratando de procesar unas diecisiete cosas diferentes a la vez. La forma en que me había defendido. La forma en que casi había perdido el control. Cómo me miraba ahora, con preocupación grabada en su rostro. Cómo mi corazón latía acelerado, y no podía decir si era miedo o algo completamente distinto.

—Has estado durmiendo fuera de mi librería durante cinco días — dije finalmente.

Parpadeó. Esa no era la respuesta que esperaba. —Sí.

—En forma de lobo.

—Sí.

—La gente piensa que eres un perro rabioso. Tienen miedo de entrar. Estás arruinando mi negocio. —Señalé la tienda ahora vacía —. Y acabas de asustar a todos los que realmente estaban aquí.

Algo cruzó por su rostro. Dolor. —Estaba protegiéndote.

—¡No necesito protección de clientes aleatorios!

—Te faltó al respeto. —Su mandíbula se tensó de nuevo, y pude ver que luchaba por mantener el control—. Te insultó. Llamó a tu lugar patético. ¿Piensas que permitiría eso? ¿Piensas que me quedaría sin hacer nada mientras alguien te habla de esa manera?

—¡Casi te transformaste en medio de mi librería! ¡Lo amenazaste! ¡Esa gente te vio! —Pasé las manos por mi pelo, tirando de los mechones—. Ese hombre probablemente esté llamando a la policía ahora mismo. O publicando sobre el psicópata en Woods & Pages en todas las redes sociales. O ambas cosas.

—No sé qué son esas cosas. —Malachar cruzó sus brazos tatuados sobre su pecho desnudo. El movimiento hizo que sus heridas se tensaran, y lo vi hacer una mueca ligeramente antes de ocultarlo—. Pero si trae a las autoridades humanas, explicaré que te estaba acosando. Seguramente tu Rey no es un tirano. Y si lo es, con gusto lo desafiaría por ti.

Me quedé sin palabras.

—¡No puedes explicar nada! ¡Se supone que debes estar en otra dimensión! ¡No se supone que estés aquí en absoluto!

—Sin embargo, aquí estoy. —Sus ojos se fijaron en los míos—. Porque me llamaste. Porque eres mi compañera. Y los compañeros se protegen mutuamente. Así es como funcionan los vínculos. Eso es lo que significa estar emparejados.

Mi corazón latía con fuerza. Latiendo tan fuerte que podía sentirlo en mi garganta. Y no sabía si era por miedo o ira o por la forma en que me miraba. La forma en que me había defendido sin dudarlo. La forma en que apenas se había aferrado a su humanidad porque alguien me había insultado.

—Tus heridas no están cicatrizando —dije, porque aparentemente mi boca se había desconectado de mi cerebro.

Miró hacia su pecho. A los vendajes que le había puesto hace cinco días, ahora sucios y sueltos. Algunas de las heridas se habían reabierto. —Sanan más lentamente en este mundo. No soy tan fuerte aquí.

—Necesitas nuevos vendajes.

—Me las arreglaré.

—Te infectarás y morirás, ¿y entonces qué? ¿Tendré un hombre lobo muerto detrás de mi librería y aún más rumores? —Agarré su brazo sin pensar, empezando a arrastrarlo hacia las escaleras que llevaban a mi apartamento—. Vamos.

Me siguió sin resistencia, y escuché ese retumbar otra vez. Más suave esta vez. Satisfecho. El sonido envió calor directamente a través de mí.

Esta era una idea terrible. La peor idea. Pero no podía simplemente dejarlo caminar por ahí sangrando y medio curado, pareciendo un extra de una película de zombies.

Incluso si era un hombre lobo que había estado acosando mi librería y casi asesina a un cliente. Incluso si hacía que cada pensamiento racional que tenía volara por la ventana. Incluso si estar cerca de él hacía que esa atracción en mi pecho pasara de molesta a abrumadora.

Lo arrastré escaleras arriba, tratando de ignorar la forma en que mi mano encajaba contra su brazo. Tratando de ignorar la forma en que se movía a mi lado, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradiaba de su cuerpo.

Llegamos a mi apartamento, y finalmente solté su brazo. Inmediatamente, me sentí más fría. La atracción tiraba de mí, tratando de hacer que cerrara la distancia de nuevo.

Me volví para mirarlo. Me observaba con esos ojos intensos, de pie en mi pequeño apartamento con solo una manta, mirándome como un lobo mira a la luna.

—Siéntate —ordené, señalando el sofá—. Déjame ver esas heridas.

Obedeció sin discutir, acomodándose en el mismo sofá donde había estado inconsciente días atrás.

Y traté con mucho esfuerzo de no pensar en lo que estaba haciendo. En lo cerca que tendría que estar de él para cambiar sus vendajes. En la forma en que mis manos ya estaban temblando mientras alcanzaba el botiquín de primeros auxilios.

Sobre la forma en que una parte de mí, la parte que había sentido una oleada de satisfacción cuando me defendió, se alegraba de que él hubiera estado allí.

Tomé el botiquín de primeros auxilios de debajo de mi lavabo y me volví para encontrarlo observándome.

Siempre esperando.

—Esto va a doler —le advertí.

—He sobrevivido a cosas peores, pequeña compañera.

Realmente estaba empezando a odiar ese apodo. Me hacía dar un vuelco al estómago cada vez que lo decía.

Que le den.

5

—•—

Malachar

Intenté no estremecerme mientras mi compañera examinaba mis heridas. Fracasé. Las lesiones tiraban con cada respiración, recordándome lo débil que me había vuelto en este mundo maldito.

Pero el dolor valía la pena. Ella estaba cerca. Lo suficientemente cerca para poder olerla. Ese aroma embriagador que me había vuelto loco durante los últimos cinco días. Nervios y café y libros antiguos y debajo de todo eso, ella. Mi compañera.

Mi lobo arañaba mis entrañas, desesperado por acercarse más. Por tocar y reclamar. Tuve que apretar la mandíbula para evitar alargar la mano hacia ella.

Se mordió el labio mientras estudiaba las heridas a través de mis costillas, y tuve que reprimir un gemido que no tenía nada que ver con el dolor. Ese labio. Carnoso y suave, suplicando ser mordido. Mi lobo quería probarlo. Quería probarla toda.

Quieto, le dije a la bestia. *Aún no. Ella es asustadiza. Debemos ser pacientes.*

El lobo gruñó su descontento, pero retrocedió. Apenas.

—Estas heridas se ven mal —murmuró, alcanzando un paño. Lo sumergió en una botella de líquido transparente de olor fuerte—. Esto va a escocer.

Escocer era quedarse corto. El paño tocó mi herida y el fuego atravesó mis costillas. Gruñí antes de poder contenerme, el sonido retumbando desde lo profundo de mi pecho.

Ella se echó hacia atrás sobresaltada. —¡Lo siento! Lo siento, solo necesito limpiarlas o se infectarán.

—Continúa —logré decir entre dientes apretados—. He sobrevivido a cosas peores.

Una mentira. En casa, en Lytopia, estas heridas habrían sanado en cuestión de horas. Días como máximo. Había estado en innumerables batallas, había sufrido lesiones que deberían haberme matado, y había salido ileso gracias a las habilidades curativas de mi lobo.

¿Pero aquí? Cinco días y las heridas apenas parecían mejor que cuando había llegado. El sangrado se había detenido, pero la carne seguía irritada y roja. Algunos cortes incluso se habían reabierto.

Esta debilidad era exasperante. Ver a mi compañera atendiendo heridas que deberían haberse cerrado días atrás, verla observarme disminuido y apenas funcional, iba en contra de todo lo que mi lobo exigía que fuera para ella.

Ella tocó otra herida, y siseé. Me obligué a permanecer quieto. A no agarrar su muñeca y atraerla más cerca, a no enterrar mi cara en su cuello y respirarla hasta que el dolor se desvaneciera.

—¿Por qué no se curan estas heridas? —preguntó en voz baja—. Eres un hombre lobo. ¿No se supone que tienes curación acelerada o

algo así?

—En mi mundo, sí —observé sus manos mientras trabajaba, pequeñas y cuidadosas—. Estas heridas se habrían cerrado horas después de recibirlas. Pero aquí... —señalé las lesiones—. No hay magia en este lugar. Puedo sentirlo. O más bien, no puedo sentirla. La magia es tan necesaria para los de mi especie como el aire. Sin ella, estoy... disminuido.

Sus manos se detuvieron. —¿No hay magia?

—Ninguna que pueda sentir —había pasado cinco días en forma de lobo, buscando en los bosques detrás de su vivienda, tratando de encontrar incluso un rastro del poder que fluía por la misma tierra de Lytopia. Nada. Este mundo estaba vacío de ello. Muerto—. No entiendo cómo pudiste invocarme. La magia humana no debería funcionar. Los humanos no deberían tener magia en absoluto.

Ella reanudó la limpieza, su toque ahora más suave. —No tengo magia. Solo soy una persona normal que encontró un libro extraño y accidentalmente leyó un hechizo.

—No hay nada normal en ti, pequeña compañera.

Ella me lanzó una mirada. —Deja de llamarme así.

—Es lo que eres.

—Soy Wen. Solo Wen.

—Eres mi compañera destinada. La otra mitad de mi alma. Llamarte algo menos sería un insulto al vínculo con el que la Diosa Luna nos ha bendecido.

Hizo un ruido que podría haber sido frustración o incredulidad. Probablemente ambas. —La Diosa Luna cometió un error.

Mi lobo gruñó ante eso. Sentí el pelaje erizarse en mis hombros antes de domarlo. —La Diosa no comete errores.

—Pues esta vez lo hizo, porque soy humana. Tú mismo lo dijiste. Los humanos no pueden ser compañeros de lobos.

—Eso es lo que dicen nuestros registros, sí —había pasado siglos leyendo todos los textos en las bibliotecas de Ravenor. Historia. Tradiciones. Relatos antiguos de antes de la época de mi abuelo. Hace mucho tiempo, un portal se había abierto entre nuestros mundos. Lobos y humanos se conocieron, se mezclaron, algunos incluso se quedaron en el lado equivocado cuando se cerró. Pero nunca en toda nuestra historia registrada había un humano sido compañero destinado de un lobo. No debería haber sido posible—. Sin embargo, aquí estás.

Estaba limpiando mis heridas con manos cuidadosas, lo suficientemente cerca para tocar, oliendo a hogar y a compañera y a todo por lo que mi lobo había estado aullando desde el momento en que alcancé la madurez.

La Diosa Luna trabajaba de formas misteriosas. Había dejado de cuestionar su sabiduría en el momento en que sentí que el vínculo se establecía.

—Genial —murmuró Wen—. Soy imposible. Eso es simplemente perfecto.

Atrapé su muñeca cuando alcanzaba otro paño. Su pulso saltó bajo mis dedos, acelerándose. Bien. Ella también lo sentía, quisiera admitirlo o no.

—Eres perfecta —dije—. Fuerte. Inteligente. Hermosa. Todo lo que podría haber deseado en una compañera.

Sus mejillas se sonrojaron. —Ni siquiera me conoces.

—Conozco lo suficiente —solté su muñeca antes de que mi lobo decidiera atraerla más cerca—. Sé que acogiste a un extraño sangrando en lugar de llamar a tus autoridades. Sé que defendiste a tus amigos cuando estaban asustados. Sé que diriges este lugar de libros sola, luchando por mantenerlo vivo. Sé que eres valiente incluso cuando estás aterrorizada.

Desvió la mirada, pero pude oler el placer debajo de su vergüenza. Mi lobo se pavoneó.

Agarró un rollo de vendas limpias y comenzó a envolver mis costillas. Observé cómo trabajaba, memorizando cada detalle. La forma en que se mordía el labio cuando se concentraba. La pequeña arruga entre sus cejas. Las pecas sobre su nariz que quería recorrer con mi lengua.

Quieto, le dije al lobo de nuevo. *No está lista.*

Mi lobo no estaba de acuerdo. Ruidosamente. Quería inmovilizarla contra el suelo, quería probar cada centímetro de su piel, quería enterrarse profundamente dentro de ella mientras marcaba ese bonito cuello con mis dientes.

Estaba medio excitado solo de pensarlo. Había estado luchando contra la excitación desde el momento en que desperté en este mundo y la olí. Cinco días mirándola a través de ventanas, durmiendo fuera de su vivienda, manteniéndome lo suficientemente cerca para sentir el vínculo pero demasiado lejos para tocar. Era una tortura.

Se movió hacia mi hombro, tocando la herida de mordedura que había allí. El paño presionó y el dolor me atravesó. Gruñí, incapaz de contener la reacción.

—Lo siento —dijo suavemente—. Ya casi termino.

No quería que terminara. No quería que se alejara y se llevara su aroma y su calor. Quería que se quedara cerca. Quería atraerla a mi regazo y sentir su peso contra mí.

Quería mucho más que eso.

Terminó de vendar mi hombro y dio un paso atrás. La pérdida de su proximidad fue física. El vínculo se estiró, infeliz con la distancia.

—¿Por qué te quedaste? —preguntó, recogiendo los paños ensangrentados—. Durante cinco días. En el bosque. ¿Por qué no te fuiste simplemente?

—No puedo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes?

—El vínculo —señalé entre nosotros—. Me atrae. Estar lejos de ti es... —busqué palabras en su idioma—. Doloroso. Incorrecto. Mi lobo exige que me mantenga cerca. Exige que te proteja, que te provea. Que demuestre mi valía como tu compañero.

Me miró fijamente. —¿Estás diciendo que físicamente no puedes irte?

—Podría forzarme a ir. Pero sería una agonía. ¿Y con qué propósito? Tú estás aquí. Mi compañera está aquí. ¿Por qué querría estar en cualquier otro lugar?

—¡Porque la gente piensa que eres un perro rabioso! ¡Porque estás asustando a mis clientes! ¡Porque casi asesinas a alguien en mi librería! —Levantó las manos—. No puedes simplemente acechar afuera para siempre.

—Haré lo que deba para permanecer cerca de ti.

—Eso es espeluznante.

—Eso es el vínculo.

Ella caminó hacia la ventana, mirando la calle de abajo. La observé, catalogando cada movimiento. La forma en que se abrazaba a sí misma. La tensión en sus hombros. El latido rápido de su corazón que podía oír desde el otro lado de la habitación.

—Esto es una locura —murmuró—. Todo. Tú estás loco. Yo estoy loca por dejarte entrar aquí.

—Sin embargo, aquí estoy.

Se volvió hacia mí, y había algo calculador en sus ojos. Mi lobo se animó, interesado.

—Bien —dijo lentamente—. Bien. ¿Quieres quedarte cerca de mí?

—Sí.

—¿No puedes irte por esta cosa del vínculo?

—Correcto.

—¿Y harás cualquier cosa para demostrar que eres un compañero digno o lo que sea?

Asentí, sin estar seguro de adónde se dirigía pero dispuesto a seguirla a cualquier parte. —Cualquier cosa.

Cruzó los brazos, y una sonrisa jugaba en sus labios. Era traviesa. Peligrosa. Hizo que mi lobo quisiera derribarla y lamerla de su boca.

—Bien. Puedes quedarte.

Mi corazón dio un vuelco. Mi lobo aulló en triunfo. —¿De verdad?

—Con una condición —levantó un dedo—. En realidad, dos condiciones. Primero, esto es puramente platónico. Te estoy dando

un lugar para dormir, comida y ropa porque aparentemente acechará afuera si no lo hago. Pero eso es todo. Sin vínculo de compañeros. Sin reclamar. Sin... —agitó la mano vagamente—. Lo que sea que hagan los lobos.

Mi lobo gimió. Lo ignoré. —¿Y la segunda condición?

—Trabajas. No estoy dirigiendo una obra de caridad. ¿Quieres refugio y comida? Me ayudas con la librería. Necesito a alguien que pueda levantar cosas pesadas, reorganizar estanterías, quizás ahuyentar a clientes con pretensiones —su sonrisa se volvió afilada —. ¿Crees que puedes manejar eso?

Trabajo. Quería que yo trabajara. Labor física en su negocio.

Yo era un rey. No había hecho trabajo manual desde antes de reclamar mi trono. Mis días estaban llenos de reuniones estratégicas, negociaciones políticas, entrenamiento de mis guerreros. Ordenaba a otros hacer el trabajo físico. Para eso estaban los sirvientes.

¿Pero esto? Esto era diferente. Era mi compañera pidiéndome que me probara. Que le mostrara que podía proveer y proteger y ser útil.

Mi lobo prácticamente vibraba de entusiasmo. Me encantaba.

—Sí —la palabra salió demasiado rápido. Demasiado ansiosa. No me importaba—. Sí. Lo que necesites. Lo haré.

Esto era perfecto. Mejor que perfecto. Tendría acceso a su vivienda. Estaría cerca de ella constantemente. Tendría todas las oportunidades para mostrarle qué excelente compañero podía ser. Cuán capaz. Cuán fuerte. Cuán digno de ella.

La cortejaria adecuadamente. Le mostraría que el vínculo no era una maldición sino un regalo. Y cuando finalmente lo aceptara —me aceptara a mí— la reclamaría tan completamente que nunca volvería a dudar.

—Bien entonces —ella seguía sonriendo, pero había cautela en sus ojos. Bien. Debería ser cautelosa. Yo era un depredador, y ella era una presa que tenía toda la intención de atrapar—. Tenemos un trato. Tú trabajas, te quedas. Si intentas algo raro, te vas.

—No intentaré nada raro —mentí.

Todo lo que planeaba hacer probablemente se consideraría raro según los estándares humanos. Pero sería cuidadoso. Paciente. Esperaría hasta que viniera a mí voluntariamente.

Aunque me matara.

—Bien —se movió hacia una puerta en el extremo más alejado de la habitación—. Espera aquí. Te traeré algo de ropa. No puedes andar con una manta para siempre.

Desapareció a través de la puerta. La oí rebuscar entre cosas, murmurando para sí misma. Me quedé en el sofá, resistiendo el impulso de seguirla o invadir su espacio.

Mi lobo no estaba feliz con la condición platónica. Estaba aún menos feliz con la regla de no reclamar. Pero era un comienzo. Ella me permitía quedarme, estar cerca.

El resto vendría con el tiempo.

Regresó con un montón de tela. Prendas, me di cuenta. Ropa humana. Me las ofreció y las tomé.

El aroma me golpeó inmediatamente. Masculino. Viejo pero distintivo. Mi lobo gruñó, y sentí que mis ojos destellaban en rojo antes de poder evitarlo.

—Estas son prendas masculinas —mi voz salió más áspera de lo previsto—. ¿A quién pertenecen?

—A mi abuelo —lo dijo suavemente, observando mi reacción—. Murió hace seis meses. Eran suyas. Iba a donarlas, pero... —se encogió de hombros—. Creo que él estaría feliz sabiendo que fueron a alguien que las necesitaba.

Familia muerta. No un macho rival. El gruñido murió en mi garganta, reemplazado por vergüenza. —Yo... perdóname. No quise...

—Está bien. La cosa del gruñido posesivo es probablemente un rasgo de lobo, ¿verdad?

—Sí —miré la ropa en mis manos. Estaba bien hecha. Usada pero cuidada. Un regalo de su familia, incluso si esa familia ya no estaba —. Gracias. Es un regalo generoso.

—No te pongas sentimental conmigo —pero su voz era suave—. Solo es ropa.

Era más que ropa. Era confianza. Aceptación. Un lugar en su mundo, aunque fuera pequeño.

Lo tomaría. Tomaría cualquier cosa que ofreciera y lo usaría para construir más.

—Entonces —juntó las manos—. Tenemos un acuerdo. Puedes quedarte en el apartamento. Prepararé el sofá para ti. Hay un baño a través de esa puerta. La cocina está allí, sírvete la comida. Y mañana por la mañana, empezamos a trabajar.

—¿Qué quieres que haga, pequeña compañera?

—Wen —corrigió. Luego hizo una pausa. Sonrió esa sonrisa traviesa de nuevo—. En realidad, si vas a trabajar para mí, probablemente deberías llamarme jefa.

Jefa. Un título. Una posición de autoridad. A mi lobo le encantaba. Le encantaba que nuestra compañera fuera lo suficientemente fuerte

como para comandarnos.

—Como desees, jefa —probé la palabra. Se sentía extraña en mi boca. Pero bien. Correcta.

Su sonrisa se ensanchó. —Oh, voy a disfrutar esto.

Debería haber estado preocupado. Debería haber sido cauteloso ante esa mirada en sus ojos. Pero no lo estaba. Estaba ansioso. Emocionado. Listo para probarme a mí mismo.

—Dime qué hacer, jefa —dije—. Soy tuyo para mandar.

Las palabras salieron más bajas de lo previsto. Más ásperas. Llenas de todo el significado que ella no estaba lista para escuchar.

Sus mejillas se sonrojaron. Sus latidos se aceleraron. Y supe que, con o sin vínculo de pareja, ella también sentía esa atracción.

Me deseaba. Aunque todavía no quisiera admitirlo.

Podía esperar. Había esperado toda mi vida por mi pareja destinada. Podía esperar un poco más hasta que ella se diera cuenta de lo que yo ya sabía.

Que estábamos destinados a estar juntos. Que la Diosa Luna había elegido bien, y este vínculo entre nosotros era inevitable.

Que ella era mía, le gustara o no, solo tenía que convencerla de ello... Y tenía toda la intención de hacer exactamente eso.

6

—•—

Wen

Bajé las escaleras, ya catalogando mentalmente todas las formas en que podría utilizar a un hombre lobo de metro noventa.

Eso sonó mal. Me refería para propósitos de la librería. Obviamente.

Tomé mi cuaderno de marketing de detrás del mostrador y lo abrí. Las páginas estaban cubiertas de ideas a medio formar y garabatos desesperados. Campañas en redes sociales. Eventos con autores. Promociones para clubes de lectura. Todas buenas ideas en teoría, pero no importarían si la tienda misma parecía haberse quedado atrapada en 1985.

Y así había sido.

Mis abuelos habían amado este lugar exactamente como era. Cada estantería desgastada, cada tabla del suelo que crujía, cada cartel descolorido anunciando libros de hace dos décadas. Pero la nostalgia no paga facturas. Necesitaba traer Woods & Pages al siglo actual si quería atraer clientes menores de setenta años.

Miré la librería con nuevos ojos. Las paredes eran de un beige sucio que probablemente había sido blanco en 1990. Las estanterías eran de madera oscura que hacía que todo se sintiera opresivo. La iluminación era terrible. Todo el lugar gritaba «tienda de antigüedades polvorienta» en lugar de «acogedora librería independiente».

Podía arreglar esto. Pintura fresca. Mejor iluminación. Algunas plantas quizás. Hacerla digna de Instagram para que la gente realmente quisiera entrar y tomarse fotos con su café sobrevalorado.

Decisión tomada, agarré un trozo de cartón y un rotulador. Garabateé «CERRADO HASTA EL LUNES POR REFORMAS» con mi letra más desordenada y lo pegué en la puerta.

Luego agarré mi bolso y me dirigí a la salida.

—¿Adónde vas?

Di un respingo, girándome. Malachar estaba al pie de las escaleras, observándome.

—¡Jesús! Haz algún ruido cuando te muevas.

—Lo hice. Estabas demasiado concentrada para oírme.

Me volví para mirarlo correctamente. Llevaba la ropa de mi abuelo. Pantalones caqui que le quedaban sorprendentemente bien. Una camisa abotonada en azul pálido que se estiraba sobre sus hombros. Un jersey azul marino encima que hacía que sus ojos parecieran más grises que rojos. Se había recogido el pelo en un moño desaliñado, y ese estilo hacía que sus pómulos parecieran aún más afilados.

Se veía bien. Demasiado bien. Era injusto.

—Voy a comprar suministros —dije—. Pintura. Decoraciones. Cosas para hacer que este lugar parezca menos una funeraria.

—Te acompañaré.

—No, te quedarás aquí. Volveré en una hora.

Su expresión se oscureció. —No me quedaré.

—Sí, lo harás. Te di ropa y refugio. Lo mínimo que puedes hacer es seguir una simple instrucción.

—Si te vas, me transformaré y te seguiré. No me separaré de ti.

Lo miré fijamente. Él me devolvió la mirada. Ninguno de los dos se movió.

Podía sentir el dolor de cabeza formándose detrás de mis ojos. Esta era mi vida ahora. Discutiendo con un hombre lobo obstinado que tenía la personalidad de un perro guardián particularmente devoto.

—Está bien —dije entre dientes—. Puedes venir. Pero tienes que comportarte. Nada de gruñir a la gente. Nada de transformaciones. Nada de llamarme tu pareja en público.

—Como desees, jefa.

La forma en que dijo «jefa» no debería haber hecho que mi estómago diera un vuelco. Definitivamente no debería.

Agarré mis llaves y me dirigí a la puerta. Él me siguió muy de cerca, tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

Llegamos a mi coche. Un Honda Civic pequeño y destartalado que había conocido días mejores. Lo desbloqueé y abrí la puerta del conductor.

Malachar se detuvo en seco. Miró el coche como si fuera una víbora venenosa lista para atacar.

—¿Qué es eso? —Su voz se había vuelto baja. Cautelosa.

—Es un coche. Un vehículo. Nos lleva a lugares más rápido que caminando.

—¿Está vivo?

—¿Qué? No. Es una máquina.

Lo rodeó lentamente, manteniendo la distancia. Extendió la mano para tocar el capó, luego la retiró. —Está caliente. Y hace ruidos.

—Eso es solo el metal enfriándose después de estar al sol. Es perfectamente seguro.

Parecía profundamente escéptico. —¿Quieres que me meta dentro de esta bestia?

—No es una bestia, es transporte. Y sí, a menos que quieras caminar ocho kilómetros hasta la ferretería.

Cruzó los brazos sobre su pecho. —No confío en él.

—Oh, por Dios. —Me pellizqué el puente de la nariz—. Es perfectamente seguro. Millones de personas los usan todos los días. Mira, entraré primero, y verás que está bien.

Me deslicé en el asiento del conductor. Esperé. Malachar se quedó fuera, mirando mi coche como si hubiera insultado personalmente a su madre.

—Malachar. Entra en el coche.

—No deseo hacerlo.

—Mala suerte. Entra o te dejo aquí.

Gruñó. Realmente gruñó a mi coche. Pero abrió bruscamente la puerta del pasajero y se dobló para entrar en el asiento.

Era ridículo. Era demasiado grande para mi pequeño coche. Sus rodillas golpeaban el salpicadero. Su cabeza rozaba el techo. Se veía completamente absurdo, apretujado en un espacio pensado para humanos de tamaño normal.

No pude evitarlo. Me reí.

Su cabeza giró hacia mí, con los ojos entrecerrados. —¿Encuentras humor en mi incomodidad?

—Lo siento, pero sí. Pareces un gran danés intentando meterse en un transportín para gatos.

—No estoy familiarizado con esas cosas.

—Créeme, es preciso. —Seguía riéndome, tratando de recuperar el aliento. Dios, ¿cuándo fue la última vez que me reí así de fuerte?

Me estaba mirando fijamente. La intensidad de su mirada hizo que mi risa muriera en mi garganta. No estaba enfadado. Me observaba como un lobo mira a la luna. Hambriento. Asombrado. Posesivo.

—Deberías reírte más —dijo en voz baja—. Te sienta bien.

De repente, el coche se sintió más pequeño. El aire entre nosotros se sentía cargado, eléctrico de una manera que hacía que mi piel se erizara.

Me revolví en mi asiento, tratando de mirar a cualquier parte menos a sus ojos. Esos ojos gris-rojizos que parecían ver a través de mí. Mi corazón latía acelerado. Mis palmas se sentían sudorosas contra el volante. El calor subía por mi cuello, y era muy consciente de lo cerca que estaba en este espacio tan pequeño.

—Bien. Bueno. Vamos. —Tanteé con las llaves, las metí en el encendido y giré.

El motor rugió.

Malachar saltó tan fuerte que su cabeza golpeó el techo. —¿Qué diablos fue eso?

Me mordí el labio para no reírme de nuevo. —Ese es el motor. Hace que el coche se mueva.

—La bestia despierta.

—¡No es una bestia!

Salí del aparcamiento, y Malachar agarró la manija de la puerta con los nudillos blancos. Sus ojos estaban muy abiertos, fijos en el mundo que pasaba por la ventana.

—¿Cómo estás haciendo esto? —respiró—. ¿Cómo lo controlas?

—Volante. Pedales. No es magia, es mecánica.

—Esto es increíble. —Se inclinó hacia delante, examinando el salpicadero—. ¿Qué significan todos estos símbolos?

—Ese es el velocímetro. Muestra lo rápido que vamos. Ese es el indicador de combustible. Aquel es el de temperatura. Y esos son solo luces de advertencia que llevo ignorando seis meses.

—¿Y esto? —Tocó la radio.

La estática sonó a través de los altavoces. Yo salté, apartando su mano. —¡No toques eso!

—Mis disculpas. —Pero ahora estaba sonriendo. Realmente sonriendo. La expresión transformó su rostro, haciéndole parecer más joven. Menos peligroso—. Este mundo tiene muchas maravillas. En Lytopia, dependemos de caballos. Carruajes. Nuestra tecnología es mucho más primitiva.

—¿No hay coches en absoluto?

—Ninguno. Tenemos magia en su lugar. Encantamientos para la luz, para el calor, para la comunicación a distancia. Pero nada como esto.

—¿Así que estáis básicamente en la era medieval?

—No sé qué significa eso.

—¿Castillos? ¿Espadas? ¿Velas para iluminar?

—Sí. Eso es correcto.

Traté de imaginarlo. Un mundo entero de hombres lobo viviendo sin electricidad, sin coches, sin comodidades modernas. Sonaba romántico y profundamente inconveniente a la vez.

—Debe ser extraño estar aquí entonces —dije—. El choque cultural y todo eso.

—Es abrumador. —Todavía miraba por la ventana, observando los edificios pasar—. Pero también fascinante. Tu mundo ha logrado mucho sin magia. Es... impresionante.

Entramos en el aparcamiento de la ferretería. Aparqué y apagué el motor. Malachar se relajó visiblemente cuando el coche quedó en silencio.

—La bestia duerme de nuevo —murmuró.

—Voy a dejar de corregirte.

Salimos. Agarré un carrito y entré. Malachar me siguió, e inmediatamente noté las miradas.

Mujeres. Muchas mujeres. Todas mirando a Malachar.

No podía culparlas. Era objetivamente guapísimo. Alto, musculoso, con ese aire peligroso que probablemente figuraba en sus fantasías. Si añadías el moño desaliñado y las cicatrices visibles en su cuello, parecía el protagonista de una novela romántica cobrado vida.

Una rubia cerca de la sección de pinturas hizo una doble mirada. Su amiga le susurró algo, y ambas rieron.

No estaba celosa. No tenía razón para estar celosa. Él no era mío. Esto era un acuerdo puramente profesional. Trabajaba para mí. Eso era todo.

¿Entonces por qué quería marchar hasta allí y decirles que dejaran de mirar?

Agarré latas de pintura con más fuerza de la necesaria. Verde salvia para las paredes. Crema cálido para los acabados. Algunos pinceles. Rodillos. Lonas protectoras.

Malachar era ajeno a la atención. Estaba demasiado ocupado mirando todo lo demás. Las luces fluorescentes del techo. Las filas de mercancía. El escáner de precios en la caja.

—¿Cómo ilumináis todo esto? —preguntó, mirando hacia el techo—. No hay velas. Ni antorchas.

—Electricidad. Es complicado.

—Todo en tu mundo es complicado.

—Te acostumbras.

Nos dirigíamos a la caja cuando una voz familiar resonó. —¡Gwendolyn Woods! ¿Eres tú?

Me quedé helada. Me giré lentamente.

La señora Santos se dirigía hacia nosotros, toda una visión en terciopelo púrpura y demasiadas joyas. Era una de las amigas más antiguas de mi abuela. Entrometida como el demonio. Cotilleaba más que una revista del corazón.

—Hola, señora Santos —dije débilmente.

—¡Hace siglos que no te veo, querida! —Ya estaba mirando a Malachar con abierta curiosidad—. ¿Y quién es este apuesto joven?

—Este es...

—Malachar Ashborne —interrumpió con suavidad. Realmente hizo una reverencia. Una reverencia formal y adecuada que parecía completamente fuera de lugar en una ferretería—. Es un honor conocer a una amiga de la familia de mi pareja.

Mi cara se puso nuclear. —Quiere decir...

—¡Oh, cielos! —La señora Santos se llevó la mano al pecho—. ¡No sabía que estabas en una relación! ¡Qué maravilloso! Tu abuela habría estado tan contenta. —Le sonrió radiante a Malachar—. Eres un hombre afortunado. Gwendolyn es un tesoro.

—En efecto, soy afortunado de tenerla. —Malachar se acercó, y sentí su mano posarse en la parte baja de mi espalda—. Es fuerte, inteligente, amable. Es un honor estar a su lado como su pareja.

Iba a morir. Aquí mismo, en la ferretería. Muerte por vergüenza.

La señora Santos parecía a punto de llorar. —¡Oh, vosotros dos! ¡Qué romántico! Debéis venir a cenar algún día. Quiero escucharlo todo sobre cómo os conocisteis.

—Sería encantador —dijo Malachar, mientras yo intentaba averiguar cómo hundirme a través del suelo.

—¡Te llamaré, querida! —La señora Santos palmeó mi brazo—. ¡No seas una extraña!

Se alejó majestuosamente, ya sacando su teléfono. Probablemente para llamar a cada persona en su lista de contactos.

Agarré el brazo de Malachar y lo arrastré hacia la caja. —¿Qué demonios ha sido eso?

—¿El qué? —Parecía genuinamente confundido.

—«Es un honor estar a su lado». ¡Acabas de decirle a mi vecina que estamos juntos!

—Estamos juntos. Eres mi pareja.

—¡Platónicamente!

—Nunca acepté mentir sobre el vínculo.

—¡No tenías que anunciarlo a toda la ciudad! —Estaba siseando ahora, consciente de que más personas nos miraban—. Para mañana por la mañana, todos pensarán que estamos saliendo. La señora Santos cotillea más que TMZ.

—¿Qué es TMZ?

—Olvídalo. —Empujé las latas de pintura a la cinta transportadora—. Solo... deja de decirle a la gente que soy tu pareja.

—No mentiré sobre lo que eres para mí.

—No es mentir, se llama tener límites.

—Los límites son para personas que se avergüenzan de sus vínculos.

Me giré para enfrentarlo. —No estoy avergonzada.

—Entonces, ¿por qué deseas que lo oculte?

Porque no era real. Porque no estábamos realmente juntos. Porque todo esto era temporal hasta que descubriera cómo enviarlo de vuelta a casa.

Porque admitirlo se sentía real y permanente de una manera que me aterrorizaba.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Una vez. Dos veces. Tres veces en rápida sucesión.

Lo saqué. Mi chat de grupo estaba explotando.

Krystin: *zorra, ¿qué?* [imagen adjunta]

Abrí la imagen. Éramos Malachar y yo en el pasillo de pinturas. Él tenía su mano en mi espalda. Yo lo miraba. Parecíamos... parecíamos una pareja.

Krystin: *mi prima me envió esto. parece que nos has estado ocultando cosas*

Daphne: *tú, señorita, tienes MUCHO que explicar. club de lectura el domingo. ven o serás una aburrida*

Bella: [gif de reacción sorprendida]

Cerré los ojos. —Voy a matar a su prima.

—¿La prima de quién? —preguntó Malachar.

—La de Krystin. Que aparentemente trabaja en esta ferretería y toma fotos de la gente sin permiso.

Frunció el ceño. —¿Tus amigas están molestas?

—No, son entrometidas. Hay diferencia. —Pagué por los suministros, agarré las bolsas y me dirigí a la salida—. Vamos. Regresemos a casa antes de que alguien más nos vea.

—Dices casa. —Estaba justo detrás de mí, lo suficientemente cerca como para sentirlo—. ¿Significa eso que me estás aceptando?

—Significa que tengo dolor de cabeza y necesito café. No le des más vueltas.

Pero mi traicionero corazón latía demasiado rápido. Y la palabra «casa» había salido con demasiada facilidad. Y era muy consciente de su mano flotando cerca de mi espalda, sin tocarme del todo pero lo suficientemente cerca como para sentirla.

El club de lectura del domingo iba a ser una pesadilla. Mis amigas iban a tener preguntas. Muchas preguntas. No tenía idea de cómo responderles.

7

—•—

Wen

—Suéltalo.

Krystin estaba en la puerta de la librería, con los brazos cruzados, una ceja perfectamente perfilada levantada en gesto acusatorio.

—Vaya, ¿ni siquiera un hola?

—NO. Quiero saber por qué cierto enorme lobo invocado que no es de esta tierra —básicamente un extraterrestre, por cierto— está comprando contigo mientras lleva pantalones caqui y un jersey que estoy bastante segura de que pertenecía a tu abuelo.

Detrás de ella, Bella jadeó. —¿Le diste la ropa de tu abuelo?

Se me cayó el estómago. Sabían lo mucho que apreciaba todo lo de mis abuelos. Cada jersey, cada libro, cada taza de café. Lo había conservado todo. No podía soportar deshacerme de nada.

—No es... mira, necesitaba ropa, ¿vale? ¿Qué se suponía que debía hacer, dejar que anduviera por ahí con una manta?

—Podrías haberle comprado ropa nueva —señaló Daphne, apareciendo detrás de Krystin—. En lugar de eso, le diste el jersey de Louis. El azul marino que usaba todos los domingos.

Sentí que me ardía la cara. —¿Podemos no hacer esto en la entrada?

Miré hacia atrás, a la puerta del apartamento. Cerrada. ¿Pero podría oírnos? Tenía súper oído o lo que fuera. Probablemente podía escuchar cada palabra que decíamos.

—Espera —los ojos de Daphne se abrieron como platos—. ¿¡ESTÁ EN TU APARTAMENTO!?

Su voz alcanzó un tono que podría romper cristales. Nunca la había oído sonar tan estridente.

—¡Jesús, Daph! Sí, está arriba. Ahora, ¿podrías bajar la voz antes de que todo el pueblo te oiga?

—Dios mío —susurró Bella—. Está viviendo contigo.

—Está trabajando para mí. Hay una diferencia.

—Ajá —Krystin sonreía ahora—. ¿Y trabaja sin camisa? Porque pagaría por ver eso.

—Te voy a asesinar.

—Me echarías demasiado de menos.

Agarré el brazo de Krystin y las arrastré a las tres hacia el rincón de lectura. —Vale, vale, vamos a calmarnos todas y...

Dejaron de moverse. Las tres. Simplemente se quedaron congeladas y miraron fijamente.

—Wen —suspiró Bella—. ¿Qué hiciste?

Miré alrededor, tratando de verlo a través de sus ojos. La librería se veía diferente. Mejor. Las paredes ahora eran de un suave verde salvia que hacía que el espacio se sintiera abierto y acogedor en lugar de estrecho y desgastado. Los bordes eran de un cálido color crema que captaba la luz de las nuevas lámparas que había instalado. Las estanterías oscuras habían sido lijadas y renovadas con un barniz más claro que las hacía brillar con un color miel bajo el sol de la tarde.

El suelo estaba limpio. Realmente limpio. El rincón de lectura había sido completamente renovado. Los viejos sofás hundidos habían desaparecido, reemplazados por los mismos muebles pero reparados y restaurados. Había retapizado los cojines en un profundo verde bosque. Añadido cojines decorativos en crema y óxido. La mesa de café tenía una nueva capa de barniz y realmente parecía intencional en lugar de algo sacado de una venta de garaje.

Las estanterías estaban organizadas. Ficción en orden alfabético. Nuevos lanzamientos en exhibición. Toda una sección para autores locales que había estado queriendo destacar durante meses. Plantas colgaban del techo cerca de las ventanas. Luces de hadas estaban tendidas a lo largo de la parte superior de las estanterías, listas para encenderse cuando oscureciera.

Parecía una librería de Instagram. El tipo de lugar donde la gente realmente querría pasar tiempo.

—Trabajamos en ello —dije—. Todo el día de ayer y la mayor parte de hoy. De todos modos no dejaba de seguirme, así que lo puse a trabajar.

—¿Él hizo esto? —Krystin se acercó a una de las estanterías, pasando la mano por la madera lisa—. ¿Él restauró estas?

—Yo supervisé. Él proporcionó la fuerza.

—Wen, esto es increíble —Daphne giraba en círculo, absorbiéndolo todo—. Es como un lugar completamente diferente. Se siente tan acogedor ahora. Tan agradable.

Bella había vagado hacia la sección de novedades. —¿Compraste libros nuevos?

—Los pedí online. Llegaron esta mañana. Llevaba meses queriendo actualizar el inventario, pero nunca tenía tiempo ni energía —me encogí de hombros—. Resulta que tener un hombre lobo que puede levantar estanterías enteras por sí solo acelera el proceso.

—Esto debe haber costado una fortuna —dijo Krystin, mirando los muebles.

—No realmente. La mayoría fue solo arreglar lo que teníamos. La pintura y los suministros fueron la parte cara, pero tenía algunos fondos de emergencia ahorrados —apenas. Iba a estar comiendo ramen durante el próximo mes, pero valía la pena—. Necesitaba hacer algo. El lugar se estaba muriendo. Ahora quizás la gente realmente quiera entrar.

Mis amigas intercambiaron miradas. Esa mirada que ponían cuando tenían una conversación silenciosa de la que yo no formaba parte.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —dijo Krystin, pero estaba sonriendo—. Solo estamos orgullosas de ti. Este lugar se ve increíble.

—Y lo hiciste con tu novio hombre lobo que vive contigo —añadió Daphne.

—¡Él no es mi novio!

—Claro. Tu empleado hombre lobo que vive contigo y al que le diste la ropa de tu abuelo fallecido.

La señalé con el dedo. —Estás pisando terreno peligroso.

Se acomodaron en los sofás recién retapizados, y no pude evitar sentir una oleada de satisfacción. Esto era lo que había querido. Un espacio que se sintiera bien. Que se sintiera correcto. Mis amigas aquí, en la librería que mis abuelos habían amado, finalmente luciendo como si perteneciera a esta década.

—Bien, pero en serio —dijo Bella, inclinándose hacia adelante. Llevaba un cárdigan oversized que la hacía parecer aún más pequeña de lo habitual—. ¿Qué pasa con él? ¿Malachar? ¿Qué está pasando ahí?

—No está pasando nada. Está ayudando con la librería a cambio de un lugar para quedarse. Eso es todo.

Las tres me miraron con expresiones idénticas de incredulidad.

—¿Qué?

—Wen —dijo Krystin lentamente—. El hombre te llamó su compañera en una ferretería. Delante de la señora Santos, quien ahora le ha contado literalmente a todo el pueblo que estáis saliendo.

—Él no entiende las convenciones sociales humanas...

—Y es obscenamente guapo —interrumpió Daphne—. ¿Esa estructura ósea? ¿Esos ojos? ¿Las cicatrices? Es literalmente un modelo de portada de novela romántica que ha cobrado vida.

—Y está obsesionado contigo —añadió Bella suavemente—. La forma en que te miraba en esa foto que envió la prima de Krystin? Wen, eso no es normal. Eso es... eso es intenso.

—Eso es el vínculo de pareja. No es real. Es solo alguna cosa mágica de lobo que no significa nada.

Krystin resopló. —Sigue diciéndote eso.

—Lo haré, gracias.

—Solo ten cuidado —dijo Bella, retorciéndose las manos—. Realmente no lo conocemos. ¿Y si es peligroso?

—Es un hombre lobo que casi asesina a un tipo por insultarme. Por supuesto que es peligroso.

—¡Eso no es tranquilizador! ¿¡Cuándo?!

—El viernes. Un tipo de finanzas estaba siendo un idiota sobre la librería y Malachar casi se transforma en medio de la tienda —agité mi mano desestimándolo—. Pero no lo hizo. Me escuchó cuando le dije que se detuviera. Ese es el punto. La cosa del vínculo de pareja significa que literalmente no puede hacerme daño. Es como... biológicamente imposible o lo que sea —al menos, eso es lo que había sugerido la investigación de internet de Bella. Las parejas destinadas no podían hacerse daño entre sí. Era una regla—. Además, hace todo lo que digo. En realidad es bastante agradable tener a alguien que simplemente... obedece.

—Eso es una cantidad preocupante de poder —murmuró Daphne.

—Lo estoy usando responsablemente. Mayormente.

—¿Mayormente?

—Lo hice reorganizar toda la sección de ciencia ficción alfabéticamente por autor. Dos veces. Porque no me gustó cómo quedó la primera vez.

Krystin se rió. —Está bien, eso es justo. Usa a ese hombre para trabajo manual. Dios sabe que está hecho para ello.

La puerta del apartamento se abrió.

Todas nos congelamos. Nos miramos con los ojos muy abiertos.

Le había dicho que se quedara arriba. Le había dicho explícitamente que el club de lectura dominical era tiempo de amigas y que necesitaba darnos espacio. ¿Qué estaba haciendo?

Pasos en las escaleras. Cada vez más cerca.

—Dios mío —susurró Bella—. Está bajando.

—Puedo verlo —siseé en respuesta.

Malachar apareció en el rincón de lectura llevando cuatro vasos en una bandeja. Los vasos estaban llenos de zumo de naranja. Zumo de naranja fresco, a juzgar por la pulpa que podía ver flotando.

Parecía complacido consigo mismo. Orgulloso.

Mis amigas miraron fijamente. Yo miré fijamente. Nadie habló.

—Hice zumo para ti y tus amigas —anunció, colocando la bandeja sobre la mesa de café con sorprendente delicadeza—. Pensé que podrían tener sed.

—Yo... ¿qué? —Mi cerebro estaba luchando por procesarlo—. No tenía zumo de naranja arriba.

—No lo tenías —se enderezó, viéndose aún más complacido—. Conseguí naranjas frescas de un árbol no muy lejos de aquí y lo hice yo mismo. El proceso fue fascinante. Tuve que cortarlas y exprimirlas. Muy laborioso, pero creo que el resultado es satisfactorio.

Robó naranjas. Para mí. Para hacer zumo. Ni siquiera específicamente para mí, sino para mis amigas.

Krystin hizo un ruido que sonaba sospechosamente como una risa reprimida, disfrazada de tos.

—Gracias —logré decir. Mi cara se sentía caliente—. Eso es... muy considerado.

Su sonrisa se ensanchó. Realmente parecía orgulloso. Como un cachorro que hubiera traído un palo. —No quería que tuvieras sed, pequeña compañera.

Bella emitió un pequeño chillido y se cubrió la boca con ambas manos, sus ojos enormes.

—Bien. Vale. Gracias por esto —señalé vagamente la bandeja—. Puedes subir ahora. Necesitamos hablar sobre nuestro club de lectura.

Inclinó la cabeza. —¿Qué es un club de lectura?

Mierda.

Abrí la boca para decirle que no necesitaba saberlo, que era tiempo privado de amigas, pero Daphne intervino antes de que pudiera hablar.

—Es una actividad que hacemos todos los domingos ahora que todas vivimos en Ryeville —su voz se había vuelto suave, soñadora. Como siempre cuando hablaba de libros—. Solíamos hacerlo el último domingo de cada mes, pero es mejor vernos semanalmente. Elegimos un libro, todas lo leemos, y luego nos reunimos para discutirlo.

Malachar hizo un ruido de aprecio. —Eso suena como una excelente tradición. La lectura también es importante en Lytopia. Aunque tenemos menos libros de los que parece poseer vuestro mundo.

—Lo apreciamos mucho —continuó Daphne—. Los libros son cómo nos conectamos. Cómo nos entendemos mutuamente y al mundo.

Oh no. Podía ver hacia dónde iba esto. Podía sentir la pregunta que venía antes de que la hiciera.

—¿Qué libro estáis leyendo actualmente?

No. No. Absolutamente no.

Me lancé hacia la mesa de café donde estaba el libro, con el lomo hacia arriba, portada oculta. Pero Malachar fue más rápido. Me vio moverme y su mano salió disparada, agarrando el libro antes de que pudiera alcanzarlo.

Lo sostuvo, examinando la portada con interés. —¿Este?

La portada mostraba a un hombre sin camisa con la camisa medio abierta, una mujer presionada contra él, con la cabeza echada hacia atrás. El título estaba en letras negritas y en relieve: «Reclamada por el Alfa».

Matadme. Matadme ahora. Que la tierra se abra y me trague entera.

Mis amigas estaban en silencio. Podía sentir sus ojos sobre mí. Podía sentir el horror que irradiaba de Bella. La risa apenas reprimida de Krystin. El deleite de Daphne.

Malachar estaba estudiando la portada con el ceño fruncido. —«Reclamada por el Alfa» —leyó en voz alta. Su ceño se profundizó —. ¿Esto es sobre lobos?

—Sí —dijo Daphne, su voz brillante con apenas alegría reprimida.

—No —dije al mismo tiempo.

Me miró, luego volvió a mirar el libro. Lo volteó para leer la contraportada. Sus cejas se alzaron cada vez más mientras leía.

—Esto es sobre una mujer humana que es reclamada por un lobo alfa como su compañera —dijo lentamente—. Se vinculan. Ella lleva

su marca. Hay... conflicto con otros miembros de la manada que no la aceptan. Pero al final, su amor conquista todos los obstáculos —me miró, con los ojos brillando de diversión—. Esto suena familiar.

—Es ficción —dije desesperadamente—. Pura ficción. Inventado. No real.

—Pero lo estáis leyendo —la diversión en su voz era innegable ahora —. Tú y tus amigas os reunís cada semana para discutir historias de lobos reclamando a sus compañeras humanas.

—¡Leemos todo tipo de libros! El mes pasado leímos un romance de demonios. El mes anterior fueron vampiros. No es específico a lobos.

—Pero este mes —dijo, todavía sonriendo—, elegisteis lobos.

Krystin se estaba mordiendo el labio tan fuerte que me preocupaba que fuera a sacar sangre. Bella había enterrado la cara entre las manos. Daphne parecía lista para empezar a tomar notas.

—Lo elegimos antes de que aparecieras —dije—. Es una coincidencia.

Eso era una mentira. Krystin había propuesto este libro después del desastre de Halloween. Dijo que necesitábamos «investigar la dinámica de los lobos». Daphne y Bella habían estado inmediatamente de acuerdo. Había sido superada en número tres a uno. La democracia era una perra.

—Una coincidencia fascinante —pasó las páginas, y quise morir cuando vi las notas adhesivas. Los pasajes resaltados. Las anotaciones que todas habíamos hecho—. Habéis marcado muchas secciones. Hecho notas. «Esto es ardiente». «Desearía que mi novio hiciera esto». «Energía alfa». «Los gruñidos lo son todo».

—Oh Dios mío, deja de leer eso en voz alta.

—«La forma en que la olfatea me vuelve salvaje» —continuó, claramente disfrutándolo—. «Necesito un hombre que me mire como él la mira a ella» —levantó la mirada, sus ojos encontrándose con los míos—. ¿Estas son tus notas, pequeña compañera?

—¡Esas podrían ser las notas de cualquiera!

—Esta es tu letra —señaló una sección—. Te he visto escribir. Muerdes tu bolígrafo e inclinas la cabeza hacia la izquierda. Estas notas tienen esa misma cualidad. Ligeramente manchadas. Definitivamente tuyas.

Mi cara ardía. Porque tenía razón. A Daphne le gustaba subrayar los pasajes que le gustaban, Bella le gustaba resaltar con diferentes colores, y Krystin dibujaba en ellos, generalmente dibujos explícitos y terribles. Pero esas notas... Esas eran mías. Notas que había hecho mientras leía tarde en la noche, medio borracha con vino, pensando en cosas en las que absolutamente no debería haber estado pensando. Notas que se habían vuelto progresivamente más desesperadas a medida que avanzaba el libro. Notas que pueden o no haber involucrado imaginar a cierto hombre lobo haciendo ciertas cosas.

O iba a morir de vergüenza o lo iba a matar lenta y dolorosamente.

—¿Puedo tener mi libro de vuelta, por favor?

—Me gustaría leerlo —lo sostuvo contra su pecho, posesivo—. Para entender mejor las percepciones humanas de los vínculos de lobo. Con fines de investigación.

—Con fines de investigación —repetí sin expresión—. Absolutamente no —me lancé hacia el libro otra vez. El bastardo lo mantuvo fuera de mi alcance—. No puedes leer eso. Es... es material del club de lectura. Privado.

—Acabas de explicar que los clubes de lectura son para discutir libros. ¿Cómo puedo participar en la discusión sin leer el material?

—¡No estás participando! ¡Este es tiempo de amigas!

—Pero deseo aprender sobre tu mundo. Tus costumbres. Tu... literatura —la forma en que dijo literatura hizo que sonara como si supiera exactamente qué tipo de libro era este.

Lo cual sabría, muy pronto. Y había dejado aproximadamente diecisiete mil notas adhesivas en él. Incluyendo una que decía «si un hombre me hiciera esto alguna vez me consumiría» junto a una escena particularmente explícita.

—Malachar —intenté sonar firme. Con autoridad—. Dame el libro.

—No.

—Eso no es una petición, es una orden. De tu jefa.

—Dijiste que debería aprender sobre la cultura humana. Esto parece ser un excelente recurso educativo.

Me estudió por un largo momento. Luego su sonrisa se volvió maliciosa. —Estás avergonzada.

—No estoy avergonzada, estoy...

—Lo estás. Tu cara está roja. Tu latido se ha acelerado. No deseas que lea esto, lo que solo me hace querer leerlo más.

Krystin perdió la batalla contra su risa. Le salió a borbotones, fuerte e incontrolada.

—Voy a matarte.

—No me opondré. Puedes hacer lo que quieras conmigo, pequeña compañera —me guiñó un ojo.

—Maldita sea —murmuré, con la cara ardiendo como un maldito tomate.

—Voy a leer este libro —declaró, sujetándolo con más firmeza bajo el brazo—. Aprenderé lo que las hembras humanas encuentran atractivo en los compañeros lobo. Y quizás... —sus ojos se encontraron con los míos, intensos y depredadores—. Quizás sabré mejor cómo cortejarte y complacerte.

Mi cerebro hizo cortocircuito. —¿Cortejarme?

No iba a repetir la palabra con *c*.

—Sí. Claramente he sido demasiado sutil. Este libro servirá como un excelente manual de instrucciones.

—No es... eso no es... no puedes...

—¿Por qué no? Pareces bastante entusiasmada con el comportamiento del macho en esta historia. Quizás si lo imito, estarás igualmente entusiasmada con el mío.

Bella hizo un ruido ahogado. Daphne parecía lista para escribir una novela sobre esta conversación. Krystin lloraba de risa.

—¿Y si piensas en mí mientras lo lees? —La pregunta salió antes de que pudiera detenerla—. ¿Te... te imaginarías...?

No pude terminar. No podía decirlo en voz alta. No sabía por qué demonios lo había preguntado. *¿Por qué, cerebro, por qué?*

Su expresión se suavizó. Sus ojos se oscurecieron. —Pequeña compañera, pienso en ti constantemente. Cada momento. Despierto y dormido. Pienso en cómo se sentiría tenerte en mis brazos. Cómo sabrías. Cómo sonarías cuando yo...

—¡VALE! —casi grité—. Vale. Bien. Lee el libro. Como si me importara. Pero te quedarás en el apartamento mientras tenemos el club de lectura. Este es tiempo para amigas. Y que conste, no estaba pensando en *ti*.

Frunció el ceño y gruñó ligeramente ante la insinuación de que yo pensaba en otra persona, lo cual era una absoluta mentira.

—Como desees, jefa —comenzó a irse. Se detuvo. Se dio la vuelta con esa sonrisa malvada todavía en su rostro—. Aunque debería mencionar que hay una escena en el capítulo siete que es anatómicamente incorrecta. Los lobos no funcionan así.

—¡FUERA!

Se fue, todavía sonriendo, con mi novela romántica bajo el brazo. El sonido de sus pasos en las escaleras se desvaneció. La puerta del apartamento se cerró.

Silencio.

Entonces Krystin perdió completamente el control. Bueno, más de lo que ya lo había perdido. Se reía tan fuerte que cayó de lado en el sofá, con lágrimas corriendo por su cara. —Dios mío. Dios mío, Wen. ¡Va a leer tu porno y luego decirte qué partes son anatómicamente incorrectas! —Estaba jadeando ahora, tratando de respirar entre risas—. Y luego lo va a usar como manual para cortejarte. Es lo mejor que ha pasado nunca.

—Odio todo.

—Te hizo zumo de naranja —dijo Bella, riendo—. Con naranjas robadas. Y ahora está leyendo tu novela romántica de hombres lobo. Wen, esto es...

—¿Una pesadilla?

—Adorable —completó Daphne—. Es adorable. Te está cortejando.

—Y ha dicho que piensa en ti constantemente —añadió Bella, con la cara roja pero sonriendo—. En cómo te sentirías y sabrías y...

—He oído lo que ha dicho, gracias.

Agarré mi vaso de zumo de naranja y bebí un largo trago. Estaba bueno. Realmente bueno. Fresco, dulce y ácido. Lo había hecho perfectamente.

Maldito sea.

—¿Podemos por favor hablar de literalmente cualquier otra cosa? —supliqué.

—Oh, definitivamente vamos a hablar del libro —dijo Krystin, sonriendo—. Y por el libro, me refiero a tu vida real. Porque, Wen, tu vida se ha convertido en una novela paranormal romántica. Completa con un alfa sexy que roba naranjas y lee tus guarradas.

Dejé caer la cabeza entre mis manos. —Necesito vacaciones.

—Necesitas admitir que te gusta.

—¡Apenas lo conozco!

—Conoces lo suficiente para imaginarlo en el capítulo diecisiete.

Arriba, escuché movimiento. Probablemente estaba leyéndolo. *Y* mis notas, mis subrayados. Mis anotaciones vergonzosamente desesperadas sobre machos alfa y mordiscos de reclamo y...

Oh, Dios mío.

—Este es el peor día de mi vida —murmuré.

—Este es el mejor día de las nuestras —rebatió Krystin.

Así era mi vida ahora. Estaba tan jodida.

8

—•—

Wen

Logré ignorar al hombre lobo en mi apartamento durante tres días enteros.

El domingo por la noche, después de que mis amigas se fueran, pasé junto a él que estaba tumbado en el sofá con ese maldito libro abierto frente a él y prácticamente corrí a mi habitación. Cerré la puerta de golpe. La bloqueé. Fingí que no podía oírle pasar las páginas y que no me moría de curiosidad por saber qué pensaba del capítulo diecisiete.

El lunes por la mañana, salí de mi habitación al amanecer para encontrarlo todavía dormido en el sofá. Resultó que el gran y malo alfa lobo no era una persona madrugadora. Gruñó cuando pasé por su lado, hizo un sonido que era mitad gruñido y mitad queja, y se arrastró al baño con todo el entusiasmo de un adolescente en día de colegio.

Era hilarante. Este depredador poderoso y peligroso que casi había asesinado a un hombre por insultarme era absolutamente miserable antes de las 11 de la mañana.

Había hecho café. Extra fuerte. Deslicé una taza por la encimera hacia él cuando finalmente emergió, con el pelo apuntando en todas direcciones, los ojos aún medio cerrados.

Había gruñido lo que podría haber sido un agradecimiento y se bebió toda la taza en tres tragos.

—¿No eres persona de mañanas? —había preguntado.

Otro gruñido.

—¿Necesitas más café?

Un asentimiento.

Le había servido otra taza, conteniendo una sonrisa. ¿Quién sabía que los reyes hombre lobo eran inútiles antes de la cafeína?

Martes y miércoles siguieron el mismo patrón. Comíamos el desayuno en relativo silencio. Bajábamos a trabajar. Yo evitaba el contacto visual. Estaba bien. Totalmente bien. Estaba manejando esto con madurez.

Pero la librería... estaba *prosperando*.

El lunes por la mañana, una chica había entrado y se había quedado paralizada en la puerta. Simplemente se quedó mirando las renovaciones con la boca abierta.

—Oh, Dios mío —había suspirado—. ¿Woods & Pages ha tenido un cambio de imagen?

—Hemos hecho algunas actualizaciones —había dicho, tratando de sonar casual en lugar de desesperadamente esperanzada.

—¡Esto es increíble! ¿Tienes alguna comedia romántica? ¿Como, de enemigos a amantes?

Hace una semana, le habría dicho que no teníamos mucha novela romántica contemporánea. Ahora, con mi nuevo inventario... —Tengo una sección entera. Déjame mostrarte.

Había chillado. Realmente chillado. Compró tres libros. Se sentó en el rincón de lectura para comenzar uno inmediatamente. Tomó unas diecisiete fotos de su «acogedor rincón de lectura» y las publicó en Instagram mientras yo intentaba no rondar.

El martes, vinieron más personas. Amigas de la chica del lunes, probablemente. Se maravillaron con los cambios. Compraron libros. Tomaron más fotos. Etiquetaron la librería en sus publicaciones.

El miércoles trajo aún más clientes. La noticia se estaba extendiendo. Las redes sociales estaban haciendo su magia. La gente estaba realmente viniendo a Woods & Pages voluntariamente.

Era más de lo que había pensado posible. Más de lo que me había atrevido a esperar.

Pero necesitaba más.

Me estaba volviendo codiciosa. Mi cerebro de marketing estaba a toda máquina, viendo oportunidades por todas partes. Ahora tenía impulso. Necesitaba aprovecharlo. Empujar más fuerte. Hacer que Woods & Pages no fuera solo una bonita librería, sino un destino.

Y tenía la estrategia perfecta.

La odiaba. Realmente odiaba a mi cerebro por sugerirla. Pero sabía que funcionaría. Era la mejor estrategia de marketing del mundo, y si había algo que sabía, era cómo funcionaban las mentes de las mujeres.

—Ven aquí —le dije a Malachar después del desayuno del miércoles por la mañana.

Se animó inmediatamente. Como un perro que escucha la palabra «paseo». Durante los últimos tres días, apenas le había hablado más allá de instrucciones básicas sobre tareas de la librería. Podía ver cómo le molestaba. La forma en que me observaba cuando pensaba que no lo estaba mirando. La forma en que encontraba excusas para estar en la misma habitación. La forma en que su rostro caía cada vez que me retiraba a mi habitación.

Lo que sea. Estaba protegiendo mi cordura.

—¿Sí, pequeña compañera? —Su voz era más profunda de lo habitual.

Le tendí el paquete que había llegado de Amazon ayer. —Ponte esto.

Sus ojos se oscurecieron. Se arrastraron desde la ropa hasta mi cara. —¿Deseas verme con esto, compañera? —Su voz se había vuelto más áspera—. ¿Es alguna... fantasía tuya?

Mi cara se volvió nuclear. —¡No! No es eso. Necesito tu ayuda con algo, y tienes que llevar esto para *ayudar*.

No parecía convencido. Pero sus manos fueron inmediatamente al dobladillo de la camiseta que llevaba. Empezó a levantársela.

—¡Aquí no! —chillé.

Se detuvo. Levantó una ceja. —¿Por qué?

—Porque... ¡simplemente ve a cambiarte al baño!

—Me has visto desnudo, pequeña compañera. Múltiples veces. ¿Por qué te molesta esto?

Tenía razón. Un punto muy bueno que decidí ignorar.

—Está bien, vale —crucé los brazos—. Cámbiate aquí. Pero déjame revisar tus heridas primero. ¿Has estado tratándolas como te

mostré?

—No.

Parpadeé. —¿Qué quieres decir con no?

—No las he estado tratando.

—¡Malachar! —La alarma me recorrió—. ¡Te di todo lo que necesitabas! La crema, las vendas, las instrucciones...

—Lo sé —todavía me miraba con esa mirada intensa—. Pero me gusta cuando lo haces tú. No quería... estropear tu trabajo.

No sabía qué sentir sobre eso. ¿Frustración? ¿Preocupación? ¿Algo más cálido que me negaba absolutamente a reconocer?

Se quitó la camisa por encima de la cabeza antes de que pudiera formar una respuesta coherente.

Jadeé.

Las heridas a través de sus costillas estaban de un rojo furioso. No sangraban, pero tampoco sanaban. Todavía crudas y de aspecto doloroso. La mordedura en su hombro parecía aún peor, con los bordes inflamados.

—¿Me estás tomando el pelo? —Marché hacia los suministros de primeros auxilios—. ¿Has estado caminando con heridas infectadas durante tres días?

—No están infectadas. Simplemente no están sanando.

—¡Porque no las estás tratando! —Agarré la crema antibiótica. La buena que había pedido en línea después de darme cuenta de que la variedad normal de la farmacia no estaba funcionando—. Siéntate. Ahora.

Obedeció, sentándose en una de las sillas de la cocina. Su torso desnudo estaba completamente a la vista. Todos esos músculos y cicatrices y esa sonrisa insufrible.

Traté de concentrarme en las heridas. Solo en las heridas. No en cómo se sentía su piel bajo mis dedos. No en la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración. No en la forma en que me estaba mirando.

Exprimí crema en mis dedos y comencé a aplicarla a lo largo de los peores cortes en sus costillas.

Gruñó. El sonido retumbó a través de su pecho.

—Lo siento —murmuré—. Esto podría picar. Lo estás empeorando al no cuidarte —trabajé la crema con cuidado, tratando de ser suave—. ¿Por qué no tratarías estas? Tienen que doler.

—El dolor me recuerda que estoy aquí. Contigo. Que esto es real.

Mis manos se quedaron quietas. —Eso es lo más deprimente que he oído nunca.

—Es la verdad.

Soplé aire fresco sobre la crema para ayudar con el escozor. Hizo un ruido que era mitad gemido y mitad ronroneo, vibrando a través de todo su cuerpo.

Levanté la mirada.

Estábamos cerca. *Demasiado* cerca. Yo estaba de pie entre sus rodillas, inclinándome para alcanzar la herida en su hombro. Su cara estaba a centímetros de la mía. Sus ojos estaban fijos en mis labios.

El aire se sentía cargado. Eléctrico. Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

Pensé en cómo se sentiría ser besada por él. Cerrar esta distancia, dejar de luchar contra lo que fuera que había entre nosotros. Mis labios hormiguearon al pensar en su suave boca contra la mía, cómo podría morder mi labio inferior antes de hundir su lengua profundamente, batallando con la mía. Cómo mi mano tiraría de su pelo, la otra arrastrándose por sus abdominales y más abajo...

Su mano se elevó lentamente, dándome tiempo para alejarme. Acunó mi barbilla y inclinó mi rostro hacia el suyo.

Su aliento rozó mis labios. Cálido, con sabor a menta de mi pasta de dientes.

Comencé a inclinarme. Solo una fracción, lo suficiente para que nuestras narices casi se tocaran...

Entonces el pánico me golpeó. Frío y repentino y abrumador. No podía hacer esto. Esto no era... *Él* no era... Y yo no podía...

—El portal —solté de golpe—. ¿Sigue abierto?

Parpadeó. El momento se hizo añicos. —¿Qué?

—El portal. A tu mundo. ¿Puedes volver?

Di un paso atrás, poniendo distancia entre nosotros. Mis manos temblaban así que las junté para ocultarlo.

Me vio retroceder con una expresión que no pude leer. —No lo he intentado.

—¿Por qué no?

—Porque estoy demasiado débil —señaló sus heridas—. El primer cruce tomó toda mi energía. Si intento regresar ahora, en este estado, no sobreviviré al viaje.

Mi estómago se hundió. —Así que estás atrapado aquí.

—Por ahora, sí —se puso de pie, acercándose. Esta vez mantuve mi posición—. Pero incluso si pudiera cruzar, pequeña compañera, no lo desearía. Tú estás aquí. Donde tú estés es donde deseo estar.

Mi corazón se apretó. Realmente se apretó físicamente en mi pecho.

—Bien. Bueno —aclaré mi garganta. Señalé la ropa todavía en su paquete sobre la encimera—. Puedes probarte eso ahora.

Me di la vuelta cuando escuché el roce de tela. El sonido de él moviéndose. Cambiándose. Miré fijamente la pared, la cafetera, cualquier cosa excepto al hombre lobo medio desnudo detrás de mí.

—Vale —dijo después de un momento—. Puedes mirar.

Me di la vuelta.

Me mordí el labio tan fuerte que probé sangre.

Santo cielo.

Llevaba una camiseta de compresión negra que se adhería a cada músculo de su torso. Pantalones de chándal grises que colgaban bajos en sus caderas. Su pelo todavía estaba desordenado por el sueño, y combinado con el atuendo, se veía absolutamente devastador.

El calor me inundó. Mi boca se secó. Necesitaba abrir una ventana. Bajar la calefacción. Saltar a una ducha fría. Todo lo anterior.

—¿Te gusta? —Su voz era puro pecado. Sabía exactamente cómo se veía. El bastardo estaba sonriendo con suficiencia.

Joder.

—¿Eso es un sí?

Oh dios. ¿Había dicho eso en voz alta?

—Yo... te ves bien. Sí —mi voz salió estrangulada—. Está bien. Perfecto. Eso funciona.

Se acercó, depredador. —¿Para qué exactamente funciona esto, pequeña compañera?

Cierto. El plan. Tenía un plan. Un plan malévolo, manipulador, absolutamente genial que me odiaba a mí misma por pensar.

Pero iba a funcionar. Sabía que iba a funcionar.

—Marketing —logré decir—. Vas a ayudarme con el marketing.

—¿Llevando esta ropa?

—Sí. Y haciendo exactamente lo que te diga que hagas —me forcé a encontrarme con sus ojos. A ignorar la forma en que mi cuerpo me gritaba que cerrara la distancia entre nosotros de nuevo y quizás trepar por él como un maldito árbol y delinear sus abdominales con mi lengua. *Para, cerebro*—. ¿Puedes hacer eso?

Su sonrisa se ensanchó. —Soy tuyo para comandar, jefa.

El modo en que dijo «jefe» debería ser ilegal. Grave y áspero y lleno de promesas que definitivamente no hicieron que mis muslos se apretaran en un intento estúpido de evitar excitarme. Pero la broma era para mí. Estaba *muy* excitada.

—Bien —agarré mi teléfono y abrí la aplicación de la cámara—. Porque estamos a punto de convertir a Woods & Pages en la librería más popular en cien kilómetros a la redonda.

—¿Cómo?

Le miré. A la camiseta de compresión moldeada a su pecho. A los pantalones de chándal grises que eran absolutamente criminales. Al

pelo despeinado y los ojos intensos y todo el conjunto que gritaba «héroe de novela romántica hecho realidad».

—Usando tu imagen como cebo —dije—. Las mujeres van a perder la cabeza cuando te vean. Y cuando vengan a mirar, se quedarán por los libros.

La comprensión amaneció en su rostro. Luego algo que parecía sospechosamente como orgullo. —¿Deseas usar mi apariencia para atraer clientes?

—Deseo usar la psicología básica del marketing. Las cosas bonitas venden. Tú eres bonito. Por lo tanto, venderás.

—¿Crees que soy bonito?

—Creo que eres una mina de oro para el marketing y sería una idiota si no utilizara todos los recursos a mi disposición.

Se rio. Realmente se rio. El sonido era cálido y rico e hizo cosas terribles en mi interior. —Muy bien, pequeña compañera. Úsame como desees. Estoy más que dispuesto.

La manera en que dijo eso lo hizo sonar infinitamente más sucio de lo que debería.

—Bien entonces —levanté mi teléfono—. Primer paso: fotos. Necesito contenido para redes sociales. Vas a posar con libros.

—¿Posar?

—Quedarte por ahí viéndote sexy mientras sostienes cosas.

—¿Viéndome sexy?

—Sabes cómo te ves. No te hagas el tonto.

Su sonrisa regresó. —Deseo oírtelo decir.

—Bien. Eres atractivo. Eres objetivamente condenadamente hermoso. Pareces la fantasía de toda mujer. ¿Contento?

—Solo si estoy en *tus* fantasías.

Me atraganté con mi propia saliva.

—Nunca lo sabrás —tosí hasta casi expulsar un pulmón—. Ahora ve a agarrar un libro de la sección de romance. Algo con un tipo sin camisa en la portada. Nos apoyaremos en la estética.

Obedeció, desapareciendo en la librería. Regresó con un romance paranormal que tenía un hombre lobo en la portada. Por supuesto.

—Perfecto —señalé el rincón de lectura—. Siéntate en esa silla. Parece pensativo.

—¿Pensativo?

—Intenso. Misterioso. Como si estuvieras pensando profundamente sobre el libro.

Se acomodó en la silla, con el libro abierto en sus manos. Me miró. —¿Así?

Casi dejo caer mi teléfono.

Se veía perfecto. La luz de la mañana desde la ventana iluminaba su pelo. La camiseta de compresión mostraba cada músculo. Su expresión era concentrada, intensa, como si el libro realmente tuviera toda su atención.

Las mujeres iban a provocar disturbios.

—Sí —dije débilmente—. Justo así.

Tomé la foto. Luego otra. Luego cinco más desde diferentes ángulos.

—¿Puedo moverme ya?

—No. Intenta mirar por la ventana. Pensativo. Como si estuvieras procesando lo que acabas de leer.

Lo hizo. El bastardo era sorprendentemente bueno en esto.

Tomé más fotos. Él de pie junto a las estanterías. Él alcanzando un libro en un estante alto, brazos tatuados estirados sobre su cabeza, músculos abultados. Él sentado en el suelo con la espalda contra la estantería, libro en su regazo. *Dioses*, ese regazo. Quería rebotar sobre él tan malditamente fuerte. Cada foto era mejor que la anterior. Cada una iba a destruir mi sección de comentarios.

—Bien —dije finalmente—. Creo que estamos listos.

—¿Qué pasa ahora?

—Ahora publico estas y veo cómo internet pierde colectivamente la cabeza —ya estaba editando la primera foto. Añadiendo un filtro, escribiendo un pie de foto—. Y mañana, te pondrás el siguiente atuendo.

—¿Hay más atuendos?

—Cuatro más. Uno para cada día de esta semana —le miré—. ¿Estás bien con eso?

Me estaba observando con esa expresión de nuevo. La que me hacía sentir cazada y apreciada a la vez. —Estoy bien con cualquier cosa que me mantenga cerca de ti, pequeña compañera.

Mi corazón volvió a hacer esa cosa de apretarse.

Miré de nuevo mi teléfono. Publiqué la foto junto con imágenes de nuestros libros más nuevos. Escribí: *¡Nuevas adiciones al catálogo de*

Woods & Pages! Ven a la tienda y encuentra el best-seller que buscas. #bookstagram #lecturasrománticas #noviodelibrería

—Ahí —dije—. Listo.

—¿Y ahora?

—Ahora esperamos a que comience el caos.

Mi teléfono vibró. Una vez. Dos veces. Luego continuamente.

Los comentarios estaban inundando la publicación. Los "me gusta" se acumulaban. La gente estaba compartiendo la publicación.

DIOS MÍO ¿QUIÉN ES ESE?

Me mudo a Ryeville inmediatamente

Por favor decidme que está soltero

Necesito saber qué libro está leyendo con fines de investigación

Señora, eso no es un hombre, es toda una novela romántica

Le mostré la pantalla a Malachar. —¿Ves? Te dije que funcionaría.

Leyó los comentarios, levantando las cejas. —¿Estas hembras desean conocerme?

—Desean hacer mucho más que conocerte, pero mantendremos esto en PG-13.

—¿Qué es PG-13?

—Olvídalo —guardé mi teléfono en el bolsillo—. El punto es que para mañana por la mañana, esta librería estará llena. Y tú estarás aquí, viéndote exactamente así, para que se queden y compren libros.

—Eres bastante astuta, pequeña compañera.

—Prefiero el término «estratégicamente brillante».

—Prefiero astuta —se puso de pie, acercándose—. Deseas usarme. Exhibirme frente a otras hembras para hacerlas sentir celos. Atraerlas aquí con la promesa de verme. Esto es muy alfa de tu parte.

—Es marketing.

—Es posesivo. Porque cuando esas hembras vengan, todas sabrán que soy tuyo —su sonrisa era satisfecha, presumida—. Aunque todavía no quieras admitirlo.

—No soy... eso no es lo que es esto...

—¿No lo es? —ahora estaba justo frente a mí. Tan cerca que tuve que inclinar mi cabeza hacia atrás para encontrar sus ojos—. Tú me vistes. Me exhibes. Te aseguras de que otros puedan mirar pero no tocar. Eso suena mucho a reclamar para mí, pequeña compañera.

Mi cerebro estaba cortocircuitándose. —Estás interpretando demasiado en esto.

—¿Lo estoy? —extendió la mano, metió un mechón de cabello detrás de mi oreja. El toque era suave. Reverente—. ¿O simplemente no estás lista para reconocer lo que estás haciendo?

—Estoy dirigiendo un negocio.

—Estás marcando tu territorio —su pulgar rozó mi pómulo—. Y estoy más que dispuesto a ser reclamado por ti.

Debería dar un paso atrás, poner distancia entre nosotros. Debería recordarle que esto era puramente profesional.

En cambio, me quedé allí, congelada, mientras su rostro se acercaba al mío.

—Dime que pare —murmuró—. Dime que no quieres esto, y me alejaré.

Abrí la boca. La palabra «para» debería haber salido.

No lo hizo.

Mi teléfono vibró de nuevo. El sonido rompió el momento.

Di un paso atrás y aclaré mi garganta, tratando de respirar a través de la ola de excitación que atravesaba mi cuerpo. Mierda santa. ¿Cómo era posible que pudiera ponerme tan caliente solo con unas pocas palabras? Tal vez era solo que estaba necesitada de contacto físico. Probablemente no tenía nada que ver con él.

—Deberíamos prepararnos para abrir. La gente llegará pronto.

Un destello de decepción cruzó su rostro. Pero asintió, respirando profundamente y tragando con dificultad. —Como desees, jefe.

Pasó junto a mí, dirigiéndose a la puerta principal. Me quedé en la parte trasera, todavía tratando de recuperar el aliento.

¿Qué estaba haciendo?

Miré la pantalla de mi teléfono. Otro comentario:

Vendré a esta librería todos los días hasta que él me note

Algo se retorció en mi pecho, caliente y agudo y peligrosamente cerca de los celos.

—Mierda —susurré.

9

—•—

Wen

Estaba viendo a un hombre lobo de metro noventa en pantalones de chándal grises repartiendo folletos a personas aleatorias en la calle, y odiaba cada segundo.

Esta había sido mi idea. Mi brillante, malévola, estratégicamente genial idea. Usar a Malachar como cebo. Atraer a la gente con la promesa de un caramelo para la vista. Hacer que se quedaran por los libros.

Y estaba funcionando. Dios, cómo estaba funcionando.

Habíamos estado saturados desde el miércoles. Nunca había visto a tanta gente en Woods & Pages, ni siquiera durante la temporada navideña cuando mis abuelos estaban vivos y la tienda estaba en su mejor momento.

El jueves había sido un caos. Mujeres fingiendo mirar mientras en realidad solo observaban a Malachar reorganizando estantes. El viernes había sido peor. La camiseta de compresión había sido reemplazada por una henley ajustada que de alguna manera se veía aún mejor, y había tenido que reabastecer la sección de romance

tres veces porque la gente seguía comprando libros solo como excusa para quedarse cerca de él.

El fin de semana había sido un borrón de registrar ventas y reabastecer estantes y tratar de no pensar en cuántas mujeres estaban mirando a Malachar. Pidiéndole recomendaciones. Riéndose de cosas que decía que ni siquiera eran chistes porque él no entendía el humor humano lo suficientemente bien como para ser gracioso a propósito.

El sábado había usado un suéter color borgoña que hacía que sus ojos parecieran más grises que rojos, y había visto a no menos de cinco mujeres «accidentalmente» rozarlo mientras alcanzaban libros. El domingo había sido nuevamente la camiseta de compresión negra por demanda popular, y había considerado seriamente cerrar temprano solo para hacer que parara.

Ahora era lunes, y había una fila. Una fila real de personas esperando para entrar en mi librería. La mayoría eran mujeres entre dieciocho y cuarenta años. La mayoría echaban miradas furtivas al tipo atractivo con la camiseta de compresión repartiendo folletos sobre nuestros nuevos lanzamientos y próximos eventos del club de lectura.

Debería haber estado extasiada y celebrando. Mi librería estaba prosperando. Las ventas estaban por las nubes. Había ganado más dinero en los últimos cinco días que en los tres meses anteriores combinados. Esto era todo lo que había querido.

En cambio, estaba viendo a mujeres coquetear con mi hombre lobo e intentando no cometer asesinato.

No mi hombre lobo. *El* hombre lobo. Que trabajaba para mí. Temporalmente. Platónicamente.

Joder.

La tienda estaba llena. Cada silla en el rincón de lectura ocupada, gente examinando estanterías, gente tomando fotos para Instagram. Un grupo de chicas universitarias había acampado en la sección de romance durante más de una hora, susurrando y riendo cada vez que Malachar pasaba. Debería haber estado allí ayudando a los clientes, gestionando el caos, siendo una buena propietaria de negocio.

Pero no podía apartar mis ojos de la ventana.

Necesitaba ayuda. La tienda estaba demasiado llena. No podía manejar esto sola. La gente estaba esperando en la caja. Alguien preguntaba sobre pedidos especiales. Otra persona quería saber si envolvíamos regalos. Necesitaba un par extra de manos.

Necesitaba que él volviera dentro.

No porque estuviera celosa o porque ver a las mujeres lanzarse sobre él me hiciera querer incendiar algo. Sino porque legítimamente necesitaba ayuda para gestionar la multitud.

Eso era todo.

Marché hacia la puerta, lista para llamarlo, cuando las vi a *ellas*.

Dos mujeres flanqueando a Malachar con sonrisas depredadoras. Ambas hermosas, vistiendo ropa que mostraba demasiada piel para noviembre.

Una tocó el tatuaje en su brazo, puso su mano en su bíceps y apretó. Probó el músculo, dejó que sus dedos permanecieran.

La otra se inclinó hacia él, angulando su cuerpo para exponer su clavícula. Pasando su mano por su cabello de esa manera que se supone que es seductora. —¿Estás soltero? —ronroneó.

Mi sangre hervía. Podía sentir el calor subiendo por mi cuello, mis manos cerrándose en puños a mis costados. Mi visión se volvió ligeramente roja en los bordes.

Esto era estúpido. Yo era estúpida por sugerir esto. Iba a cancelar todo el asunto. Despedirlo del deber de marketing. Encerrarlo en el apartamento donde otras mujeres no pudieran poner sus manos sobre él.

La primera mujer se inclinó más cerca, su voz bajando a lo que probablemente pensaba que era un susurro sensual. —Somos nuevas en la ciudad. Esperábamos que pudieras mostrarnos... los alrededores. Los lugares divertidos, ya sabes.

—No conozco lugares divertidos —dijo Malachar, su voz cortando mi espiral interna. Se quitó la mano del brazo con facilidad casual y dio un paso atrás para poner distancia entre él y las mujeres—. Soy un hombre emparejado y mi único entretenimiento proviene de mi mujer. Deberían preguntarle a ella. Ciertamente sabe mejor que yo.

Me detuve en seco.

Hombre emparejado. Mi mujer.

Acababa de decírselo. En público. En la calle. Frente a testigos. Otra vez.

Mi cara ardía. Mi corazón estaba haciendo gimnasia en mi pecho.

Debe haberme oído acercarme porque se dio la vuelta. Sus ojos encontraron los míos inmediatamente, y su expresión se transformó. El desinterés educado se derritió en calidez, en hambre, en esa mirada que me hacía sentir como la única persona en el mundo. Su sonrisa era devastadora, dirigida únicamente a mí.

—Aquí estás, pequeña compañera.

Mi corazón tartamudeó. Realmente tartamudeó en mi pecho como un motor moribundo.

Las dos mujeres tenían las cejas levantadas, dando pasos atrás. Mirando entre nosotros con creciente comprensión y decepción. Una de ellas murmuró algo a la otra. Ambas me lanzaron miradas que eran mitad envidiosas, mitad molestas.

—Estas señoritas querían preguntarte sobre lugares divertidos —continuó Malachar, todavía sonriéndome como si yo hubiera colgado la luna—. Les dije que tú eras quien sabía.

Resoplé. No pude evitarlo. Lo absurdo de la situación me golpeó. —Claro. Bueno. Hay un bar en la calle principal. Cine a dos manzanas. Senderos para caminatas en las montañas si les gusta eso. La cafetería tiene buenas tartas.

Las mujeres me agradecieron con sonrisas tensas y se fueron. Rápidamente.

Agarré el brazo de Malachar y lo arrastré hacia la puerta. Su piel estaba cálida bajo mis dedos. —Ya está. No vas a publicitar más este lugar.

—¿Por qué? —me siguió fácilmente, dejándome tirar de él hacia dentro. La campana sobre la puerta sonó. Varios clientes levantaron la vista y miraron—. Tu plan está funcionando. Mira todos estos clientes.

—Es solo que... —gesticulé impotentemente hacia la abarrotada tienda—. Es suficiente. Tenemos suficientes clientes. No necesitamos más mujeres que toquen...

Me interrumpí. Cerré la boca de golpe.

Demasiado tarde.

Dejó de caminar y se giró para mirarme completamente. Esa sonrisa estaba de vuelta, lenta y satisfecha y absolutamente malvada.

—¿Más mujeres que toquen... a mí? —se acercó. Los folletos fueron olvidados, dejados sobre el mostrador. Toda su atención estaba en mí—. ¿Estás celosa, pequeña compañera?

—No —la palabra salió demasiado rápida y defensiva.

—¿No? —dio otro paso. Retrocedí hasta chocar contra una estantería. El lomo de un libro de tapa dura se clavó en mi espalda —. ¿No te importa cuando otras hembras ponen sus manos sobre mí? ¿Cuando se inclinan cerca y preguntan si estoy disponible?

—Yo... eso no es... estás interpretando demasiado en esto.

—¿Lo estoy? —Apoyó una mano en la estantería junto a mi cabeza. Se inclinó. Su voz bajó de tono—. Si lo deseas, quemaré esta ropa. Ha soportado el contacto de otra hembra. No necesito el contacto de ninguna otra mujer que no seas tú. Eres la única que deseo. La única que quiero. La única cuyas manos anhelo sobre mi piel.

Oh, Dios. Estábamos en medio de una librería llena de gente. La gente definitivamente nos estaba mirando. Podía sentir sus ojos sobre nosotros. Podía oír los susurros que empezaban.

—Solo... —Tragué saliva con dificultad—. Todos están aquí por ti.

Su expresión cambió. Se suavizó. —Entonces me haré escaso. —Se enderezó y asintió una vez—. Problema resuelto.

Luego se alejó. Simplemente se dio la vuelta y caminó hacia la parte trasera de la tienda, desapareciendo entre las estanterías, dejándome presionada contra la librería intentando recordar cómo respirar.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Me aparté de la estantería y me dirigí al mostrador donde un cliente esperaba con una pila de libros. Un hombre mayor con ojos amables y una sonrisa afable.

—Perdón por la espera —dije, escaneando sus artículos. Mis manos todavía temblaban ligeramente—. Hemos estado un poco ocupados.

—No hay problema. Me encanta lo que has hecho con el lugar. Es maravilloso ver Woods & Pages prosperando de nuevo. —Sonrió—. Tus abuelos estarían orgullosos.

Se me hizo un nudo en la garganta. —Gracias. Eso significa mucho.

—Y ese joven que te ayuda... es muy dedicado. Lo vi en la entrada. Muy profesional.

—Sí, él es... —¿Qué era Malachar, exactamente?—. Ha sido de gran ayuda.

—Puedo verlo. Tienes suerte de haberlo encontrado.

Registré sus libros, sintiendo que algo cálido se asentaba en mi pecho. Suerte. Sí. Tal vez la tenía.

Algo suave rozó mis piernas y grité, saltando hacia atrás y casi dejando caer los libros que sostenía. Miré hacia abajo para encontrar un lobo enorme mirándome.

Pelaje negro con puntas grises. Ojos rojos demasiado inteligentes. Una cabeza que me llegaba a la cintura.

—Madre mía —murmuré. Lo había visto como lobo antes, pero había sido en la oscuridad, en el caos de la noche de Halloween y luego desde lejos en los días siguientes. Esto era diferente. Era plena luz del día en mi librería, justo a mi lado, y era enorme. Absolutamente masivo. Jesucristo, ¿cómo era esto siquiera posible?

—¡Dios mío! —Los ojos del cliente se abrieron como platos—. ¡¿Qué raza es esa?!

Mi cerebro buscó una explicación. —Es... una mezcla. Gran danés y lobo. Muy rara. Muy cara. Totalmente legal.

¿Era legal? Probablemente no. Lo que sea. Me ocuparía de control animal si aparecían.

—¿Puedo acariciarlo? —preguntó el cliente, ya extendiendo la mano.

Un gruñido bajo retumbó desde el pecho de Malachar. Profundo, amenazante y absolutamente salvaje.

El cliente retiró la mano. —Ah. Quizás no.

—Sí, es... muy protector. —Terminé de escanear los libros con manos temblorosas—. Serán cuarenta y dos con cincuenta.

Malachar se apretó contra mis piernas. Sólido y demasiado satisfecho consigo mismo. Frotó su enorme cabeza contra mi cadera, hociqueó en mi estómago. Me miró con esos inquietantes ojos rojos.

Era adorable. Absolutamente adorable. Esta máquina de matar se había convertido en un cachorro gigante.

Bajé la mano sin pensar y le rasqué detrás de las orejas. Sus ojos se cerraron, un sonido retumbante salió de su pecho. No exactamente un gruñido, más como un ronroneo.

El cliente pagó y se fue, mirando nerviosamente al lobo.

Entró más gente. Intenté ayudarles. Intenté hacer mi trabajo. Pero Malachar no me dejaba en paz. Me seguía a todas partes. Se apretaba contra mis piernas cuando me quedaba quieta. Empujaba mi mano cuando dejaba de acariciarlo. Hacía esos sonidos de ronroneo cuando cedía y le rascaba la cabeza.

—Estás siendo ridículo —murmuré mientras ayudaba a una mujer a encontrar un thriller—. No puedes simplemente... para ya.

Había empujado mi mano de nuevo. Exigiendo más atención como un perro mimado.

La mujer sonrió. —Es precioso. ¿Qué dijiste que era?

—Mezcla de gran danés y lobo. Muy rara. Importado.

—Parece muy apegado a ti.

—Es necesitado. —Le rasqué la cabeza de nuevo porque no dejaba de empujar—. Un bebé grande en un envoltorio aterrador.

La mujer se rió, compró su libro y se fue. Llegaron más clientes. Algunos se intimidaron por el enorme lobo a mi lado. Tuve que seguir asegurándoles que era inofensivo, mestizo, totalmente seguro, por favor no llamen a control animal porque explicar esto a las autoridades sería una pesadilla.

Una niña pequeña preguntó si podía acariciarlo. Malachar se sentó inmediatamente, dejando que ella pasara sus pequeñas manos por su pelaje. Había sido gentil. Paciente. Incluso le lamió la mano cuando ella rió.

—¿Ves? —le dije a su madre—. Un amor total.

La madre parecía escéptica pero compró tres libros infantiles de todos modos.

Para cuando terminó mi turno, la multitud había disminuido. Solo quedaba un hombre, hojeando la sección de thrillers. Estaba a punto de ir a ayudarlo cuando él llamó.

—¿Disculpa? ¿Podrías ayudarme a encontrar algo?

—Claro. —Me acerqué, con Malachar caminando silenciosamente a mi lado—. ¿Qué estás buscando?

—Un buen misterio. Algo oscuro. Con suspense. —Sonrió. Se acercó más. Demasiado cerca—. Quizás podrías recomendarme algo.

—Tenemos toda una sección...

—Me refería a recomendaciones más... personales. —Se inclinó, apoyando una mano en la estantería junto a mi cabeza mientras la otra se extendía para tocar mi brazo—. ¿Qué te gusta? En tus libros. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo—. ¿Qué hace que tu corazón se acelere? Porque me encantaría saber qué excita a una mujer como tú.

Un gruñido comenzó a mi lado. Bajo y amenazante, aumentando en intensidad.

Malachar se materializó a la altura de mi cintura, con los dientes al descubierto, los ojos rojos brillando. El pelo de su espalda estaba erizado y dio un paso adelante, colocándose entre el cliente y yo con intención letal.

El hombre palideció. —Yo... yo solo...

El gruñido creció y todo el cuerpo de Malachar se tensó, enrollado y listo para saltar.

—Lo siento, tengo que irme... —El hombre prácticamente corrió hacia la puerta. Ni siquiera compró nada. La campana sonó violentamente mientras huía.

—¡Malachar! —Miré al lobo—. Acabas de asustar a un cliente.

Me miró. Completamente impenitente. Si acaso, parecía satisfecho.

—No puedes gruñir a la gente solo porque se acerquen a mí. Eso no es...

El aire brilló y ondulé. Observé asombrada cómo el pelaje retrocedía hacia la piel, cómo la forma del lobo se estiraba, cambiaba y se reformaba en un hombre. Huesos crujiendo y reestructurándose. La transformación tardó segundos, hipnotizante y aterradora y hermosa de una manera primaria que me cortó la respiración. Un momento, un lobo masivo. Al siguiente, un hombre desnudo agachado en el suelo de mi librería.

Se levantó lentamente, todos esos músculos, piel y tatuajes a la vista, y sus ojos seguían rojos, todavía brillando con furia apenas controlada. Agarró mi barbilla con firmeza y levantó mi cara para encontrar su mirada.

—Ningún hombre te toca excepto yo —gruñó. Las palabras eran más animales que humanas. Crudas y posesivas—. ¿Entiendes?

No podía hablar ni respirar, solo mirarlo.

Soltó mi barbilla y se dirigió a la puerta principal. La cerró con llave. Volteó el cartel a Cerrado. Agarró una manta del rincón de lectura y la ató alrededor de su cintura con eficiencia practicada.

Luego se volvió hacia mí. —Ahora. ¿Dónde necesitas ayuda?

—Yo... ¿qué?

—Dijiste que necesitabas ayuda. Estoy aquí. Dime qué hacer, jefa.

Mi cerebro estaba desconectado. Completamente desconectado. Acababa de verlo transformarse. Ver el pelaje convertirse en piel, el lobo en hombre. Y ahora estaba allí parado con una manta, mirándome expectante, como si no acabara de reclamarme de la manera más primaria posible.

—Libros —logré decir—. Estantería superior. No alcanzo. Hay que reorganizarlos.

Asintió y se dirigió a las estanterías. Comenzó a bajar libros que necesitaban ser enderezados. Alcanzando lugares a los que yo no podía llegar sin una escalera. Sus músculos se flexionaban con cada movimiento. La manta caía baja en sus caderas.

Me obligué a apartar la mirada. A empezar a recoger los libros que los clientes habían dejado dispersos por el rincón de lectura. A enderezar sillas. A hacer cualquier cosa excepto mirarlo.

Pero era hiperconsciente de él. De cada movimiento, cada respiración. La forma en que se movía con esa gracia depredadora. La forma en que manejaba los libros con cuidado a pesar de su tamaño, cómo seguía mirándome para asegurarse de que estaba bien.

—Gracias —dije en voz baja—. Por lo de antes. Con ese tipo.

Hizo una pausa. Me miró. —Siempre te protegeré, pequeña compañera. Eso es lo que hacen las parejas.

—Claro. Lo de ser pareja.

—Sí. Lo de ser pareja. —Colocó el último libro en su lugar. Se volvió para mirarme completamente—. ¿Todavía te asusta? El vínculo.

—No lo sé. —La honestidad parecía más fácil que mentir—. A veces. Es mucho. Todo esto es mucho.

—Lo sé. —Se acercó más. Se detuvo justo fuera de mi espacio personal. Dándome espacio para alejarme si quería—. Pero no voy a ir a ninguna parte. Ya sea que aceptes el vínculo o no. Ya sea que creas en él o no. Estoy aquí. Durante todo el tiempo que me quieras.

Mi pecho se sentía apretado. —Realmente lo dices en serio.

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida.

10

—•—

Wen

Me estaban matando los pies.

Después de cerrar la librería y ayudar a Malachar a limpiar, me arrastré hacia las escaleras que conducían al apartamento. Cada paso era un esfuerzo. Mis piernas se sentían como gelatina. Me dolía la espalda por horas de estar de pie, estirándome y gestionando el caos controlado que había sido mi día.

Estaba a tres escalones de la cima cuando mi pie resbaló.

—¡Mierda! —grité, agitando los brazos mientras caía hacia atrás.

Unas manos fuertes me atraparon. Un brazo alrededor de mi cintura, el otro acunando mi espalda. Estuve suspendida en el aire por un latido antes de ser atraída contra un pecho sólido.

Malachar.

Por supuesto.

—Cuidado, pequeña compañera —murmuró. Su voz era áspera y baja—. Odiaría que te lastimaras.

Estaba presionada contra él. Podía sentir cada músculo, cada centímetro de su cuerpo contra el mío. Todavía llevaba solo la manta, y era muy consciente de lo poco que nos separaba.

—Estoy bien —logré decir—. Ya puedes bajarme.

—¿Puedo? —Sus brazos se apretaron ligeramente—. ¿O debería llevarte el resto del camino? Pareces... inestable.

—Solo estoy cansada.

—Entonces déjame ayudarte.

—No necesito...

—Siempre dices eso. —Su cara estaba cerca de la mía. Podía ver las motas grises en sus ojos rojos. Podía sentir su aliento en mi piel—. Nunca necesitas ayuda. Nunca necesitas a nadie. Pero ¿y si yo necesito ayudarte? ¿Y si estar cerca de ti, cuidarte, es lo que me mantiene cuerdo en este mundo extraño?

Mi corazón estaba haciendo esa cosa de tartamudeo otra vez. —Mal...

Sus ojos destellaron. Se iluminaron. Un bajo retumbar comenzó en su pecho que vibró a través de ambos.

—Di eso otra vez.

—¿Qué?

—Mi nombre. La versión acortada. Dilo otra vez.

—¿Mal?

Gimió. Realmente gimió. El sonido me atravesó directamente, acumulando calor en mi vientre. —Sí. Eso. Me gusta cuando me llamas así. Se siente... íntimo. Nuestro.

Estábamos tan cerca. Podía sentir el calor que irradiaba de su cuerpo. Cada terminación nerviosa estaba en llamas. ¿Cómo era que él me ponía tan caliente todo el maldito tiempo? Se estaba volviendo ridículo. No podía controlar mis hormonas a su alrededor. No podía pensar con claridad.

—Me vuelves loco, pequeña compañera —susurró. Sus labios estaban a centímetros de los míos—. Cada momento. Cada respiración. No tienes idea de lo que me haces.

Finalmente me dejó en el suelo, pero yo estaba parada un escalón por encima de él. Incluso así, él todavía se elevaba sobre mí. Sus manos fueron inmediatamente a mis caderas, agarrando con la fuerza suficiente para dejar marcas. Tirándome más cerca hasta que no hubo espacio entre nosotros.

Luego enterró su cara en mi cuello.

Olvidé cómo respirar.

—¿Qué estás haciendo? —Las palabras salieron como un susurro.

—Marcándote con mi olor. —Su voz estaba amortiguada contra mi piel—. Marcándote con mi aroma. Asegurándome de que cualquiera que se acerque a ti sepa que eres mía.

Tragué saliva con dificultad. —Eso es muy posesivo.

—Soy posesivo. Eres mi compañera. Mi pareja destinada. Cada instinto que tengo exige que te reclame. Te marque. Me asegure de que el mundo entero sepa que me perteneces.

Su agarre se apretó en mis caderas y hundió más su cara en mi cuello, respirando como si estuviera tratando de memorizar mi aroma. Mi cuello siempre había sido sensible, y sentir su aliento, sus labios apenas rozando mi piel, envió escalofríos por mi columna. El calor me inundó, acumulándose entre mis muslos. Podía sentir mi pulso acelerándose donde su boca se cernía, cada terminación nerviosa cobrando vida.

Gimió contra mi piel, el sonido vibrando a través de mí. Lo sentí inhalar profundamente, bebiendo mi aroma con necesidad desesperada.

—Mal... —susurré el apodo de nuevo, amando la forma en que reaccionaba, la manera en que todo su cuerpo se tensaba, la sensación de poder que me daba.

—Sigue diciendo mi nombre así —ordenó. Su voz se había vuelto áspera. Dominante—. Me encanta oírlo de tus labios.

Mis manos se movieron sin permiso. Se enredaron en su pelo. Los mechones eran suaves, sedosos. Tiré suavemente, no para alejarlo sino para mantenerlo allí. Para anclarme.

Besó mi cuello, comenzando con suaves roces de sus labios que me hicieron estremecer, luego presionando más fuerte, usando su lengua para trazar patrones en mi piel. Sus dientes rasparon a lo largo de la carne sensible, mordisqueando suavemente y luego calmando cada mordisco con su lengua. La combinación de dolor y placer me hizo jadear, mis dedos apretándose en su pelo. Encontró el punto donde mi cuello se encontraba con mi hombro y succionó lo suficientemente fuerte para dejar marca, sus dientes rozando el mismo lugar hasta que temblaba contra él.

No podía luchar contra la excitación más. No podía fingir que no me afectaba. Estaba segura de que estaba empapada. Todo mi cuerpo estaba en llamas.

—Mal, esto es...

—Correcto. —Lamió hacia arriba por la columna de mi garganta y casi me desmayo. Mi piel hormigueaba en todas partes donde me tocaba. En todas partes donde respiraba—. Esto es correcto. Tú y yo. El vínculo. Todo ello.

Tomó otra respiración profunda. Luego, con lo que parecía un esfuerzo enorme, me soltó. Retrocedió. Puso distancia entre nosotros.

Su voz era grava cuando habló. —Pero me prometí a mí mismo que iría despacio. Que te cortejaria apropiadamente. Que no te apresuraría ni te empujaría a aceptar algo para lo que no estás lista. Lo siento. Me dejé llevar.

Parpadee ante él. Traté de procesar palabras cuando mi cerebro seguía atascado en la sensación de su boca en mi cuello.

—Tu excitación me vuelve loco —continuó él. Sus ojos seguían rojos. Seguían hambrientos—. El aroma. Saber que te afecto de esta manera. Hace que mi control se desvanezca.

Me quedé paralizada.

—¿Mi... mi excitación? —Las palabras salieron estranguladas.

Él levantó una ceja. —Sí. Puedo olerla en ti. —Lo dijo como si fuera lo más normal del mundo, como si todo el mundo pudiera oler la excitación—. Es bastante... potente ahora mismo.

Oh dios. Oh no. No no no.

Estaba avergonzada con mayúsculas. Que alguien me mate ahora. Que me fulmine un rayo. Algo. Lo que sea.

—Eso es tan injusto —murmuré. Mis mejillas ardían. Estaba pensando en todas las veces que me había excitado cerca de él. Que era casi todo el tiempo. Cada día. Varias veces al día.

Lo había sabido. Todo este tiempo, lo había sabido.

Odiaba estar aquí.

—Tan injusto —murmuré de nuevo, mirando a cualquier parte menos a él.

—¿Qué es injusto, pequeña compañera? —Inclinó mi barbilla hacia arriba con un dedo, obligándome a mirarlo a los ojos. Era impresionante. Absolutamente devastador—. Dímelo.

—Que puedas olerme pero yo no pueda —susurré la verdad. Era frustrante. Si yo tenía que estar avergonzada, lo justo sería que él también lo estuviera. Humillación equitativa. Eso era lo correcto.

—¿Deseas saber cuándo estoy excitado? —Su voz se volvió aún más grave y me atrajo hacia él de nuevo, eliminando la distancia que acababa de poner entre nosotros—. ¿Es eso lo que quieres, pequeña compañera?

No pensé antes de responder. —Sí.

Su sonrisa era absolutamente malvada. Agarró una de mis manos, el contacto enviando electricidad por mi brazo. Luego la arrastró por su pecho. Sobre esos abdominales ridículos. Hasta la manta que apenas lo cubría.

Tragué saliva con dificultad.

Colocó mi mano sobre su miembro a través de la tela y gruñó profundamente en su pecho.

Estaba duro. Duro como el acero. Masivo y palpitante bajo mi palma.

—Así estoy cada vez que me encuentro cerca de ti, pequeña compañera. —Su voz apenas era humana. Todo gravilla y necesidad —. No importa dónde estemos o qué estemos haciendo. No te equivoques: te deseo cada minuto del día. No hay un segundo en el que no desee estar contigo. Dentro de ti. Detrás de ti. En todas y cada una de las malditas posiciones imaginables.

Las palabras me golpearon directamente en el centro. Se me cortó la respiración. Mi mano seguía presionada contra él, sintiendo cómo pulsaba bajo la fina tela.

Apreté.

Su reacción fue inmediata. Un gemido gutural escapó de su garganta. Su agarre sobre mí se volvió doloroso. Sus ojos se pusieron en blanco ligeramente.

Lo hice de nuevo. Apreté más fuerte. Acaricié toda su longitud a través de la manta. Era enorme, imposiblemente grueso, y podía sentir cada cresta y vena a través de la fina tela.

—Pequeña compañera... —Era una advertencia—. Deberías parar. Si sigues...

Seguí. No sabía qué se había apoderado de mí. No me reconocía a mí misma. Pero no podía parar. No podía resistir la tentación de verlo deshacerse.

Su cabeza cayó hacia adelante sobre mi hombro. Su respiración se volvió irregular. Desesperada. Sus caderas se movieron involuntariamente, empujando contra mi mano.

—Wen... —Mi nombre era una oración. Una súplica.

Lo acaricié más rápido, apreté más fuerte, envolviendo mis dedos alrededor de toda la longitud que podía abarcar. Su miembro pulsaba contra mi palma, poniéndose imposiblemente más duro.

Podía sentir el líquido preseminal empapando la manta, haciendo que la tela se volviera resbaladiza. Todo su cuerpo temblaba contra el mío, los músculos tensos mientras luchaba por mantener el control.

Y entonces estaba llegando al clímax. Su miembro se sacudió y tuvo espasmos en mi mano, y sentí la humedad extendiéndose rápidamente a través de la tela. Hizo un sonido quebrado contra mi hombro, mitad gemido y mitad gruñido, mientras su liberación pulsaba una y otra vez. Seguí acariciándolo durante todo el proceso, sintiendo cada latido, cada estremecimiento que sacudía su cuerpo. La manta estaba empapada ahora, adhiriéndose a él, y podía sentir el calor y la humedad contra mi palma mientras se vaciaba con un último y desesperado empujón contra mi mano.

Jadeó contra mí. Todo su cuerpo temblaba. Su agarre sobre mí era lo único que mantenía a ambos en pie.

Me aclaré la garganta. Retiré la mano. Mi mano derecha hormigueaba donde lo había tocado. No podía creer lo que acababa de hacer. Qué me había poseído para...

—Prepararé la cena —solté de golpe.

Entonces corrí. Subí a toda velocidad los últimos escalones sin tropezar esta vez. No miré atrás. No podía mirar atrás porque si lo hacía, lo vería allí, destrozado y magnífico, y haría algo aún más estúpido.

Irrumpí en el apartamento. Me quedé de pie en medio de la cocina, respirando con dificultad.

¿Qué demonios acababa de hacer?

Acababa de hacer que un hombre lobo llegara al clímax en la escalera. Con mi mano. A través de una manta. Mientras me decía que me quería en todas las posiciones.

Mi mano seguía hormigueando. Todavía podía sentir su peso.

A la mierda la cena.

Fui directamente al baño. Encendí la ducha. Me quité la ropa con manos temblorosas. Me metí bajo el agua antes de que estuviera siquiera caliente.

El frío ayudó. Me despejó la cabeza ligeramente. Pero a medida que el agua se calentaba, también lo hacían mis pensamientos.

Su boca en mi cuello. Sus manos en mis caderas. Su voz en mi oído diciéndome que siempre estaba duro por mí. Siempre deseándome.

Mi mano se deslizó entre mis piernas sin pensarlo conscientemente.

Estaba mojada. Absolutamente empapada. El agua de la ducha no tenía nada que ver.

Me toqué, mordiéndome el labio para mantenerme en silencio. Rodeé mi clítoris con dedos temblorosos. Imaginé que era su mano en lugar de la mía. Su boca. Su...

—Mal —gemí. Apenas audible por encima del agua. Solo un soplo de sonido.

Algo de cristal se rompió en algún lugar del apartamento.

Me quedé paralizada. Mi mano se detuvo.

¿Me habría oído? Él estaba en la cocina. La puerta del baño estaba cerrada. La ducha estaba funcionando. No había forma de que pudiera haber escuchado eso. No había forma de que...

Pero tenía un oído supersensible. Sentidos mejorados. Probablemente podía oír los latidos de mi corazón desde la otra habitación. Probablemente podía oler mi excitación incluso a través del agua corriente.

Oh dios.

¿Me habría oído? ¿Me habría oído susurrar su nombre mientras me tocaba?

No sabía lo que quería. No sabía si esperaba que no me hubiera oído, que no supiera lo que estaba haciendo aquí.

O si alguna parte desesperada de mí esperaba que hubiera oído cada gemido.

11

— • —

Malachar

No podía dormir.

Cada vez que cerraba los ojos, regresaba el recuerdo. Su cálida mano envolviendo mi miembro. La forma en que había temblado contra mí. Sus gemidos cuando mordía y pellizcaba su cuello. Cómo había saboreado, sal y dulzura y pura excitación femenina.

Estaba perdiendo la cabeza.

No había mentido cuando le dije que me volvía loco. Su aroma seguía adherido a mi piel. La sensación de sus dedos en mi pelo. El sonido de mi nombre, el apodo que me había puesto - *Mal* - susurrado de sus labios mientras reclamaba su cuello con mi boca.

Y luego me había tocado. Me había acariciado a través de la manta hasta que me deshice en sus manos, incapaz de controlarme, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ella.

Caminaba de un lado a otro por la pequeña sala de estar, incapaz de calmar la inquieta energía que pulsaba por mis venas. Mi lobo arañaba mis entrañas, exigiendo que fuera a por ella. Exigiendo que

la reclamara adecuadamente. Que la marcara. Que la hiciera mía en todos los sentidos importantes.

Esto no estaba funcionando. Necesitaba desfogarme antes de combustionar. Antes de mandar a la mierda las promesas y derribar la puerta de su dormitorio.

En silencio, caminé hacia la puerta trasera. Salí al fresco aire nocturno. En el momento en que mis pies tocaron la hierba, me quité los pantalones que había tomado prestados y cambié de forma.

La transformación fue instantánea. Un segundo, hombre. Al siguiente, lobo. Mis heridas tiraron ligeramente, un recordatorio de que aún no estaba completamente curado, pero el dolor se desvaneció rápidamente mientras estiraba las piernas y salía corriendo hacia el bosque.

El bosque me dio la bienvenida. Oscuro y tranquilo y familiar de una manera en que este mundo humano no lo era. Corrí hasta que mis músculos ardieron, mis pulmones gritaron, y parte de la energía desesperada comenzó a desvanecerse.

No disfrutaba de la atención de las hembras. La odiaba, de hecho. Sus toques me hacían sentir repulsión. Sus aromas estaban todos equivocados. Sus ojos no contenían más que lujuria y curiosidad, no el fuego y el espíritu que veía en la mirada de mi compañera.

Pero parecía hacer feliz a Wen. El plan estaba funcionando. Su librería prosperaba. Así que lo había seguido. Sonreía educadamente. Repartía los folletos que ella había imprimido. Me quedaba allí con esas ridículas ropas humanas mientras las mujeres me miraban y susurraban.

Todo por ella.

Todavía no podía creer que esto fuera real. Que estuviera realmente en las tierras humanas, emparejado con una de su especie. Mi hermano estaría impactado. Aurion siempre había insistido en que esperar a una compañera destinada era una tontería. Que debería tomar una compañera elegida y producir herederos para el reino.

Ja. Si pudiera verme ahora.

La añoranza me golpeó de repente, aguda e inesperada. Todo había sido tan frenético desde que llegué a este mundo que no había tenido tiempo para pensar en lo que había dejado atrás. Familia. Reino. Vida.

Había estado en medio de un desafío por el trono cuando el portal me absorbió. Andreas jodido Silver, hijo de una de las familias nobles, había decidido que, como no había nacido en Ravenor, no tenía derecho a gobernarlo.

Como si no hubiera ganado el trono legalmente. Como si no hubiera matado a Gallahan Emwood en un combate justo.

Pensamientos oscuros llenaron mi mente mientras corría. Gallahan, el mejor amigo de mi padre, el hombre en quien había confiado toda mi vida, y mi padrino.

Lo había admirado, me había quedado en Ravenor durante meses cada vez cuando era joven, y se había convertido en un segundo hogar. Gallahan me había enseñado a luchar, a estrategizar, a gobernar.

Pero no fue hasta que fui mayor que comprendí la fea y terrible verdad.

El Rey Gallahan no era un buen hombre.

Mi mejor amigo había muerto en un ataque en la frontera oriental. Asesinado por lo que pensábamos eran lobos rebeldes. Pero

descubrí más tarde, mucho más tarde, que el propio Gallahan lo había organizado. Había enviado a esos rebeldes. Había orquestado la muerte de mi amigo para ganar simpatizantes, para reunir a los nobles a su alrededor contra una supuesta amenaza externa.

Después de eso, recorrí las calles de Ravenor. Hablé con la gente. Vi la verdad con mis propios ojos.

El reino no prosperaba, solo los ricos lo hacían. Los lobos comunes luchaban, pasaban hambre y sufrían mientras Gallahan acumulaba riqueza y poder. Así que lo desafié, para sorpresa de todos, y gané.

Mi familia me había apoyado. Mi padre había muerto antes de verme coronado, pero Aurion, que había heredado el trono de nuestra familia en el reino vecino, Noctherion, y lo había defendido contra todos los desafíos, había estado allí. Y nuestra madre, Sorcha. Los amaba a ambos fervientemente.

Me preguntaba si estarían preocupados por mí ahora. ¿Cómo habría sido mi desaparición desde su perspectiva? Un momento estaba en el círculo de desafío con Andreas, y al siguiente... nada. ¿Simplemente había desaparecido? ¿Desvanecido en el aire?

Solo recordaba la luz cegadora y que lo consumía todo, y luego el aroma de Wen llenando mis sentidos, su rostro flotando sobre mí, su voz diciéndome que me fuera. Me detuve y miré a mi alrededor, dándome cuenta con un sobresalto de que había ido demasiado lejos en el bosque. Mucho más lejos de mi compañera. Cada instinto me gritaba que regresara, que estuviera cerca de ella, que la protegiera.

Mi lobo estuvo de acuerdo, gimiendo ansiosamente. Dimos la vuelta y corrimos de regreso por donde habíamos venido, empujando más fuerte, más rápido...

Su grito atravesó la noche.

La adrenalina inundó mis venas. Un terror como ningún otro que hubiera sentido en batalla se apoderó de mi pecho.

¿Estaba siendo amenazada? ¿Atacada?

¿Por qué diablos la había dejado sola?

Corrí más rápido que nunca. Los árboles pasaban borrosos. Mis costillas heridas protestaban a gritos. No me importaba.

La puerta trasera de la librería estaba abierta.

Abierta.

La primera señal de que algo estaba muy, muy mal.

Me estrellé contra ella, sin molestarme en reducir la velocidad. Cambié a medio camino, los huesos crujiendo y reformándose mientras subía las escaleras de dos en dos.

—¡Lárgate de aquí! —Su voz. Aterrorizada. Furiosa.

Irrumpí por la puerta del apartamento.

Mi compañera estaba de pie en medio de la sala de estar, sosteniendo un cuchillo de cocina con manos temblorosas. Un hombre vestido completamente de negro estaba frente a ella, apuntando un extraño objeto metálico hacia su pecho.

La rabia me consumió. Rabia pura, feroz, asesina.

—Quién coño eres —gruñí, mi voz apenas humana—, y qué estás haciendo en la casa de mi compañera?

El hombre saltó. Giró hacia mí. Sus ojos se abrieron de par en par cuando me vio: desnudo, cubierto de tierra y hojas, con los ojos brillando en rojo.

No le di oportunidad de responder.

Me lancé sobre él. Lo agarré por la garganta. Lo estrellé contra la pared con fuerza suficiente para agrietar el yeso. Trató de levantar el objeto metálico, pero lo aparté de un golpe. Cayó con estrépito por el suelo.

—Mal, espera... —comenzó Wen.

Golpeé al hombre. Una vez. Dos veces. Su nariz se rompió con un crujido satisfactorio. La sangre le corrió por la cara.

—Te atreves —gruñí, comenzando a extender mis garras—, a amenazar a mi compañera? ¿Entrar en su casa? ¿Atrévete a asustarla?

—¡Mal, detente! —La voz de Wen cortó la neblina roja.

Retiré mi mano con garras, listo para atacar. Listo para destrozar a este macho por atreverse a asustarla.

—¡No puedes matarlo! —Wen agarró mi brazo.

La miré. —¿Por qué no? Te ha amenazado. Merece la muerte.

—¡Porque tenemos leyes! ¡Autoridades! ¡No puedes simplemente asesinar a la gente!

—Por supuesto que puedo. Soy un rey. He ejecutado a muchos que han cometido crímenes menores que este.

—¡No estamos en tu reino! —Su voz era aguda. Aterrada—. Si lo matas, te arrestarán. Te meterán en prisión. O algo peor. No entiendes cómo funciona este mundo.

No me importaban las reglas de este mundo. Me importaba proteger a mi compañera.

Pero el miedo en sus ojos me detuvo. No miedo al intruso. Miedo por mí.

—¿Qué propones? —pregunté entre dientes.

—Llamo a la policía, a las autoridades. Vienen y se lo llevan. Pero tienes que cambiar. Esconderte. No pueden verte así. —Señaló mi forma desnuda y ensangrentada.

Odiaba este plan. Todo sobre él iba en contra de mis instintos. Pero forcé mis garras a retraerse. Me obligué a alejarme del hombre que gemía.

—¿Estás herida? —Agarré sus hombros, mis manos más suaves de lo que tenían derecho a ser dada la furia que aún corría por mi interior —. ¿Te tocó? ¿Te hizo daño de alguna manera?

—Estoy bien. Estoy bien. Le oí abajo y cogí el cuchillo de la cocina. Grité cuando le vi, pero no estoy herida.

Pasé mis manos por sus brazos. Sus hombros. Comprobando si tenía lesiones que no podía ver. Buscando cualquier signo de daño.

Estaba temblando pero entera e ilesa.

—Por favor —susurró—. Por favor, solo transfórmate y escóndete. Déjame manejar esto.

Todos los instintos que poseía se rebelaron contra la idea. Pero asentí. Me transformé. Me dirigí a su dormitorio mientras ella sacaba su ladrillo brillante —su teléfono, lo llamaba— y hablaba rápidamente con alguien.

Esto iba en contra de todo lo que había en mí. Esconderme mientras ella se ocupaba de la amenaza. Ser incapaz de protegerla adecuadamente como debería hacer una pareja.

En pocos minutos, había voces abajo. Pasos pesados. Hombres con uniformes azul oscuro llenaron el apartamento, con armas desenfundadas hasta que vieron al intruso en el suelo.

Me quedé en el dormitorio, obligándome a permanecer quieto. A no gruñir mientras interrogaban a mi pareja. Mientras la miraban con sospecha.

—¿Tú le hiciste esto? —preguntó uno de los hombres uniformados, mirando la cara rota del ladrón.

—Entró en mi casa —dijo Wen, con la voz más firme ahora—. Me defendí.

—¿Con un cuchillo de cocina?

—Tomé clases de defensa personal. Y tuve suerte. No esperaba que me defendiera.

No parecían convencidos. Pero se llevaron al hombre esposado. Le dijeron a Wen que tendría que ir a la comisaría mañana para rellenar formularios. Preguntaron si quería atención médica.

Ella declinó. Dijo que estaba bien. Solo quería que se fueran.

Finalmente, bendita sea, lo hicieron.

En el momento en que la puerta se cerró tras ellos, me transformé y entré a grandes zancadas en la sala de estar.

Wen se giró. Me vio. Y su compostura se derrumbó.

Crucé hacia ella en tres zancadas y la atraje a mis brazos. Ella se derrumbó contra mí inmediatamente, todo su cuerpo temblando.

—Estaba tan aterrorizada —susurró contra mi pecho. Su voz era pequeña. Rota.

La abracé con más fuerza. Enterré mi cara en su pelo. Respiré su aroma, asegurándome de que estaba a salvo. Entera. Mía.

—Lo siento —murmuré—. Nunca debería haberte dejado. Nunca debería haberme ido tan lejos. No cometeré ese error de nuevo.

—No podías saber...

—Debería haberlo sabido. Debería haber estado aquí. Si te hubiera pasado algo... —No pude terminar la frase. Ni siquiera podía pensar en ello sin que la rabia y el terror lucharan en mi pecho.

Ella se apartó ligeramente para mirarme. —Pero estabas aquí. Volviste. Me protegiste.

—Siempre. —Acuné su rostro en mis manos—. Siempre vendré por ti, pequeña compañera. Siempre te protegeré. Ese es mi juramento. Mi promesa. Mientras respire, ningún daño te llegará.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos. Asintió.

Y cuando presionó su rostro contra mi pecho de nuevo, la sostuve durante los temblores. Porque eso es lo que hacen las parejas.

Protegen, aprecian. Se sostienen mutuamente cuando el mundo se vuelve demasiado.

Y me condenaría si volviera a fallar en eso.

12

—•—

Wen

Me levantó en sus brazos antes de que pudiera protestar. Simplemente me recogió al estilo nupcial y me llevó hacia el dormitorio.

—Puedo caminar —murmuré.

—Lo sé. —Su voz era tranquila—. Pero necesito hacer esto. Por favor.

No discutí. No podía, realmente. Mis piernas se sentían como gelatina de todos modos.

Me dejó en mi cama con una delicadeza que parecía imposible para alguien que acababa de golpear a un hombre casi hasta la muerte. Me arropó con la manta, alisándola con manos cuidadosas, luego retrocedió y comenzó a irse.

Mi mano salió disparada y agarró su muñeca. —Quédate.

Se congeló. Miró donde mis dedos envolvían su brazo. —Pequeña compañera...

—Por favor. —La palabra salió más pequeña de lo que pretendía—. Solo... me siento más segura cuando estás aquí.

Me sentía como una idiota diciéndolo en voz alta. Era una mujer adulta. Independiente. Autosuficiente. Había sobrevivido al abandono de mis padres, a la muerte de mis abuelos, a dirigir un negocio en quiebra. No necesitaba a nadie.

¿Pero ahora mismo? Ahora mismo realmente quería que se quedara.

Mi cama era definitivamente demasiado pequeña para un hombre lobo de dos metros de altura. Esta era probablemente una terrible idea por diecisiete razones diferentes. Pero no me importaba.

Él no dudó. Simplemente se metió en la cama detrás de mí y me atrajo contra su pecho. Sus brazos me rodearon, una mano extendida sobre mi estómago, la otra colocada bajo mi cabeza. Nuestros cuerpos se fundieron como si lleváramos años haciendo esto en lugar de nunca.

La cama era ridículamente estrecha. Sus piernas colgaban por el borde. Estábamos presionados juntos sin espacio personal. Debería haber sido incómodo.

En cambio, se sentía perfecto. Un capullo de calidez y seguridad y él.

Cerré los ojos e intenté no pensar en el allanamiento. Intenté no ver la cara de ese hombre. La pistola que tenía. Lo cerca que había estado de...

—Estás a salvo ahora —murmuró Mal contra mi pelo—. Lo prometo. Nadie te hará daño mientras yo respire.

Le creí. Esa era la parte aterradora. Realmente le creía.

El hombre que entró. Lo había reconocido finalmente. Era el tipo de la librería. El que había intentado coquetear conmigo. Al que Mal

había gruñido en su forma de lobo hasta que huyó.

Aparentemente, mi librería ahora exitosa significaba que la gente pensaba que tenía dinero que valía la pena robar. Debió haberme observado todo el día. Visto la fila de clientes. Asumió que estaba ganando dinero a manos llenas.

Lo cual era técnicamente cierto. Pero todo volvía al negocio. A inventario y reparaciones y mantener las luces encendidas.

Había estado tan jodidamente aterrorizada. No solo de ser robada o herida, sino de perder todo por lo que había trabajado. Todo lo que mis abuelos habían construido. Que todo me fuera arrebatado justo cuando finalmente había empezado a enderezar las cosas. Había estado aterrorizada de que así era como moría a los veintitrés años: sola en mi apartamento antes de haber hecho cualquiera de las cosas que quería hacer, antes de haber vivido, antes incluso de haber perdido mi virginidad con un hombre lobo que me miraba como si yo fuera la luna y las estrellas.

Ese pensamiento había cruzado mi mente mientras sostenía ese cuchillo con manos temblorosas. Si moría esta noche, moriría virgen. Moriría sin saber cómo se sentía estar con Mal.

Las cosas habían entrado realmente en perspectiva después de eso. ¿Cuánto tiempo iba a seguir resistiéndome? ¿Cuánto tiempo iba a fingir que no lo deseaba?

¿Cuánto tiempo estaba dispuesta a perder teniendo miedo?

—Gracias —susurré mientras mis ojos se volvían pesados—. Por volver.

Sus brazos se apretaron a mi alrededor. Me acercaron imposiblemente más. —Siempre, pequeña compañera. Siempre.

***

Me desperté envuelta alrededor de Mal como un koala.

Mi pierna estaba sobre su cadera. Mi brazo cruzaba su pecho. Mi cara estaba presionada contra su pectoral. Y estaba babeando sobre él.

Oh, Dios.

Intenté separarme sin despertarlo, despegándome cuidadosamente de su cuerpo y fingiendo que esto nunca sucedió. En el proceso, tuve una clara visión de sus heridas a la luz de la mañana que entraba por mi ventana.

Me quedé inmóvil.

Se veían mejor. De hecho, significativamente mejor. El rojo furioso se había desvanecido a rosa. Los bordes estaban limpios, el tejido uniéndose adecuadamente. Empezaban a cicatrizar.

Estaba sanando.

Mi estómago se retorció. ¿Se iría una vez que estuviera completamente curado? ¿Una vez que pudiera cruzar de vuelta por el portal sin arriesgar su vida?

—Buenos días, pequeña compañera.

Levanté la mirada bruscamente hacia su rostro. —Estás despierto.

—He estado despierto durante bastante tiempo. —Pude oír la sonrisa en su voz—. Eres muy cariñosa mientras duermes.

Mi cara ardió. —Lo siento mucho. No quise...

—No te disculpes. —Sus brazos se apretaron a mi alrededor, impidiendo mi escape—. He disfrutado enormemente siendo tu almohada corporal.

—Estaba babeando sobre ti.

—Sí. Fue adorable.

—Eso no es adorable, es mortificante.

—No estoy de acuerdo. —Finalmente aflojó su agarre lo suficiente para que pudiera retirarme y mirarlo. Su cabello estaba despeinado. Sus ojos cálidos. Parecía absolutamente contento—. Puedes babear sobre mí cuando quieras.

—Eso no es algo que la gente desee.

—Yo sí.

—Eres raro.

—Soy tu pareja. Encuentro fascinante todo lo que haces.

Gemí y enterré mi cara de nuevo en su pecho. —Es demasiado temprano para que seas encantador.

—Son más de las nueve de la mañana.

—Exactamente. Demasiado temprano.

Se rió, el sonido retumbando a través de su pecho hasta mí. Era cálido y genuino y quería embotellarlo y guardarlo para siempre.

Eventualmente nos levantamos. Nos duchamos por separado, desafortunadamente. Desayunamos. Abrimos la librería.

Y ahí fue cuando me di cuenta de que las cosas habían cambiado.

Mal siempre era protector. Siempre vigilante. Pero hoy? Hoy estaba a otro nivel por completo.

No me dejaba salir de su vista. Si yo me movía, él se movía. Si iba a la trastienda, me seguía. Si subía la escalera para alcanzar un estante alto, él se paraba abajo con las manos extendidas, listo para atraparme.

Y el contacto físico. Había tanto contacto.

Su mano en la parte baja de mi espalda mientras ayudaba a un cliente. Sus dedos rozando los míos cuando le entregaba una pila de libros. Su presencia constante a mi lado, lo suficientemente cerca como para sentir su calor.

Pasamos todo el día pegados el uno al otro. Prácticamente unidos. ¿Y lo extraño? No me importaba. De hecho, encontraba consuelo en ello.

Los clientes definitivamente lo notaron. Recibí varias sonrisas cómplices. La señora Kerrington vino a por un libro de cocina y me guiñó el ojo cuando el brazo de Mal rodeó mi cintura mientras la atendía.

—Sois adorables —había dicho.

No me molesté en corregirla.

Para la hora de cierre, estaba agotada. Emocionalmente drenada. Lista para colapsar.

Fue entonces cuando mis amigas irrumpieron por la puerta.

—¡Zorra, ¿qué cojones ha pasado?! —El chillido de Krystin probablemente se oyó en el condado vecino.

Daphne entró tras ella, sosteniendo una botella de vino. —Venimos con alcohol y apoyo emocional.

Bella cerraba la marcha con una bolsa de aperitivos. —Y carbohidratos. Muchos carbohidratos.

Mi corazón se retorció. Estas tres idiotas. Mi familia.

—¿Cómo lo habéis...?

—Pueblo pequeño —dijo Krystin—. La señora Santos llamó a la señora Kerrington que llamó a mi madre que me llamó a mí. La cadena de cotilleos es más rápida que la velocidad de la luz. Ahora suéltalo. ¿Alguien entró en tu apartamento?

Nos trasladamos al rincón de lectura aunque no era domingo. Aunque esta no era una reunión oficial del club de lectura. Se acomodaron en los sofás mientras yo trataba de averiguar por dónde empezar.

Les conté todo. El hombre entrando. La pistola. El cuchillo. Mal apareciendo de la nada y golpeando al tipo casi hasta la muerte. La policía. Las mentiras sobre clases de defensa personal.

Escucharon en silencio. Sus expresiones volviéndose cada vez más preocupadas.

—Jesús —dijo Krystin cuando terminé—. ¿Estás bien? ¿Genuinamente bien?

—Estoy bien. Conmocionada, pero bien.

Los ojos de Bella brillaban con lágrimas. —Estoy tan contenta de que estés bien. Estoy tan contenta de que él estuviera allí.

—Yo también —admití.

—Bien, nuevo tema antes de que todas empecemos a llorar —anunció Daphne, sacando un libro—. Necesitamos discutir nuestra lectura actual porque tengo preguntas.

—¿Estamos haciendo el club de lectura ahora? —pregunté.

—Procesamiento emocional a través de romance ficticio. Es saludable. —Sostuvo el libro. Un romance de cambiaforma dragón con un hombre sin camisa y una mujer envuelta en alas en la portada—. Específicamente, necesito discutir el capítulo treinta y dos.

Krystin se animó. —Oh Dios, ¿la escena de la pared?

—La escena de la pared —confirmó Daphne—. Solo digo que no creo que sea físicamente posible. Solo el ángulo...

—Es totalmente posible —argumentó Krystin—. Solo necesitas fuerza en la parte superior del cuerpo y el apalancamiento correcto.

—Pero se describe que ella está completamente vertical mientras él está...

—Es realista. Podría demostrarlo si fuera necesario.

Todas gritamos.

Las cuatro. Saltamos como un metro en el aire y nos giramos para encontrar a Mal sentado en la esquina del rincón de lectura, medio oculto en las sombras, leyendo nuestro libro del club. El del dragón. El que tenía el sexo explícito contra la pared que estábamos debatiendo.

—¡¿Qué cojones?! —Krystin se agarró el pecho—. ¡¿Cuánto tiempo has estado ahí?!

—Desde que llegasteis. —Pasó una página tranquilamente—. No quise interrumpir vuestra discusión. Fue bastante esclarecedora.

—¿Estabas... simplemente sentado ahí? ¿En la oscuridad? ¿Leyendo nuestro libro? —Mi voz había subido una octava.

—Sí. Es bastante bueno. Aunque tengo notas sobre las técnicas de cortejo del protagonista masculino. Es demasiado indirecto.

La boca de Daphne estaba abierta. —¿Estás leyendo el libro de nuestro club de lectura?

—He leído todos vuestros libros del club de lectura. —Lo dijo como si fuera obvio—. El de vampiros era decente, aunque la intriga política dejaba que desear. El de demonios tenía una excelente construcción del mundo. El de hombres lobo era anatómicamente cuestionable en varios lugares. Y este de dragones —Sostuvo el libro—. Este entiende muy bien los ritmos emocionales del cortejo.

Me quedé mirándolo. —¿Has estado leyendo todos nuestros libros?

—Por supuesto. Deseo entenderte. Tus intereses. Lo que encuentras atractivo en parejas románticas. —Se levantó, moviéndose fuera de las sombras hacia la luz—. Este personaje masculino, por ejemplo. Claramente está tratando de demostrarse digno de su pareja. Demostrando su fuerza, su capacidad para proveer y proteger. La escena de la pared que estáis debatiendo no es meramente sobre el placer físico. Se trata de mostrarle que puede soportar su peso, que es capaz de cuidarla en todos los aspectos.

Silencio mortal.

—Ese... es realmente un muy buen análisis —dijo Daphne débilmente.

—El subtexto emocional es bastante claro. —Mal caminó hacia nuestro grupo—. Aunque mantengo que los dragones reales serían mucho más posesivos que este personaje. La reclamación sería más inmediata. Más primaria.

—Dios mío —susurró Bella—. Está participando en el club de lectura.

—Y en cuanto a la escena de la pared —continuó Mal, sentándose en el sofá a mi lado—, la posición es totalmente factible. El hombre la sujeta contra la pared, con las manos sosteniendo su peso bajo sus muslos. Ella envuelve sus piernas alrededor de su cintura para estabilizarse. El ángulo permite una penetración profunda mientras mantiene el contacto visual, lo cual es esencial para la intimidad emocional que requiere la escena.

Me colocó casualmente sobre su regazo mientras decía esto. Simplemente rodeó mi cintura con sus brazos y me posicionó entre sus piernas como si fuera lo más natural del mundo.

—Mmm. —Las cejas de Daphne habían subido hasta su línea del cabello—. ¿Vosotros dos...?

—¿Qué está pasando aquí? —chilló Bella.

—No. —Lo dije rápidamente. Demasiado rápido—. No estamos... no es así. Pero después de lo de anoche ambos hemos estado necesitando el contacto físico. Para confortarnos. Eso es todo.

—Claro —dijo Krystin lentamente. Su sonrisa era absolutamente malvada—. Contacto físico. Para confortaros. Mientras él lee tu literatura erótica y da explicaciones detalladas de posiciones sexuales.

Mi cara ardía. —No es...

—La distinción es mínima —observó Mal—. Aunque he encontrado las novelas románticas bastante educativas. He tomado notas.

—¿Has tomado notas? —Me giré para mirarlo—. ¿Sobre qué?

—Posiciones de apareamiento. —Me guiñó un ojo—. Vuestra literatura es muy completa. El capítulo diecisiete del libro del hombre lobo fue particularmente instructivo.

Krystin parecía a punto de combustionar de deleite. —Esto es lo mejor que he presenciado jamás.

—Sin embargo, tengo preguntas. —Mal dirigió su atención a mis amigas—. En el libro del dragón, el capítulo trece describe algo llamado "edging". La explicación era vaga. ¿Podéis aclarar el propósito?

—¡VALE! —Krystin se puso de pie de un salto—. ¡Nos vamos ahora! No os levantéis. Conocemos la salida.

—¿Qué? Pero si acabáis de llegar...

—No. Esto ha pasado de club de lectura a educación sexual y no estoy preparada para ese nivel de sinceridad. —Agarró la botella de vino—. Vosotros dos claramente tenéis cosas que discutir. Cosas muy detalladas y anatómicamente específicas.

—Estaré encantado de escuchar... —empezó Mal.

—¡NO, GRACIAS! —Bella ya estaba en la puerta, con la cara del color de un tomate.

Daphne se detuvo, mirando entre Mal y yo con una sonrisa cómplice. —Por lo que vale, creo que hacéis una pareja perfecta. Aunque él se cuele en el club de lectura para debatir sobre posiciones sexuales ficticias.

—Encontré el debate intelectualmente estimulante —dijo Mal con sinceridad.

—¡SEGURO QUE SÍ! —gritó Krystin desde la puerta—. Envíanos un mensaje mañana, Wen. O no. Entenderemos si estás ocupada demostrando el capítulo trece.

La puerta se cerró tras ellas con un alegre tintineo.

Silencio.

Todavía estaba sentada en el regazo de Mal. Sus brazos seguían a mi alrededor. El libro del dragón estaba en el sofá junto a nosotros.

—Tus amigas son muy entretenidas —observó.

—Me van a dar mucha caña por esto.

—¿Porque participé en vuestra discusión sobre libros?

—Porque participaste mientras explicabas posiciones sexuales y me colocabas en tu regazo.

—Pensé que lo del regazo era un buen detalle. Demostraba mi punto sobre cómo sostener tu peso. —Sus brazos se estrecharon—. ¿Ves? Perfectamente cómoda. Además, me encanta tocarte.

—Eres imposible.

—Soy determinado. —Se acurrucó en mi cuello—. Hay una diferencia.

Debería haberme levantado, recordándole que íbamos a tomarnos las cosas con calma. Pero sus brazos se sentían bien, y necesitaba esto. *A él*.

—Quiero saber más sobre ti —dije en su lugar—. Conocemos lo básico, pero no mucho más. Tu vida en Lytopia. Tu familia. Lo que dejaste atrás.

Se echó hacia atrás para mirarme. —¿Deseas saber sobre mi mundo?

—Deseo saber sobre ti. Todo sobre ti.

Su expresión se suavizó. Se caldeó. —Me gustaría mucho eso, pequeña compañera.

—¿Podríamos hablar mientras preparo la cena? —sugerí—. Estoy hambrienta y el procesamiento emocional me da hambre.

—Te ayudaré con la cocina.

—¿Sabes cocinar?

—Puedo seguir instrucciones. Y soy muy bueno con las manos.

La forma en que lo dijo hizo que mi estómago diera un vuelco. —Estoy segura de que lo eres.

Subimos a mi apartamento. Saqué ingredientes para pasta, nada elegante, pero serviría. Mal me observaba con intensa concentración mientras le explicaba lo que íbamos a preparar.

—¿Así que esto es una cita? —preguntó de repente.

Me detuve, tomate en mano. —¿Qué?

—Una cita. He leído sobre ellas en varios libros. Una velada romántica donde dos personas comparten una comida y aprenden el uno del otro. —Inclinó la cabeza—. ¿Es eso lo que es esto?

Me mordí el labio. Lo miré. A este imposible rey hombre lobo que leía novelas románticas para entenderme mejor. Que me defendía sin dudarlo. Que me hacía sentir segura, deseada y vista.

—Sí —dije—. Esto podría ser una cita.

Su sonrisa era deslumbrante. Cruzó la cocina en dos zancadas y me dio un beso en la mejilla. Suave. Dulce. Terminó antes de que pudiera procesarlo.

—Entonces me siento honrado de estar cortejándote adecuadamente, Gwendolyn Woods.

Mi cara se calentó. —Solo Wen está bien.

—Lo sé. Pero me gusta cómo suena tu nombre completo. Te va bien.

Cocinamos juntos. Cortó verduras con sorprendente habilidad mientras yo me encargaba de la pasta. Hizo preguntas sobre todo: la cocina, las ollas, por qué los humanos cocinaban la comida en lugar de comerla cruda como hacían en forma de lobo.

—Porque no somos lobos —expliqué—. No podemos digerir la carne cruda tan fácilmente.

—Pero podrías si fueras transformada.

Me quedé helada. —¿Transformada?

—Si aceptaras el vínculo de compañeros. Si te reclamara apropiadamente. —Su voz era casual pero sus ojos eran intensos—. Ganarías algunas de mis habilidades. No la transformación, pero sentidos mejorados. Vida más larga. La capacidad de comunicarte a través del vínculo.

—¿Cuánto más larga?

—Los lobos pueden vivir durante siglos. Tu esperanza de vida se igualaría a la mía.

Siglos. Con él. Ese pensamiento debería haberme aterrorizado. En cambio, hizo que mi corazón se acelerara por razones completamente diferentes.

—Es mucho para procesar —dije.

—Lo sé. Por eso te lo estoy diciendo ahora. Para que puedas considerarlo. Pensar en lo que realmente quieres. —Se acercó más —. No te presionaré, pequeña compañera. Pero tampoco te ocultaré la verdad.

Terminamos de cocinar en un silencio cargado. La pasta estaba lista. La salsa era perfecta. Nos sentamos en mi pequeña mesa de cocina, con las rodillas chocando, el espacio entre nosotros eléctrico.

—Háblame de tu familia —dije, tratando de concentrarme en la comida en lugar de en la forma en que sus ojos seguían fijándose en mi boca—. ¿Tienes hermanos? ¿Padres?

Su expresión se suavizó. —Mi hermano Aurion es Rey de Noctherion, nuestro reino vecino. Es mayor que yo por solo dos años, pero actúa como si fuera ancestral. Cuando está borracho, es insoportable.

Sonreí. —Le echas de menos.

—Sí. Somos cercanos. Más cercanos que la mayoría de los hermanos en familias reales. Nos apoyamos mutuamente tras la muerte de nuestro padre, durante nuestras pruebas separadas por nuestros tronos. —Tomó un bocado de pasta—. Esto está excelente, por cierto.

—Gracias. ¿Y tu madre?

—Sorcha es... formidable. Amable pero feroz. Crió a dos hijos para ser reyes y nunca nos dejó olvidar que con el poder viene la responsabilidad. —Sonrió—. Le gustarías.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres fuerte. Obstinada. Te niegas a inclinarte ante nadie, incluso ante un rey. —Sus ojos brillaron—. Ella valora esas cualidades.

—No soy tan obstinada.

—Rechazaste el vínculo de compañeros durante dos semanas a pesar de sentir su atracción en cada momento.

—Vale, quizás soy un poco obstinada.

—Es una de las muchas cosas que adoro de ti.

La palabra «adoro» quedó suspendida en el aire entre nosotros, significativa.

—Cuéntame sobre el desafío —dije, necesitando cambiar la conversación—. El que estabas afrontando cuando se abrió el portal.

Su expresión se oscureció. —Andreas Silver. Un noble con delirios de grandeza que cree que no tengo derecho a gobernar Ravenor porque no nací allí.

—Pero tú... ¿Ganaste el trono? ¿Legalmente?

—Sí. Desafié a Gallahan Emwood, mi padrino, y lo maté en combate justo. —Un destello de dolor cruzó su rostro—. Era el mejor amigo de mi padre. Un hombre en quien confié toda mi vida. Descubrir su corrupción, su crueldad, su disposición a sacrificar vidas inocentes por poder... rompió algo en mí.

Extendí la mano a través de la mesa y tomé la suya. —Lo siento.

—No lo sientas. Recibió lo que merecía. Pero Andreas usa mi origen como un arma. Afirma que matar a mi padrino fue una traición. Que un verdadero rey nunca se volvería contra su familia. —Apretó mi mano—. Está equivocado. Un verdadero rey protege a su pueblo, incluso de aquellos a quienes ama.

—Hiciste lo correcto.

—Lo sé. Pero me costó. Me costó alguien a quien quería profundamente. Me costó mi inocencia sobre las personas en las que confiaba.

Entendí eso. Entendí el peso de la traición. La forma en que te cambia.

Terminamos la cena hablando de cosas más ligeras. Su mundo. Mi mundo. Las diferencias y similitudes. Él estaba fascinado por la tecnología. Yo estaba fascinada por la magia. Comparamos notas sobre política, sobre poder, sobre lo que significaba liderar.

Cuando terminamos, la tensión había cambiado. Menos cargada. Más cómoda. Pero aún presente. Siempre presente.

—Debería limpiar —dije, levantándome.

Se levantó conmigo y ayudó a recoger los platos. Trabajamos en tándem, moviéndonos alrededor del otro en la pequeña cocina con sorprendente facilidad.

Cuando el último plato fue guardado, me giré para encontrarlo observándome con esa mirada intensa de nuevo.

—Gracias —dijo—. Por esta velada. Por querer conocerme.

—Gracias a ti por contármelo. —Me acerqué—. Por ser honesto y no ocultar quién eres.

—Nunca podría ocultarme de ti, pequeña compañera. Me ves con demasiada claridad.

El espacio entre nosotros era mínimo. Apenas existía. Podía sentir su calor y oler ese aroma a pino y tierra que me hacía dar vueltas la cabeza.

—¿Mal?

—¿Sí?

—Capítulo treinta y dos. En el libro del dragón. —Mi corazón latía aceleradamente—. ¿Realmente crees que es realista?

Sus ojos destellaron rojos. —¿Quieres que te lo demuestre?

Debería haber dicho que no y haberme echado hacia atrás. Recordarnos a ambos que íbamos a tomarnos las cosas con calma. Pero estaba cansada de mentirme a mí misma.

—Quizás —susurré—. Eventualmente.

—Eventualmente —repitió, con voz áspera—. Pero no esta noche.

—No esta noche —estuve de acuerdo.

—Entonces quizás deberíamos retirarnos a tu cama. Platónicamente. Solo para dormir. —Pero la forma en que lo dijo dejaba claro que ese «eventualmente» estaba cada vez más cerca.

—Platónicamente —repetí—. Claro.

Su sonrisa era malvada. —Eres una pésima mentirosa, Gwendolyn Woods.

—Y tú eres una pésima influencia.

—Las mejores influencias suelen serlo.

Me levantó en brazos antes de que pudiera protestar y me llevó al dormitorio. Me depositó con esa misma delicadeza y se tumbó detrás de mí, atrayéndome hacia él.

Pero esta vez, me di la vuelta entre sus brazos. Lo encaré en lugar de dejar que me abrazara por detrás.

Nos miramos en la oscuridad. Sus ojos seguían levemente rojos, brillando lo suficiente como para que pudiera ver su expresión hambrienta pero paciente. Siempre esperando a que yo tomara la decisión.

Me moví lentamente, dándole tiempo para detenerme, para echarse atrás. No se movió, solo me observó con esos intensos ojos mientras acortaba la distancia entre nosotros.

Y entonces lo besé. Solo un roce de mis labios contra los suyos. Se quedó completamente quieto, todos sus músculos tensos. Durante un latido, pensé que había cometido un error. Presionado demasiado, avanzado demasiado rápido.

Entonces su boca se abrió bajo la mía y me *devoró*.

No había nada suave en ello, nada tentativo. Su mano subió para sostener la parte posterior de mi cabeza, colocándome donde él quería. Su lengua se deslizó en mi boca e hice un sonido que debería haber sido vergonzoso pero que sonó más desesperado que otra cosa.

Sabía al vino de la cena. A menta del dentífrico, a pura masculinidad y necesidad y mío. Lo besé de vuelta con todo lo que tenía. Igualé su intensidad, su hambre. Mis manos se enredaron en su pelo, acercándolo más, más profundamente, *más*.

Por fin.

Gimió en mi boca. El sonido vibró a través de mí. Su otra mano agarró mi cadera, tirándome contra él hasta que pude sentir exactamente cuán afectado estaba. Duro y caliente y presionando contra mi estómago a través de la fina tela de nuestra ropa.

Me mecí contra él sin pensar, buscando fricción, alivio para el dolor que crecía entre mis muslos.

Su mano en mi cadera se tensó hasta el punto del dolor. Apartó su boca de la mía, respirando con dificultad.

—Para —gruñó—. Pequeña compañera, debes parar o no podré hacerlo.

—Quizás no quiero que pares.

—Sí quieres. Confía en mí. Porque si continuamos, no seré gentil. Te reclamaré. Te marcaré y te haré mi compañera apropiadamente. Y no estás lista para eso.

Tenía razón. Maldita sea, tenía razón.

Apoyé mi frente contra su pecho, tratando de recuperar el aliento y calmar el deseo que ardía en mis venas. Se suponía que solo iba a ser un ligero roce de nuestros labios, por el amor de Dios. Era una maldita pervertida.

—Esto es una tortura —murmuré.

—De acuerdo. —Su voz sonaba tensa—. Pero necesaria. Cuando finalmente te reclame, pequeña compañera, quiero que estés segura. Quiero que no haya dudas. Ni vacilaciones ni miedo.

Bueno. Estaba *muy* cerca de eso.

—No te tengo miedo.

—Quizás no. Pero tienes miedo del vínculo, de lo que significa aceptarlo. De la permanencia. —Presionó un beso en la parte superior de mi cabeza—. Y eso es razonable. Así que debemos esperar. Besarse en la cama... Es muy peligroso.

—¿Esperar aunque ambos vayamos a dormir calientes como el infierno?

—Incluso entonces.

Resoplé con una risa. —Eres demasiado noble para un rey que lee pornografía.

—No hay nada noble en mí, pequeña compañera —corrigió—. Me vengaré por lo que este beso me ha hecho esta noche. Pero no

tengas miedo. Me aseguraré de que disfrutes tu castigo.

Vaya. Me quedé sin palabras.

Me acomodé contra él, todavía frustrada y dolorida pero también extrañamente contenta.

—Buenas noches, Mal —susurré.

—Buenas noches, pequeña compañera. —Presionó otro beso en mi cabello—. Sueña conmigo.

Mientras me quedaba dormida en sus brazos, me di cuenta de algo aterrador. Me estaba enamorando de él. Fuerte y muy rápido. No tenía idea de cómo detenerlo.

Ni siquiera sabía si quería hacerlo.

13

—•—

Malachar

«¿Te gusta esto, esposa? ¿Te gusta cuando te follo como la pequeña zorra sucia que eres?»

Fruncí el ceño ante las palabras en la página, releyéndolas para asegurarme de que no había malinterpretado. No. Eso era realmente lo que el personaje masculino había dicho durante un momento íntimo.

Las hembras del club de lectura de Wen habían mencionado algo llamado «fetiche de degradación» durante una de sus discusiones. El concepto me desconcertaba. ¿Por qué alguien querría degradar a su pareja durante el apareamiento? El acto en sí debería ser de veneración. De reclamar y valorar en igual medida.

¿Disfrutaría Wen de ese tipo de conversación?

Levanté la mirada desde mi posición en uno de los sofás del rincón de lectura, observándola mientras ayudaba a un cliente en la caja registradora. No. No creía que le gustara. Mi compañera tenía fuego. Orgullo. Fuerza. No querría que la llamaran con esos nombres, ni siquiera en la pasión.

Pero quizás otras palabras...

Mi mente divagó sin permiso, evocando imágenes contra las que había estado luchando toda la mañana. Diablos, toda la semana, desde el día en que me besó. Wen debajo de mí. Encima de mí. Sus ojos nublados de placer mientras yo-

—*Ven aquí, pequeña compañera* —gruñó mi yo de fantasía. —*Déjame follarte tan fuerte que estarás goteando mi semen durante días.*

En mi imaginación, ella gemía. Se arqueaba hacia mí. —*Sí, Mal. Joder. Por favor-*

Cerré el libro de golpe, ajustándolo estratégicamente sobre mi regazo. Estaba duro. Muy duro. Esto se estaba convirtiendo en un problema recurrente.

—¿Qué estás leyendo?

Levanté la mirada para encontrar a una joven de pie junto al sofá. Me miraba con ojos muy abiertos y mejillas sonrojadas.

—Porno de dragones —respondí con sencillez.

Su rubor se intensificó. Parecía a punto de combustionar. —Oh, eso es...

—Picante y jodidamente extraño pero muy entretenido.

Había estado aprendiendo la forma casual en que hablan los humanos. Estudiando sus patrones y frases. Mi habla formal me señalaba como diferente, y aunque no podía cambiar mi naturaleza por completo, quizás podría adaptarme. Mezclarme mejor. Hacer que Wen se sintiera orgullosa.

La chica balbuceó algo incoherente y se alejó apresuradamente.

Un aroma captó mi atención, agudo y posesivo. Me volví hacia el mostrador para encontrar a Wen mirando a la mujer que se retiraba con ojos entrecerrados. Su mandíbula estaba tensa. Sus manos agarraban el borde del mostrador con tanta fuerza que sus nudillos se habían puesto blancos.

Celosa.

Mi compañera estaba celosa.

Sonreí con suficiencia. Perfecto.

No había mentido cuando le dije que la castigaría por provocarme con un beso perfecto. Y también por ponerme en exhibición, por usarme como cebo para atraer hembras a su tienda. Me había convertido en objeto de deseo para otros, y ahora estaba aprendiendo lo que se sentía.

Era la hora del almuerzo. La tienda se había vaciado progresivamente mientras los clientes salían a comer. Solo quedaban dos o tres personas, explorando las estanterías con tranquila atención.

Momento perfecto para lo que tenía en mente. Había estado esperando toda una semana para esto, intentando seguir su ritmo. Hoy iba a poner a prueba sus límites, viendo cómo respondía a mis acercamientos.

Me levanté y caminé hacia el mostrador. Wen me observó acercarme con ojos cautelosos, como si pudiera sentir mis intenciones.

Bien. Que estuviera nerviosa y anticipara.

Pasé detrás del mostrador, invadiendo su espacio, sin decir palabra. Envolví su cintura con mis brazos y la atraje contra mi pecho. Presioné mis labios contra su cuello, justo donde la había marcado suavemente días antes.

Ella inhaló bruscamente. —¿Qué estás haciendo? —susurró.

—Castigándote —murmuré contra su piel—. Me besaste. Me hiciste desfilar con ropa ajustada mientras las hembras miraban y tocaban. Ahora vas a experimentar lo que se siente estar en exhibición.

—Mal, hay clientes-

—Solo dos. Y no están prestando atención. —Besé su cuello hacia abajo, saboreando cómo su pulso saltaba bajo mis labios—. El mostrador es lo suficientemente alto para ocultarnos. No pueden ver nada de tus pechos hacia abajo.

Mis manos se movieron más abajo. Sentí cómo se le cortaba la respiración, sentí su cuerpo tensarse en mis brazos.

—¡Mal! —Su voz era un susurro-grito. Escandalizada pero *muy* excitada.

Me reí junto a su oído y moví mi mano aún más abajo, sobre su estómago, hasta el vértice de sus muslos. Incluso a través de su ropa, podía sentir su calor.

Ciertamente podía oler su excitación. Dulce e intoxicante y toda mía.

—¿Está bien esto, compañera? —pregunté en voz baja, seriamente. Porque a pesar de mis bromas, a pesar de mis intenciones, nunca la empujaría más allá de lo que ella quisiera.

Su corazón latía aceleradamente. Se mordió el labio, mirando de reojo a los distraídos clientes. Luego me miró por encima de su hombro, y vi el deseo ardiendo en sus ojos.

—Sí —susurró.

Esa única palabra me desató.

Me dejé caer de rodillas detrás del mostrador, desapareciendo de la vista. El espacio era estrecho pero adecuado. Wen jadeó encima de mí, agarrando el borde del mostrador.

La miré, encontrándome con sus ojos muy abiertos, y sonreí con suficiencia. Luego enganchó mis dedos en la cintura de sus vaqueros.

—Mal, no puedes-

Bajé sus pantalones y ropa interior lentamente, arrastrándolos por sus muslos hasta sus rodillas. Ella hizo un sonido ahogado y se presionó más cerca del mostrador, asegurándose de que su mitad inferior permaneciera oculta.

El aroma de su excitación era abrumador. Embriagador. Respiré profundamente, dejando que llenara mis pulmones, y casi gemí.

Besé su muslo interno, con reverencia. Me moví más arriba y besé de nuevo, luego otra vez. Sus músculos temblaban bajo mis labios.

Cuando finalmente llegué a su centro, cuando presioné mi nariz contra los suaves y húmedos rizos que enmarcaban su sexo e inhalé profundamente, sus rodillas cedieron debajo de ella, casi enviándola desplomada al suelo.

—Mantente firme, mi querida pequeña compañera —murmuré contra sus húmedos pliegues, mi voz baja y llena de intención maliciosa—. Agárrate fuerte al mostrador para mí.

Entonces la probé.

Mi lengua se extendió en una caricia deliberada y lánguida, deslizándose desde la base de su entrada hasta atravesar sus empapados labios para rodear el hinchado botón de su clítoris. Estaba empapada, su excitación cubriendo mi lengua en un generoso flujo, ácida y almizclada, con una corriente subyacente de

néctar dulce que hizo que mi miembro palpitara dolorosamente contra mis pantalones. Tan completamente lista para mí, su sexo llorando su invitación.

Ya no había vuelta atrás. Ahora que la había probado, ansiaría esto por el resto de mi existencia.

Enterré mi rostro entre sus temblorosos muslos y me di un festín con ella como un hombre hambriento. Mi lengua trabajaba justo como mostraban esos libros sucios, lamiendo sus jugos desde su orificio, luego retirándome para chupar su clítoris, tirando de él hacia mi boca con succiones constantes. Pasé amplias caricias sobre sus pliegues, luego me centré en ese punto sensible, golpeándolo rápidamente para hacerla jadear. Aprendí sus señales rápidamente: la forma en que sus caderas se sacudían cuando rodeaba el capuchón, o cómo su respiración se convertía en gemidos necesitados cuando empujaba mi lengua dentro de ella, embistiendo en cortos y provocadores bombeos.

Su mano agarró mi pelo dolorosamente mientras luchaba por mantenerse en silencio. Estaba tratando de mantener la compostura, pero yo seguía adorando su sexo con mi boca, decidido a quebrantarla.

Unos pasos se acercaron al mostrador.

Me quedé quieto por un latido, los labios aún rozando su palpitante clítoris, el corazón latiendo ante el riesgo de ser descubiertos. Pero el cliente solo quería comprar un libro. Escuché cómo Wen lo cobraba, su voz notablemente firme considerando que mi cara estaba actualmente enterrada entre sus muslos.

No esperé a que el cliente se alejara. Succioné su clítoris profundamente en mi boca, pulsando alrededor de él para hacer que sus paredes se apretaran con fuerza, su humedad corriendo por mi barbilla. Mi lengua trazó patrones salvajes, bucles y zigzags, luego bajó para rodear su entrada, sorbiendo el nuevo flujo de sus fluidos.

Sus muslos temblaban intensamente, los músculos contrayéndose como locos.

Pronto, sonó la campanilla. El sonido de alguien saliendo.

Ronroneé bajo justo contra su clítoris, la vibración golpeando su centro, y ella dejó escapar un chillido ahogado desde arriba, su cuerpo sacudiéndose.

Otra campanilla, la tienda vaciándose más.

—Maldita sea, tu sexo es como el cielo —gruñí lo suficientemente bajo para que solo ella escuchara, usando palabras que había aprendido del libro de dragones—. Podría comerte para siempre. Apriétate para mí. Muéstrame cuánto lo deseas.

—Joder —jadeó, con la voz quebrada—. Mal, estoy-

Podía sentir que estaba cerca. Sus muslos temblaban, húmedos con sudor y sus propios jugos. Su agarre en mi pelo se había vuelto desesperado. Doblé mis esfuerzos, chupando su clítoris con fuerza mientras mi lengua lo azotaba, rápidos golpecitos mezclados con lamidas profundas en su agujero contraído. Añadí un dedo, deslizándolo junto a mi lengua, curvándolo para golpear ese punto esponjoso en su interior, bombeando al ritmo de mi boca.

Ella se corrió con un gemido reprimido, mordiéndose el labio hasta dejarlo en carne viva. Todo su cuerpo se estremeció. Sus muslos se cerraron alrededor de mi cabeza, atrapándome en mi lugar mientras ola tras ola de placer la recorría.

Continué, más suavemente ahora, prolongando su orgasmo hasta que estaba jadeando y tratando de alejarme por la hipersensibilidad.

Finalmente, me retiré. La ayudé a subirse los pantalones con manos temblorosas. Me puse de pie para encontrarla apoyada pesadamente contra el mostrador, sonrojada y respirando con dificultad.

—¿Qué demonios te pasa? —siseó, pero no había verdadera ira en su voz. Solo excitación e incredulidad—. ¡No puedes simplemente... hacer eso mientras estoy trabajando!

—¿Por qué no? —pregunté inocentemente, lamiéndome los labios. Sabía aún mejor de lo que había imaginado—. Parecía que lo disfrutabas.

—¡Ese no es el punto! ¡Había clientes!

—Había dos clientes que no estaban prestando atención. Y ahora— Caminé hacia la puerta principal, la cerré con llave y volteé el cartel a Cerrado. Me volví para mirarla con una sonrisa maliciosa—. Estamos solos.

Sus ojos se agrandaron. —Mal-

—Me castigaste convirtiéndome en objeto de deseo para otros. Yo te castigué haciéndote experimentar placer mientras intentabas mantener la compostura —la acosé lentamente—. Pero ahora, pequeña compañera, ahora deseo adorarte apropiadamente. Sin audiencia ni interrupciones.

Tragó saliva con dificultad. —Es pleno día.

—¿Y?

—Y estamos en la librería.

—Tu librería. Tus reglas —llegué hasta ella, la acorralé contra el mostrador con mis brazos—. Dime que no, y me detendré. Dime que no quieres esto, y reabriremos la tienda y fingiremos que esto nunca sucedió.

Me miró fijamente. Sus pupilas estaban completamente dilatadas. Su respiración seguía siendo irregular. Olía a excitación y a mí.

—No quiero parar —susurró.

—Entonces déjame llevarte arriba. Déjame acostarte apropiadamente. Déjame mostrarte exactamente lo que he estado imaginando cada vez que leo esos libros —me incliné, hablé contra sus labios—. Déjame hacerte gritar mi nombre hasta que toda la ciudad sepa a quién perteneces, y luego marcarte para que todos lo vean.

—Eso es muy posesivo.

—Soy muy posesivo. Eres mía, Gwendolyn Woods. Y después de hoy, nunca más lo dudarás. Pero necesito una respuesta, pequeña compañera.

—Esto es una locura —murmuró. Y luego... —*Sí*.

La tomé en mis brazos inmediatamente, llevándola hacia las escaleras que conducían a su apartamento. Ella envolvió sus brazos alrededor de mi cuello, presionando su rostro contra mi hombro.

—Esto es inevitable —abrí de una patada la puerta del apartamento y la llevé directamente a su dormitorio. La acosté en su cama con reverencia—. Hemos estado bailando alrededor de esto durante semanas. Fingiendo que podemos resistir. Pero estoy harto de fingir, pequeña compañera. Y creo que tú también.

Me miró. Su pelo extendido sobre la almohada. Sus labios hinchados de tanto mordérselos. Sus ojos oscuros de deseo.

—Muéstrame —dijo—. Muéstrame todo lo que has estado imaginando.

Joder, sí.

14

—•—

Wen

Me tendió en la cama con una delicadeza que me hizo doler el pecho. Sus ojos estaban rojos, brillando en las sombras de mi dormitorio, pero sus manos eran cuidadosas mientras recorrían mis costados.

—Mal —susurré, haciéndole detenerse—. Necesito decirte algo.

Sus manos se quedaron quietas. —¿Qué ocurre, pequeña compañera?

—Nunca... nunca he hecho esto antes —las palabras salieron apresuradas. Avergonzadas—. Con nadie.

Se quedó inmóvil, cada músculo bloqueado. Sus ojos destellaron en un rojo más brillante, y un gruñido bajo retumbó desde su pecho.

—¿Estás intacta? —su voz se había vuelto áspera, apenas humana.

Asentí.

—Mía —respiró. La palabra era reverente, posesiva—. Solo mía. Nadie más te ha tenido.

—¿Está bien? No sé realmente lo que estoy haciendo-

—Está bien —tomó mi rostro con ambas manos, obligándome a mirarle a los ojos—. Es perfecto. Tú eres perfecta. No te avergüences de quién eres, pequeña compañera. Y te guiaré en cada momento. Te adoraré como mereces.

—¿Tú has... con otras? —tenía que saberlo. Tenía que preguntar.

—Una vez, cuando era muy joven. Apenas dieciocho años. Una decisión tonta tomada con una hembra por la que no sentía nada —el dolor cruzó su rostro—. Lo lamento profundamente. Desearía haber esperado. Desearía haberme guardado para ti, como tú te has guardado para mí.

Alcé la mano y toqué su rostro. —No sabías que yo existía.

—Mi alma y mi lobo lo sabían. Estábamos esperando, aunque yo no entendía para qué —giró la cabeza y besó mi palma—. Pero ahora te tengo. Y pasaré el resto de mi existencia asegurándome de que nunca te arrepientas de elegirme.

Me besó entonces. Lento y profundo, su lengua empujando en mi boca, todavía sabiendo a mí desde antes. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo, trazando mis costados, mis caderas, apretando un poco mi trasero. Me desvistió poco a poco, quitándome primero la camisa, arrancando mi sujetador, besando el lugar donde había estado la correa. Cuando llegó a mis pantalones, los bajó despacio, junto con mi ropa interior, sus dedos rozando mis muslos.

Cuando estuve desnuda ante él, se echó hacia atrás para mirarme. Su mirada era hambrienta pero también maravillada.

—Eres lo más hermoso que he visto jamás —murmuró.

Lo alcancé, necesitando sentirlo también. Mis manos temblaban un poco mientras tiraba de su camisa, pasándola por encima de su cabeza. Se quitó los zapatos de una patada, luego se bajó los pantalones, liberando su miembro. Estaba duro como una piedra, más grueso de lo que había sido cuando lo toqué a través de la manta, y su punta ya goteaba líquido preseminal. Se balanceaba frente a mí, con venas sobresaliendo a lo largo del eje, y no pude apartar la mirada. Se me secó la boca, pero quería tocarlo, sentir lo caliente y pesado que era.

Envolví mi mano alrededor de la base, mis dedos apenas se encontraban. Era tan grueso, la piel aterciopelada sobre la dureza interior. Acaricié hacia arriba lentamente, mi pulgar rozando la cabeza, esparciendo esa gota resbaladiza. Mal gimió, sus caderas moviéndose un poco hacia adelante.

—Cuidado, pequeña compañera —dijo, con voz áspera—. Tu mano se siente demasiado bien en mi polla. Si sigues así, puede que no dure lo suficiente para estar dentro de ti.

¿Cuándo había empezado a hablar sucio así? Me encantaba bastante.

No me detuve. Lo bombeé unas cuantas veces, sintiéndolo palpitar en mi agarre, notando cómo su respiración se entrecortaba. Me excitaba ver cuánto me deseaba, cómo mi tacto le afectaba. Apreté un poco más fuerte en el movimiento descendente, observando cómo su rostro se tensaba de placer.

—Wen —advirtió, pero había una sonrisa en su voz—. Estás jugando con fuego. Quiero inclinarte y follar esa bonita boca tuya ahora mismo.

—Dios mío —gemí, apretando los muslos—. ¿Quién te enseñó a decir esas palabras?

—¿Te gustan? —Levantó una ceja, sonriendo con suficiencia—. Te dije que había estado tomando notas de esos libros. Si te gusta, seguiré hablando sucio, pequeña compañera.

Mierda. —Um —respiré—. Sí, me gusta. Mucho.

Lo solté antes de que se corriera, sin querer llevarlo al límite todavía. Nos presionamos juntos, piel contra piel, su pecho caliente contra el mío, esa dureza clavándose en mi cadera. Hizo que mi estómago diera un vuelco, el calor acumulándose de nuevo en mi bajo vientre.

—Dime si algo duele —dijo, con la voz tensa por el control—. Dime si necesitas que pare o vaya más despacio. Esto es por ti, pequeña compañera. Tu placer y comodidad.

Sus manos estaban por todas partes, acariciando mis brazos, acunando mis pechos, sus pulgares frotando mis pezones hasta que se endurecieron. Su boca siguió, labios en mi cuello, succionando suavemente, luego bajando hasta mi clavícula, mordisqueando la piel. Más abajo aún, besó mi estómago, su aliento caliente. Cuando sus dedos se deslizaron entre mis piernas, encontrando mi coño aún húmedo e hinchado de antes, jadeé, mis caderas sacudiéndose.

—Aún tan mojada para mí —gruñó, sus dedos rodeando mi entrada —. Tan lista. Quiero enterrar mi polla en este pequeño agujero apretado y follarte hasta que estés gritando.

Mierda. Empujó un dedo dentro, luego dos, estirándome lentamente. Se sentía bien, la presión aumentando mientras los curvaba dentro, frotando ese punto que hacía que mis dedos se curvaran. Me susurraba al oído todo el tiempo, mezclando esas líneas de libros con sus propias palabras.

—Te sientes exquisita, pequeña compañera. Tan apretada alrededor de mis dedos. No puedo esperar para llenarte con mi polla.

—Quiero saborear cada centímetro de ti otra vez. Quiero follarte hasta que olvides tu propio nombre.

—Eres preciosa más allá de toda medida. Siempre te apreciaré.

La mezcla me impactó fuertemente, hizo que mi cara se calentara, pero también me hizo estar más húmeda, deseándole. Agarré sus hombros, clavándole las uñas.

—Mal, por favor... te necesito dentro de mí.

Sacó sus dedos, y me sentí vacía por un segundo. Luego se acomodó entre mis muslos, la cabeza de su polla rozando mi entrada. Estaba temblando, los nervios mezclándose con el deseo.

—Mírame —ordenó—. Quiero ver tus ojos cuando te reclame.

Levanté la mirada, fijándome en la suya. Empujó lentamente, centímetro a centímetro. Al principio ardió, el estiramiento intenso ya que había pasado un tiempo, pero sus ojos mantenían los míos, firmes.

—Respira, pequeña compañera. Respira a través de esto. Esa es mi buena chica, toma mi polla lenta y suavemente.

Respiré profundamente, y el dolor se transformó en esta sensación de plenitud y pesadez, como si encajara perfectamente. Cuando llegó al fondo, sus testículos contra mi trasero, gimió.

—Joder, te sientes... no hay palabras. Perfecta. Tu coño me está apretando tan fuerte, como si nunca quisiera dejarme ir.

Comenzó a moverse, saliendo hasta la mitad y luego deslizándose de vuelta, con embestidas superficiales y cuidadosas. Jadeé cada vez, la fricción encendiéndome. Observaba mi cara de cerca, cambiando sus caderas para golpear diferentes puntos, más profundo una vez, frotándose contra mi clítoris la siguiente.

—¿Esto es bueno? ¿Mi polla se siente bien dentro de ti?

—Sí —jadeé, envolviendo mis piernas alrededor de él. Estaba en el cielo—. Sí, Mal. Se siente tan bien. Por favor...

—¿Por favor qué, pequeña compañera? Dime qué necesitas. ¿Quieres que te folle más fuerte? ¿Que golpee este dulce coño hasta que te corras sobre mí?

—Sí. Más. Necesito más. *Más fuerte*.

Me lo dio, embistiendo más profundo, más rápido, pero aún controlado, como si me estuviera probando. Su mano se deslizó hacia abajo, sus dedos encontrando mi clítoris, frotando círculos mientras me follaba. La presión se acumuló rápidamente, enroscándose firmemente en mi vientre. Cada deslizamiento de su polla se arrastraba contra mis paredes, su vello púbico rozando mi piel, los sonidos húmedos llenando la habitación.

—Eso es —dijo, con la respiración entrecortada—. Déjate ir. Te tengo. Córrete para mí, pequeña compañera. Ordeña mi polla con ese coño apretado. Déjame sentir cómo me aprietas.

Me destrocé, mi cuerpo tensándose, mi coño apretándose fuertemente a su alrededor. Grité, arañando su espalda mientras el orgasmo me atravesaba, haciendo que mi visión se nublara. Él gimió mi nombre, embistiendo profundamente una última vez, su polla pulsando mientras se corría, chorros calientes llenándome.

—Wen. Mi Wen. Joder, tómalo todo, cada gota. —Sus dientes encontraron mi cuello, justo donde me había besado antes—. ¿Puedo? —preguntó—. ¿Puedo reclamarte completamente, compañera? ¿Unirnos completamente?

Estaba más allá de fingir.

—Sí —jadeé—. Sí, Mal. Puedes hacerlo.

Mordió.

La conmoción fue inmediata y abrumadora. Sentí cómo el vínculo se establecía. Lo sentí a *él*, sus emociones, su amor, su devoción, inundándome a través de la conexión. Era como nada que hubiera experimentado antes. Como si nuestras almas hubieran sido tejidas juntas.

Jadeé y lo miré. Él me miraba con la misma admiración que yo sentía.

—Puedo sentirte —susurré—. Puedo sentir lo que tú sientes.

—Y yo puedo sentirte a ti. —Su voz era áspera por la emoción—. Estás... estás abrumada. Asombrada. Feliz de ser mía.

—Sí, soy tuya —estuve de acuerdo.

Nos miramos, procesando la magnitud de lo que acababa de suceder. Luego nos estábamos besando de nuevo, desesperados y hambrientos y llenos de asombro.

Mi cuerpo aún zumbaba, su semen goteando fuera de mí, mezclándose con mi propia humedad en la cama. Pero no había terminado, aún no. Necesitaba más, necesitaba sentirlo de una manera diferente. Con un empujón tembloroso, nos di la vuelta para quedar encima, su polla ablandándose se deslizó fuera con un sonido húmedo que me hizo sonrojar. Me miró, con ojos oscuros y sorprendidos, pero una lenta sonrisa se extendió por su rostro.

—¿Ya montándome, pequeña compañera? —murmuró, con voz ronca—. ¿Planeas cabalgar mi polla hasta que suplique piedad? Porque con gusto te dejaría.

No respondí con palabras. En cambio, empujé sus hombros, para que se acostara en la estrecha cama. Pero la cama era demasiado pequeña para los dos y inmediatamente perdimos el equilibrio,

cayéndonos por el borde. Él recibió el impacto con su espalda mientras yo caía encima de él.

—¿Estás bien? —preguntó, incluso mientras hacía una mueca.

—Estoy bien. ¿Y tú? Tus heridas...

—Están bien. No pesas nada. —Me miró, extendida sobre su pecho, y sus ojos se oscurecieron de nuevo—. Aunque disfruto mucho de esta maldita posición. Nunca tendré suficiente de ti, pequeña compañera.

Sonreí con malicia. Esta vez, yo tenía el control.

Me moví hacia arriba de su cuerpo, sintiendo el calor de su piel bajo mis muslos. Su polla ya estaba volviendo a la vida, engrosándose mientras me cernía sobre él. Bajé la mano, envolviendo mis dedos alrededor de la base nuevamente, guiando la cabeza a mi entrada. Estaba tan resbaladiza, tan abierta de antes, que cuando me hundí, se deslizó fácilmente, llenándome de nuevo. Gemí ante el estiramiento, la forma en que mis paredes lo abrazaban firmemente, aún sensible por mi orgasmo.

—Joder, sí —respiré, llegando al fondo con mi trasero contra sus muslos. Se sentía aún más grande así, el ángulo golpeando profundamente. Mecí mis caderas experimentalmente, frotándome contra él, sintiendo cómo su eje se arrastraba contra ese punto dentro de mí. Su placer se mezclaba con el mío a través del vínculo, haciéndome ver estrellas. Mierda. Esta era una experiencia completamente diferente de antes.

Ahora estaba segura de algo: si algo sucedía, si él tenía que volver a su reino... *nunca* lo superaría. Esta conexión que teníamos - Era extraordinaria. Bueno, de hecho lo *era*, si creía en la Diosa Luna.

Sus grandes manos vinieron a mis caderas, guiando pero sin forzar. —Eso es —dijo, con voz baja y alentadora—. Toma lo que necesites

de mí. Usa mi polla, Gwendolyn. Móntame como si me poseyeras, porque jodidamente *lo haces*.

Las palabras hicieron que mi coño se apretara alrededor de él. Comencé a moverme, levantándome lentamente y luego dejándome caer, estableciendo un ritmo que nos hizo jadear a ambos. Cada deslizamiento hacía que su polla frotara mis paredes, la cabeza golpeando mi cuello uterino en cada bajada. Mi clítoris se frotaba contra su hueso púbico cada vez que me asentaba completamente, chispas subiendo por mi columna.

Mal gimió, sus pulgares hundiéndose en mis caderas mientras me ayudaba a rebotar. —Dioses, tu coño se siente increíble así. Apretándome tan fuerte, ordeñando cada centímetro. Mírate, pequeña compañera, tomando mi verga tan bien. Rebota más fuerte si quieres. Fóllate en mí hasta que te corras de nuevo.

Lo hice, aumentando la velocidad, mis pechos rebotando con cada embestida. El sudor lubricaba nuestra piel, el golpeteo de mi trasero contra sus muslos haciendo eco en la habitación. Sus manos vagaron hasta apretar mis tetas, pellizcando mis pezones hasta que gemí, luego bajaron para separar mis nalgas, un dedo provocando mi ano lo suficiente para hacerme estremecer. La plenitud era abrumadora, el placer acumulándose rápidamente en mi núcleo, enroscándose más fuerte con cada movimiento.

—Eres tan hermosa montándome —jadeó, con los ojos fijos en donde nos uníamos—. Mira cómo tu coño se traga mi polla. Puedo sentirte palpitando, acercándote. Vamos, apriétame, pequeña compañera. Déjame sentir cómo te deshaces alrededor de mi verga.

Era demasiado. Sus palabras, la fricción, la forma en que empujaba ahora para encontrarse conmigo, penetrando más profundo, el sonido de nuestra piel golpeándose y nuestros gemidos haciendo que la atmósfera se sintiera tan malditamente sucia. Mi ritmo vaciló cuando el orgasmo me golpeó, atravesándome con fuerza. Grité, mi

coño espasmándose a su alrededor, mis jugos derramándose mientras me desplomaba hacia delante sobre su pecho, temblando. Él me siguió justo después, sus caderas sacudiéndose, su polla pulsando mientras me inundaba con otra carga, caliente y espesa, derramándose alrededor de nosotros.

Me desplomé sobre su pecho, jadeando, mi cuerpo agotado y tembloroso contra el suyo. Las réplicas me hicieron estremecer, su semen goteando por mis muslos. Presioné suaves besos en su pecho, subiendo hasta las cicatrices que se desvanecían, líneas rosadas volviéndose suaves bajo mis labios. Evidencia de las batallas que había luchado, el dolor que había soportado antes de encontrarme.

—Puedo sentir que te estás curando —murmuré contra su piel—. A través del vínculo. Puedo sentir que tu cuerpo se está recuperando lentamente.

—Y yo puedo sentir tu satisfacción. Tu felicidad y... —Hizo una pausa y me rodeó con sus brazos—. Tu... amor.

Me quedé inmóvil. Mierda. ¿Era cierto? ¿Ya lo amaba? Sabía que me estaba enamorando de él, pero...

Maldición. Se sentía correcto. —Yo...

—Puedo sentirlo. Así que déjame ser claro, Gwendolyn Woods. —Levantó mi barbilla para encontrar mis ojos—. Eres esencial para mi existencia. Estoy tan profundamente enamorado de ti, que tu mismo ser es más necesario para mí que el aire que respiro. Tú eres mi prioridad ahora. Mi compañera. Mi corazón. Donde tú vayas, yo voy.

A través del vínculo, sentí la verdad de sus palabras. La absoluta certeza y devoción.

—Te amo —susurré. Las palabras parecían inadecuadas para lo que sentía, pero eran todo lo que tenía.

—Y yo te amo a *ti*. Mi hogar.

Nos quedamos allí en el suelo de mi dormitorio, envueltos el uno en el otro, conectados de todas las formas posibles. Y por primera vez desde que mis abuelos murieron, me sentí completa, absolutamente plena.

15

—•—

Wen

Estaba bailando sobre nubes.

Literalmente. O al menos eso es lo que sentía mientras me movía por la librería a la mañana siguiente, reponiendo estanterías y tarareando en voz baja. No podía dejar de sonreír. No podía detener el ridículo aumento de energía que fluía a través de mí.

Me sentía feliz. Genuina y completamente feliz.

Mal estaba detrás del mostrador, atendiendo a los clientes con una paciencia que no debería haber sido sexy pero absolutamente lo era. Cada vez que miraba hacia allá, sus ojos ya estaban sobre mí. Siguiendo mis movimientos. Observándome con esa expresión suave y posesiva que hacía que mi estómago diera un vuelco.

—Alguien está de buen humor —observó la Sra. Kerrington mientras le ayudaba a encontrar un libro de cocina, otro para su colección que probablemente nunca usaría.

—Simplemente es un buen día —dije, incapaz de borrar la sonrisa de mi cara.

—Mmhmm. Estoy segura de que no tiene nada que ver con ese apuesto joven en la caja registradora.

Me sonrojé pero no lo negué.

Durante toda la mañana, comencé a notar cosas extrañas. Podía ver las motas de polvo flotando en el aire junto a la ventana con perfecta claridad. Podía leer la letra pequeña en los lomos de los libros desde el otro lado de la tienda sin entrecerrar los ojos. Cuando miré el reloj, podía ver los movimientos individuales de la manecilla de los segundos con una precisión sorprendente.

¿Cómo era posible?

Una clienta estaba revisando la sección de misterio, y podía oírla murmurando para sí misma desde el otro lado de la tienda. Cristalino. Como si estuviera de pie justo a mi lado.

—Demasiado caro. Quizás debería esperar. Pero realmente lo quiero. Uf, ¿por qué todo es tan caro?

Parpadeé. Eso no debería haber sido posible. Estaba al menos a diez metros de distancia.

Y los olores. Dios mío, los olores. Podía oler todo. Los productos de limpieza de esta mañana. El perfume que llevaba la mujer en la sección de novelas románticas. El sudor nervioso del adolescente tratando de armarse de valor para comprar una novela de fantasía para adultos.

Espera. ¿Realmente podía oler el nerviosismo?

Miré de nuevo a Mal, encontrándome con su mirada. Le guiñé un ojo porque no pude evitarlo. Porque ahora era mío y yo era suya y todo se sentía eléctrico y nuevo.

Me devolvió la sonrisa. Plena y genuina y devastadora. Su pelo estaba recogido en un moño en la parte posterior de su cabeza, y sus ojos eran suaves. Brillantes. Completamente centrados en mí en ese momento.

Entonces un cliente se acercó con un libro, y él rompió el contacto visual a regañadientes para ayudarle.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Lo saqué y encontré varios mensajes en el chat grupal.

Daphne: Mi vecina dijo que la librería estaba cerrada ayer por la tarde. ¿Está todo bien?

Bella: ¡Sí, estábamos preocupadas!

Krystin: ¿Estabas ENFERMA o estabas OCUPADA guiño guiño

Me mordí el labio, escribiendo: Todo está bien. Mejor que bien, en realidad.

Krystin: ¡SUÉLTALO!

Daphne: ¿¡Qué pasó!?

Bella: ¿¡Estás bien!? ¿¡Pasó algo con Mal!?

Dudé, luego escribí: Tuvimos relaciones.

Mi teléfono inmediatamente explotó con mensajes.

Krystin: ¡POR FIN!

Daphne: ¡DIOS MÍO!

Bella: ¿¡FUE BUENO!?

Krystin: ¿Era enorme? Parece enorme. Dime que era enorme.

Daphne: Krystin, por dios

Krystin: ¿QUÉ? Estoy haciendo las preguntas importantes

Me reí, escribiendo: Fue increíble. Él fue increíble. Todavía estoy procesándolo.

Bella: ¿Y ahora qué pasa?

Me quedé mirando el mensaje. ¿Qué pasaba ahora? ¿Estábamos saliendo? ¿Estábamos juntos? ¿Qué exactamente había cambiado aparte del sexo increíble y el vínculo que ahora podía sentir vibrando entre nosotros?

Respondí: No lo sé. Tengo que preguntarle.

Krystin: ¿Preguntarle QUÉ? Sois compañeros. Estáis vinculados. Bastante segura que eso es matrimonio lobuno.

Daphne: Tiene razón

Bella: Esto es tan romántico que me muero

Guardé mi teléfono, intentando ignorar el aleteo de nervios en mi estómago. Necesitábamos hablar. Averiguar qué significaba esto. Qué éramos. ¿Quería estar casada? ¿Con alguien? ¿Alguna vez? Tenía veintitrés años. Apenas había salido con nadie. ¿Y ahora estaba potencialmente casada-lobo con un rey?

¿Qué demonios era mi vida?

Cada vez que Mal pasaba junto a mí durante el resto del día, era eléctrico. Su mano en mi espalda baja cuando se movía detrás de mí. Sus dedos rozando los míos cuando me entregaba un libro. Su aliento en mi cuello cuando se inclinaba para hacerme una pregunta.

Estaba hiperconsciente de él. Podía sentirlo a través del vínculo ahora, esta cálida presencia en el fondo de mi mente a la que

todavía me estaba acostumbrando.

Finalmente, durante la calma de la tarde cuando la tienda estaba vacía, lo arrinconé junto a la caja registradora.

—Tenemos que hablar —dije.

Se volvió para mirarme de frente, su expresión inmediatamente preocupada.

—¿Ocurre algo malo, pequeña compañera?

—No. No es malo. Solo... ¿qué pasa ahora? ¿Con nosotros?

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir, tuvimos relaciones. Estamos vinculados. Pero, ¿qué significa eso? ¿Qué somos?

Parecía genuinamente confundido.

—Somos compañeros.

—Ya lo sé. Pero, tipo... ¿estamos saliendo? ¿Estamos juntos? Qué-

—En la cultura de los lobos, estamos casados —lo dijo tan simplemente. Tan como cuestión de hecho—. El momento en que te reclamé y tú aceptaste, quedamos unidos. Las parejas emparejadas son el equivalente a vuestros matrimonios humanos, aunque mucho más permanentes.

Parpadeé.

—¿Casados?

—Sí. ¿Por qué pareces sorprendida? Aceptaste el vínculo. Dejaste que te reclamara.

—Pensé que solo estábamos... no sé. ¿Dando el siguiente paso?

Sonrió y me acercó más.

—Podemos discutir sobre nuestro hogar una vez que decidamos si nos quedaremos aquí o nos mudaremos a un espacio más grande. El apartamento es adecuado, pero una vez que tengamos cachorros, necesitaremos más espacio. Y quizás deberíamos ampliar la tienda. Nuestra tienda está funcionando bastante bien.

Me atraganté con el aire.

—¡¿Cachorros?! Mal. ¡Tuvimos sexo una vez!

—Sí, y ahora eres mía. Tendremos muchos cachorros. Fuertes —sus ojos se suavizaron—. Espero que tengan tus ojos. Aunque tu terquedad combinada con la mía los hará bastante difíciles de manejar.

—No estoy... no estamos... *Mal* —presioné las manos contra mi cara —. Vale. Necesitamos tener una conversación seria sobre la cultura de citas humanas. Y también sobre tu reino. Tu familia y responsabilidades.

—¿Mi reino?

—¡Sí! Eres un rey, Mal. ¿Vas a abandonar todo? ¿Tu gente? ¿Por mí? —el pensamiento hizo que mi pecho se apretara—. ¿Y si te arrepientes? ¿Y si me resientes por hacerte renunciar a tu trono?

Su expresión se suavizó. Me tomó la cara con suavidad.

—Seguiré lo que tú decidas, pequeña compañera. Si deseas ver Lytopia, visitar mi mundo, te llevaré allí. Puedes ver el reino, conocer a mi familia y decidir si esa es la vida que deseas vivir. Si eliges quedarte allí, gobernaré contigo a mi lado. Si eliges quedarte en el

reino humano, encontraré un sucesor digno del trono y me mudaré aquí permanentemente. La elección es tuya.

Lo miré fijamente.

—¿Renunciarías a ser rey? ¿Por mí?

—Renunciaría a todo por ti. El trono. Mi título y mi mundo —murmuró—. Tú eres todo mi reino. Donde tú vayas, yo voy.

A través del vínculo, sentí la absoluta verdad de sus palabras. La certeza y el amor.

—Yo... ni siquiera sé qué decir —susurré.

—No es necesario que respondas ahora, pequeña compañera. Puedes pensarlo —sonrió—. Ahora, ¿hablamos sobre la cultura de citas humanas? Porque estoy bastante confundido sobre por qué tener relaciones no significa automáticamente matrimonio y cachorros.

No pude evitar reírme.

—Vale. En el mundo humano, tener relaciones no significa automáticamente matrimonio. No significa que vayamos a tener hijos... cachorros... oh, Dios, ni siquiera puedo decirlo sin sonrojarme.

—Pero somos compañeros.

—¡Lo sé! Pero los humanos no pasan directamente del sexo al matrimonio y los bebés. Hay pasos. Salir juntos. Mudarse juntos. Comprometerse. Luego el matrimonio. Luego quizás, QUIZÁS, hablamos de hijos. En unos cinco años. O diez. O nunca.

Frunció el ceño.

—Eso parece innecesariamente complicado.

—¡Es como lo hacen los humanos!

—Pero ya no eres completamente humana. No ahora que el vínculo se está formando.

Me quedé helada.

—¿Qué?

—Tus sentidos mejorados. Los has notado, ¿verdad?

—¿Lo de oler y oír cosas? ¿La súper visión? ¿Eso es... normal?

Me examinó cuidadosamente, sus ojos recorriendo mi rostro.

—El vínculo se está formando antes de lo que anticipaba. Más rápido.

—¡¿Qué significa eso?! —el pánico surgió en mí—. ¿Me estoy convirtiendo en lobo? ¿Eso puede pasar?

—No, no. No te transformarás. Te falta el espíritu de lobo para eso —me tomó el rostro, sus pulgares acariciando mis mejillas—. Pero el vínculo quiere completarse. Está tratando de unirnos. Tu cuerpo se está adaptando rápidamente, aceptándome y lo que somos juntos.

—¿Adaptándose cómo?

Su voz se volvió más baja. Más áspera.

—Pronto, entrarás en celo. El primero siempre es el más fuerte. El más intenso.

—¡¿CELO?! —mi voz subió una octava—. ¡¿COMO UN ANIMAL?!

—Como una compañera lista para ser completamente reclamada — sus ojos destellaron en rojo—. Es la forma en que tu cuerpo se

prepara para los cachorros. Para completar el vínculo. Deberíamos terminar de vincularnos antes de eso, o será... difícil. Para ambos.

—¿Difícil cómo?

—Sentirás dolor sin mi tacto. Desesperación por aparearte. Yo estaré medio loco tratando de aliviar tu sufrimiento mientras mantengo suficiente control para no hacerte daño —me acercó más—. Es mejor completar el vínculo ahora. Mientras ambos somos racionales.

Lo miré fijamente. A este rey hombre lobo que había irrumpido en mi vida y lo había puesto todo patas arriba. Que me había hecho enamorarme de él. Que me había reclamado y se había vinculado conmigo y aparentemente ahora mi cuerpo estaba decidiendo volverse completamente lobo, estuviera yo lista o no.

—Esto es una locura —susurré.

—Esto es el vínculo de compañeros —presionó su frente contra la mía—. Sé que es rápido. Sé que estás abrumada. Pero tu cuerpo me ha elegido, Wen. Así como el mío te ha elegido a ti. Podemos luchar contra ello, hacérnoslo más difícil. O podemos aceptarlo y avanzar juntos.

—¿Cómo lo completamos? —pregunté, aunque una parte de mí no estaba segura de querer saber la respuesta.

—Necesitas morderme. Marcarme como yo te marqué a ti. Reclamarme como tuyo —su voz se volvió áspera con la necesidad —. Hazme tuyo en todas las formas que importan.

—¿Tengo que morderte?

—Sí.

—¿Dónde?

—Donde desees. El cuello es lo tradicional. Más visible. Pero cualquier lugar funcionará.

Me aparté para mirarlo.

—¿Y luego qué? ¿Estamos completamente vinculados? ¿Casados en términos de lobo? ¿Entro en celo? ¿Tenemos cachorros?

—Eventualmente, sí. Aunque podemos tomar precauciones contra los cachorros si realmente deseas esperar. Hay hierbas. Métodos —acarició mi cabello—. No te forzaré a nada que no quieras, pequeña compañera. Pero tampoco te mentiré. Tu cuerpo está cambiando. El vínculo se está formando. Negarlo solo te causará dolor.

A través del vínculo, podía sentir su certeza. Su amor. Su absoluta convicción de que estábamos destinados a estar juntos.

¿Y la parte aterradora? Yo también lo sentía. La locura era real. Solo nos conocíamos desde hace un par de semanas. Todo lo lógico en mi cerebro gritaba que esto era rápido, intenso, completamente ridículo.

Pero lo sentía. La corrección de estar con él. La plenitud.

—¿Cuándo? —pregunté en voz baja.

—Cuando estés lista. Esta noche. Mañana. La semana que viene. Puedo esperar.

—¿Y si nunca estoy lista?

El dolor cruzó su rostro, pero forzó una sonrisa.

—Entonces te amaré de todos modos. Con vínculo o sin él. Con celo o sin él. Eres mía, Gwendolyn Woods. Y yo soy tuyo. Eso no cambiará.

Le creí. A través del vínculo, sabía que cada palabra era sincera.

—Esta noche —me oí decir—. Lo haré esta noche.

Sus ojos destellaron en rojo. Brillantes y hambrientos y llenos de amor.

—¿Estás segura?

—No. Pero lo haré de todos modos —presioné mis manos contra su pecho, sintiendo su corazón acelerarse bajo mis palmas—. Porque tienes razón. Mi cuerpo te ha elegido. He terminado de luchar, de tener miedo, de fingir que esto no es exactamente lo que quiero.

Me besó entonces. Profundo y reclamando y lleno de promesas.

Cuando se apartó, su sonrisa era devastadora.

—No te arrepentirás de esto, pequeña compañera. Te lo juro.

—Más te vale tener razón, chico lobo. Porque si termino en celo y miserable, te culparé a ti.

—Aceptaré toda la responsabilidad —se frotó contra mi cuello, justo donde me había mordido. Donde aún podía sentir la marca—. Y me aseguraré de que tu celo no sea más que placentero. Esa es una promesa.

El calor me inundó ante sus palabras. Ante las imágenes que evocaban.

—Para ya —murmuré—. Estamos en la tienda. Tenemos clientes que vienen-

La campana sobre la puerta sonó.

Me alejé de Mal, alisándome el cabello e intentando parecer profesional. Intentando ignorar la sonrisa de complicidad en su rostro.

Esta noche. Completaría el vínculo esta noche.

¿Y después? Después averiguaría qué demonios significaba estar emparejada con un rey hombre lobo que casualmente hablaba de cachorros y nuestra tienda y nuestro hogar como si hubiéramos estado casados durante años en lugar de días.

Una crisis a la vez.

Primero, tenía que sobrevivir a morder a mi novio. Compañero. ¿Marido? Lo que fuera que él era.

Dios, mi vida se había vuelto tan extraña.

Pero mientras captaba la mirada de Mal al otro lado de la tienda y sentía el calor del vínculo entre nosotros, no podía arrepentirme.

Lo extraño era bueno. Lo extraño era mío.

Y me lo quedaba.

16

—•—

Wen

Cerré la puerta principal suavemente, girando la llave con manos que no dejaban de temblar. Esto era. Esta noche iba a morder a un hombre lobo y completar el vínculo que me ayudaría a manejar el celo en el que aparentemente ya estaba entrando porque él me había mordido primero.

Sin presión ni nada.

Detrás de mí, podía oír a Mal moviéndose por la tienda. Guardando cojines dispersos del rincón de lectura. Enderezando libros que los clientes habían dejado en las mesas. Los sonidos mundanos de cerrar la tienda, excepto que nada sobre esta noche era mundano.

Me tomé mi tiempo con las cortinas. Cerré cada una con cuidado y precisión. Revisé las cerraduras de las ventanas. Cualquier cosa para retrasar el momento inevitable en que tendría que darme la vuelta y enfrentar lo que estábamos a punto de hacer.

Entonces lo sentí. Su presencia detrás de mí, cálida y sólida y paciente.

Me giré lentamente para encontrarlo observándome con esa expresión suave. Esa que hacía que mi pecho doliera. Sus ojos eran amables. Comprensivos. Literalmente podía sentir mi nerviosismo a través del vínculo.

—Hola, pequeña compañera —murmuró, su voz un gruñido bajo que me envió escalofríos por la columna vertebral.

—Hola —susurré de vuelta, mi corazón latiendo con fuerza mientras nuestros ojos se encontraban.

Nos quedamos así un momento, solo mirándonos. Luego mi cuerpo tomó la decisión que mi cerebro todavía debatía. Caminé hacia él, y sus manos agarraron mis caderas como si no pudiera esperar un segundo más. Envolví mis brazos alrededor de su cuello, me puse de puntillas y estrellé mis labios contra los suyos.

Gruñó profundamente en su garganta, sus dedos clavándose en mis costados lo suficientemente fuerte como para dejar moretones de la mejor manera. El beso se volvió hambriento rápidamente, nuestras lenguas entrelazándose mientras presionaba mi cuerpo contra el suyo.

—Te extrañé —murmuró contra mi boca, lo cual era ridículo porque habíamos estado juntos todo el día. Pero entendí lo que quería decir. Extrañaba esto. Extrañaba poder tocarnos sin restricciones.

—Yo también —jadeé, mordisqueando su labio inferior.

En un movimiento rápido, agarró mi cintura y me levantó. Envolví mis piernas alrededor de sus caderas, cruzando los tobillos detrás de él mientras devoraba mi boca. Su lengua se hundió profundamente, imitando lo que anhelaba más abajo, y gemí, frotando mi centro contra el grueso bulto que tensaba sus pantalones.

Gimió, el sonido vibrando a través de mí, y su agarre se apretó, magullando mis muslos. Sin romper el beso, se dirigió hacia las

escaleras, llevándome como si no pesara nada. Tiré de su cabello, acercándolo más, besándolo con más fiereza, mi sexo dolorido por más fricción contra esa dureza.

La puerta del apartamento se abrió de golpe. Nos maniobró dentro a ciegas, sus labios nunca dejando los míos, hasta que llegamos a la cocina. Me dejó sobre la mesa, el impacto haciendo temblar el salero y derribando una taza. No me importaba un carajo, lo único que importaba era *él*.

Nuestras manos estaban por todas partes, frenéticas. Arañé los botones de su camisa, haciendo saltar algunos en mi prisa, exponiendo su pecho cicatrizado. Él ni se molestó con mi top, solo tiró de la cremallera de mis pantalones, arrancando la tela por mis piernas. Liberé un pie, el otro todavía enredado, pero eso no le impidió apartar mis muslos ampliamente, colocándose entre ellos.

—Dioses, Wen, mírate, abierta para mí así —dijo con voz ronca, los ojos oscuros de lujuria mientras liberaba su polla de sus pantalones. Saltó fuera, gruesa y venosa, la punta ya goteando líquido pre-seminal. La alcancé inmediatamente, envolviendo mis dedos alrededor de la longitud caliente y pulsante, acariciando desde la base hasta la punta. Palpitó en mi agarre, tan duro que me hizo agua la boca.

—Wen —gruñó, el sonido una mezcla de advertencia y desesperación—. Estás jugando con fuego, pero joder, no pares... siente lo duro que me pones, pequeña compañera. Todo para tu apretado coño.

Lo masajeé más rápido, frotando el pulgar sobre la punta, extendiendo la humedad. —Mal, te necesito dentro de mí. Ahora.

Él enganchó sus dedos en mis bragas y las apartó, exponiendo mis pliegues húmedos. Su mirada bajó, y se lamió los labios. —Ya estás tan mojada para mí. Tu coño está suplicando por mi polla, ¿verdad? Goteando y listo para tomar cada centímetro.

—Por favor —supliqué, arqueándome hacia él—. Mal, por favor... fóllame.

No me hizo esperar. Alineando la cabeza roma de su miembro en mi entrada, embistió con fuerza. Un empuje brutal que me estiró por completo, enterrándose hasta el fondo. Ambos gemimos, el sonido amortiguado contra la boca del otro. Mis paredes se contrajeron alrededor de su grosor, el ardor de la penetración derritiéndose en puro éxtasis mientras me llenaba completamente.

—Joder, sí —jadeó, quedándose quieto un segundo, dejándome adaptarme—. Tu coño me está apretando tan fuerte, pequeña compañera, como si nunca quisiera dejarme ir. Tan caliente y húmedo alrededor de mi polla. Te sientes perfecta. Hecha para mí.

Entonces comenzó a moverse, saliendo lentamente antes de volver a entrar con fuerza, profundo e implacable. La mesa chirriaba contra el suelo con cada embestida poderosa, mi cuerpo sacudiéndose contra la madera. Enganché mis piernas más alto alrededor de su cintura, encontrándolo a medio camino, mis caderas empujando para tomarlo más profundo. Su miembro se arrastraba a lo largo de mis paredes internas, golpeando ese punto que hacía que estallaran estrellas detrás de mis párpados.

—Eso es, cabalga mi polla —me instó, con voz cargada de obscenidad—. Tómala toda, Wen. Déjame follar este dulce coño hasta que grites. Eres mía... cada embestida lo demuestra. Tan buena para mí, apretando así.

Iba a morir.

Me aferré a sus hombros, clavando las uñas en su piel mientras me penetraba. El sudor lubricaba nuestros cuerpos, el húmedo golpeteo de sus caderas contra las mías llenaba la cocina. Él angulaba sus embestidas, frotando su hueso púbico contra mi clítoris con cada penetración, construyendo la presión en mi núcleo hasta que estaba gimoteando.

Su boca se enganchó en mi cuello, chupando con fuerza antes de que su lengua recorriera la marca de reclamo que había mordido en mi piel. La electricidad disparó directamente a mi sexo, haciéndome palpitar a su alrededor.

—Joder —jadeé, dejando caer la cabeza hacia atrás—. Mal, estoy... oh dios, justo ahí.

—Lo sé, pequeña compañera. Lo siento. Tu coño apretando mi polla, tan cerca de correrte. Lo estás haciendo tan bien, tomándome profundo así. —Su voz estaba destrozada, sus embestidas volviéndose erráticas—. Córrete para mí. Ordeña mi polla con ese apretado calor. Déjate ir... te tengo.

Lamió la marca otra vez, rozándola con los dientes, y me deshice. El placer explotó a través de mí, mis paredes convulsionándose salvajemente alrededor de su miembro mientras gritaba, con olas atravesándome. Los fluidos nos empaparon a ambos, mi cuerpo temblando incontrolablemente.

—Sí, joder, Wen —gimió, sus caderas golpeando hacia adelante una última vez. Lo sentí hincharse, luego pulsar, chorros calientes de semen inundando mi sexo, marcándome desde dentro. Enterró su cara en mi cuello, estremeciéndose mientras se vaciaba completamente.

Todavía temblando por las réplicas, me incliné hacia adelante, mis labios rozando su garganta. Froté con la nariz el punto que había fantaseado con reclamar, el pulso allí acelerado bajo mi lengua. Abriendo mi boca, me coloqué para morder, para sellar nuestro vínculo como él había sellado el mío...

Un estruendo resonó desde abajo. Lo suficientemente fuerte para hacernos congelar a ambos, su miembro aún palpitando dentro de mí, nuestras respiraciones entrecortadas en el repentino silencio.

Nos miramos conmocionados.

—Quédate aquí —dijo, ya saliendo de mí. Ambos gemimos por la pérdida. Se subió los pantalones y dejó la camisa abierta mientras se dirigía a las escaleras.

Ni de broma me iba a quedar atrás. Me bajé de la mesa a toda prisa, intentando subirme los pantalones con una pierna aún enredada. Opté por asegurarme de que todo lo importante estuviera cubierto y agarré mi camisa de donde había terminado en el suelo.

Mal me lanzó una mirada fulminante cuando me vio seguirlo. Me encogí de hombros. A estas alturas debería saber que no acepto órdenes fácilmente.

Bajamos las escaleras juntos sigilosamente. Otro sonido vino desde la parte trasera de la tienda. La sala de archivos donde guardaba el inventario antiguo y los suministros.

Agarré un tomo masivo del estante más cercano, alguna enciclopedia antigua que pesaba unos siete kilos, y lo sostuve como un arma. Los labios de Mal se crisparon pero no hizo comentarios.

Nos movimos hacia el archivo. La puerta estaba abierta. Podía ver una sombra moviéndose dentro.

Mal empujó la puerta completamente.

Un hombre estaba en medio de la habitación, alto y corpulento, vistiendo una armadura auténtica. Como, armadura de metal. Del tipo que ves en películas de fantasía. Tenía el cabello oscuro recogido hacia atrás y ojos que brillaban tenuemente en la luz tenue.

Chillé y le lancé el libro a la cabeza.

Él esquivó con velocidad inhumana, gruñendo y frunciéndome el ceño. Su mano fue hacia la espada en su cadera.

—¿Qué demonios...?

Entonces Mal dio un paso adelante, colocándose entre nosotros. —¿Aurion?

El hombre se congeló a medio desenvaine. Su ceño fruncido se derritió en shock. —¿Malachar?

Espera. ¿Aurion? ¿Como su hermano? ¿El Rey de Noctherion? *¿Ese* Aurion?

¿El hombre gruñón que acababa de desenvainar una espada contra mí era el hermano de Mal?

—¡Hermano! —Aurion cruzó la habitación en tres zancadas y envolvió a Mal en un feroz abrazo. De hecho lo levantó del suelo—. Pensé que te habíamos perdido. Creí que estabas muerto. Cuando desapareciste del círculo del desafío, cuando esa maldita luz te tragó... Madre ha estado desesperada. He estado buscando durante días...

—Semanas —corrigió Mal, abrazándolo con la misma ferocidad—. Han sido semanas aquí.

—¿El tiempo se mueve de forma diferente entre reinos? —Aurion se apartó, agarrando los hombros de Mal y examinándolo—. ¿Estás ileso? ¿Estás bien?

—Estoy más que bien. Estoy... —Mal se volvió hacia mí, su expresión suavizándose—. Estoy emparejado.

Los ojos de Aurion siguieron la mirada de Mal hasta donde yo estaba, aún sosteniendo mi camisa e intentando parecer digna a pesar de mi estado desaliñado. Sus cejas se elevaron hacia su línea de cabello.

Silencio.

Más silencio.

—Estás emparejado —dijo Aurion lentamente—. Con una...

—Una humana. Sí.

—Una humana que lanza libros a guerreros armados.

—En mi defensa —dije, encontrando mi voz—, apareciste en mi tienda vistiendo armadura y portando una espada. Eso es bastante amenazador.

Los labios de Aurion se crisparon. —Un punto justo. —Miró de nuevo a Mal—. Y estabais... —Su nariz se arrugó—. Hermano. Puedo oler lo que estabais haciendo. Bastante intensamente.

Mi cara se volvió nuclear. —Oh, Dios mío.

—Estábamos completando el vínculo —dijo Mal sin un ápice de vergüenza.

—Sí, lo deduje por el olor a sexo que impregna el aire. —La expresión de Aurion estaba atrapada entre diversión y horror—. Quizás debería haber anunciado mi presencia antes. O después. Mucho después.

—Quizás no deberías haber entrado a la fuerza en la librería de mi compañera en medio de la noche —replicó Mal.

—No entré a la fuerza. Vine a través del portal. Me depositó en esta... sala de libros viejos. —Aurion miró alrededor del archivo con interés, luego a mí—. ¿Diriges una biblioteca?

—Sí, es una mezcla de biblioteca y librería. Negocio familiar. —Crucé los brazos, muy consciente de que aún estaba medio vestida.

—Soy Aurion Ashborne. Rey de Noctherion. El hermano mayor y significativamente más responsable de Malachar. —Me hizo una

pequeña reverencia—. Es un placer conocerte, a pesar de las inusuales circunstancias.

—Wen Woods. Dueña de dicha librería. No reina de nada. —Gesticulé vagamente hacia mi estado de desvestimenta—. Como probablemente puedas deducir de toda la... situación.

—¿La situación siendo que mi hermano te estaba apareando como un conejo cuando llegué?

—Oh, Dios mío, ¿podemos no...?

—Ella es mi compañera —gruñó Mal, acercándose a mí posesivamente—. Muestra respeto.

—Estoy mostrando respeto. No he desenvainado mi espada contra ella a pesar del ataque con el libro. —Los ojos de Aurion brillaron con humor—. Aunque admito que es extraño verte tan... doméstico. ¿Dirigiendo una librería? ¿En el reino humano?

—Librería —corregí—. Y sí. Ha estado ayudándome. En realidad es bastante bueno en atención al cliente cuando no está siendo territorial.

—¿Qué es eso de atención al cliente? —Aurion miró a Mal como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—Significa que soy bueno vendiendo libros. Y también soy bastante bueno organizando estanterías —dijo Mal secamente—. También he aprendido mucho sobre literatura romántica humana.

—¿Literatura romántica?

—Sí. Es muy educativa.

Contuve una risa ante la expresión de puro desconcierto de Aurion.

—Hermano —dijo Aurion lentamente—. ¿Qué te ha pasado?

—Encontré a mi compañera. Todo lo demás se volvió secundario. —La mano de Mal encontró la mía, apretando—. Pero háblame de casa. ¿Dices que Madre está preocupada?

La expresión de Aurion se volvió sobria. —Está frenética. Todos lo estábamos. Desapareciste en medio de un desafío, Malachar. Un momento estabas luchando contra Andreas, al siguiente... te habías ido. Tragado por la luz. —Se pasó una mano por el cabello—. He estado buscando cualquier señal del portal. Me llevó días encontrarlo, y ha sido inestable. Peligroso. Aparentemente, después de tragarte, se movió hacia niveles inferiores. Estaba en un pasaje oculto debajo de la sala del trono.

—¿Cómo cruzaste? —preguntó Mal.

—Con gran dificultad y bastantes náuseas. —La mandíbula de Aurion se tensó—. Pero ese no es el problema urgente. Andreas ha estado causando problemas en tu ausencia. Afirma que huiste. Que abandonaste el trono en lugar de enfrentarte a él en el desafío.

La expresión de Mal se oscureció. —No huí de nada. El portal se abrió durante nuestra pelea. Me arrastró antes de que pudiera reaccionar.

—Lo sé. Lo presencié. Pero Andreas está usando tu desaparición para influir en los nobles. —La voz de Aurion era grave—. Afirma que el trono debería ser suyo por defecto. Que un rey que abandona a su pueblo no es rey en absoluto.

—Eso es ridículo. No abandoné...

—Lo sé. Madre lo sabe. Pero los nobles están inquietos. Ven debilidad, oportunidad. —Aurion se acercó más—. Debes regresar, Mal. Ahora.

La palabra quedó suspendida en el aire como una sentencia de muerte.

Sentí el conflicto de Mal a través del vínculo. Su deber hacia su reino luchando contra su deseo de quedarse conmigo. De terminar lo que habíamos comenzado y mantenerme a salvo.

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó Mal en voz baja.

—Días como mucho. Andreas ha convocado un desafío formal nuevamente. Si no apareces, reclamará el trono por incomparecencia. —La expresión de Aurion era dolorosa—. Lo siento, hermano. Sé que esto no es lo que deseas oír. Pero tu reino te necesita. Tu pueblo te necesita.

Mal me miró. Sus ojos estaban en conflicto. Desgarrados.

A través del vínculo, sentí todo lo que estaba sintiendo. Amor por mí. Deber hacia su pueblo. No pude evitar preguntarme... ¿Estaba a punto de perderlo por un mundo que ni siquiera había visto?

17

— • —

Malachar

Mi mente estaba acelerada. Mil pensamientos por segundo, ninguno quedándose lo suficiente para formar un plan coherente.

Aurion estaba aquí. En el reino humano. En la librería de Wen. Lo que significaba que había cruzado a través de un portal inestable para encontrarme. Lo que significaba que la situación en Ravenor era lo suficientemente grave como para que mi hermano arriesgara su vida.

Tenía que tomar una decisión. Y sabía que a Wen no le gustaría.

Demonios, a mí tampoco me gustaba.

Pero si iba a mudarme permanentemente al reino humano con ella —si eso era lo que ella elegía— entonces dejar mi reino en orden primero era esencial. No se podía permitir que Andreas robara el trono a través de manipulación y mentiras. Había que asegurar un sucesor digno.

Y si el tiempo se movía de manera diferente entre reinos, como sugería Aurion, no podía permitirme perder días o semanas aquí

mientras mi reino se desmoronaba.

Pero tampoco podía dejar a Wen atrás. No lo haría. La idea de estar separados, de que el portal se cerrara con nosotros en lados diferentes, hacía que mi pecho se contrajera de pánico.

No estaba dispuesto a descubrir qué pasaría si nos separábamos.

—Wen —dije en voz baja—. Llama a tus amigos. Diles que vigilen la librería durante unos días.

Ella me miró, confundida. —¿Qué? ¿Por qué?

—Por favor. Confía en mí. Solo llámalos.

Sus dedos se movieron en su teléfono —su ladrillo brillante, como aún lo pensaba. Escribió rápidamente, con el ceño fruncido.

Aurion estaba observando el dispositivo con curiosidad abierta. —¿Qué es ese artilugio?

—Después —le dije—. Primero, muéstrame dónde te depositó el portal. ¿Se ha movido?

—Por aquí.

Nos guio más adentro de la sala de archivos, hasta un gran baúl contra la pared del fondo. El tipo usado para almacenar documentos viejos o inventario. Lo abrió, y vi que el fondo no era madera sino luz pura y brillante. Arremolinándose e inestable pero presente.

El portal.

Wen y yo lo habíamos descubierto semanas atrás. Lo habíamos mirado, discutido, pero ninguno había querido intentar cruzarlo. Yo todavía estaba herido. Ella estaba asustada. Habíamos estado contentos dejándolo estar.

Pero ahora no teníamos elección.

—Mis amigos dijeron que se encargarán —dijo Wen, caminando a mi lado—. Krystin estaba confundida pero dijo que sí. Mal, ¿qué está pasando? ¿Por qué necesito que ellos vigilen la tienda?

La miré. A mi compañera.

—Lo siento —dije en voz baja.

—¿Lo sientes por qué?

Me volví hacia Aurion. —Después de ti, hermano.

Aurion me dio una mirada de complicidad. Asintió. Y entró en el baúl, desapareciendo en la luz sin vacilar.

—¿Mal? —La voz de Wen se había vuelto insegura—. ¿Qué estás...?

La recogí en mis brazos antes de que pudiera terminar la frase. La sostuve firmemente contra mi pecho mientras me dirigía hacia el portal.

—¡Malachar, ¿qué demonios estás haciendo?! —Luchó en mi agarre —. ¡Bájame! No voy a...

Pero ya estaba entrando en la luz. Ya sentía el tirón del portal arrastrarnos.

—Lo siento, pequeña compañera —murmuré contra su cabello—. Pero no puedo arriesgarme a perderte. Agárrate a mí.

El mundo se disolvió en caos.

Estábamos cayendo y flotando simultáneamente. No había arriba ni abajo. Ningún sentido de dirección. La luz estaba en todas partes, cegadora y desorientadora. Mi estómago se rebeló. Mi fuerza se estaba agotando.

Pero no fue tan malo como el primer cruce. No tan doloroso. No estaba herido esta vez. No sangrando y roto.

Wen se aferraba a mí desesperadamente, su rostro enterrado en mi pecho. Podía sentir su terror a través del vínculo. Su confusión. Su ira.

La sostuve con más fuerza. La protegí lo mejor que pude mientras caíamos a través del espacio entre mundos.

Una eternidad después (o quizás solo segundos) nos estrellamos contra suelo firme.

Recibí el impacto con mi espalda, gruñendo cuando el dolor atravesó mis costillas aún en proceso de curación. Wen aterrizó encima de mí, jadeando por aire.

Entonces ella estaba bajándose de mí y poniéndose de rodillas, vomitando violentamente. Intenté ponerme de pie, para ayudarla, pero mi propio estómago se revolvía y el mundo daba vueltas.

Me concentré en respirar. En estabilizarme. En no unirme a ella en el vómito.

Después de unos minutos, pasó lo peor de la náusea. Me levanté con piernas temblorosas y fui hacia ella. Estaba apoyada contra la pared de piedra del pasaje donde habíamos aterrizado, una mano presionada contra su estómago, la otra apoyada en la fría piedra.

Me miró.

Oh. Estaba furiosa. Absolutamente enfurecida.

—Tú... —Su voz temblaba—. ¡Me has SECUESTRADO a través de un PORTAL!

—Te he traído conmigo...

—¡SIN PREGUNTAR! ¡Sin siquiera DECIRME lo que planeabas! —Se apartó de la pared y avanzó hacia mí—. ¡¿Qué demonios te pasa?! ¡No soy una damisela a la que puedas simplemente recoger y llevarte cuando te apetezca!

—Lo sé. Lo siento. Pero no podía arriesgarme...

—¿Arriesgarte a qué? ¿A que dijera que no? ¿A que tuviera una ELECCIÓN sobre si quería ser arrastrada a otra dimensión?

—A separarme de ti —Mi voz salió más áspera de lo que pretendía—. Si el portal se cerraba. Si el tiempo transcurría de forma diferente y los días aquí fueran semanas allí. Si no pudiera encontrar el camino de vuelta. Me niego a correr ese riesgo. Me niego a separarme de ti.

—¿Así que simplemente me agarraste y saltaste?

—Sí.

—¡Eso es una locura! Eso es... —Se presionó las manos contra la cara—. No puedo creerlo. No puedo creer que te dejara morderme. ¡No puedo creer que casi te mordiera yo antes de que nos interrumpieran!

La culpa se retorció en mi pecho.

—Sé que estás enfadada. Tienes todo el derecho a estarlo. Pero Wen...

—Esto es fascinante —interrumpió Aurion—, pero deberíamos movernos. Necesitamos llegar a las habitaciones de Madre y planear cómo manejar vuestro regreso. Es mejor controlar cómo entráis al castillo que ser descubiertos vagando por los pasillos.

Wen lo fulminó con la mirada. Luego a mí.

—Hablaremos de esto más tarde. Hablaremos de MUCHAS cosas más tarde.

—De acuerdo.

—Y dormirás en el suelo esta noche.

—Es justo.

Aurion nos guió a través de los pasajes. Eran oscuros y estrechos, tallados en la piedra. Familiares de una manera que hacía que mi pecho doliera. Estaba en casa. Después de semanas creyendo que quizás nunca volvería a ver mi reino, estaba en casa.

Pero se sentía mal sin que Wen hubiera elegido estar aquí conmigo. Sin su consentimiento. Le había quitado esa elección, y la culpa se asentaba como una piedra en mi estómago.

Nos movimos rápida y silenciosamente. Aurion conocía bien estos pasajes. Todos los conocíamos. Habíamos jugado en ellos de niños, los habíamos usado para reuniones secretas como adultos. Conectaban todas las alas del castillo, todas las habitaciones principales. Una red de rutas de escape y mirillas construidas en los mismos huesos del palacio.

Aurion se detuvo en una puerta oculta. Pegó su oreja contra ella. Escuchó. Luego la empujó lentamente y miró a través.

Su cuerpo se tensó.

—¿Qué? —susurré.

—Los guardias. No están en sus puestos.

El hielo inundó mis venas. Madre siempre tenía guardias fuera de sus aposentos cuando visitaba la capital. Siempre. Era protocolo. Protección.

Si no estaban...

Aurion se deslizó por la puerta. Lo seguí, tirando de Wen conmigo. Ella miraba alrededor con ojos muy abiertos, asimilando el corredor de piedra, los tapices, las antorchas con fuego real en lugar de luz eléctrica.

Llegamos a la puerta de Madre. Estaba cerrada, los guardias sospechosamente ausentes.

Intercambié una mirada con Aurion. Él asintió y empujó la puerta, entrando rápidamente. Lo seguí de inmediato, con Wen justo detrás de mí.

Madre estaba en su escritorio cerca de la ventana. Levantó la mirada, confundida y ligeramente alarmada por la repentina intrusión. Su mano fue hacia la daga que siempre guardaba cerca.

Entonces me vio.

—¿Malachar? —Su voz apenas era un susurro.

—Madre.

Se levantó y cruzó la habitación antes de que pudiera decir nada más. Me rodeó con sus brazos con suficiente fuerza como para hacerme tambalear. Era más pequeña que yo por casi un pie, pero su abrazo era feroz.

—Estaba tan preocupada, jovencito —dijo contra mi pecho. Su voz estaba cargada de emoción—. Cuando desapareciste. Cuando nadie podía encontrarte. Pensé... —Se apartó, sujetando mi cara entre sus manos—. ¿Dónde has estado?

—En el reino humano. A través de un portal. No elegí irme, Madre. Fui arrastrado durante mi desafío con Andreas.

—Lo sé. Aurion me lo contó. Pero ahora estás aquí. Estás a salvo. —Me abrazó de nuevo—. Gracias a los dioses que estás a salvo.

La sostuve un momento más, luego di un paso atrás y empujé suavemente a Wen hacia adelante. Había estado de pie, inmóvil, mirando alrededor de la habitación con una expresión entre el asombro y el pánico.

Madre la miró. Parpadeó. Su nariz se arrugó ligeramente mientras olfateaba el aire. Sus ojos se ensancharon.

—¿Es ella...? —Miró entre nosotros—. Malachar. ¿Es ella tu...?

—Madre, esta es mi pareja destinada, Gwendolyn Woods —Mantuve mi mano en la parte baja de la espalda de Wen, dándole estabilidad y anclaje—. Es humana.

Silencio.

Madre miró fijamente a Wen. Wen le devolvió la mirada, claramente tratando de no enloquecer.

Entonces el rostro de Madre se iluminó con una amplia sonrisa.

—Una pareja humana. ¡Qué maravilloso!

Se adelantó y tomó las manos de Wen.

—Bienvenida, querida. Soy Sorcha Ashborne. Es un honor conocerte.

—Um. Hola. Wen. Solo Wen está bien —La voz de Wen seguía temblorosa—. Es un placer conocerla también, ¿Su Majestad? ¿Es correcto? No conozco el protocolo aquí.

—Sorcha está bien —Madre apretó sus manos con calidez. Luego me miró—. No ha completado el vínculo.

—Nos interrumpieron —dije secamente—. Aurion irrumpió a través de un portal en su librería.

—¿Librería?

—Lo explicaré más tarde. Ahora mismo, necesitamos discutir la estrategia. Andreas. El trono. Lo que ha estado sucediendo en mi ausencia.

La expresión de Madre cambió inmediatamente. La calidez desapareció, reemplazada por la mente astuta y estratégica que había ayudado a mi padre a gobernar durante décadas.

—Tienes razón. Sentaos. Todos vosotros —Señaló las sillas alrededor de su sala de estar—. Tenemos mucho que discutir y poco tiempo para hacerlo.

Nos sentamos. Wen seguía mirando alrededor como si esperara despertar en cualquier momento. Tomé su mano, entrelacé nuestros dedos. A través del vínculo, podía sentir su abrumamiento. Su enfado hacia mí seguía allí, ardiendo bajo capas de conmoción y desorientación.

—Andreas ha estado difundiendo rumores —comenzó Madre sin preámbulos—. Afirma que huiste. Que tenías miedo de enfrentarte a él en combate. Que eres indigno del trono.

—Eso es mentira.

—Sé que es mentira. Pero las mentiras repetidas con suficiente frecuencia se convierten en verdad a los ojos de quienes desean creerlas —Se inclinó hacia adelante—. Los nobles están inquietos. Algunos te apoyan. Otros apoyan a Andreas. Muchos simplemente esperan ver quién demuestra ser más fuerte. Si no regresas y le enfrentas pronto, él reclamará el trono por defecto.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Tres días. Ha convocado un desafío formal. Si no apareces, pierdes por incomparecencia —Su expresión era grave—. Y si pierdes, Malachar, será casi imposible reclamar el trono después. Los nobles lo verán como confirmación de que Andreas tenía razón. Que eres débil. Indigno.

Tres días para prepararnos. Para entrenar. Para averiguar cómo derrotar a Andreas mientras mantenía a Wen segura en un mundo que nunca había visto antes.

—Entonces no hay tiempo que perder —dije—. Aurion, necesito que reúnas a los que me son leales. En silencio. No quiero que Andreas sepa que estoy aquí hasta el desafío.

—Los tendré reunidos para mañana. Están listos para moverse a tu orden.

—Bien —Miré a Madre—. Necesito que el desafío sea público. Presenciado por todos los nobles. No quiero ninguna duda sobre la legitimidad cuando gane.

—¿Cuando ganes? —La voz de Wen era suave—. Mal, ¿y si no lo haces?

La miré. A mi pareja que había arrastrado a esto sin su permiso. Que estaba sentada en un mundo que no comprendía, rodeada de lobos, política y peligro.

—Entonces Andreas tomará el trono y tú regresarás al reino humano bajo la protección de Aurion —dije simplemente—. El vínculo de pareja no te daría derechos aquí si estoy muerto.

Sus ojos se agrandaron.

—¡¿Qué?!

—Pero no perderé —continué—. Tengo demasiado por lo que vivir ahora. Demasiado que proteger.

Apreté su mano. A través del vínculo, le envié cada onza de certeza que tenía. Cada pizca de determinación.

Ella me devolvió el apretón, pero a través del vínculo sentí principalmente ira. Furia ardiente y abrasadora por haber sido arrastrada aquí sin consentimiento, por haber sido lanzada al peligro, por no tener ningún control sobre nada de esto. Había afecto enterrado debajo, pero la ira era dominante y justificada.

—Entonces comencemos —dijo Madre—. Tenemos mucho que preparar antes del desafío. Debemos asegurar que mi hijo conserve su trono.

Sonrió a Wen.

—Bienvenida a la familia, querida. Me disculpo porque tu introducción a nuestro mundo sea tan dramática.

Wen se rió. Sonó ligeramente histérico.

—Sí. Dramática es una palabra para describirlo.

La acerqué más a mí. Presioné un beso en su sien.

—Lo siento, pequeña compañera. Por todo esto. Pero lo arreglaré. Lo juro.

Ella me miró, y a través del vínculo sentí toda la fuerza de su rabia.

—Más te vale. Porque cuando esto termine, vamos a tener una conversación muy larga sobre límites, consentimiento y no secuestrar a tu novia a través de portales.

—Pareja —corregí—. No novia. Pareja.

—También vamos a tener esa conversación.

—Espero con ansias.

Aurion resopló.

—Hermano. Ella te va a matar.

—Probablemente —acepté—. Pero al menos moriré feliz.

Wen me golpeó el brazo con fuerza. No estaba sonriendo. A través del vínculo, su ira ardió con más fuerza, mezclada con una determinación reacia de superar esta situación a pesar de su furia hacia mí.

Sobreviviríamos a esto. Juntos. Y luego pasaría el resto de mi vida compensándola por haberla arrastrado a través de un portal contra su voluntad.

Empezando por ponerme de rodillas y suplicar su perdón.

Si ella no me estrangulaba primero.

18

—•—

Wen

El lugar era mágico. Al menos, lo que había podido ver de él.

Que no era mucho, considerando que había estado básicamente confinada en los aposentos de Sorcha durante los últimos dos días mientras Mal y Aurion se escabullían reuniendo partidarios y planificando estrategias.

Pero lo que había visto... Muros de piedra que se elevaban imposiblemente altos. Ventanas que daban a montañas que no reconocía. Antorchas reales proporcionando luz en lugar de electricidad. Era como entrar en una novela de fantasía.

Excepto que no había dado el paso. Me habían secuestrado.

Seguía enfadada por eso. Muy enfadada.

Sorcha —la madre de Mal— era maravillosa, sin embargo. Había insistido en que durmiera en la enorme cama con ella mientras los hombres tomaban el suelo. La primera noche, había caminado hacia la cama y lanzado a Mal una mirada que podría haber derretido el

acero. Él había bajado la mirada, agarrado una manta y se había acomodado en el suelo justo al lado de mi lado de la cama.

Como un perro guardián.

Mi corazón se había encogido ante eso a pesar de mi enfado. Lo estaba intentando. A su manera estúpida, dominante y secuestradora, lo estaba intentando.

Ahora era la mañana del desafío, y yo estaba mirando la pared de la sala de estar de Sorcha, preocupándome hasta entrar en pánico.

En una hora, Mal estaría luchando contra Andreas por el trono. Luchando de verdad. Con armas y garras y la posibilidad muy real de muerte.

Estaba aterrorizada.

Estaba sola en un reino extranjero al que había sido arrastrada contra mi voluntad. Mi teléfono no funcionaba aquí —sin señal, sin Wi-Fi, completamente inútil. Mis amigos no tenían idea de dónde estaba. Mi librería estaba siendo gestionada por personas que pensaban que me había tomado unas vacaciones espontáneas.

Y mi pareja estaba a punto de arriesgar su vida en combate mientras yo me quedaba al margen y observaba.

Odiaba esto. Lo odiaba todo.

—Estás preocupada —dijo Sorcha en voz baja desde su asiento frente a mí.

—Por supuesto que estoy preocupada. Tu hijo está a punto de luchar contra alguien que quiere verlo muerto.

—Andreas quiere el trono. Matar a Malachar sería simplemente un medio para ese fin —Sirvió té en dos tazas con manos firmes—. Pero

mi hijo es un guerrero hábil. Prevalecerá.

—No puedes saberlo.

—Puedo. Conozco a mi hijo. Conozco su fuerza. Su determinación —Me entregó una taza—. Y sé por qué está luchando ahora. Eso marca toda la diferencia.

Tomé el té pero no lo bebí. Mi estómago estaba demasiado anudado.

—¿Y si algo sale mal? ¿Y si...?

—Entonces lo manejaremos. Juntos —Me sonrió. Cálida y genuina—. No estás sola, Gwendolyn. Tienes familia aquí ahora, tanto si elegiste venir como si no.

Familia. La palabra hizo que mi garganta se tensara.

—Lo siento —dije en voz baja—. Que nos conozcamos así. Que tu primera impresión de mí sea... este desastre.

—Este desastre, como tú lo llamas, no es culpa tuya —Su expresión se volvió perspicaz—. Mi hijo tomó una decisión. Una decisión pobre, quizás, pero nacida del amor y el miedo. No podía soportar la idea de perderte.

—¿Así que me secuestró a través de un portal?

—Sí. Fue insensato. Imprudente. Completamente propio de él cuando sus emociones están involucradas —Sorbió su té—. Siempre ha sido así. Incluso de niño. Cuando amaba algo, se aferraba con todo lo que tenía.

A pesar de todo, sentía curiosidad.

—¿Cómo era? ¿De niño?

Su sonrisa se suavizó. Se volvió distante con el recuerdo.

—Intenso. Serio más allá de su edad. Se tomaba sus responsabilidades muy en serio, incluso cuando apenas era lo suficientemente alto para sostener una espada de práctica —Se rió en voz baja—. Su hermano era el salvaje. Aurion se escapaba para explorar, se metía en problemas, volvía a casa cubierto de barro. ¿Pero Malachar? Él seguía a su padre a todas partes. Estudiaba todo. Entrenaba hasta que sus manos sangraban.

Podía imaginarlo. El joven Mal, determinado y concentrado y ya cargando con el peso del mundo.

—Sin embargo, amaba intensamente —continuó Sorcha—. Cuando su padre murió, guardó luto durante meses. No hablaba de ello. No mostraba su dolor. Pero yo lo oía por la noche, solo en su habitación —Sus ojos brillaban—. Siente todo profundamente. Simplemente aprendió a ocultarlo. A ser el rey que todos necesitaban que fuera.

—Frío y controlado —dije, recordando lo que ella había mencionado ayer.

«Sí. Aquí, en Ravenor, él es el Rey Lobo - temido y respetado, pero raramente tierno o abierto con nadie». Me miró directamente. «Pero contigo? Es diferente. Nunca lo he visto así. Riendo. Sonriendo. Dispuesto a renunciar a todo por una persona».

Mi pecho se tensó. «Me gusta ese lado de él».

«A mí también». Extendió la mano y tomó la mía. La apretó. «Te ama, Gwendolyn. Más que al trono. Más que a su deber. Más que a su propia vida. Eso es tanto su mayor fortaleza como su mayor debilidad».

El nudo en mi garganta amenazaba con ahogarme. Le devolví el apretón, incapaz de hablar.

«Luchará bien hoy», dijo Sorcha con firmeza. «Porque sabe que lo estás mirando. Porque sabe que debe volver a ti. Eso lo hará más

fuerte de lo que Andreas podría ser jamás».

Tomé una respiración temblorosa. La solté lentamente. El terror seguía allí, enrollado en mi estómago, pero ahora se sentía más manejable. Menos abrumador.

«Gracias», susurré.

«Ahora eres familia. Esto es lo que hace la familia». Se levantó. «Ven. Es hora. El desafío comienza pronto».

Mi corazón saltó a mi garganta. «¿Ya?»

«Sí. Debemos tomar nuestras posiciones antes de que lleguen los nobles».

Nos levantamos y nos dirigimos a una sección de la pared que parecía completamente normal. Sorcha presionó su mano contra una piedra específica, y una puerta se abrió en silencio. Los pasajes secretos.

Nos movimos por los estrechos corredores en la oscuridad. Sorcha conocía el camino de memoria, sus pasos seguros a pesar de la falta de luz. La seguí de cerca, con una mano en la pared para guiarme.

Después de lo que pareció una eternidad, pero probablemente fueron solo unos minutos, llegamos a otra puerta oculta. Sorcha pegó su oído a ella. Escuchó. Luego la empujó lentamente.

Emergimos en un corredor lateral cerca de la sala del trono. Aurion estaba esperando allí, montando guardia. Asintió cuando nos vio.

«¿Está listo?», preguntó Sorcha en voz baja.

«Tan listo como puede estar». La expresión de Aurion era sombría. «Andreas ha estado esparciendo veneno toda la mañana. Los nobles están inquietos».

«¿Dónde está Mal?», pregunté, mirando alrededor. El corredor estaba vacío excepto por nosotros.

Aurion me miró a los ojos. «Estará aquí. Quería hacer una entrada. Mostrar fuerza».

Genial. Reyes lobo dramáticos y sus teatralidades.

«Vamos», dijo Sorcha. «Deberíamos ocupar nuestros lugares».

Entramos en la sala del trono, y tuve que luchar para no quedarme boquiabierta.

Era enorme. Paredes de piedra que se elevaban tres pisos, con balcones rodeando el segundo y tercer nivel. El trono mismo se encontraba sobre una plataforma elevada al fondo - tallado de una sola pieza de piedra oscura, con lobos grabados en los brazos y el respaldo. Antorchas alineadas en las paredes, sus llamas parpadeando en el aire inmóvil.

Y la sala estaba llena de gente.

Nobles, supuse. Hombres y mujeres con ropa fina, de pie en grupos y hablando en voz baja. Todos se giraron cuando entramos.

Algunos se inclinaron ante Sorcha. Otros asintieron respetuosamente.

Otros fruncieron el ceño abiertamente. Unos pocos sonrieron con desprecio.

La falta de respeto era descarada. Impactante. Tomé nota de cada rostro que mostró desprecio, archivándolos en mi memoria.

Varios de ellos olfatearon en mi dirección. Sus narices se arrugaron. Me moví incómodamente, de repente muy consciente de que era humana en una sala llena de lobos.

«Estás a salvo», murmuró Sorcha, sintiendo mi miedo. «No te harán daño. No con Aurion y yo aquí».

«¿Y si deciden que tener una humana aquí es una mala idea?»

«Entonces tendrán que pasar por mí primero». Su voz era acero. «Y no soy fácil de matar».

Nos situamos contra la pared cerca del trono. Un punto ventajoso donde podíamos verlo todo pero permanecer algo apartadas.

Un hombre dio un paso al centro de la sala. Alto. Corpulento. Con cabello rubio recogido y ojos que brillaban con ambición.

Andreas.

«Nobles señores y señoras de Ravenor», llamó. Su voz se proyectaba fácilmente por toda la sala. «Nos hemos reunido hoy para presenciar lo que debería haberse presenciado hace días. El desafío por el trono».

Murmullos ondularon entre la multitud.

«Malachar Ashborne abandonó su desafío. Huyó en lugar de enfrentarme en combate. Se ha mostrado indigno de la corona que robó a nuestro legítimo rey».

«Él no la robó», dijo Sorcha en voz alta. «La ganó en combate justo».

«De su padrino. De un hombre que lo crió. Confió en él». Andreas se volvió para enfrentarnos. «¿Qué clase de rey traiciona a quienes lo aman? ¿Qué clase de gobernante pone la ambición personal por encima de la lealtad?»

La ira ardía en mi pecho. Estaba tergiversando todo. Haciendo que Mal sonara como un monstruo.

«Gallahan Emwood estaba corrupto», dijo Aurion, su voz cortando los murmullos. «Ordenó la muerte de inocentes. Acumuló riquezas mientras su gente pasaba hambre. Malachar hizo lo que tenía que hacer».

«Eso dices. Pero Malachar no está aquí para defenderse, ¿verdad?». La sonrisa de Andreas era presumida y satisfecha mientras se dirigía al consejo. «Ha huido. Abandonado su trono. Abandonado a su gente. Por lo tanto, por defecto, el trono debería ser-»

Las enormes puertas al fondo de la sala se abrieron de golpe y Mal entró. Jadeos resonaron por la sala mientras la gente retrocedía y miraba fijamente.

Llevaba armadura. No la ropa casual que había usado en el reino humano, sino una verdadera armadura de batalla. Cuero oscuro y metal que brillaba a la luz de las antorchas. Su cabello estaba recogido. Sus ojos fríos. Rojos y brillantes de poder.

Parecía en todos los aspectos el Rey Lobo.

—¿Realmente pensaste —dijo Mal, su voz resonando en el repentino silencio— que podrías robar mi trono mientras estaba ausente?

La expresión presumida de Andreas vaciló. —Tú... cómo...

—¿Pensaste que había huido? —Mal avanzó lentamente. Depredador —. ¿Pensaste que te tenía miedo?

—¡Desapareciste! Abandonaste...

—Fui arrastrado a través de un portal durante nuestro desafío. Contra mi voluntad. Arrebatado a otro reino por fuerzas más allá de mi control —Se detuvo en el centro de la sala—. He estado en las tierras humanas. Atrapado allí. Hasta que mi hermano encontró la manera de traerme a casa.

La multitud estalló en murmullos que crecieron más fuertes y confusos por segundo.

—¿Un portal? —gritó uno de los nobles—. ¿Esperas que creamos...?

—Espero que creáis la verdad —lo interrumpió Mal—. Un portal se abrió durante mi pelea con Andreas. Me tragó entero. Me depositó en otro reino. He pasado las últimas semanas buscando la manera de regresar. Pero ahora estoy aquí. Y estoy listo para terminar lo que empezamos.

La expresión de Andreas había pasado de presumida a furiosa. —Historia conveniente. Pero ¿cómo puedes probar...?

—No necesito probarte nada —La voz de Mal bajó. Peligrosa—. Soy el legítimo rey de Ravenor. Gané este trono mediante combate. Por derecho de desafío. Si deseas quitármelo, tendrás que ganártelo. Aquí. Ahora. Frente a todos estos testigos.

Un hombre se adelantó entre la multitud. Mayor, con cabello gris y túnicas formales. El líder del consejo, supuse.

—Muy bien —dijo—. El desafío procederá. Andreas Silver ha pedido combate formal. Malachar Ashborne ha regresado para responder. Las reglas son simples: luchar hasta que uno se rinda o muera. Sin interferencias. Sin armas excepto las proporcionadas. El vencedor reclama el trono.

—Acepto estos términos —dijo Mal.

—Yo también —gruñó Andreas.

—Entonces que comience el desafío.

La multitud retrocedió, formando un amplio círculo en el centro de la sala. Mal y Andreas se enfrentaron a través del espacio abierto.

Mi corazón latía tan fuerte que pensé que podría romper mis costillas.

—Armas —llamó el líder del consejo.

Dos hombres avanzaron con espadas. Hojas largas y brillantes que captaban la luz de las antorchas. Ofrecieron una a cada combatiente.

Mal tomó su espada con facilidad practicada. Probó el peso. El equilibrio. Andreas hizo lo mismo, sus ojos nunca dejando a Mal.

—Comiencen.

Se rodearon lentamente, calculando y buscando aberturas.

Andreas atacó primero. Un corte vicioso dirigido al pecho de Mal. Mal lo bloqueó fácilmente, el estruendo del metal contra metal resonando por toda la sala.

Intercambiaron golpes. Rápidos. Brutales. Cada golpe lo suficientemente poderoso para matar si aterrizaba mal.

Pero Mal era más rápido. Más fuerte. Se movía con una gracia que parecía imposible para alguien de su tamaño, esquivando, moviéndose y contrarrestando cada ataque que Andreas le lanzaba.

Se derramó sangre. Andreas alcanzó el hombro de Mal con un golpe de refilón. Un corte superficial, pero suficiente para hacerme jadear.

Mal ni siquiera se inmutó. Solo presionó su ataque con más fuerza.

Lucharon a lo largo de toda la sala. Mal empujó a Andreas hacia atrás, paso a paso, su espada destellando a la luz del fuego. Andreas era bueno y claramente entrenado, pero Mal luchaba con la intensidad de alguien que tenía todo que perder. Era una fuerza de la naturaleza, implacable e imparable, mientras Andreas comenzaba

a cansarse visiblemente. Sus movimientos se volvieron más descuidados y lentos mientras Mal parecía que podría luchar durante horas más.

Entonces la espada de Mal encontró su objetivo con un profundo corte en el muslo de Andreas. Andreas tropezó y casi cayó mientras la sangre brotaba de la herida.

Mal pateó su espada antes de que pudiera recuperarse. Presionó la punta de su propia espada en la garganta de Andreas.

La sala quedó en silencio.

—Ríndete —dijo Mal en voz baja.

El rostro de Andreas estaba retorcido por la rabia y el dolor. Pero miró la espada en su garganta. La fría determinación en los ojos de Mal.

—Me rindo —escupió.

Mal retrocedió y bajó su espada. Podría haber matado a Andreas allí mismo, podría haberlo eliminado permanentemente, pero mostró misericordia en su lugar.

—El desafío ha concluido —anunció el líder del consejo—. Malachar Ashborne es declarado vencedor. Larga vida al rey.

—Larga vida al rey —repitieron algunos nobles. Otros permanecieron en silencio.

Mal se volvió para enfrentar al consejo. Su expresión era fría. Regia. Cada centímetro el rey ahora.

—Ahora —dijo—, ¿quizás alguien quisiera informarme exactamente qué ha estado sucediendo con mi reino durante mi ausencia?

Los miembros del consejo intercambiaron miradas incómodas y nerviosas, claramente sin ganas de responder.

Antes de que alguien pudiera hablar, las puertas se abrieron de nuevo y una mujer entró corriendo. Joven y hermosa con largo cabello rojo y un vestido elaborado.

—¡Malachar! —corrió a través de la sala y le echó los brazos alrededor—. ¡Estás aquí! ¡Gracias a los dioses, estás aquí! ¡Pensé que tendría que cancelar la boda!

La sala quedó en completo silencio.

Mi sangre se convirtió en hielo.

¿Boda?

¿Qué maldita boda?

19

—•—

Wen

Me quedé paralizada.

Completa y totalmente paralizada.

¿Boda?

La palabra resonaba en mi cabeza, rebotando en mi cráneo hasta que fue lo único que podía oír. No los murmullos de los nobles. No el arrastrar de pies. Solo esa palabra repitiéndose.

Boda. Boda. Boda.

A mi lado, Sorcha se puso rígida. Aurion maldijo por lo bajo. —Joder.

Mal me miró desde el otro lado de la sala. Sus ojos encontraron los míos instantáneamente, y vi el pánico atravesar su rostro. Pánico puro, sin diluir.

¿Qué. Demonios. Estaba. Pasando?

La mujer se aferraba a él con una sonrisa pegada en su cara mientras hablaba sobre una boda que aparentemente existía.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos, calientes y punzantes. Las contuve furiosamente.

No iba a llorar. No aquí. No frente a toda esta gente que ya me miraba con desprecio, curiosidad o lástima.

Mal dio un paso atrás, alejándose de la mujer. Le dijo algo en voz baja que no pude oír. Su expresión era tensa, controlada. La máscara del Rey Lobo firmemente en su lugar.

Pero a través del vínculo, sentí su angustia. Su desesperación. Su necesidad de llegar hasta mí.

No me importaba.

Me volví hacia Sorcha. —Vuelvo a las habitaciones. Recuerdo el camino.

—Espera, es peligroso... —comenzó Aurion.

Pero ya me estaba moviendo. Ya empujando entre la multitud hacia la puerta. No quería escuchar explicaciones. No quería ver a Mal o a esa mujer o a ninguna de estas personas. Solo quería salir.

Por suerte, todos estaban demasiado concentrados en el drama que se desarrollaba en el centro de la sala para prestar atención a una humana escabulléndose. Llegué al pasillo sin que nadie me detuviera.

Giré a la izquierda. ¿O era a la derecha? Mierda. Todos los corredores parecían iguales. Paredes de piedra. Antorchas. Más paredes de piedra.

Seguí caminando, tratando de volver a trazar el camino que habíamos tomado desde el pasaje secreto. Mi visión estaba borrosa. Mi pecho apretado. Mis manos temblaban.

Tan estúpida. Había sido tan increíblemente estúpida.

Por supuesto que tenía una prometida. Por supuesto que había una boda planeada. Era un rey. Los reyes tenían matrimonios políticos. Había leído suficientes novelas de fantasía para saber eso.

Pero nunca lo mencionó. Nunca me lo dijo. Solo me arrastró a través de un portal a su mundo sin advertirme que...

Choqué contra alguien.

Fuerte.

Unas manos fuertes me agarraron los brazos para estabilizarme. Levanté la mirada hacia el rostro de un guardia, alto y corpulento, con una mueca de desprecio que ya se estaba formando en sus labios mientras me miraba con evidente desdén.

—¿Qué tenemos aquí? —Su voz era aceitosa. Burlona. Se inclinó más cerca, olfateándome como un perro. Su nariz se arrugó.

Intenté alejarme. —Suéltame.

Su agarre se tensó. —No te conozco. ¿Qué estás haciendo en el ala real? Hueles... mal. ¿Qué *eres*?

—No es asunto tuyo. Ahora suéltame.

—No lo creo. El rey ha estado ausente durante semanas. Han estado sucediendo cosas extrañas. ¿Y ahora alguna criatura se escabulle por los pasillos? —Su mueca se ensanchó—. Creo que el consejo querrá interrogarte.

El pánico estalló en mi pecho. Me retorcí en su agarre, tratando de liberarme. Él solo se rió y me atrajo más cerca.

—¡Suéltame! —levanté la rodilla con fuerza entre sus piernas.

Se dobló con un jadeo. Su agarre se aflojó.

Me liberé y tropecé hacia atrás. Mi corazón latía con fuerza. La adrenalina inundaba mi sistema.

El guardia se enderezó lentamente. Su cara estaba roja, furiosa.

—Pequeña perra...

«Pequeña compañera...»

Me quedé paralizada.

La voz estaba en mi cabeza. *Realmente* en mi cabeza, no a través de mis oídos sino de alguna manera directamente en mi mente.

¿Estaba perdiendo la razón? ¿El estrés finalmente me estaba haciendo alucinar?

Las puertas detrás de mí se abrieron de golpe y no tuve tiempo de procesar lo que estaba sucediendo porque de repente el guardia estaba levantando su mano para golpearme.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

El rugido de Mal era pura rabia y dominancia alfa que llenó todo el corredor de amenaza. El guardia realmente retrocedió, su mano bajando.

Entonces Mal estaba allí. Se movió más rápido de lo que debería haber sido posible, interponiéndose entre el guardia y yo con una violencia que me cortó la respiración. Su puño conectó con la cara del guardia y escuché el crujido de huesos rompiéndose. El guardia voló hacia atrás por la fuerza del golpe, su cuerpo golpeando la pared opuesta antes de desplomarse en el suelo en un montón.

Las piernas se me debilitaron. Había visto a Mal pelear en la sala de desafíos, pero de alguna manera eso había parecido coreografiado.

Esto era violencia pura. Furia protectora que hizo que mis manos temblaran.

—¿Estás bien, Wen? —las manos de Mal estaban inmediatamente en mis brazos. Mis hombros. Mi cara. Buscando heridas con dedos gentiles que contrastaban fuertemente con la violencia de segundos antes—. ¿Te hizo daño? ¿Estás...?

—Lo tenía controlado —aparté sus manos—. Déjame en paz.

—Wen...

Intenté pasar junto a él. Bloqueó mi camino.

—Espera. No. Déjame explicarte. No es lo que piensas...

—No quiero oír NADA de ti, Malachar —mi voz salió más cortante de lo que había pretendido. Más fuerte—. Solo quiero dormir. Quizás cuando despierte, esta pesadilla habrá terminado.

A través del vínculo, sentí su tristeza estrellarse contra mí en oleadas. Su culpa. Lo terrible que se sentía por todo.

No me importaba. Que le den. Que les den a todos ellos. Que le den a Lytopia y a los portales y a las prometidas que aparecen anunciando bodas.

—Te quedarás en mis aposentos —dijo en voz baja—. Y antes de que protestes, yo dormiré en el suelo.

—Ni siquiera te quiero en la misma habitación.

Se estremeció como si le hubiera golpeado. —Dormiré en el baño, entonces.

—Bien.

—Ven. Por aquí.

Me guió por los pasillos reales esta vez, en lugar de por los pasajes secretos. Los corredores eran más anchos aquí y más grandiosos, con techos altos que me hacían sentir pequeña. Verdaderas arañas colgaban del techo con velas reales que proporcionaban luz parpadeante.

Llegamos a un conjunto de puertas dobles que eran enormes y ornamentadas, con guardias apostados a ambos lados. Se inclinaron cuando vieron a Mal y él empujó las puertas, indicándome que entrara primero.

Entré y mis pies dejaron de moverse por sí solos.

La habitación era preciosa. Inmensa. Una cama con dosel dominaba una pared, lo suficientemente grande para acomodar cómodamente a cinco personas. Las ventanas daban a las montañas en la distancia. Una chimenea crepitaba con fuego real. Alfombras cubrían el suelo de piedra. Muebles que parecían tallados a mano y caros llenaban el espacio.

—Estos serán tus aposentos —dijo Mal desde detrás de mí.

Asentí porque no confiaba en mi voz. Tenía la garganta apretada. Mis ojos ardían de nuevo. Caminé lentamente hacia la cama, mis piernas sintiéndose como plomo, y me subí al colchón. Me tumbé boca abajo en las almohadas que olían sutilmente a él.

Esperaba que se fuera, que me diera espacio. Pero lo oí moverse detrás de mí, oí su respiración. Se estaba demorando en la puerta.

—Por favor, pequeña compañera —su voz estaba más cerca ahora. Desesperada de una manera que hizo que mi pecho doliera—. Ella no es mi prometida. No hay boda. Amaia es la favorita del consejo para ser reina y está delirando. Han estado presionando para que nos emparejemos durante meses, pero nunca acepté. Nunca...

—Déjame.

El silencio se extendió entre nosotros. Sentí su vacilación a través del vínculo. Su deseo de quedarse. De arreglar esto y hacerme entender.

—Sí, jefa —susurró.

Escuché sus pasos alejarse de la cama y detenerse en la puerta. Escuché el suave clic del picaporte al abrirla.

La puerta se cerró con una silenciosa contundencia que de alguna manera sonó más fuerte que si la hubiera golpeado.

Fue entonces cuando la presa se rompió.

Enterré mi cara en la almohada y sollocé. Sollozos feos y desordenados que sacudieron todo mi cuerpo e hicieron que me doliera el pecho. Las lágrimas empaparon la tela costosa bajo mi mejilla. Mi nariz goteaba. Mi garganta ardía por intentar mantenerme en silencio.

Lloré por haber sido arrastrada aquí contra mi voluntad. Por ser arrojada a un mundo que no entendía con reglas que nunca había aprendido. Por ver a Mal luchar por su vida mientras yo permanecía impotente. Por ver a esa mujer lanzarse sobre él con familiaridad casual.

Pero debajo de todo eso, enterrado más profundamente de lo que quería admitir, lloré porque estaba cansada. Agotada hasta los huesos de ser siempre la que quedaba atrás. De personas que elegían marcharse. De sentirme sola incluso cuando estaba rodeada de otros.

Mis padres me habían dejado. Mis abuelos habían muerto y me habían dejado. Ahora Mal me había arrastrado a otro mundo donde estaba completamente aislada y aparentemente él podría tener una prometida esperando entre bastidores.

Todos se iban eventualmente. Todos.

Los sollozos continuaron hasta que mi cuerpo físicamente no pudo producir más lágrimas. Mis ojos estaban hinchados. Mi cabeza palpitaba con un dolor de cabeza feroz. Rodé sobre mi espalda con esfuerzo y miré al techo. Las vigas talladas que lo cruzaban. La forma en que la luz del fuego creaba patrones en la piedra que se desplazaban y cambiaban.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Quedarme aquí en este castillo? ¿Hacer de reina para un rey lobo? ¿Fingir que pertenecía a este mundo?

Quería ir a casa. De vuelta a mi librería con su familiar olor a papel viejo y café. Mi apartamento encima con los suelos chirriantes y la ducha que nunca se calentaba lo suficiente. Mis amigos que me enviaban memes y aparecían con vino cuando los necesitaba.

Mi vida.

Pero el portal era inestable. Y Mal tenía un reino que asegurar antes de poder irse. Y yo estaba atrapada aquí en esta hermosa prisión sin ningún lugar adonde ir.

Mis ojos se volvieron pesados a pesar del tumulto en mi pecho. El agotamiento del día me alcanzó de golpe. Me quedé dormida todavía con la ropa puesta. Todavía acostada encima de las sábanas. Demasiado cansada y emocionalmente agotada para preocuparme por la comodidad.

***

Tenía siete años.

De pie en el camino de entrada de la casa de mis abuelos, agarrando mi conejo de peluche y viendo alejarse el coche de mi madre.

—¡Mamá! —grité—. ¡Mamá, vuelve! ¡Por favor, vuelve!

Pero el coche siguió alejándose. Ni siquiera aminoró la marcha. Simplemente desapareció al doblar la esquina y se llevó mi mundo con él.

—Volverá, cariño —dijo mi abuela detrás de mí. Su mano estaba en mi hombro pero se sentía demasiado ligera e incierta—. Solo necesita algo de tiempo.

Pero yo lo sabía. Incluso a los siete años, lo sabía.

No iba a volver.

Los días se convirtieron en semanas y seguí preguntando cuándo volvería Mamá a casa. Seguí dejando mis juguetes favoritos junto a la puerta para que los viera cuando llegara. Seguí haciendo dibujos para ella que mi abuela pegaba en la nevera con una sonrisa triste.

Las semanas se convirtieron en meses y mi abuela dejó de hacer promesas. Empezó a usar frases sobre "las elecciones de tu padre" y "a veces los adultos cometen errores" que no entendía pero que de todos modos se sentían pesadas.

Eventualmente dejé de preguntar porque la respuesta era siempre la misma no-respuesta que hacía que los ojos de mi abuela se volvieran brillantes.

No iban a volver. Mamá me había dejado con sus padres y nunca miró atrás. Papá estaba en la cárcel por cosas que yo no tenía edad suficiente para entender pero sí la tenía para saber que eran malas.

Lloré todas las noches durante un año. Sollozos silenciosos en mi almohada para que mis abuelos no los oyeran y se sintieran peor de lo que ya se sentían. Gimiendo por unos padres que no me querían lo suficiente como para quedarse. Que habían decidido que yo era demasiado problema o demasiada responsabilidad o simplemente demasiado.

Mi corazón se rompió de una manera que nunca sanó por completo. Se formó una grieta que atravesaba mi centro y nunca se cerró del todo, sin importar cuánto me quisieran mis abuelos. Porque su amor no podía llenar el espacio dejado por las personas que se suponía que debían amarme primero y eligieron no hacerlo.

Tenía siete años otra vez. De pie en ese camino de entrada. Sintiendo que esa grieta se ensanchaba con cada segundo que el coche no regresaba. Sintiéndome fragmentada en pedazos que pasaría el resto de mi vida tratando de mantener juntos.

Entonces alguien me abrazó por detrás. Brazos fuertes rodeando mi pequeño cuerpo. Una presencia sólida a mi espalda.

—Shh, shh, pequeña compañera. Te tengo.

La voz era incorrecta para el recuerdo, demasiado profunda y adulta. Pero de alguna manera se sentía bien. Segura de una manera que nada más lo hacía.

Seguí llorando pero los brazos me sujetaron con más fuerza. La voz siguió murmurando consuelo.

Mis ojos se abrieron lentamente mientras los sollozos continuaban. Mi cabeza palpitaba con fuerza. Mi corazón se apretaba por la pesadilla que no era realmente una pesadilla sino un recuerdo del que no podía escapar.

Un brazo grueso y familiarmente tatuado estaba sobre mi cintura. Un cuerpo cálido y enorme estaba presionado contra mi espalda, sólido y real de una manera que el sueño no había sido.

Mal.

Se había metido en la cama conmigo y me sostenía mientras yo lloraba. Su mano encontró la mía y entrelazó nuestros dedos mientras hundía su nariz en mi cabello.

—Estoy aquí, Wen. Estoy aquí. No me voy a ninguna parte. No te voy a dejar —su voz era un murmullo contra mi sien. Suave y desesperada y llena de promesas—. Lo prometo. Lo juro por todo lo que soy. No te voy a dejar.

Lloré más fuerte ante esas palabras. No pude detener la nueva oleada de lágrimas que empaparon su camisa. Todas las lágrimas que había contenido a lo largo de los años salieron en una inundación que no podía controlar.

Él simplemente me sostuvo a través de todo esto. No intentó callarme ni decirme que todo estaba bien ni hacer que parara. Simplemente dejó que empapara su camisa con mi dolor mientras seguía murmurando promesas contra mi pelo. Su pulgar trazaba círculos en el dorso de mi mano. Su otro brazo se apretó alrededor de mi cintura para atraerme más cerca contra su pecho.

Cuando finalmente me quedé sin lágrimas (cuando mi cuerpo era físicamente incapaz de producir más), me dio un beso en el hombro.

—¿Qué te duele? —preguntó en voz baja.

—La cabeza.

Besó mi mejilla. —Volveré enseguida.

Se deslizó fuera de la cama y sentí inmediatamente la pérdida de su calor. Le oí caminar hasta la puerta. Le oí murmurar algo a alguien afuera en una voz demasiado baja para que pudiera distinguir las palabras. La puerta se cerró.

Unos minutos después estaba de vuelta, subiendo a la cama con una taza humeante.

—Té curativo —dijo—. Ayudará con el dolor de cabeza. Bebe.

Me senté con esfuerzo y tomé la taza de sus manos. Bebí con cuidado porque estaba caliente. Sabía a hierbas y amargo, pero el calor se extendió por mí inmediatamente, comenzando en mi estómago e irradiando hacia afuera. El golpeteo en mi cabeza se alivió a un dolor sordo.

Vacié la taza y se la devolví.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó con suavidad.

Me encogí de hombros. —Fue una pesadilla. Lo de siempre.

—Nunca tuviste una de esas cuando estuve en tu apartamento.

Le miré con enojo. —Bueno. Me pregunto qué habrá pasado para desencadenarlas de nuevo.

La culpa se estrelló a través del vínculo con suficiente fuerza como para hacerme jadear. Su culpa. Tan fuerte que hizo que mi pecho doliera en simpatía.

—Lo siento, Wen. Por favor —cayó de rodillas junto a la cama y me miró con ojos llorosos que brillaban a la luz del fuego—. Odio esto. Odio lo que te he hecho. Elegiré un heredero mañana. Volveremos a tu Tierra. Arreglaré esto.

Suspiré. —No es tan simple.

—¿Por qué no?

—Porque todavía hay amenazas contra ti. Andreas puede haber cedido, pero eso no significa que todos te acepten como rey. Oíste a los nobles. Algunos eran abiertamente irrespetuosos. Tienes que arreglar eso antes de poder irte. De lo contrario, estarás abandonando tu reino de verdad esta vez.

Hizo una mueca. —Lo sé. Tienes razón. Pero no sé cómo arreglar ambas cosas. Cómo asegurar mi reino y mantenerte feliz.

—Yo tampoco lo sé.

—¿Qué puedo hacer por ti? Por favor. Dime qué necesitas.

—Solo dame tiempo —dije en voz baja—. Necesito tiempo para procesarlo. Para averiguar qué quiero. Qué puedo manejar.

Asintió lentamente. —Tiempo. Sí. Puedo darte tiempo.

Se levantó y caminó hacia el baño. Se detuvo en la puerta.

—Te quiero, Wen. Eso no ha cambiado. Nunca cambiará. No importa lo enfadada que estés. No importa lo mal que te haya fallado. Te quiero.

Desapareció en el baño. La puerta se cerró suavemente.

Me acomodé de nuevo en las almohadas y me tapé con las mantas esta vez. El té hizo maravillas cuando el dolor de cabeza desapareció por completo. Mi cuerpo se sentía cálido y relajado de una manera que no había sentido desde antes del portal.

Mis ojos se volvieron pesados de nuevo, pero mi mente seguía dando vueltas.

Mal arrodillado junto a la cama con ojos llorosos. La forma en que me había sostenido durante la pesadilla sin pedir nada a cambio. El vínculo entre nosotros pulsando con su amor incluso a través de mi enojo. Cómo había literalmente luchado por su trono hoy con mi mirada. Cómo me había protegido del guardia sin dudar.

Pero también esa mujer. Amaia. Su anuncio sobre una boda que Mal juraba que no existía.

¿Estaba diciendo la verdad? A través del vínculo no sentía engaño, solo desesperación y culpa y amor que parecía genuino.

¿Pero podía confiar en eso? ¿Podía confiar en él después de que me hubiera arrastrado aquí contra mi voluntad?

No lo sabía.

El sueño tiraba de mí con más fuerza. Dejé que me llevara. Dejé que la oscuridad se tragara las preguntas y el dolor y la confusión.

Porque ahora mismo, estaba demasiado cansada para resolver cualquiera de estas cosas.

20

—•—

Wen

Una semana en Lytopia y estaba empezando a pillarle el truco a las cosas.

Lo que no era lo mismo que decir que me gustaba estar aquí. O que hubiera perdonado a Mal por secuestrarme. O que no estuviera constantemente tramando maneras de estrangularlo con mis propias manos.

Pero había comprendido lo básico. La disposición del castillo. Los horarios de las comidas. Qué nobles eran aliados y cuáles me miraban con desprecio apenas disimulado. Cómo evitar perderme en los interminables corredores de piedra que parecían exactamente iguales.

A estas alturas, todos sabían que había una humana entre ellos. El secreto había durado aproximadamente doce horas antes de que el chisme se extendiera por el castillo más rápido que un incendio forestal. Pero nadie sabía por qué estaba aquí. Mal y Aurión habían elaborado una historia cuidadosa: había atravesado el portal, Mal me había conocido en el reino humano, y ahora solo era una chica cualquiera que él había traído de vuelta.

Sin mención de compañeros. Sin mención de vínculos. Sin mención del hecho de que mi cuello todavía tenía su marca de reclamo oculta bajo vestidos de cuello alto.

Habíamos mantenido ese secreto bajo llave. Porque aparentemente, mi olor se había aclarado lo suficiente durante la última semana como para que ya no apestara a «rey lobo emparejado» para cualquiera que se acercara. El vínculo estaba ahí, pulsando constantemente entre nosotros, pero externamente no había evidencia de que fuéramos algo más que conocidos.

Habían decidido que era más seguro así. Con Andreas todavía causando problemas y los nobles vigilando cada movimiento de Mal, admitir que se había vinculado con una humana daría munición a sus enemigos. Prueba de que se había ablandado. Prueba de que le importaba más su pareja que sus deberes.

Así que fingimos. Mentimos. Mantuvimos las distancias en público.

Y yo fingía ser su sirvienta.

Su jodida sirvienta.

La historia oficial era que ayudaba en sus aposentos para justificar por qué entraba y salía tan a menudo del ala real. Porque aparentemente, una chica humana cualquiera merodeando por las habitaciones del rey sería sospechoso, pero ¿una chica humana cualquiera que limpiaba sus habitaciones y traía sus comidas? Totalmente normal.

Lo odiaba. Odiaba la farsa. Odiaba bajar la cabeza cuando pasaban los nobles. Odiaba la forma en que la gente me ignoraba por considerarme inferior.

Pero sobre todo, odiaba tener que hacer la vista gorda cada vez que esa mujer coqueteaba con Mal.

Amaia.

Había estado revoloteando constantemente a su alrededor desde el primer día. Tocándole el brazo. Riendo demasiado fuerte por cosas que no tenían gracia. Sentándose demasiado cerca durante las comidas. Dejando abundantemente claro a todos en el castillo que se consideraba su futura reina.

Y yo tenía que quedarme allí y observar. Tenía que fingir que no me importaba. Tenía que tragarme mi rabia y celos y el impulso de apartar físicamente sus manos perfectamente manicuradas de mi pareja.

Estaba tan cansada. Agotada de la actuación constante. De morderme la lengua. De fingir que Mal y yo no éramos nada el uno para el otro cuando el vínculo entre nosotros gritaba lo contrario.

Pero Andreas era la razón por la que no podíamos abandonar la actuación. Había seguido esparciendo veneno sobre Mal desde el desafío. Reuniendo seguidores. Sembrando semillas de duda sobre la capacidad de Mal para gobernar. Construyendo un caso de que Mal había abandonado el reino y no se podía confiar en él.

No podíamos acusarlo directamente. No podíamos enfrentarlo sin pruebas. Porque si lo hacíamos, el consejo se volvería contra Mal. Lo verían como paranoia o debilidad o desesperación.

Teníamos que actuar con cuidado. Esperar a que Andreas cometiera un error. Reunir evidencia de su traición antes de atacar.

Por eso estaba ahora de pie en el comedor formal, sirviendo agua en la copa de Aurion mientras él intentaba no reírse de mi actuación de sirvienta.

Capullo.

—¿Más agua, Su Majestad? —pregunté con exagerada deferencia.

Sus labios se crisparon. —Sí, gracias. Eres muy amable.

Quería volcarle toda la jarra en la cabeza. A través del vínculo, sentí la diversión de Mal aunque aún no estaba aquí. Llegaba tarde de alguna reunión del consejo, lo que significaba que tenía que soportar esta cena sin él.

Y ella estaba aquí.

Amaia estaba sentada en la larga mesa con varios otros nobles, riendo por algo que uno de ellos había dicho. Su cabello rojo estaba elaboradamente peinado. Su vestido tenía un escote tan pronunciado que rayaba en lo inapropiado. Sus ojos no dejaban de mirar el asiento vacío en la cabecera de la mesa.

El asiento de Mal.

Intenté ignorarla mientras me movía por la habitación, rellenando copas y fingiendo ser útil. Intenté no mirar cómo se levantaba con elegancia y caminaba hacia la mesa, acomodándose en el asiento junto al de Mal.

El asiento donde yo debería estar sentada.

El asiento reservado para su reina.

Mis manos se cerraron alrededor de la jarra de agua. Podía sentir que Mal acababa de entrar en el castillo y se dirigía hacia aquí. Bien. Quizás le diría que se moviera.

—Tú, humana, ven aquí.

La voz de Amaia cortó la conversación en voz baja. Todas las cabezas se volvieron para mirarme.

Me tensé. Compartí una mirada con Aurion al otro lado de la sala. Él negó con la cabeza sutilmente. Una advertencia. No te involucres.

No reacciones. Mantén la actuación.

—Tú, humana. Te estoy hablando.

Me acerqué lentamente. Mantuve mi expresión neutral aunque quería gruñir. —¿Sí, mi señora?

—Agua. —Extendió su copa sin mirarme. Me desestimó con su tono.

Serví el agua. Mantuve mis manos firmes por pura fuerza de voluntad.

Ella dio un sorbo. Dejó la copa. Luego se volvió para mirarme con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Así que tú eres la puta que mantiene en sus habitaciones, ¿no es así?

La sala quedó en silencio.

Estaba apretando los dientes con tanta fuerza que temía romperlos. Mi mano se cerró sobre el asa de la jarra hasta que mis nudillos se pusieron blancos.

—¿Qué acabas de llamarme? —Mi voz sonó baja. Peligrosa.

Aurion parecía alarmado. Se medio levantó de su asiento.

La sonrisa de Amaia se ensanchó. —Oh, ¿te ofendí? Me disculpo. Debería haber dicho amante. Aunque eso implica un nivel de respeto que no te has ganado. —Agitó la mano con desdén—. Simplemente eres la humana que trajo como curiosidad. Una mascota, quizás. Ciertamente nada de importancia.

—Amaia —dijo Aurion bruscamente—. Es suficiente.

—¿Lo es? —Se volvió hacia él—. Todo el castillo habla de ello. Cómo el rey mantiene a una chica humana en sus aposentos. Cómo entra

y sale a todas horas. ¿Qué más podemos pensar? —Me miró de nuevo—. Dime, ¿calientas su cama? ¿Es ese tu propósito? ¿Proporcionar entretenimiento hasta que elija una reina adecuada?

El agua salió de la jarra antes de que hubiera decidido conscientemente arrojarla. El arco fue perfecto. Había pasado suficiente tiempo sirviendo bebidas esta semana para saber exactamente cómo apuntar. El agua golpeó a Amaia directamente en la cara, empapando su cabello elaboradamente peinado y corriendo por su escotado vestido en ríos. Ella jadeó y balbuceó, sus manos se alzaron demasiado tarde para bloquear el diluvio.

La jarra siguió un segundo después. Había tenido suficiente autocontrol para no apuntarla a su cabeza, pero dejé que se deslizara de mis dedos para estrellarse sobre la mesa frente a ella, salpicando más agua sobre su vestido y los nobles sentados cerca.

Durante un latido, toda la sala quedó congelada. El agua goteaba del cabello de Amaia sobre sus hombros. Su maquillaje se estaba corriendo. Su vestido estaba empapado. Parecía un gato ahogado.

Luego comenzó a chillar, con un tono agudo y excesivamente dramático, exagerando la ofensa para obtener el máximo efecto.

—¿Cómo te atreves...?

—Sí, me atrevo. —Di un paso hacia ella—. Dilo otra vez. Te reto.

Aurion estuvo allí en un instante. Agarró mi brazo. —Acabo de recordar que necesito hablar con el chef sobre el menú de mañana. Wen, ¿me acompañarías a las cocinas?

—No he terminado...

—¡Cómo te atreves a ponerme las manos encima! —Amaia chillaba más fuerte ahora, de pie y escurriendo agua de su cabello con gestos teatrales—. ¡Soy una dama de esta corte! ¡Tú no eres nada!

¡Un juguete humano! ¡Cuando Malachar y yo nos casemos, serás expulsada de este castillo!

Me abalancé hacia ella. El agarre de Aurion se apretó y me arrastró físicamente hacia atrás.

—¡Responderás por esto! —Amaia nos gritó—. ¡Me aseguraré de que el rey sepa cómo me agrediste! ¡Serás castigada!

—¡Lo estoy deseando! —gruñí en respuesta.

Aurion me arrastró al pasillo. La puerta se cerró tras nosotros, amortiguando los continuos chillidos de Amaia.

Nos enfrentamos. Yo respiraba con dificultad. La furia corría por mis venas. Mis manos seguían cerradas en puños.

Aurion me miró e hizo una mueca. —Gwendolyn. Eso fue imprudente.

—No me importa.

—Ella se lo contará al consejo. Convertirá esto en una situación.

—Bien. Que lo haga. Quizás entonces Mal finalmente le diga que se aleje.

—Sabes que no puede hacer eso. Aún no. No hasta que tengamos pruebas contra Andreas. —Aurion estudió mi rostro—. Aunque debo decir que nunca he visto a alguien arrojar agua con tanta precisión. La empapaste por completo.

A pesar de mi rabia, sentí una pequeña oleada de satisfacción. —Se lo merecía.

—Sí. —Hizo una pausa, luego sonrió—. Vamos, Gwendolyn. Usemos esa energía asesina para algo productivo.

Me guió por los pasillos. Lejos del comedor. Lejos de los nobles que probablemente estaban todos hablando de lo que acababa de suceder. Bajamos por unas escaleras que nunca había usado antes. A través de una pesada puerta. Hacia una gran sala que olía a sudor y cuero.

Las colchonetas cubrían el suelo en secciones. Muñecos de entrenamiento se alineaban en las paredes a intervalos regulares. Las armas colgaban en estanterías en filas organizadas.

—Sala de entrenamiento —anunció Aurion—. Si vas a agredir a nobles, al menos deberías saber cómo hacerlo correctamente.

Me reí a pesar de mí misma. —¿En serio me estás ofreciendo enseñarme a pelear?

—En serio te estoy ofreciendo enseñarte a defenderte. Lo que ocasionalmente puede implicar maniobras ofensivas. —Se movió hacia el centro de la sala y me hizo un gesto para que le siguiera—. Además, claramente necesitas una salida para tu frustración. Mejor golpear muñecos que duquesas.

—¿Es una duquesa?

—Casi. Familia noble. Conexiones con el consejo. Delirios de grandeza. —Me mostró una postura básica—. Ahora, cuando alguien te insulta, la respuesta adecuada no es arrojar agua. La respuesta adecuada es golpear aquí —Se tocó la garganta—. Tráquea. O aquí —Señaló sus costillas—. Riñones. Mucho más efectivo.

Todavía estaba riendo cuando la voz de Mal estalló en mi mente.

«Pequeña compañera, ¿dónde estás? Me enteré de lo que pasó. ¿Estás bien?»

Salté casi un metro en el aire con un grito que resonó en las paredes de piedra, casi tropezando con mis propios pies por la sorpresa.

Aurion agarró mi brazo para estabilizarme. —¿Qué pasó? ¿Estás herida?

—Yo... —Presioné mi mano contra mi cabeza—. Acabo de escuchar la voz de Mal. En mi cabeza. Estoy perdiendo la razón. Realmente me estoy volviendo loca.

Aurion se relajó y comenzó a reír, el sonido salió con genuina diversión. —Oh. No, eso es normal. Bueno, normal para las parejas. Es el vínculo. Podéis comunicaros telepáticamente.

—¿Qué?

—El vínculo de pareja permite la comunicación mental. Requiere esfuerzo y energía, pero es posible. —Parecía divertido por mi sorpresa—. ¿No te lo ha explicado?

—¡No! ¡Definitivamente no mencionó que empezaría a escuchar voces en mi cabeza!

—Probablemente porque has estado evitándolo durante una semana. —Aurion se encogió de hombros—. Intenta responder. Concéntrate en el vínculo. En él. Imagina empujar tus palabras a través de esa conexión.

Cerré los ojos. Busqué el vínculo entre nosotros. Ese hilo dorado que se había vuelto tan familiar como mi propio latido. Imaginé enviando palabras a lo largo de él.

«Sala de entrenamiento. Tres.»

El esfuerzo hizo que me doliera la cabeza. Como si acabara de subir corriendo un tramo de escaleras. Pero sentí que las palabras me abandonaban y viajaban a través del vínculo hacia él.

Unos minutos después, la puerta se abrió de golpe y Mal irrumpió. Sus ojos encontraron los míos inmediatamente. Cruzó la habitación

con largas zancadas y me atrajo a sus brazos.

—Escuché lo que pasó. —Su voz sonaba amortiguada contra mi cabello—. Lo siento. Ella no tenía derecho a hablarte así. Me ocuparé de ello.

—Todo lo que dices últimamente es que lo sientes. —Me aparté para mirarlo—. Eso no está funcionando muy bien para mí.

Él hizo una mueca. —Lo sé. Pero no sé qué más decir. Siento haberte traído aquí. Siento esta situación. Siento que esa mujer piense que tiene algún derecho sobre mí.

—Quizás deberías decírselo a ella.

—No puedo. Aún no. No hasta...

—Hasta que tengas pruebas contra Andreas. Sí. Lo sé. —Suspiré—. Estoy cansada, Mal. Estoy muy cansada de fingir.

Aurion se aclaró la garganta. —Os dejaré algo de privacidad. Aunque sugiero que cerréis la puerta. Las salas de entrenamiento tienen mucho tráfico. —Se dirigió hacia la salida y se detuvo para mirar a Mal—. Enséñale correctamente. Tiene una forma terrible.

La puerta se cerró tras él.

Mal me miró. Su expresión estaba dividida entre la culpa y algo que parecía peligrosamente cercano al orgullo. —Le arrojaste agua.

—Lo hice.

Sus labios se crisparon. —¿Quieres que te enseñe a patearle el trasero, pequeña compañera? Lo haría yo mismo, pero sé que quieres los honores.

Puse los ojos en blanco. —Sí. Enséñame. Pero si mencionas que lo sientes una vez más, también te arrojaré agua.

—Entendido.

Entrenamos durante la siguiente hora. Me mostró cómo romper agarres, dónde golpear para obtener el máximo impacto, cómo usar mi tamaño como una ventaja en lugar de una debilidad. Sus manos ajustaban mi postura, posicionaban mis brazos, corregían mi pisada. Se sentía bien moverme, canalizar mi frustración en acción física en lugar de tragármela. Y que me tocara, aunque solo fuera para corregir mi forma, era un alivio después de una semana fingiendo que éramos extraños en público.

—Bien —dijo después de que lo derribara con éxito sobre una colchoneta—. Muy bien. Ahora hazlo de nuevo.

Ambos estábamos sudando ahora. Ambos respirábamos con dificultad por el esfuerzo. Vino hacia mí de nuevo y usé el impulso que me había enseñado, enganchando mi pierna detrás de la suya y usando su propio peso contra él. Cayó y lo seguí, terminando encima de él en la colchoneta.

Nuestras caras estaban a centímetros de distancia. Sus manos se habían levantado para sujetarme, posándose en mi cintura. Su pecho subía y bajaba rápidamente debajo de mí.

—Bien hecho, pequeña compañera —murmuró.

Tenía la intención de levantarme. Tenía la intención de retroceder y exigir que lo hiciéramos de nuevo. Pero sus manos se apretaron en mi cintura y me encontré congelada allí, a horcajadas sobre él, mirando sus ojos que habían pasado de grises a rojos.

Nuestros labios estaban tan cerca. A solo un suspiro de distancia. Podía sentir el calor que irradiaba de él, podía oler su aroma, más fuerte ahora con el esfuerzo. Podía sentirlo endurecerse debajo de mí, presionando contra mi núcleo a través de nuestra ropa.

Me moví ligeramente sin querer. La fricción envió una sacudida de necesidad a través de mí que me hizo contener la respiración. Había extrañado tanto su contacto. Extrañado esta conexión. Y la semana de anhelo insatisfecho no había ayudado. Estaba constantemente consciente de él a través del vínculo, constantemente deseando lo que no podía tener.

Sus pupilas se dilataron. Sus manos en mi cintura apretaron más fuerte, atrayéndome contra él más firmemente.

—Wen —respiró. Mitad advertencia, mitad súplica.

Me incliné y lo besé.

El beso fue desesperado desde el primer segundo. Su boca se abrió bajo la mía y vertí toda la frustración de una semana en él. Sus manos se desplazaron de mi cintura a mis caderas, presionándome contra él mientras me besaba con igual desesperación. Podía sentir exactamente cuánto me deseaba a través de la fina tela que nos separaba. Podía sentir cómo mi propio cuerpo respondía, humedeciéndose y necesitado.

Una de sus manos se enredó en mi pelo. La otra se deslizó bajo mi camisa, encontrando piel desnuda. Gemí en su boca y me mecí contra él con más fuerza, persiguiendo la fricción que ambos necesitábamos.

La puerta se abrió de golpe.

—El Consejo ha solicitado una reunión —dijo la voz de Aurion.

Nos separamos. Me aparté precipitadamente de Mal, con la cara ardiendo. Mal se incorporó lentamente, con la respiración aún entrecortada y los ojos todavía rojos.

Aurion estaba en la puerta con una expresión sombría a pesar de habernos interrumpido. —Inmediatamente. Sobre el incidente en el

comedor.

El breve momento de calor se hizo añicos.

La expresión de Mal se endureció. De vuelta al Rey Lobo. —¿Cuándo?

—Ahora. Se están reuniendo mientras hablamos. —La mandíbula de Aurion estaba tensa—. Amaia ha presentado una queja formal. Está exigiendo que Wen sea castigada por agresión.

—No exigirá tal cosa —dijo Mal con peligrosa calma.

—Ya lo ha hecho. Y el consejo la está escuchando. —Aurion me miró —. Lo siento, Gwendolyn. Esto se va a complicar.

Miré entre ellos, la expresión furiosa de Mal y la sombría de Aurion.

—¿Cuánto de complicado? —pregunté.

Aurion dudó. —El consejo podría exigir que te envíen de vuelta a través del portal. O que te encarcelen. O algo peor, si deciden que eres una amenaza para la estabilidad del reino.

Mi estómago dio un vuelco.

—No harán tal cosa —gruñó Mal—. Soy el rey. No pueden...

—Pueden cuestionar tu juicio. Especialmente si Andreas utiliza esto como munición. —La expresión de Aurion era apologética—. Esta es exactamente la clase de situación que ha estado esperando. Prueba de que estás distraído. De que te importa más una humana que tus deberes.

Mal me miró y vi la guerra que se desarrollaba en su rostro.

—Ve a la reunión —dije en voz baja—. Ocúpate de ello. Esperaré aquí.

—No voy a dejarte sola cuando...

—Tienes que hacerlo. —Di un paso atrás. Puse distancia física entre nosotros porque sabía que tomaría la decisión equivocada si no lo hacía—. Esto es para lo que hemos estado fingiendo. Por esto soy solo una sirvienta y tú solo un rey que trajo una curiosidad de otro reino. Así que ve a ser el rey. Ocúpate del consejo. Estaré bien.

Sus manos se cerraron en puños. —Si intentan hacerte daño...

—No lo harán. Porque no lo permitirás. —Forcé una sonrisa que no sentía—. Ve. Antes de que decidan que tu ausencia es más evidencia de mal juicio.

Sostuvo mi mirada durante un largo momento, luego asintió una vez y se volvió hacia Aurion. —Que pongan guardias fuera de esta habitación. Nadie entra excepto tú o yo.

—Ya está hecho.

Se marcharon juntos y la puerta se cerró tras ellos. Escuché a Mal dando órdenes a los guardias afuera, su voz amortiguada a través de la gruesa madera.

Entonces el silencio descendió sobre la sala de entrenamiento. Estaba sola con las colchonetas y los muñecos de práctica, y con el conocimiento de que un consejo de lobos estaba a punto de decidir mi destino, y no podía hacer una maldita cosa al respecto excepto esperar.

21

— • —

Malachar

Estaba furioso.

No solo enfadado. Furioso. El tipo de rabia que hacía que mi lobo arañara mis entrañas, exigiendo salir. Exigiendo sangre.

Amaia había insultado a mi compañera. La había llamado puta delante de la mitad de las familias nobles del castillo. Y yo no había estado allí para detenerla. No había estado allí para poner a esa mujer en su lugar como merecía.

Lo único que me impedía irrumpir en ese comedor y montar una escena que daría al consejo aún más munición era mi madre.

Me había encontrado en el pasillo fuera del comedor y me había agarrado del brazo antes de que pudiera hacer algo espectacularmente estúpido. Su agarre era de hierro a pesar de su menor tamaño.

—Malachar. Respira. —Su voz había sido firme con ese tono autoritario que solo las madres podían dominar—. Entrar ahí con los

ojos brillando en rojo no ayudará a Wen. Necesitas estar tranquilo. Necesitas pensar.

—La ha llamado puta —había gruñido. Mis manos ya estaban brotando garras. Mi visión tenía un tinte rojo en los bordes.

—Lo sé. Acabo de escuchar lo que pasó de Lady Thorne. Y por lo que me ha contado, Wen lo manejó maravillosamente. Le arrojó agua directamente a la cara a Amaia y la empapó completamente. —Los labios de mi madre habían temblado con diversión a pesar de la gravedad de la situación—. Esa chica tiene fuego. Me gusta más cada día. Pero ahora el consejo se involucrará. Necesitas ser el rey, no el compañero. ¿Puedes hacer eso?

Me había obligado a respirar. A reprimir la rabia lo suficiente para pensar con algo parecido a la claridad. —Sí.

—Bien. Ahora ve a buscar a tu compañera. Asegúrate de que está a salvo. Tranquilízala. Luego prepárate para la reunión del consejo que es inevitable. Porque Amaia presionará por un castigo, y los partidarios de Andreas utilizarán esto como una oportunidad para socavarte.

Así que había extendido mi mente a través del vínculo. Encontré la presencia de Wen en mi mente, ese hilo dorado que nos conectaba. Le envié mis pensamientos aunque me costó un esfuerzo que hizo que mis sienes palpitaran con la tensión.

Sala de entrenamiento tres.

Había ido a ella. La había abrazado. Había intentado calibrar exactamente cuán furiosa estaba conmigo esta vez.

Muy furiosa, como era de esperar. Pero no tanto como aquellos primeros días después de haberla arrastrado a través del portal. No tanto como cuando se había negado incluso a mirarme. Eso era un

progreso. Un progreso pequeño, microscópico incluso, pero aceptaría lo que pudiera conseguir.

Las cosas habían parecido prometedoras. Entrenar juntos, tocarla con el pretexto de corregir su postura. La forma en que se había movido, la forma en que me había mirado cuando terminó a horcajadas sobre mí en la colchoneta con nuestros rostros a centímetros de distancia.

Ese beso.

Dioses, *ese beso*. Una semana sin tocarla adecuadamente había sido una absoluta tortura. Sentirla frotarse contra mí, escuchar ese pequeño gemido escapar en mi boca, casi había roto mi control por completo. Había estado a segundos de rasgar nuestra ropa y tomarla allí mismo en la colchoneta de entrenamiento, independientemente de dónde estuviéramos.

Entonces Aurion nos había interrumpido con noticias de la reunión del consejo y la queja de Amaia, destrozando el momento y arrastrándolos de vuelta a la pesadilla política que había estado temiendo.

Ahora estaba de pie en medio de la cámara del consejo, rodeado de nobles que todos tenían opiniones que sentían la necesidad desesperada de gritar a todo volumen. Como si el volumen los hiciera más correctos. Como si gritar cambiaría la realidad.

—¡La humana debe ser castigada!

—¡Agredió a una dama de la corte!

—¡Este es un comportamiento inaceptable de una sirvienta!

—¡El rey muestra un favoritismo inapropiado!

—¡Debería ser encarcelada como mínimo!

—¡Desterrada de vuelta a través del portal!

Era una completa pesadilla.

Amaia estaba sentada en una de las sillas reservadas para testigos nobles. Su pelo estaba suelto ahora en lugar de elaboradamente peinado. El agua había arruinado cualquier arreglo complicado que sus doncellas hubieran construido. Llevaba un vestido sencillo en lugar del ornamentado traje de la cena. Debió verse obligada a cambiarse. A lavarse el agua del pelo y la piel y admitir que mi compañera la había humillado por completo.

Sonreí con satisfacción a pesar de mi rabia. Bien. Se merecía cada bit de esa humillación.

—¡Silencio! —Dejé que mi voz resonara por toda la sala. Dejé que un atisbo de mando alfa se filtrara en ella, ese tono que hacía que los lobos instintivamente quisieran someterse—. Todos vosotros os calmaréis o despejaré esta cámara y tomaré decisiones sin vuestra opinión.

Los gritos se redujeron a murmullos mientras todos se volvían para mirarme. Algunos con respeto, algunos con desprecio apenas velado. Los simpatizantes de Andreas estaban juntos cerca de la parte trasera, susurrando entre ellos con expresiones presumidas que hicieron gruñir a mi lobo.

Uno de los miembros del consejo dio un paso adelante. Lord Corvei. Viejo, poderoso y normalmente neutral en asuntos políticos. —Majestad. El consejo se ha reunido para discutir el incidente en la cena. Lady Amaia ha presentado una queja formal contra la chica humana. Exige castigo por agresión a su persona.

—La chica humana se estaba defendiendo de una agresión verbal —dije fríamente—. Lady Amaia la llamó puta delante de testigos. Múltiples testigos. Mi invitada reaccionó apropiadamente ante un insulto.

—¿Vuestra invitada? —Las cejas de Corvei se elevaron ligeramente —. Algunos dicen que es más que una invitada. Que ocupa vuestras cámaras. Que va y viene con una libertad inusual para una sirvienta humana.

—Está bajo mi protección —dije cuidadosamente—. Eso hace que los insultos contra ella sean insultos contra mí y mi juicio.

—Protección parece una elección de palabra interesante. —Uno de los partidarios de Andreas habló. Lord Darius - presumido, ambicioso, una serpiente con ropa cara—. ¿Por qué una humana requeriría vuestra protección personal? A menos que haya más en esta relación de lo que habéis admitido a este consejo.

—Eso no es asunto vuestro.

—Es muy asunto nuestro si el rey está tomando decisiones basadas en vínculos personales en lugar del bien del reino. —Darius sonrió de una manera que no llegaba a sus ojos—. Quizás deberíamos escuchar a la humana misma. Dejemos que explique por qué se sintió con derecho a agredir a una dama noble. Juzguemos su carácter.

—Eso no es necesario...

—Creo que es totalmente necesario. —Darius se volvió hacia los guardias apostados en la puerta—. Traedla aquí. Ahora. Oigamos lo que esta humana tiene que decir en su defensa.

—No tenéis autoridad para dar esa orden —gruñí. Mi control se estaba deslizando. Mis manos querían transformarse en garras.

—El consejo tiene la autoridad para llamar a testigos en asuntos de justicia de la corte. —La voz de Corvei era apologética pero firme—. Si Lady Amaia está aquí para testificar sobre la agresión, la acusada debería tener la oportunidad de defenderse. Eso es solo justo, Majestad.

Quería discutir. Quería negarme rotundamente. Pero Corvei tenía razón sobre la ley. Teníamos procedimientos para estas cosas. Y mostrar un favoritismo obvio hacia Wen sin explicación solo empeoraría las cosas. Daría más munición a Andreas.

—Bien. Pero será escoltada respetuosamente. No arrastrada como una criminal. Es una invitada en este castillo.

Darius asintió a los guardias con una sonrisa que me dieron ganas de arrancarle la garganta. —Ya habéis oído al rey. Traed a la humana. Respetuosamente, por supuesto.

Los guardias se fueron. Me quedé allí, con la tensión enroscándose más en mis hombros con cada segundo que pasaba, mientras esperábamos en un silencio incómodo.

Tardó menos de cinco minutos. Las puertas se abrieron y mi compañera estaba siendo arrastrada por dos guardias que tenían sus manos agarradas alrededor de sus brazos. Arrastrada. A pesar de mis órdenes explícitas sobre el respeto.

Mi lobo rugió dentro de mí tan fuerte que casi no podía oír nada más. Mis ojos destellaron en rojo sin mi permiso. Mi voz salió como un gruñido que hizo temblar las ventanas en sus marcos y varias velas vacilaron. —¿Qué demonios significa esto?

Varios nobles se encogieron y retrocedieron. Otros me miraron con expresiones que iban desde la sorpresa al miedo y al cálculo. Los partidarios de Andreas parecían complacidos - estaba perdiendo el control frente al consejo. Exactamente lo que querían.

Los guardias que sostenían a Wen parecían aterrados cuando vieron mi expresión. Soltaron sus brazos inmediatamente y comenzaron a tartamudear disculpas que apenas podía oír sobre el rugido en mis oídos.

Entonces vi al Capitán Torin entrar detrás de ellos. Uno de mis guardias más confiables, leal desde antes de que tomara el trono. Su expresión era sombría mientras se acercaba y hacía una ligera reverencia.

—Majestad. —Su voz era tranquila y respetuosa—. Enviaron demasiados guardias para traerla. Mis hombres intentaron detenerlos pero nos superaban en número y tenían órdenes del consejo. La dama vino voluntariamente para no causar una escena o provocar violencia. Los seguimos para garantizar su seguridad. Juro por mi honor que no le pasó nada. No fue lastimada.

Apenas me controlaba. Apenas contenía la transformación que me convertiría en una criatura de pelo y colmillos. Mis manos habían comenzado a brotar garras antes de obligarlas a volver con un enorme esfuerzo. Mis dientes se sentían demasiado afilados en mi boca. Mi visión tenía un tinte rojo.

Aurion se acercó a mí. Su propia expresión era calculadora mientras evaluaba la sala con precisión táctica, leyendo a los nobles, analizando la dinámica de poder, identificando la trampa que se estaba tendiendo.

—¡Castigadla! —chilló Amaia desde su silla con indignación teatral—. ¡Miradla! ¡No muestra ningún remordimiento! ¡Ningún respeto! ¡Debería ser encarcelada por lo que me hizo! ¡Debería ser azotada!

Pero yo no estaba mirando a Amaia. Estaba mirando a Wen.

Estaba sonrojada. Sus mejillas estaban muy rojas. No dejaba de cambiar el peso de un pie a otro de una manera que sugería incomodidad. Su respiración estaba ligeramente elevada. Sus pupilas estaban dilatadas. Se veía... mal. No como ella misma.

Algo estaba muy mal.

«¿Está todo bien?» Envié el pensamiento a través del vínculo con cuidado, tratando de no alarmarla pero necesitando saber.

Ella saltó ligeramente cuando mi voz entró en su mente. Sus ojos encontraron los míos a través de la habitación. Estaban ligeramente vidriosos y desenfocados de una manera que hizo que mi lobo gimiera con preocupación.

«Me siento... rara», me envió de vuelta. Cada palabra llegó individualmente y espaciada como si le costara un enorme esfuerzo formar pensamientos coherentes.

Fruncí el ceño. ¿Qué quería decir con rara? ¿Estaba enferma? ¿Herida? ¿Habían hecho algo esos guardias a pesar de la garantía de Torin? Los mataría a todos si la hubieran tocado inapropiadamente.

—¡Debería ser ahorcada por esta ofensa! —gruñó uno de los consejeros. Lord Matthias, otro simpatizante de Andreas con delirios de importancia—. ¡Haced un ejemplo con ella! ¡Demostrad que los humanos no pueden agredir a sus superiores sin consecuencias! ¡Demostrad que sois fuerte!

—Te reto a que lo intentes —gruñí. Mi lobo estaba demasiado cerca de la superficie. Mi control se estaba deslizando segundo a segundo —. Te reto a que lo intentes.

—¿Por qué dejaríais esto sin castigo? —exigió Matthias. Su cara estaba roja de indignación—. ¡Agredió a una dama noble! ¡Delante de docenas de testigos! ¡Si no imponéis consecuencias, mostráis debilidad! ¡Probáis que Andreas tenía razón sobre vos!

Fue entonces cuando lo olí.

Dulce y delicioso e intoxicante más allá de cualquier cosa que hubiera olido antes. El aroma me golpeó como un golpe físico que hizo que mi lobo aullara con desesperada necesidad, que cada

instinto que poseía me gritara que la reclamara, que la protegiera de esta sala llena de machos sin emparejar inmediatamente.

El aroma venía de Wen.

Oh dioses. Oh *joder.*

Mi lobo enloqueció por completo, lanzándose contra mi control con una violencia que hizo que mis huesos dolieran. Me gritaba que cambiara de forma, que alejáramos a nuestra pareja porque estos machos podían olerla ahora, y estaban empezando a notar el cambio en el aire.

Sabía lo que esto significaba. Sabía que eventualmente llegaría. Había esperado desesperadamente que tuviéramos más tiempo antes de que sucediera. Tiempo para prepararnos, para asegurarla en un lugar seguro, para advertirle adecuadamente sobre lo que se avecinaba.

Estaba entrando en celo. Su primer celo. El más fuerte. El que volvería absolutamente loco de necesidad a cada macho sin emparejar dentro de la distancia de olfato.

Tomé una decisión. La única decisión que importaba ya.

La política podía irse al infierno. El consejo podía irse al infierno. Andreas y todos sus partidarios podían irse directamente al infierno. Mi compañera me necesitaba y necesitaba protección, y se la daría sin importar las consecuencias.

—Porque la humana supera en rango a todos en esta sala excepto a mí —gruñí. Dejé que mis ojos permanecieran rojos y brillantes. Dejé que mi poder alfa llenara la cámara hasta que el aire se sintió espeso y varios lobos más débiles gimotearon—. Gwendolyn Woods es mi pareja destinada. No será castigada por defenderse contra un insulto. Y si tú —volví mis ojos brillantes hacia Amaia—. Si alguna vez vuelves a hablarle de esa manera, mujer, no volverás a ver la luz

del día. Te arrepentirás del día en que decidiste hablar mal de mi compañera. Lo mismo va para cada maldita persona en esta sala. ¿Me explico?

Un silencio completamente impactado descendió sobre la cámara.

La boca de Amaia se abrió y cerró, pero no salió ningún sonido. Su rostro había palidecido.

—Quiero a todos fuera de esta sala. ¡AHORA! —La última palabra salió como un rugido que hizo que varios nobles retrocedieran tambaleándose—. ¡LARGAOS DE UNA PUTA VEZ!

Todos se apresuraron. Los nobles corrieron hacia las puertas en una masa asustada. Los miembros del consejo huyeron sin dignidad. Incluso Corvei, que había presenciado innumerables conflictos en su larga vida, se movió con inusual rapidez hacia la salida.

Me dirigí hacia Wen. Varios machos se habían detenido cerca de ella. Estaban oliendo el aire. Sus pupilas comenzaban a dilatarse. Sus lobos respondían a la hembra sin emparejar en celo a pesar de su mejor juicio.

Gruñí y empujé físicamente a uno de ellos. Lo suficientemente fuerte como para enviarlo tambaleándose contra la pared. —¡FUERA! *¡AHORA!*

Eso los hizo moverse con renovada urgencia. La sala se despejó en segundos. Las enormes puertas se cerraron detrás del último noble que huía con un resonante estruendo.

Silencio. Por fin. Bendito silencio excepto por nuestra respiración.

Llegué hasta Wen y enterré mi rostro en su cuello. Respiré su aroma a pesar de saber que haría mi control aún más tenue. Dejé que llenara mis pulmones, aunque me volviera medio loco de necesidad y el impulso desesperado de reclamarla apropiadamente.

—¿Mal? —Su voz sonaba sin aliento y confundida—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué me siento tan... todo se siente mal. Demasiado caliente. Demasiado intenso.

—Estás en celo, pequeña compañera —gruñí contra su piel—. Tu primer celo. Y cada macho sin emparejar en este castillo va a poder olerlo dentro de una hora.

22

—•—

Wen

Estaba entrando en pánico.

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué hacemos? —Las palabras salieron como un susurro-grito. Mi voz temblaba. Todo temblaba.

El calor corría por mis venas. No la agradable calidez que había sentido antes a través del vínculo. Esto era fuego ardiendo bajo mi piel. Mi cuerpo se sentía como si estuviera en llamas desde dentro hacia fuera.

Y había dolor. Un dolor que comenzaba en lo bajo de mi vientre y empeoraba por segundos. Un vacío desesperado y desgarrador que me hacía querer sollozar.

—Du-duele un poco —hice una mueca, presionando mi mano contra mi estómago. La presión no ayudaba. *Nada* ayudaba.

Las manos de Mal estaban en mi rostro inmediatamente, gentiles a pesar del brillo rojo de sus ojos. A pesar de la forma en que podía

sentir a su lobo presionando contra su control a través del vínculo.

—Lo sé. Lo siento. Va a empeorar antes de mejorar.

—¿Cuánto peor?

—Mucho peor. El primer celo siempre es el más intenso. —Tragó saliva con dificultad. Su mandíbula se tensó—. A menos que... necesitas morderme. Ahora. Completar el vínculo. Eso ayudará significativamente.

—¿Y luego?

—Y luego si quieres... —Su voz era áspera, insegura de una manera que nunca había escuchado en él. Como si temiera mi respuesta—. Si me quieres, te ayudaré durante el celo. Te daré lo que tu cuerpo necesita. Pero si no quieres eso, si no quieres que te toque, guardaré tu puerta hasta que pase. Será doloroso sin una pareja para aliviarlo, pero menos doloroso de lo que sería sin el vínculo completo. La elección es tuya. Siempre será tuya.

Me estaba dando una elección. Incluso ahora, cuando podía sentir su desesperada necesidad a través del vínculo. Incluso cuando sus ojos brillaban rojos y su control claramente pendía de un hilo. Cuando cada instinto que poseía probablemente le gritaba que me reclamara.

Aún me estaba dando la elección. Bueno, por suerte para él, ni siquiera tenía que pensarlo.

Estaba enfadada con él. Furiosa por ser arrastrada aquí contra mi voluntad. Quería estrangularlo por una docena de cosas diferentes. *Sí.* Pero seguía enamorada de él. Eso no había cambiado, *no podía* cambiar. No importaba cuán enfadada estuviera o cuánto quisiera estarlo, mi corazón había tomado su decisión semanas atrás en una librería en el reino humano.

Agarré el frente de su camisa y lo jalé hacia mi nivel. Encontré el punto en su cuello donde quería marcarlo. Donde él me había marcado a mí. Lo lamí una vez para saborear su piel.

Se apoyó contra la pared detrás de mí y gruñó bajo en su garganta. El sonido vibró a través de ambos.

Y entonces mordí con fuerza.

El cambio fue inmediato y abrumador. El dolor desapareció, se esfumó como si nunca hubiera existido. En su lugar había puro deseo. Una necesidad tan fuerte que hizo que mis rodillas se debilitaran y mi visión se nublara en los bordes. Estaba instantánea y desesperadamente húmeda, más de lo que estaba antes. Doliéndome por él de una manera que eclipsaba todo lo demás.

Mal gimió contra mi boca, sus manos apretando mis caderas con tanta fuerza que sabía que habría moretones después. —Wen. Pequeña compañera. Dime que quieres esto. Dime que quieres mi polla dentro de ti. Necesito oírtelo decir.

—Joder —jadeé en su cuello, mi sexo palpitando de necesidad—. Mal. Por favor. Necesito...

Ni siquiera podía juntar las palabras correctamente, pero él lo entendió. Agarró mis piernas y me levantó como si no fuera nada, llevándome a través de la habitación hasta esa gran mesa del consejo. Me tumbó boca arriba, con mi trasero justo en el borde.

—Necesito oírte decirlo explícitamente —gruñó, sus ojos volviéndose completamente rojos, brillando como brasas—. Dime que sí a que folle este coño apretado. Ruega por ello.

—Es tuyo. Sí. Por favor, Mal, por favor... mete tu polla en mí ahora.

Nuestra ropa era un maldito campo de obstáculos. Demasiados botones, cordones, capas. Los arrancamos como animales. Su

camisa se rasgó, mi vestido se levantó y se apartó de un tirón, sus pantalones se bajaron lo suficiente para liberar esa gruesa polla. Me quité las bragas de una patada, abriendo ampliamente mis piernas mientras él se colocaba entre ellas, su miembro duro y goteando líquido preseminal en la punta.

—Mírate, pequeña compañera —dijo con voz ronca, acariciando su longitud una vez antes de alinearse con mi entrada húmeda—. Tu coño está empapado para mí, goteando por tus muslos. Listo para tomar cada centímetro de mi polla dura. Eres mía para follarte.

Dios. Me encantaba cuando me hablaba sucio. Dejar que leyera todos esos libros picantes valió totalmente la pena ahora.

Embistió profundamente, un empuje sólido que estiró mis paredes alrededor de su grosor. Gemí fuerte, el ardor convirtiéndose en calor mientras llegaba hasta el fondo, sus testículos golpeando contra mi trasero. —Joder, sí... ¿lo sientes? Tu coño me está agarrando tan apretado, chupándome como si me poseyera. Lo cual hace, por cierto.

Pero eso no era suficiente. El calor dentro de mí exigía más, más rudo, y él pareció entender sin palabras. Se retiró lentamente, luego me dio la vuelta sobre mis manos y rodillas en la mesa, mis pechos presionando contra la madera. Sus manos agarraron mis caderas de nuevo, tirando de mí hacia atrás mientras metía su polla de nuevo, más profundo esta vez, golpeando mi cuello uterino con una sacudida.

—Eso es —gruñó, comenzando a golpearme duro y rápido, sin piedad. Cada embestida sacudía mi cuerpo hacia adelante, la mesa crujiendo bajo nosotros. Sus caderas golpeaban contra mi trasero, sonidos húmedos llenando la cámara mientras mis jugos cubrían su eje—. Toma mi polla, Wen. Deja que folle este coño codicioso hasta dejarlo en carne viva. Estás tan mojada, apretándote a mi alrededor... joder, se siente bien. Lo estás haciendo tan bien para mí.

No podía contener los ruidos. Mis gemidos se convirtieron en gritos, su nombre derramándose como un cántico. Realmente no me importaba quién nos escuchara ahora. —Mal... oh joder, más fuerte...

Él gimió mi nombre en respuesta, bajo y destrozado. Una mano se deslizó hasta mi garganta, los dedos envolviéndola firmes pero sin asfixiar, solo manteniéndome en su lugar mientras me embestía. Su otra mano se coló entre mis piernas, los dedos encontrando mi clítoris y frotando círculos rápidos y rudos. —Vamos, pequeña compañera. Frótate ese clítoris mientras te follo. ¿Sientes mi polla estirándote ampliamente? Vas a correrte sobre mi polla... a ordeñarme hasta secarme.

La presión se acumuló rápido, enrollándose fuerte en mi vientre. Sus embestidas no disminuyeron, su polla arrastrándose a lo largo de mis paredes, golpeando ese punto dentro que hacía que mi visión se nublara. Me empujé contra él, recibiendo cada golpe, mi trasero temblando por la fuerza.

—Sí... joder, Mal, me estoy corriendo... —Grité, el orgasmo golpeándome como un puñetazo, mi sexo espasmodándose fuertemente alrededor de su polla, apretándolo mientras las olas me atravesaban. Los jugos brotaron, empapando sus testículos y la mesa debajo.

—Buena chica —me elogió, con voz áspera—. Corriéndote tan fuerte sobre mi polla. Esa es mi compañera... joder, tu coño está palpitando, atrayéndome más profundo.

Pero no se corrió. Todavía estaba duro como una roca, palpitando dentro de mí. Se retiró con un sonido húmedo, mi agujero apretándose sobre la nada, y se sentó en una de las sillas del consejo, mirándome.

—Ven aquí —ordenó, acariciando su polla húmeda—. A horcajadas sobre mí. Úsame, pequeña compañera, cabalga esta polla y toma lo

que necesites.

Me subí, con las piernas temblorosas, posicionando mi sexo goteante sobre su punta. Me hundí lentamente al principio, sintiendo cada vena mientras lo tomaba centímetro a centímetro hasta que estuvo enterrado profundamente de nuevo. —Oh dioses, Mal... tu polla me llena tan bien.

—Muévete —gruñó, con las manos en mis caderas guiándome arriba y abajo—. Rebota en mi polla, pequeña compañera. Fóllate sobre mí y muéstrame cuánto lo deseas.

Lo hice, levantándome y dejándome caer con fuerza, mis tetas rebotando con cada cabalgada. Su polla golpeaba profundo, rozando contra mi punto G, y froté mi clítoris contra su base para obtener fricción. Él empujaba para encontrarme, gruñendo con cada golpe de piel.

—Eso es... cabálgame más fuerte. Tu coño está tan apretado, agarrando mi eje como un tornillo. Joder, Wen, eres perfecta... tomando mi polla como si hubieras sido hecha para ello. Córrete de nuevo para mí.

Nuestras bocas chocaron, las lenguas desordenadas mientras nos besábamos entre gemidos. Sus manos vagaban, una pellizcando mi pezón, la otra dando una palmada ligera a mi trasero para instarme a ir más rápido. El placer aumentó de nuevo, y me corrí con un grito ahogado contra sus labios, las paredes pulsando a su alrededor.

—Joder... *Wen* —gimió, las caderas moviéndose salvajemente. Su polla se hinchó, luego estalló, semen caliente disparándose profundamente en mi sexo, llenándome mientras me mantenía abajo. Temblamos juntos, su liberación mezclándose con la mía, filtrándose alrededor de su base.

—Oh dioses —respiré cuando pude hablar, mi cuerpo flácido contra él. El calor había disminuido a un ardor bajo, pero lo sentí

agitándose ya, mi sexo contrayéndose alrededor de su polla que se ablandaba.

Esto no había terminado. Ni por asomo.

Mal se levantó con su polla aún dentro de mí, el semen goteando por mis muslos mientras salía lentamente. Gemí ante la pérdida. Ajustó nuestra ropa rápidamente, pantalones subidos, vestido alisado, pero éramos un desastre, oliendo a sexo. Me llevó por la puerta, comprobando que el pasillo estuviera despejado. Vacío, gracias a los dioses. Todos habían huido, muy inteligente por su parte.

Me llevó a través del castillo, mi cara enterrada en su cuello mientras respiraba su aroma. Olíamos el uno al otro ahora. Apenas registré el camino que tomamos. Todo se sentía nebuloso, abrumador. El calor estaba aumentando de nuevo y podía sentir su respuesta a través del vínculo.

Llegamos a sus aposentos. Nuestros aposentos ahora, supuse. Cerró la puerta de una patada con suficiente fuerza para hacer temblar el marco y cruzó la habitación, dejándome sobre la enorme cama.

Entonces simplemente... se detuvo. Mirándome, sin decir una palabra.

Sus ojos eran completamente rojos ahora, brillando más intensamente de lo que nunca los había visto. Su respiración era pesada, sus manos estaban apretadas en puños a sus costados. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso. Fue entonces cuando me di cuenta: Ya no estaba en control. No era el hombre que conocía, el Mal que leía novelas románticas y ayudaba a los clientes y pedía permiso antes de tocarme. El que estaba frente a mí era pura bestia. Puro *lobo*, instinto y necesidad.

Y me estaba mirando como si fuera su presa. Que los dioses me ayuden.

—¿Mal? —Mi voz salió entrecortada. Probablemente debería estar asustada, preocupada por la falta de humanidad en sus ojos. No lo estaba.

Gruñó bajo y dio un paso hacia la cama.

El calor ardió de nuevo en mi vientre, más fuerte esta vez, más exigente. Mi cuerpo sabía lo que necesitaba. Extendí la mano hacia él. Inmediatamente vino a mí, y el mundo se redujo a solo nosotros. Solo *esto*, el vínculo y la necesidad y la abrumadora certeza de finalmente ser completamente suya.

Las horas se confundían. Perdí la noción del tiempo. Perdí la noción de todo excepto de él y del calor y de la desesperada necesidad que seguía aumentando y alcanzando su cúspide y volviendo a aumentar. Él era insaciable. *Yo* era insaciable. El vínculo entre nosotros brillaba con tanta intensidad que casi podía verlo.

En algún momento me di cuenta de que ya no hablaba, ya no usaba palabras. Solo gruñidos y sonidos posesivos que me hacían sentir segura, reclamada. Valorada.

Su lobo había tomado el control por completo, y estaba aprendiendo que su lobo me deseaba tan desesperadamente como el hombre. Tal vez más.

Debí quedarme dormida en algún momento porque cuando abrí los ojos, una luz pálida se filtraba por las ventanas. Mañana. O quizás tarde. No tenía idea de cuánto tiempo habíamos estado así.

Mal estaba envuelto a mi alrededor, con su cara enterrada en mi cuello. Su respiración era ahora acompasada, profunda. Estaba dormido.

Me moví ligeramente y me estremecí. Definitivamente estaba dolorida. Todo me dolía.

A través del vínculo, sentí su satisfacción incluso mientras dormía. Su contentamiento. Su absoluta certeza de que yo era suya y él era mío.

El vínculo mismo se sentía diferente ahora. Más fuerte, más sólido. Un hilo dorado que nos conectaba y se sentía irrompible.

Probablemente debería seguir enfadada con él, hacerle trabajar más duro por el perdón. Probablemente no debería haber pasado tantas horas perdiéndome completamente en él.

Pero no podía arrepentirme.

Esto era el vínculo de pareja. Esta intensidad, esta conexión y abrumadora certeza que trascendía la lógica o la razón o el enfado.

Estaba emparejada con un rey hombre lobo, por el amor de Dios. Mi vida se había vuelto increíblemente extraña. Cerré los ojos y dejé que el sueño me llevara de nuevo. Podíamos lidiar con el consejo y Andreas y la política más tarde. Ahora mismo, solo quería permanecer en este momento. A salvo, reclamada y finalmente en casa.

23

—•—

Wen

Desperté unas horas más tarde con mi cuerpo palpitando de una manera que no era del todo dolorosa pero sí insistente. Un bajo zumbido de necesidad pulsaba a través de mí, manejable en comparación con el infierno de antes. El calor seguía ahí, pero ahora ardía a fuego lento en lugar de arder con furia.

Mal estaba tendido sobre mí con un brazo sobre mi cintura y una pierna enredada con las mías, su rostro enterrado en mi cuello mientras respiraba profundamente en sueños. Estaba cubierta de sudor y me sentía pegajosa por todas partes. El agua sonaba maravillosa. Un baño sonaba aún mejor.

Me desenredé cuidadosamente de él, deslizándome desde debajo de su brazo y fuera de la cama tan silenciosamente como fue posible.

El baño estaba a través de una puerta en el lado opuesto de la habitación. Lo había estado usando durante días, pero seguía fascinada por su tecnología. A veces las cosas aquí parecían medievales, como las antorchas y la falta de electricidad. Pero otras cosas eran sorprendentemente avanzadas. La fontanería, por

ejemplo. Tenían agua caliente corriente a través de un sistema de tuberías que aún no entendía completamente.

Caminé hasta la gran bañera de piedra y empujé la palanca que había aprendido que controlaba el flujo de agua. El agua caliente comenzó a salir por el caño con vapor elevándose inmediatamente.

Observé cómo se llenaba mientras mi cerebro trataba de reconciliar todo lo que había visto en este reino. La magia tenía que estar involucrada de alguna manera. No había otra explicación.

La bañera estaba casi llena cuando sentí unos brazos rodearme por detrás. Salté y jadeé.

—¿Por qué me dejaste? —la voz de Mal estaba amortiguada contra mi pelo y sonaba genuinamente herido—. Desperté y no estabas. Nunca vuelvas a hacer eso.

No pude evitar reírme de su tono de cachorro apaleado.

—Solo estaba preparando un baño. Estoy a tres metros de la cama.

—No estabas allí. Eso es demasiado lejos —me atrajo más cerca contra él, posesivo y necesitado de una manera que era muy poco característica de él—. Te necesito cerca.

—Estás siendo ridículo.

—Soy un macho emparejado cuyo lobo acaba de reclamar a su compañera durante horas y no quiere perderla de vista —se acarició contra mi cuello y besó la marca que me había dejado allí—. Quédate cerca. Por favor.

Mi corazón se encogió al verlo tan vulnerable. Normalmente era tan compuesto y majestuoso. Esta versión suya sin protección me estaba afectando.

—Entra conmigo —dije suavemente.

No necesitó que se lo dijera dos veces.

Entramos juntos en la bañera, el agua caliente golpeando mi piel y aliviando inmediatamente el dolor de mis músculos. Mal me atrajo hacia su regazo, posicionándome para que lo montara, nuestros rostros cerca. Su miembro ya estaba medio duro contra mi muslo bajo el agua.

—Hola —susurré.

—Hola, pequeña compañera —sonrió, esa sonrisa genuina que transformaba todo su rostro—. ¿Cómo te sientes?

—Dolorida. Pero bien. El calor todavía está ahí pero ahora es manejable.

—Irá y vendrá durante uno o dos días más. Menos intenso cada vez —sus manos subían y bajaban por mis costados en caricias tranquilizadoras en lugar de exigentes—. Te cuidaré durante todo el proceso.

—Sé que lo harás.

Permanecimos así por un momento, solo mirándonos mientras el frenesí de antes se desvanecía en algo más calmado, más real. Cuando me besó, fue suave y tierno, nada parecido a la desesperada posesión, al hambre frenética de antes.

Me hundí en el beso, saboreándolo, sintiendo sus manos gentiles en mi espalda. El calor se agitó de nuevo en mi centro, pero se construyó lentamente, como un resplandor cálido extendiéndose por mi sexo. Me moví en su regazo, y su miembro se estremeció, endureciéndose completamente contra mis pliegues.

—Wen —respiró contra mi boca—. No tenemos que...

—Quiero hacerlo —lo besé de nuevo—. Pero más lento esta vez. Suave.

—Suave —aceptó—. Puedo darte eso, pequeña compañera. Puedo ser suave.

Agarró mis caderas ligeramente, ayudándome a levantarme. Alcancé bajo el agua, guiando su grueso miembro hacia mi entrada. Me hundí lentamente, la expansión haciéndome jadear mientras su grosor separaba mis paredes. El agua se agitaba a nuestro alrededor mientras lo tomaba por completo, llegando hasta el fondo con su punta presionando profundamente dentro de mí.

—Joder, sí —gemí suavemente, sintiéndome tan llena, con su miembro palpitando en mi calor—. Se siente tan bien cómo me estiras así.

Comenzamos a movernos juntos, sin prisa, simplemente meciendo nuestras caderas en un ritmo constante. Me elevé un poco, luego me deslicé hacia abajo, su eje arrastrándose a lo largo de mis paredes internas, golpeando ese delicioso punto que enviaba chispas a través de mí. Sus manos permanecieron en mis caderas, guiando sin forzar, sus pulgares frotando círculos en mi piel.

Sus ojos fijos en los míos todo el tiempo, grises ahora, claros y llenos de ese amor crudo que me golpeaba justo en el pecho. Sin resplandor rojo, solo él, presente y abierto.

—Te amo —susurró, empujando suavemente para encontrarse conmigo—. Te amo tanto que me asusta. Eres mi razón para respirar, la que me hace esforzarme por ser digno. ¿Sientes cómo tu sexo agarra mi miembro? Somos nosotros: conectados, perfectos.

Sentí todo a través del vínculo, su amor inundándome más cálido que el agua del baño, envolviéndose con fuerza alrededor de mi corazón mientras su miembro pulsaba dentro de mí.

—Yo también te amo —susurré en respuesta, moliéndome más fuerte por un segundo antes de aflojar—. Incluso cuando estoy enfadada contigo. Incluso cuando quiero golpearte. Te amo.

Besó mi frente, luego mis mejillas, mi nariz, mi mandíbula, sus labios suaves contra mi piel mojada. Entre cada uno, murmuró:

—Pasaré cada día expiando el haberte traído aquí sin consentimiento. Recuperaré tu confianza. Demostraré que merezco este pequeño y apretado sexo envolviéndome.

—Ya lo mereces —dije en voz baja, apretándome a propósito alrededor de su miembro, haciéndolo gemir—. Me diste una opción incluso cuando tu lobo estaba furioso. Eso importa.

—Tú eres mi elección. Cada vez. En cada vida y en cada mundo —me besó de nuevo en la boca—. Mi compañera perfecta.

Mantuvimos el ritmo perezoso, mis caderas girando mientras me elevaba y dejaba caer un poco, el agua lamiendo nuestra piel. Su miembro se deslizaba dentro y fuera suavemente, cubierto por mi excitación, la fricción construyendo ese placer constante, como una marea creciente en lugar de una tormenta. Me incliné, mis pechos presionando contra su pecho, pezones duros contra él mientras me mecía un poco más rápido.

—Mal... oh joder, justo ahí —respiré, la presión enrollándose en mi vientre. Su punta rozaba mi punto G con cada movimiento, y sentía mis paredes aleteando a su alrededor.

—Córrete para mí, pequeña compañera —instó suavemente, deslizando una mano entre nosotros para frotar mi clítoris en lentos círculos bajo el agua—. Deja que tu sexo apriete mi miembro. Quiero sentirte deshacerte sobre mí.

El orgasmo me golpeó profundo, las olas rodando a través de mí mientras jadeaba su nombre, mi sexo apretándose rítmicamente

alrededor de su miembro, atrayéndolo más fuerte. Él me siguió justo después, gimiendo bajo, sus caderas sacudiéndose hacia arriba una vez mientras se corría, chorros calientes de semen llenándome profundamente y mezclándose con la calidez del baño.

Permanecimos así, unidos, con las frentes tocándose, respiraciones sincronizadas mientras las réplicas se desvanecían, durante un largo momento.

—Gracias —murmuró, todavía enterrado dentro de mí—. Por elegirme. Por completar el vínculo. Por dejarme follarte así, por darme todo de ti.

—Gracias por darme una opción —lo besé ligeramente, sintiendo su miembro suavizarse.

Nos bañamos después de eso y realmente nos lavamos a nosotros mismos y mutuamente con jabón que olía a hierbas. Él fue gentil mientras me limpiaba, cuidadoso con las zonas doloridas. Le devolví el favor, pasando mis manos por su cuerpo y maravillándome de que fuera mío.

Cuando finalmente salimos, me envolvió en una toalla que era más suave que cualquier cosa que hubiera sentido en este reino y me ayudó a secarme antes de encontrar ropa para ambos. Me vestí con un vestido simple con cuello alto para ocultar mi marca. Él se vistió con ropa formal de cuero y tela oscura que lo hacía parecer en todo sentido un rey.

—Necesito reunir al consejo —dijo mientras se abrochaba la camisa —. Hablar sobre ti siendo mi compañera. Abordar cualquier animosidad de frente antes de que se enquiste. Y Aurion ha estado investigando algunas irregularidades financieras. Dinero que podría haberse usado para influir en los consejeros para que apoyen a Andreas. Si encuentra pruebas, finalmente podremos encarcelar a Andreas, a su familia y a cualquier consejero corrupto.

Asentí mientras la esperanza florecía en mi pecho.

—Eso resolvería todo.

—Resolvería muchas cosas —se acercó a mí y acunó mi rostro con ambas manos—. Esto tiene que funcionar. Necesito mi reino seguro para poder centrarme en hacerte feliz.

—Ya soy feliz —admití—. Frustrada y confundida y todavía procesando todo, pero feliz. Porque estoy contigo.

Me besó suavemente.

—No te merezco.

—Probablemente no. Pero ahora estás atrapado conmigo.

—El mejor destino que podría imaginar —me besó una vez más antes de dirigirse a la puerta—. Quédate en las habitaciones por ahora. Por favor. Mandaré por ti cuando termine la reunión del consejo.

—Me quedaré —prometí.

Se fue con una última mirada prolongada.

Me quedé ahí un momento mirando la puerta cerrada. Luego miré alrededor de la enorme habitación.

No quería pasar todo el día encerrada. No después de una semana de permanecer principalmente en estas habitaciones. Me estaba volviendo loca. La biblioteca seguía llamándome. Sorcha me había hablado de ella a principios de esta semana, dijo que era hermosa con tomos antiguos y altas ventanas que dejaban entrar la luz natural. Había visto el exterior del edificio durante mis limitados paseos pero nunca había entrado.

Quería verla. Con urgencia.

Caminé hacia la puerta y la abrí. Dos guardias estaban en el pasillo y se volvieron para hacer una pequeña reverencia cuando me vieron.

—Mi señora —dijo uno de ellos. Era joven, quizá veinticinco años con ojos amables—. ¿Necesita algo?

—Quiero ir a la biblioteca —dije—. ¿Podéis llevarme allí?

Intercambiaron una mirada.

—El rey pidió que permanecieras en las habitaciones...

—El rey lo pidió. No lo ordenó. Y me estoy volviendo loca ahí dentro —les sonreí—. ¿Por favor? Estaré en la biblioteca. Está en el castillo. Es seguro.

El guardia mayor, probablemente en sus cuarenta con cabello grisáceo, asintió lentamente.

—Muy bien, mi señora. Te escoltaremos.

Caminamos por los pasillos y traté de memorizar el camino. Izquierda en el pasillo con el tapiz del lobo. Derecha en la estatua de bronce de algún rey pasado. Bajando las escaleras con los escalones de piedra desgastados. A través del pasillo forrado de retratos pintados.

Las puertas de la biblioteca eran enormes y hechas de madera oscura con intrincados grabados de libros y pergaminos. Los guardias las abrieron para mí.

Jadeé.

Era hermosa. Más hermosa de lo que Sorcha había descrito.

La habitación era enorme y se elevaba a tres pisos de altura con balcones rodeando cada nivel. Antiguos tomos cubrían todas las paredes y las estanterías se extendían desde el suelo hasta el techo.

Altas ventanas dejaban entrar rayos de luz dorada de la tarde. Debía ser la hora dorada porque todo brillaba con un cálido color.

—Nos posicionaremos en ambas entradas, mi señora —dijo el guardia más joven—. Llama si necesitas algo.

Un guardia se situó cerca de las puertas principales por las que había entrado. El otro caminó a través de la amplia sala hasta donde había una segunda salida en la pared opuesta. Ambos estaban dentro conmigo, cubriendo las dos vías de entrada y salida.

Me adentré más en la biblioteca y pasé mis dedos por los lomos de los libros. La mayoría estaban en idiomas que no podía leer. Pero algunos estaban en inglés o al menos lo suficientemente cerca del inglés como para distinguir los títulos.

Subí las escaleras al segundo nivel y me encontré en una sección sobre historia, magia y mitología.

Un tomo llamó mi atención. La encuadernación de cuero estaba desgastada por la edad y el título estaba desvanecido pero aún legible: «Magias y Rituales Antiguos».

Lo saqué de la estantería con cuidado y lo abrí. Las páginas estaban amarillentas por la edad y ligeramente quebradizas.

Hojeé secciones sobre hechizos y rituales. Protecciones. Hechizos de curación. Magia de transformación. Luego encontré una sección sobre portales y se me cortó la respiración.

La redacción era similar a lo que había leído con mis amigos esa noche. No idéntica, pero lo suficientemente cercana como para reconocer la misma estructura básica y ritmo.

Nunca me había cuestionado realmente cómo pude abrir el portal. Cómo había funcionado el hechizo cuando no creía en la magia.

Cómo había logrado atraer a Mal desde otro reino completamente diferente.

Pero ahora me preguntaba.

Mal me había dicho una vez que esta no era la primera vez que se había abierto el portal. Que cuando se cerraba en el pasado, la gente quedaba atrapada en ambos lados. Lobos en el reino humano. Humanos aquí.

¿Podría yo ser descendiente de una de esas personas? ¿Podría ser esa la razón por la que pude realizar el hechizo sin siquiera pretenderlo? ¿Porque tenía magia en mi sangre que nunca supe que existía?

Estaba tan perdida en mis pensamientos, dando vueltas a las posibilidades en mi mente e intentando darle sentido a todo, que casi no me di cuenta cuando la atmósfera en la biblioteca cambió. El aire se sentía diferente de alguna manera. Más pesado. Incorrecto.

Entonces el olor me golpeó y me sacó violentamente de mis pensamientos.

Sangre. Cobre y sal y sangre inconfundiblemente fresca.

Mi cabeza se levantó de golpe del libro. Mi corazón comenzó a acelerarse antes de que mi cerebro procesara completamente el peligro.

Me di la vuelta lentamente y se me cayó el alma a los pies.

Un hombre vestido completamente de negro con la cara cubierta por una tela oscura estaba sacando un cuchillo del pecho de mi guardia más joven. La hoja salió húmeda y roja. Los ojos del guardia estaban abiertos de par en par por la conmoción y el dolor mientras la sangre florecía en su pecho.

El tiempo pareció ralentizarse mientras lo veía desplomarse en el suelo. La sangre comenzó a acumularse debajo de él, extendiéndose por la antigua piedra en una mancha oscura.

El otro guardia al otro lado de la habitación vio lo que estaba sucediendo y corrió hacia su compañero y el asesino. Chocaron en medio de la biblioteca en un enredo de extremidades. Los sonidos de su lucha resonaron en los altos techos mientras el acero chocaba contra el acero.

Yo estaba paralizada en la barandilla del segundo nivel. Mi cerebro no podía procesar lo que estaba viendo. No podía hacer que mi cuerpo se moviera. Mis pulmones parecían haber dejado de funcionar.

Entonces entró en acción el entrenamiento. Las horas que Mal y Aurion habían pasado enseñándome cómo defenderme. Cómo pensar bajo presión.

Muévete. Tenía que moverme.

Obligué a mis piernas a funcionar y bajé las escaleras tambaleándome. Mis manos temblaban tanto que tuve que agarrarme a la barandilla para no caerme. Llegué hasta el guardia caído y me arrodillé a su lado.

—Por favor —susurré, alcanzándolo con manos temblorosas—. Por favor, despierta.

Pero sus ojos ya estaban vidriosos. Había mucha sangre. Demasiada sangre. Su pecho ya no se movía.

Estaba muerto. Por mi culpa. Porque me estaba protegiendo.

Un sollozo se atascó en mi garganta pero lo tragué. No había tiempo para eso. Tenía que concentrarme.

Agarré el cuchillo de su cinturón. La empuñadura estaba resbaladiza con su sangre y mis manos temblaban, pero me obligué a sujetarlo con fuerza. Luego me concentré en el vínculo. En Mal. En ese hilo dorado que nos conectaba.

Reuní cada pizca de fuerza que tenía y empujé una sola palabra a través.

«Ayuda».

El esfuerzo hizo que mi cabeza diera vueltas y mi visión se volviera borrosa en los bordes. Pero sentí que llegaba. Sentí la respuesta inmediata de Mal a través del vínculo. Pánico y furia y la promesa de que venía en camino.

Un grito atrajo mi atención de nuevo a la pelea. El asesino acababa de pasar su hoja por la garganta de mi otro guardia en un solo movimiento brutal. Las manos del hombre mayor volaron a su cuello, pero la sangre brotaba entre sus dedos. Hizo un sonido horrible mientras caía de rodillas y luego se desplomaba hacia adelante sobre el suelo de piedra.

Estaba sola con un asesino.

El terror me inundó, pero me obligué a moverme. Corrí hacia la otra salida donde había estado apostado el guardia mayor. Si pudiera atravesar esa puerta y llegar al pasillo, podría gritar pidiendo ayuda. Alguien me oiría.

Pero el asesino fue más rápido de lo que esperaba. Me interceptó a mitad de camino de la habitación y bloqueó mi camino con su cuerpo.

Su cara estaba cubierta por una tela oscura que envolvía todo excepto sus ojos. Esos ojos eran fríos y calculadores mientras me examinaban.

—¿A dónde vas, pequeña humana? —su voz estaba amortiguada por la tela pero seguía siendo burlona. Divertido por mi miedo.

Sostuve el cuchillo frente a mí aunque mis manos temblaban tanto que la hoja oscilaba—. Aléjate.

Se rio. El sonido resonó en los altos techos—. ¿Crees que puedes luchar contra mí? No eres nada. Una humana débil que no pertenece aquí.

Se abalanzó sobre mí más rápido de lo que pude seguir. Esquivé por puro instinto y sentí el aire moverse cuando su hoja pasó por donde había estado mi cabeza un segundo antes. Lancé un tajo salvaje con mi propio cuchillo y por algún milagro logré conectar. La hoja le cortó el brazo y le hizo sangrar.

Miró la herida y luego a mí—. Maldita perra.

Intenté correr de nuevo, pero me agarró del brazo y me tiró hacia atrás con tanta fuerza que sentí que algo en mi hombro hacía un chasquido. Grité cuando el dolor me atravesó.

El cuchillo se cayó de mis dedos entumecidos y repiqueteó por el suelo de piedra, fuera de mi alcance.

Su hoja vino hacia mí y sentí cómo cortaba la carne de mi brazo. El dolor explotó caliente e inmediato. La sangre corrió por mi piel y goteó en el suelo.

Luego su mano estaba alrededor de mi garganta. Apretando. Cortándome el aire.

Arañé su mano desesperadamente, tratando de aflojar sus dedos, pero era mucho más fuerte que yo. Mis pulmones ardían. Puntos negros bailaban en los bordes de mi visión. No podía respirar. No podía gritar. No podía hacer nada más que rasgar inútilmente su agarre.

—Una perra como tú debería haberse quedado en tu reino —gruñó. Su cara estaba cerca de la mía ahora y podía ver el odio en sus ojos —. No perteneces aquí. Arruinarás todo por lo que hemos trabajado.

Mi visión se estaba estrechando. Todo se oscurecía por los bordes. Podía sentir que empezaba a perder la conciencia.

Entonces las puertas no solo se abrieron. Explotaron hacia adentro en una lluvia de astillas mientras un enorme lobo negro irrumpía a través de ellas.

Los ojos del lobo brillaban rojos de rabia. Sus labios estaban retraídos para mostrar dientes que eran demasiado grandes y afilados. Se lanzó contra el asesino sin dudarlo.

La mano del asesino dejó mi garganta cuando las mandíbulas del lobo se cerraron sobre ella. Oí huesos crujir. Oí al asesino gritar mientras el lobo desgarraba y arrancaba.

Me derrumbé en el suelo jadeando por aire. Mi garganta se sentía aplastada. Cada respiración dolía.

La sangre salpicó los antiguos libros y el suelo de piedra. Los gritos del asesino se convirtieron en gorgoteos y luego se silenciaron. El lobo era salvaje y despiadado mientras lo despedazaba, asegurándose de que estuviera muerto antes de retroceder.

Entonces el lobo estaba cambiando y los sonidos eran horribles. Huesos rompiéndose y reformándose. Pelo retrocediendo. La forma masiva encogiéndose.

Mal se agachó donde había estado el lobo. Estaba completamente desnudo y cubierto con la sangre del asesino.

—Wen —su voz era áspera mientras cruzaba la habitación hacia mí. Sus manos estaban inmediatamente en mi cara y luego en mi garganta donde podía sentir los moretones que ya se estaban

formando. Entonces vio mi brazo sangrando y su rostro se puso blanco—. Wen. Pequeña compañera. ¿Estás herida? ¿Dónde estás herida?

—Mi brazo —logré decir con voz ronca. Mi voz era áspera y me dolía hablar—. Me cortó el brazo.

Mal miró la herida y la sangre que aún fluía de ella. El horror cruzó sus facciones.

—Vas a estar bien. Te llevo a la enfermería. Estarás bien —hablaba demasiado rápido y sus manos temblaban mientras me levantaba en sus brazos. Corrió a través de la biblioteca y hacia el pasillo más allá.

Los nobles que habían sido atraídos por el ruido jadearon cuando nos vieron. Vieron la sangre que nos cubría a ambos. Vieron a su rey desnudo llevando a su compañera sangrando a través del castillo.

—¡Apartaos! —rugió Mal—. ¡Quitaos de mi puto camino!

Se dispersaron en todas direcciones mientras él corría más rápido. Enterré mi cara en su pecho y sentí su corazón latiendo contra mi mejilla. Sentí su terror a través del vínculo tan claramente como si fuera el mío propio.

—Vas a estar bien —seguía repitiendo como un mantra—. Vas a estar bien. No te perderé. No puedo perderte.

—Estoy bien —intenté decir, pero mi voz era apenas un susurro—. Mal, estoy bien.

Pero él estaba más allá de oír. Más allá del pensamiento racional. Su lobo todavía estaba demasiado cerca de la superficie. Todo lo que sabía era que su compañera estaba sangrando y necesitaba arreglarlo inmediatamente.

Irrumpimos en la enfermería y los sanadores se levantaron de sus puestos con expresiones sobresaltadas.

—¡Ayudadla! —rugió Mal—. ¡Que alguien la ayude ahora mismo, joder!

Se apresuraron y me tomaron de sus brazos con suavidad. Me acostaron en una cama con sábanas blancas y limpias que inmediatamente comenzaron a mancharse de rojo.

Mal se cernía a mi lado y se negaba a moverse más de un pie de distancia. Agarró mi mano no herida en un agarre que rozaba lo doloroso.

—Esto está bien. Estarás bien —susurró. Sus ojos todavía estaban rojos y brillantes. Todavía más lobo que hombre—. Te lo juro. Estarás jodidamente bien.

Apreté su mano con la poca fuerza que me quedaba—. Lo sé. Estoy bien. Lo prometo.

Pero él no parecía convencido. Parecía absolutamente aterrorizado.

Y me di cuenta de que el Rey Lobo que había enfrentado a desafiantes y miembros del consejo e intrigas políticas estaba completamente deshecho por la visión de su compañera sangrando en una cama de enfermería.

24

—•—

Malachar

Había pasado un día desde el peor día de mi puta vida, y todavía me sentía atrapado en una pesadilla de la que no podía despertar.

Wen se estaba curando. El corte en su brazo había dejado de sangrar y los sanadores habían aplicado una crema especial hecha por un aquelarre de brujas que teníamos que localizar una vez al año para obtenerla. Era rara y cara y reservada exclusivamente para la realeza. Les había hecho usar todo el frasco en ella. No aceptaría nada menos que la completa curación de cada lesión que había sufrido.

No había dormido desde que la encontré en esa biblioteca siendo estrangulada por un asesino. No podía cerrar los ojos sin verla sangrando en la cama de la enfermería. Wen me había dicho esta mañana que parecía lo que ella llamaba un zombi en su reino. Una bestia que estaba muerta pero seguía caminando. Así era exactamente como me sentía. Vaciado. Apenas funcionando.

No sabía cómo manejar esto. No sabía cómo protegerla cuando cada movimiento que hacía parecía ponerla en más peligro.

Había enviado a Aurion a investigar quién había enviado al asesino. Había encontrado pruebas que vinculaban el ataque al concejal Matthias, uno de los partidarios más vocales de Andreas. Pero lo que necesitaba era evidencia para destruirlos a todos. No solo a un concejal corrupto. Necesitaba cortar la podredumbre de raíz, y la raíz era el propio Andreas.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Aurion estaba en la entrada e inclinó la cabeza hacia el pasillo. Necesitábamos hablar fuera.

Miré hacia atrás a Wen durmiendo en mi cama. Su rostro estaba tranquilo en el sueño a pesar de los moretones aún visibles en su garganta. Mi lobo gimió ante la idea de dejarla aunque fuera por un momento.

Pero me obligué a levantarme y salir al pasillo. Aurion cerró la puerta tras de nosotros en silencio.

—¿Qué has encontrado? —pregunté.

—Las pruebas solo vinculan directamente a Matthias —dijo Aurion. Su expresión era sombría—. Podemos arrestarlo. Ejecutarlo. Pero no resolverá el problema mayor.

—Andreas.

—Sí. Y solo hay una forma de proteger realmente a Wen de futuros ataques —Aurion me miró a los ojos—. No te va a gustar nada.

Sentí que mi lobo salía a la superficie. Mis ojos comenzaron a brillar. Un gruñido retumbó en mi pecho—. No.

—Malachar, escúchame...

—No. Sé lo que vas a sugerir y la respuesta es no.

—Estás siendo egoísta —dijo Aurion sin rodeos—. Hacer que se quede aquí está poniendo su vida en constante peligro. Nunca dejará de ser un objetivo mientras la gente crea que es tu debilidad. Y si te enfrentas al consejo antes de que tengamos pruebas concretas contra Andreas, te enfrentarás a un golpe de estado. El reino caerá en guerra civil.

Sentí que mi corazón se partía en dos. Sentí rabia y angustia y desesperación inundándome a partes iguales.

Sabía que tenía razón. Joder, sabía que tenía razón. Y lo odiaba tanto que quería derribar todo el castillo con mis propias manos.

—Tiene que haber otra forma —dije. Mi voz salió áspera. Rota.

—No la hay. No una que la mantenga a salvo —la expresión de Aurion era comprensiva—. Necesitas rechazarla públicamente. Enviarla de vuelta al reino humano. Solo entonces Andreas y sus partidarios la dejarán en paz. Solo entonces estará a salvo.

Me aparté de él y apoyé mis manos contra la pared de piedra. Mis garras se extendieron sin mi permiso y rasparon contra la roca. Todo en mí gritaba que me negara. Que luchara. Que mantuviera a mi compañera a mi lado sin importar el costo.

Pero el costo sería su vida. Y no podía soportar eso.

Suspiré y me tiré del pelo con ambas manos. Tiré lo suficientemente fuerte como para doler. El dolor físico era más fácil de manejar que la agonía emocional que desgarraba mi pecho.

—Sé que Noctherion está bien bajo tu gobierno —dije sin darme la vuelta—. Tu consejo está lleno de buenos hombres que te son leales. Después de todo, es tu derecho de nacimiento.

—¿Adónde quieres llegar con esto? —preguntó Aurion con cautela.

Me volví para mirarlo—. Te estoy rogando que vayas con ella. Al reino humano. Es la única manera en que puedo dejarla ir. La única manera en que puedo obligarme a alejarla. Si sé que estarás allí para protegerla, para vigilarla, entonces tal vez pueda sobrevivir a esto.

Aurion estudió mi rostro durante un largo momento—. Me estás pidiendo que abandone mi reino.

—Te estoy pidiendo que salves a mi compañera. Porque no puedo hacer ambas cosas. No puedo protegerla y asegurar Ravenor al mismo tiempo. Así que estoy eligiendo Ravenor porque eso es lo que la mantiene más segura. Pero necesito que tú la elijas a ella.

—La amas tanto.

«Más que mi propia vida. Más que este trono. Más que cualquier cosa». Mi voz se quebró. «Por favor, hermano. Nunca te he pedido nada. Pero te lo pido ahora. Ve con ella. Mantenla a salvo. Y cuando todo esto termine, cuando haya destruido a Andreas y asegurado el reino, iré yo mismo a buscarla».

Aurion asintió lentamente. «Iré. De todos modos, siento curiosidad por este reino de la Tierra. Y enviaré un mensaje a Noctherion para que mi consejo pueda gestionar los asuntos en mi ausencia. Madre puede supervisar las cosas allí. Siempre ha sido buena en política».

El alivio me inundó aunque mi corazón seguía destrozándose. «Gracias».

«¿Cuándo lo harás?»

«Esta noche. Antes de que pierda el valor». Miré de nuevo hacia la puerta de mis aposentos. «Necesito decirle una vez más que la amo. Necesito que entienda que todo lo que hago es por ella. Solo por ella».

«Al principio no lo entenderá», advirtió Aurion. «Pensará que estás eligiendo el trono por encima de ella».

«Lo sé. Pero eventualmente lo entenderá. Tiene que hacerlo». Tragué saliva con dificultad. «Porque si no lo hace, si me odia por esto, no sé cómo sobreviviré».

***

Esa noche, cuando Wen despertó de su siesta, yo estaba sentado al borde de la cama observándola. Sonrió cuando me vio. Esa hermosa sonrisa que hacía que todo valiera la pena.

—Hola —dijo suavemente—. Tienes un aspecto terrible. ¿Has dormido algo?

—No —me incliné y la besé profundamente. Vertí todo lo que sentía en ese beso. Todo mi amor. Toda mi desesperación. Todo mi adiós.

Cuando me aparté, parecía confundida. —¿Mal? ¿Qué ocurre?

—Te amo —dije. Mi voz sonaba firme aunque mi corazón se estaba rompiendo—. Necesito que recuerdes eso. Sin importar lo que suceda. Sin importar lo que veas o escuches. Te amo más que a cualquier cosa en cualquier reino. Todo lo que hago es por tu bien. Se trata de ti y solo de ti. ¿Lo entiendes?

—Me estás asustando —dijo. Su mano se elevó para acariciar mi rostro—. ¿Qué está pasando?

—Solo recuerda lo que he dicho. Por favor —la besé una vez más y luego me levanté antes de perder el valor—. Tengo que irme. Hay una reunión del consejo a la que debo asistir.

—Mal...

Me fui antes de que pudiera terminar. Antes de derrumbarme y contarle todo. Antes de cambiar de opinión y condenarnos a ambos.

Caminé por los corredores hacia la sala del trono. Los nobles se inclinaban a mi paso, pero apenas los registraba. Mi mente estaba centrada en lo que tenía que hacer. En las mentiras que tendría que contar. En la máscara que tendría que usar.

La sala del trono ya estaba llena cuando llegué. Nobles y consejeros se hallaban reunidos en grupos, susurrando entre ellos. Guardaron silencio cuando me vieron.

Caminé hasta mi trono y me senté. Dejé que mi expresión se asentara en la fría máscara del Rey Lobo. Enterré cada emoción en lo más profundo donde nadie pudiera verla.

—Gracias a todos por reuniros con tan poco aviso —dije. Mi voz resonó por la sala con autoridad—. Os he convocado aquí para abordar el ataque que ocurrió en la biblioteca ayer.

Murmullos ondularon por la multitud en oleadas de curiosidad, preocupación y cálculo. Asentí hacia Aurion, que estaba de pie cerca de las puertas, y él salió discretamente para buscar a Wen.

—Alguien pensó que la puta humana era realmente mi pareja —continué. Dejé que una mueca de desprecio curvara mi labio. Dejé que el desdén goteara de cada palabra—. Creyeron que atacarla me heriría. Me debilitaría. Patético.

Los murmullos se intensificaron mientras la confusión y la sorpresa se extendían entre los nobles reunidos.

—Quiero cortar estos rumores antes de que ocurra más violencia basada en suposiciones falsas —me recliné en mi trono. Proyecté aburrimiento, desinterés. Todo lo que no sentía—. La humana ha sido útil, una curiosidad de otro reino. Pero no es mi pareja. Nunca lo fue y *nunca* lo será.

Las puertas se abrieron y Wen entró con Aurion tras ella. Miró alrededor de la sala con evidente confusión. Sus ojos encontraron los míos y vi el momento en que registró mi expresión. La frialdad que había en ella.

El miedo destelló en sus facciones.

Mi corazón me gritaba que parara, que fuera hacia ella, que le explicara todo, pero me forcé a permanecer sentado y mantuve mi expresión congelada en fría indiferencia.

—Majestad —dijo Lord Corvei—. ¿Qué está diciendo exactamente?

—Estoy diciendo que usé a la mascota para mi propio entretenimiento. La traje aquí porque estaba aburrido y quería algo novedoso que me divirtiera. Y, oh, cumplió bastante bien ese propósito. Los humanos pueden ser... *Muy* entretenidos y enérgicos —miré directamente a Wen y observé cómo palidecía—. Pero no es nada más que eso. Un juguete del que me he cansado.

—¿Entonces por qué afirmó que era su pareja en la última reunión del consejo? —gritó Darius con petulancia impregnando cada palabra.

—Sus hormonas estaban alterando mi cabeza. Como todos sabéis probablemente, ella estaba en... Un momento muy particular de su mes. Ahora estoy libre de su hechizo —dejé que mis ojos brillaran rojos mientras me giraba para enfrentarlo completamente—. Y no aprecio que se cuestionen mis decisiones, Darius. Soy el rey. Hago lo que quiero, cuando quiero, por las razones que considero apropiadas. ¿Entiendes?

Darius palideció e inclinó la cabeza. —Sí, Majestad. Mis disculpas.

—Bien —me volví hacia la sala en general—. Fue útil para estudiar el portal, para aprender sobre su reino y para follar. Pero claramente

pretender que significaba algo para mí ha causado más problemas de los que ha resuelto. Así que estoy corrigiendo ese error ahora.

Wen me miraba con traición escrita en cada una de sus facciones. Las lágrimas se acumulaban en sus ojos. Quería morir.

—Si ella no es su pareja, ¿cuáles son sus intenciones respecto al matrimonio? —preguntó Corvei—. Con todo respeto, el reino necesita un heredero. Una reina.

Odiaba esto de verdad.

Hice un gesto hacia la multitud. —Lady Amaia. Por favor, únete a mí.

Amaia dio un paso adelante con un júbilo apenas disimulado iluminando su rostro. Caminó hacia el trono con una gracia exagerada y se situó a mi lado, colocando posesivamente su mano en mi hombro. —Mi rey —ronroneó.

—Me casaré con Lady Amaia dentro de dos meses —anuncié—. Ella será vuestra reina. La alianza entre nuestras familias fortalecerá el reino.

Amaia se inclinó y besó mi mejilla. —Estoy tan honrada, mi amor. Prometo ser todo lo que necesitas —miró directamente a Wen mientras lo decía, con satisfacción viciosa en sus ojos.

La sala del trono estalló en conversaciones mientras algunos nobles expresaban placer ante el anuncio, otros parecían confundidos y todos claramente ansiosos por cotillear sobre este acontecimiento.

Pero yo solo miraba a Wen. Su rostro se había desmoronado completamente mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Se aferraba a su pecho donde el vínculo pulsaba entre nosotros y sentí su dolor a través de esa conexión con tanta intensidad que era una agonía.

—¿Y la humana? —gritó Matthias—. ¿Qué hará con ella?

—Enviarla de vuelta a través del portal —me levanté de mi trono y caminé hacia Wen aunque cada paso se sentía como caminar hacia mi propia ejecución—. Ya no es necesaria ni deseada aquí.

Amaia se rió detrás de mí. —Buen desembarazarse de ella. La pequeña mascota se estaba volviendo tediosa de todos modos.

Me detuve frente a Wen y miré a mi pareja. A la mujer que amaba más que a mi propia vida. Y me preparé para destruir todo lo que había entre nosotros.

—Me das asco —dije. Mi voz era fría y cruel. Cada palabra se sentía como clavar un cuchillo en mi propio pecho—. ¿Realmente creíste que podría amarte? ¿Una humana débil sin poder, sin estatus, sin valor? Por favor. Estás delirando si alguna vez pensaste eso.

—Mal, por favor —susurró. Su voz se estaba quebrando—. No entiendo...

—No hay nada que entender. Al menos nada que tu pequeña mente pueda comprender. Sé que los humanos pueden ser lentos a veces —la miré con todo el desprecio que pude reunir—. Permíteme ser claro al menos con esto: te rechazo, Gwendolyn Woods. No eres mi pareja. Nunca lo fuiste. Rechazo el vínculo entre nosotros. Rechazo todo sobre ti, escoria humana. Te rechazo *completamente*.

25

—•—

Wen

El dolor estalló en mi pecho.

No un dolor metafórico. No una pena de corazón que la gente describe en la poesía. Esto era una verdadera agonía física que se sentía como si mis costillas se estuvieran abriendo y alguien estuviera alcanzando dentro para arrancarme el corazón con sus propias manos.

El vínculo. El vínculo de pareja. Se estaba rompiendo.

Caí de rodillas sobre el frío suelo de la sala del trono mientras el dolor irradiaba desde mi pecho en oleadas. Mis pulmones se negaban a funcionar correctamente. Cada respiración se sentía como inhalar vidrio.

Mal estaba de pie sobre mí con su rostro completamente frío e inexpresivo. El hombre que amaba. El hombre que me había sostenido durante las pesadillas y me había enseñado a luchar y me había hecho el amor con tanta ternura hace apenas unas horas.

Desaparecido. Reemplazado por un extraño que llevaba su rostro.

Estaba tan confundida. Tan débil. Tan completamente destrozada que apenas podía pensar más allá de la agonía.

¿Qué demonios estaba pasando?

Había jurado después de que mi padre fuera a la cárcel y mi madre me abandonara que nunca le daría a un hombre el poder de destruirme. Había construido muros alrededor de mi corazón durante años. Había mantenido a todos a distancia porque dejar entrar a la gente significaba darles la capacidad de herirme.

Y aquí estaba. Siendo destruida por un hombre de otra especie frente a toda su corte.

Mi vida era una puta broma.

Quería gritarle. Quería patear y golpear y hacer que sintiera aunque fuera una fracción de lo que yo estaba sintiendo. Pero apenas podía respirar más allá del dolor que irradiaba por cada nervio.

—¿Por qué? —La palabra salió apenas como un susurro—. Pensé que me amabas.

Su expresión no cambió. No se suavizó ni siquiera ligeramente. —Te dije lo que querías oír para que abrieras las piernas voluntariamente. Funcionó, ¿no? —Me miró de arriba abajo con asco—. Fuiste patéticamente fácil. Desesperada por afecto. Apenas tuve que intentarlo.

Las palabras golpearon como golpes físicos. Cada una aterrizando con precisión diseñada para causar el máximo daño.

—¿Realmente creíste que un rey te elegiría a ti? —Se rió. El sonido era frío y burlón—. ¿Una don nadie humana sin nada que ofrecer? Eras un cuerpo cálido cuando lo necesitaba. Una curiosidad para estudiar. Pero mirándote ahora, sabiendo que desperdicié semanas

fingiendo preocuparme por tus tediosas historias y tus patéticas inseguridades, me da asco.

Amaia se rió desde al lado del trono. El sonido era brillante, encantado y cruel. —¡Esto debía ocurrir desde el principio! Nunca deberías haber venido aquí, débil puta humana. ¿Realmente pensaste que podrías competir conmigo? Esto es lo que obtienes por ser ilusa.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos sin mi permiso. Odiaba verlas caer, odiaba que todos en esta sala pudieran verme desmoronarme, odiaba darles esta satisfacción. Pero no podía detenerlas.

—Vete —dijo Mal. Hizo un gesto a los guardias que estaban cerca de las puertas—. Llevadla fuera. Sacadla de mi vista. Estoy cansado de mirar su cara.

Los guardias se acercaron y agarraron mis brazos, levantándome a la fuerza aunque mis piernas no querían sostener mi peso. Comenzaron a arrastrarme hacia la salida y la habitación se desdibujó a mi alrededor mientras rostros me miraban. Algunos parecían satisfechos. Algunos incómodos. La mayoría solo parecía ansiosa por cotillear sobre lo que habían presenciado.

Apenas registré adónde me llevaban. Solo podía concentrarme en poner un pie delante del otro, en respirar más allá del dolor, en no colapsar completamente frente a todas estas personas que claramente disfrutaban viéndome sufrir.

Entonces una mano se extendió y agarró mi brazo, deteniendo a los guardias a medio paso.

Aurion.

El alivio me inundó durante medio segundo antes de que la confusión lo reemplazara. Estábamos de pie junto al cofre donde el

portal se encontraba en el fondo, y podía ver la luz arremolinándose dentro. ¿Por qué me había traído aquí?

—Tenemos que entrar —dijo Aurion en voz baja. Su expresión era sombría mientras me miraba—. Ahora.

Lo miré a través de mis lágrimas. —¿Tenemos?

Pero no me dio tiempo a terminar la pregunta. Me agarró y saltó al portal antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo.

El viaje fue peor que la primera vez. Mucho peor. Estaba más débil ahora con el vínculo rompiéndose y mi cuerpo ya exhausto por el calor y el ataque. El giro y la caída parecían interminables mientras éramos arrastrados a través de dimensiones. Mi estómago se rebeló contra la sensación. Todo dolía de maneras para las que no tenía palabras.

Cuando finalmente nos estrellamos contra suelo firme, apenas registré la familiar sensación de tablones de madera debajo de mí. Solo rodé sobre mis manos y rodillas y vomité mis entrañas.

Después todo se volvió negro.

***

Desperté en mi cama.

Mi cama real en mi apartamento sobre la librería. El colchón que era demasiado blando. La colcha que había hecho mi abuela. El techo con la mancha de agua en la esquina que siempre pensaba arreglar.

¿Qué? ¿Dónde estaba? ¿Había sido todo un mal sueño?

¿Realmente había encontrado un hombre lobo en mi librería? ¿Algo de eso había sido real?

Entonces Aurion entró en mi campo de visión y la realidad se desplomó sobre mí.

Oh. Sí. Había conocido hombres lobo. Y me habían destrozado por completo.

Mi estómago se revolvió otra vez. Aurion me ayudó a llegar al baño y se quedó mientras vomitaba lo poco que quedaba en mi sistema. Sostuvo mi pelo hacia atrás y no dijo nada mientras sollozaba entre arcadas.

Cuando finalmente me detuve y pude respirar sin querer vomitar inmediatamente otra vez, me senté contra la bañera y lo miré.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Mi voz estaba ronca. En carne viva por llorar y vomitar.

—Soy tu niñera —dijo. Su tono era objetivo—. Estoy aquí para cuidarte.

Me reí. Sonó amargo y roto. —¿Por qué? Acaba de rechazarme y destrozarme frente a todos. ¿Por qué te enviaría a cuidarme?

—Tendrías que ser muy tonta para creer una sola palabra de lo que salió de su boca en esa sala del trono.

Me detuve. Lo miré fijamente. —¿Qué?

—Mi hermano es muchas cosas. Un idiota no es una de ellas. Tampoco es un buen mentiroso cuando se trata de ti —Aurion cruzó los brazos—. ¿Sentiste algo a través del vínculo durante ese rechazo? ¿Algo en absoluto?

Intenté recordar más allá del dolor y la conmoción. El vínculo había estado allí un momento, pulsando entre nosotros, y luego de repente se cerró. Completamente clausurado como una puerta cerrándose en mi cara. No había sentido nada de Mal durante el

rechazo. Ninguna emoción filtrándose. Ninguna conexión en absoluto.

Nada.

—Estaba cerrado —dije lentamente—. El vínculo estaba cerrado.

—Exactamente. Porque si hubiera estado abierto, habrías sentido lo que él realmente estaba sintiendo. Y eso habría arruinado toda la actuación.

Actuación. Estaba diciendo que todo había sido un teatro.

Pero no sabía si podía creerlo. No sabía si podía aceptarlo. El hombre en aquella sala del trono había sido frío y cruel, y me había mirado con tanto desprecio. Ese no era el Mal que yo conocía. No era el hombre del que me había enamorado.

¿O sí lo era? ¿Qué tan bien lo conocía realmente? Habíamos estado juntos durante semanas. Eso no era nada. Quizás la versión amable había sido la actuación. Quizás este era quien realmente era.

No lo sabía. Ya no sabía nada.

—No quiero hablar de esto —dije. Mi voz sonaba plana. Sin emoción —. Solo quiero estar sola.

—Wen...

—Sal. Por favor. Simplemente sal.

Aurion permaneció en silencio un segundo, luego asintió. —Te daré espacio. Pero no me iré. Estaré cerca para vigilarte.

La culpa se retorció en mi estómago ante la idea de echarlo a un mundo que no conocía. A un reino en el que nunca había estado antes. —¿Tienes dinero? ¿Un lugar donde quedarte?

—Me las arreglaré.

—No. Espera. —Me puse de pie con esfuerzo. Mis piernas se sentían como gelatina—. Déjame darte algunos consejos. Comenzando con la seguridad y el dinero.

Le di una rápida descripción de la Tierra. Cómo funcionaba el dinero. Cómo evitar ser asaltado o estafado. Cómo encontrar un hotel. Cómo funcionaban las tarjetas de crédito. Qué áreas de la ciudad evitar.

Escuchó pacientemente. Luego sacó una pequeña bolsa de cuero de su bolsillo y la abrió.

Monedas de oro se derramaron en su palma junto con joyas y piedras preciosas que captaron la luz del baño.

—¿Será esto suficiente? —preguntó.

Miré fijamente el contenido de la bolsa. Eso fácilmente valía millones de dólares en metales preciosos y gemas. Probablemente más que millones.

—Sí —dije débilmente—. Estarás bien.

—Bien. Quiero investigar este reino de la Tierra. Aprender cómo funcionan las cosas aquí. —Guardó la bolsa.

—No quiero verte por un tiempo —dije. Mi voz se quebró—. No puedo. No cuando te pareces tanto a él. No ahora mismo.

Un destello de comprensión cruzó su rostro. —Te vigilaré desde lejos entonces. No me verás, pero estaré cerca si necesitas ayuda.

—Gracias.

Cerré la puerta antes de que pudiera decir algo más. No estaba siendo la mejor anfitriona, pero literalmente ya no podía

mantenerme en pie. Mis piernas temblaban. Mi pecho aún dolía. Todo dolía.

Subí las escaleras hasta mi apartamento. Cada paso se sentía como escalar una montaña. Cuando finalmente llegué a mi dormitorio, caí boca abajo sobre la cama sin siquiera quitarme los zapatos.

Era de noche. La habitación estaba oscura excepto por la luz de la calle que se filtraba a través de las cortinas. Y la cama aún olía a nosotros. Como la vida que había tenido durante unas breves semanas antes de que todo se desmoronara.

El aroma quebró algo dentro de mí que apenas se había mantenido unido.

Lloré toda la noche. Sollocé en mi almohada hasta que quedó empapada. Lloré hasta que mis ojos estaban tan hinchados que apenas podía abrirlos. Lloré hasta que mi garganta quedó en carne viva y mi pecho dolía por la fuerza del llanto.

El vínculo todavía estaba ahí. Podía sentirlo como un miembro fantasma. Pero estaba herméticamente cerrado por su lado. Sin emociones que fluyeran. Sin conexión. Solo un espacio vacío donde antes estaba su presencia.

Eventualmente el agotamiento me arrastró a un sueño inquieto lleno de pesadillas de ojos rojos, voces frías y rechazo.

No sabía cuánto tiempo había dormido. El tiempo parecía carecer de sentido. Pero en algún momento un chillido me devolvió violentamente a la consciencia. Un chillido *familiar*.

26

— • —

Wen

El chillido me sacó del sueño tan violentamente que casi me caí de la cama.

Me senté con el corazón acelerado y la visión borrosa por los ojos hinchados. Bella estaba parada en la puerta de mi dormitorio con la mano sobre la boca y los ojos abiertos de asombro.

—¡Krystin! ¡Daphne! ¡Subid AHORA MISMO! —gritó hacia las escaleras.

Oh dios. Debo tener un aspecto terrible.

Pasos atronadores en las escaleras y luego las tres se amontonaron en mi dormitorio, hablando una sobre la otra en una cacofonía de preocupación y confusión.

—¿Qué ha pasado?

—¿Estás bien?

—¿Dónde demonios has estado?

—¿Por qué hay vómito en la librería?

—¡Tu puerta estaba completamente abierta!

Levanté una mano porque mi cabeza palpitaba y sus voces se sentían como picos de hielo taladrando mi cerebro. —¿Podéis no gritar, por favor?

Inmediatamente bajaron la voz pero no detuvieron el aluvión de preguntas. Krystin se sentó en la cama a mi lado y me agarró la mano. —Wen. Cariño. Hemos estado intentando llamarte durante dos meses. Dos. Meses. Pensábamos que estabas muerta.

Parpadeé mirándola. —¿Dos meses?

—¡Sí! Dijiste que te tomarías unos días libres y luego simplemente desapareciste. Tu teléfono iba directamente al buzón de voz. —El agarre de Krystin se apretó en mi mano—. Después de dos semanas íbamos a presentar una denuncia por persona desaparecida, pero entonces nos dimos cuenta de cómo demonios explicaríamos a la policía que podrías estar con un hombre lobo de otra dimensión. Pensarían que estábamos locas. Así que simplemente seguimos esperando y confiando en que volverías.

Dos meses. El tiempo se movía de manera diferente entre los reinos. Había estado en Lytopia tal vez una semana y media, casi dos semanas en total. Pero aquí habían sido dos meses enteros.

La realización me golpeó y empecé a llorar de nuevo. Simplemente me derrumbé sollozando allí mismo frente a todas ellas.

No exigieron explicaciones. Simplemente se subieron a la cama conmigo y me abrazaron mientras lloraba en el hombro de Krystin. Bella me frotaba la espalda en círculos lentos. Daphne acariciaba mi cabello y hacía sonidos tranquilizadores. Me dejaron desmoronarme sin pedir nada a cambio.

Cuando finalmente me calmé lo suficiente para respirar sin hipar, Krystin se apartó y me miró seriamente. —Vale. Ahora necesitas contarnos todo. Y me refiero a todo.

Y así lo hice. Les conté sobre ser arrastrada a otro reino contra mi voluntad. Sobre hombres lobo, castillos, consejos y nobles que me miraban con desprecio. Sobre enamorarme de él a pesar de mi mejor juicio. Sobre completar el vínculo y lo que eso significaba. Sobre el celo y lo intenso que fue. Sobre el intento de asesinato en la biblioteca. Sobre él rechazándome frente a toda su corte y enviándome de vuelta aquí como si fuera basura de la que necesitaba deshacerse.

Escucharon sin interrumpir. Sus expresiones pasaron de conmocionadas a furiosas a devastadas por mí.

Cuando terminé, Krystin habló primero. —Voy a matarlo. Literalmente matarlo. Encontraré una forma de volver a esa dimensión y le arrancaré la garganta yo misma.

—Ponte a la cola —dijo Daphne con un veneno poco característico en su voz habitualmente soñadora—. Parece que merece sufrir. ¿Podríamos maldecirlo? ¿Crees que el hechizo del portal funcionaría a la inversa?

—Está en otra dimensión —señalé. Mi voz estaba ronca de tanto llorar y hablar—. No podéis llegar hasta él exactamente.

—No me importa si es un rey o un hombre lobo o lo que sea —dijo Bella en voz baja. Normalmente era la tímida, pero sus ojos ardían —. Te ha hecho daño. Eso lo convierte en terrible sin importar de qué reino provenga.

Las quería tanto en ese momento que casi empiezo a llorar de nuevo.

***

Mis amigas no se apartaron de mi lado durante semanas. Se turnaban para quedarse en mi apartamento. Se aseguraban de que comiera incluso cuando no quería porque la comida sabía a ceniza en mi boca. Me obligaban a ducharme y cambiarme de ropa cuando yo habría estado contenta pudriéndome en la cama. Atendían la librería para que no tuviera que lidiar con clientes ni hacer conversación trivial ni fingir que estaba bien.

Krystin se mudó temporalmente y dormía en mi sofá. Dijo que no se iría hasta que volviera a ser funcional. Bella traía comidas que había cocinado y no se marchaba hasta que hubiera comido al menos la mitad. Daphne se encargaba de todas las finanzas e inventario de la librería porque los números hacían que mi cerebro se apagara.

Eran las mejores amigas que cualquiera podría pedir. La familia que había elegido. Las personas que aparecieron cuando todo se desmoronó.

Para la tercera semana empezaba a sentirme un poco mejor emocionalmente. Los ataques de llanto eran menos frecuentes. Podía pasar la mayor parte del día sin querer hacerme un ovillo y dejar de existir. El filo agudo del dolor se había convertido en un dolor constante en lugar de una herida punzante.

Pero mi cuerpo no estaba cooperando.

Estaba vomitando constantemente. Me sentía mareada cada vez que me levantaba demasiado rápido. No podía retener la comida sin importar lo que intentara. Todo olía mal y me daba náuseas. Incluso las cosas que antes me encantaban hacían que mi estómago se rebelara.

Pensé que tal vez era solo estrés. El desamor manifestándose físicamente. La depresión haciendo cosas extrañas en mi sistema porque mi química cerebral estaba completamente jodida.

Pero Krystin tenía una teoría diferente.

—Wen —dijo cuidadosamente una mañana después de que acababa de terminar de vomitar en el baño por tercera vez antes del mediodía—. ¿Es posible que estés... ya sabes?

La miré fijamente desde mi posición en el suelo del baño. —No. De ninguna manera.

—¿En serio? Porque acabas de contarnos que tuviste un celo mágico de hombre lobo donde no podías pensar con claridad y estabas básicamente en la cama durante días. —Levantó una ceja—. ¿Se te pasó por la cabeza la anticoncepción durante eso?

Mierda. Tenía razón. No habíamos sido cuidadosos. No habíamos sido nada cercano a cuidadosos. El celo se había apoderado y ninguno de los dos había pensado en las consecuencias más allá de la necesidad desesperada inmediata.

—Oh, Dios mío —susurré.

Daphne apareció en la puerta del baño sosteniendo sus llaves del coche. —Vamos a la farmacia. Ahora mismo. Todas nosotras.

Me arrastraron a la CVS más cercana y compraron todas las pruebas de embarazo que tenían. Cinco marcas diferentes. Las trajeron de vuelta a mi apartamento. Me hicieron beber tres botellas de agua y luego hacer todas las pruebas.

Me senté en el suelo del baño y esperé los resultados mientras mis amigas se amontonaban en la puerta mirándome con preocupación.

Positivo. Todas y cada una de ellas.

Positivo positivo positivo positivo positivo.

Estaba embarazada de un bebé hombre lobo de otra dimensión cuyo padre me había rechazado públicamente y me había enviado de vuelta a la Tierra.

Mi vida era una absoluta broma de mal gusto.

***

Pasaron cuatro meses en un borrón de citas médicas, náuseas matutinas e intentos de asimilar la realidad de mi situación.

Las náuseas que deberían haberse llamado enfermedad de todo el día porque nunca cesaban. Mi cuerpo cambiando de maneras para las que no estaba preparada y no sabía cómo manejar. Tratando de aceptar el hecho de que iba a ser madre soltera de un niño medio hombre lobo que podría o no tener poderes mágicos.

Estaba de unos cinco meses de embarazo ahora y mi vientre se notaba definitivamente. Ya no se podía ocultar en absoluto. Había tenido que comprar un guardarropa completamente nuevo solo para acomodar la barriga. Los vestidos sueltos y las blusas fluidas se convirtieron en mi uniforme cuando trabajaba en la librería porque aunque la barriga era visible, al menos la ropa era cómoda.

Y estar de pie todo el día mientras atendía la tienda se estaba volviendo difícil. Mi espalda dolía constantemente sin importar cómo me posicionara. Mis tobillos se hinchaban a media tarde. Me cansaba tan fácilmente ahora que a veces tenía que sentarme entre cliente y cliente solo para recuperar el aliento.

Tal vez necesitaba contratar a alguien. Conseguir ayuda para no estar haciendo todo yo misma y poder descansar realmente.

La gente ya no me preguntaba por Mal. Habían aprendido después de los primeros intentos que terminaron conmigo estallando en lágrimas o respondiéndoles con suficiente veneno como para hacerlos retroceder lentamente. Mis amigas habían corrido la voz de que el tema estaba completamente prohibido y, afortunadamente, la mayoría de la gente respetaba ese límite.

La tienda funcionaba bien. En realidad, mejor que bien considerando que había estado ausente durante dos meses y mis amigas habían mantenido todo en marcha. El dinero finalmente era suficiente para vivir cómodamente sin preocuparme constantemente por el alquiler o las facturas o si podía permitirme arreglar la antigua fontanería. Podía pagar citas médicas regulares para el embarazo. Podía empezar a ahorrar para cuando llegara el bebé y necesitara pañales, una cuna y todas las cosas que aparentemente requieren los bebés.

Pequeñas bendiciones en medio de un desastre.

No había hablado con Aurion desde aquel primer día de regreso. No lo había visto por los alrededores aunque sabía que estaba en algún lugar de la ciudad vigilándome desde la distancia como había prometido. Pero había oído rumores. Muchos rumores.

Historias sobre un misterioso hombre rico que había aparecido de la nada y había comenzado una empresa inmobiliaria. Alguien que estaba comprando terrenos en diferentes pueblos y ciudades. Construyendo complejos de apartamentos y desarrollos comerciales. Ganando millones en solo unos meses a través de acuerdos que parecían casi demasiado buenos para ser verdad.

Las descripciones coincidían perfectamente con Aurion. Alto. Guapo. Acento que la gente no podía ubicar exactamente. Sobrenaturalmente bueno leyendo a las personas y sabiendo exactamente lo que querían. Gastando dinero como si no significara nada porque para él probablemente no lo significaba.

Había oído que había abierto una oficina en uno de los edificios más elegantes del centro. Que tenía un lujoso apartamento en algún lugar con vistas al modesto horizonte de Ryeville. Que conducía un elegante coche negro que probablemente costaba más de lo que valía mi librería.

Lo del coche me sorprendió. ¿Había aprendido a conducir? ¿En cuatro meses? ¿Un príncipe hombre lobo de otra dimensión había

descubierto la tecnología y el transporte terrestre y aparentemente lo había dominado lo suficientemente bien como para navegar por el tráfico?

Maldita sea. Honestamente, estaba asombrada. Lo había dejado solo durante unos meses y había construido todo un imperio empresarial desde cero. Había iniciado una empresa. Contratado empleados. Se había convertido en una historia local de éxito sobre la que la gente cotilleaba en las cafeterías.

Ya era inmensamente rico. ¿Por qué querría trabajar más? ¿Cuál era el punto de acumular más riqueza cuando tenías literalmente bolsas de oro y joyas por valor de millones?

Simplemente no lo entendía.

O quizás era mi agotamiento el que hablaba. Quizás simplemente estaba celosa de que él tuviera energía para hacer algo productivo mientras yo apenas podía pasar el día sin querer tumbarme en la cama y no volver a hablar con nadie jamás.

Este embarazo estaba siendo duro. Más duro de lo que había esperado según lo que había leído en internet y en los libros. Mi médica seguía diciendo que todo progresaba con normalidad, pero nada de esto me parecía normal. El bebé se movía constantemente. A veces pateaba con tanta fuerza que literalmente me dejaba sin aliento y me hacía jadear. Y juraba que podía sentir algo más debajo de los síntomas normales del embarazo. Algo que se sentía casi como electricidad estática zumbando bajo mi piel.

¿Magia quizás? ¿Rasgos de lobo manifestándose temprano? No tenía ni idea y no es como si pudiera buscar en Google «síntomas de embarazo con bebé hombre lobo» y obtener resultados útiles.

Mi médica me había preguntado si sabía quién era el padre. Si él estaría involucrado. Le dije que no a ambas cosas y me dio una

mirada comprensiva que me dieron ganas de llorar. Añadió «madre soltera» a mi historial y continuó.

Y no ayudaba en absoluto que el vínculo de pareja nunca hubiera desaparecido por completo. Incluso a través de dimensiones, incluso con cualquier ritual de rechazo que Mal hubiera realizado frente a su corte, todavía podía sentirlo a veces. Pequeños destellos de emoción que se filtraban a través de la conexión. Tristeza que se sentía como ahogarse. Ira que quemaba. Anhelo que dolía. Dolor que reflejaba el mío.

Era la peor maldita cosa de siempre. Estaba conectada a alguien que me había herido tan gravemente, y ocasionalmente recibía vislumbres no deseados de lo que él sentía. Alguna patética parte de mí todavía lo quería a pesar de todo lo que había hecho y dicho. Mi corazón no había recibido el memorándum de que era un bastardo que no merecía mi amor.

Intenté cerrar mi extremo del vínculo. Intenté apagarlo completamente y cortar la conexión. Pero no sabía cómo. No tenía a nadie que me enseñara los mecanismos de los vínculos de pareja y cómo funcionaban. Así que simplemente tenía que vivir con ello. Este constante recordatorio de lo que había perdido. Este fantasma de una conexión que se negaba a morir.

¿Cuándo demonios iba a ser finalmente feliz? ¿Cuándo iba a dejar la vida de patearme cuando ya estaba en el suelo? ¿Cuándo tendría un respiro que no viniera con algún giro terrible?

27

—•—

Wen

Estaba en medio del cierre de la tienda por el día cuando mi monólogo interno decidió torturarme de nuevo.

La rutina habitual. Contar la caja registradora. Ordenar los estantes. Cerrar la puerta principal. Intentar no pensar en él. Fracasar miserablemente en no pensar en él. Aclarar y repetir.

Había estado sintiendo más de esos estúpidos fragmentos de vínculo estos últimos días. Pequeños destellos de emoción que no eran míos filtrándose a través de la conexión que no podía cortar. Ira. Frustración. Agotamiento. El habitual bufet de sentimientos de un rey hombre lobo lidiando con estupideces políticas en otra dimensión.

Pero había estado tan cansada últimamente que simplemente lo había ignorado. Cinco meses de embarazo significaba que estaba exhausta todo el tiempo de todos modos. ¿Qué era un poco de equipaje emocional extra encima del agotamiento físico? Simplemente añadirlo a la pila.

Está bien. Estoy bien. Tengo una buena vida aquí.

Tenía la librería funcionando sin problemas. Tenía amigos que me querían. Tenía un bebé en camino al que iba a amar con todo lo que tenía. No necesitaba a algún rey hombre lobo que me había rechazado. No necesitaba desperdiciar energía preguntándome si estaba bien o qué estaba haciendo o si alguna vez pensaba en mí.

No lo necesitaba. Punto. Fin de la historia. Siguiendo adelante con mi vida ahora.

Excepto que no podía dejar de pensar en él, lo que significaba que definitivamente no estaba siguiendo adelante y mi cerebro era un pedazo de basura mentirosa.

Fue entonces cuando sucedió.

El dolor explotó a través de todo mi cuerpo.

No el dolor sordo en mi espalda por estar de pie todo el día. No la incomodidad habitual del embarazo. Esto era agonía. Abrasador e intenso y tan abrumador que caí de rodillas detrás del mostrador.

Me agarré el pecho e intenté respirar, pero mis pulmones no querían cooperar. Cada terminación nerviosa estaba ardiendo. Mi visión se volvió borrosa en los bordes. ¿Qué demonios estaba pasando?

¿Era el bebé? Oh dios, ¿le pasaba algo al bebé?

Me obligué a calmarme lo suficiente para evaluar de dónde venía el dolor. No era mi estómago. El bebé no estaba en peligro. Esto venía de otro lugar-

Fue entonces cuando lo sentí. *El vínculo.* Ese estúpido vínculo de pareja que se negaba a morir completamente.

El dolor estaba atravesándolo en oleadas que me hacían querer gritar. Este no era *mi* dolor en absoluto.

Este era el dolor de Mal.

Y si era lo suficientemente malo como para romper un vínculo que supuestamente había cortado hace meses, entonces estaba en el tipo de peligro que podría matarlo.

El pánico me inundó y anuló cada pensamiento racional en mi cerebro. Tenía que llegar hasta él. Tenía que ayudar, hacer algo, maldita sea.

Me puse de pie apresuradamente y corrí hacia la parte trasera de la tienda donde estaba el portal. Mis manos temblaban mientras agarraba el borde del arcón. Pero entonces la realidad me golpeó y me detuvo en seco.

¿Qué demonios iba a hacer una vez que llegara allí? Estaba embarazada de cinco meses y no podía luchar o correr o hacer mucho más que caminar torpemente y esperar no desmayarme por el esfuerzo. Sería completamente inútil. Peor que inútil. Sería una carga que lo distraería y probablemente nos mataría a ambos.

Pero conocía a alguien que podía ayudar.

Aurion.

Corrí de vuelta al mostrador y saqué del cajón la carta que había metido allí semanas atrás. El papel con una dirección escrita con letra pulcra. La había encontrado deslizada bajo la puerta de mi apartamento una mañana, con un aroma que me decía exactamente de quién era.

La había guardado pero no la había usado. No había querido ver a Aurion porque mirarlo significaba ver un rostro demasiado similar al de Mal. Pero ahora lo necesitaba.

Agarré las llaves de mi coche y salí corriendo por la puerta principal. La cerré tras de mí con manos temblorosas pero no me molesté en

cerrarla con llave. No había tiempo.

Las calles estaban mayormente vacías a esta hora de la tarde. Pasé a toda velocidad por un semáforo en amarillo que definitivamente estaba rojo cuando crucé la intersección. Tomé una curva demasiado rápido y sentí que mis neumáticos chirriaban en protesta. No me importó. Simplemente presioné más fuerte el acelerador.

Su dirección estaba a solo una manzana de mi librería. Una maldita manzana. Podría haberla recorrido corriendo en circunstancias normales, pero cinco meses de embarazo significaba que correr no era una opción. De todos modos, conducir era más rápido.

Me detuve con un chirrido frente a un bonito edificio de apartamentos y salí del coche sin molestarme en apagar el motor. Las llaves seguían en el contacto mientras corría hacia la entrada.

La puerta se abrió de golpe antes de que llegara a ella.

Aurion estaba allí con aspecto de pánico. —¿Qué ha pasado? ¿Es el bebé? ¿Qué está pasando? —Me alcanzó y empezó a preocuparse como una gallina madre—. Tu ritmo cardíaco está por las nubes. Lo oí desde dentro. ¿Estás bien? ¿Necesitas un médico?

Eso respondió a la pregunta de si sabía sobre mi embarazo. Claramente lo sabía, ya que no se sorprendió por mi muy obvia barriga de embarazada. Supuse que lo sabría. Sentidos de hombre lobo y todo eso.

—Lo he sentido —solté con dificultad. Mis pulmones todavía no funcionaban correctamente—. He sentido a Mal hace un momento. Sentí su dolor a través del vínculo. Está en peligro, Aurion. Peligro serio. Por favor, por favor, ve a ayudarlo.

Su rostro entero cambió. Pasó de preocupado a mortalmente serio en medio segundo. Se movió detrás de un muro sin decir nada y escuché los sonidos de huesos crujiendo y reformándose. Luego un

enorme lobo negro salió disparado y pasó corriendo junto a mí como si el infierno mismo lo persiguiera.

Mierda.

Volví a mi coche y conduje de regreso a la librería tan rápido como había venido. Cuando llegué, la puerta principal estaba abierta y no había señal de Aurion en ninguna parte. Ya debía haber pasado por el portal.

Saqué mi teléfono con manos temblorosas. Abrí el chat grupal con mis amigas y pulsé grabar en un mensaje de voz.

—Hola chicas. Estoy a punto de hacer algo realmente estúpido. Del tipo monumentalmente estúpido. Si no regreso, os quiero a todas y gracias por ser las mejores amigas de siempre. Además, Krystin, puedes quedarte con mi colección de libros. Bella, coge lo que quieras del apartamento. Daphne, hay dinero en la caja fuerte detrás de las novelas de Austen y la combinación es mi cumpleaños. Úsalo para hacer cosas malas. Vale. Os quiero. Adiós.

Pulsé enviar y me metí el teléfono en el bolsillo.

Luego caminé hacia la parte trasera de la tienda justo a tiempo para ver el extremo de la cola de un lobo negro desapareciendo en el portal.

No lo pensé ni me permití dudar o considerar la absoluta locura de lo que estaba haciendo. Simplemente me subí al arcón y salté a la luz arremolinada.

El viaje me golpeó como un tren de carga. Mi estómago dio un vuelco mientras caíamos a través de dimensiones y todo giraba en círculos nauseabundos. Estaba desorientada y mareada cuando sentí tierra firme debajo de mí nuevamente. Mi estómago se revolvió peligrosamente, pero sorprendentemente no vomité esta vez. ¿Me estaba acostumbrando realmente a los viajes interdimensionales?

Eso parecía imposible, pero aquí estaba, logrando mantener mi almuerzo en su lugar.

Pequeñas victorias.

Me moví con cuidado, una mano en mi vientre para estabilizarme. El corredor era familiar. Paredes de piedra oscura, ahora con antorchas proporcionando luz parpadeante. El mismo lugar donde había llegado por primera vez a Lytopia todas esas semanas atrás.

No había rastro de Aurion. Debía haber corrido adelante ya, moviéndose a esa velocidad sobrenatural de hombre lobo que definitivamente yo no podía igualar incluso si no estuviera muy embarazada.

Comencé a caminar por los pasillos tan rápido como pude. Mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo en mis oídos con cada paso. El bebé pateó dentro de mí, probablemente sintiendo mi pánico a través de cualquier conexión sobrenatural que compartiéramos.

—Lo sé —susurré a mi estómago—. Mamá está siendo una idiota. Pero no podemos simplemente dejarlo morir, ¿verdad?

Otra patada que se sintió casi como un acuerdo.

Los pasillos estaban vacíos, lo que parecía extraño. La última vez que estuve aquí había guardias por todas partes, sirvientes moviéndose por los corredores, nobles cotilleando en los nichos. Ahora no había nada, solo silencio interrumpido por sonidos distantes que me helaron la sangre.

Gritos. Muchas voces gritando unas sobre otras en lo que sonaba como caos. Los sonidos venían de algún lugar adelante. La sala del trono, si recordaba correctamente la disposición. A medida que me acercaba, podía distinguir más detalles. Metal chocando contra metal. Gruñidos que sonaban claramente inhumanos. El sonido

húmedo de algo golpeando la piedra en lo que realmente no quería pensar.

Me detuve fuera de las enormes puertas de la sala del trono y respiré profundamente. Lo solté lentamente. Traté de calmar mi corazón acelerado aunque era completamente imposible dado lo que estaba a punto de enfrentar.

Apenas podía alcanzar las manijas de las puertas con lo mal que todavía temblaba. Esto era una locura. Estaba embarazada y a punto de entrar en lo que sonaba como una batalla. Pero Mal estaba ahí. En peligro. Y a pesar de todo lo que había hecho, a pesar del rechazo y el dolor y los meses de angustia, no podía simplemente dejarlo morir.

Empujé las enormes puertas y se abrieron hacia adentro con un golpe que resonó a través del caos interior.

Puro caos me recibió.

Los cuerpos estaban esparcidos por el suelo de la sala del trono. Algunos moviéndose. Otros no. Los nobles se encogían contra las paredes con terror escrito en sus rostros. Guardias luchaban contra otros guardias en brutal combate cuerpo a cuerpo. La sangre estaba salpicada por los hermosos suelos de piedra y se acumulaba en lugares donde habían caído personas. El aroma metálico me golpeó y me revolvió el estómago.

Y en el centro de todo estaba Mal.

Estaba luchando contra cinco hombres a la vez con una espada en cada mano. Sus movimientos eran más rápidos de lo que debería haber sido posible. Mortales y precisos. Sus ojos brillaban rojos con su lobo en la superficie. La sangre cubría su ropa y no podía decir si era suya o de ellos.

Al otro lado de la sala, Aurion en forma de lobo estaba destrozando a otro grupo de atacantes. Sus mandíbulas se cerraron alrededor del brazo de alguien y escuché huesos crujir. Otro hombre intentó apuñalarlo por la espalda, pero Aurion giró y lo atrapó por la garganta.

Las puertas al abrirse de golpe habían atraído la mirada de todos en la sala.

Incluida la de Mal.

Se giró hacia el sonido y sus ojos se abrieron imposiblemente cuando me vio. —¿Wen?

Entonces su mirada bajó a mi muy obvio vientre embarazado y sus espadas cayeron de sus manos con un estrépito.

28

— • —

Malachar

Había estado teniendo el peor maldito mes de mi vida.

Cada interacción era una actuación. Cada sonrisa era falsa. Cada conversación requería una cantidad de energía que no poseía. Tenía que fingir frente al consejo. Fingir frente a los nobles. Fingir frente a todos que estaba bien. Que rechazar a mi pareja había sido fácil. Que estaba avanzando con mis planes de casarme con Amaia y asegurar alianzas.

Todo era una mentira.

No podía dormir. No podía cerrar los ojos sin ver el rostro de Wen mientras la destruía en esa sala del trono. La forma en que me había mirado con tal traición y dolor. La forma en que se había derrumbado en el suelo. El sonido de sus sollozos mientras los guardias se la llevaban.

Apenas comía. La comida sabía a ceniza en mi boca. Mi madre seguía haciendo que enviaran comidas a mis aposentos, pero la mayoría quedaban intactas. Se requería una cantidad horrorosa de fuerza de voluntad solo para levantarme de la cama cada mañana.

Para ducharme. Para ponerme ropa y pretender ser el Rey Lobo en lugar del hombre roto que realmente era.

La gente había comenzado a notarlo a pesar de mis mejores esfuerzos de engaño. Estaba más delgado. Las ojeras bajo mis ojos se habían vuelto moradas. Mi ropa me quedaba más suelta. Los nobles susurraban cuando creían que no podía oírlos. Los guardias intercambiaban miradas preocupadas cuando pasaba.

Era jodidamente miserable y solo mi madre conocía la verdad.

Pero ni siquiera ella podía estar aquí para apoyarme. Estaba atrapada viajando entre Ravenor y Noctherion porque el reino de mi hermano también necesitaba supervisión mientras él estaba fuera protegiendo a mi compañera. Pobre Sorcha, atrapada entre dos reinos en turbulencia, aunque Noctherion estaba mucho mejor que Ravenor gracias a que el consejo de Aurion era realmente competente, leal y eficiente.

A diferencia del mío. Que se jodan todos.

Lo peor era Amaia y su constante necesidad de adelantar la boda. Aparecía en cada comida. En cada reunión del consejo. En cada evento público. Colgada de mi brazo. Hablando de lugares y flores y listas de invitados para una boda que nunca iba a suceder.

No tenía intención de seguir adelante con ello. El compromiso era solo otra púa diseñada para herir a Wen. Para hacer el rechazo más creíble. Más devastador.

Quería exiliar a Amaia. Quería no volver a ver su cara jamás. Si pasaba el resto de mi vida sin oír su voz, aún sería demasiado pronto.

Pero no podía. Todavía no. No hasta que Andreas y sus partidarios fueran tratados permanentemente.

La buena noticia era que finalmente había encontrado la prueba que necesitaba. Registros financieros que mostraban sobornos. Cartas detallando planes para socavar mi gobierno. Y lo más condenatorio de todo, un testigo que había visto a Andreas reuniéndose con el asesino momentos antes de que el hombre se reuniera con Matthias. Evidencia directa que lo vinculaba con el intento contra la vida de Wen.

Había convocado una reunión de emergencia del consejo para presentar las pruebas. Para finalmente terminar con esta pesadilla y empezar a limpiar la casa.

Fue entonces cuando me tendieron una emboscada.

Andreas y sus aliados habían traído a sus guardias personales. Los habían escondido por todo el castillo. En el momento en que comencé a presentar las pruebas, la sala del trono estalló en violencia. Guardias leales a Andreas atacaron a guardias leales a mí. Los miembros del consejo que apoyaban el golpe sacaron armas. La hermosa sala del trono se convirtió en un baño de sangre en segundos.

Sabían que la prueba destruiría sus posibilidades de obtener el trono mediante maniobras políticas. Así que habían recurrido a tomarlo por la fuerza bruta.

Lo cual era exactamente lo que había estado esperando. Si lográbamos vencerlos, podría ejecutarlos o encarcelarlos inmediatamente sin más juegos políticos ni esperar a que cometieran otro error. Solo justicia limpia y brutal administrada rápidamente.

Estaba sonriendo mientras luchaba, feroz y despiadado con mi lobo cerca de la superficie exigiendo sangre.

Pero el rechazo me había debilitado más de lo que quería admitir. Tener a Wen en otro reino, tener el vínculo enterrado

profundamente donde no podía acceder a él, drenaba mi fuerza de formas que no había anticipado. Ya había recibido demasiados golpes. Cortes en mis brazos y costados. Un tajo en mi muslo que sangraba abundantemente. Moretones que no sanarían adecuadamente sin mi compañera cerca.

Mis guardias estaban reduciendo lentamente a los hombres de Andreas. Estábamos ganando. Pero no sabía si duraría lo suficiente para ver la victoria.

Estaba luchando contra cinco de ellos a la vez. Dos espadas en mis manos. Bailando entre sus golpes. Mis hojas encontraban carne una y otra vez, pero seguían viniendo. Uno me alcanzó el costado con su espada y sentí que el corte se abría profundamente. Otro casi me alcanza la garganta, pero desvié el golpe en el último segundo.

Fue entonces cuando de repente sentí una oleada de energía correr a través de mí.

Estaba confundido sobre por qué. El vínculo estaba enterrado. Wen estaba en otro reino. No debería haber ninguna conexión alimentándome con fuerza.

Utilicé la explosión de energía para presionar mi ataque con más fuerza. Mi hoja derecha alcanzó a un atacante en el pecho. Mi izquierda tomó a otro en la garganta. Pero aún quedaban tres más y me estaba cansando a pesar del misterioso impulso de energía.

Giré para enfrentar al siguiente oponente, pero escuché un gruñido detrás de mí. Demasiado cerca. No giraría a tiempo para esquivar. Mis músculos gritaban. Mis reflejos eran una fracción demasiado lentos.

Esto es todo, pensé. Así es como muero. Sin volver a verla jamás. Sin disculparme nunca.

Pero entonces algo enorme y negro se estrelló contra mi atacante desde un lado. Aurion en forma de lobo. Sus mandíbulas se cerraron alrededor del cuello del lobo con una fuerza aplastante y se retorcieron ferozmente. El crujido de huesos rompiéndose resonó a través del caos de la sala del trono.

Mi hermano acababa de salvarme la vida.

El alivio me inundó durante medio segundo antes de que mi cerebro asimilara lo que significaba su presencia. Aurion estaba aquí. En Ravenor. Lo que significaba que había abandonado el reino humano. Lo que significaba que había dejado a Wen.

El pánico se instaló fuerte y rápido.

No. NO. ¿Qué estaba haciendo aquí? Si Aurion estaba aquí luchando a mi lado, eso significaba que Wen estaba desprotegida en esa librería. Significaba que alguien podría colarse por el portal mientras estábamos distraídos. Podría encontrarla sola y vulnerable. Podría herirla. Matarla. Alejarla de mí permanentemente.

Mi mente literalmente se apagó ante el pensamiento de que resultara herida. No podía respirar más allá del terror que inundaba mi sistema. No podía pensar más allá de la imagen de ella sangrando y sola sin nadie que la protegiera.

Golpeé a un lobo en el hocico con la fuerza suficiente para hacerlo tropezar hacia atrás. Pero mis movimientos ahora eran mecánicos. Mis pensamientos estaban en espiral. ¿Por qué Aurion la dejaría? ¿Qué podría ser lo suficientemente importante para abandonar su puesto?

Fue entonces cuando lo sentí. Un tirón en el vínculo. El vínculo de pareja que había enterrado profundamente pero que nunca había cortado completamente porque no podía obligarme a cortar esa conexión por completo.

Me congelé por completo cuando el pánico me golpeó con más fuerza que cualquier golpe físico que hubiera recibido hoy.

Las enormes puertas de la sala del trono se abrieron con un estruendo que de alguna manera cortó a través de los sonidos de la lucha. Lo cual era una locura. Pura locura. Dada la violencia que ocurría en este momento. Dados los cuerpos en el suelo y la sangre cubriendo las paredes.

Esperaba refuerzos, pero no por otros diez minutos. Ese era el tiempo que tomaría a los guardias en los cuarteles llegar a nosotros después de que se diera la alarma.

Pero cuando me volví para mirar la entrada, mi corazón se detuvo.

Gwendolyn. Mi Wen. De pie en la entrada de la sala del trono. De vuelta en Lytopia. El lugar del que la había exiliado. El lugar al que no se suponía que regresara hasta que fuera seguro.

El tiempo pareció ralentizarse mientras la observaba. Su rostro familiar. Su cabello oscuro. La forma en que se quedó congelada en la entrada con el shock escrito en sus facciones.

Jodido AURION. Iba a matar a mi hermano. Lenta y dolorosamente. ¿En qué estaba pensando al traerla de vuelta aquí? ¿Al traerla al peligro?

—¿Wen? —Su nombre salió apenas como un susurro. El shock hizo que mi voz sonara débil y rota.

Entonces mis ojos viajaron hacia abajo y el pánico y horror que se habían estado construyendo se duplicaron y triplicaron y se convirtieron en algo que amenazaba con destruirme por completo.

Tenía un bulto debajo del vestido suelto que llevaba. Un bulto redondo e inconfundible que hablaba de vida creciendo dentro de ella.

No podía ser. Mi mente se negó a procesarlo al principio. Seguramente no podía ser posible. Ella no podía estar...

Pero una respiración profunda confirmó lo que mis ojos me mostraban. Su aroma había cambiado de lo que recordaba. Más dulce y más rico y con esa distintiva cualidad maternal que hizo que mi lobo gimiera con la necesidad de proteger.

Estaba embarazada. No solo apenas mostrándolo. Muy embarazada. Con meses de gestación por el tamaño de su vientre.

¿Cuánto tiempo había pasado para ella en el reino humano? ¿Cuánto tiempo había estado llevando a mi hijo sin que yo estuviera allí para protegerla? ¿Para proveer para ella? ¿Para cuidarla como debería hacerlo un compañero?

Mi corazón dolía con un dolor que no tenía nada que ver con mis heridas físicas. Recordé la última vez que la había visto en esta sala del trono. Debió haber estado embarazada entonces. Justo al principio. Demasiado temprano para notarse. Cuando la rechacé frente a toda la corte y la llamé inútil y repugnante. Cuando la gente de Andreas la atacó en la biblioteca.

No. El pensamiento se estrelló a través de mí y trajo oleadas de shock y horror y terrible desesperación. Había rechazado a mi compañera embarazada. La había enviado lejos sola y asustada y llevando a mi hijo. La había hecho pensar que no la quería cuando más me necesitaba.

Quería caer de rodillas justo allí en medio de la batalla. Quería suplicar un perdón que absolutamente no merecía. Quería quemar el mundo entero por lo que le había hecho.

Toda la sala se había congelado ante su aroma. Cada lobo girándose para mirar a la hembra embarazada que acababa de caminar hacia una batalla. Las feromonas maternales eran imposibles de ignorar. El

instinto exigía protección. Exigía seguridad para la hembra vulnerable.

Pero Andreas rompió el momento de quietud primero. Vi que la comprensión amanecía en sus ojos mientras miraba entre Wen y yo. Lo vi darse cuenta exactamente de cómo herirme. Exactamente dónde golpear para causar el máximo daño.

Cambió a medio paso y corrió directamente hacia ella.

—¡NO! —El rugido se desgarró de mi garganta.

Sentí que el vínculo se abría completamente entre nosotros. Todos los muros que había construido se vinieron abajo. La energía me inundó en una ola masiva que me hizo jadear. Su presencia estaba ayudando. Fortaleciéndome. Dándome poder que había estado extrañando durante meses.

Acuchillé salvajemente a los hombres que aún me rodeaban. Mis hojas se movían más rápido que en toda la lucha. Impulsadas por la desesperación y el terror. Uno cayó con la garganta cortada. Otro cayó agarrándose el estómago. Los tres restantes retrocedieron ante la energía salvaje que irradiaba de mí.

Pero Andreas ya estaba a mitad de camino a través de la habitación. Moviéndose rápido. Demasiado rápido.

El grito de Wen cortó a través de todo lo demás. Alto y aterrorizado. Estaba retrocediendo del enorme lobo que cargaba contra ella, pero no había adónde ir. La pared estaba justo detrás de ella. Estaba embarazada, lenta y completamente indefensa.

Cambié sin pensar. Mi lobo estalló a través de una cascada de huesos rompiéndose y músculos reformándose. El dolor apenas se registró. Todo lo que podía ver era a Andreas acercándose a mi compañera. Todo lo que podía sentir era la certeza absoluta de que si la tocaba, quemaría todo este reino hasta los cimientos.

Mis patas golpearon el suelo de piedra y corrí. Más rápido de lo que jamás me había movido antes. Más rápido de lo que debería haber sido posible. El vínculo estaba completamente abierto ahora y la energía fluía a través de él en ambas direcciones. Ella me estaba alimentando con fuerza. Haciéndome más fuerte.

Las garras de Andreas estaban extendidas mientras saltaba hacia su garganta.

Salté y lo intercepté en el aire. Chocamos con suficiente fuerza para agrietar la pared de piedra detrás de nosotros. Nos estrellamos contra el suelo en un enredo de pelo y colmillos y rabia.

Trató de ir por mi garganta, pero yo fui más rápido. Me retorcí y conseguí que mis mandíbulas rodearan su hombro. Mordí con la fuerza suficiente para probar la sangre. Él aulló y se retorció, pero me mantuve firme.

Rodamos por el suelo, chocando contra cuerpos caídos y muebles volcados. Logró meter sus patas traseras debajo de mí y pateó con la fuerza suficiente para mandarme volando. Golpeé una columna y sentí que algo se rompía. El dolor explotó a través de mis costillas, pero me obligué a levantarme de nuevo.

Era más fuerte de lo que esperaba. Motivado por la desesperación y el conocimiento de que si perdía, moría. Pero lo había enfrentado antes en nuestro desafío. Conocía sus patrones. Conocía sus debilidades. Y ahora tenía algo que él no tenía.

Tenía a mi compañera cerca. Tenía el vínculo abierto y alimentándome con su fuerza. Tenía la certeza absoluta de que estaba luchando por todo lo que importaba.

Andreas cargó de nuevo. Me hice a un lado y le alcancé el flanco con mis garras. Chilló y giró para enfrentarme. Nos rodeamos mutuamente. Buscando aperturas.

Fingió ir a la izquierda y fue a la derecha. Trató de pasarme. Trató de alcanzar a Wen otra vez.

Ni de coña iba a pasar.

Me estrellé contra él desde un lado y caímos con fuerza. Mis mandíbulas encontraron su garganta. Se retorció y trató de sacudirme, pero me aferré con todo lo que tenía. Mordí con más fuerza. Probé más sangre. Lo sentí debilitándose.

Hizo un último intento desesperado por liberarse. Me arañó la cara. Me alcanzó en el ojo. El dolor era cegador, pero no lo solté.

Mordí con fuerza aplastante y desgarré. Rasgué. No paré hasta que lo sentí quedarse inmóvil debajo de mí. Hasta que su corazón dejó de latir. Hasta que estuve absolutamente seguro de que estaba muerto y nunca más podría amenazar a mi compañera.

Volví a mi forma humana y rugí. El sonido resonó por toda la sala del trono y llevaba una orden alfa que hizo que cada lobo en la habitación cayera de rodillas en sumisión. Mi recién descubierta fuerza, alimentada por la presencia de Wen a través del vínculo completamente abierto, lo hacía imposible de resistir.

Me coloqué frente a Wen y miré furioso a todos los que aún estaban de pie. Gruñí bajo en mi pecho a cualquiera que incluso mirara en su dirección. Mi lobo estaba completamente salvaje ahora. Protector y posesivo y listo para matar a cualquiera que amenazara a nuestra compañera embarazada.

Mis guardias habían reunido a los hombres restantes leales a Andreas. Los arrastraron hacia adelante y los obligaron a arrodillarse en una línea frente a mí.

Lord Matthias estaba entre ellos. Su rostro estaba pálido. —Su Majestad, por favor. Fui coaccionado. Andreas amenazó a mi familia...

—Silencio. —Mi voz salió como un gruñido—. Intentaste matar a mi compañera. Enviaste a un asesino tras una mujer indefensa. No hay excusa para eso.

Otro miembro del consejo habló. —¡No sabíamos que era tu compañera! ¡Dijiste que no era nada para ti!

—Eso no es excusa —gruñí. El sonido fue áspero—. ¿Creísteis que permitiría que alguien atacara a alguien bajo mi protección, incluso si no fuera mi compañera? ¿Creísteis que no cazaría a todos los responsables?

Aurion volvió a su forma humana y se posicionó junto a Wen. Su presencia me calmó ligeramente porque sabía que la protegería si algo salía mal.

Caminé lentamente por la fila de traidores. Les dejé ver la sangre que aún goteaba de mi boca. Les dejé ver al lobo en mis ojos. Les dejé entender exactamente lo que estaba a punto de suceder.

—Por favor —gimoteó uno de ellos—. Por favor, Su Majestad. Piedad.

—¿Mostraste piedad cuando enviaste a ese asesino a estrangularla? ¿Cuando mataste a dos de mis buenos hombres? —Me detuve frente a él—. ¿Mostraste piedad cuando intentaste asesinar a mi compañera embarazada?

Sus ojos se abrieron de par en par. Abrió la boca para hablar pero no le di la oportunidad. Mi mano salió disparada y se envolvió alrededor de su garganta. Lo levanté del suelo y apreté, dejé caer su cuerpo cuando dejó de luchar.

El siguiente intentó huir. Mis guardias lo atraparon y lo arrastraron de vuelta. Lo maté igual de rápido. Igual de eficientemente.

Uno por uno recorrí la fila. Matthias suplicó. Otro permaneció en silencio. Un tercero intentó contraatacar. No importaba. No mostré

misericordia. No di segundas oportunidades. Solo impartí justicia rápida y brutal a cada persona que había amenazado a mi pareja.

Cuando todo terminó, cuando la sala del trono estaba cubierta de sangre y cuerpos y los traidores yacían todos muertos a mis pies, me volví hacia Wen.

Estaba pálida y temblando. Una mano presionada protectoramente sobre su vientre embarazado. La otra agarraba el brazo de Aurion buscando apoyo. Sus ojos estaban abiertos por la conmoción y el miedo mientras me miraba cubierto de sangre.

Pero estaba viva. A salvo. Aquí.

Y tenía tanto que explicar.

29

—•—

Wen

Me quedé impactada viendo cómo asesinaba a todos los traidores.

No horrorizada o asqueada, simplemente impactada por la eficiencia. La brutalidad. La forma en que avanzaba por la fila sin vacilación ni misericordia y entregaba la muerte a cada persona que me había amenazado. Pero no podía mentirme a mí misma sobre el alivio que me inundaba. Había terminado. Las amenazas finalmente habían terminado. Nadie lastimaría a Mal o a mí o a nuestro bebé nunca más. Andreas estaba muerto junto con todos sus partidarios. La pesadilla había concluido.

Una vez que terminó con la masacre, se volvió para mirarme. La sangre aún cubría partes de su piel a pesar de que Aurion le había entregado un paño. Sus ojos se encontraron con los míos a través de la sala del trono.

Y joder, fue tan incómodo.

Nos quedamos mirando el uno al otro durante lo que pareció una eternidad. Podía ver que quería decir algo. Quería preguntar sobre el

evidente bulto bajo mi vestido. Pero las palabras parecían atascadas en su garganta.

—Estás vivo —dije finalmente. Porque aparentemente mi cerebro había decidido que eso era lo más inteligente que podía decir después de presenciar una masacre.

—Sí —su voz sonaba áspera—. Estás aquí.

—Sí. Evidentemente.

El silencio se extendió entre nosotros. Esto era insoportable.

—Has vuelto —dijo.

—Sentí que morías a través del vínculo. No podía ignorar eso exactamente —cambié mi peso porque me estaban matando los pies. Cinco meses de embarazo significaba que estar de pie no era cómodo—. Pero ahora estás bien, así que voy a volver.

Vi el pánico cruzar su rostro. —Wen, espera...

—Adiós, Mal.

Me di la vuelta y me alejé antes de que pudiera decir algo más, antes de que pudiera cambiar de opinión, antes de que las lágrimas que amenazaban con caer realmente hicieran acto de presencia.

Se escuchó un alboroto detrás de mí mientras las voces se superponían y Aurion decía algo mientras Mal respondía. No miré atrás, simplemente seguí caminando con toda la energía que mi embarazo me permitía hacia la salida.

¿Quizás debería limitarme a los humanos a partir de ahora? Los hombres lobo claramente traían demasiado drama y violencia y todo lo que no necesitaba en mi vida.

Estaba a mitad del corredor cuando escuché pasos corriendo detrás de mí. Rápidos. Acercándose.

—¡Wen!

Me quedé paralizada al oír mi nombre en su voz. Mierda.

Caminó a mi alrededor para bloquear mi camino. Noté que se había cambiado a ropa limpia y se había lavado la mayor parte de la sangre. La mayor parte. No toda. Todavía quedaban rastros bajo sus uñas y en su cabello.

—¿Qué quieres ahora? —pregunté. Mi voz sonó cansada. Derrotada.

Hizo una mueca y sus ojos bajaron a mi vientre. Lo miró durante un largo momento antes de encontrarse con mi mirada de nuevo. —¿Estás embarazada, Wen? ¿De mi heredero?

Me tensé ante la palabra heredero, como si este bebé fuera solo una herramienta política o un sucesor a su trono en lugar de una persona, en lugar de nuestro hijo.

—El bebé no es tuyo —mentí.

Lo cual fue completamente inútil ya que podía sentir a través del vínculo que él sabía que estaba mintiendo. Estúpidos sentidos sobrenaturales de hombre lobo.

Mierda.

—No me mientas —gruñó. Sus ojos brillaron en rojo por un segundo —. Por favor. Solo dime la verdad. ¿De cuánto estás?

Crucé los brazos sobre mi pecho. —Alrededor de cinco meses.

La devastación que cruzó su rostro fue inmediata y brutal. Parecía como si lo acabara de apuñalar. —Cinco meses. Estabas embarazada

cuando yo... —Ni siquiera pudo terminar la frase—. Dioses, Wen. Lo siento tanto. Por todo. Si tan solo me dejaras explicar...

—No —lo interrumpí—. No voy a dejar que me engatuses con nada más. Hemos terminado, Mal. Me rechazaste por otra mujer. Una que yo ODIO. Y luego me desterraste como si fuera basura. Así que no hay futuro para nosotros. No hay un NOSOTROS. Te aseguraste absolutamente de eso cuando te paraste frente a toda tu corte y me llamaste inútil.

Mi voz se había elevado casi a un grito al final. Las lágrimas se acumulaban en mis ojos y me negué a dejar que las viera caer. Me negué a darle esa satisfacción.

Me di la vuelta y prácticamente corrí hacia donde el portal se encontraba en medio del corredor, salté a la luz arremolinada antes de que mi estúpido corazón pudiera convencer a mi cerebro de perdonarlo.

El viaje de regreso fue difícil. Mi estómago protestó todo el camino. Pero aterricé en mi librería y salí sin vomitar, lo que se sintió como una pequeña victoria.

Revisé mi teléfono. Habían pasado dos días desde que me fui. Solo dos días. Mis amigos habían mantenido la tienda funcionando sin problemas en mi ausencia según los mensajes en nuestro chat grupal.

Estaba tan agradecida de tenerlos. ¿Qué haría sin Krystin, Bella y Daphne?

La gratitud se convirtió en lágrimas. Me senté detrás del mostrador y lloré durante lo que pareció horas. Perdida y sola y sintiendo que mi vida estaba fuera de control nuevamente.

Pero eventualmente las lágrimas se detuvieron. Me limpié la cara y respiré profundamente.

Lo logré. Estaba viva. Mal estaba bien. Nuestro bebé estaba bien. Eso tenía que ser suficiente.

Pasé el día siguiente como un zombi, siguiendo los movimientos de ayudar a los clientes y reponer estanterías y comer cuando mis amigos me obligaban a hacerlo. Pero me sentía vacía por dentro.

El segundo día decidí que ya era suficiente. No podía seguir viviendo así. No podía seguir revolcándome en la miseria mientras estaba embarazada. No era bueno para mí ni para el bebé.

Contraté a una empleada a tiempo parcial. Una estudiante universitaria llamada Emma que necesitaba horarios flexibles y parecía lo suficientemente responsable. Estaba encantada de trabajar en una librería y no hacía preguntas sobre mi vida personal.

Pagué a mis amigos por todo el tiempo que habían pasado administrando mi tienda. Protestaron. Dijeron que nunca aceptarían dinero por ayudarme. Pero insistí y eventualmente cedieron.

Luego decidí que había estado encerrada el tiempo suficiente, atrapada en mi apartamento o en mi librería durante semanas cuando necesitaba aire fresco y espacio y no sentir que las paredes se cerraban a mi alrededor.

Caminé por el bosque detrás de la librería hasta la orilla de un río que había descubierto hace años. Era tranquilo y pacífico, y el sonido del agua fluyendo sobre las rocas era reconfortante de una manera que nada más lo era.

Hacía frío afuera pero no me importaba. Realmente necesitaba la vitamina C, así que extendí una manta sobre la hierba cerca de la orilla del agua, me puse protector solar aunque estaba completamente vestida porque el embarazo había hecho que mi piel fuera más sensible, luego me acosté y cerré los ojos, dejando que el sonido del río me envolviera.

La tristeza volvió a aparecer. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas antes de que pudiera detenerlas.

—Para —me dije en voz alta—. Solo para. Respiraciones profundas, Wen. Respiraciones profundas.

Me concentré en respirar. Inhalando por la nariz. Exhalando por la boca. Traté de encontrar esa paz interior que había estado buscando. Traté de calmar el caos en mi mente.

Apenas estaba empezando a sentirme tranquila cuando una sombra cayó sobre mi rostro. Algo estaba bloqueando el sol.

Por favor, que no sea un oso, recé en silencio. Por favor, no dejes que me ataque un animal salvaje mientras estoy embarazada.

Abrí un ojo con cautela y me habría caído de espaldas si no hubiera estado ya acostada.

—¿Mal?

No podía ser real. Mi cerebro me estaba jugando una mala pasada. Alucinaciones por estrés o algo así.

Pero era real. Mi pareja estaba allí vestido con ropa informal que nunca le había visto usar antes. Vaqueros que le sentaban bien. Una camisa sencilla con las mangas enrolladas mostrando sus antebrazos tatuados y las cicatrices de batallas. Su cabello era más corto. Mucho más corto. Ya no le llegaba a los hombros.

Sentí una punzada de tristeza por eso. Me había encantado su pelo largo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Mi voz sonó confundida. Cautelosa.

—He venido por ti, pequeña compañera —dijo, su voz áspera por la emoción.

Luego cayó de rodillas junto a mi manta.

Me senté torpemente porque estar embarazada de cinco meses significaba que nada era elegante ya. Lo miré arrodillado en la hierba. —¿Qué estás haciendo?

—Suplicando —dijo simplemente—. Humillándome. Como quieras llamarlo —Respiró profundamente—. Te amo, Wen. Te he amado desde el momento en que arrojaste ese libro a mi cabeza en tu librería. Amo tu sarcasmo y tu fuerza y la forma en que ves el mundo. Amo cómo cuidas de tus amigos y tus clientes. Amo cómo luchaste incluso cuando estabas aterrorizada. Amo todo sobre ti.

Abrí la boca para interrumpir pero él continuó.

—Lo que hice en esa sala del trono fue lo más difícil que he hecho jamás. Rechazarte. Decir esas cosas horribles. Ver cómo te desmoronabas y no poder consolarte. Me destruyó, Wen. Cada palabra era una mentira diseñada para mantenerte a salvo. Andreas y sus partidarios planeaban matarte. La única forma de protegerte era hacerles creer que no significabas nada para mí. Enviarte lejos donde no pudieran alcanzarte.

—Me llamaste puta —dije. Mi voz se quebró—. Un juguete. Dijiste que te daba asco.

La devastación en su rostro fue inmediata. —Lo sé. Y lamentaré esas palabras por el resto de mi vida. Estaba tratando de ser lo suficientemente cruel para que nadie cuestionara el rechazo. Pero decirlas se sintió como arrancarme mi propio corazón. No eres nada de eso. Eres mi compañera. La única que tendré jamás.

Sentí sus emociones a través del vínculo filtrándose en mí. Su sinceridad. Su dolor. Su desesperada esperanza de que lo perdonara.

—Este último mes sin ti ha sido un infierno —continuó—. No podía dormir. No podía comer. Apenas podía funcionar. Todo en lo que

podía pensar era en ti. Si estabas a salvo. Si me odiabas. Si había destruido cualquier posibilidad de estar juntos —Hizo un gesto hacia sí mismo—. Soy un desastre, Wen. Apenas me mantengo en pie porque la mitad de mí está ausente. Tú eres la mitad de mí. Y no puedo sobrevivir sin ti.

Las lágrimas corrían por mi cara ahora. —Si estás aquí, ¿quién gobierna Ravenor?

Parpadeó ante la pregunta. —Me estoy tomando un año libre. Dejando a mi capitán de la guardia a cargo. Mi sucesor. Si pasa un año y no he regresado, él permanecerá en el trono permanentemente.

Lo miré en estado de shock. —¿Qué? ¿Estás abandonando tu reino?

—Te estoy eligiendo a ti —dijo firmemente—. El reino sobrevivirá sin mí. Pero yo no puedo sobrevivir sin ti y nuestro hijo —Su mano se movió hacia mi vientre pero se detuvo antes de tocarlo—. Estoy aquí para suplicar y rogar durante el tiempo que sea necesario. Si quieres, podemos volver juntos a Ravenor. Serías reina. Nuestro hijo sería heredero. Si no quieres eso, me quedaré aquí y te ayudaré a dirigir tu librería. Seré lo que necesites que sea. Pero ya no me alejaré de tu lado. No cometeré ese error otra vez.

Quería creerle. Quería perdonarlo. Pero el dolor aún estaba tan fresco. Tan crudo.

—Son solo palabras —dije. Me limpié las lágrimas con rabia—. Solo déjame en paz, Mal. Vuelve a tu reino. Vive tu vida.

—Rompí el compromiso en el momento en que Andreas murió —dijo —. Amaia está desterrada de la corte. Nunca me casaré con nadie más que contigo.

—No me importa. Solo vete.

Me recosté en mi manta y cerré los ojos para despedirlo.

Lo oí levantarse y sus pasos alejándose. Esperé el sonido de su partida completa. Pero los pasos se detuvieron en el borde del bosque y abrí los ojos para mirar.

Estaba transformándose con huesos crujiendo y reformándose. En segundos un lobo negro masivo se sentó al borde de los árboles, mirándome directamente.

Genial. Simplemente genial.

***

Pasó una semana y me había ganado un lobo acosador.

Me seguía a todas partes. Cuando iba a trabajar, se sentaba fuera de la librería. Cuando iba a casa, dormía fuera de la puerta de mi apartamento. Cuando iba a hacer la compra, me seguía a distancia pero nunca me perdía de vista.

Tuve que explicarle a Emma que el enorme lobo era en realidad un perro de raza mixta. Mezcla de Gran Danés. Muy protector. Totalmente inofensivo a pesar de parecer aterrador.

Ella lo había creído pero parecía escéptica cada vez que lo veía observando la tienda a través de la ventana.

Mis amigos querían patearle el trasero. Krystin había intentado ahuyentarlo con una escoba pero él simplemente se había sentado allí y la había mirado hasta que ella se dio por vencida.

—Solo di la palabra y llamaré a control animal —ofreció Bella.

—No —dije—. No lo hagas. No está lastimando a nadie.

—Te está acosando —señaló Daphne—. Eso no es saludable.

—Sé lo que está haciendo —dije cansada—. Está demostrando algo. Está demostrándome que no se va a ir.

—¿Y qué? ¿Vas a dejarlo que te siga por todas partes para siempre?

No tenía una respuesta para eso.

Pero al final de la semana ya había tenido suficiente. Estaba exhausta. Estresada. Cansada de explicarles a los clientes por qué había un lobo gigante sentado afuera. Cansada de pasar por encima de él cada vez que salía de mi apartamento.

Bajé pisando fuerte una noche después de cerrar la tienda. Todas mis hormonas del embarazo y cansancio y frustración. Abrí la puerta y le hice un gesto para que entrara.

Entró trotando inmediatamente. Cerré la puerta con llave detrás de nosotros y lo conduje hasta mi apartamento.

Una vez que nos quedamos solos, me volví hacia él. —¡PARA! ¡SIMPLEMENTE PARA! —Las palabras salieron como un gruñido frustrado—. Lo entiendo, ¿vale? No me vas a dejar en paz. Has dejado claro tu punto. Has demostrado que puedes ser terco y molesto y seguirme como un cachorro perdido. Pero al menos estate en forma humana para que seas ÚTIL.

Se transformó inmediatamente. Se quedó de pie desnudo en mi salón con una sonrisa en la cara. Había echado de menos ver sus tatuajes. —Sí, jefa.

Le lancé una manta. —Ponte algo de ropa. No me vas a encandilar con tus abdominales.

Su sonrisa se ensanchó. —No estoy intentando encandilarte. Simplemente estoy obedeciendo tu orden de ser útil.

—Ropa. Ahora.

Se envolvió la manta alrededor de la cintura y se sentó en mi sofá. Me miró expectante. —¿Qué te gustaría que hiciera?

Me quedé mirándole. A su pelo más corto y las oscuras ojeras bajo sus ojos. A cómo claramente había perdido peso. A la manera en que me miraba con tal esperanza, amor y desesperación.

Mi estúpido corazón se encogió dolorosamente.

—No lo sé —admití—. Ya no sé lo que quiero.

—Está bien —dijo con suavidad—. No tienes que saberlo. Esperaré. El tiempo que haga falta. Estaré aquí.

Me senté en el sillón frente a él porque me estaban matando los pies. —Esto es una locura. Lo sabes, ¿verdad? Eres un rey. Deberías estar gobernando tu reino. No acosándome en forma de lobo y durmiendo en mi portal.

—Mi reino puede esperar. Tú no. —Se inclinó hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas—. He cometido tantos errores, Wen. Te he herido de maneras por las que nunca podré disculparme completamente. Pero estoy aquí ahora. Y pasaré cada día por el resto de mi vida demostrando que te elijo a ti. Que siempre te elegiré a ti.

Quería creerle. Pero la confianza era difícil cuando había sido destrozada tan completamente.

—Necesito tiempo —dije finalmente—. Necesito procesar todo. Averiguar lo que quiero. Lo que es mejor para mí y para el bebé.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo inmediatamente—. No voy a ir a ninguna parte.

—¿Y realmente serás útil? ¿No te quedarás simplemente en forma de lobo mirándome fijamente?

—Haré lo que me pidas. Cocinar. Limpiar. Ayudar con la librería. Masajear tus pies. Construir muebles para el bebé. Lo que sea.

Entrecerré los ojos. —¿Sabes cocinar?

—He estado tomando lecciones —dijo—. De un chef en la ciudad. Todavía no soy bueno, pero estoy aprendiendo.

A pesar de todo, sentí que mis labios se movían. Casi una sonrisa. —Vas a incendiar mi cocina, ¿verdad?

—Sinceramente espero que no —admitió—. Pero intentaré con todas mis fuerzas evitarlo.

Suspiré y froté mi vientre embarazado. El bebé dio una patada como si estuviera opinando sobre la conversación. —Está bien. Puedes quedarte. Pero dormirás en el sofá. Y si haces algo que me moleste, volverás a tu forma de lobo y dormirás fuera. ¿Entendido?

—Sí, jefa. —Ahora estaba sonriendo. Realmente sonriendo como si le acabara de dar la mejor noticia de su vida.

—Y consigue ropa de verdad. No voy a estar mirando tu trasero desnudo durante el tiempo que esto dure.

—Iré de compras mañana.

—¿Con qué dinero?

Sacó una bolsa de algún lugar y la abrió. Monedas de oro y joyas se derramaron sobre mi mesa de café.

Me quedé mirando la pequeña fortuna que ahora decoraba mi mueble. —Por supuesto que trajiste tesoros. ¿Por qué no ibas a traer tesoros?

—Vine preparado para quedarme todo el tiempo que fuera necesario.

Negué con la cabeza pero no pude ocultar del todo mi sonrisa. —Eres ridículo.

—Pero soy tuyo —dijo esperanzado—. Si me aceptas.

—Ya veremos —dije. Pero el vínculo entre nosotros vibraba con algo que se sentía peligrosamente cercano a la esperanza—. Ya veremos.

30

—•—

Wen

—¡Cariño, ya estoy en casa!

Me desperté sobresaltada al oír la voz de Mal resonando por todo mi apartamento, la puerta cerrándose, seguido por el ruido de bolsas, y pasos dirigiéndose hacia la cocina. Incluso le oí silbando alegremente.

Solo llevaba dos días durmiendo aquí y ya actuaba como si fuéramos una pareja que llevaba cincuenta años de matrimonio feliz y doméstico.

Gemí y me di la vuelta para mirar mi teléfono. Las tres de la tarde. Había estado durmiendo durante horas después del desastre absoluto de esta mañana.

Esta mañana. Dios, esta mañana.

Me había despertado al amanecer por unos ruidos extraños que venían del salón. Arrastres, salpicaduras, movimiento. Mi primer pensamiento fue que alguien había entrado y estaba saqueando el lugar. Mi segundo pensamiento fue que estaba a punto de ser

asesinada estando embarazada y eso parecía profundamente molesto considerando todo lo que había pasado.

Había cogido el bate de béisbol que guardaba junto a mi cama y me había arrastrado fuera del dormitorio, lista para defenderme a mí y a mi bebé nonato de cualquier psicópata que hubiera entrado en mi apartamento.

Pero no era un ladrón.

Era Mal, a gatas, fregando el suelo de mi cocina con el tipo de intensidad que normalmente se reserva para la limpieza de escenas de crímenes.

A las cinco de la maldita mañana.

Me había quedado allí en la puerta con mi enorme camisón y la boca abierta porque no estaba limpiando al azar. Estaba usando los productos adecuados. El limpiador para suelos que específicamente decía «solo para madera» en la botella. El pulidor de granito para las encimeras. El limpiacristales con la fórmula especial para ventanas sin rayas. Incluso tenía los paños de microfibra que la señora Santos me había convencido de comprar el año pasado.

—¿Cómo sabes qué productos usar? —le había preguntado porque esto era demasiado extraño como para no cuestionarlo.

Me había mirado con esa sonrisa ridículamente orgullosa que le hacía parecer un niño de doce años en lugar de un antiguo rey hombre lobo. —Vi a la señora Santos en la tienda ayer cuando estaba aprendiendo sobre el comercio humano. Me dio una lista completa de lo que debía comprar e instrucciones detalladas sobre el uso adecuado de cada producto. —Luego había sacado del bolsillo trasero un papel doblado cubierto de una letra pulcra que definitivamente no era la suya—. ¿Ves? Escribió qué productos van en qué superficies y en qué orden aplicarlos. Fue muy minuciosa e

insistió en que tomara notas mientras me explicaba la diferencia entre desinfectar y sanitizar.

Me había quedado tan completamente sin palabras ante la imagen de un rey hombre lobo recibiendo lecciones de limpieza de mi vecina de setenta años que simplemente me había dado la vuelta y regresado a mi dormitorio sin decir palabra. Me había metido en la cama. Me había tapado hasta la cabeza con las mantas.

Y aparentemente me había vuelto a dormir hasta que su alegre anuncio me despertó de nuevo.

Me arrastré fuera de la cama con toda la gracia de una ballena varada que había renunciado a volver al océano. Me dolía la espalda en tres lugares diferentes. Tenía los tobillos hinchados del tamaño de pomelos. El bebé estaba haciendo lo que parecía una sesión de kickboxing contra mis costillas. Cada movimiento era un esfuerzo. Cada posición era incómoda.

El embarazo era un viaje tan mágico. Verdaderamente una bendición. No podía esperar a no estar embarazada nunca más.

Caminé con dificultad desde el dormitorio hacia la cocina. El olor me golpeó primero y tenía que admitir que era impresionante. Limpio y fresco con toques de limón y algo floral. Cualquiera que fueran los productos que había usado, habían hecho que todo el apartamento oliera como uno de esos anuncios elegantes de limpieza donde mujeres con ropa blanca impoluta se ríen mientras hacen las tareas domésticas.

Mal estaba de pie en la encimera de la cocina desempaquetando bolsas con una sonrisa tan brillante que podría haber alimentado todo el edificio durante un mes. Su pelo estaba ligeramente despeinado. Llevaba unos vaqueros que le quedaban demasiado bien y una camiseta lisa que mostraba sus brazos. Parecía orgulloso de sí mismo.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñí porque acababa de despertarme y el embarazo me hacía estar más gruñona cuando interrumpían mi sueño.

Se volvió para mirarme y su sonrisa se hizo aún más grande. —¡He cazado la cena para nosotros! Caza fresca para proporcionarte una nutrición adecuada a ti y a nuestra cría.

Entonces señaló orgullosamente a la encimera donde dos pollos muertos y un conejo estaban dispuestos en toda su gloria recién fallecida. Todavía con plumas. Todavía con pelo. Todavía muy obviamente animales que habían estado vivos y saltando esta mañana antes de que él los matara.

Mi estómago se revolvió violentamente.

Ni siquiera intenté llegar al baño. Simplemente corrí y apenas conseguí levantar la tapa del inodoro antes de vomitar todo lo que había comido en las últimas veinticuatro horas. Que no era mucho porque las náuseas del embarazo seguían siendo una realidad, pero de todos modos se sentía interminable.

Unos pasos retumbaron detrás de mí. Entonces Mal estaba allí sujetándome el pelo con una mano y frotando círculos en mi espalda con la otra. —¿Estás bien? ¿Es el bebé? ¿Debería llamar a un sanador? ¿Debería llevarte a un hospital?

—¿Por qué matarías a un animal salvaje y lo traerías a mi apartamento? —jadeé entre arcadas—. ¡Tenemos tiendas! ¡Tiendas reales con carne que ya está muerta y empaquetada y definitivamente no me mira con ojos vidriosos!

Silencio. Luego su voz salió pequeña y genuinamente avergonzada. —Pensé que apreciarías caza fresca. En Ravenor, cazar para tu pareja se considera la señal más alta de devoción y provisión. La capacidad de abatir presas grandes demuestra fuerza y capacidad como compañero.

Sentí una punzada aguda de culpa incluso a través de mis náuseas. No estaba siendo idiota a propósito. Estaba intentando con todas sus fuerzas demostrar su valía. No era su culpa que su reino estuviera atascado en lo que era esencialmente la era medieval y no hubieran descubierto el milagro de la refrigeración y los supermercados.

Me enjuagué la boca y me volví para mirarlo mientras seguía sentada en el suelo del baño porque ponerme de pie parecía demasiado esfuerzo. —Deshazte de eso. Por favor. De todo. Vamos a ir al supermercado como personas normales y compraremos carne normal ya sacrificada.

—Por supuesto. Lo siento profundamente. No pretendía hacerte enfermar. —Parecía tan genuinamente disgustado que mi culpa se intensificó a niveles incómodos—. Los eliminaré inmediatamente y limpiaré cualquier desorden.

—Está bien. Solo ve a hacerlo ahora antes de que vomite otra vez.

Prácticamente salió corriendo del baño. Le oí recogiendo los animales muertos con susurros de disculpas hacia ellos y luego la puerta principal abriéndose y cerrándose mientras se iba.

Me levanté usando el lavabo y me miré en el espejo. Parecía la muerte. Mi pelo era un desastre, mi cara estaba pálida, mis ojos tenían ojeras oscuras que rivalizaban con las de Mal de su mes de miseria. El embarazo estaba haciendo maravillas por mi apariencia.

Me cambié a ropa cómoda mientras él estaba fuera. Leggings de maternidad que se suponía que debían dar soporte pero que principalmente solo comprimían mis piernas como salchichas. Un jersey grande que solía ser holgado pero que ahora solo acomodaba mi vientre. Zapatos sin cordones porque agacharme para atarlos era un recuerdo lejano.

Luego saqué mi teléfono y abrí el chat grupal con mis amigas.

Wen: Así que Mal acaba de traer a casa dos pollos muertos y un conejo que él mismo cazó

Wen: Como realmente cazado. En el bosque. Luego los trajo a mi cocina

Wen: Vomité

Krystin: JAJAJAJAJA

Krystin: Estoy llorando

Krystin: Es lo más divertido que he oído en toda la semana

Bella: Dios mío

Bella: ¿está intentando impresionarte con sus habilidades de caza?

Daphne: eso es en realidad algo dulce de una manera muy inquietante, como de cavernícola

Wen: NO fue dulce, fue traumático

Wen: Había PLUMAS

Krystin: ¿así que vas a perdonarle o seguir torturándole?

Bella: sí, pregunta importante

Bella: porque ver cómo le torturas es entretenido pero también queremos que seas feliz

Miré fijamente los mensajes y realmente lo pensé.

Wen: No lo sé. Sé que le perdonaré eventualmente. Le quiero demasiado como para no hacerlo.

Wen: Pero quiero hacerle sudar primero. Que sufra un poco.

Wen: Me rechazó delante de toda su corte y me llamó puta

Wen: Creo que tengo derecho a una pequeña venganza

Krystin: oh, me ENCANTA por dónde va esto

Krystin: ¿en qué estás pensando?

Daphne: por favor dime que implica humillación pública

Wen: Mejor. Necesito vuestra ayuda para algo perverso

Bella: te escuchamos

Krystin: di menos. ¿cuál es el plan?

Escribí mi idea. Respondieron inmediatamente con entusiasmo y sugerencias. Krystin dijo que llamaría a su primo James enseguida. Le debía un favor desde que ella le ayudó a mudarse el año pasado y esta sería la forma perfecta de cobrárselo.

Wen: Esto le enseñará a no meterse conmigo

Bella: eres malvada y me encanta

Bella: recuérdame nunca ponerme de tu lado malo

Krystin: James está dentro. Te verá en la tienda en 20

Krystin: Le dije que fuera extra amigable

Wen: Perfecto

Daphne: saca fotos si Mal parece que va a asesinar a alguien

Wen: Lo haré

Definitivamente estaba sonriendo con malicia cuando Mal regresó con las manos vacías y aspecto contrito. Se había lavado las manos y cambiado la camisa, pero seguía pareciendo un cachorro que había sido regañado.

—¿Lista para ir de compras? —pregunté con excesiva dulzura.

Sus ojos se iluminaron inmediatamente. —Sí. Me gustaría mucho aprender sobre la adecuada... *compra* de alimentos humanos.

Dios, a veces era tan formal. Sería adorable si no fuera también exasperante.

Conduje hasta el supermercado porque me negaba absolutamente a dejar que un rey hombre lobo que nunca había manejado un vehículo a motor se pusiera al volante del mío. Se sentó en el asiento del pasajero mirándome todo el tiempo.

—Nunca dejaré de asombrarme de lo rápido que se mueven los vehículos aquí —observó, aunque no había apartado los ojos de mí —. Y hay tantos viajando en patrones organizados.

—Bienvenido a la Tierra. Tenemos tráfico y furia al volante.

—Es muy eficiente. Mucho mejor que los caballos.

Resoplé. —Claramente nunca has estado atascado en hora punta en la autopista.

—¿Qué es la hora punta?

—El infierno. La hora punta es el infierno.

En la tienda, agarré un carrito y empecé a empujarlo hacia la sección de productos frescos. Mal me seguía tan de cerca que no dejaba de chocar contra mi espalda. Su mano seguía rozando la parte baja de mi espalda de una manera que era definitivamente

posesiva. Su cuerpo seguía interponiéndose entre mí y otros compradores como si me estuviera protegiendo de la amenaza inminente de madres suburbanas comprando kale orgánico y discutiendo sobre las normativas de la comunidad de vecinos.

—Puedes relajarte —le dije—. Nadie aquí va a atacarme.

—No puedes saberlo con certeza. Podría haber amenazas en cualquier parte. Enemigos ocultos. Individuos peligrosos.

«La mayor amenaza aquí es el precio de los aguacates y el juicio de otras mujeres cuando compro helado».

Frunció el ceño profundamente. «¿Qué es un aguacate?»

Estaba en medio de explicar el concepto de fruta milenial sobrevalorada que supuestamente iba a resolver todos nuestros problemas cuando llegamos a la sección de carnes. Señalé los cortes perfectamente empaquetados detrás del vidrio refrigerado.

«Así es como compramos carne aquí. Ya muerta, limpia y cortada en porciones. No resulta traumático mirarla».

Estudió la selección con la concentración de alguien que está aprendiendo un concepto completamente extraño. «¿Cuál debería elegir para nuestra cena?»

«Lo que quieras. Pollo, ternera, cerdo. Solo nada que parezca que antes tenía cara».

«Nada de conejo entonces».

«Definitivamente nada de conejo».

Estaba examinando un paquete de pechugas de pollo y leyendo la etiqueta con intensa concentración cuando escuché una voz familiar.

«¿Wen? ¡Dios mío! ¿Eres tú?»

Me giré para ver a James caminando hacia mí con una sonrisa amistosa. Era el primo lejano de Krystin, alto y atractivo de esa manera no amenazante. Inofensivo, dulce. Y actualmente la pieza clave en mi plan malvado.

—¡James! ¡Hola! —Me alejé de Mal hacia él con más entusiasmo del necesario—. ¿Cómo has estado?

—¡Bien! Muy bien. Ocupado con el nuevo trabajo pero bien —Me abrazó y el abrazo duró un instante demasiado largo para ser casual. Lo suficiente para ser notado—. Te ves increíble. El embarazo realmente te sienta bien. ¿El padre sigue sin estar en el panorama?

Sentí a Mal tensarse detrás de mí. Casi podía oír a su lobo gruñendo dentro de su cabeza.

Esto iba exactamente según lo planeado.

—¡Gracias! Eres muy dulce. No, no está en el panorama. Pero bueno, ¿cómo va el nuevo trabajo? —Me coloqué de manera que estaba más cerca de James que de Mal y toqué su brazo mientras hablábamos.

—Es genial. Realmente desafiante pero estoy aprendiendo muchísimo. El equipo es fantástico —Se inclinó de manera conspiratoria y bajó la voz—. Aunque tengo que decir que trabajar tanto significa que apenas tengo tiempo para ver a mis amigos. Deberíamos tomar un café alguna vez y ponernos al día como es debido.

—Me encantaría —dije cálidamente y quizás volví a tocar su brazo—. Ha pasado una eternidad desde que salimos juntos.

Era una mentira total. Nunca había salido con James, pero cumplió su propósito cuando Mal apareció a mi lado tan rápido que casi salté. Su mano rodeó mi cintura con un agarre definitivamente

posesivo. Su cuerpo presionado contra mi espalda de una manera que gritaba mía.

—Hola —dijo. Su voz era agradable. Sus ojos absolutamente no. Estaban taladrando agujeros en el cráneo de James.

La sonrisa de James flaqueó ligeramente mientras observaba el tamaño y la expresión de Mal. —Eh, hola. Soy James. Amigo de Wen.

—Malachar. El compañero de Wen —La forma en que dijo compañero sonaba como una declaración territorial y una amenaza juntas.

—Amigo —corregí rápidamente porque estábamos en público, y Mal pareció como si le hubiera golpeado—. Mal, James es el primo de Krystin. Lo conozco desde hace años.

—Qué encantador —La mano de Mal se tensó en mi cintura—. Wen, deberíamos terminar de comprar rápidamente. Necesitas descansar. El bebé requiere que descanses con frecuencia.

—Estoy perfectamente bien —Me volví hacia James e ignoré deliberadamente el agarre de Mal—. Entonces, ¿decías algo sobre ese café?

—Ah, sí. ¿Tal vez la próxima semana? Conozco un sitio genial en el centro que acaba de abrir. Tienen unos pasteles increíbles.

—Eso suena perfecto. ¿Me mandas los detalles por mensaje?

Mal hizo un ruido que definitivamente fue un gruñido. Sus dedos se flexionaron contra mi cadera con tanta fuerza que probablemente me dejaría marcas más tarde.

Me mordí el labio para no sonreír. Esto era demasiado fácil.

—De todos modos, probablemente deberíamos irnos —le dije a James—. Pero fue genial verte. Necesitamos ponernos al día más a menudo.

—Sin duda —Me abrazó para despedirse y me aseguré de devolver el abrazo con entusiasmo y quizás aguanté un segundo más de lo necesario—. ¡Escríbeme!

—¡Lo haré!

Me di la vuelta y empecé a empujar el carrito hacia la sección de lácteos con naturalidad. Mal caminaba a mi lado irradiando tanta tensión que podría alimentar una pequeña ciudad. Tenía la mandíbula tan apretada que me preocupaban sus dientes. Sus manos eran puños a los costados.

—Parece muy amistoso —dijo después de un momento. Su tono sugería que ser amistoso era un crimen punible con muerte y desmembramiento.

—Lo es. James es un gran tipo. Realmente dulce y considerado.

—Muy tocón contigo.

—Somos amigos. Los amigos se abrazan. Eso es un comportamiento humano normal.

—Eso no fue un abrazo de amigos. Eso fue una invitación de apareamiento y una exhibición de cortejo.

Resoplé y agarré un galón de leche. —Absolutamente no lo fue. Estás siendo ridículo.

—Se inclinó cerca de ti. Tocó tu brazo varias veces. Sugirió una reunión privada con café y pasteles —Mal dejó de caminar y se volvió para enfrentarme con los ojos destellando en rojo—. Ese es un comportamiento de cortejo explícito en cualquier cultura.

—Es un café, Mal. No una propuesta de matrimonio.

—Eres mía —Se acercó más y su voz bajó a un gruñido peligroso—. Mi compañera. Llevando *mi* hijo. Y ese macho te estaba proponiendo algo justo delante de mí. No somos *amigos*.

—¿Qué estás haciendo? —interrumpí y crucé los brazos sobre el pecho aunque era difícil con la barriga en el camino—. Todavía estás en arenas movedizas, ¿recuerdas? No tienes derecho a estar celoso y posesivo cuando fuiste tú quien lo estropeó todo.

Su expresión cambió de enfadada a desesperada. —Lo sé. Soy consciente. Pero ver a otro macho tocándote vuelve a mi lobo completamente loco. No puedo controlar el instinto de eliminar amenazas a nuestro vínculo.

—Pues inténtalo más porque James no es una amenaza. Es un buen tipo que estaba siendo amistoso.

Me di la vuelta y seguí comprando. Apenas había dado tres pasos cuando James apareció al final del pasillo. Saludé con entusiasmo y él se acercó con esa sonrisa despreocupada. Hora de la Ronda 2.

—Oye, olvidé mencionar —dijo—. Mi hermana acaba de tener un bebé la semana pasada. ¿Quieres ver fotos?

—¡Dios mío, sí!

Nos quedamos allí mirando su teléfono mientras me mostraba fotos de su sobrina. Era adorable. Hice los apropiados ruidos de arrullo. Mal estaba detrás de nosotros emanando vibraciones asesinas tan fuertes que me sorprendió que James no saliera corriendo y gritando.

—Están pensando en llamarla Sophia —dijo James.

—Es un nombre hermoso —dije.

—Ese nombre es terrible —intervino Mal—. Ningún niño debería cargar con tanta debilidad y uso común.

James parpadeó y lo miró. —Eh, ¿qué?

—Ignóralo —dije rápidamente—. Creo que Sophia es un nombre encantador. Muy clásico.

—Gracias —James le lanzó a Mal una mirada confusa y ligeramente preocupada—. Tu novio parece tener muchas opiniones sobre nombres de bebés.

—No tienes ni idea. Tiene opiniones sobre todo.

Continuamos comprando con James caminando junto a nosotros y charlando sobre cosas aleatorias. Trabajo. El bebé de su hermana. Una película que había visto recientemente. Participé con entusiasmo en la conversación. Mal nos seguía como una sombra muy grande y muy agresiva que estaba a segundos de cometer violencia.

—Quizás deberías volver a tu propia compra —sugirió Mal a James con una sonrisa que no le llegaba a los ojos en absoluto—. Estoy seguro de que tienes muchas cosas importantes que comprar para ti mismo.

—En realidad, ya casi he terminado por hoy. No me importa caminar con vosotros un rato. Es agradable ponerme al día con Wen.

El ojo de Mal realmente se crispó.

Estaba pasándolo en grande.

Finalmente, después de lo que probablemente fue tortura psicológica para Mal, James miró su teléfono y dijo que tenía que irse. Nos despedimos y me aseguré de abrazarlo nuevamente. Mal lo miró con literal asesinato en los ojos hasta que desapareció por la esquina.

Entonces se volvió hacia mí.

—Eso fue completamente innecesario.

—¿El qué?

—Permitirle que nos acompañara por la tienda. Reírte de sus chistes mediocres. Tocar su brazo repetidamente.

—Estaba siendo amistosa y educada. ¿Y qué pasa si quiero tocarlo? Tuve que verte con Amaia. Supéralo.

—Wen —Mal se acercó y me arrinconó contra la estantería de salsas para pasta—. Cazaré a Amaia y la mataré yo mismo si eso te trae paz mental, pequeña compañera. Pero no te compartiré con nadie. Nunca.

Sus manos se colocaron a ambos lados de mi cabeza, enjaulándome contra la estantería. Su cuerpo presionado tan cerca como mi vientre lo permitiría. Sus ojos estaban fijos en mi boca con precisión láser.

—No me posees —dije. Pero mi voz salió mucho más entrecortada de lo que había pretendido porque tenerlo tan cerca estaba haciendo cosas a mi cuerpo traidor.

—Sé que no te poseo. Pero tú me posees completamente. Y la idea de otro macho tocándote me hace querer quemar todo este edificio hasta los cimientos y salar la tierra.

Se inclinó con la muy clara intención de besarme. Quizás la obra de los celos había ido demasiado lejos, pero lo había extrañado. Extrañaba la forma en que me miraba como si yo fuera la única cosa en el mundo entero que importaba.

Así que cerré los ojos e incliné la cabeza lo suficiente para que pudiera besarme.

Su boca fue suave al principio, casi cautelosa. Luego se volvió exigente. Su lengua se deslizó contra la mía y me derretí contra él como si no tuviera ningún autocontrol. El calor se acumuló en mi vientre. Mis manos agarraron su camisa sin mi permiso. Hice un ruido que era vergonzosamente necesitado.

Él gimió contra mi boca y se acercó más. Lo sentí duro contra mi cadera y la satisfacción me invadió.

Excelente. Esto era mejor que los celos. Que sufriera.

Empujé contra su pecho y me aparté. Me alisé el jersey. Empecé a empujar el carrito de nuevo como si absolutamente nada hubiera pasado.

—Todavía necesitamos leche —dije casualmente.

Se quedó allí por un largo momento viéndose completamente aturdido y desorientado. Luego se acomodó y me siguió. Miré hacia abajo y tuve que morderme el labio con fuerza para no sonreír ante el problema muy obvio que estaba teniendo en sus vaqueros.

Realmente esperaba que estuviera sufriendo tanto como yo. Probablemente más, en realidad.

Pagamos y condujimos a casa en un silencio cargado. Él seguía moviéndose incómodamente en su asiento. Mantuve los ojos en la carretera y fingí no notar su incomodidad.

De vuelta en el apartamento, insistió en llevar todas las bolsas dentro a pesar de mis protestas.

—Necesitas descansar y conservar energía. Yo me encargaré del trabajo físico.

—Estoy embarazada, no muriendo.

—Estás llevando una carga preciosa. Nuestra cría. Déjame proveer para ambos.

Puse los ojos en blanco pero le dejé salirse con la suya porque discutir era agotador. Empezó a desempacar las compras y a guardarlas siguiendo mis indicaciones. Luego se volvió hacia mí con determinación escrita en toda su cara.

—Quiero cocinar la cena esta noche. Poner en práctica mis habilidades recién adquiridas.

Lo miré con escepticismo. —¿Tus habilidades culinarias?

—Sí. Estoy listo para prepararte una comida apropiada.

—Mal, realmente no sé si eso es una buena idea.

—Por favor. Déjame hacer esto —Su expresión era tan sincera y esperanzada—. Quiero cuidarte. Proveer para ti. Mostrarte que puedo ser útil de maneras humanas.

Contra mi mejor juicio y todos mis instintos de supervivencia, asentí. —Está bien. No quemes mi cocina.

—Seré extremadamente cuidadoso. Lo prometo por mi honor.

Empezó a sacar ingredientes y realmente parecía saber lo que estaba haciendo. Los miraba con concentración. Comenzó a preparar verduras con una sorprendente competencia y técnica adecuada con el cuchillo.

Quizás el chef realmente le había enseñado algo útil.

—Voy a tomar una ducha —anuncié—. Intenta no destruir nada mientras no estoy.

—No lo haré. Disfruta de tu ducha, pequeña compañera.

Me dirigí al baño y abrí el agua, dejando que se calentara mientras me quitaba la ropa. Mi cuerpo estaba dolorido e hinchado y necesitaba desesperadamente esta ducha.

Me metí bajo el chorro y dejé que el agua caliente trabajara en mis músculos doloridos. Cerré los ojos e intenté relajarme por primera vez en todo el día.

Fue entonces cuando lo olí.

Humo. Definitivamente humo. Y algo quemándose.

«Mierda».

31

—•—

Malachar

El fuego se estaba extendiendo y estaba bastante seguro de que estaba a punto de quemar toda la vida de mi compañera.

Agarré un paño de cocina e intenté sofocar las llamas en la sartén, pero la tela se incendió inmediatamente. Ahora estaba sosteniendo un paño en llamas mientras la cocina también estaba en llamas y el humo llenaba rápidamente el apartamento.

Esto definitivamente no iba según el plan.

El chef había hecho que cocinar pareciera tan fácil. Cortar verduras. Sazonar carne. Aplicar calor. Simple. Excepto que aparentemente había un detalle muy importante sobre no dejar las cosas desatendidas que había fallado catastróficamente en absorber.

Arrojé agua a las llamas porque parecía lógico. Fuego más agua igual a no fuego.

El fuego siseó y se hizo más grande.

El agua aparentemente era la elección equivocada. ¿Por qué nadie había mencionado esta información crucial durante mis lecciones? Esto parecía un conocimiento vital que debería haberse cubierto en la primera semana.

Las llamas se estaban extendiendo por la encimera ahora, lamiendo los armarios de madera. El humo se estaba haciendo más espeso. No podía dejar que esto se expandiera o toda la librería de abajo se quemaría. El sustento de Wen. Su vida y el trabajo de sus abuelos. Todo lo que esta familia había construido para sí misma.

Necesitaba un paño más grande. Uno mojado. Algo para contener este desastre que había creado por mi incompetencia.

Estaba buscando frenéticamente en los cajones cuando la escuché gritar.

—¡Mal!

Me giré y vi a Wen corriendo desde el baño envuelta solo en una toalla. Su cabello goteaba. Sus pies estaban descalzos. Pisó un charco en el suelo donde yo había derramado agua y comenzó a resbalar.

La atrapé antes de que golpeara el suelo. La atraje contra mi pecho mientras la cocina ardía detrás de mí y las alarmas de humo empezaban a sonar.

—¿Qué demonios ha pasado? —Estaba tosiendo por el humo. Sus ojos lagrimeaban. Miró las llamas y su rostro palideció—. ¡Dios mío, la cocina está en llamas! ¿Cómo has incendiado la cocina?

—Estaba intentando cocinar la cena —Mi voz sonó estrangulada—. Salió mal.

El pánico me golpeó más fuerte que cualquier golpe físico. Ella estaba aquí en peligro por mi culpa. Porque había querido demostrar

que podía cuidarla y en su lugar casi nos había matado a ambos.

Apreté mi agarre y corrí hacia las escaleras. Las bajé de dos en dos mientras ella protestaba y se agarraba a mis hombros.

—¿Qué estás haciendo? ¡Bájame!

—Mantenerte a salvo. Esa es mi principal prioridad.

—¡El fuego, Mal! ¡El apartamento!

—Tú eres más importante que el apartamento.

La dejé junto a la puerta principal de la librería e inmediatamente me volví para subir corriendo. Tenía que arreglar esto. Tenía que contener el daño antes de que se extendiera.

—¡Mal, no! —Su miedo me golpeó a través del vínculo, agudo, aterrado y doloroso—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Negué con la cabeza y seguí moviéndome hacia las escaleras. Ella estaba a salvo fuera. Eso era lo que importaba.

—¡El extintor! —gritó tras de mí. Su voz se estaba volviendo ronca por el humo—. ¡Debajo del fregadero! Si aún no se ha incendiado, hay un extintor debajo del fregadero.

Extintor. Por supuesto. No sabía exactamente qué era, pero el nombre era muy auto explicativo y tenía mucho más sentido que intentar sofocarlo con toallas.

Volví corriendo al apartamento lleno de humo. La visibilidad era terrible, me ardían los ojos y mis pulmones protestaban con cada respiración. El calor me golpeaba en oleadas que hacían que mi piel se erizara.

Las llamas habían crecido sustancialmente en los treinta segundos que había estado fuera. Ahora estaban trepando por los armarios.

Alcanzando el techo.

Salté entre las llamas y abrí de un tirón las puertas del armario debajo del fregadero. Encontré un gran cilindro rojo exactamente donde ella había dicho que estaría.

Lo saqué y revisé las instrucciones impresas en el metal en un texto pequeño que era difícil de leer a través del humo. Había un pasador. Una manguera. Una palanca. Esto parecía innecesariamente complicado para un dispositivo de emergencia.

Apunté la boquilla al fuego y apreté el gatillo.

No pasó nada.

Intenté de nuevo con más fuerza. Seguía sin pasar nada. Revisé las instrucciones con más cuidado mientras el sudor corría por mi rostro y el calor se volvía casi insoportable. Mis manos estaban comenzando a ampollarse por la temperatura.

Había un pasador en la parte superior. Por supuesto que había un mecanismo de seguridad. Arranqué el pasador y lo intenté de nuevo.

Una enorme cantidad de polvo blanco explotó desde la boquilla con tal fuerza que casi se me cae todo el aparato.

Algunas de las llamas murieron inmediatamente bajo el ataque. Apunté a la siguiente sección y apreté el gatillo de nuevo. Más polvo salió disparado. Más llamas sucumbieron.

Trabajé sistemáticamente por toda la cocina hasta que se extinguió hasta la última llama. El polvo lo cubría todo. Las encimeras estaban ennegrecidas y arruinadas. Los armarios estaban carbonizados. Me quedé allí tosiendo violentamente y contemplando lo que había hecho. La culpa era abrumadora y sofocante.

Casi lo había arruinado todo. Casi destruyo su hogar. Casi la lastimo a ella y a nuestro hijo porque era demasiado orgulloso para admitir que no sabía cocinar adecuadamente.

Tal vez no merecía estar aquí con ella. Tal vez estaba empeorando todo al quedarme. Tal vez ella estaría mejor si simplemente regresara a Ravenor y la dejara en paz.

La puerta se abrió de golpe con la fuerza suficiente para hacer temblar las bisagras.

—¡Mal! —Wen entró corriendo, sus pies estaban descalzos sobre el suelo cubierto de polvo. El alivio inundó su rostro cuando me vio allí de pie, vivo. Corrió a través de la habitación y se lanzó hacia mí. Sus brazos rodearon mi cintura. Todo su cuerpo temblaba.

—Estaba tan asustada —dijo contra mi pecho. Su voz estaba amortiguada y espesa por las lágrimas—. Pensé que ibas a resultar herido. Pensé que el techo podría derrumbarse. Pensé que tal vez no saldrías y te perdería.

—Lo siento. —Mi voz era áspera por el humo y la emoción—. He arruinado tu cocina. He arruinado la cena. Casi incendio todo tu edificio. Lo he destruido todo.

Ella negó violentamente con la cabeza y me abrazó con más fuerza. —No me importa la estúpida cocina. Estaba aterrorizada de que algo te pasara. Estaba fuera, imaginándote atrapado aquí dentro.

Estaba llorando. Podía sentir las lágrimas empapando lo que quedaba de mi camisa.

Mis propios ojos ardían, y esta vez no era por el humo. Lágrimas reales se acumulaban porque el alivio de tenerla a salvo en mis brazos era abrumador. —Estoy aquí. Estoy a salvo. Tú estás a salvo. Eso es todo lo que importa.

Permanecimos allí abrazándonos en la cocina destruida mientras el polvo se asentaba a nuestro alrededor como nieve. Ambos temblando y llorando. El terror de casi perdernos el uno al otro todavía fresco y crudo.

Ella se apartó de repente y agarró mis manos. Jadeó cuando vio las ampollas que cubrían mis palmas y dedos. —Estás quemado. Oh Dios, Mal, estás realmente herido.

—No es nada. Sanará...

—¡No es nada! ¡Estas son quemaduras de segundo grado por lo menos! —Trató de alejarse para ver mejor, pero no la solté.

—Por favor. Solo déjame abrazarte un momento más.

Ella se relajó contra mí y permanecimos así hasta que nuestra respiración se calmó y los temblores cesaron.

—Necesitas ponerte ropa de verdad —dije finalmente—. Luego iremos al lugar de Aurion para pasar la noche. No puedes quedarte aquí con todo este humo. No es seguro para ti o el bebé.

—¿Y tú?

—Yo estaré bien. Pero voy a llevarte en brazos. —Me negué a dejarla caminar después del susto que acababa de sufrir. Mi lobo no me permitiría alejarme de su lado ni por un momento, y sinceramente yo tampoco quería hacerlo.

La llevé al dormitorio y me di la vuelta para darle privacidad. Me quedé allí mirando a la pared mientras la escuchaba moverse. Vistiéndose. Empacando una bolsa con lo esencial.

—¿Sabes que puedes salir de la habitación, verdad? —dijo—. Solo me estoy cambiando de ropa.

—No puedo dejarte sola ahora mismo. Mi lobo no lo permitirá.

—Entonces al menos siéntate. Estás herido.

—Estoy bien de pie.

La oí suspirar, pero no discutió más.

—De acuerdo —dijo después de unos minutos—. Estoy lista.

Me di la vuelta y la recogí de nuevo a pesar de sus inmediatas protestas.

—¡Mal, puedo caminar! ¡Estoy embarazada, no herida!

—Sé que puedes caminar. Pero te voy a llevar de todos modos. Lo necesito.

Ella suspiró pero se acomodó contra mi pecho y me dejó llevarla fuera del apartamento en ruinas, bajando las escaleras y a través de las calles hasta el edificio de Aurion. La gente nos miraba, pero no me importaba.

Su ático estaba vacío cuando llegamos. Me había dado una llave días atrás y me dijo que podía usar el espacio cuando lo necesitara mientras él se ocupaba de algunos asuntos en Noctherion.

Dejé a Wen suavemente en el caro sofá. —Debería ir a comprarnos la cena en uno de esos restaurantes que te gustan.

—No tengo hambre. —Parecía exhausta. Su rostro seguía pálido.

Asentí y comencé a moverme hacia la puerta para darle espacio, pero su mano salió disparada y agarró la mía.

—Quédate —dijo. Sus ojos estaban tristes y suplicantes y llenos de una emoción que hacía doler mi pecho—. Por favor. Solo quédate conmigo.

Me senté inmediatamente. —Por supuesto. Lo que necesites.

Ella desapareció en el baño de Aurion y regresó unos minutos después con un botiquín de primeros auxilios. La vista de este me recordó aquellos primeros días en su librería. Cuando todo había sido más simple. Cuando ella había vendado mis heridas y yo me había enamorado irremediablemente de su toque cuidadoso y sus comentarios sarcásticos.

—Déjame ver tus manos.

Las extendí obedientemente. Las quemaduras eran graves, pero ella las limpió suavemente con antiséptico que escocía. Las envolvió en vendas con el mismo cuidado que había mostrado todas esas semanas atrás.

—¿Te duele? —preguntó.

—No mucho. He tenido peores.

—Eso no es tranquilizador.

Cuando terminó de vendar mis manos, me moví para acostarme detrás de ella en la cama. La atraje contra mi pecho con cuidado. Envolví mis brazos alrededor de ella y de nuestro hijo que crecía en su interior.

Ella se giró en mis brazos y se presionó completamente contra mí. Su rostro enterrado en mi cuello. Sus manos aferradas a mi camisa.

—Estoy cansada de la distancia —susurró contra mi piel—. Todavía no te perdono por lo que hiciste. Pero esta noche me di cuenta de que no puedo vivir sin ti. Te amo tanto y me aterroriza lo mucho que te necesito. Cómo me rompería completamente si te pierdo de nuevo, Mal.

—Yo también te amo. —Besé la parte superior de su cabeza y respiré su aroma—. Más que cualquier cosa en cualquier reino. Más que mi reino o mi trono o mi propia vida.

Ella levantó su rostro y la besé adecuadamente. Suave y tierno y lleno de todo lo que no podía decir con palabras. Vertiendo todo mi amor y devoción en la presión de mis labios contra los suyos.

—No voy a ninguna parte —prometí cuando nos separamos—. Descansa ahora. Te tengo y no te voy a soltar.

Ella se quedó dormida sobre mi pecho en minutos. Agotada por el día, el miedo y la conmoción emocional.

La sostuve toda la noche sin moverme. No dormí ni un segundo porque no quería perderme ni un solo momento de tenerla de vuelta en mis brazos, donde pertenecía.

La observé respirar. Sentí a nuestro hijo moverse ocasionalmente. Me permití esperar que tal vez podríamos sobrevivir a esto. Y cuando el cielo comenzó a aclararse con los primeros indicios del amanecer, me separé cuidadosamente de ella. Dejé una nota en la almohada diciendo que volvería pronto.

Había una ferretería que había notado a unas pocas manzanas de distancia. El tipo de lugar que vendía herramientas y suministros. El dueño estaba justo abriendo la puerta cuando llegué.

—Buenos días —dijo. Era un hombre mayor con ojos amables y manos manchadas de grasa—. Te has levantado temprano. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito a alguien que pueda reparar una cocina. Rápidamente. Hoy si es posible.

Me estudió por un momento mientras bebía café de un vaso de viaje. —Eso es mucho pedir. La mayoría de los contratistas están

reservados con semanas de antelación. ¿Qué pasó?

—Accidentalmente la incendié mientras intentaba preparar la cena para mi esposa embarazada.

Sus cejas se elevaron, pero no se rio. Simplemente asintió lentamente y tomó su teléfono. —Déjame llamar a alguien. Soy Doc, por cierto.

—Malachar.

—Ese es un nombre bastante peculiar.

—Es tradicional de donde yo vengo.

Cinco minutos de conversación telefónica después, un hombre viejo y de aspecto tosco entró en la tienda. Tenía las manos callosas y vestía ropa de trabajo cubierta de manchas de pintura y serrín. Su rostro estaba curtido como cuero viejo.

—¿Doc me dijo que necesitas una cocina nueva? —me dijo sin preámbulos.

—Sí. Quemé la anterior ayer por la noche. Quiero sorprender a mi esposa con una nueva. Algo brillante y moderno y significativamente más seguro que lo que destruí.

El hombre me miró de arriba abajo. Probablemente notando los vendajes en mis manos y el ligero olor a humo que aún se adhería a mi ropa. —Eso va a ser caro. El trabajo personalizado con poca antelación siempre lo es.

Saqué un montón considerable de billetes de cien dólares de mi bolsillo. Aurion me había dicho dónde cambiar oro por moneda humana en este pequeño pueblo la última vez que nos vimos. —¿Es esto suficiente o necesito conseguir más?

Los ojos del hombre se ensancharon ligeramente. Contó los billetes con cuidado. Tomó la mitad del fajo y me devolvió el resto. —Con esto será suficiente. Me llamo Luis.

—¿Cuándo puede empezar?

—Puedo empezar hoy si me das la dirección. Lo tendré listo para mañana si llamo a algunos favores.

Le di la dirección de Wen y mi información de contacto. Estreché su mano con cuidado debido a mis quemaduras.

—Tu esposa es una mujer afortunada —dijo Luis al marcharse—. No muchos hombres se tomarían tantas molestias.

—Ella merece mucho más que una cocina nueva. Pero es un comienzo.

Me detuve en varias tiendas de camino de vuelta. Compré alimentos preparados que parecían seguros y saludables. Luego encontré a una anciana trabajando en una pequeña tienda de comestibles y me acerqué a ella.

—Disculpe. ¿Qué alimentos son apropiados para mujeres embarazadas? Mi compañera está embarazada y quiero llevarle el desayuno, pero no quiero hacerla sentir mal.

El rostro de la mujer se iluminó. —¡Oh, qué maravilloso! ¿Cuándo sale de cuentas?

—No por algunas semanas.

Ella se rio. —Bueno, la sopa caliente siempre es buena para las futuras madres. Fácil para el estómago y nutritiva. Tenemos una maravillosa sopa de pollo aquí mismo que mi hija jura que es excelente. Ha tenido tres bebés y vivió de esta cosa.

Compré todo lo que me recomendó, más artículos adicionales que parecían apetecibles.

De vuelta en el lugar de Aurion, preparé una pequeña mesa con la comida. Lo arreglé cuidadosamente. Lo llevé al dormitorio donde Wen seguía durmiendo pacíficamente.

La desperté con besos suaves. En la frente, las mejillas, la nariz. La punta de su barbilla.

Ella se despertó lentamente y me sonrió. —Hola.

—Hola, pequeña compañera. Te traje el desayuno.

Se sentó con cuidado y miró la comida que había preparado. Sus ojos se agrandaron. —No tenías que hacer todo esto.

—Quería hacerlo. No puedo cocinar sin provocar incendios, pero puedo comprar comida y presentarla bien.

Ella se rio y alcanzó la sopa. Tomó un sorbo tentativo, luego otro. Toda su cara se iluminó. —Oh Dios mío, esto es increíble. Puedo comerlo sin querer vomitar.

Me sentí absurdamente orgulloso considerando que no había hecho nada excepto comprar sopa en una tienda. —Me alegra que te guste.

***

La convencí de esperar un día entero antes de regresar a su apartamento. Me había escabullido la noche anterior para verificar el progreso de Luis. El hombre era un hacedor de milagros. La cocina estaba casi completamente terminada cuando llegué. Hermosa y moderna y nada parecida al desastre que había creado.

Había intentado darle más dinero, pero él se negó. Dijo que la cantidad que le había proporcionado era más que justa y que no se aprovechaba de la gente.

Ahora era mediodía y Wen insistía en que fuéramos a revisar los daños.

—El humo probablemente ya se habrá disipado —dijo mientras caminábamos—. Deberíamos evaluar qué tan malo es el daño realmente. Averiguar qué necesita ser reemplazado.

—Quizás deberíamos esperar otro día. Darle más tiempo para que se ventile.

—Mal, han pasado más de veinticuatro horas. Está bien.

Abrí la puerta con la llave que Luis había dejado bajo la alfombrilla como prometió. La dejé entrar primero mientras mi corazón latía con fuerza...

Dio tres pasos dentro y chilló. Realmente chilló tan fuerte que me preocupé por sus cuerdas vocales. —¡¿Qué demonios?!

Corrió a la cocina y giró en un círculo completo con la boca abierta.

Electrodomésticos de acero inoxidable de alta gama brillando bajo la nueva iluminación. Máquinas caras por las que había pagado extra. Encimeras de granito. Nuevos armarios en un tono cálido de madera. Pintura fresca en las paredes sin absolutamente ningún rastro del olor a humo. Luis había realizado un auténtico milagro.

Ella se volvió hacia mí con los ojos tan abiertos que podía ver el blanco alrededor. —¿Qué has hecho?

—Te he comprado una cocina nueva. Pido disculpas por incendiar la anterior.

Se rio. El sonido era ligeramente histérico pero genuino. —Me has comprado una cocina nueva.

—Sí.

—Así sin más. En menos de dos días.

—Así sin más. Le pagué a un hombre llamado Luis una cantidad sustancial de dinero para que trabajara muy rápido.

Empezó a llorar. Esta vez no eran lágrimas tristes, sino de esas de felicidad desbordante que aún me oprimían el pecho. Atravesó el espacio entre nosotros y me abrazó tan fuerte como su vientre embarazado le permitía.

La atraje hacia mí y la sostuve con cuidado. —Estoy enamorado de ti, Gwendolyn Woods. Aunque cometa errores catastróficos y fastidie las cosas completa y espectacularmente, mi amor por ti nunca ha vacilado ni disminuido ni siquiera ligeramente. Todavía te amo exactamente con la misma intensidad y tanto como cuando te vi por primera vez sangrando en mis brazos en tu librería. Y te amaré de la misma manera, incluso más intensamente, cuando finalmente llegue el momento de morir dentro de siglos. Eres mi todo. Mi razón de existir. Lo mejor que me ha pasado en la vida. Quemaría mil cocinas si eso significara poder abrazarte así.

Ahora ella lloraba con más fuerza. —Yo también te quiero. Tanto que me asusta. Tanto que no sé qué hacer con este sentimiento.

Acuné su rostro entre mis manos vendadas y la besé suave y cuidadosamente. —Cásate conmigo —supliqué—. No puedo imaginar mi vida sin ti. Quiero que todos en nuestros dos mundos sepan que me elegiste. Unirnos de la manera que tu gente reconoce como permanente y sagrada. También te ayudará a estar más segura, pequeña compañera.

Me miró con esos hermosos ojos llenos de lágrimas, amor y esperanza cautelosa. —Lo pensaré.

Pero estaba sonriendo.

A través del vínculo sentí su amor inundándome. Su felicidad. Su cauta esperanza de que quizás realmente pudiéramos hacer que esto funcionara.

Era suficiente. Más que suficiente. Más de lo que merecía. Ella no me perdonaría fácil ni rápidamente, pero esperaría para siempre si eso era lo que necesitaba, porque ella merecía la espera.

32

—•—

Wen

Unos meses después

—Deja de inquietarte —gruñó Krystin mientras ajustaba la tela alrededor de mi enorme vientre por tercera vez.

—No estoy inquieta. Estoy intentando respirar. —Cambié el peso de un pie hinchado al otro—. Este vestido está intentando matarme.

—Tú eras la que quería un vestido de novia tradicional —señaló Daphne desde donde estaba sujetando mi velo con alfileres.

—Quería un vestido. No un instrumento de tortura. —Me miré y gemí—. Me siento como una ballena ahora mismo. Una ballena muy elegante y muy incómoda.

—Llevas un lobo en tu vientre —dijo Bella. Estaba maquillándome con una habilidad sorprendente—. Por supuesto que te vas a sentir enorme. Ese bebé probablemente nacerá sabiendo ya cómo transformarse.

Me reí a pesar de mi incomodidad. —Dios, espero que no. Eso suena aterrador.

Habían sido reacias a cruzar el portal y dejar la Tierra para siempre, así que habíamos hecho una pequeña ceremonia con ellas a principios de esta semana. Solo nosotros, algo de tarta y algunas lágrimas. Fue perfecto e íntimo y exactamente lo que necesitaba.

Ahora me estaban ayudando a prepararme para la gran ceremonia. La de Lytopia con toda la pompa y circunstancia que conllevaba casarse con un rey hombre lobo.

La que no quería particularmente pero que aparentemente necesitaba.

Según Mal, esta era la mejor manera de mantenerme protegida y asegurar que nuestro hijo no naciera bastardo. Casarse conmigo antes de que llegara el bebé legitimaría al heredero y solidificaría mi posición como reina. Haría más difícil que alguien desafiara mi autoridad o me amenazara.

Después del incidente del incendio en la cocina y su gran gesto romántico de comprarme una cocina completamente nueva, le dije que había pensado en su propuesta. En verdad, no había necesitado pensarlo mucho, pero aun así le hice esperar un mes y medio antes de finalmente decir que sí. ¿Mezquino? Sí. ¿Me arrepentía? No. Se lo tenía merecido. Y aunque ambos sabíamos que mi respuesta final sería sí, él todavía me había mirado con esos esperanzados ojos de cachorro y había celebrado como si hubiera ganado el mejor premio de la historia. Había sido adorable.

Mi vida ya era una locura. Bien podía añadir una boda real a la mezcla.

Últimamente, a medida que empezábamos a ceder a nuestra relación de nuevo y comenzábamos a construir confianza otra vez, no habíamos podido mantener las manos alejadas el uno del otro.

Había estado terriblemente cachonda durante los últimos meses, pero desafortunadamente, mi cuerpo estaba tan condenadamente incómodo todo el tiempo que la idea de hacer algo más que tocarnos parecía imposible. Todo dolía. Nada me quedaba bien. No podía ponerme cómoda sin importar qué posición intentara.

Sin embargo, él parecía completamente feliz con solo abrazarme mientras dormíamos. Lo cual era otro acontecimiento que había surgido después del incendio. Habíamos vuelto a compartir cama cuando me di cuenta durante esos momentos aterradores que no podía perderlo. Que a pesar de todo, lo necesitaba. Las pesadillas eran menos frecuentes con él allí. El insomnio del embarazo era más manejable. Y su calor corporal era perfecto para mi espalda constantemente adolorida.

No iba a disculparme por priorizar mi comodidad. Ya había tenido suficiente incomodidad para toda una vida. Quería que todo fuera agradable y tranquilo de aquí en adelante.

Lo cual me había traído aquí. A mi día de boda. Con nueve meses de embarazo y vistiendo un vestido que parecía lo suficientemente caro como para financiar un pequeño país.

—Vale, estás lista —dijo Daphne. Dio un paso atrás con lágrimas acumulándose en sus ojos—. Oh, Dios, estás preciosa.

—Ni se te ocurra hacerme llorar —advertí. Pero era demasiado tarde. Bella y Krystin también estaban llorando.

Me abaniqué frenéticamente porque las hormonas del embarazo significaban que lloraba por todo. Anuncios. Canciones en la radio. La forma en que Mal me miraba a veces cuando pensaba que no estaba prestando atención.

—Es la hora, Wen —dijo Krystin, con la voz espesa por la emoción—. ¿Estás lista para esto?

Tragué saliva y miré a mis tres mejores amigas. Las mujeres que habían estado a mi lado a través de todo. —Gracias. Por todo. Por estar aquí. Por no pensar que estoy completamente loca por casarme con un rey hombre lobo de otra dimensión que me rechazó y quemó mi cocina intentando prepararme una cena de disculpa.

—Todavía pensamos que estás loca —dijo Bella con una sonrisa acuosa—. Pero te queremos de todos modos. Y la nueva cocina es preciosa.

Abracé a cada una de ellas cuidadosamente para no arruinar el vestido o el maquillaje. Luego me volví hacia el portal que había sido instalado en la trastienda de mi librería.

Respiré profundamente. *Puedes hacerlo.*

Entré en la luz arremolinada.

El viaje era más fácil ahora. Había hecho este trayecto docenas de veces en los últimos meses. Mi cuerpo se había adaptado. Las náuseas eran mínimas. Aterricé al otro lado sin tropezar.

Sorcha me estaba esperando. Se veía impresionante en un vestido formal de color azul profundo. Su cabello estaba peinado elaboradamente. Pero sus ojos fueron lo que me conmovió. Brillaban con lágrimas no derramadas mientras me miraba.

—Oh, Gwendolyn —suspiró—. Estás absolutamente hermosa.

—Gracias. —Me alisé la parte delantera de mi vestido con inseguridad—. Siento que estoy a punto de reventar este traje.

—Tonterías. Te ves radiante. —Tomó mis manos y las apretó—. ¿Estás lista?

—Tan lista como puedo estar.

Enlazó su brazo con el mío y comenzamos a caminar por los pasillos hacia la sala del trono. Podía oír música sonando. Una orquesta. Mal me había pedido que le explicara cómo funcionaban las bodas humanas y aparentemente había moldeado toda la ceremonia para que me resultara familiar.

Era un gesto dulce. Uno que hizo que mi estúpido corazón embarazado se estrujara dolorosamente.

Llegamos a las enormes puertas de la sala del trono y pude oír que la música cambiaba. La marcha nupcial. Mi señal.

Las puertas se abrieron.

La sala estaba llena a su máxima capacidad. Nobles y consejeros alineaban las paredes. Pero estos eran los buenos. Los leales a Mal que lo habían apoyado a través de la situación de Andreas. Y había otros también. Reyes y reinas de otros territorios aliados vestidos con indumentarias formales que hacían que mi sencillo vestido pareciera simple en comparación.

Había aprendido durante los últimos meses que Aurion y Mal formaban parte de una de las familias más poderosas de Lytopia. La familia Ashborne gobernaba dos reinos, lo cual aparentemente era una gran cosa. Las familias que ocupaban tronos eran las más poderosas en su mundo.

Mal me había explicado los siete reinos aliados y las seis familias gobernantes varias veces. Había tratado de prestar atención, pero el cerebro de embarazada era real y seguía olvidando detalles.

Ahora me arrepentía de no haber tomado mejores notas.

No sabía quiénes eran la mitad de estas personas. Pero recordaba lo básico. Todos formaban parte de una alianza pacífica. El Reino de Valoryn en el suroeste estaba gobernado por la familia Crescentborn. Moonhaven en el sur pertenecía a los Briarfields. El Reino Wynter en

el noreste estaba controlado por los Silvermanes. Duskmere en el noroeste tenía a los Goldridges a cargo. Y el Reino de Ebonvale en el sureste era dirigido por la familia Aurelius. No me había explicado qué había más allá de esos territorios. Solo que había más reinos, pero no tan pacíficos. Esperaba no tener que descubrirlo nunca.

Cinco familias reales observándome mientras caminaba pesadamente por el pasillo con un vestido de novia. Sin presión ni nada.

Mi ansiedad se disparó al ver todos los ojos sobre mí. Todo el escrutinio. Esta gente estaba juzgando si yo era digna de ser la reina de Mal. Si una humana podía ser apta para gobernar.

Pero entonces lo vi a *él*.

Mal estaba de pie al frente de la sala vistiendo ropa formal negra que lo hacía parecer cada centímetro el rey que era. Me había acostumbrado a su pelo más corto durante los últimos meses y, Dios, se veía tan guapo que me dejó sin aliento. Sus tatuajes estaban cubiertos por la chaqueta formal excepto uno. El del cuello. Mi nombre. "Wen" en una elegante caligrafía que era claramente visible para todos.

Sus ojos estaban fijos en mí con una intensidad que hizo que todo lo demás se desvaneciera en el fondo.

La forma en que me miraba. Como si fuera la única persona en la sala. Como si fuera la cosa más hermosa que jamás hubiera visto.

Mi corazón hizo ese molesto aleteo que siempre hacía cuando me miraba así.

Sorcha me acompañó lentamente por el pasillo. Mis pies me estaban matando con estos zapatos, pero me obligué a seguir moviéndome. A mantener la cabeza alta. A no tropezar con mi vestido y avergonzarme frente a cinco familias reales.

Cuando llegamos al frente, Sorcha colocó mi mano en la de Mal y sus dedos se cerraron alrededor de los míos inmediatamente con un calor y una fuerza que me estabilizó.

—Hola —susurré.

—Hola, pequeña compañera —susurró él en respuesta. Su sonrisa era suave y privada, solo para mí—. Estás impresionante.

—Parezco una ballena embarazada con un vestido elegante.

—Te ves perfecta.

El oficiante comenzó a hablar. Una especie de sumo sacerdote o figura religiosa. Levantó las manos y su voz resonó por la silenciosa sala del trono. —Estamos reunidos hoy para presenciar la unión de dos almas. El Rey Malachar Ashborne de Ravenor y Gwendolyn Woods del reino humano. Dos corazones que se convierten en uno. Dos vidas que se entrelazan para la eternidad.

Traté de prestar atención, pero me dolían los pies y el bebé estaba pateando mis costillas y tenía problemas para concentrarme en todas las palabras formales.

Pero entonces Mal se volvió para mirarme de frente, tomó ambas manos en las suyas, y habló:

—Wen. Mi pequeña compañera. Mi corazón. Prometo amarte por la eternidad. Protegerte a ti y a nuestro hijo con todo lo que soy. Elegirte cada día por el resto de mi vida. Eres mi razón para respirar. La luz en mi oscuridad. El hogar que he estado buscando. Pasaré la eternidad demostrando que soy digno de ti. Compensando eternamente el dolor que te causé. Eternamente agradecido de que me dieras una segunda oportunidad que no merecía.

Su voz se quebró en las últimas palabras. Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

Mis propias lágrimas caían libremente ahora. Malditas hormonas del embarazo.

Cuando llegó mi turno, miré a sus ojos y hablé desde el corazón. —Todavía estoy enfadada contigo por muchas cosas. Y tenemos mucho que resolver. Pero te amo. A pesar de todo. A pesar de la locura y el drama y el disparate del portal interdimensional y los incendios en la cocina. Te amo. Y elijo confiar en ti. Construir una vida contigo. Ser tu compañera y tu esposa y la madre de tu hijo.

Él apretó mis manos con más fuerza.

El oficiante continuó. —Los lazos del matrimonio son sagrados. Dos almas unidas. Dos corazones latiendo como uno solo. Que los dioses bendigan esta unión y concedan a estas dos almas felicidad eterna.

Luego dijo las palabras que había estado esperando. —Puede besar a su novia.

Mal me atrajo hacia él cuidadosamente debido a mi vientre. Una mano acunó mi rostro. La otra se posó en mi espalda baja como apoyo.

Me besó suavemente al principio y luego más profundamente, vertiendo todo lo que sentía en el beso hasta que pude saborear su amor y devoción y promesa y esperanza. Lo besé de vuelta y me permití sentirlo todo a través del vínculo. Me permití creer que tal vez podríamos hacer que esto funcionara. Que tal vez teníamos un futuro juntos.

La sala estalló en aplausos. La gente estaba vitoreando, celebrando.

Mal se separó del beso con la sonrisa más grande que jamás había visto en su rostro. —Mi esposa —dijo—. Mi reina.

—Tu esposa muy embarazada que está a punto de...

Me detuve a mitad de la frase al sentir algo cálido y húmedo corriendo por mis piernas.

Oh no. Oh, joder, no.

Miré hacia abajo al charco que se formaba bajo mi vestido. Volví a mirar a Mal con los ojos muy abiertos.

—Acabo de romper aguas.

33

—•—

Wen

La sala del trono estalló en un caos absoluto.

La mitad de los nobles jadearon sorprendidos. Un cuarto de ellos parecían genuinamente horrorizados como si hubiera anunciado que estaba a punto de desarrollar alas. El cuarto restante parecía totalmente confundido sobre lo que estaba sucediendo porque aparentemente no todos aquí estaban familiarizados con los procedimientos del embarazo —principalmente hombres. Impactante.

—¿Acaba de decir que ha roto aguas? —susurró alguien en voz alta desde el fondo.

—¿Qué significa eso siquiera? —preguntó otra voz con genuina perplejidad.

—Significa que el bebé viene *ahora* —explicó la voz de una mujer con el tipo de exasperación que sugería que había dado a luz antes y no podía creer que nadie más entendiera biología básica.

—¿Aquí? ¿En la sala del trono?

—¡A menos que alguien la mueva muy rápido, sí!

Aurion se materializó de la nada y corrió directamente hacia nosotros pareciendo como si le acabaran de decir que el castillo estaba en llamas. Sus ojos estaban desorbitados y su cara se había puesto completamente pálida. Se detuvo patinando frente a mí y Mal. —¿Qué hacemos? ¿Qué está pasando? ¿Está muriendo? ¿Debería traer toallas? ¿Necesitamos toallas?

—No estoy muriendo, idiota —logré decir—. Estoy teniendo un bebé. Es un proceso natural que ocurre literalmente todo el tiempo.

—Cierto. Sí. Bebé. Natural. ¿Qué hago para ayudar?

—Quédate ahí e intenta no desmayarte. Lo estás haciendo genial hasta ahora. —Puse los ojos en blanco. Joder. Eran reyes. ¿No sabían cómo manejar una emergencia?

—No voy a desmayarme. —Aurion sonaba extremadamente ofendido. Se lo merece.

—Parece que vas a desmayarte —gruñí, irritada, porque estaba goteando entre mis piernas, mi bebé estaba viniendo, y *no* podía manejarme a mí misma en este momento.

Mal todavía no se había movido desde que hice mi anuncio. Estaba congelado en su lugar, mirándome con absoluto terror escrito en cada rasgo. Se pensaría que habría estado más calmado, habiendo tenido meses para prepararse para este momento. Bueno, no. Sus manos todavía sujetaban las mías desde cuando intercambiamos votos hace aproximadamente cuarenta y cinco segundos, pero su agarre se había apretado hasta el punto de ser casi doloroso.

—Mal —dije, apretándolo más fuerte—. Necesito que no entres en pánico.

—No estoy entrando en pánico.

—Definitivamente estás entrando en pánico. Puedo sentirlo a través del vínculo.

—Eso es solo una preocupación razonable por tu bienestar.

—Eso es pánico. Pero está bien. Soy yo quien debería estar entrando en pánico, no tú, idiota.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. —Dijo, y fue entonces cuando, como un ángel aterrizando en la tierra para realizar un milagro, Sorcha dio un paso adelante y tomó la situación en sus manos. Era genial ver a una reina en acción. Dio una palmada y toda la sala quedó en silencio. Su voz resonó con autoridad absoluta. —Todos calmaos inmediatamente. Esta es una ocasión gozosa, no una crisis.

La gente realmente dejó de entrar en pánico. Así sin más. Fue impresionante.

—Guardias —continuó sin perder el ritmo—. Por favor, escoltad a nuestros invitados a la sala de recepción. La celebración continuará exactamente como estaba planeada, solo sin la presencia del rey y la reina por el momento inmediato. Tenemos excelente comida y vino esperando. Por favor, disfrutad.

Los guardias comenzaron a moverse al instante, dirigiendo a los nobles hacia las salidas con gentileza pero firmeza. La mayoría de la gente se fue voluntariamente aunque algunos seguían estirando el cuello para mirarme.

Sorcha se volvió hacia un joven noble que estaba cerca y que parecía apenas lo suficientemente mayor para afeitarse. —Tú. ¿Cómo te llamas?

—T-Thomas, Su Majestad.

—Thomas, necesito que corras a la enfermería tan rápido como tus piernas te lo permitan. Dile a los sanadores que necesitamos que

estén preparados para un nacimiento real inmediatamente. ¿Puedes hacer eso?

—¡Sí, Su Majestad! —Salió corriendo como si su vida dependiera de ello.

Se volvió hacia Mal y su voz se suavizó ligeramente. —Malachar. Levanta a tu esposa con mucho cuidado y sígueme. Intenta no sacudirla demasiado.

Él asintió mudamente y me levantó en sus brazos como a una novia. En otras circunstancias habría hecho una broma sobre el romanticismo de ser llevada por el umbral. Pero una contracción se estaba formando en mi abdomen y estaba tratando con todas mis fuerzas de respirar a través de ella.

Sorcha comenzó a caminar con determinación, su vestido ondeando mientras se movía. Mal la siguió de cerca conmigo en sus brazos. Aurion nos seguía a un lado, pareciendo completamente perdido.

—Pareces un cachorro que se separó de su dueño —le dije.

—Me siento como un cachorro que se separó de su dueño —admitió —. No tengo absolutamente idea de lo que está pasando o de lo que debería estar haciendo ahora mismo.

—Ja. Y dijiste que no ibas a desmayarte. —Gruñí—. Estás pálido como un fantasma.

—*No* voy a desmayarme, joder. Solo estoy profundamente preocupado por tu bienestar y el bienestar del bebé.

—Eso es realmente dulce. Sigue siendo completamente inútil en esta situación, pero dulce.

Mal hizo un ruido que podría haber sido una risa si no hubiera estado claramente al borde de un colapso. Su pánico se mezclaba

con el mío a través del vínculo, y podía sentir su corazón latiendo tan rápido que me preocupaba que tuviera un ataque cardíaco. Su respiración era superficial e inestable, igual que la mía.

—Voy a estar bien —le dije con firmeza.

—Estás entrando en trabajo de parto. En un reino con prácticas médicas diferentes a las de tu mundo. Eso no está bien. ¿Y si algo sale mal? ¿Y si los sanadores no pueden ayudarte? ¿Y si hay complicaciones? ¿Y si...?

—Mal. No voy a morir, por el amor de Dios. Estás siendo completamente inútil ahora mismo.

Ignoró esa última parte. —No puedes prometer eso.

—Sí puedo. No sobreviví a intentos de asesinato y viajes interdimensionales y los desastres culinarios tuyos para morir dando a luz a tu bebé.

—Te amo. Lo estás haciendo genial, ¿lo sabes?

—Sí. —Rechinar entre dientes mientras una sensación diferente desgarraba mi cuerpo... Fue entonces cuando la primera contracción real me golpeó y nuestra charla murió inmediatamente.

El dolor explotó a través de todo mi abdomen como si alguien me hubiera prendido fuego desde adentro. Se sentía como si mi cuerpo estuviera tratando de desgarrarse. Todos los músculos se contrajeron simultáneamente. Mi respiración se atascó en mi garganta. Mi visión se volvió blanca en los bordes.

—¡Wen! —La voz de Mal era puro pánico—. ¿Qué está mal? ¿Qué está pasando? ¿Debería dejar de caminar?

—Contracción —jadeé cuando pude respirar de nuevo—. Solo una contracción. No te detengas. Sigue moviéndote.

—Quizás debería bajarte. Debería...

—Ni se te ocurra bajarme. Estamos casi allí. Solo sigue caminando.

—Estás sufriendo. Puedo sentirlo.

—¡Por supuesto que estoy sufriendo, joder! —Exploté—. Estoy de parto. Ese es todo el asunto.

La contracción pasó después de lo que pareció una eternidad pero probablemente fueron solo cuarenta y cinco segundos. Me derrumbé contra el pecho de Mal y traté de recuperar el aliento. Mi corazón latía con fuerza. El sudor ya se estaba formando en mi frente.

—¿Cuánto suelen durar estas contracciones? —preguntó Aurion. Se mantenía a nuestro ritmo pero se veía cada vez más pálido.

—¿Todo el parto? Horas, generalmente —dijo Mal—. A veces más tiempo para los primeros bebés. Podría ser entre seis y veinte horas. Al menos eso es lo que leí en el manual.

—¿Veinte horas? —Aurion parecía como si Mal acabara de decirle que iba a luchar contra un dragón con las manos desnudas—. ¿Wen tiene que soportar este nivel de dolor durante hasta veinte horas?

—Bienvenido al parto. —Gruñí—. Es una experiencia mágica y hermosa.

—Silencio. Vamos, más rápido. —Sorcha interrumpió, señalando una puerta no muy lejos.

Finalmente llegamos a la enfermería y Sorcha abrió las puertas con ambas manos. Los sanadores ya estaban ajetreados preparándose. Habían preparado una habitación con sábanas limpias y lo que parecían suministros médicos y varias otras cosas que definitivamente no quería examinar demasiado de cerca.

—Ponla en la cama —ordenó una de las sanadoras. Era una mujer mayor con cabello gris acero recogido en un moño y ojos amables que se arrugaban en las esquinas—. Con mucho cuidado ahora, Su Majestad.

Mal me dejó como si estuviera hecha del vidrio más frágil que existiera. Luego inmediatamente agarró mi mano y se negó a soltarla. Su agarre era casi aplastante.

Los sanadores comenzaron su examen, haciendo preguntas rápidas. *¿Qué tan separadas estaban las contracciones? ¿Cuándo exactamente rompí aguas? ¿Estaba sintiendo presión en algún lugar específico? ¿Cómo calificaría el dolor?*

—En una escala del uno al diez, diría que actualmente estamos alrededor de un siete —dije—. Pero tengo la sospecha de que vamos a llegar a unos quince bastante pronto.

Otra contracción me golpeó apenas dos minutos después de la primera y demostró que tenía toda la razón. El dolor era peor esta vez. Más agudo. Más concentrado e intenso, como si alguien estuviera aplicándome un cuchillo en las entrañas. Apreté la mano de Mal con tanta fuerza que escuché sus huesos crujir.

—Joder —jadeé cuando pasó—. Esa fue significativamente peor.

—Lo estás haciendo maravillosamente —dijo la sanadora en ese tono calmo y medido que los profesionales médicos parecen dominar —. Todo está progresando exactamente como debería.

—Si esta es una progresión normal, tengo serias quejas sobre el diseño.

—Tu cuerpo sabe lo que hace. Solo trata de relajarte entre contracciones.

—Relajarme. Claro. Mientras mi cuerpo se desgarra. Fácil.

Sorcha apareció junto a la cama con paños fríos y comenzó a limpiar mi frente suavemente. —Lo estás haciendo hermosamente, querida. Solo concéntrate en tu respiración.

Miré a Aurion, que seguía de pie inútilmente junto a la puerta. Había pasado de pálido a un tinte claramente verdoso. —Si vas a vomitar, por favor sal de la habitación primero. Tengo suficiente con lo que lidiar.

—No voy a vomitar.

—Genuinamente pareces que podrías vomitar. Y estás agarrando el marco de la puerta como si fuera lo único que te mantiene en pie.

—Estoy bien. Solo estoy proporcionando apoyo moral desde una distancia segura.

Otra contracción me golpeó y esta vez grité lo suficientemente fuerte como para estar segura de que podían oírme en la sala de recepción. El dolor era increíble, más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado. Cada terminación nerviosa en mi cuerpo estaba en llamas. Todo mi abdomen se sentía como si estuviera siendo aplastado.

—Necesito drogas —dije cuando pude hablar de nuevo—. ¿Tenéis drogas aquí? ¿Medicamentos para el dolor? ¿Una epidural? ¿Literalmente cualquier cosa?

—Tenemos algunos remedios herbales que pueden ayudar a aliviar el dolor —explicó la sanadora—. Pero podrían ralentizar significativamente el parto.

—No me importa si lo ralentizan. Solo haced que deje de doler.

—El bebé vendrá más rápido si no los tomas. Tu cuerpo podrá trabajar de manera más eficiente.

Esto era tortura y arcaico. Deseaba que estuviéramos en un maldito hospital.

—¿Cuánto más rápido estamos hablando?

—Es imposible decirlo. Cada nacimiento es diferente. Pero las hierbas pueden añadir varias horas.

Miré a Mal desesperadamente. Él me devolvió la mirada con miedo, amor y angustia escritos por todo su rostro. —¿Qué crees que debería hacer?

—Creo que deberías hacer lo que te haga sentir más cómoda —dijo inmediatamente—. Si quieres las hierbas, toma las hierbas. No me importa cuánto tiempo tarde esto.

—Pero podría hacer que el parto sea significativamente más largo.

—No me importa si tarda tres días. Solo quiero que sientas menos dolor.

Otra contracción me golpeó antes de que pudiera responder e hizo mi decisión por mí. Esta fue aún peor que la última. Me incliné hacia adelante todo lo que pude y agarré la mano de Mal con tanta fuerza que estaba genuinamente sorprendida de no haberle roto los dedos.

—A la mierda las hierbas —jadeé—. Terminemos con esto lo más rápido posible.

El tiempo se volvió extremadamente extraño después de eso. Las contracciones llegaban en olas implacables, cada una peor que la anterior. Cada una dejándome más exhausta, sudorosa y deseando morir.

Perdí por completo la noción de cuánto tiempo habíamos estado allí. Podrían haber sido una hora, podrían haber sido diez. Podrían haber

sido tres semanas por lo que sabía. Todo se difuminó en dolor, ejercicios de respiración y más dolor.

—Lo estás haciendo tan bien —seguía diciendo Sorcha mientras limpiaba mi cara.

—Realmente no —jadeé—. Lo estoy haciendo terriblemente. Esto es terrible.

—Estás trayendo vida al mundo. Eso es lo opuesto a terrible.

—Díselo a mi cuerpo que actualmente está tratando de matarme.

Mal todavía sostenía mi mano a través de todo. Él mismo se había puesto pálido en algún momento. Sus ojos estaban enrojecidos como si hubiera estado llorando.

—Lo siento tanto —seguía diciendo—. Esto es mi culpa. Yo te hice esto.

—Tienes toda la razón, lo hiciste.

—Nunca me lo perdonaré.

—Bien. Aférrate a esa culpa. La voy a usar durante años.

—¡Puedo ver la cabeza! —anunció la sanadora en algún momento que podría haber sido dos horas o seis horas después. El tiempo había perdido todo significado.

—Eso es maravilloso —dije sarcásticamente entre dientes—. Excepto que se siente como si me estuvieran partiendo literalmente por la mitad.

—Ya casi estás ahí, Su Majestad. Solo un poco más de empujar.

—He estado empujando durante lo que parece toda mi vida.

—Lo estás haciendo increíble —dijo Mal. Su voz estaba ronca de emoción—. Eres genuinamente la persona más fuerte que he conocido en toda mi existencia.

—Voy a matarte por dejarme embarazada.

—Eso parece completamente justo. Acepto toda la responsabilidad.

—Si alguna vez tenemos otro bebé, tú eres el que lo llevará.

—Si tuviera la capacidad biológica, lo haría con gusto.

Otra contracción masiva, más empuje que me hizo ver estrellas, y considerablemente más dolor que no creía físicamente posible. Estaba cubierta de sudor de pies a cabeza, mi pelo estaba pegado a mi cara y cuello. Estaba bastante segura de que había gritado hasta quedarme completamente ronca.

—Odio esto —jadeé entre contracciones—. Odio absolutamente todo. Odio el embarazo. Odio el parto. Odio a quien diseñó este sistema. Voy a tener serias palabras con ellos.

—Puedes presentar tus quejas a los dioses más tarde —dijo Sorcha gentilmente mientras secaba mi frente—. Ahora mismo, concentra toda tu energía en empujar.

—Voy a maldecirlos tan minuciosamente. Tan extensivamente. Con un lenguaje extremadamente creativo.

—Sinceramente espero con ansias escucharlo.

Estaba tan exhausta que apenas podía mantener mis ojos abiertos. Mi cuerpo se sentía como si hubiera sido atropellado por un carruaje. Luego retrocedido encima otra vez. Luego atropellado una tercera vez solo para ser minucioso.

—No puedo hacer esto más —dije débilmente—. Estoy completamente acabada. Alguien más necesita terminar esto.

—Ya casi estás ahí —dijo la sanadora por lo que se sintió como la centésima vez—. Un empujón más realmente grande debería hacerlo.

—Dijiste exactamente eso hace tres empujones.

—Esta vez realmente lo digo en serio. Puedo ver los hombros.

—Más te vale... que realmente... lo digas en serio... —Jadeé a través del dolor—. O voy a estar... extremadamente enfadada con todos en esta habitación.

La siguiente contracción llegó y empujé con absolutamente todo lo que me quedaba. Empujé hasta que vi estrellas de verdad, hasta que estuve completamente segura de que iba a desmayarme. Hasta que no quedó nada en mí.

Entonces, de repente, hubo una intensa presión y luego alivio y la sensación más abrumadora de descanso que había experimentado en toda mi vida.

Y después silencio.

Un silencio terrible, espantoso, aterrador.

Mi corazón se detuvo por completo. El pánico inundó cada célula de mi cuerpo. —¿Por qué no llora el bebé? ¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo al bebé? ¿Por qué hay tanto silencio?

Debieron oír mi voz porque en ese segundo, el sonido más hermoso y perfecto que jamás había escuchado en toda mi vida llenó la habitación. Un bebé llorando, fuerte y saludable y absolutamente perfecto.

—¡Es un niño! —anunció la sanadora con genuina alegría—. ¡Tienen un hijo, Vuestras Majestades!

Las lágrimas nublaron mis ojos mientras miraba a Mal, solo para encontrar que ya tenía lágrimas corriendo por sus mejillas. Sorcha sollozaba abiertamente a nuestro lado, e incluso los ojos de Aurion parecían sospechosamente húmedos desde donde seguía de pie junto a la puerta.

Los sanadores hicieron varias cosas médicas con el bebé, limpiándolo, examinándolo, asegurándose de que todas sus partes estuvieran donde debían estar. Alguien también me estaba atendiendo a mí, pero apenas lo noté porque estaba desesperadamente intentando ver a mi hijo.

—¿Está bien? —pregunté ansiosamente—. ¿Está sano? ¿Tiene todos los dedos de las manos y los pies?

—Es absolutamente perfecto —me aseguró la sanadora—. Diez dedos en las manos. Diez en los pies. Dos ojos. Una nariz. Pulmones fuertes como claramente puede oír. Un bebé varón muy saludable.

Lo envolvieron cuidadosamente en una manta suave y lo colocaron sobre mi pecho. Lo miré y mi corazón entero explotó con más amor del que jamás supe que era humanamente posible sentir.

Era lo más hermoso que había visto jamás. Pequeño y arrugado y todavía llorando, pero absolutamente perfecto en todos los sentidos. Tenía pelo oscuro como Mal. Mucho pelo. Sus ojos estaban cerrados, pero podía ver su pequeña nariz y su perfecta boquita y sus dedos imposiblemente pequeños.

—Dios mío —susurré—. Míralo. Mal, mira a nuestro hijo.

Mal estaba mirando al bebé con completo y total asombro en su rostro. —Es perfecto. Tú eres perfecta. No puedo creer que nada de esto sea real.

—Hemos creado una persona —dije maravillada—. Realmente hemos creado a una persona entera.

—*Tú* has creado una persona, pequeña compañera. Este logro es enteramente tuyo. Yo simplemente contribuí con algo de material genético.

—Contribuiste de manera bastante significativa.

—No tan significativamente como tú.

Sorcha se inclinó para mirar a su nieto y nuevas lágrimas rodaron por su rostro. —Es absolutamente precioso. Felicidades a ambos. Estoy increíblemente feliz.

Incluso Aurion se había aventurado a acercarse, aunque todavía parecía nervioso. Estaba mirando al bebé con genuino asombro en su rostro. —Es notablemente pequeño.

—Todos los bebés son pequeños —señalé.

—Lo sé intelectualmente. Pero es realmente extremadamente pequeño.

—¿Te gustaría sostenerlo más tarde?

Los ojos de Aurion se abrieron cómicamente. —No tengo absolutamente ni idea de cómo sostener a un bebé.

—Te enseñaremos. No es particularmente difícil.

—¿Y si lo dejo caer?

—Intenta no hacerlo.

El bebé había dejado de llorar y estaba haciendo unos pequeños ruidos de resoplido que posiblemente eran lo más adorable que había oído nunca. Su diminuta mano se había liberado de la manta y

se agitaba en el aire. La atrapé con mi dedo y él me agarró con una fuerza sorprendente para alguien que había estado vivo aproximadamente tres minutos.

—¿Cómo lo vais a llamar? —preguntó Sorcha suavemente.

Miré a Mal. Habíamos discutido nombres extensamente pero no habíamos decidido nada definitivo.

—¿Qué piensas? —preguntó él.

—Me gusta Killian —dije inmediatamente.

—Esa era en realidad mi segunda opción.

—¿Cuál era tu primera opción?

—John —dijo, completamente serio.

Hice una cara exagerada de disgusto. —Absolutamente no. Eso es terrible.

—¿Qué tiene de malo John? Es famoso en el mundo humano. Es un nombre perfectamente respetable.

—¡Suena débil y aburrido! Killian es significativamente mejor.

—Solo te gusta porque suena feroz y guerrero.

—Exactamente. Nuestro hijo debería tener un nombre que refleje fuerza —asentí—. Justo como sus padres.

Él miró al bebé en mis brazos, luego murmuró su nombre. —Killian Ashborne.

Encajaba perfectamente. Sonaba bien. Fuerte pero no excesivamente agresivo, único pero no ridículo.

—Sí —dijo—. Killian será.

Sonreí a nuestro hijo. —Bienvenido al mundo, Killian.

Mal se inclinó cuidadosamente y besó mi frente con infinita ternura. Luego besó la diminuta cabeza del bebé. —Bienvenido al mundo, hijo mío. Estamos increíblemente felices de que finalmente estés aquí.

Ahora era reina. Esposa. Madre. Tres títulos que nunca en mis sueños más salvajes pensé que tendría. Tres roles que nunca podría haber imaginado para mí cuando solo administraba una librería con dificultades y trataba de pagar el alquiler cada mes.

Pero mirando a mi hijo, a mi esposo, a esta vida completamente loca en la que había tropezado accidentalmente a través de un hechizo de Halloween mal ejecutado, podía decir totalmente que era feliz. Genuina, completa, abrumadoramente feliz.

Envié un pensamiento silencioso a mis abuelos, dondequiera que estuvieran. *"Estoy bien. Lo logré. Soy feliz. ¿Y adivinen qué? Ahora son bisabuelos. ¿No es increíblemente genial?"*

Imaginé que estaban orgullosos y sonriéndome desde arriba. Imaginé que de alguna manera sabían que finalmente había encontrado mi lugar en el mundo. No pude evitar sentir una punzada de tristeza al pensar que se perdían un hito tan importante en mi vida, pero sabía que mientras los mantuviera en mi corazón, siempre estarían conmigo.

Así que respiré profundamente y sonreí a través de mis lágrimas, mirando a la nueva familia que tenía. Un compañero, un cuñado, una suegra y mis amigos en casa. Ellos eran mi familia ahora, y no los cambiaría por nada en el mundo. *Mierda.* Mis amigos iban a volverse locos cuando se enteraran de que había tenido al bebé.

No podía esperar para presentárselo.

Esta... Esta no era la vida que había planeado. No era la vida que esperaba. Pero era exactamente la vida que estaba destinada a tener. Y sinceramente no podía pedir nada más.

FIN

El bebé de la compañera lectora para el rey licántropo

—•—

Invoqué accidentalmente a un rey hombre lobo con un hechizo de Halloween.

Cuatro años después, todavía está obsesionado conmigo.

Todavía gruñe a cualquier hombre que me mire.

Todavía se pone celoso de los guardias simplemente por existir cerca de mí.

«Estoy celoso de todos», confiesa Malachar. *«Me consume»*.

¿Dramático? Absolutamente.

Pero también es el hombre que me roba las novelas románticas picantes.

Y usa las frases en la cama.

«Tu cuerpo es como un templo del deseo», gruñe en medio de una embestida.

Me río tan fuerte que resoplo.

Parece ofendido pero no se detiene.

Así somos nosotros.
Calor y caos y un niño de cuatro años que negocia galletas como un pequeño abogado.

Entonces los poderes de nuestro hijo explotan en un banquete real.

Me llaman puta.
Llaman a mi niño bastardo.
Exigen que sea destruido.

De repente, nadie se ríe.

¿Y mi marido?
Ha estado ocultando secretos sobre mi linaje durante cinco años.

«Fui estúpido y me equivoqué», admite.

Sí. Lo fue.
Duerme en su estudio hasta que lo perdone.

Lo hago. Eventualmente.
Es molestamente difícil seguir enfadada con él.
Porque cuando los asesinos vienen por nuestro hijo, descubro que no soy la humana indefensa que creen.
Tengo sangre de bruja.
Magia de portales.
Y acabo de prender fuego a un hombre.

«Masacraría a cada uno de ellos», gruñe Mal.

Igual, cariño. Igual.

Llamaron monstruo a mi niño.

Deberían haber conocido a sus padres.

Advertencia sobre el contenido

Esta historia está destinada a lectores mayores de 18 años y contiene temas que pueden resultar delicados para algunos. Contiene lenguaje explícito, violencia gráfica y escenas de sexo.

1

—•—

Wen

Me desperté con la boca de Mal en mi cuello y su mano deslizándose entre mis piernas, lo que honestamente era el mejor despertador que había tenido en toda mi vida.

Sus labios estaban calientes y húmedos, succionando ligeramente mi piel, dejando un leve escozor que hizo que mi pulso se acelerara. Sus dedos rozaron mis pliegues, ya húmedos con mi excitación, y se rio por lo bajo, el sonido vibrando contra mi clavícula.

—Buenos días —murmuró contra mi piel, su voz áspera por el sueño. Introdujo un dedo, luego dos, abriéndome, el sonido húmedo de mi sexo resonando suavemente en la tranquila habitación.

Estaba mojada antes incluso de abrir completamente los ojos. Cuatro años de matrimonio, cinco desde que lo conocí, y mi cuerpo respondía a él instantáneamente. Mi clítoris palpitaba bajo su contacto, y podía sentir el calor acumulándose en mi vientre. Separé las piernas aún más sin pensarlo, dándole mejor acceso para hacer lo que quisiera. Y él siempre lo quería todo, cada jadeo, cada estremecimiento, cada gota de mi orgasmo en su mano.

No me estaba quejando.

—¿Es un buen día? —pregunté, con la voz ya sin aliento y deseosa, mis caderas elevándose para perseguir sus dedos.

—Está a punto de serlo. —Sus dedos se deslizaron dentro de mí, dos de ellos, gruesos y seguros, curvándose exactamente de la manera correcta. Conocía mi cuerpo mejor que yo misma a estas alturas. Cada punto que me hacía jadear, cada ángulo que me hacía arquearme fuera de la cama. Las yemas de sus dedos rasparon contra ese sensible punto dentro de mí, enviando chispas por mi columna, mis paredes internas apretándose a su alrededor como si intentaran atraerlo más profundamente.

Gemí en su boca cuando me besó, profundo y posesivo, su lengua deslizándose contra la mía mientras su pulgar encontraba mi clítoris y comenzaba a hacerle círculos con la cantidad perfecta de presión. No la suficiente para hacerme llegar, pero sí para desesperarme por ello. Su barba incipiente raspaba mi barbilla, y probé la ligera sal de su piel. Mis pezones se endurecieron contra su pecho, rozando el vello áspero con cada respiración que tomaba.

Sacó los dedos y realmente gimoteé por la pérdida, mi sexo sintiéndose vacío y dolorido, los jugos deslizándose por mis muslos hasta las sábanas.

—Aún no —dijo, posicionándose entre mis piernas. Podía sentir la cabeza de su miembro presionando contra mi entrada, caliente y duro y listo, la gruesa vena a lo largo del costado pulsando contra mis pliegues húmedos. Líquido preseminal se untó sobre mi clítoris mientras me provocaba, frotándose arriba y abajo, haciéndome gemir—. Quiero estar dentro de ti cuando llegues. Quiero sentir este estrecho coño apretando mi verga hasta que te llene.

—Entonces entra de una vez —dije, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura e intentando atraerlo más cerca, mis talones presionando contra su espalda. La tensión se apretaba en mi núcleo,

cada terminación nerviosa gritando para que embistiera y terminara con el dolor.

Me sonrió, malicioso y posesivo y tan jodidamente hermoso que hizo que mi corazón tartamudeara—. Eres tan jodidamente hermosa así.

Levanté una ceja aunque mi corazón latía acelerado y mi cuerpo anhelaba que se moviera—. ¿Cómo? ¿Media dormida y con el pelo revuelto?

—Exactamente así. —Estaba intentando con todas sus fuerzas sonar seductor. Reconocí ese tono porque lo había sorprendido leyendo mis novelas románticas la semana pasada, robando frases que pensaba que funcionarían conmigo—. Abierta para mí. Mojada y deseosa. Mía. Tu coño está goteando por mi verga, ¿verdad?

—Menos charla, más acción, Su Majestad. —Mi voz sonó afilada, necesitada, el picante de nuestras bromas añadiéndose al calor que se acumulaba entre nosotros.

Entró en mí con una embestida suave y profunda que me hizo gritar y clavar las uñas en sus hombros. La tensión y el ardor y la plenitud de él llenándome completamente. Sentí cada centímetro mientras se enterraba hasta la empuñadura. Su miembro era grueso, abriéndome, la cabeza rozando mi cérvix con una presión sorda y deliciosa. Mis paredes aletearon a su alrededor, ajustándose a la invasión, y podía oír el húmedo chapoteo de nuestros cuerpos conectándose.

—Joder —gimió, sus ojos cerrándose por un momento—. Te sientes perfecta. Tan apretada a mi alrededor.

Apreté mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo aún más profundo, mis talones clavándose en su trasero. Los músculos allí se flexionaron bajo mi tacto—. Entonces muévete. Fóllame como si lo dijeras en serio.

Lo hizo. Comenzó con embestidas lentas y profundas que me hicieron jadear y aferrarme a él, tratando de acercarlo aún más aunque no quedaba espacio entre nosotros. Sus caderas giraban de esa manera que golpeaba cada punto perfecto dentro de mí, arrastrándose contra mis paredes con una fricción deliciosa. Cada salida me dejaba sintiéndome vacía, solo para volver a entrar y llenarme de nuevo, sus testículos golpeando contra mi trasero con un palmeo rítmico.

—Voy a hacer que grites mi nombre —dijo, su voz áspera y tensa, su aliento caliente contra mi oído mientras se inclinaba, mordisqueando el lóbulo.

—Promesas, promesas —empecé a decir, pero entonces cambió ligeramente el ángulo y golpeó ese punto profundo dentro de mí que hizo que todo mi cuerpo se iluminara—. Oh dios, sí. Justo ahí.

Lo hizo de nuevo. Y otra vez. Construyendo un ritmo que me tenía arañando su espalda y envolviéndome a su alrededor. El cabecero golpeaba la pared con cada embestida aunque intentábamos ser *muy* silenciosos. Ni siquiera me importaba si los guardias fuera de nuestra puerta nos oían. Que todo el castillo supiera que su rey estaba follando a su reina contra el colchón. Mis tetas rebotaban con cada golpe, los pezones rozando su pecho, enviando descargas directamente a mi núcleo. La tensión se apretaba más, mi clítoris frotándose contra su hueso púbico, la fricción acumulándose hacia ese borde pero sin llegar a caer.

Sus manos agarraron mis muñecas y las sujetaron por encima de mi cabeza, manteniéndome abajo mientras me follaba más fuerte, más rápido, más profundo. La dominación en su agarre me provocó una emoción, sus dedos dejando moretones justo lo suficiente para marcarme como suya. Me encantaba cuando se ponía así, cuando el lobo se mostraba y necesitaba reclamarme, marcarme, asegurarse absolutamente de que yo sabía exactamente a quién pertenecía.

—Eso es —gruñó, sus embestidas volviéndose castigadoras, sus caderas moviéndose hacia adelante con poder puro—. Toma mi verga. Eres mía, toda mía. Voy a follarte hasta que no puedas caminar, hasta que tu coño esté adolorido y goteando mi semen todo el día. Dilo.

—Tuya —jadeé, mi voz quebrándose mientras otra embestida profunda hacía que estallaran estrellas detrás de mis ojos—. Toda tuya, Mal. Más fuerte... por favor, fóllame más fuerte.

—Me vuelves jodidamente loco, pequeña compañera. Tu cuerpo es como... —Hizo una pausa, embistiendo, su cara contraída en concentración—. Un templo del deseo.

No pude evitarlo. Me reí sin aliento aunque el placer se enroscaba más y más apretado en mi núcleo, mi sexo aferrándose a su miembro con cada golpe de sus caderas. La ridícula frase me sacó de la niebla por un segundo, pero el calor entre nosotros siguió acumulándose, su grueso eje arrastrándose por mis paredes interiores, golpeando puntos que hacían que mis dedos se curvaran —. ¿Acabas de llamarme templo?

Pareció genuinamente ofendido por mi risa, pero sus caderas nunca disminuyeron el ritmo, golpeándome con fuerza constante. El armazón de la cama traqueteaba, y sus testículos golpeaban contra mi trasero, un sonido pegajoso que resonaba en la habitación—. El libro decía que era sexy.

—El libro mintió. —Liberé una mano de su agarre y agarré su cara, mis dedos enredándose en su pelo húmedo, atrayéndolo para un beso desordenado y desesperado. Nuestras lenguas chocaron, descuidadas y hambrientas, su barba raspando mis labios hasta dejarlos en carne viva. Mordí su labio inferior lo suficientemente fuerte para arrancarle un gruñido, saboreando el leve matiz metálico de la sangre—. Pero no pares. No te atrevas a parar.

No lo hizo. Sus caderas se movían más rápido ahora, entrando en mí con propósito decidido. El sonido de piel golpeando contra piel llenaba la habitación junto con mis jadeos y sus gemidos. Estaba tan mojada que podía sentirlo goteando por mis muslos, cubriendo su miembro y testículos, haciendo que cada entrada y salida fuera resbaladiza y obscena. Mi clítoris palpitaba contra su base, frotándose con cada embestida, la fricción enviando chispas por mi columna.

La presión se acumuló en mi vientre, la tensión enroscándose más y más apretada con cada embestida, mis músculos tensándose como un muelle listo para saltar. Mis paredes comenzaron a aletear a su alrededor, apretando y soltando en un ritmo que no podía controlar, ordeñando su miembro como si suplicara por su semen. El calor enrojeció mi piel, los pezones apretados y dolientes donde se frotaban contra el vello de su pecho, cada nervio en llamas.

—Eso es —gruñó contra mi boca, su voz apenas humana ya, áspera y bordeada con ese hambre lobuna. Su aliento era caliente y entrecortado en mis labios—. Puedo sentir que te estás acercando. Tan apretada a mi alrededor, apretando mi verga como si nunca quisieras dejarme ir. Tu coño va a correrse sobre mí, ¿verdad? Empapar mi polla hasta que gotee.

Su mano se deslizó entre nuestros cuerpos, la palma áspera presionando contra mi estómago antes de que sus dedos encontraran mi clítoris, hinchado y resbaladizo. Lo rodeó con el pulgar mientras continuaba embistiendo profundamente dentro de mí, la doble sensación golpeándome como un puñetazo. El placer chispeó a través de cada terminación nerviosa, haciendo que mis muslos temblaran y mi respiración se entrecortara en mi garganta. La presión adicional en mi clítoris hizo que todo se intensificara, la tensión de su miembro llenándome, la forma en que llegaba al fondo y presionaba contra mi cérvix, enviando pulsaciones sordas a lo profundo.

—¿Fue mejor eso? —Gruñó sobre mi piel—. Libro diferente.

Joder, sí. Dios bendiga a los autores picantes por inventar esos diálogos sexys que mi marido ahora usaba en la cama.

—*Sí*. Mal —jadeé, mi espalda arqueándose fuera de la cama, empujando mis tetas hacia él. Mi mano libre arañó su hombro, las uñas dejando rastros rojos en su piel. La tensión se apretó tanto que apenas podía pensar, mi visión borrosa en los bordes—. Voy a... joder, es demasiado...

—Córrete para mí. —Su voz era una orden, todo alfa y autoridad. Pellizcó ligeramente mi clítoris, el escozor mezclándose con la ola creciente, y embistió más fuerte, su mano libre agarrando mi cadera para mantenerme firme—. Grita mi nombre, déjame oír cuánto te encanta que mi verga sea dueña de este coño mojado.

Mi orgasmo me golpeó con fuerza, estrellándose sobre mí en olas tan intensas que realmente vi estrellas. Grité su nombre mientras me corría, mis paredes apretándose sobre él. Los jugos brotaron a su alrededor, empapando su ingle y las sábanas debajo de nosotros, la liberación arrastrándose mientras él seguía follándome, prolongando cada estremecimiento y grito.

—Joder, Wen —gimió, y lo sentí hincharse aún más dentro de mí. Sus embestidas se volvieron erráticas, las caderas titubeando mientras perseguía su propio límite—. Sí. Perfecto. Tan jodidamente perfecta.

Embistió dos veces más, profundo y fuerte, frotándose contra mí en la última, y entonces se estaba corriendo también, enterrado tan profundo como podía llegar. Lo sentí pulsando dentro de mí, chorros calientes de semen inundando mi núcleo, cubriendo mis paredes y mezclándose con mi humedad. Su cara estaba enterrada en mi cuello, los dientes rozando mi piel mientras gemía bajo y primitivo, diciendo mi nombre una y otra vez como una oración, su cuerpo sacudiéndose con cada liberación. La calidez se extendió dentro de

mí, algo escapándose alrededor de su base mientras permanecía alojado en lo profundo.

Permanecimos así por un largo momento, ambos respirando con dificultad, los corazones latiendo uno contra el otro. Liberó mis muñecas e inmediatamente envolví mis brazos alrededor de él, manteniéndolo cerca mientras ambos nos calmábamos. Su peso me presionaba contra el colchón pero no me importaba.

Finalmente, nos hizo rodar hacia un lado, llevándome con él así que terminé desparramada sobre su pecho, su miembro ablandándose deslizándose fuera con un pop húmedo, un rastro de nuestra mezcla de fluidos goteando por mi muslo. Sus dedos trazaron perezosos patrones en mi espalda desnuda, adentrándose en la curva de mi columna, mientras recuperábamos el aliento.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —dije una vez que pude hablar de nuevo sin jadear, mi voz ronca por gritar, una sonrisa perezosa tirando de mis labios mientras me acurrucaba en su cuello.

—Intenté iniciarlo anoche y dijiste que estabas demasiado cansada.

—*Estaba* cansada. Killian tuvo tres pesadillas. —Nuestro hijo se había despertado llorando por monstruos debajo de su cama en tres ocasiones distintas. Había tomado una hora calmarlo cada vez.

—Quizás deberíamos insonorizar sus aposentos al final del pasillo.

Levanté la cabeza para mirarlo, alzando una ceja—. O podrías ayudar con las pesadillas en vez de dormir a través de ellas.

—Oye. Tú fuiste quien sugirió que cada uno de nosotros tuviera un turno de día en vez de turnarnos la misma noche —en realidad parecía ofendido, con el ceño fruncido. Maldije a mi yo del pasado que lo había sugerido. Era cierto. Yo fui quien insistió en que solo uno de nosotros se levantara cada día cuando Killian nos necesitaba. Lo hice anoche, Mal se levantaría esta noche. Kill lo necesitaba, y así

sucesivamente—. Te habría ayudado, si me hubieras despertado. Duermo como un muerto. Lo siento, pequeño compañero.

—Está bien…

—No lo está —se movió debajo de mí, poniéndose cómodo—. Aunque *soy* un rey. Los reyes necesitan un descanso sustancial para tomar decisiones importantes y gobernar reinos eficazmente.

Me reí y le di un golpecito en las costillas, justo donde sabía que tenía cosquillas.

—También eres padre. Los padres necesitan cafeína y oraciones.

Atrapó mi mano antes de que pudiera pincharle de nuevo, llevándola a sus labios y besando mis nudillos.

—Desearía que pudiéramos quedarnos aquí todo el día. Solo nosotros. Sin obligaciones, sin responsabilidades. Solo esto.

La realidad regresó de golpe. Cierto. El banquete. Los siete reinos reunidos en un solo lugar por primera vez en décadas.

—Recuerdas que tenemos ese banquete esta noche, ¿verdad?

Mal gimió dramáticamente, lanzando su brazo libre sobre sus ojos como un niño petulante al que le dicen que no puede tener postre.

—No me lo recuerdes.

—Literalmente tú lo organizaste. Toda esta cosa fue idea tuya.

—Mi yo del pasado era un idiota que claramente no pensó bien las cosas.

Sonreí y besé su pecho, justo sobre su corazón.

—Tu yo del presente no es mucho más listo.

—Eres cruel y despiadada y no sé por qué me casé contigo.

—Te encanta —dije con la sonrisa más grande y tonta en mi cara. Maldito sea por hacer que me enamorara tan perdidamente de él.

—Desesperada y patéticamente, sí.

***

Eventualmente, tuvimos que levantarnos. El deber llamaba, como siempre. Nos bañamos por separado porque bañarnos juntos definitivamente nos haría llegar tarde.

Regresé al dormitorio envuelta en una toalla, sacando mi vestido formal mientras Mal estaba de pie frente a su armario. Miraba su atuendo formal de Lytopia como si hubiera asesinado personalmente a toda su familia.

—Estos botones son imposiblemente pequeños —murmuró, luchando con el elaborado chaleco. Aproximadamente un millón de pequeños botones, cadenas ceremoniales, broches que parecían diseñados específicamente para frustrar—. ¿Quién diseñó esto? ¿Quién miró botones de tamaño normal y pensó, no, los necesitamos más pequeños?

Me puse mi vestido, observándolo forcejear.

—Son del mismo tamaño de siempre. Has estado usando este estilo durante literalmente décadas.

—Me he acostumbrado a tu ropa de la Tierra —tiró de un broche—. Los vaqueros son muy superiores a este instrumento de tortura.

Abroché los botones de mi corpiño, pensando en lo loca que se había vuelto mi vida. Cinco años desde aquel hechizo de Halloween, desde que accidentalmente invoqué a un rey hombre lobo y todo cambió.

—Te gustan los vaqueros porque son fáciles y no requieren esfuerzo —dije, alisando la tela.

—No requieren un título en ingeniería para ponérselos —abandonó completamente el chaleco, volviéndose hacia mí con una mirada suplicante de cachorro—. ¿Me ayudas?

Me acerqué a él. De propietaria de una librería con problemas en un pueblo pequeño a Reina de Ravenor. A veces me despertaba pensando que todo era un sueño... Entonces Mal roncaba y recordaba que no, definitivamente era real.

—Eres un rey lobo de treinta y tantos años que presumiblemente se ha vestido solo durante décadas —empecé a trabajar en los botones, mis dedos moviéndose rápidamente.

—Que ha estado usando camisetas durante cuatro años —observó mis manos—. Estoy fuera de práctica.

—Pobre bebé. Ya oíste al Consejo la última vez. No les gusta la ropa humana en la corte.

—Sí. Creo que es porque estaban celosos de que yo no tuviera que lidiar con botones —luego entrecerró los ojos—. Y no me digas «pobre bebé» mientras estoy sufriendo activamente.

—Tu sufrimiento es muy sexy —terminé el último botón y alisé mis manos sobre su pecho—. Especialmente la lucha con los botones. Realmente caliente.

—Todo lo que hago es sexy.

Resoplé.

—Claro que sí.

Me agarró por las caderas y me apretó contra él.

—Te estás burlando de mí.

—Tal vez un poco.

El rechazo casi me destruyó en aquel entonces. Descubrir que éramos compañeros, que él me alejara. Pero encontramos el camino de vuelta. Nos casamos. Tuvimos a Killian. Y ahora...

Me besó con tanta fuerza que me robó el aliento, y dejé de pensar completamente en el pasado.

—Vístete —dijo cuando se separó, con la voz ronca—. Antes de que mande a la mierda el banquete y el consejo y te lleve de vuelta a la cama.

—Tentador.

Di un paso atrás antes de que pudiera ceder, volviendo a mi armario para terminar de arreglarme. Mi orientadora del instituto definitivamente no me había preparado para nada de esto. Reina de un reino de hombres lobo mientras dirigía una librería en la Tierra. Dividiendo mi tiempo entre dos mundos diferentes.

Esta noche iba a ser políticamente importante. Una oportunidad para que las alianzas se fortalecieran o se desmoronaran...

Oí pasos. Pasos atronadores y caóticos que solo podían significar una cosa.

—Prepárate —advertí a Mal.

La puerta se abrió de golpe y Killian entró volando a toda velocidad de niño de cuatro años, un pequeño tornado de pura energía. Torin apareció justo detrás de él, con aspecto paciente y arrepentido, y también ligeramente pegajoso.

Nunca una buena señal.

—¡MAMÁ! ¡PAPÁ! ¡MIRAD!

Mi hijo estaba cubierto de miel. De pies a cabeza. Manos, cara, pelo... todo pegajoso y dorado.

—Disculpen, Majestades —dijo Torin, claramente luchando contra una sonrisa—. El joven príncipe se despertó y fue directo a la cocina. Intenté detenerlo pero...

Torin parecía avergonzado. Contuve una risita. Estaba segura de que no era fácil admitir que un niño de cuatro años te había ganado en una carrera. Me arrodillé al nivel de Killian, evitando cuidadosamente las manos pegajosas que agitaba—. Oh no. ¿Qué encontraste, cariño?

—¡MIEL! ¡Estaba escondida! —Saltaba sobre los dedos de sus pies, vibrando de emoción y demasiado azúcar.

Mal se agachó a mi lado.

—¿Escondida de qué?

—¡De mí! ¡Pero yo la encontlé!

—Encontré, cariño. La encontraste.

No estaba escuchando. Demasiado emocionado, demasiado inquieto, saltando como si tuviera resortes en los pies.

—¡Y está MUY pegajosa! ¡Toca!

Se abalanzó sobre Mal antes de que ninguno de los dos pudiera detenerlo. Huellas pegajosas de manos aparecieron por todo el chaleco formal que acababa de pasar diez minutos abotonando.

Empecé a reír, tan fuerte que tuve que sentarme sobre mis talones.

Mal me miró, luego miró su chaleco arruinado, luego a nuestro hijo cubierto de miel que sonreía como si hubiera logrado algo verdaderamente asombroso.

—¿De cuánta miel estamos hablando? —le pregunté a Torin, tratando de controlarme.

—El tarro entero, Majestad.

—¿El tarro GRANDE?

—Sí.

Mal se levantó lentamente, con la miel manchando su pecho.

—¿Dónde está ahora?

Killian se palmeó el estómago con orgullo.

—¡En mi barriguita!

—¿Te comiste todo el tarro?

—Estoy bastante seguro de que lleva puesta la mitad —murmuró Torin.

—¡Estaba muy rica! —Killian sonrió radiante.

Intercambié una mirada con Mal. Ambos sabíamos lo que vendría en unos diez minutos cuando todo ese azúcar hiciera efecto.

—Vas a ponerte enfermo —le dijo Mal.

—¡No lo estaré! ¡Me siento GENIAL!

—Va a estar vibrando como loco en unos diez minutos, durante todo el día —dije en voz baja—. Momento perfecto para un banquete formal.

Killian estaba saltando, ajeno al caos que había causado.

—¡El tío Aurion dijo que vienen MUCHÍSIMAS personas!

—Sí, cachorro. Muchas personas.

—¿Cuántas? ¿Como... veinte?

—Más bien setenta.

Los ojos de Killian se agrandaron.

—¡¿SETENTA?! Eso es... eso es... ¡son TANTAS que ni siquiera puedo contar tan alto!

—Contaremos juntos, cariño —tomé su pegajosa mano con cuidado.

—¡Vale! ¿Puedo contarles sobre la miel?

—Absolutamente no —dijo Mal inmediatamente.

—¿Por qué no?

—Porque es nuestro secreto especial de la miel —improvisé.

Killian bajó la voz a lo que él creía que era un susurro pero en realidad era solo hablar un poco menos alto.

—¡UN SECRETO! ¡Soy bueno con los secretos!

—Le contó a los guardias sobre mi sorpresa de cumpleaños —dijo Mal, levantando una ceja hacia mí.

—Y al cocinero sobre los nuevos cachorros.

—Y a Aurion sobre...

—¡AHORA soy MUY bueno con los secretos! ¡Soy más grande! —insistió Killian, irguiéndose a su máxima altura.

De alguna manera logramos llevar a nuestro pegajoso hijo con subidón de azúcar hacia el desayuno. Nos tomó a ambos de las manos mientras caminábamos, la mía en su izquierda, la de Mal en su derecha, dejando huellas pegajosas de miel en nuestros dedos. Torin nos seguía a una distancia respetuosa.

Sorcha ya estaba esperando en la sala de desayuno, sentada a la mesa con té. Echó un vistazo a Killian, cubierto de pies a cabeza de miel, vibrando de energía, y suspiró profundamente. El tipo de suspiro que decía que había visto este escenario exacto mil veces antes.

Mal y yo nos miramos e intentamos con todas nuestras fuerzas no reírnos.

***

Después del desayuno y el segundo baño (quitar la miel del pelo de un niño de cuatro años era su propio tipo especial de pesadilla), me di cuenta de que necesitaba visitar la Tierra hoy antes del banquete.

La diferencia de tiempo entre mundos significaba que mis amigos en la Tierra no me habían visto en semanas, aunque aquí en Lytopia solo habían pasado unos días. El tiempo se movía más rápido allí, una peculiaridad de la magia del portal que me daba dolor de cabeza si pensaba demasiado en ello.

—Necesito revisar la librería —le dije a Mal mientras veíamos a Killian correr alrededor de su habitación, montado en su subidón de azúcar—. Visitar a las chicas.

La mandíbula de Mal se tensó.

—¿Sola?

—Es mi librería, Mal. Estaré bien.

—No me gusta que viajes a través del portal sin protección.

—¿Protección contra qué? ¿Navegadores de libros agresivos? ¿Pedidos de café exigentes?

No sonrió. Su preocupación era genuina, incluso si era innecesaria. Desde que me convertí en Reina, se había vuelto más protector. Más cauteloso al dejarme ir a cualquier lugar sin guardias o sin él mismo.

—Estaré fuera dos horas, como máximo —me puse de puntillas para besar su mejilla—. El portal va directamente a mi lugar. Ni siquiera tendré que caminar afuera.

—¡Yo quiero ir! —Killian apareció a mi lado, tirando de mi vestido con dedos todavía ligeramente pegajosos—. ¡Mamá, yo también quiero ir!

Me arrodillé a su nivel.

—Hoy no, cariño. Mamá necesita tiempo para charlas aburridas de adultos.

Su labio inferior sobresalió.

—¡Pero soy bueno hablando!

—Eres el mejor hablando. Pero esta vez necesito ir sola.

—¿La próxima vez?

—La próxima vez, lo prometo.

Extendió su meñique, con la cara mortalmente seria.

—¿Promesa del meñique?

Entrelacé mi meñique con el suyo, sintiendo que mi corazón se apretaba.

—Promesa del meñique.

—Eso significa que NO PUEDES romperla.

Mal apareció detrás de nosotros, observando el intercambio con ojos suaves.

—Tu madre no rompe promesas.

—Bien —Killian asintió firmemente—. Porque si lo hace, tiene que darme helado.

Parpadé.

—Así no es como funcionan las promesas del meñique.

—¡Ahora sí!

Miré a Mal, que claramente estaba tratando de no reírse. Nuestro hijo nos tenía enrollados alrededor de su pequeño dedo cubierto de miel, y todos lo sabíamos.

—Dos horas —le dije a Mal mientras me levantaba—. Volveré antes de que siquiera notes que me he ido.

—Siempre noto cuando te has ido.

Puse los ojos en blanco, pero mi estómago dio un pequeño vuelco de todos modos. Cuatro años de matrimonio y él decía cosas así sin dudarlo. Me miraba como si yo fuera la única persona en cualquier reino que importaba.

—Pegajoso —dije.

—Protector.

—Es lo mismo.

Atravesé el portal antes de que pudiera discutir, sintiendo el tirón de la magia mientras un mundo se disolvía y otro tomaba su lugar.

La librería olía a papel viejo, exactamente como siempre. La luz del sol de media mañana entraba por las ventanas delanteras, atrapando motas de polvo en el aire. Apenas había salido del portal en mi oficina trasera cuando escuché voces desde el piso principal.

—...y le dije, si no puedes comprometerte con una segunda cita, ¡no pierdas mi tiempo con la primera!

Krystin.

Atravesé la sala de almacenamiento y las encontré a todas allí, Krystin detrás del mostrador con una taza de café, Bella acurrucada en una de las sillas de lectura, y Daphne posada en el brazo del sofá. Mis mejores amigas, mi gente de antes de que todo se complicara.

—¡Miren quién finalmente recordó que tiene amigas en la Tierra! —Krystin me vio primero, su rostro iluminándose con una sonrisa.

—¡Lo siento! —crucé la habitación y todas se levantaron para encontrarse conmigo, atrayéndome a un abrazo grupal que olía al perfume caro de Bella y al champú en seco de Krystin—. Ha sido una locura. ¿Dónde está Emma?

—Necesitaba el día libre, así que pensamos que sería agradable ponernos al día con lecturas. ¿Y locura, dices? —Bella se echó hacia atrás, cejas levantadas—. Literalmente eres una reina hombre lobo. Eso está más allá de la locura. Eso es para certificar.

—Cuando lo pones así, mi vida suena falsa.

—Tu vida ES falsa —Krystin volvió a su posición detrás del mostrador —. Te casaste con un rey lobo por un hechizo que encontraste en el sótano de tu abuela. Eso no es vida real. Es una película de Hallmark con ácido.

—Hallmark no tiene tanto sexo —dijo Daphne.

—¿Cómo lo sabrías?

—Veo MUCHO Hallmark.

Nos acomodamos en nuestros lugares habituales, yo en mi silla favorita, Krystin inclinada sobre el mostrador, Bella y Daphne reclamando el sofá. Daphne había llegado antes por el portal desde Noctherion, donde vivía con su compañero, Aurion. El hermano de Mal. Nuestro pequeño grupo ahora abarcaba dos mundos, pero de alguna manera lo hacíamos funcionar.

—¿Cómo está Killian? —preguntó Bella.

—Cuatro años y absolutamente salvaje —saqué mi teléfono, desplazándome hasta las fotos que había tomado esta mañana. Los datos no funcionaban en Lytopia, pero al menos la cámara sí—. Se comió un tarro entero de miel antes del desayuno.

—¿Como... un tarro grande? —Krystin se inclinó hacia adelante.

—El tarro más grande. Con las manos —les mostré la foto de Killian, cubierto de miel, sonriendo como un maníaco.

Daphne se rió tan fuerte que resopló.

—¿Sobrevivió?

—Literalmente está vibrando. Dejé a Mal lidiando con la bajada de azúcar.

—Hablando de compañeros que toman decisiones cuestionables sobre la crianza de los hijos —dijo Bella, metiendo los pies debajo de ella—, Logan permitió que los cachorros de la manada le «enseñaran» bailes de TikTok la semana pasada.

—Oh no.

—Oh sí. Hay evidencia en video. Lo estoy guardando como palanca para el divorcio.

—No te vas a divorciar —dije.

—Todavía no. Pero cuando lo haga, tendré munición. Logan pregunta por ti todo el tiempo —añadió—. Quiere saber cuándo vas a visitarnos de nuevo.

—¿Cómo te va con la vida en la manada?

El compañero de Bella también era un rey lobo, manada diferente, basada en la Tierra en lugar de en Lytopia. Su romance había sido su propio tipo de caos.

—Agotador pero bueno —sonrió esa sonrisa secreta que tenía cada vez que hablaba de él—. Está haciendo de nuevo esa cosa de merodear posesivamente.

—¿Lo de pararse-detrás-de-ti-mientras-hablas-con-otros-hombres?

—Y los gruñidos. Tantos gruñidos innecesarios. La semana pasada un barista me llamó «cariño» y pensé que Logan iba a saltar sobre el mostrador.

—¡Mal también hace eso! —me reí—. Debe ser cosa de reyes lobo.

—Es ridículo —Bella hizo una pausa—. Pero también algo caliente, ¿no?

—Desafortunadamente, sí.

—Mientras tanto —interrumpió Krystin—, yo estoy soltera mientras vosotras tres sois literalmente reinas. ¿Cómo es eso justo? Todas nos unimos al mismo club de lectura. Todas leímos las mismas novelas románticas de vampiros. ¿Por qué VOSOTRAS conseguisteis las almas gemelas sobrenaturales?

—No estoy segura. La Sociedad del Brillo de Edward no nos preparó a ninguna para esto —dijo Daphne—. Estoy segura de que tu rey está en alguna parte.

—¿Recordáis cuando pensábamos que lo más irreal de Crepúsculo era que Edward observara a Bella mientras dormía? —Negué con la cabeza—. Me desperté con Mal de pie junto a mi cama como tres veces después de casarnos.

—Eso es espeluznante —dijo Krystin.

—Fue aterrador. Le tiré una lámpara una vez.

—¿Le hizo daño?

—No. La atrapó. Luego pareció ofendido porque había intentado hacerle daño. Como si *yo* fuera la irrazonable.

—Estar soltera también está sobrevalorado —suspiró Krystin, volviendo al tema—. Tanta soledad y aplicaciones de citas terribles. Anoche revisé a cuarenta tíos y ni uno solo sabía escribir una frase completa. La biografía de uno decía únicamente «Me gustan cosas».

—Cosas —repitió Bella—. Solo... cosas.

—COSAS. ¿Qué cosas? ¿Cosas de comida? ¿Cosas de asesinato? ¡Las cosas no son una personalidad!

—Deberíamos encontrarte un buen hombre lobo —sugirió Bella.

—Paso rotundamente. —Krystin levantó la mano—. He visto lo que soportáis. Los gruñidos, la posesividad, esa energía de «debo protegerte de los baristas». Me quedaré con Netflix y la indisponibilidad emocional.

—Encontrarás a alguien, de todas formas. Estoy segura. —añadí.

—A este ritmo, estaré soltera para siempre y me comerán mis gatos.

—No tienes gatos.

—Los conseguiré específicamente para ese propósito. Adoptaré como seis. Se darán un festín con mi cadáver. Será poético, mi último acto de bondad.

—Eso no es poético, es mórbido.

—Es lo mismo.

Daphne se movió en el sofá, jugueteando con el dobladillo de su manga. —¿Estamos hablando del banquete? Porque estoy aterrorizada.

Cierto. Daphne también estaría allí, representando a Noctherion con su compañero.

—Estarás bien —le aseguré—. Lo resolveremos juntas.

—Fácil para ti decirlo. Has sido Reina más tiempo.

—No mucho más. —Me incliné hacia adelante—. Entro en pánico cada vez que alguien hace una reverencia.

—¡¿Verdad?! —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¡Sigo queriendo decirles que paren! Es como, por favor, estáis haciendo esto raro, ¡solo levantaos!

—Y los tenedores —gemí—. ¿Sabes cuántos tenedores hay?

—Siete —dijo Daphne, levantando los dedos—. *Siete* tenedores diferentes.

Krystin parecía horrorizada. —i¿Para qué necesitas siete tenedores?!

—Nadie lo sabe —le dije—. He preguntado a varias personas. Todos me miran como si hubiera insultado a sus antepasados.

—Es una conspiración —coincidió Daphne—. Una conspiración basada en tenedores diseñada para hacernos sentir estúpidas.

—Nunca volveré a quejarme de mi vida —dijo Krystin—. Al menos solo necesito un tenedor.

—¿Queréis venir? —les pregunté a ella y a Bella—. ¿Las dos? ¿Al banquete?

Bella negó con la cabeza inmediatamente. —¿A un banquete con la realeza de los hombres lobo? Paso totalmente.

—Sí, eso suena como mi pesadilla personal —coincidió Krystin—. Demasiados lobos, demasiados tenedores, no suficiente alcohol.

—Habrá muchísimo alcohol.

—¿Habrá lobos juzgando cómo uso los tenedores?

—Probablemente.

—Entonces es un no, tío. Juego de palabras intencionado.

Bella se desenroscó de su silla. —Pero trae a Killian la próxima vez. Echamos de menos su energía caótica.

—Ya me hizo prometer con el meñique. —Sonreí, pensando en su pequeña cara seria—. Al parecer, si lo rompo, le debo un helado.

—Te tiene comiendo de su mano —observó Daphne.

—Completamente. Y ni siquiera me avergüenza.

Comprobé la hora en mi teléfono e hice una mueca. Dos horas habían pasado volando, como siempre ocurría cuando estaba con estas mujeres. Habíamos sido amigas desde el instituto, desde que fundamos la Sociedad del Brillo de Edward como obsesionadas estudiantes de primer año convencidas de que algún día encontraríamos nuestras propias almas gemelas sobrenaturales.

Resultó que teníamos razón. Solo que no con la parte de los vampiros.

—Tengo que irme. —Me levanté, y todas se levantaron conmigo—. Lo siento. El banquete...

—Ve —Krystin agitó la mano—. Salva las alianzas políticas de los hombres lobo. Nosotras mantendremos el fuerte.

—¿Te refieres a que os beberéis el resto del café y cotillearéis sobre mí después de que me vaya?

—Obviamente. Bella va a hacer una imitación de tu cara de «ahora soy una reina».

—¡No tengo una cara!

—Absolutamente tienes una cara —dijo Bella—. Es así... —Levantó la barbilla, frunció los labios ligeramente y adoptó una expresión de vago estreñimiento mezclado con pánico.

—NO me veo así.

—En realidad, sí que te ves así —admitió Daphne.

—Os odio a todas.

Nos abrazamos en grupo y prometimos visitarnos más y traer a Killian la próxima vez. Luego volví a atravesar el portal, sintiendo el

tirón de la magia...

Y Mal estaba allí.

Por supuesto que estaba allí. Justo delante del punto del portal, con las manos enlazadas detrás de la espalda, claramente habiendo estado paseando de un lado a otro. Su cabeza se levantó en el momento en que aparecí.

—¿Me has esperado otra vez? —pregunté, entrando completamente en Lytopia.

—No. Solo pasaba por aquí.

Me atrajo inmediatamente a sus brazos, apretándome contra su pecho como si hubiera estado fuera durante semanas en lugar de apenas minutos para él. Sentí su nariz presionarse en mi pelo, respirándome.

—Sabes que puedo manejar un portal a mi propia librería, ¿verdad?

—Lo sé. —Sus brazos se apretaron—. Pero prefiero estar aquí cuando regreses.

—Dependiente —murmuré contra su pecho.

Se apartó lo justo para mirar mi cara, sus manos subiendo para acunar mis mejillas. —Completamente tuyo.

Sentí que me derretía, como siempre hacía cuando decía cosas así. —Vale, eso ha sido muy suave.

—He estado practicando.

Me besó suavemente, nada parecido a los besos desesperados de la mañana en nuestro dormitorio. Este era tierno, aliviado. El beso de un hombre que había pasado dos horas preocupándose por algo que sabía que era irracional pero que no podía evitar de todos modos.

—¿Cómo están tus amigas? —preguntó cuando finalmente me soltó.

—Bien. Krystin está soltera y planea ser devorada por gatos. Bella está guardando vídeos de TikTok como pruebas para un divorcio. Daphne está tan nerviosa por lo de esta noche como yo.

—Estarás magnífica esta noche. —Tomó mi mano, entrelazando nuestros dedos—. Siempre eres magnífica.

—Ahora solo me estás adulando.

—¿Está funcionando?

Siempre funcionaba.

Apreté su mano y empecé a caminar, tirando de él hacia nuestras habitaciones. Teníamos que prepararnos para un banquete, impresionar a setenta miembros de la realeza de los hombres lobo, navegar por alianzas políticas. Pero ahora mismo, con la mano de Mal cálida en la mía y las huellas de miel visibles en los suelos del castillo, todo parecía manejable.

—¿Te ocupaste del bajón de azúcar? —pregunté.

La expresión de Mal lo decía todo.

—¿Tan mal?

—Le tiró un juguete a la cabeza de Torin, lloró durante veinte minutos y luego se quedó dormido en una maceta.

Dejé de caminar. —¿Una maceta?

—En el pasillo. No sé cómo llegó allí. Torin lo encontró acurrucado alrededor de un helecho.

—Un helecho.

—Lo estaba abrazando.

Me reí tan fuerte que tuve que apoyarme contra la pared. Mi vida era una locura, pero no cambiaría ni una sola cosa.

2

— • —

Malachar

Siete reinos en una habitación por primera vez en décadas. El potencial de desastre era astronómico.

También el potencial de que Killian descubriera algo más que no debería. La miel era solo de esta mañana. ¿Qué encontraría para esta noche? ¿La bodega? ¿La armería? ¿Mi reserva personal de chocolate terrestre de Wen que ella creía que estaba escondida?

Recorrí a zancadas la longitud de mi estudio, ajustando las armas escondidas en mi ropa formal por tercera vez. Cuchillo en mi bota. Otro en mi cadera, ocultado por el ridículo chaleco que Wen finalmente había conseguido abotonar. Un tercero atado a mi antebrazo bajo la manga. ¿Paranoico? Tal vez. Pero mi madre seguía viva después de cientos de años, lo que significaba que la paranoia que me había enseñado estaba bien fundada.

—Deja de dar vueltas —dijo Aurion desde donde estaba desparramado en mi silla, viéndose completamente inútil—. Me estás poniendo nervioso.

—Esta reunión no tiene precedentes. Cualquier cosa podría pasar.

—Relájate. —Agitó su mano desdeñosamente—. ¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

Me detuve para mirarlo fijamente. —Guerra. Asesinato. Killian descubriendo la bodega.

—Solo una de esas es probable.

—Exactamente. La bodega es muy accesible.

—Por eso tienes guardias por todas partes.

—No hay suficientes guardias en el mundo para detener a un niño de cuatro años decidido.

Daphne, que estaba posada en el brazo de la silla junto a él, puso los ojos en blanco ante los dos. —¿Esperas problemas?

—Siempre espero problemas.

—Y paranoico —añadió Aurion servicialmente—. Eres muy paranoico.

—No es paranoia si realmente están intentando matarte.

—¿Alguien ha intentado matarte recientemente?

—No recientemente, pero es temprano. —Reanudé mi paseo—. La noche es joven. Tiempo de sobra para intentos de asesinato.

—Tan optimista —dijo Aurion.

Daphne se puso de pie, acercándose a mí con las manos levantadas. —¿Tal vez intenta ser menos fatalista?

—No. —Comprobé mentalmente las posiciones de mis guardias, sintiendo a cada uno a través del vínculo de la manada. Seguridad extra en cada entrada. Patrullas duplicadas. Torin estacionado para

permanecer cerca de Wen y Killian—. No voy a cambiar mi enfoque ahora.

—Esto es lo que debes hacer —dijo Aurion, incorporándose ligeramente—. Sonríe, asiente, está de acuerdo con todos.

Lo miré fijamente. —Ese es el peor consejo que he escuchado en toda mi vida.

—A mí me funciona.

—Eso es porque tú no tomas decisiones realmente —señaló Daphne —. Últimamente solo sigue lo que dice el consejo. Por suerte, siempre tienen razón.

—Exactamente. —Aurion sonrió—. Muy poco estrés. Lo recomiendo encarecidamente.

—Eres el rey de Noctherion.

—Y delego maravillosamente.

—¿En quién?

—En cualquiera que parezca competente. —Se encogió de hombros —. Tengo un excelente instinto para la competencia.

Me volví hacia Daphne. —¿Cómo lo soportas?

—Alcohol —dijo inmediatamente, dejando escapar un resoplido—. Mucho alcohol.

A pesar de todo, sentí que la comisura de mi boca se crispaba. Mi hermano era entretenido a veces.

—He triplicado la seguridad —les dije, acercándome a la ventana. Los invitados ya estaban llegando al patio de abajo—. Torin permanecerá cerca de Wen y Killian durante toda la noche.

—¿Confías tanto en él? —preguntó Aurion.

Torin era bueno con ellos. Mejor que bueno.

—Es uno de mis guardias más confiables. —Observé cómo un carruaje se detenía, con el estandarte de Crescentborn en un lateral —. Confiaría mi vida a él. Más importante aún, las suyas.

—Eso es realmente dulce —dijo Daphne.

—No le digas a nadie que he dicho eso.

—Demasiado tarde, definitivamente se lo diré a Wen.

—Daphne...

—Pensará que es adorable.

—No soy adorable. Soy un depredador alfa.

—Un depredador alfa que lee novelas románticas para saber cómo hablar con su esposa —dijo Aurion, sonriendo.

—No es para eso. Es solo por investigación, imbécil.

—Claro. Investigación. Por eso robaste tres más de la librería de Wen la semana pasada.

No tenía defensa para eso. Los libros eran útiles. Me daban ideas. Wen parecía disfrutar de los resultados de mi investigación, así que iba a seguir haciéndolo.

Pero la verdad era que Torin estaba allí cuando Killian dijo «Papá» por primera vez. Yo estaba discutiendo con Crescentborn sobre impuestos fronterizos, cuatro horas de negociaciones sobre porcentajes arancelarios mientras mi hijo aprendía su primera palabra.

Wen me lo contó después, con la cara resplandeciente. Cómo la pequeña cara de Killian se había iluminado. Cómo lo había repetido una y otra vez, tan orgulloso de sí mismo.

—Papá —había imitado ella con su voz de bebé, riendo—. Papá papá papá.

Sonreí y fingí que no se sentía como un cuchillo entre las costillas.

Torin también vio la primera transformación parcial de Killian. Solo sus orejas, pequeñas y peludas. Wen se había estado riendo encantada, aplaudiendo, mientras yo revisaba protocolos de seguridad para un dignatario visitante que acabó cancelando de todos modos.

Confiaba en Torin. Le estaba agradecido. Pero algunos días quería estrangularlo por estar ahí cuando yo no podía.

—Hermano. —La voz de Aurion me atravesó—. Estás cavilando. Puedo verlo en tu cara.

—No estoy cavilando.

—Absolutamente lo estás. Tienes esa mirada de estreñido que pones cuando estás sintiendo emociones.

—Definitivamente *no* tengo una mirada de estreñido.

—Realmente la tienes —confirmó Daphne. Definitivamente eran jodidas almas gemelas.

—Todo irá bien —añadió, intentando tranquilizarme.

—No puedes saber eso.

—Tú tampoco. Así que deja de preocuparte.

—Simplemente sonríe y asiente a todos —sugirió Aurion de nuevo—. En el peor caso, pensarán que estás de acuerdo con lo que sea que estén diciendo. En el mejor caso, los confundirás hasta someterlos.

Lo miré fijamente. —De alguna manera ese es un consejo aún peor que antes. ¿Cómo es que no te asesinaron en tu primer año como rey?

—Resulta que soy muy bueno luchando.

Cierto. Pero aun así...

—¿Y si Silvermane intenta... joder. —Olvidé lo que estaba diciendo. Olvidé cómo formar palabras. Olvidé mi propio nombre, probablemente.

Porque Wen acababa de entrar en la habitación. El vestido formal era azul profundo, el color de la medianoche, aferrándose a cada curva que había recorrido con mis manos esta mañana. Su pelo estaba recogido, exponiendo el cuello en el que había tenido mi boca hace solo unas horas. Era radiante, jodidamente devastadora.

Y yo estaba aquí de pie con la boca abierta como un idiota.

—Hermano —dijo Aurion desde algún lugar lejano—. Tu esposa literalmente acaba de entrar.

No podía responder ni moverme. Cada pensamiento inteligente que alguna vez había tenido simplemente... se fue.

—¿Hermano? —La voz de Aurion estaba más cerca ahora—. ¿Estás teniendo un ictus?

Alguien estaba agitando una mano frente a mi cara. Apenas lo registré.

—Creo que está roto —dijo Daphne, sonando demasiado divertida.

—¿Hola? —Aurion chasqueó los dedos—. ¿Hay alguien en casa? Estábamos hablando de Silvermane. Cosas políticas importantes. ¿Recuerdas?

—Parece una diosa —finalmente logré decir.

—Parece tu esposa con un vestido.

Aparté los ojos de Wen el tiempo suficiente para mirar con furia a mi hermano. —Estás objetivamente equivocado.

—Soy realista. Se ve bien, pero tú pareces a punto de desmayarte. O llorar. Posiblemente ambas cosas.

—Creo que es dulce —dijo Daphne.

—Tú crees que todo es dulce.

—No es cierto. No creo que tú seas dulce.

—Estoy devastado. —Aurion le guiñó un ojo.

Ya no estaba escuchando. Ya me estaba moviendo hacia Wen, cruzando la habitación como si ella fuera el norte magnético y yo una brújula sin otra dirección. Muy digno, muy regio. No en absoluto como un cachorro enamorado que había olvidado que se suponía que debía estar organizando la reunión política más importante en décadas.

Ella me vio acercarme y sonrió, esa sonrisa secreta que era solo para mí, y mi cerebro completamente renunció a funcionar.

La alcancé y la atraje cerca inmediatamente, mi mano posándose en su espalda baja. —Estás absolutamente arrebatadora esta noche, pequeña compañera.

Ella levantó una ceja, claramente luchando contra una sonrisa. —¿Arrebatadora?

—Estoy ampliando mi vocabulario.

—¿Con qué propósito?

Me incliné para murmurar en su oído, lo suficientemente bajo como para que solo ella pudiera oír. «Para poder expresar adecuadamente lo desesperadamente que quiero follarte más tarde».

—¿Adecuadamente? —Se apartó para mirarme, con desafío en sus ojos—. Apunta más alto.

—¿Con entusiasmo? ¿Minuciosamente? ¿Con adoración?

—Sigue.

—¿Hasta que olvides tu propio nombre y solo puedas gritar el mío?

Sus mejillas se sonrojaron y sentí una oleada de satisfacción.

—Vale, has estado practicando.

—El capítulo doce de *Delightful Sins* fue muy instructivo.

Ella se rio, un sonido que me oprimió el pecho.

—Guárdalo para después, Majestad.

—Eres cruel, mi Reina.

—Te encanta. —Me sonreía radiante, y nunca había visto algo tan jodidamente hermoso.

—Desesperadamente. Irremediablemente. Patéticamente —murmuré, con mi cerebro aún sin funcionar correctamente.

—Eso último no fue sexy.

—Pero honesto —la atraje más cerca, sin importarme que Aurion y Daphne nos observaran con sonrisas idénticas. Sin importarme que tuviera setenta invitados llegando en cualquier momento. Sin importarme nada excepto la mujer en mis brazos—. Te vi y olvidé cómo funcionar.

—Lo noté. Aurion estaba agitando su mano frente a tu cara.

—No noté a Aurion. Solo te noté a ti.

Ella se ablandó, estirándose para arreglarme el cuello de la camisa. Lo había desordenado de alguna manera, aunque no tenía recuerdo de haberlo hecho.

—Eres dulce cuando estás embelesado.

—Siempre estoy embelesado contigo.

—Lo sé.

Antes de que pudiera besarla como quería, la puerta se abrió de golpe y un pequeño tornado vestido formal entró volando a la habitación.

—¡MIRAD! ¡ESTOY ELEGANTE!

Killian giró en círculo, mostrando su miniatura de traje formal. Se parecía exactamente a mí, solo que más pequeño y cubierto de significativamente menos miel que esta mañana. Mi madre debió haberle dado otro baño y de alguna manera convenció de que se mantuviera limpio durante más de cinco minutos. Un milagro.

Wen se arrodilló inmediatamente, su rostro iluminándose.

—¡Estás tan guapo!

—¿Me parezco a Papá? —Giró otra vez, claramente orgulloso de sí mismo.

—Te pareces mucho a mí —dije, arrodillándome junto a Wen. La cara de nuestro hijo resplandecía de emoción y nervios, sus pequeñas manos jugueteaban con su chaleco, el mismo hábito nervioso que tenía yo.

—Cuando sea grande, ¿seré alto como tú?

—Incluso más alto.

Sus ojos se agrandaron.

—¡UAU! ¡Seré SÚPER alto!

—El más alto —le aseguró Wen, alisándole el pelo.

Inmediatamente se lo desordené otra vez, solo para ver cómo ella me daba un manotazo. Lo hizo, y Killian se rio de nuestra rutina familiar.

—¡Vienen TANTAS personas! —Killian saltaba sobre la punta de sus pies—. ¡Como un millón!

—No exactamente un millón.

—¿Cien?

—Más cerca. Unas setenta.

—Eso es... eso es... —Intentó contar con los dedos, se confundió alrededor del seis—. ¡No sé tantos números!

—Contaremos juntos, cariño —dijo Wen.

—¡Puedo contar hasta diez! —Se enderezó, muy orgulloso—. ¿Queréis oír? ¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, doce!

—Cerca —dijo Wen suavemente—. Es diez después del nueve.

—Oh —su rostro decayó ligeramente—. ¿Puedo intentarlo de nuevo?

—Más tarde, cachorro —le revolví el pelo otra vez, incapaz de resistirme—. Tenemos que irnos.

—¿Tengo que ser educado?

—Muy educado —le dijo Wen—. Di por favor y gracias.

—¿Y si son aburridos?

—Sigues siendo educado de todos modos.

Consideró esto.

—¿Incluso si tienen barbas de nido de pájaro?

Recordé el desafortunado incidente capilar del Embajador Crescentborn.

—Especialmente entonces. No mencionamos barbas de nido de pájaro.

—¿Por qué no?

—Porque algunas verdades son verdades secretas —dijo Wen.

Los ojos de Killian se iluminaron y bajó la voz a un susurro que de alguna manera era más fuerte que su voz normal.

—Ohhh. Verdades secretas. Entendido.

—Quédate cerca de nosotros durante la cena —le dije.

—¿Puedo sentarme entre vosotros?

—Por supuesto —dijo Wen inmediatamente.

—Bien —agarró nuestras manos—. Porque no me gustan los extraños.

—No son extraños. Son realeza visitante.

—¿Qué es re-a-le-za?

—Gente importante y elegante —explicó Wen.

Killian procesó esto.

—Así que extraños elegantes.

—Sí, básicamente.

Torin apareció en la puerta, inclinándose ligeramente.

—Majestades, los invitados han llegado.

Killian inmediatamente se animó, balanceando nuestras manos.

—¡Vamos! ¡Voy a contar a todos!

—Pero en voz baja —le recordó Wen.

—¡Susurraré!

Capté la mirada de Torin mientras nos dirigíamos hacia la puerta.

—Quédate cerca de ellos esta noche.

—Siempre, Majestad.

Caminamos por los pasillos hacia la sala del trono, con Killian entre nosotros, balanceándose en nuestras manos como si fuéramos su equipo de juego personal. Charlaba sin parar sobre contar personas y hacía preguntas sobre todo lo que pasábamos.

—¿Por qué hay tantos guardias?

—Para mantener a todos seguros.

—¿Seguros de qué?

—De cualquier cosa que pueda intentar hacernos daño.

—¿Como monstruos?

—Como personas que toman malas decisiones.

—Oh —pensó sobre esto—. Entonces son muchas personas.

Wen y yo intercambiamos una mirada por encima de su cabeza, ambos luchando por contener la sonrisa.

Las puertas de la sala del trono se alzaban ante nosotros. Ya podía oír el murmullo de voces dentro. Setenta representantes de siete reinos, todos a punto de conocer a mi hijo híbrido y a mi compañera humana.

Enderecé la espalda. Traté de recordar que era un rey y no solo el marido de Wen y el padre de Killian. Esta noche requería política, diplomacia. Navegación cuidadosa.

Entramos en la sala del trono y el silencio cayó inmediatamente. Todos los ojos se volvieron hacia nosotros, todos los invitados se inclinaron o hicieron una reverencia excepto los otros Reyes y Reinas.

Ayudé a Wen a subir a su silla, luego levanté a Killian a la más pequeña que habíamos mandado hacer para él. Sus piernas colgaban libremente, demasiado cortas para llegar al suelo, y miraba alrededor con ojos grandes que intentaban ser muy valientes.

—Lo estás haciendo maravillosamente —le murmuré.

Asintió seriamente y comenzó a contar con los dedos, articulando los números en silencio.

Los representantes comenzaron a acercarse para presentar sus respetos. Había memorizado cada nombre, cada rostro, cada postura política y amenaza potencial.

Luego fue el turno de la Realeza. Valerius Crescentborn llegó primero, el Rey de Valoryn. Alto, imponente, un hombre de pocas palabras que de alguna manera hacía que el silencio se sintiera como un ataque personal.

—Rey Malachar, Reina Gwendolyn. Ha pasado demasiado tiempo.

—En efecto. Bienvenido a Ravenor.

—Confío en que la situación fronteriza sigue resuelta.

—Por ahora —mantuve mi tono neutral. Habíamos luchado por rutas comerciales el año pasado. El asunto estaba resuelto pero las tensiones persistían.

Sus ojos se deslizaron hacia Killian.

—¿Y vuestro heredero único?

La forma en que dijo «único» hizo que mi mandíbula se tensara.

—Mi hijo está prosperando.

—Por supuesto —hizo una reverencia y continuó.

Xander Silvermane del Reino de Wynter apareció a continuación, luciendo como si hubiera envejecido diez años en los últimos cinco. El estrés de ser un perpetuo imbécil claramente le estaba pasando factura.

—Una reina humana —dijo, con un tono que dejaba claro que esto seguía siendo un problema para él—. Todavía tan inesperado.

Wen sonrió dulcemente.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—No fue pensado como tal.

Gruñí, bajo pero audible.

—Cuidado.

La sonrisa de Wen nunca vaciló, pero adquirió un borde más afilado.

—Estoy segura de que no pretendía ser grosero. Eso sería terriblemente vergonzoso para usted.

La expresión de Silvermane vaciló al darse cuenta de que había sido superado por una humana con la mitad de su edad.

—...Por supuesto que no.

Se retiró rápidamente. Me hice una nota mental para pisarle accidentalmente el pie más tarde.

Mortimer y Elspeth Goldridge, Rey y Reina de Duskmere, se acercaron juntos, ambos irradiando ese tipo de calidez que viene de un matrimonio largo y feliz. En realidad me caían bien, lo cual era raro.

—El joven príncipe —dijo Mortimer amablemente—. ¿Puedo?

Wen asintió.

—Por supuesto.

Se arrodilló al nivel de Killian, lo que inmediatamente le hizo ganar puntos. Era tan jodidamente raro ver a un Rey de rodillas, pero Mortimer era simplemente una gran persona.

—Te pareces mucho a tu padre.

—¡Sí! —Killian se animó—. ¡Papá dice que voy a ser SÚPER alto!

—Estoy seguro de que lo serás —la sonrisa de Mortimer era genuina —. ¿Cuántos años tienes?

Killian levantó cuatro dedos.

—¡Estos! ¿Cuántos años tienes *tú*? —preguntó a su vez.

Mortimer se rio.

—Esa no es una pregunta educada, joven príncipe.

—Oh —el rostro de Killian decayó—. Lo siento. ¿Eres más viejo que Papá?

—Sí.

—Vaya. Entonces eres REALMENTE viejo.

Wen empezó a intervenir, pero Mortimer ya se estaba riendo.

—Está bien. La honestidad de los niños es refrescante.

—¿Tienes hijos?

—Dos hijos y una hija.

Killian se animó inmediatamente.

—¿Están aquí?

—Solo uno de ellos. Mi hijo del medio, Pattryk.

—¿Puedo jugar con ellos?

—Bueno... —se aclaró la garganta—. Sí. Quizás después de la cena —dijo, lo que me hizo resoplar. Pattryk era más joven que yo, veinteañero. NO estaba ni cerca de la edad de Killian. Pero agradecí que Mortimer no destruyera el ánimo de Killian con esta información.

—¡Bien! —Killian asintió seriamente—. Porque estoy aburrido.

Mortimer volvió a reír y se levantó, definitivamente fortaleciendo nuestra alianza con Duskmere. Cualquiera que fuera amable con mi hijo se ganaba mi lealtad.

Kane Aurelius del Reino de Ebonvale fue el siguiente, toda intensidad y superioridad envuelta en ropa formal. Miró a Killian como si estuviera examinando un espécimen interesante.

—Los niños híbridos son tan raros. Fascinante.

—Es mi hijo —dije, con voz fría—. No una curiosidad.

Killian tiró del vestido de Wen.

—Mamá, ¿qué es fas-ci-nan-te?

—Significa interesante, cariño.

—¡Oh! ¡Soy interesante! —se volvió hacia mí, radiante—. ¡Papá, soy interesante!

Miré a Kane de manera significativa.

—Sí. Mucho.

Kane tuvo la gracia de parecer incómodo antes de continuar. Bien.

Por último, Kazamir Briarfield de Moonhaven se acercó, pareciendo que hablar palabras reales podría causarle dolor físico. Gruñó lo que podría haber sido un saludo, asintió hacia Killian, gruñó nuevamente, y se movió a su asiento.

—Me cae bien —susurró Killian en voz alta—. Es callado.

—Es muy callado —estuve de acuerdo. Kazamir se comunicaba principalmente a través de gruñidos y expresiones faciales. Lo respetaba. Ahorraba tiempo.

Más representantes se acercaron. Más reverencias y muestras de respeto por ser los anfitriones. Más juicios apenas velados sobre mi compañera humana e hijo híbrido. Killian saludaba a algunos de ellos, amigable pequeño completamente inconsciente de las corrientes políticas subyacentes. Una mujer de aspecto severo le devolvió la sonrisa, lo que probablemente la sorprendió tanto como me sorprendió a mí.

Escaneaba la habitación constantemente, catalogando posiciones y salidas, pero mis ojos seguían volviendo a Wen. La forma en que manejaba a cada representante con gracia. La forma en que sonreía a Killian cuando se confundía contando. La forma en que-

—¿Majestad?

Parpadeé. Alguien me estaba hablando. Cierto.

—Me disculpo —le dije a quienquiera que fuese. Una mujer de Valoryn, pensé. Quizás—. ¿Decía?

—Estaba preguntando sobre los acuerdos comerciales.

—Por supuesto. Los acuerdos comerciales —no tenía idea de qué acuerdos comerciales. Había estado observando cómo Wen se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja y preguntándome si podría convencerla de irse temprano.

Concentración. Necesitaba concentrarme.

—Los términos se mantienen según lo discutido —dije, esperando que fuera lo suficientemente vago para ser preciso.

La mujer asintió y continuó. No tenía idea si acababa de aceptar algo terrible.

Cerca, Torin se inclinó hacia Wen y dijo algo. Ella se rio, brillante y genuina y hermosa, el sonido cortando a través del murmullo de la política.

Mi atención se dirigió inmediatamente hacia ellos. Wen se había movido de saludar a los dignatarios al centro de la sala, Killian de la mano con ella. Ella le estaba mostrando las flores decorativas y la diferente comida que traía nuestro personal, tratando de hacer que nuestro hijo estuviera *menos* aburrido.

Esa era la risa real de Wen. No la educada que usaba para la diplomacia. Su risa real, la que hacía que sus ojos se arrugaran, la que me esforzaba tanto por ganarme. Y Torin la había provocado. Mientras yo hablaba sobre acuerdos comerciales que ni siquiera recordaba.

Torin, que estuvo allí para la primera palabra de Killian. Torin, que vio la primera transformación de mi hijo. Torin, quien aparentemente sabía cómo hacer reír a mi esposa mientras yo estaba demasiado ocupado jugando a ser rey para notar que lo necesitaba.

Mi mano se tensó en el brazo de mi asiento.

Esto era ridículo. Torin era leal, protegiendo a mi familia, haciendo exactamente lo que le había pedido. Era un buen hombre. Pero justo ahora, viendo el rostro de Wen iluminarse por algo que él dijo, quería lanzarlo por una ventana.

—Hermano —Aurion apareció a mi lado, sonriendo con suficiencia—. Estás fulminando con la mirada. Parece que quieres cometer un asesinato.

—Estoy considerándolo.

—¿En tu propio banquete? De mal gusto.

Forcé mi expresión a algo neutral. O intenté hacerlo. Basándome en la sonrisa cada vez más amplia de Aurion, estaba fracasando espectacularmente.

—Torin hizo reír a Wen —dije, como si eso lo explicara todo.

Aurion parpadeó.

—Eso es... ¿agradable?

—No. No es agradable. Yo debería hacerla reír. Soy su marido.

—También estás recibiendo a setenta personas. Bastante ocupado.

—Soy consciente —observé a Wen decirle algo a Torin, todavía sonriendo—. Debería estar con ella.

—Deberías estar aquí, saludando a dignatarios.

—He saludado a suficientes dignatarios.

—Has saludado quizás a doce.

—Eso es suficiente.

—Hay setenta.

—Demasiados, joder —gruñí.

Aurion resopló.

—Estás siendo ridículo.

—Estoy siendo razonable. Ella es *mi*... —me interrumpí, consciente de que sonaba como un loco—. No importa.

—No, por favor continúa. Este es el mayor entretenimiento que he tenido en toda la noche.

Le lancé una mirada que habría hecho acobardarse a hombres menores. Él solo sonrió.

—¿Tomamos *todos* asiento? —anunció Aurion a la sala, claramente sintiendo la necesidad de avanzar las cosas antes de que yo hiciera algo lamentable. Como abandonar mis deberes para sentar a Wen en mi regazo y fulminar con la mirada a cualquiera que la mirara.

Los sirvientes dejaron de traer aperitivos y comenzaron a traer el primer plato. Wen tomó su asiento, Killian entre nosotros, e inmediatamente alargó la mano hacia la mía detrás de la silla de Kill.

Ella me la apretó, inclinándose hacia mí, susurrando.

—¿Estás bien? Pareces tenso.

—Estoy bien.

—Estás haciendo lo de la mandíbula.

—¿Qué cosa de la mandíbula?

—Eso de apretarla. Lo haces cuando estás molesto.

Conscientemente relajé la mandíbula.

—No estoy molesto.

—Vale —no sonaba convencida—. Torin me estaba contando sobre la tarde de Killian. Aparentemente intentó enseñar a contar a los gatos

del establo.

—¿Funcionó?

—Los gatos no quedaron impresionados. Killian estaba devastado.

Me reí a pesar de mí mismo.

—Nuestro hijo es... creativo.

—Lo saca de ti —me apretó la mano otra vez, su pulgar trazando círculos en mi palma. La tensión en mis hombros disminuyó ligeramente. Ella estaba aquí. No importaba que Torin la hiciera reír antes. Yo la haría reír más tarde. Y gritar. Sobre todo gritar.

Killian estaba contando con sus dedos otra vez entre nosotros, su pequeña cara arrugada en concentración.

—Uno, dos, tres...

—En voz baja, ¿recuerdas? —susurró Wen.

—Cuatro, cinco, seis, um... —miró sus dedos, confundido.

—Siete —suministró Wen en voz baja.

—¡Siete! ¿Qué va después del siete?

—Ocho.

—Ocho, nueve... —hizo una pausa, claramente luchando—. ¿Doce?

—Diez, cariño.

—¡Ah, sí! ¡Diez! —miró alrededor de la habitación, luego de nuevo a sus dedos—. Necesito más dedos.

—Puedes usar tus dedos de los pies más tarde —le dije.

—¡¿En serio?! —sus ojos se agrandaron—. ¡Tengo DIEZ dedos en los pies!

—Son veinte en total —dijo Wen.

—¡VEINTE! ¡Son MUCHÍSIMOS!

Varios invitados cercanos observaban a nuestro hijo con expresiones que iban desde diversión hasta perplejidad. Ahora agitaba los dedos, aparentemente tratando de descubrir la logística de contar sus dedos de los pies mientras llevaba zapatos.

Inspeccioné la habitación una vez más. La mano de Wen estaba cálida en la mía, su pulgar todavía trazando esos círculos ausentes en mi palma, y al otro lado de la habitación Torin me miró con un pequeño gesto de asentimiento. Confiable, digno de confianza. Completamente inmerecedor del tratamiento de ventana que había estado imaginando antes.

Esta iba a ser una noche muy larga, pero al menos podría hacer gritar a Wen más tarde, y eso hacía que todo valiera la pena.

3

—•—

Wen

El banquete iba tan bien como cabría esperar, lo que significaba que era un desastre apenas controlado envuelto en cortesías formales y conversaciones pasivo-agresivas.

Me senté en la mesa principal entre Killian y Daphne, intentando parecer que pertenecía a este lugar. Como si hubiera nacido para navegar cenas políticas con setenta miembros de la realeza lobuna en lugar de servir café a estudiantes universitarios en una librería de un pueblo pequeño. La mesa principal acogía a reyes, reinas y sus asesores de mayor confianza, mientras varias otras mesas llenaban la sala con dignatarios y nobles que parecían tener opiniones sobre todo.

Momentos divertidos.

Daphne se inclinó hacia mí, su voz apenas un susurro. —¿Soy yo o Silvermane está fulminándonos con la mirada?

—No eres solo tú —susurré en respuesta, tomando un sorbo de vino —. Han estado fulminándonos toda la noche.

Sacó un pequeño trozo de papel de algún lugar de su vestido y garabateó algo, pasándomelo por debajo de la mesa como si fuéramos adolescentes castigadas en lugar de reinas en una cena formal de estado.

Lo desdoblé. *El sombrero de ese Valoryn parece un pájaro muerto.*

Tuve que morderme el labio para no reírme. Tenía razón. Esa cosa emplumada y elaborada posada en la cabeza de uno de los nobles de Valoryn parecía absolutamente un animal atropellado. Probablemente un animal atropellado caro, pero atropellado al fin y al cabo.

Escribí de vuelta: *Podría SER un pájaro muerto.*

Daphne lo leyó y sus hombros se sacudieron con risa contenida. Garabateó otra nota. *¿Deberíamos decírselo?*

Absolutamente no, escribí.

¿Crees que alguien notaría si nos fuéramos temprano?

Todos. Inmediatamente.

Maldición.

Metí la nota en mi servilleta, cruzando la mirada con Mal. Él arqueó una ceja hacia nosotras, claramente consciente de que estábamos siendo ridículas, y le di mi sonrisa más inocente. Sacudió la cabeza, pero vi que la comisura de su boca se contraía.

Así era como Daphne y yo nos las arreglábamos. Yo solo había sido reina durante unos dos años más que ella, lo que significaba que ambas estábamos aprendiendo a navegar por este mundo de cenas formales y campos minados políticos. Pasar notas y hacer bromas sobre nobles estirados nos mantenía cuerdas. Sin eso,

probablemente ya habría apuñalado a alguien con un tenedor para ensalada.

Siete tenedores en esta mesa. Siete. Todavía no sabía para qué servían la mayoría.

—¿Cómo manejas el juicio constante? —preguntó Daphne en voz baja, su sonrisa nunca vacilando aunque sus ojos estaban serios.

—Vino —dije, tomando otro sorbo para demostrarlo—. E imaginándolos a todos en ropa interior ridícula.

Se atragantó con su vino. —¿Qué?

—Los hace menos intimidantes. Silvermane definitivamente usa calzoncillos ajustados. De esos pasados de moda con el elástico amarillento.

—Dios mío —resolló, presionando su servilleta contra su boca—. Ahora no puedo dejar de ver eso.

—De nada.

Tomó un respiro para componerse. —Todavía siento que estoy fingiendo. Como si en cualquier segundo alguien fuera a señalar y gritar «¡fraude!».

—Igual yo. Todos estamos improvisando y esperando que nadie lo note.

—Eso es realmente reconfortante.

—¿Verdad? Todos somos fraudes juntos. La hermandad secreta de reinas que no tienen idea de lo que están haciendo.

El propósito del banquete era fortalecer la alianza entre los siete reinos y discutir cualquier problema que hubiera surgido, desde disputas fronterizas hasta acuerdos comerciales y enemigos

comunes. Cosas políticas que me daban dolor de cabeza pero que aparentemente eran muy importantes.

Pero principalmente estaba observando a Killian.

Mi hijo estaba respondiendo preguntas de lo que parecía ser cada persona en la mesa, algunos incluso pasaban solo para hablar con él. Era jodidamente extraño. Seguían dirigiéndose a él directamente, inclinándose hacia él con expresiones que iban desde curiosas hasta calculadoras hasta juicios apenas disimulados.

Al principio, le encantó. Mi extrovertido estaba prosperando con la atención, respondiendo preguntas con ese tipo de honestidad entusiasta que solo poseen los niños de cuatro años.

—Dime, joven príncipe —dijo Valerius Crescentborn, su voz tan imponente como su ridículo sombrero—. ¿Qué puedes hacer? ¿Puedes transformarte ya?

El rostro de Killian se iluminó. —¡Puedo hacer que me salgan las orejas!

—Muéstranos.

—Mmm... —Killian parecía inseguro—. Mamá dice que no durante la cena.

—Seguramente para nosotros puedes hacer una excepción.

Killian se volvió hacia mí, sus ojos grandes y esperanzados. —¿Mamá?

—Quizás más tarde, cuando haya menos gente —dije suavemente. Y cuando no estés rodeado de personas que usarían cualquier signo de debilidad contra nosotros, no añadí.

Su cara decayó. —Vale.

—¿Qué más puedes hacer? —insistió Valerius.

—¡Puedo contar hasta diez! Bueno, casi diez. Me atasco en el nueve.

—Me refería a habilidades de lobo.

—Oh. —Killian pensó mucho, su frente arrugándose adorablemente —. ¡Puedo aullar!

—No es exactamente lo que...

—¿Quieres oír?

—No durante la cena, cariño —dije rápidamente, imaginando a setenta miembros de la realeza lobuna sometidos al aullido entusiasta pero no exactamente melódico de mi hijo de cuatro años.

Mortimer Goldridge se inclinó hacia adelante, su expresión amable pero su pregunta directa. —¿Cuáles son sus expectativas para el heredero, Su Majestad?

—Las mismas que cualquier padre —dije con cuidado—. Que sea feliz y saludable.

—¿Pero seguramente tiene esperanzas para sus habilidades?

—Espero que se convierta en quien está destinado a ser.

—Una respuesta diplomática.

Sonreí. —Estoy aprendiendo a hablar como la realeza. Es como el español pero con más subtexto y agresión pasiva.

Realmente se rio. —Lo estás haciendo bien.

—Estoy fingiendo hasta lograrlo. Hasta ahora nadie ha descubierto mi farsa.

En una mesa cerca de nosotros, los nobles hablaban lo suficientemente alto como para ser escuchados. Ni siquiera estaban tratando de ser sutiles, lo que era increíblemente grosero y estúpido.

—Me pregunto si será lo suficientemente fuerte para gobernar.

—Los mestizos suelen ser más débiles que los de sangre pura.

La cabeza de Killian se volvió hacia ellos, su rostro confundido. —¿Qué es mestizo?

Mi mano se tensó sobre mi tenedor. Respira. No apuñales a nadie. Ese no es un comportamiento digno de una reina. —Nada importante. Solo palabras de adultos. Come tu cena.

—Pero ellos dijeron...

—Solo están hablando. Ignóralos.

—Vale, mamá. —Su voz se había vuelto pequeña, y algo en mi pecho se retorció.

Kane Aurelius de Ebonvale se dirigió a Killian directamente, su tono clínico. Como si estuviera examinando un espécimen en lugar de hablar con un niño. —¿Cuántos años tienes, muchacho?

Killian levantó cuatro dedos. —¡Estos!

—Fascinante.

—¡Puedo correr muy rápido! —ofreció Killian, claramente tratando de impresionarlo—. ¡Y puedo saltar desde las escaleras grandes!

—Eso es genial. ¿Cómo te va en tus clases?

Killian se animó. —¡Puedo eructar todo el alfabeto! A papá no le gusta pero mamá piensa que es divertido.

Tuve que apretar los labios con fuerza. *No te rías. No te rías. Esta es una cena formal con aliados políticos importantes. No. Te. Rías.*

—Killian...

—¿Quieres ver? —ofreció amablemente.

—No, gracias —dijo Kane sin emoción.

Killian se desinfló. —Oh. Vale.

Las preguntas seguían llegando. Más representantes se acercaban a él, preguntándole cosas que no entendía, esperando respuestas que no tenía.

—¿Entiendes lo que significa ser heredero?

Killian parecía confundido. —Um... ¿Soy especial?

—Sí, pero ¿cuáles son tus responsabilidades?

—Tengo que comer mis verduras.

Vi cómo se crispaba el rostro del noble. Killian no estaba siendo difícil. Tenía cuatro años. No entendía la sucesión política porque estaba más preocupado por si le dejaríamos tener un cachorro y por qué el cielo era azul. Me mordí la lengua ante algunas preguntas. Entendía que tenía que dejarles conocer al heredero, pero realmente no apreciaba que tantas personas vinieran a hablar con él.

—Me refería a como futuro rey.

—¿Qué hace un rey?

—Gobernar. Tomar decisiones. Liderar ejércitos.

Los ojos de Killian se agrandaron. —Eso suena difícil.

—Lo es.

—¿No puedo simplemente... entrenar a un cachorro?

El noble no tenía idea de cómo responder a eso. Honestamente, yo tampoco.

El tiempo pasó, y vi a mi hijo normalmente animado, que no puede quedarse quieto ni cinco segundos, quedarse callado. Sus gestos entusiastas con las manos desaparecieron. Su emocionado movimiento se detuvo. Respondía a las preguntas con frases cada vez más cortas, su voz haciéndose más pequeña cada vez.

Por encima de la cabeza de Killian, la mirada de Mal encontró la mía, preocupada. Él también lo había notado.

La voz de Xander Silvermane cortó el murmullo de la conversación. —La sangre humana diluye la pureza de los linajes reales.

Todos los ojos se volvieron hacia mí. La mesa quedó en silencio.

Dejé mi copa de vino con mucho cuidado, conté hasta tres y me recordé que asesinar a un representante causaría un incidente diplomático.

—Curioso —dije, sin que mi sonrisa vacilara—. Estaba pensando que mi sangre añade adaptabilidad e inteligencia. En realidad, parece una mejora.

Alguien jadeó. La mano de Daphne encontró la mía bajo la mesa, apretando.

—Después de todo —continué dulcemente—, estoy logrando ser educada en este momento. Eso requiere considerable adaptabilidad dada la compañía.

La expresión de Silvermane se volvió fría. —Ya veremos.

Daphne me pasó otra nota. *VAYA. No hacía falta que lo asesinaras.*

Le respondí: *Él empezó.*

Pero ya no me centraba en Silvermane. Estaba observando a Killian, y mi estómago se hundía.

Estaba simplemente sentado allí, mirando su plato. Sin moverse, sin hablar, sin hacer ninguna de las cosas que hacían que fuera Killian. Sus hombros se habían curvado hacia dentro, haciéndose lo más pequeño posible en su silla.

Y su postre permanecía intacto frente a él.

Killian nunca ignoraba el postre. Nunca. El niño comería tarta de chocolate aunque el castillo estuviera en llamas. Algo iba muy, muy mal.

—Killian, ¿estás bien?

No me miró. —Sí, mamá.

Esa voz. Esa no era la voz habitual de mi hijo.

—Cariño, mírame.

Levantó la cabeza y mi sangre se heló. Estaba pálido. Demasiado pálido. Sus ojos estaban vidriosos y desenfocados, y todo su cuerpo temblaba.

—Mamá... —Su voz era apenas un susurro—. Mi barriguita se siente mal.

Me levanté de mi asiento inmediatamente, todos mis instintos maternales activándose a la vez. —¿Qué pasa?

—Duele. —Presionó una mano contra su pecho—. Todo se siente... ruidoso.

—¿Ruidoso? ¿Qué quieres decir con ruidoso?

—Aquí dentro. —Volvió a tocar su pecho—. Todas las personas se sienten ruidosas aquí dentro.

—No entiendo...

—Todos están interesados y enfadados y DUELE, mamá. —Las lágrimas empezaron a correr por su cara.

Mal estaba ahora junto a nosotros. —Killian, tus ojos...

—¿Qué pasa con sus...? —Miré, y las palabras murieron en mi garganta.

Los ojos de Killian estaban brillando. Dorados brillantes, como metal fundido, sin nada humano o de lobo en ellos.

Antes de que pudiera reaccionar, Valerius Crescentborn se inclinó sobre la mesa hacia Killian. —¿Qué pasa? Déjame ver la cara del niño.

En el momento en que su mano se acercó, todo explotó.

Un portal se abrió detrás de Killian, el aire literalmente rasgándose con un sonido como de tela desgarrándose. Toda la sala jadeó. Otro portal se abrió a su izquierda. Luego a su derecha. Luego sobre la mesa.

Killian gritó, mirando sus manos con horror. Sus dedos estaban cambiando, no solo las puntas como habíamos visto antes, sino garras completas. Y sus orejas no eran solo difusas. Eran completamente orejas de lobo, erguidas desde su cabeza. Una cola había brotado, derribando su vaso de agua.

—¡MAMÁ, ¿QUÉ ESTÁ PASANDO?!

Las copas comenzaron a flotar. Los cubiertos se elevaron de las mesas, suspendidos en el aire. Los centros de mesa se levantaron de sus bases, flores y velas suspendidas por una fuerza invisible.

—¡NO PUEDO HACER QUE PARE! —Ahora temblaba violentamente, con la cara mojada por las lágrimas.

—¿Qué en nombre de los dioses...?

—¡Portales! ¡Múltiples portales!

—¡Imposible! ¡Los lobos no tienen magia!

Kane Aurelius se puso de pie, su voz retumbando. —¡Tiene poderes! ¡Poderes mágicos completos!

Estos portales no eran como el que se abría entre la Tierra y Lytopia, que eran solo un haz de luz brillante a través del cual había que pasar para ver lo que había al otro lado. En los portales de Killian, se podía *ver* lo que había al otro lado. Uno de los portales mostraba un bosque, denso y oscuro. Otro se abría a la completa oscuridad. Un tercero revelaba la cocina de alguien, una sirviente confundida mirándonos a través de él con un sándwich a medio comer en la mano.

En cualquier otro momento, eso habría sido hilarante. Ahora, no podía procesar nada excepto la cara de mi hijo.

—A menos que no sea puro lobo —dijo Mortimer Goldridge en voz baja.

La implicación golpeó como un golpe físico.

—¿Es siquiera tuyo el niño, Rey Malachar? —exigió un representante de Ebonvale. Luego vinieron los susurros de la nobleza, de todos los dignatarios.

—La reina debe haber...

—¡Una aventura! ¡Debe ser una aventura!

—¿La humana tuvo una aventura?

—¡Ha embrujado al rey! ¡Ha hecho pasar a su bastardo como su heredero!

Las palabras seguían llegando de todas direcciones, cada una más fea que la anterior. Aventura. Bastardo. Bruja. Cada acusación diseñada para herir. No podía concentrarme en ellas, sin embargo. Porque Killian estaba estirando hacia mí esas manos con garras, el terror escrito en cada una de sus facciones, y nada más en esta sala importaba.

—¡BASTA! —No reconocí mi propia voz.

Mal también estaba de pie, irradiando su orden alfa. —¡Todos en *silencio*!

Pero el daño estaba hecho. Killian estaba jadeando en busca de aire, sus poderes completamente fuera de control. Más portales se abrieron. Una silla se elevó del suelo. El plato de alguien voló por la habitación y se hizo añicos contra la pared.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡No quería! ¡Mamá, no quería ser malo!

Me arrodillé a su lado, ignorando los cubiertos voladores, las acusaciones y los setenta pares de ojos que nos observaban. Mis manos encontraron su cara. Con garras y transformada, pero seguía siendo mi hijo.

—No hiciste nada malo. Mírame. Solo mira a mamá.

—¡Pero todos tienen miedo! —Su voz se quebró—. ¡LO SIENTO! ¡Los siento a todos!

Oh, Dios. ¿Tenía algún tipo de habilidad empática? *¿Cómo...?* Aunque eso era solo una más en la lista de sorpresas de esta noche. Mi hijo estaba sintiendo las emociones de todos, las setenta personas en esta sala con su miedo e ira y sospecha estrellándose contra su mente de cuatro años a la vez.

No era de extrañar que se hubiera quedado callado durante la cena. Había estado absorbiendo todo. Cada insulto susurrado, cada mirada sospechosa, cada fría evaluación de su valor. Lo había sentido todo.

Iba a matar a cada persona en esta sala. Más tarde. Después de salvar a mi hijo.

—Nadie más importa ahora. Solo tú y yo.

—¡Haz que dejen de sentir miedo! ¡Duele!

La gente se estaba alejando ahora, algunos alcanzando sus armas. Los guardias estaban tratando de contener la situación pero no tenían idea de cómo luchar contra la magia.

Buena suerte con eso, pensé sombríamente. Yo tampoco sé cómo contenerla y está saliendo de mi hijo.

Los nobles seguían gritando detrás de mí. Podía oír las acusaciones, pero ahora eran solo ruido. Estática de fondo. Irrelevante.

—Mírame. —Sostuve su cara con firmeza, obligándolo a encontrar mis ojos—. Solo a mí. Respira conmigo. Dentro...

Lo intentó, su pecho agitándose. —Dentro...

—Y fuera.

—Fuera... Mamá, tengo mucho miedo.

—Lo sé. Pero te tengo. Estoy aquí mismo.

—Todos me odian ahora. —Su voz se quebró—. Creen que soy malo.

Se me cerró la garganta. «No te odio. Papá no te odia. Y tú *no* eres malo».

«Pero rompí cosas».

«No rompiste nada importante. Yo también rompí cosas. Vajilla fea y la dignidad de Xander Silvermane, y honestamente, eso último necesitaba ser roto».

Una risa húmeda, entrecortada por hipos, se le escapó. Bien. Eso era bueno.

«Eso es. Respiraciones profundas. Lo estás haciendo muy bien».

Mal estaba ahora junto a nosotros, formando un círculo protector. Su mano se posó en la espalda de Killian, firme. Podía ver su rostro, el mismo shock que yo sentía y la misma confusión, pero debajo de todo estaba la misma necesidad desesperada de proteger a nuestro hijo.

—No... no quería... —Killian apenas podía pronunciar las palabras.

—Oye. —Sostuve su rostro con más firmeza, asegurándome de que no pudiera ver nada más que a mí—. No eres malo. ¿Me oyes? Eres perfecto. Eres mi niño perfecto y nada de lo que ha pasado esta noche cambia eso.

—Pero asusté a todos.

—Cariño, yo asusto a la gente todo el tiempo. Es prácticamente un pasatiempo.

Un pequeño sonido quebrado que podría haber sido una risa se le escapó. Los portales comenzaban a cerrarse, uno por uno. Los objetos flotaban suavemente hacia abajo en lugar de volar. Su

transformación estaba retrocediendo, mientras las orejas, la cola y las garras desaparecían lentamente.

—¿Ves? Lo estás logrando. Te estás calmando.

—Estoy muy cansado, Mamá.

—Lo sé. Ahora nos vamos a la cama.

Killian se desplomó contra mí, agotado por todo lo que había sucedido. Estaba temblando y haciendo esos terribles sonidos entrecortados, pero sus poderes se habían detenido. Volvía a ser solo un niño de cuatro años.

La mano de Mal encontró la mía sobre la espalda de Killian. Cuando levanté la mirada, vi mi propio shock reflejado en su rostro.

—No lo sabía —dijo en voz baja—. ¿Tú sí?

Negué con la cabeza. «No tenía idea de que pudiera hacer nada de esto».

—Los portales... las cosas flotando... ¿cómo?

—No lo sé. —Ajusté el peso de Killian en mis brazos—. Pero ahora mismo no me importa. Necesitamos sacarlo de aquí.

—¿Mamá? —Su voz era apenas audible.

—¿Sí, cariño?

—¿Podemos irnos ya? No me gusta estar aquí.

Algo se rompió en mi pecho. «Sí. Nos vamos ahora mismo».

Miré a Mal y articulé en silencio: «Sácalos de aquí. Ahora».

Él asintió inmediatamente, levantándose y ayudándonos a ambos a ponernos de pie. Su orden alfa se extendió sobre la multitud, imponiendo silencio a través de pura dominancia.

—Esta reunión ha terminado —anunció—. Todos regresarán a sus aposentos. Ahora.

—Pero, Su Majestad...

—AHORA.

La fuerza detrás de esa palabra hizo que incluso los reyes más poderosos dieran un paso atrás. Pero no se iban... Y no cerraban la puta boca.

Mierda.

4

—•—

Malachar

Mi lobo estaba gritando.

Me interpuse entre la multitud y mi familia, cada músculo tenso, cada instinto aullándome que me transformara, destrozara y protegiera. Detrás de mí, Wen murmuraba a Killian, su voz suave y tranquilizadora. Sus poderes todavía parpadeaban débilmente alrededor de ellos, pequeñas chispas de magia que no podía controlar, portales abriéndose y cerrándose del tamaño de monedas.

Mis manos no dejaban de temblar. No por miedo. Por el puro esfuerzo de mantenerme contenido cuando cada instinto exigía sangre.

Era un rey. Tenía responsabilidades. Alianzas que mantener, reinos que proteger, siglos de diplomacia dependiendo de mi capacidad para mantenerme calmado y racional.

Pero también era un padre. Y ahora mismo, el padre estaba ganando.

—SILENCIO —ordené, dejando que mi poder alfa inundara la sala aún más que antes.

El efecto esta vez fue inmediato. Los lobos bajaron la mirada, sus cuerpos inclinándose instintivamente bajo el peso de la dominancia que irradiaba de mí. Incluso los más fuertes entre ellos lo sintieron, ese impulso primario de someterse a un depredador más poderoso. Algunos incluso gimotearon.

Bien. Deberían gimotear.

Aurion estuvo a mi lado al instante, su propia orden alfa reforzando la mía. —Todos cálmense inmediatamente.

Mis ojos brillaban. Podía sentirlo, el calor detrás de ellos, el lobo tan cerca de la superficie que estaba requiriendo todo mi esfuerzo no transformarme completamente. Necesitaba sacar a mi familia de aquí, llevarlos a un lugar seguro, pero esta gente jodida simplemente no escuchaba.

Un dignatario con los colores de Valoryn dio un paso adelante, un ridículo sombrero de pájaro muerto aún posado en su cabeza. Incluso en crisis, el hombre se accesoría como un... ¿cuál era la palabra? La profesión que trabajaba con animales muertos, los preservaba, los hacía parecer vivos. Taxidermista. Wen lo había usado una vez, describiendo el desafortunado abrigo de piel de alguien. Se accesoría como la pesadilla de un taxidermista. Detrás de él, el propio Valerius Crescentborn observaba en silencio.

—Rey Malachar —dijo el representante de Crescentborn, su voz llevando el tipo de autoridad practicada que viene de hablar por la realeza—. Esos portales. ¿Adónde conducían?

—No lo sé. —Mi voz salió como un gruñido—. Mi hijo tiene cuatro años y está aterrorizado. Esa es mi prioridad ahora mismo.

—¡Tu prioridad debería ser nuestra seguridad! —Un dignatario del Reino Wynter dio un paso adelante. Su cara estaba roja de ira y miedo genuino—. ¡¿NO SABES adónde fueron esos portales?!

—No —respondí con dureza—. Porque estaba más preocupado por mi hijo aterrorizado que por catalogar puertas dimensionales.

Un representante de la delegación de Duskmere habló cuidadosamente, su tono medido. —Rey Malachar, con respeto, podrían conducir a cualquier parte. A cualquier reino.

Mortimer Goldridge permanecía en silencio, su expresión indescifrable. Los reyes dejaban que su gente hablara, probablemente para mantener la posibilidad de negarlo todo más tarde. Inteligente. Irritante, pero inteligente.

—A otros reinos de dragones —añadió un noble de Ebonvale, avanzando agresivamente—. Más hadas. A reinos con criaturas de las que no tenemos conocimiento, ni tratados, ni defensas.

—Los portales desconocidos son puertas para la invasión —agregó alguien de la delegación de Moonhaven.

—Esto no tiene precedentes —gritó otra voz—. Los lobos no tienen magia. Somos cambiaformas, no brujas. Esto no debería ser posible.

—Los mestizos con sangre de bruja han mostrado habilidades —contradijo alguien—. Pero ¿un híbrido humano-lobo? No hay precedentes para esto.

—Lo que lo hace aún más peligroso. No tenemos idea de lo que es capaz.

Wen dio un paso adelante, feroz y furiosa. —¡Tiene cuatro años! ¡Ni siquiera sabe lo que hizo!

—Lo que lo hace más peligroso —replicó el representante de Wynter. Eran tan molestos como su rey Silvermane—. El poder incontrolado es el peor tipo de amenaza.

Mi gruñido era inhumano, resonando a través del salón de piedra. —Mi hijo no es una amenaza. Es un niño.

—Un niño que abrió portales a reinos desconocidos sin siquiera intentarlo —dijo en voz baja el representante de Duskmere—. ¿Qué sucede cuando se enoja? ¿O tiene una rabieta?

Aurion intentó ayudar. La fe de mi hermano en la diplomacia nunca vacilaba, incluso cuando la diplomacia estaba claramente fallando. —Pero se cerraron inmediatamente. Nadie resultó herido. Nada fue dañado.

—Esta vez —dijo bruscamente una mujer del grupo de Silvermane—. ¿Qué pasa con la próxima vez? ¿Qué pasa si la próxima vez uno permanece abierto? ¿Qué pasa si algo lo atraviesa?

—¿Y si los enemigos descubren estos portales y los usan para atacarnos? —exigió un noble de Ebonvale.

El representante de Duskmere presionó más. —¿Y si abre uno durante una batalla? ¿O en una ciudad poblada? La destrucción podría ser catastrófica. Cientos podrían morir.

El noble de Moonhaven que había hablado antes se acercó aún más, su expresión fría. —El niño necesita ser estudiado. Contenido. Controlado. Por la seguridad de todos, no se le puede permitir vagar libremente.

Mi visión se volvió roja.

—Nadie va a tocar a mi hijo —gruñí.

—Entonces, ¿cómo sabemos que estamos a salvo? —exigió el representante de Valoryn.

—Porque yo los mantendré a salvo.

El dignatario de Wynter se rio. —Eso no es suficiente. No puedes vigilarlo cada momento. No puedes prevenir accidentes. Un error y todos podríamos estar muertos.

Ya no pude contener mi gruñido, que vibró a través de mis huesos. La mano de Aurion encontró mi hombro. —Hermano, necesitas calmarte...

—No me digas que me calme cuando están amenazando a mi familia.

Podía sentir los restos de mi control deslizándose. El lobo estaba justo ahí, justo debajo de mi piel, listo para desgarrar carne y hueso para proteger lo que era mío. Años de disciplina, de aprender a dominar a la bestia dentro de mí, y todo se estaba desmoronando porque estos tontos estaban hablando de mi hijo como si fuera un arma para contener en lugar de un niño para proteger.

La sala estalló en discusiones nuevamente, con representantes gritando unos sobre otros. Algunos parecían genuinamente aterrorizados, con los ojos abiertos y pánico. Otros ya estaban calculando, viendo oportunidades políticas en la crisis de mi hijo. He vivido lo suficiente para reconocer esa mirada. Usarían esto contra nosotros si pudieran.

Me interpuse entre ellos y mi familia, con los puños apretados tan fuerte que mis uñas estaban sacando sangre de mis palmas. El olor de mi propia sangre solo hacía que el lobo estuviera más agitado, más desesperado por ser liberado.

Detrás de mí, Killian gimió, y algo en mi pecho se rompió. Mi hijo. Mi cachorro. Llorando porque esta gente lo estaba tratando como un

monstruo en lugar de un niño que solo quería contar personas y comer miel.

—No se le puede permitir al niño acercarse a áreas pobladas hasta que esto se resuelva —dijo alguien.

Me quedé muy quieto. —¿Estás sugiriendo que exile a mi hijo de cuatro años?

Un representante diferente de Wynter dio un paso adelante, vistiendo la banda formal que lo marcaba como portavoz con la plena autoridad de Silvermane. O muy valiente o profundamente estúpido. Sospechaba lo último. —Estoy sugiriendo que contengas la amenaza antes de que nos destruya a todos.

—¡No es una amenaza! —La voz de Wen era furiosa—. ¡Es un bebé! ¡No entiende lo que está pasando!

—Lo cual es exactamente el problema —dijo alguien del grupo de Crescentborn—. Un bebé con el poder de acabar con reinos. Ese es un escenario de pesadilla.

Aurion lo intentó de nuevo. —Nadie resultó herido. Nada fue dañado. Los portales se cerraron inmediatamente. No hay evidencia de peligro duradero.

—Todavía —dijo rotundamente el representante de Wynter—. Todavía es la palabra importante aquí.

Entonces el noble de Ebonvale, el de ojos fríos que había estado presionando más fuerte toda la noche, dijo las palabras que destrozaron mi control.

—Algunos de nosotros estamos cuestionando si el niño debería vivir en absoluto.

Toda la sala quedó en silencio. Incluso las personas que habían estado discutiendo se detuvieron a mitad de frase.

Me quedé muy, muy quieto. Mi respiración se detuvo. Las cejas de Kane Aurelius se dispararon hasta la línea del cabello, volviéndose para ver a su propio representante con sorpresa. Pero se mantuvo en silencio, sin interrumpir a su gente. Maldito cobarde.

—¿Qué acabas de decir? —Mi voz era mortalmente tranquila.

El noble de Ebonvale tuvo la audacia de continuar. —Por el bien de los reinos, quizás deberíamos considerar...

No le dejé terminar. Si su Rey no le enseñaría modales, yo jodidamente lo haría.

Todo sucedió a la vez. Me estaba moviendo antes de que el pensamiento consciente se activara, transformándome parcialmente mientras avanzaba. Garras extendidas, ojos ardiendo. Mi puño conectó con su cara con un satisfactorio crujido de hueso rompiéndose. Cayó con fuerza y yo estaba sobre él en un instante.

Había sugerido matar a mi hijo. Mi Killian. Este hombre lo quería muerto. Así que lo golpeé de nuevo, y otra vez, y otra vez.

—¡HERMANO! ¡Detente! —La voz de Aurion interrumpió.

Manos me agarraron, tratando de apartarme. Luché contra ellas, gruñendo, todavía tratando de llegar al hombre que sangraba en el suelo. Cuatro guardias, tal vez cinco, todos esforzándose por retenerme.

—¡Su Majestad, por favor!

—¡Rey Malachar!

Seis personas me estaban reteniendo ahora, incluido Aurion. El noble de Ebonvale estaba retrocediendo, dejando un rastro de sangre de su nariz destrozada. Bien. Que lleve esa cicatriz como un recordatorio de lo que sucede cuando sugieres asesinar a un niño.

—¡Amenazó a mi HIJO! —rugí.

Alguien de la delegación de Crescentborn dio un paso adelante con cuidado. —Rey Malachar, por favor, sea razonable...

—¿Razonable? —Todavía me esforzaba contra las manos que me sujetaban—. ¿Quieres que sea razonable mientras amenazas la vida de mi hijo? Ven aquí y te enseñaré lo *razonable* que puedo ser ahora mismo.

—Queremos la seguridad de que esto no volverá a suceder —dijo el representante de Wynter, cuidadosamente neutral ahora.

Dejé de luchar, me puse completamente rígido. Los guardias no me soltaron, lo suficientemente inteligentes para saber que podría ser una trampa.

—Entonces te aseguro —dije, con voz fría y segura—. Cualquiera que dañe a mi familia responderá ante mí. Personalmente. Y haré que duela y dure décadas. Si la vida de mi hijo es lo que derriba esta alianza de paz, que así sea. No toleraré que ninguno de vosotros, malditos capullos, amenace a mi familia.

El representante de Goldridge habló con mucho cuidado. —Rey Malachar, ¿verdaderamente romperías la alianza por esto?

Miré sus ojos directamente. —Sin dudarlo. Sin arrepentimiento. Reduciría cada reino a cenizas. Masacraría a cada uno de vosotros. Y dormiría tranquilamente después sabiendo que protegí a mi familia.

Jadeos resonaron por la sala.

—Creo que definitivamente es hora de irse —dijo una voz desde algún lugar. Apenas la reconocí como Elspeth Goldridge, la Reina de Duskmere.

Eso casi me hizo reír. Casi. —Creo que sí. Estoy siendo un padre, y todos estáis siendo ridículos si pensáis que elegiría reinos por encima de mi hijo.

Aurion permaneció a mi lado, manteniéndome sujeto. Su mano era firme sobre mi hombro. —Y yo estaré al lado de mi hermano. —Gruñó, mirando a todos con furia. Quería sentirme agradecido por el apoyo de mi hermano, pero no podía sentir nada más allá de mi maldita rabia.

—Salid —dije, mi voz llegando a cada rincón de la sala—. Todos vosotros. AHORA.

—Rey Malachar...

—*MARCHAD.* Todos vosotros. Antes de que olvide que soy rey y recuerde que soy solo un lobo que os despedazará por amenazar a su manada. —Gruñí. La orden alfa en esas palabras era absoluta. Cada lobo en la sala lo sintió en sus huesos, ese impulso primario de obedecer sin cuestionar.

Los guardias me soltaron lentamente. Me quedé allí, observando cómo los representantes comenzaban a dirigirse hacia las puertas. Los reyes no estaban obligados por mis palabras, pero aun así siguieron a sus delegaciones, manteniendo su digno silencio incluso ahora. Habían dejado que su gente hablara, dejado que su gente amenazara y acusara, mientras mantenían sus propias manos limpias. Cobardes. Todos y cada uno de ellos.

El representante de Wynter permaneció más tiempo, haciendo contacto visual directo conmigo. Un desafío tácito. Una promesa de que esto no había terminado.

Le mostré los dientes, dejándole ver al depredador apenas contenido bajo mi piel. Si llegara el momento, lo despedazaría sin pensarlo dos veces. Su fuerza no era nada comparada con la mía.

Sostuvo mi mirada por un largo momento. Luego se volvió y se fue, sus pasos resonando en la sala que se vaciaba.

Nos encontraríamos de nuevo. Y la próxima vez, podría no haber suficientes guardias para detenerme.

Las pesadas puertas de madera finalmente se cerraron con un estruendo. La sala del trono estaba vacía excepto por mi familia, Aurion y algunos guardias apostados en las paredes.

El silencio era ensordecedor después de todo ese caos. Podía oír mi propio latido del corazón, todavía acelerado y listo para una pelea que ya no llegaba. Me desplomé ligeramente, el agotamiento cayendo sobre mí, temblando. La adrenalina y la rabia hacían que mi cuerpo se sintiera como si perteneciera a otra persona.

—Casi lo maté —dije, mirando a Wen. Mi voz era inestable—. Ese hombre de Ebonvale. Casi le desgarro la garganta. Delante de todos. Delante de nuestro hijo. Casi...

—Yo te habría ayudado —dijo ella simplemente, acunando a Killian contra su pecho.

—Perdí el control.

—Amenazó a nuestro hijo. Tienes derecho a perder el control.

—Soy el rey. No puedo permitirme...

—También eres padre. —Se acercó rápidamente a mí, su mano libre encontrando mi brazo. El contacto me anclaba, me alejaba del abismo—. Padre es lo primero. Siempre.

La atraje hacia mí, respirando su aroma, con Killian entre nosotros. Parecía más calmado, con una de sus orejas presionada contra el corazón de Wen. Wen olía a seguridad, a todo lo que yo luchaba por proteger.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuré contra su pelo.

—No lo sé. Pero lo resolveremos juntos.

Mi cachorro se veía tan pequeño y frágil en sus brazos. Tan completamente abrumado por un mundo que acababa de volverse aterrador de formas que no podía comprender.

—No lo sabía —la voz de Killian era apenas audible—. No sabía que podía hacer esas cosas. No quería hacerlo.

—Lo sabemos, cariño —dijo Wen suavemente—. Nosotros tampoco lo sabíamos.

—No has hecho nada malo, cachorro —le dije, acariciando su pelo—. Nada.

—Pero todos están enfadados conmigo.

—No contigo —insistió Wen—. Nunca contigo.

Las puertas se abrieron de nuevo y todos nos tensamos. Pero solo era Sorcha, que parecía preocupada y sin aliento.

—¿Qué demonios ha pasado ahí fuera? —exigió, y entonces vio la cara de Killian manchada de lágrimas. Su expresión se suavizó al instante—. Oh, mi dulce niño.

—Tiene poderes que desconocíamos —dije, con la voz áspera de tanto gritar.

Sorcha nos miró confundida. —¿Poderes? Pero él es lobo, no brujo. Los lobos no tienen magia.

—Nosotros tampoco lo entendemos —dijo Wen—. Pensábamos que solo podía transformar parcialmente sus orejas y garras. Esto fue... no teníamos idea.

Me pasé la mano por el pelo. —Esto ha sido tanta sorpresa para nosotros como para todos los demás.

La expresión de Sorcha se volvió feroz. —Ese niño necesita descanso y seguridad. No interrogatorios de nobles aterrados.

Daphne, que había estado de pie en silencio en una esquina con aspecto de estar en shock, finalmente habló. —De acuerdo. Llevadlo a la cama. Lejos de todo esto.

—Prepararé su habitación —dijo Sorcha, ya dirigiéndose hacia la puerta.

Tomé a Killian suavemente de los brazos de Wen. Apenas tenía energía para aferrarse a mí, sus pequeños brazos rodeando débilmente mi cuello. No pesaba nada. ¿Cómo podía algo tan pequeño causar tal caos? ¿Cómo podía algo tan inocente ser visto como una amenaza?

Caminamos por los pasillos en silencio, con los guardias siguiéndonos el paso. El castillo se sentía diferente ahora. Más vacío, más frío. La noticia de lo sucedido esta noche se extendería rápidamente. Para la mañana, todos los reinos sabrían que el príncipe híbrido tenía poderes que ningún lobo debería poseer.

Killian estaba haciendo sonidos suaves y tristes contra mi hombro, agotado y con el corazón roto.

—Papá... —murmuró.

—Shh —dijo Wen, caminando junto a nosotros con su mano en la espalda del niño—. No más disculpas, bebé. No te disculpes por ser quien eres.

Llegamos a sus aposentos. Sorcha ya había preparado la cama, encendido las velas suaves que a él le gustaban, hecho que todo fuera cálido y seguro. Wen cerró la puerta tras nosotros mientras yo lo depositaba cuidadosamente en su cama. Wen se metió a su lado sin dudarlo, atrayéndolo hacia ella. Él se acurrucó contra ella instantáneamente, sus ojos ya cerrándose por el agotamiento.

Besé las frentes de ambos, demorándome más de lo necesario porque no quería separarme de ellos. Entonces hubo un golpe seco en la puerta, y la abrí ligeramente para ver a un guardia de pie afuera, inclinándose con disculpas.

—Majestad, vuestro consejo exige audiencia inmediata. Dicen que es urgente. Son bastante insistentes, señor.

Por supuesto que lo eran. Porque aparentemente la noche no era lo suficientemente terrible ya. Porque no podía tener ni un momento con mi familia después de la peor noche de nuestras vidas.

El deber. Siempre el jodido deber.

—Diles que me reuniré con ellos en breve —dije.

Wen me miró desde la cama. —Ve. Me quedaré con él.

—Debería estar con los dos.

—Tienes que ocuparte de esto. Estaremos bien.

—Preferiría quedarme. —Me tiré del pelo, suspirando.

—Lo sé. —Me dio una sonrisa triste—. Pero el deber llama. Siempre lo hace.

Odiaba esto. Odiaba estar dividido entre mis responsabilidades y mi desesperada necesidad de proteger a mi familia. Odiaba tener que elegir. Durante años, había puesto el reino primero. El deber antes

que el deseo. La responsabilidad antes que el descanso. Era lo que hacían los reyes. Era lo que yo siempre había hecho.

Pero esta noche, alejarme de mi esposa y mi hijo se sentía como una traición.

Me arrodillé junto a la cama una vez más, tocando suavemente el pelo de Killian. —Volveré pronto, cachorro. Te lo prometo.

Apenas abrió los ojos, ya medio dormido. —Vale, papá. Te quiero.

—Yo también te quiero. Mucho. Más que a cualquier reino. Más que a cualquier alianza. Más que a nada.

Sonrió débilmente ante eso, la primera sonrisa que había visto en él desde el banquete. Me rompió el corazón y lo curó al mismo tiempo.

Me obligué a ponerme de pie. A caminar hacia la puerta aunque todo en mí gritaba que me quedara.

En el umbral, miré hacia atrás una última vez. Wen estaba acurrucada protectoramente alrededor de Killian, ambos viéndose pequeños y vulnerables en la gran cama. Mi familia, mi mundo entero. Lo único que realmente importaba.

Cerré los ojos brevemente, reuniendo fuerzas que no sentía.

Luego me alejé hacia el deber, porque eso era lo que hacían los reyes. Incluso cuando se sentía como dejar pedazos de sí mismos atrás.

Iba a ser una noche muy larga. Y mañana probablemente sería peor.

5

—•—

Wen

Desperté con el cuerpo de Killian presionado contra el mío y el brazo de Mal protectoramente sobre ambos. Por un momento dichoso, olvidé lo de anoche. Olvidé las acusaciones y el terror y los poderes de mi hijo explotando frente a setenta miembros de la realeza lobuna.

Entonces Killian gimió en sueños y todo volvió de golpe.

Había tenido pesadillas toda la noche. Otra vez. Se despertaba llorando, diciendo que todos lo odiaban, que era malo, que había roto cosas. Cada vez yo lo calmaba hasta que se dormía de nuevo, acariciando su pelo y cantándole la nana que mi abuela solía cantarme. Cada vez él finalmente se relajaba, su respiración volviéndose regular.

Y cada vez, algo dentro de mí se rompía un poco más.

Mal se había unido a nosotros al amanecer después de tratar con el consejo, arrastrándose a la cama completamente vestido y abrazándonos a ambos. No pregunté cómo había ido. El agotamiento

en su rostro cuando entró en la habitación me dijo todo lo que necesitaba saber.

Ahora la luz de la mañana entraba por las ventanas y necesitaba moverme, pensar. Necesitaba hacer algo más que estar acostada reviviendo una y otra vez cómo llamaban bastardo a mi hijo.

Me aparté cuidadosamente del enredo de extremidades, moviéndome lentamente para no despertar a ninguno de los dos. Necesitaban descansar. Killian se agitó ligeramente pero no se despertó, su mano buscándome instintivamente en sueños. Le arrimé más su manta favorita, la suave de color azul con lobos bordados que Sorcha había hecho, y se calmó inmediatamente.

Mal no se movió en absoluto. Estaba profundamente dormido, con círculos oscuros sombreando sus ojos y la mandíbula aún tensa incluso en sueños. Probablemente reviviendo el momento en que atacó a ese noble de Ebonvale. Probablemente deseando haber terminado el trabajo.

Los miré a ambos durante un largo momento. Eran todo mi mundo. Si algo les sucediera...

No. No voy a entrar en eso. Suspiré y caminé hacia el baño. El espejo allí no fue amable. Parecía muerta revivida y luego dejada al sol demasiado tiempo. Ojos rojos e hinchados, pelo apuntando en direcciones que no sabía que el pelo podía tomar, piel pálida y demacrada.

Fantástico. Realmente dominando toda la estética de reina.

Me salpiqué agua fría en la cara, tratando de recuperarme. No ayudó. Seguía teniendo un aspecto horrible.

Bien. De todos modos me sentía horrible.

Miré fijamente mi reflejo, con agua goteando por mi cara, las manos agarrando el borde del lavabo con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos. Le había fallado a Killian. Primer trauma público importante para mi hijo, y me había quedado allí mientras extraños lo destrozaban con palabras.

Un suave golpe en la puerta me sobresaltó. Me sequé la cara rápidamente con una toalla y la abrí para encontrar a Sorcha de pie con una bandeja de desayuno, su expresión amable y comprensiva.

—Pensé que podrías necesitar esto —dijo en voz baja, señalando hacia la cámara de desayuno contigua—. Y tal vez alguien con quien hablar.

La seguí hasta la acogedora habitación, agradecida tanto por la distracción como por la distancia de la cama. No despertaríamos a Mal y Killian con nuestras voces aquí. La cámara de desayuno era íntima, paneles de madera cálida, suave luz matutina, una mesa justo lo suficientemente grande para los tres en días normales.

Hoy se sentía demasiado grande. Todo se sentía mal.

Nos sentamos juntas. Sorcha sirvió té con manos firmes mientras las mías temblaban ligeramente al alcanzar la taza. Envolví ambas manos alrededor, dejando que el calor me anclara.

—¿Cómo está Killian? —preguntó.

—Traumatizado. —La palabra salió plana y amarga—. Tuvo pesadillas toda la noche. No paraba de llorar diciendo que es malo, que rompió cosas.

La expresión de Sorcha se tensó con ira. —Ese niño nunca ha roto nada que importara.

—Intenta decírselo a setenta personas que acaban de verlo abrir portales a dimensiones desconocidas.

—¿Y cómo estás manejando las acusaciones?

Di un sorbo de té, dejando que la amargura coincidiera con mi humor. —¿Te refieres a las que me llaman puta y a mi hijo bastardo? ¿Esas acusaciones? Las estoy manejando genial. Diez de diez en actuación. Definitivamente recomendaría la experiencia a otras reinas que busquen animar sus noches de martes.

—*Wen.*

—Lo siento. Estoy furiosa —dije, lamentando el sarcasmo y dejando la taza antes de lanzarla contra la pared—. Quiero asesinarlos a todos con cuchillos sin filo y uso creativo de su propia cubertería. Pero Killian me necesita calmada, así que finjo calma. ¿Cómo es mi actuación? ¿Convincente? —Hice una mueca.

Sorcha alcanzó a través de la mesa y cubrió mis manos temblorosas con las suyas. —Tienes derecho a estar enfadada.

—Enfadada ni siquiera empieza a describirlo. —Liberé una mano para coger mi té de nuevo, necesitando algo que hacer—. Quiero quemar sus reinos hasta los cimientos. Quiero pararme en las cenizas y reírme mientras se dan cuenta de lo que han perdido. Quiero hacerles daño como se lo hicieron a mi hijo.

Vaya. Era una bestia despiadada. Tal vez *deberían* temerme. La taza de té repiqueteó contra el plato. Sorcha me la quitó suavemente antes de que pudiera derramarla por todas partes.

—Por lo que vale —dijo en voz baja—, sé que nunca traicionarías a mi hijo. Sé que Killian es suyo. Cualquiera con ojos puede verlo. Tiene la barbilla obstinada de Malachar.

Algo en mi pecho se aflojó ligeramente. —Gracias. Eso significa todo en este momento.

—No todo el mundo cree las mentiras.

—Suficientes personas lo hacen. Ese es el problema. —Tomé un respiro tembloroso—. Suficientes personas miraron a mi niño de cuatro años y lo llamaron bastardo en su cara. Suficientes personas sugirieron que debería morir por el bien de los reinos. Y no pude detenerlos.

Los ojos de Sorcha destellaron con furia. —Se arrepentirán de esas palabras. Mi hijo se asegurará de ello.

—Más les vale. —Me puse de pie, necesitando moverme—. Los nobles estarán vigilando hoy, ¿verdad? Escuchando cualquier señal de debilidad.

—Sí. Algunos buscarán pruebas de las mentiras que quieren creer.

—Bien. —Sentí que mi columna se enderezaba, mi barbilla se alzaba —. Que me vean ser madre y vean exactamente lo poco que me importan sus opiniones.

—Pueden decir cosas crueles. Susurrar donde puedas oír.

—Si dicen una palabra a mi hijo, haré que los saquen de este castillo. No me importa quiénes sean. No me importa qué reino representen. No me importa si causa un incidente político. —Miré sus ojos, dejando que viera la furia protectora que surgía en mí—. Ya lo hirieron una vez. No pueden hacerlo de nuevo.

Sorcha sonrió, orgullosa y feroz. —Esa es mi nuera.

—¿Quieren llamarme con nombres? Bien. Me han llamado peor personas mejores. Pero que toquen a mi hijo otra vez, aunque sea con palabras, y acabaré con ellos. Política, socialmente, lo que sea necesario.

Volví silenciosamente al dormitorio. Mal seguía profundamente dormido, su respiración profunda y regular. Necesitaba el descanso.

Killian estaba acurrucado de lado, su rostro en paz. Pero incluso en sueños, había rastros de lágrimas secas en sus mejillas.

Me senté en el borde de la cama y suavemente aparté el pelo de su frente. —Killian, cariño. Es hora de despertar.

Se agitó, sus ojos abriéndose lentamente. Por un momento, pareció confundido. Luego vi cómo el recuerdo se estrellaba contra él y su rostro comenzó a arrugarse.

—Está bien —dije rápidamente, atrayéndolo a mis brazos—. Mamá está aquí. Estás a salvo.

—Tuve malos sueños —susurró contra mi hombro.

—Lo sé, cariño. Pero solo eran sueños. Estás a salvo ahora.

—¿Nos quedamos en la cama todo el día? —Su voz sonaba tan esperanzada.

—No, cariño. Vamos a ir a los jardines, a tomar el sol, a recoger algunas flores. A hacer cosas normales. —Quería distraerlo, reemplazar todos los malos recuerdos con buenos.

—¿Y si la gente está enfadada conmigo?

—Entonces pueden estar enfadados en otro lugar. Esta es tu casa. No tienes que esconderte de nadie.

Se apartó para mirarme, sus ojos grandes e inciertos. —¿Promesa?

—Promesa. Ahora vamos a vestirte y a buscar algunas flores bonitas.

Prepararlo tomó más tiempo de lo habitual. Estaba pegajoso, sin querer que me alejara de su alcance ni siquiera mientras lo ayudaba a vestirse. Pero finalmente salimos.

Los jardines eran hermosos a esta hora de la mañana, la luz del sol atravesando los árboles y las flores floreciendo por todas partes. En circunstancias normales, Killian estaría corriendo delante de mí, señalando mariposas y haciendo un millón de preguntas sobre por qué la hierba era verde y si las flores podían hablar.

En cambio, estaba pegado a mi lado, su mano agarrando la mía con tanta fuerza que casi dolía.

—Mira las rosas, cariño —dije, apuntando a alegre y probablemente aterrizando en algún punto cercano a maníaca—. Tus favoritas. Las rojas. ¿Quieres recoger algunas?

—Vale, mamá.

Tranquilo. Apagado. No la charla entusiasta a la que estaba acostumbrada.

Me siguió hasta los rosales, pero su entusiasmo habitual había desaparecido por completo. Recogió algunas flores mecánicamente, sin mirarlas realmente, todavía sujetando mi mano con la suya libre como si pudiera desaparecer si me soltara.

Nos sentamos en un banco bajo el sol y lo senté en mi regazo, rodeándolo con mis brazos. Inmediatamente enterró su cara en mi cuello. Lo mecí suavemente, respirando el aroma a miel que de alguna manera aún se aferraba a su pelo.

—¿Quieres hacer una corona de flores? —sugerí—. Podemos hacerte parecer un príncipe. Bueno, más príncipe aún. Un príncipe florido.

Killian levantó ligeramente la cabeza. —¿Hará que los sentimientos malos desaparezcan?

—Podría ayudar un poco. Las cosas bonitas a veces lo hacen.

Trabajamos juntos en la corona, mis dedos guiando los suyos mientras entrelazábamos tallos y pétalos. Cuando estuvo terminada, la coloqué cuidadosamente sobre su cabeza.

—Ahí está. Ahora eres oficialmente el Príncipe de las Flores. Un título muy prestigioso. Viene con su propio sombrero y todo.

Tocó la corona suavemente, un fantasma de sonrisa cruzando su rostro.

—Mamá —dijo en voz baja—. ¿Soy malo?

Se me hizo un nudo en la garganta. —¿Qué? No. No lo eres. Anoche... La gente estaba sorprendida.

—¿Qué significa exactamente sorprendida?

—Significa que sucedió algo inesperado y no sabían qué pensar. ¿Sabes cómo te asustas cuando ves una araña porque no sabes si te hará daño?

Asintió.

—Es así. Simplemente no sabían qué pensar. Pero no eres malo. Eres maravilloso y perfecto, y te quiero más que a nada en el mundo entero.

—Me asusté mucho anoche —admitió—. Todo me miraba y hacía preguntas y me sentía raro por dentro.

—¿Raro cómo?

—Como si los sentimientos de todos estuvieran en mi barriga. Todos ruidosos y punzantes.

Cierto. Las habilidades de empático. Había estado sintiendo las emociones de todos además de todo lo demás. Porque aparentemente mi hijo necesitaba más complicaciones.

—Y luego todo se volvió muy aterrador y entonces... —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Entonces las cosas empezaron a volar. Y se abrieron los agujeros. Y no podía hacer que pararan.

—Los agujeros se llaman portales. Y está bien que no pudieras detenerlos. No sabías que podías hacer eso antes, ¿verdad?

Negó vigorosamente con la cabeza. —No. Solo puedo hacer mis orejas. ¿Ves?

Se concentró, su cara arrugándose con el esfuerzo, y sus orejas se transformaron en orejas peludas de lobo que se erguían desde su cabeza, moviéndose ligeramente. Luego levantó sus manos y garras se extendieron desde las puntas de sus dedos, solo las puntas, no patas completas como anoche.

—Se ponen peludas —explicó, tocando una oreja—. Y mis dedos puntiagudos. Pero eso es todo lo que sabía, Mamá.

—Tienes muy buen control. —Aplaudí, genuinamente impresionada —. Lo estás haciendo muy bien. Estoy tan orgullosa de ti.

Hizo desaparecer las orejas y las garras nuevamente, la transformación suave. Luego su cara decayó. —Pero las cosas aterradoras...

—Lo resolveremos juntos, ¿vale?

—¿Puedes hacer que desaparezca? ¿Para que no pueda hacerlo más?

La esperanza en su voz hizo que me escocieran los ojos. —No lo sé, cariño. Pero aprenderemos a controlarlo. Para que solo suceda cuando tú quieras.

—Todos piensan que doy miedo ahora. Esas personas... —Miró sus manos—. Dijeron que yo era cosas malas. Les oí.

—Estaban equivocados. Muy, muy equivocados. Y fueron crueles. No escuchamos a las personas crueles, ¿recuerdas? Las opiniones de las personas crueles van directamente a la basura, donde pertenecen.

Estuvo callado un momento, luego me miró. —¿Me quieres? ¿Después de que hice volar cosas y asusté a la gente?

Sostuve su cara entre mis manos, haciéndole mirarme directamente. —Siempre. Para siempre. Nada podría cambiar eso jamás. ¿Me oyes? Nada en ningún mundo podría hacer que dejara de quererte. Incluso si hicieras volar un millón de cosas. Incluso si abrieras mil portales. Incluso si accidentalmente pusieras todo el castillo boca abajo y todos tuviéramos que caminar por el techo. Seguiría queriéndote.

—Eso son MUCHAS cosas, Mamá.

—Seguiría queriéndote. Cada vez. Estás atrapado conmigo, pequeño.

—¿Para siempre?

—Por siempre jamás.

Me miró fijamente durante un largo momento, escrutando mi rostro. Lo que sea que vio allí debió haberle tranquilizado porque finalmente sonrió. Vacilante y un poco tembloroso, pero real.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena. Lo juro por mi corazón.

Su sonrisa se hizo más grande y lanzó sus brazos alrededor de mi cuello, abrazándome tan fuerte que apenas podía respirar. Lo abracé, sintiendo lágrimas en mis ojos.

—Te quiero, Mamá.

—Yo también te quiero, cariño. Muchísimo.

Por encima de su hombro, vi movimiento. Mal se acercaba a través del jardín, pareciendo como si apenas hubiera dormido a pesar de las pocas horas que había conseguido. Ropa arrugada, ojeras, toda la estética de rey exhausto. Pero nos sonreía suavemente.

—Mira quién está despierto —dije.

Killian se giró y su cara se iluminó. —¡Papá!

Mal llegó al banco y se sentó pesadamente a nuestro lado, como si sus piernas finalmente hubieran cedido. —Eso fue manejado hermosamente, pequeña compañera —me susurró.

—Necesitaba tranquilidad.

—Siempre sabes exactamente lo que necesita. Eres extraordinaria.

—Funciono a base de rencor, cafeína y pura terquedad maternal. Pero gracias.

Killian se bajó de mi regazo y subió al de Mal sin dudarlo. —¡Papá! ¡Mira! ¡Puedo hacer mis orejas! ¡Observa!

Se concentró y aparecieron sus orejas de lobo, peludas y adorables.

—Son preciosas, cachorro. —La voz de Mal estaba llena de auténtico orgullo—. Estoy muy orgulloso de ti. Esa es una transformación perfecta.

Killian sonrió, haciendo desaparecer y reaparecer sus orejas varias veces. Luego le mostró a Mal las garras, extendiéndolas cuidadosamente y retrayéndolas suavemente.

—¿Ves? Puedo hacerlo cuando quiera. Pero solo debo hacerlo cuando tú o Mamá digáis que está bien. ¿Verdad?

—Eso es correcto. Muy bien recordando las reglas.

Killian resplandeció bajo el elogio, sentándose más recto. Por un momento, parecía exactamente su yo normal.

Los observé juntos, calidez y preocupación enredadas en mi pecho. Por encima de la cabeza de Killian, crucé miradas con Mal.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué tiene poderes así? Los lobos no tienen magia. Esto no debería ser posible. A menos que... —Hice una pausa, ocurriéndoseme una idea—. ¿Quizás es por mí?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando abrí el primer portal. Ese hechizo de Halloween hace cinco años. —Mantuve mi voz baja para que Killian no oyera. Estaba concentrado en hacer aparecer y desaparecer sus orejas, entreteniéndose—. ¿Quizás pasó algo entonces? ¿Quizás viajar entre mundos afecta a la genética? ¿La magia? ¿Quizás de alguna manera alteré su ADN al atravesar portales estando embarazada?

—Es posible.

—Genial. Maravilloso. Potencialmente he m-a-l-d-i-t-o a mi propio hijo con magia interdimensional porque no pude resistirme a un hechizo espeluznante en Halloween. —Me froté las sienes—. Premio a la madre del año, justo aquí. ¿Debería añadir eso a las acusaciones de P-U-T-A o es una categoría separada?

—No lo has m-a-l-d-i-t-o. —Dijo. Killian seguía muy emocional, así que tener cuidado con lo que hablábamos delante de él era lo mínimo que podíamos hacer.

—Pero nacer de alguien que viaja a través de portales podría cambiar las cosas de maneras que no entendemos. Quizás soy básicamente una zona de contaminación mágica ambulante y todos los que amo obtienen poderes extraños como efecto secundario.

—Todas posibilidades que deberíamos explorar. Envié a alguien a la biblioteca antes del amanecer para investigar.

—¿Investigar qué exactamente?

—Híbridos. Poderes inusuales. Cualquier caso documentado de lobos con habilidades más allá de la transformación.

—¿Así que esperamos que algún erudito medieval escribiera un útil folleto llamado "Así que tu hijo abre portales: Guía para padres"?

—Algo así.

—Tengo miedo de lo que descubriremos —admití en un susurro—. ¿Y si es algo...? ¿Y si no hay manera de ayudarlo?

—Yo también —dijo Mal en voz baja—. Pero lo enfrentaremos juntos. Sea lo que sea.

Antes de que pudiéramos decir más, noté que un guardia se acercaba por el jardín. No era Torin. Torin era visible a lo lejos cerca de la puerta este, vigilándonos como siempre hacía. Este era un guardia diferente, caminando rápidamente.

—Vuestras Majestades —dijo, inclinándose—. El erudito solicita audiencia urgentemente. Dice que es importante. Sobre las habilidades del príncipe.

Mal y yo intercambiamos miradas. Eso fue rápido.

—Dile que iremos enseguida —dijo Mal.

El guardia se inclinó y se retiró. Mal se puso de pie, con movimientos cuidadosos, y me ofreció su mano. La tomé, sintiendo su preocupación pulsar a través de nuestro vínculo. Estaba tan confundido y asustado como yo.

Juntos, levantamos a Killian entre nosotros, cada uno tomando una de sus manos.

—¿Vamos a algún sitio? —preguntó.

—Solo a hablar con alguien que podría ayudarnos a entender lo que pasó anoche.

—Vale. —Aceptó esto fácilmente, confiando completamente en nosotros.

Empezamos a caminar hacia el castillo, con Killian entre nosotros, sujetando nuestras manos y balanceándolas ligeramente como siempre hacía.

—¿Estamos en problemas? —preguntó Killian de repente, su voz volviéndose insegura otra vez.

—No, cariño —dije inmediatamente, apretando su mano.

—Nunca —añadió Mal, apretando su otra mano.

Killian pareció aceptar esto, volviendo a balancear nuestras manos. Pero podía sentir la tensión en el agarre de Mal, podía percibir su aprensión.

Fuera lo que fuera que el erudito hubiera encontrado, iba a cambiarlo todo. Podía sentirlo. Solo esperaba que no empeorara las cosas. Aunque, dado cómo había ido la noche anterior, no estaba segura de cuánto peor podían ponerse las cosas.

Probablemente, famosas últimas palabras.

6

—•—

Wen

La biblioteca privada olía a polvo, cuero viejo y lo que sospechaba era auténtica descomposición medieval. Había libros apilados por todas partes, pergaminos cubrían cada superficie disponible, y en medio de todo estaba sentado el Erudito Umrik, inclinado sobre un enorme tomo como si intentara fusionarse con él por pura fuerza de voluntad.

Era anciano. Como, potencialmente más viejo que el propio concepto del tiempo.

—Erudito Umrik —dijo Mal, con su mano cálida en la parte baja de mi espalda mientras entrábamos—. Gracias por recibirnos tan rápido.

Umrik levantó la mirada, parpadeando lentamente como una tortuga despertando de la hibernación. —Ah. Sí. Los poderes del niño. Extraordinarios. Y bastante inexplicables. Verán, en mis tres siglos de estudio...

Oh dios. Íbamos a estar aquí para siempre.

—...he encontrado preciosos pocos casos de, cómo lo expresaré... Bueno, hubo este incidente hace trescientos años donde un lobo se apareó con una...

—¿Quizás podríamos centrarnos en la situación actual? —sugirió Mal, su voz tensa por el esfuerzo de mantenerse educado.

—Sí, sí, por supuesto. ¿Dónde estaba? —Umrik ajustó sus gafas—. Ah sí, híbridos de bruja con lobos. Extremadamente raros. De hecho, recuerdo un caso de mis primeros estudios, debió ser alrededor del año 867, ¿o fue el 678? No, definitivamente 867, porque ese fue el año de la gran...

Que alguien acabe conmigo, por favor.

Killian se retorció en mi regazo, ya aburrido hasta la médula. Comenzó a jugar con mi pelo, retorciendo mechones entre sus dedos mientras Umrik seguía hablando monótonamente sobre linajes y teoría mágica y diecisiete casos diferentes de hace dos siglos que no tenían absolutamente nada que ver con nuestra situación actual.

Mal y yo intercambiamos una mirada. Una mirada perfectamente sincronizada de "oh dios mío, que pare" que habría sido divertida si no estuviéramos desesperadamente tratando de averiguar por qué nuestro hijo podía abrir portales a otras dimensiones.

—El punto es —continuó Umrik, finalmente, misericordiosamente llegando a alguna parte—, los híbridos humano-lobo con habilidades mágicas son completamente sin precedentes. No hay registro de que tal cosa haya ocurrido. Nunca. Al menos no en los registros de Ravenor.

Killian eligió ese momento exacto para interrumpir. —¿Eres más viejo que la abuela?

Umrik parpadeó. —Bueno, supongo...

—¿Eres más viejo que Papá?

—Sí...

—¿Eres más viejo que la TIERRA?

Me mordí el labio con fuerza para no reírme. Los hombros de Mal temblaban ligeramente y de repente estaba muy interesado en un libro en la pared lejana.

—Killian... —empecé.

—¡Solo estoy preguntando! Parece REALMENTE viejo. Súper súper viejo. Como quizás de la época de los dinosaurios.

—Cachorro —dijo Mal, tosiendo para ocultar lo que definitivamente era una risa—. Eso no es educado.

Umrik ajustó sus gafas de nuevo, pareciendo más divertido que ofendido. —Los niños son refrescantemente honestos.

—Esa es una palabra para describirlo —murmuré.

—¿Qué significa sin-pre-ce-den-tes? —preguntó Killian, aferrándose a la palabra como un perro con un hueso.

—Significa que esto nunca ha sucedido antes —explicó Umrik.

La cara de Killian se iluminó. —¿Como cuando me comí TODAS las galletas?

—Eso ocurre al menos una vez por semana —señalé.

—Oh. —Su cara decayó—. Entonces no es sin-pre-ce-den-tes.

—No, cachorro. Muy con-pre-ce-den-tes. Extremadamente esperado, en realidad.

Umrik se aclaró la garganta, tratando de recuperar el control de la conversación. —Reina Gwendolyn, ¿podría preguntar sobre su historia familiar? ¿Alguna habilidad inusual? ¿Sucesos extraños?

—Mi madre se fue cuando yo tenía siete años —dije secamente—. Mi padre está en la cárcel. Mis abuelos me criaron hasta que murieron hace unos años. Nada particularmente mágico en ninguno de ellos. A menos que cuentes la habilidad mágica de mi padre para ser un completo pedazo de m-

—¿Qué es la cárcel? —preguntó Killian inmediatamente. *Mierda.*

—Tiempo fuera para adultos.

Sus ojos se agrandaron. —¿Tiempo fuera PARA SIEMPRE?

—Más o menos, sí.

—Vaya. Debió ser MUY malo.

—Sí, lo fue.

—¿No comió sus verduras?

Mal realmente sonrió ante eso. —Algo así.

Umrik nos observaba cuidadosamente, sus antiguos ojos agudos a pesar de su edad. Luego miró a Mal, realmente lo miró, y algo pasó entre ellos. Alguna comprensión no expresada de la que definitivamente yo no formaba parte.

—Vuestra Majestad —dijo Umrik lentamente—. Ha estado notablemente callado. ¿Tiene algo en mente sobre el origen de las habilidades de la Reina?

La expresión de Mal se cerró inmediatamente. Persianas cerrándose de golpe. —Disculpas. Estoy escuchando.

Esa mirada. ¿Qué demonios sabía?

Además, ¿por qué seguía pareciéndome sexy cuando estaba siendo sombrío? Esto era completamente injusto. Estaba potencialmente a punto de enfadarme con él y mi estúpido cerebro pensaba "pero mira esa mandíbula".

Cerebro traidor.

—O quizás —presionó Umrik—, ¿ya sospechaba algo?

Mal no dijo nada. Solo se quedó allí evitando el contacto visual como si fuera un deporte olímpico.

—¿Mal? —insistí.

—Deberíamos hacer un análisis de sangre —dijo abruptamente.

—No cambies de tema.

—No estoy...

—Absolutamente lo estás.

—Me gustaría mucho analizar la sangre de la reina —intervino Umrik —. Podría proporcionar respuestas.

Todavía miraba fijamente a Mal, pero mis manos temblaban. —Bien. Analícenla.

—¡NO! —gritó Killian, prácticamente lanzándose fuera de mi regazo —. ¡Las agujas DUELEN!

—Está bien, Killian.

—¡Pero tienes miedo! ¡Puedo sentirlo! —Su cara se arrugó con preocupación y determinación.

Cierto. Literalmente podía sentir mi ansiedad irradiando de mí.

—Estoy bien. Lo prometo.

—¡Sujetaré tu mano! —Agarró mi mano con las dos suyas, apretando fuerte—. ¡Entonces no tendrás miedo! ¡Soy muy bueno sujetando manos!

Algo cálido se extendió por mi pecho. —Gracias, cachorro. Eres muy bueno sujetando manos.

—El mejor —dijo Killian seriamente—. Papá lo dice.

—Lo eres —dijo Mal suavemente, observándonos con una expresión que me hizo sentir el pecho demasiado apretado.

Deliberadamente no le miré. —Para.

—¿Parar qué?

—De ser dulce ahora mismo. Estoy empezando a enfadarme contigo.

—Puedes estar enfadada y yo seguir pensando que eres increíble.

—Déjalo ya.

—No.

Killian nos miró alternadamente, frunciendo el ceño. —¿Estáis peleando?

—No, Killian —dije rápidamente.

—Suena como si estuvierais peleando. Estás usando la voz.

—¿Qué voz?

—La voz de enfado. La que usas cuando como galletas antes de cenar.

Mal tosió. —No se equivoca.

Le lancé una mirada fulminante. —No estás ayudando.

Umrik se aclaró la garganta ruidosamente, recordándonos que seguía en la habitación y que nos estábamos comportando de forma ridícula delante de un erudito ancestral que probablemente tenía cosas mejores que hacer.

Le ofrecí mi mano libre a Umrik, la que Killian no estaba agarrando con fuerza mortal. —Acabemos con esto de una vez.

La prueba de sangre implicó un pequeño pinchazo con aguja, algún ritual mágico ancestral que parecía sacado directamente de una película de fantasía, y mi sangre brillando de formas en que la sangre definitivamente no debería brillar.

Killian observaba con ojos enormes, proporcionando comentarios continuos.

—¿Mamá se está muriendo? —preguntó con genuina preocupación.

—¿Qué? ¡No!

—Pero está sacando tu sangre FUERA. ¡Ahí es donde vive la sangre! ¡Dentro de ti, no fuera!

—Solo un poquito. Por la ciencia.

—La ciencia es rara.

—Muy rara —coincidió Mal.

—¿Puedo tocarla?

—No —dije inmediatamente.

—¿Por qué no?

—Porque Mamá lo dice.

—Esa no es una buena razón.

—Es la mejor razón —dijo Mal.

Killian se tranquilizó pero siguió observando la sangre brillante como si pudiera hacer algún truco.

Umrik comenzó su análisis, murmurando y agitando las manos sobre la muestra. Mientras esperábamos, un silencio incómodo descendió sobre la biblioteca.

Casi hacía contacto visual con Mal, pero luego apartaba la mirada en el último segundo. Él hacía lo mismo. Éramos como dos personas que desesperadamente querían hablar pero habían olvidado cómo. No sabía qué estaba pasando, pero Mal sabía algo que yo no, y era una porquería que lo ocultara.

—Deja de mirarme —dije sin mirarlo.

—No te estoy mirando.

—Me estabas mirando totalmente.

—Es difícil no mirarte. —Me guiñó un ojo. Cómo *se atreve*.

—Deja de ser encantador. Estoy enfadada contigo.

—No estoy intentando ser encantador.

—Entonces deja de hacerlo accidentalmente.

Mal hizo un sonido que podría haber sido una risa.

—Mamá, estás poniendo una cara...

—Killian, te quiero, pero por favor deja de narrar mis expresiones faciales.

—Vale. —Estuvo en silencio quizás diez segundos—. Mamá, estoy TAN aburrido.

Torin, que había estado de pie tranquilamente junto a la puerta todo este tiempo, dio un paso adelante. Claramente había estado leyendo el ambiente y decidió que todos necesitábamos un descanso el uno del otro.

—Joven príncipe —dijo—. ¿Te gustaría una misión especial?

Toda la cara de Killian se iluminó. —¡¿UNA MISIÓN?!

—Busca flores moradas en el jardín. Apuesto a que no puedes encontrar cinco antes de que tu madre termine aquí.

—¡Acepto esta misión! —Killian se enderezó hasta su altura completa de un metro, luciendo extremadamente serio—. ¡Es peligroso pero soy MUY valiente!

—El más valiente —asintió Torin solemnemente.

Killian se dio lo que solo podía describir como un briefing de misión, completo con gestos de manos. —Bien. Flores moradas. Cinco de ellas. Quizá más si soy muy bueno. Necesito ser sigiloso. Y rápido. ¡Y observador! Es una buena palabra, ¿verdad, Mamá?

—Palabra perfecta.

Nos saludó militarmente y salió corriendo por la puerta con Torin siguiéndole a una distancia respetuosa.

Le vi marcharse, sonriendo ligeramente a pesar de todo. —Está hablando solo.

—Hace eso cuando está concentrado —dijo Mal suavemente.

—Lo sé.

Nuestras miradas se encontraron. Por un momento, existió ese afecto compartido de padres, ese frente unido que siempre presentábamos cuando se trataba de nuestro hijo. Pero antes de que cualquiera de nosotros pudiera hablar, Umrik hizo una exclamación de sorpresa que nos hizo girar hacia él.

—Esto es imposible —murmuró, mirando fijamente la muestra de sangre.

—¿Qué? —Me acerqué, con el pulso acelerándose—. ¿Qué es imposible?

—Su sangre, Majestad. Hay claros rastros de ascendencia de lobo. Muy claros. Inconfundibles.

La habitación se inclinó. —¿Qué? No. Eso no puede ser correcto. Soy humana. Siempre he sido humana.

—Y algo más —continuó Umrik, como si yo no hubiera hablado—. Algo poderoso. Ascendencia de bruja, muy única.

—Eso es imposible —repetí, con la voz temblando ahora—. Soy humana. Solo humana. Una humana normal y aburrida que resultó abrir un portal una vez debido a un hechizo que encontré en un libro muy antiguo.

Umrik negó con la cabeza lentamente. —No es completamente humana, Majestad. Nunca lo fue.

Me giré hacia Mal, necesitando que me dijera que esto era una locura, que Umrik estaba equivocado, que todo era un error.

Pero él no me miraba a los ojos. Su mandíbula estaba apretada, sus hombros tensos, todo su cuerpo irradiaba una culpa tan obvia que podría haber estado escrita en neón a través de su frente.

—Di algo —exigí.

Silencio.

—Mal. Di algo.

Finalmente me miró, y la expresión en su rostro confirmó todo lo que empezaba a sospechar.

—Lo sabías —dije. *Esto* era lo que había estado ocultando.

—Wen...

—¿Cuánto tiempo has sabido?

—Sospechaba...

—Cuánto. Tiempo.

Respiró profundamente. —Desde el principio.

A través de la ventana, pude ver a Killian en el jardín, sosteniendo con orgullo un puñado de flores moradas y saludándonos con una enorme sonrisa en su rostro, completamente ajeno al drama que se desarrollaba en el interior.

La habitación giró. Cinco años. Había sabido, o sospechado, durante cinco años que yo no era completamente humana, y no había dicho nada. Me había dejado pensar que era solo una mujer humana normal que había tropezado con un mundo mágico, dejó que todos me juzgaran por ser la primera reina humana, dejó que llamaran bastardo a nuestro hijo mientras él sabía todo el tiempo que había más en la historia.

—Estaré por allí —dijo Umrik, retrocediendo lentamente—. Lejos. De esto.

Hombre inteligente. Probablemente por eso había vivido tanto tiempo.

—Necesito aire —logré decir.

—Wen, por favor...

—Necesito aire. Ahora.

Caminé hacia la puerta con piernas temblorosas, ignorando a Mal llamando mi nombre. Justo cuando llegué al jardín, Killian vino corriendo hacia mí, sus brazos llenos de flores moradas y su rostro absolutamente resplandeciente de orgullo.

—¡MAMÁ! ¡MIRA! ¡Encontré DOCE! ¡Soy un HÉROE!

Forcé una sonrisa, agachándome a su nivel. —Definitivamente eres un héroe. Cuéntame sobre ellas.

—¡Vale! —Se lanzó a explicar dónde había encontrado cada una—. Esta estaba debajo de un arbusto. Esta estaba junto al árbol. Esta estaba ESCONDIDA detrás de una roca, esa fue super difícil. Y esta era morada pero también un poco rosa. ¿Es morada? ¿O rosa?

—Es ambas.

—¡GUAY!

—Wen —dijo Mal desde detrás de mí.

No me di la vuelta. —Killian, sigue contándome sobre las flores.

—Esta olía muy bien pero esta no olía a nada y...

—Wen, por favor.

—Estoy escuchando a Killian ahora mismo.

Dejé que su charla me envolviera mientras me levantaba, tomando su mano. —Vamos a mirar estas con mejor luz. Vamos.

Caminé más profundamente en los jardines. Eran hermosos y yo estaba teniendo una crisis de identidad completa. Combinación perfecta.

Killian me estaba mostrando cada flor individualmente, calificándolas por nivel de dificultad y explicando su estrategia. Se lo estaba tomando muy en serio, lo que habría sido adorable si mi mundo entero no estuviera implosionando.

—Y ESTA —dijo, sosteniendo un espécimen particularmente maltratado—, fue la más difícil. Tuve que trepar. Bueno, no trepar trepar, ¿sino como subir un escalón? ¿A una roca? Fue muy peligroso.

—Muy valiente —asentí automáticamente.

No completamente humana. ¿Cómo no era completamente humana? Había vivido toda mi vida pensando que era solo una persona normal, aburrida y común, y Mal lo había sabido o sospechado todo el tiempo. Durante cinco años, no había dicho nada.

—Mamá, ¿estás escuchando?

Maldita sea. El niño era demasiado perceptivo.

—Lo siento. Cuéntamelo otra vez.

Se lanzó de nuevo a su explicación mientras yo trataba de concentrarme en él en lugar de la espiral que estaba ocurriendo en mi cerebro.

Torin nos seguía a una distancia respetuosa, dándonos espacio pero manteniéndose vigilante. Después de que Killian me hubiera mostrado sus flores por tercera vez, Torin se acercó con cuidado.

—Majestad, ¿está bien?

—No —dije honestamente—. Estoy a un segundo de gritar al vacío.

—Comprensible. ¿Hay algo que pueda...

—Capitán. Atrás.

Ambos nos giramos para encontrar a Mal acercándose a través del jardín, luciendo como si hubiera envejecido diez años en los últimos diez minutos.

Torin parecía confundido. —Solo estaba...

—He dicho atrás.

—¿Disculpa? —Me volví hacia Mal—. ¿Qué demonios?

—Está demasiado cerca de ti.

Miré a Torin, que estaba de pie a una distancia completamente normal. —Está a un metro de distancia.

—Eso es demasiado cerca.

—¿Estás hablando en serio ahora mismo?

Torin levantó las manos. —Simplemente voy a...

—Quédate donde estás, Torin —dije bruscamente. Luego a Mal—: ¿Qué te pasa?

—Tocó tu hombro.

—¡No tocó mi hombro!

—Le vi...

—¡Literalmente no tocó nada! ¡Estaba ahí de pie! ¡Existiendo!

¿Qué demonios estaba pasando?

—¡Estaba demasiado cerca mientras existía!

Miré fijamente a Mal, y entonces me di cuenta. Estaba celoso de Torin por estar cerca de mí y preguntarme si estaba bien. Mientras *él* era quien me había estado mintiendo durante media década.

La audacia absoluta.

Y lo peor, parecía bastante patético. Como un cachorro pateado que sabía que había hecho algo mal pero no podía evitar hacer otra cosa incorrecta encima. Su mandíbula estaba apretada con esos celos obstinados y sus ojos estaban heridos y posesivos y...

No. Absolutamente no. NO iba a encontrar esto entrañable. *Mantente enfadada*.

—¡Papá, mira mis flores! —Killian las levantó, tratando de disipar cualquier tensión extraña que pudiera sentir.

—Muy bonitas, cachorro —dijo Mal, sin siquiera mirarlas. Estaba demasiado ocupado fulminando a Torin con la mirada.

—¡Ni siquiera miraste!

—¿Qué d-e-m-o-n-i-o-s fue eso? —exigí, acercándome a Mal—. Estaba siendo amable. Algo que aparentemente has olvidado cómo hacer.

—Vi cómo él...

—¿Cómo él qué? ¿Estaba cerca de mí? ¿Me preguntó si estaba bien? ¿Hacía su trabajo?

—Siempre está ahí. Siempre cerca de ti cuando yo estoy...

—¿Mintiéndome? ¿Guardando secretos durante cinco años?

La mandíbula de Mal se apretó más. —No mentí.

—Sospechaste que no era humana y no dijiste nada. Durante *cinco años*. Mientras llamaban b-a-s-t-a-r-d-o a nuestro hijo debido a mi «sangre humana» y los poderes que no podría haber heredado de ninguno de nosotros. Lo sabías y no dijiste nada. Podríamos haber investigado antes de esto, podríamos haber estado preparados.

—No estaba seguro.

—¡Sospechaste! ¡Eso es suficiente! ¡Deberías habérmelo dicho!

Torin se estaba alejando lentamente, claramente no queriendo participar en esta discusión.

—Esto no se trata de Torin —dije, con la voz quebrándose ligeramente—. Se trata de ti y de mí y del hecho de que me ocultaste algo enorme. De eso se trata.

—Wen, por favor...

—No. Necesito espacio. Y tú necesitas aclarar tus prioridades. Porque ahora mismo estás enfadado con Torin por ser amable mientras *tú* eres quien me ha mentido a la cara durante cinco años.

—Eso no es justo.

—La vida no es justa. Vamos, Killian.

—¿Puedo traer mis flores?

—Sí. Trae todas tus flores.

Tomé su mano y empecé a alejarme, con los ojos ardiendo con lágrimas que me negaba a dejar caer.

—Mamá —dijo Killian, mirando por encima de su hombro—. Papá parece muy triste.

—Lo sé.

—¿Podemos hacerle una corona de flores? ¿Para hacerle feliz?

Mi pecho se oprimió. —Quizá más tarde.

—Las coronas de flores hacen feliz a todo el mundo. Incluso cuando están peleando.

Detrás de nosotros, pude oír voces. Una profundamente divertida.

—Eres un idiota.

Miré hacia atrás para ver que Aurion se había materializado de la nada, comiendo una manzana y pareciendo demasiado entretenido por el sufrimiento de su hermano.

—¡LO SÉ! —la voz de Mal llegó a través del jardín.

—Solo le estaba preguntando si estaba bien —dijo Torin, sonando desconcertado.

—Él lo sabe —dijo Aurion mientras mordía su manzana—. Solo es estúpido cuando está celoso.

—¡No estoy celoso!

—Claro. Y yo soy virgen.

Sus voces se desvanecieron mientras me alejaba más, con Killian charlando a mi lado sobre si podríamos tener un tentempié cuando entráramos porque encontrar doce flores era un trabajo muy duro.

Me concentré en su voz y su mano en la mía. No importaba qué más se estuviera desmoronando, no importaba qué secretos Mal había guardado o qué era o no era yo aparentemente, todavía tenía a mi hijo y sus doce flores moradas extremadamente importantes.

Pequeñas victorias.

7

— • —

Malachar

Parecía muerto. Me sentía aún peor. Y según mi hermano, que actualmente holgazaneaba en mi estudio como si fuera suyo, me merecía cada miserable momento. ¿No tenía un maldito reino propio que gobernar?

—Tienes un aspecto terrible —dijo Aurion amablemente, comiendo lo que parecía ser el bollo de desayuno de alguien. Probablemente el mío—. ¿Has intentado suplicar?

Le miré fijamente desde donde estaba sentado detrás de mi escritorio, revisando las rotaciones de la guardia por tercera vez esa mañana. Seguridad extra en todas partes. Patrullas duplicadas. Los reinos seguían enfadados por los poderes de Killian, y no iba a arriesgarme con la seguridad de mi familia.

Incluso si mi compañera actualmente me odiaba.

—No sé cómo suplicar adecuadamente —admití—. No sé si será suficiente esta vez.

Aurion casi se atragantó con su bollo. —Por eso estás durmiendo solo.

—No estoy durmiendo solo. Estoy durmiendo en mi estudio.

—Aún más triste.

Le lancé una pluma. La esquivó fácilmente, sonriendo como si esto fuera el mejor entretenimiento que había tenido en semanas. Lo cual, conociendo a Aurion, probablemente lo era.

—Ella no me habla —dije, volviendo a los horarios de guardia—. Excepto sobre Killian.

—¿Puedes culparla? Guardaste un secreto bastante grande.

—Tenía mis razones.

—¿Eran buenas razones?

Hice una pausa. Consideré mentir. Decidí no hacerlo. —No.

—Entonces suplica. Es tu Reina. Tu compañera. La madre de tu hijo. Suplica.

Dejé los papeles con más fuerza de la necesaria. —¿Cómo se suplica exactamente?

La sonrisa de Aurion se ensanchó. —Las joyas ayudan. Flores. Quizá algo de ruego. Definitivamente ruego. Ponte de rodillas, declara tu amor eterno, admite que eras un idiota.

—Oh sí, he hecho todo eso en los últimos años. Múltiples veces. ¿Debería simplemente repetir la actuación?

—Si funcionó antes. —Hizo una pausa—. También, intenta llorar. A las mujeres les encanta eso.

—No voy a llorar.

—Entonces disfruta del estudio. Muy acogedor. Muchos libros para hacerte compañía. Mucho mejor que tu cama caliente con tu hermosa esposa en ella.

Le gruñí. Él simplemente se rio.

—Arréglalo con Wen —dijo, poniéndose de pie y sacudiéndose las migas de pasteles de la chaqueta—. Lo que sea necesario. Porque la necesitas y ella te necesita, y Killian os necesita a ambos unidos. No lo que sea que es esto. Y si ella te deja, Daphne se quedará a su lado. Y yo no voy a abandonar a *mi* compañera, así que elijo el lado de *ella*.

Tenía razón. Mi mandíbula se tensó al darme cuenta.

Después de que se fuera, me quedé sentado durante un largo momento, mirando las rotaciones de guardia sin verlas realmente. El vínculo con Wen se sentía frío. No cortado, pero cerrado por su parte. Como si hubiera levantado muros que yo no podía traspasar.

Necesitaba arreglar esto. Pero primero, necesitaba hablar con ella sobre algo importante. Sobre la seguridad y el entrenamiento de Killian.

Así que me levanté y fui a buscar a mi compañera.

Estaba con Daphne en una de las salas de estar más pequeñas, ambas bebiendo té y hablando en voz baja. Se detuvieron cuando entré, y la temperatura de la sala pareció bajar.

—Necesito hablar contigo —dije, dirigiendo mis palabras a Wen—. Sobre Killian.

Su expresión no cambió. —¿Qué pasa con él?

Profesional. Fría. Mis manos se cerraron en puños a mis costados.

—Necesita un entrenamiento adecuado para su magia. Para controlarla y entenderla.

—¿De quién? —Dejó su taza de té con cuidado.

—De una bruja. Alguien que entienda la magia de portales y las habilidades empáticas.

—¿Y dónde encontramos a una bruja dispuesta a enseñar a un híbrido de lobo? —Su tono era neutral, pero podía oír el escepticismo subyacente.

—Enviamos a alguien a los reinos de las brujas para negociar.

—Aurion ha mencionado que no son amigables con los lobos —señaló Daphne—. La relación entre vuestras especies es tensa en el mejor de los casos.

—No —acepté—. Pero la seguridad de Killian vale el riesgo. Necesita aprender control antes de que sus poderes se manifiesten de nuevo.

Wen guardó silencio, considerándolo. Luego asintió lentamente. —Bien. Envía a quien necesites enviar.

—¿Deberíamos ir a verle? —sugerí, desesperado por cualquier excusa para pasar tiempo con ella, aunque fuera caminando por los pasillos en silencio—. ¿Asegurarnos de que está bien?

—Está con tu madre. Está bien.

—Aun así. Me gustaría verle. Que nos vea juntos.

Suspiró, pero se levantó. —De acuerdo.

Caminamos por el castillo sin hablar. No era el silencio cómodo que solíamos compartir, donde no se necesitaban palabras. Quería tomar

su mano. Tocar su espalda. Cualquiera de las intimidades casuales que habíamos construido durante cinco años juntos. Pero ella no lo habría recibido bien.

Llegamos a la habitación de Killian, donde se suponía que estaba con mi madre. Estaba vacía.

—No está aquí —dije.

—Sorcha probablemente lo llevó afuera. Ha estado demasiado encerrado últimamente.

Me acerqué a la ventana, escaneando los jardines de abajo por costumbre. Guardias adicionales eran visibles en cada entrada, exactamente donde debían estar.

—Allí —dije, señalando—. En los jardines.

Wen se unió a mí en la ventana. Por un momento, estuvimos lo suficientemente cerca como para que pudiera olerla. Miel y libros y hogar. Luego ella se apartó.

—Los veo —dijo.

Sorcha caminaba lentamente por el jardín de rosas, Killian corriendo delante de ella, persiguiendo mariposas. Parecía feliz.

Entonces los vi.

Tres lobos, desconocidos, arrastrándose entre los setos. Moviéndose con intención depredadora hacia mi madre e hijo. ¿Cómo...?

—Espera —dije, todo mi cuerpo poniéndose rígido—. Esos lobos...

—¿Qué lobos? —Wen se inclinó más cerca de la ventana—. Oh Dios. Esos no son nuestros guardias.

—Asesinos.

Nos movimos al mismo tiempo.

—¡Quédate! —rugí mientras mi cuerpo comenzaba a transformarse.

—Ni hablar —gruñó mientras corría hacia la puerta, la ruta más rápida hacia abajo. Yo no tenía tiempo para escaleras.

Mi cuerpo explotó en forma de lobo a mitad de zancada, la ropa desgarrándose. Recogí mis patas bajo mí y me lancé directamente a través de la ventana.

El vidrio se hizo añicos por todas partes, brillando en la luz del sol como lluvia mortal. La caída fue de vértigo, un piso abajo, y tuve tal vez un segundo para ajustar mi ángulo antes de golpear el suelo.

Ángulo equivocado.

Mi pata trasera izquierda se partió al impactar, el hueso rompiéndose. El dolor fue blanco e intenso, inmediato.

Lo ignoré. Killian. Tenía que llegar a Killian.

¿Cómo demonios habían entrado esos asesinos a escondidas a través de todos los guardias que había apostado en todas partes? No tenía ni idea. Debían haber tenido ayuda. Corrí sobre tres patas hacia el jardín, arrastrando el miembro destrozado detrás de mí. Cada paso era una agonía. Cada paso me acercaba más a mi hijo. Esto no era como había imaginado que sería mi mañana, pero de nuevo, nada en mi vida iba según lo planeado últimamente.

Torin ya estaba allí, buen hombre, con la espada desenvainada y enfrentándose al primer intruso. El metal resonó contra las garras mientras luchaban.

Me lancé contra el segundo asesino, todo dientes y furia. Mis mandíbulas se cerraron alrededor de su brazo. Él gritó. No lo solté.

Claramente no esperaba que un lobo de tres patas estuviera tan motivado.

Entonces escuché el grito de Wen.

Solté al asesino y me di la vuelta.

Mi madre estaba desplomada en el suelo, inconsciente, y mi corazón se encogió dentro de mi pecho ante la visión, furia y preocupación corriendo por mis venas. Y entonces vi a un hombre, un tercer asesino que no había visto, había agarrado a Killian y lo estaba levantando, sosteniendo a mi hijo que luchaba y lloraba.

—¡NO! ¡SUÉLTAME! —Killian gritaba, luchando con todo lo que tenía —. ¡MAMÁ! ¡PAPÁ! ¡ABUELA!

Wen corría a través del césped, todavía demasiado lejos. —¡ALÉJATE DE MI HIJO!

Entonces sucedió algo imposible.

Llamas estallaron en los brazos del asesino. Llamas reales, ardiendo calientes y brillantes y viciosas. Gritó, soltando a Killian inmediatamente.

—¡AHHH! ¿QUÉ... —Se retorció en el suelo, tratando de apagar el fuego que consumía su carne.

Killian cayó, aterrizando con fuerza en la hierba. Y entonces un portal se abrió justo frente a Wen mientras corría. En el aire. Un segundo estaba corriendo a través del césped, al siguiente estaba tropezando a través de un desgarro en la realidad misma.

Atterrizó con fuerza junto a Killian, inmediatamente atrayéndolo a sus brazos.

—¡KILLIAN!

Todos se quedaron inmóviles. Guardias, asesinos, incluso Torin se detuvo a mitad de un golpe para mirar.

Bueno. Eso era nuevo.

—¡Majestad! —Los guardias inundaban el lugar desde todas direcciones, rodeando a los asesinos—. ¡Los tenemos!

Volví a mi forma humana, ignorando mi desnudez y mi pierna inútil. —¡Tomadlos vivos! —rugí—. ¡Quiero respuestas!

Pero incluso cuando los guardias agarraban a los asesinos, los vi hacerlo. Vi a todos morder algo, sus bocas espumando inmediatamente.

—¡Están tragando algo! —gritó un guardia.

Píldoras de veneno. Por supuesto. Porque ¿por qué algo sería fácil?

Todos los asesinos convulsionaron una vez, dos veces, y luego quedaron inmóviles. Muertos antes de que alguien pudiera detenerlos.

—¡Mierda!

Comencé a avanzar hacia Wen y Killian tan rápido como mi pierna inútil me lo permitiría. Lo que era patéticamente lento. Saltando desnudo a través de un jardín lleno de asesinos muertos, muy digno y regio.

Killian sollozaba, aferrándose a Wen. —Mamá, ¡estaba tan asustado! ¡El hombre me agarró!

—Lo sé, cariño. Estás a salvo ahora. Mamá te tiene. —Su voz temblaba, todo su cuerpo temblando.

—Wen, ¿estás...?

Sus ojos se pusieron en blanco.

—¡WEN!

La atrapé justo antes de que golpeara el suelo, mis brazos envolviéndola a ella y a Killian. Mi pierna destrozada gritaba en protesta. No me importaba.

—¿MAMÁ? —Killian estaba entrando en pánico, sus manos en su cara—. ¡MAMÁ, DESPIERTA!

—Está bien, cachorro —dije, manteniendo mi voz calmada aunque mi pulso se aceleraba—. Solo usó demasiada energía. Despertará.

A nuestro alrededor, los guardias estaban revisando a los asesinos muertos. Los sanadores corrían hacia Sorcha. Caos completo en todas partes.

No esperé a que los sanadores decidieran venir a ayudar a su Reina. Llevé a Wen en un brazo y a Killian en el otro, moviéndome tan rápido como mi pierna me lo permitía. Lo que debería haber sido imposible con el hueso rechinando contra sí mismo, pero la adrenalina era algo maravilloso.

Killian no soltaría a ninguno de los dos, sus brazos envueltos alrededor de mi cuello, presionado contra mi costado mientras acunaba a Wen contra mi pecho.

—¡Registrad cada centímetro de este castillo! —ladré a los guardias que pasaban—. ¡Reforzad todas las entradas!

—¡Sí, Majestad!

La sangre se arrastraba detrás de mí. Podía sentirla, cálida y húmeda, pero el dolor era secundario. Mi familia venía primero.

—¡Comprobad las coartadas de todos los invitados que aún estén aquí! ¡Traedme a cualquiera que sea sospechoso!

—¡Inmediatamente!

La voz de Killian atravesó mis órdenes. —Papá, tu pierna está sangrando.

—Lo sé, cachorro.

—¡Pero hay TANTA sangre!

—Sanará.

—¿Te duele?

—No tanto como ver a ese hombre agarrarte.

Mi madre era llevada detrás de nosotros en una camilla. Todavía estaba inconsciente pero respiraba constantemente. Escuché a los sanadores decir que estaría bien, solo un golpe en la cabeza, y el alivio por ella se mezcló con la agonía de ver a Wen herida.

Llegamos a la enfermería y finalmente, a regañadientes, dejé que los sanadores tomaran a Wen de mis brazos para acostarla en una cama. Pero mantuve a Killian, que absolutamente se negaba a soltarse.

—Majestad —dijo suavemente uno de los sanadores—. Necesitamos examinarla.

—Entonces examinadla. No me voy.

Sabían que era mejor no discutir.

Un guardia apareció con un paquete de ropa y me lanzó un par de pantalones. —Majestad.

Los atrapé con una mano, con Killian todavía aferrado a mi otro lado. Cierto. Pantalones. Traté de ponérmelos mientras estaba de pie sobre mi pierna destrozada y sostenía a mi hijo asustado.

Fue un error.

Salté, casi me caí, me agarré a una mesa. —Joder.

Desde la cama, los ojos de Wen revolotearon y se abrieron. Se veía pálida y agotada, pero me estaba viendo saltar sobre una pierna tratando de ponerme los pantalones.

—¿Necesitas ayuda? —Su voz era débil pero había diversión en ella.

—Estoy bien —dije, saltando de nuevo. Mi pierna mala golpeó la mesa.

—Hijo de... —Corté la maldición, recordando que Killian estaba justo aquí.

—¡Mamá! —dijo, y lo dejé en el suelo para que pudiera estar junto a su cama.

—Hola, cariño —la boca de Wen se contrajo, luego me miró de nuevo—. Eres muy elegante.

Me quedé inmóvil, mirándola. —Casi sonreíste.

—No lo hice.

—Sí lo hiciste. Lo vi.

—Estás delirando por la pérdida de sangre.

—Crees que mi dolor es divertido.

—Un poco —admitió.

Mi pecho se aflojó. —Lo tomaré.

Volví a saltar, decidido a ponerme los pantalones correctamente esta vez. Lo logré, y me sentí jodidamente orgulloso por ello.

—Papá —dijo Killian seriamente—. ¿Por qué tienes los pantalones del revés?

Por el amor de... No podía-

Miré hacia abajo. La cintura estaba definitivamente donde debería estar. La cremallera estaba... oh no.

—No están...

Absolutamente lo estaban.

Wen se rió de verdad. Una risa genuina, aunque débil. —¿Cómo has...?

—Tenía prisa.

—Solo quítatelos y empieza de nuevo —sugirió.

—No me voy a quitar los pantalones delante de todo el mundo.

—Estabas literalmente desnudo hace dos minutos.

—¡Eso es diferente a quedarse desnudo después de haberte vestido!

Wen seguía riendo, con la mano sobre su boca. Killian también estaba riendo.

—Tu papá es muy tonto —le dijo Wen a Killian.

—Sí que lo es —coincidió Killian.

Un sanador se aclaró la garganta. —Majestad, realmente necesito ver esa pierna.

—Después de arreglar mis pantalones —dije obstinadamente.

Salté fuera de ellos, casi me estrellé contra un carrito de medicinas, y volví a saltar dentro de ellos de la manera correcta. Para cuando finalmente me los puse correctamente, había derribado dos bandejas y proporcionado más entretenimiento del que la enfermería había visto en años.

Wen había dejado de reír solo porque estaba demasiado exhausta para continuar.

Tomaron una muestra de sangre, hicieron su análisis mágico, y vi cómo sus expresiones cambiaban de curiosas a conmocionadas.

—Majestad —dijo el sanador principal a Wen—. Su sangre... la magia ha crecido exponencialmente.

—¿Qué significa eso? —pregunté, acercándome a pesar de mi pierna.

—La amenaza al heredero despertó algo dormido. La magia literalmente explotó hacia afuera para protegerlo. Las llamas, el portal, ambas manifestaciones de magia increíblemente poderosa.

—¿Está a salvo? —Eso era todo lo que me importaba.

—Sí. Solo exhausta por el despertar repentino. Su cuerpo se está ajustando al nuevo nivel de poder.

Wen estaba mirando sus manos como si pertenecieran a otra persona. —Ni siquiera lo pensé. Solo vi que lo agarraban y yo...

—Lo salvaste —dije en voz baja—. Salvaste a nuestro hijo.

Me miró, y por primera vez en días, no había ira en sus ojos. Solo agotamiento y alivio.

—Lo siento —admití suavemente, completamente honesto—. Lo siento mucho. Debería haberte dicho lo que sospechaba hace años. Estaba equivocado. Estaba asustado y estúpido y equivocado.

Me senté en el borde de su cama con cuidado, con Killian todavía en mi regazo. —No tengo una buena razón para no habértelo dicho. Miedo, tal vez. Estupidez, definitivamente. Sospechaba pero no estaba seguro, y pensé que si te lo decía, cambiaría las cosas. Debería haber confiado en ti con la verdad. Lo siento. Verdaderamente lo siento.

Estuvo callada por un momento, estudiando mi cara. Luego suspiró. —Hablaremos de esto más tarde.

—Cuando quieras. Todo. Lo prometo.

—La Reina Madre Sorcha está despertando —anunció un sanador desde el otro lado de la habitación.

Ambos nos giramos para ver a mi madre sentada en su camilla, con aspecto aturdido.

—¿Qué pasó? —preguntó, tocando la parte posterior de su cabeza y haciendo una mueca.

—Fuiste atacada —le dije—. Estás a salvo ahora.

—¿Killian? —Sus ojos se abrieron—. ¿Está Killian...?

—A salvo. Gracias a Wen.

Mi madre nos miró, a Killian acurrucado entre Wen y yo, y su expresión se suavizó con alivio. —Gracias a los dioses.

—¡Abuela! —Killian se bajó de mi regazo y se subió a su camilla para abrazarla—. ¡Te lastimaron! ¿Estás bien?

—Estoy bien, dulce niño. Solo un golpe en la cabeza.

Un sanador finalmente me convenció de dejar que examinaran mi pierna. Estaba gravemente rota, y poner el hueso en su lugar involucró un crujido nauseabundo que hizo que Wen hiciera una mueca. Killian enterró su cara en el hombro de mi madre. Me tragué un tónico para mejorar las habilidades de mi lobo, y entonces la magia curativa finalmente fluyó, cálida e incómoda, uniendo todo de nuevo.

Cuando terminó, pude poner peso sobre ella de nuevo sin querer gritar.

Volví al lado de la cama de Wen. Estaba acostada contra las almohadas, sus ojos ya empezando a cerrarse.

—Descansa —dije suavemente.

—No puedo. Hay demasiado en qué pensar.

—Piensa después. Descansa ahora.

Killian volvió a acercarse a nosotros, metiéndose entre Wen y yo en la silla. Todavía temblaba ligeramente, recobrándose del terror.

—¿Se han ido los hombres malos? —preguntó en voz baja.

—Sí, cachorro. No pueden hacerte daño. Y cualquiera que lo intente tendrá que responder ante mí.

La mano de Wen encontró la mía sobre la manta. No se apartó cuando entrelacé nuestros dedos.

—Sigo enfadada contigo.

—Lo sé.

—Pero saltaste por una ventana por Killian.

—Mereció la pena.

Apretó mi mano. —Sí. La mereció.

Killian ya se estaba quedando dormido entre nosotros, su cuerpo finalmente relajándose. La crisis nos había reunido físicamente, pero sabía que el verdadero trabajo aún estaba por delante.

8

—•—

Wen

Tres días después del intento de asesinato, estaba sentada en una sala de reuniones privada con una bruja que parecía que podría convertirme en un sapo si la molestaba, y honestamente, a estas alturas, podría incluso agradecerlo.

Casimya era antigua. No solo vieja, sino antigua en la forma en que las montañas eran antiguas. Poderosa. Inquebrantable. Había entrado en el castillo esa mañana como si fuera suyo, con sus túnicas oscuras ondeando tras ella y su cabello plateado trenzado en intrincados patrones que probablemente tenían un significado mágico que yo no entendía. Según la muy formal presentación de Mal, era una de las brujas más conocedoras cuando se trataba de linajes y ascendencia mágica.

También descubrí en cinco minutos que era deliciosamente sarcástica.

—El poder que tiene este niño —dijo, mirando a Killian que dormía en mi regazo, agotado después de otra noche llena de pesadillas. Su cuerpo estaba acurrucado contra mí, con una mano aferrada a mi

camisa como si incluso dormido tuviera miedo de que pudiera desaparecer—. Solo he oído hablar de él una vez antes.

—¿Cuándo? —preguntó Mal, inclinándose hacia delante en su silla con esa intensidad que significaba que estaba catalogando cada palabra.

—Una familia. Hace mucho tiempo. Los mejores creadores de portales que jamás han existido. Híbridos, la mayoría de ellos. Leyendas, realmente. Básicamente, la Shakira de la magia de portales.

Parpadeé. —¿Acabas de comparar antiguos linajes mágicos con Shakira? ¿Cómo es que siquiera *conoces* a Shakira?

—Me enorgullezco de investigar otros mundos, así que estoy muy familiarizada con la Tierra y con Shakira. Sus caderas no mienten y tampoco lo hacían los portales de esta familia. La comparación se sostiene. —La expresión de Casimya era completamente seria, lo que de alguna manera lo hacía más divertido.

Me cayó bien inmediatamente. Cualquiera que pudiera hacer referencias a la cultura popular mientras discutía linajes mágicos centenarios era mi tipo de persona.

—¿Qué les pasó? —pregunté, tratando de centrarme en las partes importantes en lugar de en lo absurdo.

Casimya agitó su mano con desdén, sus anillos reflejando la luz. —Desaparecieron. Puf. Se esfumaron. Una salida muy dramática, por lo que entiendo. Sin notas de despedida, sin dirección de reenvío, simplemente se fueron.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace más de doscientos años, más o menos una década. Pierdo la cuenta después del primer siglo.

—¿Doscientos? Entonces están muertos. Tendrían que estarlo.

—Qué osado asumir eso. Las brujas somos obstinadas para morir.

Me moví en mi asiento, con la mano agarrando el reposabrazos. —¿Quieres decir...?

—Las brujas vivimos vidas muy largas, Majestad, al igual que los lobos. Siglos, si somos lo suficientemente poderosas. O demasiado rencorosas para morir. Personalmente, yo apuesto por lo rencoroso. Parece más fiable que el poder.

—Espera —dije—. ¿Cuántos años tienes *tú*?

Casimya sonrió, afilada y divertida. —Pregunta maleducada. Me caes bien.

No pude evitar devolverle la sonrisa. Había algo refrescante en su completa falta de formalidad. Trataba a Mal como si fuera simplemente otra persona en vez de un poderoso rey, y me hablaba como si fuéramos amigas tomando café en lugar de completas desconocidas discutiendo sobre ascendencia mágica.

—¿Cuáles eran sus nombres? —preguntó Mal, y pude oír el control en su voz—. ¿Los creadores de portales?

—Los últimos conocidos fueron Lohuis y Marya. Básicamente, la realeza en la comunidad mágica. Todos querían su poder. Esa es la única razón por la que caían bien, realmente. Las brujas ignorábamos deliberadamente su ascendencia lobuna porque somos esnobs así. No podemos tener el linaje perfecto manchado por cambiadores animales.

Me quedé paralizada.

Todo quedó muy quieto.

—¿Qué? —Mi voz salió estrangulada—. ¿Cómo se llamaban?

—Lohuis y Marya —repitió Casimya, inclinando la cabeza mientras me miraba con repentino interés—. ¿Te suenan?

—Louis y Mary —susurré. La habitación se inclinó—. Oh, Dios mío. OH, DIOS MÍO.

—Tus abuelos —dijo Mal. No sonaba sorprendido en absoluto, el muy cabrón.

—¿Pero eso significaría que tenían más de doscientos años? —Miré entre ellos, esperando que alguien me dijera que estaba siendo ridícula, que esto era imposible.

—¿Si son quienes creo que son? Sí. Y definitivamente se estaban escondiendo de algo. O de alguien. —Casimya me estudiaba como si fuera un rompecabezas particularmente interesante—. No lo sabías. Nada de esto.

—¡No! ¡Pensaba que solo eran personas mayores normales! ¡Que murieron muertes normales de personas mayores hace unos años! —Mi voz se elevaba pero no podía controlarla. Killian se agitó ligeramente en mi regazo y me obligué a bajar el volumen—. Eran mis abuelos. Me criaron. Me hacían tortitas los domingos y me enseñaron a leer y me ayudaban con los deberes. Eran simplemente normales.

—¿Viste realmente los cuerpos? —preguntó Casimya, con tono amable.

Abrí la boca. La cerré. —*Sí*. Fueron incinerados. El corazón de mi abuela se detuvo, y semanas después mi abuelo la siguió. Están muertos.

—Hmm. Quizás la Tierra humana apagó sus poderes, o quizás estaban listos para ver el más allá y decidieron abandonar este plano

físico.

Iba a vomitar.

—Los creadores de portales siempre son tan dramáticos —continuó Casimya conversacionalmente, como si no acabara de trastornar toda mi comprensión de la realidad—. Siempre con lo de «oh, miradme, soy un ser superior». Por favor. Es agotador estar cerca de ellos.

Solté una risa sorprendida a pesar de todo. —¿No te gustan los creadores de portales?

—Respeto inmensamente su poder. Pero son agotadores como personas. Siempre desapareciendo en medio de las conversaciones. Tus abuelos una vez se fueron por un portal en medio de una reunión del consejo. Simplemente desaparecieron, justo en medio de la frase de alguien. Muy maleducado.

—Eso suena exactamente a algo que harían —admití, sonriendo aunque mi visión del mundo estaba implosionando. Me habían hecho lo mismo innumerables veces mientras crecía, simplemente desapareciendo de las habitaciones. Pensaba que era un juego, que eran terriblemente rápidos.

Había sido magia todo el tiempo.

Casimya ahora observaba a Mal, su expresión cambiando a algo divertido. —¿Algo va mal, Majestad?

—No —dijo Mal rígidamente.

Podía sentir sus celos a través del vínculo como un cálido pulso de irritación. Estaba molesto porque yo estaba conectando con Casimya, que estaba sonriendo y riendo con ella cuando apenas le había dirigido la palabra en tres días. Bueno. Se lo tenía merecido.

—Pareces estreñido —observó Casimya con interés clínico.

Me atraganté con una risa, presionando mi mano contra mi boca para evitar despertar a Killian. —La verdad es que sí lo parece.

—Yo no estoy...

—Muy estreñido. Quizás deberías comer más fibra. Es buena para la regularidad.

—Oh, Dios mío —ahora me estaba riendo a carcajadas, con los hombros temblando.

—Esto no es productivo —dijo Mal, sonando tan ofendido que solo lo hizo más divertido.

—La fibra es muy productiva. Mantiene las cosas en movimiento.

Adoraba a esta bruja. Me la iba a quedar absolutamente.

—Encontré un libro —dije, el recuerdo surgiendo de repente a través de mi risa. Mi sonrisa se desvaneció mientras las piezas empezaban a encajar—. Hace años, en Halloween. Hace cinco años, en realidad, justo antes de que abriera el primer portal. Un libro de magia en su trastero. Pensé que era solo viejo y extraño, algún tipo de antigüedad. Pero era real, ¿verdad? La magia era real. Eran brujos de verdad y yo solo pensaba que eran ancianos excéntricos con afición por los libros espeluznantes.

Mi respiración se aceleraba. —Oh, Dios, me MINTIERON. Sobre todo. Toda mi infancia fue una actuación.

—¿Por qué desaparecieron? —preguntó Mal a Casimya, su atención completamente en ella ahora—. ¿Por qué esconderse en el reino humano durante doscientos años?

—Muchas personas querían su poder. Para estudiarlo. Para robarlo. Para convertirlo en arma. La comunidad mágica puede ser bastante adquisitiva con las habilidades raras. Especialmente con poderes tan potentes como la magia de portales. Y había mucha más gente interesada en sus habilidades.

—Así que huyeron —dije secamente.

—Y se escondieron en el reino humano. Inteligente, en realidad. Brillante, incluso. Sin ellos para crear portales, las puertas entre mundos estarían completamente cerradas. La Tierra era el escondite perfecto para dos poderosas brujas que querían desaparecer.

—Esto es... —No pude terminar la frase—. Toda mi vida fue una mentira cuidadosamente construida. Todo lo que creía saber sobre mi familia, mi historia, mi identidad, todo era una ficción diseñada para mantenerme a salvo e ignorante.

—No una mentira —dijo Casimya suavemente—. Una protección. Hay una diferencia.

—No se siente diferente ahora mismo.

Killian se agitó en mi regazo, emitiendo un sonido angustiado. Automáticamente ajusté mi agarre sobre él, acariciando su cabello hasta que se calmó de nuevo.

—Creo que es suficiente por hoy —dijo Mal, levantándose abruptamente—. Casimya, gracias por tu tiempo.

—Comprensible. Es mucho para procesar en una sola sesión. —Casimya se levantó con gracia—. Estaré en el ala este si me necesitáis. Intenta no hundirte demasiado en espirales, querida. Nunca ayuda.

Salió majestuosamente de la habitación antes de que Mal pudiera responder, y me habría reído si no estuviera en medio de una crisis

existencial.

Me quedé allí sentada, mirando a la nada, tratando de procesar lo imposible. Doscientos años. Mis abuelos habían vivido doscientos años y me habían mentido cada día. Cada cumpleaños, cada festividad, cada momento normal, todo construido sobre mentiras.

—Wen... —comenzó Mal, dando un paso hacia mí.

—Mis abuelos. Mi familia. Toda mi infancia. Mi comprensión de quién y qué soy. Todo mentiras. Meticulosamente mantenidas durante décadas.

—Te estaban protegiendo.

—¿Mintiéndome? —Levanté la mirada hacia él, la ira empezando a arder a través del shock—. ¿Dejándome pensar que era humana cuando aparentemente desciendo de legendarios linajes mágicos que la gente caza?

Antes de que Mal pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y Daphne entró precipitadamente, casi tropezando con sus propios pies.

—Hola... ¡Oh, Dios mío, Wen! —Me miró a la cara—. Estás pálida. Como, pálida fantasmal. ¿Estás bien? No contestes, claramente no estás bien. ¿Qué ha pasado?

—Acabo de descubrir que soy parte lobo, parte bruja, parte humana, y mis abuelos, que yo pensaba que eran seres humanos normales, eran en realidad seres mágicos que me mintieron sobre literalmente todo durante toda mi vida. Nada importante, por supuesto. Solo una crisis de identidad casual *otra vez*.

—¡¿QUÉ?!

—Sí. Así que no. Realmente no estoy bien.

Daphne inmediatamente se sentó a mi lado, tomando mi mano libre mientras tenía cuidado de no molestar a Killian. —Vale. Explica. Todo. Desde el principio. Ahora.

Le di un resumen. Cuando terminé, ella se quedó mirando la pared, procesándolo.

—Vale, así que desciendes de legendarias medio brujas que eran básicamente la realeza mágica. Eso es bastante guay, en realidad. Toda tu vida es una historia de origen increíble esperando a ser escrita.

—Eso no es...

—Eres literalmente mágica. Como, realmente mágica. ¿Sabes cuántas personas matarían por eso?

—¡La gente YA mató por eso! ¡O lo intentó! ¡Ese es el PROBLEMA!

—Vale, punto válido. Pero aun así. Eres como un unicornio. Rara y mágica y especial.

—Un unicornio cazado.

—Todos los unicornios son cazados. Esa es toda su historia. Viene con el territorio.

A pesar de todo, mi boca se torció. —Eres ridícula.

—Estoy ayudando.

—Ella está ayudando —dijo Mal desde donde estaba parado incómodamente, claramente deseando unirse a la conversación pero sin saber si se le permitía.

Daphne y yo nos volvimos hacia él en perfecta sincronización. —Nadie te ha preguntado. —Dijo ella. Todavía estaba enfadada con él

por ocultarme cosas. Dios bendiga a las mejores amigas que guardan rencor incluso más tiempo que tú.

—Solo estaba...

—¿Intentando unirte a nuestra conversación? —interrumpió Daphne dulcemente.

—Pensé...

—Mal pensamiento. Ve a pararte allá. —Señaló una esquina como si fuera un niño castigado.

Mal miró a Aurion, que había aparecido en la puerta, siguiendo a su pareja. —Me están excluyendo.

—Sí, estás en la caseta del perro —dijo Aurion alegremente, comiendo lo que parecía otro pastel. ¿Mi cuñado hacía algo más que comer productos de repostería y burlarse de la gente?

—Estoy intentando ser comprensivo.

—Inténtalo con más fuerza. O más silenciosamente. Probablemente ambas cosas.

Daphne se volvió hacia mí, apretando mi mano. —Tu trágica historia de fondo suena como una mala novela juvenil.

—Realmente lo parece —admití.

—«Ella pensaba que era humana» —entonó Daphne dramáticamente, con una mano presionada contra su pecho—, «pero era MÁGICA».

—Para.

—«Sus abuelos guardaban un SECRETO que podría DESTRUIRLA». —Ahora realmente se estaba metiendo en el papel, su voz

adoptando esa cualidad dramática de narrador.

—Oh, Dios mío.

—«¿Abrazaría su VERDADERO PODER? ¿O la OSCURIDAD la consumiría?» —Daphne se agarró el pecho teatralmente—. Próximamente este otoño en una librería cerca de ti.

—Te odio.

—¿Puedo decir algo ahora? —preguntó Mal desde su esquina.

Daphne y yo nos miramos, luego volvimos a mirarlo al unísono. —NO.

Aurion resopló con una risa desde la puerta.

La expresión de Daphne se suavizó. —¿Qué puedo hacer? En serio. Dime y lo haré.

—¿Averiguar quién soy? Porque aparentemente ya no lo sé.

—Sigues siendo tú.

—¿Lo soy? Ni siquiera sé qué significa 'yo' ya. ¿Quién soy si todo lo que pensaba que era verdad resultaron ser mentiras?

—Eres la madre de Killian. Eres mi amiga. Eres la mujer que manifestó fuego y portales para proteger a su hijo. Eres Wen, lectora de novelas románticas picantes y fundadora de La Sociedad de los Destellos de Edward. Eres todas esas cosas. ¿El asunto del linaje mágico? Eso es solo información adicional. Contenido descargable para la experiencia Wen.

Realmente me reí de eso. —¿Acabas de comparar mi crisis de identidad con DLC de videojuegos?

—Si la metáfora encaja. Y encaja. Tú sigues siendo el juego base. Esto es solo contenido extra.

Miré hacia abajo a Killian durmiendo en mi regazo, completamente ajeno.

—Tus abuelos te estaban protegiendo —interrumpió Daphne suavemente, sabiendo exactamente lo que estaba pasando por mi mente.

—Todo el mundo sigue diciendo eso. No hace que duela menos. —Gruñí.

—Lo sé. Pero sigue siendo cierto.

—¿Qué voy a hacer?

—Lo que necesites —dijo Mal desde donde estaba parado—. Lo resolveremos.

Todavía no lo miré. Daphne miró entre nosotros pero no comentó.

—¿Lo haremos? —pregunté.

—Sí. Juntos.

—No sé si puedo hacer lo de 'juntos' ahora mismo.

—Entonces esperaré hasta que puedas.

La habitación quedó en silencio excepto por la suave respiración de Killian. Daphne sostenía mi mano. Mal estaba de pie a unos metros, pareciendo que deseaba desesperadamente ayudar pero sin tener idea de cómo.

Y yo estaba sentada allí, sintiéndome completamente perdida.

Más tarde esa noche, después de que Daphne se hubiera ido con promesas de venir a verme mañana, después de que Aurion se llevara a Mal para lo que parecía una conversación fraternal muy directa, estaba acostando a Killian en mi habitación.

Killian ya estaba medio dormido, sus ojos entrecerrándose mientras le arropaba con las mantas.

—Mamá —murmuró, frotándose los ojos con los puños—. ¿Por qué ya no dormimos con papá?

Mi garganta se tensó. Mal había estado durmiendo en su oficina, pero no podía decirle eso a Killian. «Es complicado, cariño».

—¿Qué significa comp-li-cado?

—Significa que mamá y papá están resolviendo algo. Como cuando tú y tu amigo tenéis un desacuerdo y necesitáis tiempo separados.

—Pero echo de menos cuando todos dormíamos juntos. Era más cálido —su voz sonaba tan triste.

—Lo sé, bebé.

—Papá está muy triste. Lo siento aquí —tocó su pecho, justo sobre su corazón—. Como una tristeza grande. Muy muy grande.

—¿Puedes sentir los sentimientos de papá?

Asintió adormilado. —Ajá. Y tú también estás triste. ¿Por qué está todo el mundo tan triste?

—Cosas de adultos, cariño.

—Las cosas de adultos ponen a todos tristes. No quiero crecer si eso me va a poner triste todo el tiempo.

—Tienes mucho tiempo antes de preocuparte por eso. Muchos años siendo niño primero. Duerme un poco.

—¿Puede venir papá a dormir aquí también? ¿Para que no esté triste?

Dudé, mi mano deteniéndose en su pelo. —Quizás.

—Bien —murmuró Killian, ya quedándose dormido.

Besé su frente y caminé hacia la puerta. Sabía que Mal estaba ahí fuera. Podía sentirlo a través del vínculo, aunque lo había estado bloqueando durante días. Su presencia era como un zumbido constante bajo mi consciencia.

Abrí la puerta. Estaba apoyado contra la pared del pasillo, con aspecto cansado e inseguro, y tan patéticamente esperanzado cuando me vio.

—Entra —dije.

Pareció sorprendido. —¿Estás segura?

—Killian preguntó por ti. Y sinceramente, estoy demasiado cansada para seguir enfadada ahora mismo. No tengo energía.

Nos acercamos a la cama desde lados opuestos, cayendo en la familiar rutina de arropar a Killian juntos. Lo habíamos hecho cientos de veces durante los últimos cuatro años, nuestros movimientos sincronizados sin pensarlo. Nuestras manos se rozaron brevemente sobre él y no me aparté.

Una vez que Killian estaba profundamente dormido, con la respiración suave y acompasada, ambos nos acomodamos en la cama a cada lado de él. Por un momento, solo nos quedamos allí en silencio.

Entonces los ojos de Killian se abrieron ligeramente. Nos vio a ambos y sonrió, pareciendo demasiado satisfecho para alguien que supuestamente estaba dormido. —Por fin —murmuró.

Después volvió a quedarse dormido.

Miré al techo. —¿Acaba de...?

—Sí —dijo Mal, y pude oír la sonrisa en su voz.

—Nuestro hijo de cuatro años acaba de burlarse de nosotros.

—Lo ha sacado de ti.

—Justo.

Ambos permanecimos en silencio, mirando al techo mientras nuestro hijo dormía entre nosotros.

—Ha estado intentando que volvamos a estar juntos —dije finalmente.

—Me he dado cuenta. Encontré una corona de flores púrpura en mi almohada ayer. Con una nota que decía «Mamá» en su intento de escritura.

Me reí suavemente. —Tan sutil. Todo un maestro de la manipulación, este pequeño.

—También me preguntó si te había hecho llorar.

—¿Qué le dijiste?

—Que fui estúpido y cometí un error.

—Buena respuesta.

—Me sugirió que te trajera flores para disculparme. Dijo que es lo que hacen los príncipes en sus cuentos.

—¿Lo hiciste?

—Iba a hacerlo. Pero entonces aparecieron los asesinos y arruinaron mi gesto romántico.

—Los asesinos lo arruinan todo.

—Todo —coincidió solemnemente.

Volvimos a quedar en silencio, el silencio cómodo que solíamos compartir regresando lentamente. Entonces Mal habló. —Debería habértelo contado. Mis sospechas.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Estabas abrumada. Nueva reina, nueva madre, navegando por un mundo completamente nuevo, compaginando la Tierra y Lytopia. Pensé que necesitabas tiempo para adaptarte sin que te lanzaran más caos.

—¿Así que decidiste por mí?

—Sí. Y me equivoqué. Ahora lo veo. Pensé que te estaba protegiendo, pero solo estaba guardando secretos.

Giré la cabeza para mirarlo. Estaba mirando al techo, con la mandíbula tensa por la culpa.

—Entiendo por qué lo hiciste —dije—. No significa que no doliera.

—Lo sé.

—Deberías haber confiado en que yo podía manejarlo. Decidir por mí misma lo que podía soportar.

—Ahora también lo sé. La cagué.

—Prométemelo. No más secretos. Incluso si crees que me estás protegiendo. Especialmente si crees que me estás protegiendo.

Se volvió para mirarme a los ojos. —Lo prometo. No más secretos. Incluso cuando crea que sé lo que es mejor.

—Bien. Porque tengo cinturón negro en guardar rencor.

—Lo sé. Es aterrador.

—Bien. El miedo mantiene a los hombres honestos.

Su boca se crispó. —Eres magnífica cuando me amenazas.

—Todavía estoy enfadada contigo.

—Lo sé.

—Pero estoy ligeramente menos enfadada que hace tres días.

—Aceptaré ligeramente menos. Aceptaré cualquier versión de menos enfadada.

—También vas a dormir aquí a partir de ahora. Killian tiene razón. Es más cálido con los tres. Y ambos estamos cansados de sentir tu tristeza.

—Sí, mi reina. Lo que tú quieras.

—Buena respuesta.

Me incliné cuidadosamente sobre Killian y lo besé. Suave y dulce, sabiendo a hogar después de un viaje muy largo. Cuando me aparté, Mal me miraba como si le hubiera dado el mundo entero.

—Abrázame —dije, con la voz ligeramente temblorosa—. Por favor. Estoy cansada de tener miedo y estar confundida. Solo quiero sentirme segura en tus brazos por cinco minutos.

—Siempre te abrazaré, pequeña compañera —dijo inmediatamente, acomodándonos para que su brazo nos rodeara a mí y a Killian—. Por el tiempo que necesites. Para siempre, si quieres.

Apoyé mi mano en su pecho, sintiendo su corazón latir firme bajo mi palma. Killian estaba cálido entre nosotros, respirando pacíficamente, finalmente consiguiendo el arreglo familiar para dormir por el que había estado haciendo campaña.

—Vamos a resolver esto —dijo Mal suavemente—. Todo. Tu linaje, los poderes de Killian. Juntos.

—Juntos —acepté, cerrando los ojos.

—Te amo —murmuró—. Más de lo que puedo expresar adecuadamente.

—Yo también te amo. Incluso cuando eres un idiota.

Lo último que vi fue su hermosa sonrisa.

9

—•—

Wen

Me desperté con el pie de alguien en mi cara y la sensación clara de no poder mover mi brazo izquierdo.

—¿De quién es este pie? —murmuré, con la voz amortiguada contra lo que sospechaba era un talón muy pequeño.

—De Killian —dijo Mal adormilado desde algún lugar a mi derecha.

—Está en mi cara.

—Es muy flexible.

Intenté cambiar de posición y descubrí que no solo el pie de Killian estaba en mi cara, sino que de alguna manera estaba extendido como una estrella de mar sobre ambos, ocupando toda la cama a pesar de tener más o menos el tamaño de una almohada moderadamente grande. Un brazo estaba tirado sobre el pecho de Mal, el otro estaba de algún modo detrás de mi cuello, y estaba babeando. Sobre el pecho de Mal.

—Mmmph... galletas... —murmuró Killian en sueños.

—Está soñando con galletas —observé—. Y no siento mi brazo.

—Está tumbado encima.

Finalmente conseguí liberarme lo suficiente para ver la situación. Killian estaba, efectivamente, extendido como una estrella de mar, completamente en diagonal a través de la cama, ocupando el máximo espacio con el mínimo de masa corporal. Era realmente impresionante.

—¿Cómo está ocupando toda la cama? Es diminuto.

—Es ciertamente un don —dijo Mal, y pude oír la sonrisa en su voz aunque no podía ver su cara tras el cuerpo extendido de nuestro hijo.

Cinco minutos después, los ojos de Killian se abrieron de golpe y se sentó de un movimiento, lleno de energía a un volumen que debería ser ilegal antes de las 7 de la mañana. Era como si sintiera que estábamos despiertos y no quisiera desperdiciar ni un solo segundo.

—¡BUENOS DÍAS!

Hice una mueca. —Voz interior, cariño.

—¡ESTA ES MI VOZ INTERIOR!

—Esa es tu voz exterior —dijo Mal, sentándose y limpiándose la baba del pecho con una servilleta.

—Oh. Lo siento. —La voz de Killian bajó a un susurro teatral que de alguna manera era más fuerte que su voz normal—. ¿Está mejor así?

—Claro —mentí, porque no iba a discutir tan temprano en la mañana.

Una hora después, tras el desayuno y vestirnos y después de que Killian hiciera aproximadamente setecientas preguntas sobre adónde

íbamos y por qué no podía venir, estábamos intentando dejarlo con Sorcha.

Palabra clave: intentando.

—¡Quiero ir! —protestó Killian, aferrándose a mi pierna como un percebe muy decidido.

—Esta vez no, cariño. Te quedas con la abuela.

—¡Pero seré TAN bueno! ¡El más bueno! ¡Lo prometo!

—Te divertirás más aquí —dijo Mal, intentando separarlo de mi pierna.

—¡No, no lo haré! Vosotros hacéis todas las cosas chulas y yo tengo que quedarme aquí y aburrirme.

—Solo vamos a reuniones aburridas —dije.

Killian me miró con esos grandes ojos que eran demasiado astutos para un niño de cuatro años. —Entonces, ¿por qué no puedo ir si es aburrido?

Tenía razón. Maldita sea.

Sorcha, bendita sea, intervino. —Te daré galletas.

La cabeza de Killian giró hacia ella con precisión láser. —¿Cuántas galletas?

—Dos galletas.

—TRES galletas.

Sorcha parpadeó. —De acuerdo. Tres galletas.

—¿Con pepitas de chocolate?

Miré a mi hijo con horror impresionado. —¿En serio estás negociando ahora?

—Soy un buen nego-cia-dor —dijo orgullosamente, tropezando con la palabra pero transmitiendo el concepto.

—¿Dónde aprendió esto? —preguntó Mal, mirándome.

—De ti. Lo aprendió de ti.

—No soy tan calculador.

Sorcha y yo nos miramos, y luego a él en perfecta sincronización. —Sí lo eres.

—Tres galletas con pepitas de chocolate —confirmó Killian—. Y yo elijo cuáles.

—Hecho —dijo Sorcha, extendiendo su mano.

Killian la estrechó solemnemente como si estuviera cerrando un trato comercial. Que, supongo, estaba haciendo.

Lo dejamos con Sorcha y aproximadamente cuarenta guardias porque absolutamente no íbamos a correr riesgos después del intento de asesinato. ¿Paranoico? Sí. ¿Necesario? También sí.

Torin estaba esperando fuera de los aposentos familiares con un informe.

—Vuestras Majestades —dijo, caminando a nuestro lado—. La pista sobre los asesinos conduce fuera de Lytopia. A reinos más allá de nuestra alianza.

Oh. Esto no era bueno.

—¿Qué reinos? —preguntó Mal.

—Igryside. Un reino sombrío cerca del mar. No sabemos mucho sobre ellos. Se mantienen apartados, muy aislados. No forman parte de ninguna alianza.

Torin nos miró a ambos. —Hay una taberna en las fronteras exteriores de Ravenor donde se reúnen viajeros de todos los reinos. La gente habla. Podríamos recopilar más información allí antes de enviar espías.

—Una taberna —dijo Mal pensativamente, y luego me miró—. Deberíamos ir.

—Y yo voy contigo —dije.

No discutió. Bien, porque iba a ir le gustara o no.

***

La taberna se llamaba El Puñal Oxidado, lo que debería haber sido mi primera pista de que íbamos demasiado bien vestidos.

—Este lugar huele a pescado —dije, mirando alrededor del establecimiento decididamente sospechoso. Madera oscura, rincones aún más oscuros, y clientes que parecían haber matado a alguien al menos una vez.

—No nos quedaremos mucho tiempo —dijo Mal, con su mano en la parte baja de mi espalda.

—Todo el mundo nos está mirando.

—Parecemos fuera de lugar.

—Llevas una capa. Por supuesto que parecemos fuera de lugar. —Lo miré—. Pareces un mago de época.

—¿Qué es eso?

—No importa.

—¿Es malo?

—No. Solo gracioso en un lugar llamado El Puñal Oxidado.

Torin, que vestía ropa normal y se mezclaba mucho mejor que nosotros, señaló hacia una mesa en la esquina. —El mercader está allí.

—¿El borracho? —pregunté.

—Todos están borrachos.

—El MUY borracho. Mejillas rosadas. Babeando.

—Ese, sí.

Nos acercamos a la mesa solos, Torin se quedó atrás para vigilar. El mercader nos miró con ojos nublados.

—¿Qué queréis? —balbuceó.

—Información —dijo Mal con su voz de rey, que definitivamente era el tono equivocado para este establecimiento.

—No hablo con gente elegante.

—¿Ves? —le susurré a Mal—. Demasiado bien vestidos.

—Te pagaré —dijo Mal, ignorándome.

Los ojos del mercader se agudizaron con interés a pesar del alcohol. —¿Cuánto?

—¿Qué sabes sobre Igryside?

—Depende de cuánto oro tengas.

—Creo que nos están extorsionando —le susurré a Mal.

—Soy consciente. —Mal sacó una bolsa de oro. Los ojos del mercader se abrieron de par en par.

—Unos hombres de allí pasaron por aquí. Frontera de Ravenor. Tipos raros. Muy callados. Luego murieron.

Parpadeé. —¿Murieron?

—Sí. El rey los mató o algo así. —Claramente no se daba cuenta de que estaba hablando con el rey en persona. Esto era tan incómodo.

Mal y yo intercambiamos miradas.

—No sé por qué —continuó el mercader, dando otro trago a cualquiera que fuese el aguardiente que estaba bebiendo—. Quizá eran asesinos. Quizá lo miraron mal. Los reyes son quisquillosos con esas cosas.

—Sin duda —dijo Mal, con la voz perfectamente controlada.

Me mordí el labio para no reírme.

—Vosotros dos también parecéis quisquillosos. ¿Sois nobles?

—Algo así —conseguí decir.

—Ya me parecía. Oléis a caro.

Las cejas de Mal se alzaron. —¿Huelo a caro?

—Como... jabón elegante. El bueno.

Me rendí. —Oh, Dios mío.

Conseguimos algunos detalles más antes de agradecer al mercader y salir de allí. Casi me muero intentando no reírme.

—Hueles a jabón elegante —dije en cuanto estuvimos fuera.

—Para.

—Rey Jabón Elegante.

—Te dejaré aquí.

—No, no lo harás.

—No, no lo haré —admitió, con la comisura de la boca curvándose hacia arriba.

Torin se reunió con nosotros un segundo después, seguido por el resto de los guardias que estaban dispersos por la taberna y el perímetro. —¿Conseguisteis lo que necesitabais?

—Sí —dijo Mal—. Envía a tus mejores espías a Igryside inmediatamente. Necesitamos saber qué están planeando.

—De inmediato, Su Majestad.

Mal tomó mi mano mientras empezábamos a caminar hacia el castillo. Sus dedos entrelazados con los míos, cálidos y sólidos.

—Además, «Igryside» es un nombre tan ominoso —dije—. ¿Verdad? ¿Por qué siempre es algo que suena oscuro?

—Si alguien llamara a su reino Tierrafeliz, inmediatamente sospecharía que cometen crímenes terribles —dijo Mal.

—«Bienvenidos a Tierrafeliz, donde todos sonríen... o si no» —repetí con mi voz ominosa.

Se rió, y el sonido hizo que mi pecho se calentara. Caminamos de vuelta al castillo juntos, con los dedos entrelazados, unidos y felices. Y en el momento en que pusimos un pie en él, convocamos una reunión de emergencia con todos los reinos aliados. No quería volver

a ver sus caras nunca más después del desastre del banquete, pero era necesario. Estábamos en una alianza, y no podía ignorarlos para siempre. Ojalá pudiera.

En una hora, la sala del consejo estaba llena de reyes, reinas y sus consejeros. Los Dioses decidieron perdonarme uno, porque no había ninguno de los dignatarios que hablaron contra Killian esa maldita noche. No sabía cómo habría reaccionado si hubiera visto a alguno de ellos otra vez. O cómo habría reaccionado Mal. Probablemente con sus puños, y yo le habría animado.

Aurion estaba allí, con un aspecto inusualmente serio. Daphne se sentó a su lado, dándome una sonrisa alentadora. Casimya había sido invitada para explicar sobre mi linaje. Los representantes y la realeza de los otros reinos completaban el resto de la sala.

Algunos de ellos todavía se mostraban cautelosos respecto a los poderes de Killian, sobre el hecho de que su reina «humana» había resultado no ser tan humana después de todo. Podía verlo en sus caras, en la forma en que me miraban.

Mala suerte. Tendrían que aceptarlo.

Mal y yo nos sentamos juntos a la cabecera de la mesa, presentando un frente unido. Bajo la mesa, su mano encontró la mía y entrelazó nuestros dedos. Le devolví el apretón.

—Hubo un intento de asesinato contra mi hijo, y fue orquestado por un reino llamado Igryside —comenzó Mal—. Tenemos información que sugiere que están planeando algo más grande.

—¿Y se supone que debemos confiar en que los nuevos poderes de la reina son... seguros? —preguntó Xander Silvermane, con un tono cargado de escepticismo.

Le dediqué una sonrisa fría.

—Se supone que debes confiar en que si amenazas a mi familia otra vez, descubrirás exactamente cuán seguros son.

—Vaya —susurró Daphne a Aurion—. Esa es mi mejor amiga.

—¿Quizás una demostración? —sugirió Mortimer Goldridge, más amablemente—. ¿De estos poderes de portal?

—Todavía no tengo suficiente control. Podría accidentalmente enviarnos a todos a otra dimensión y no creo que eso ayudara a la alianza.

Casimya intervino:

—Como he explicado, la Reina Gwendolyn proviene de un linaje legendario. Los lanzadores de portales más poderosos de la historia. Yo misma entrenaré a Su Majestad para garantizar un control y seguridad adecuados.

—Gracias —dije.

—Esto no tiene precedentes —dijo otro representante de Ebonvale, no el que Mal había usado como saco de boxeo. Ese probablemente todavía estaba recuperándose.

—Sí, ya hemos establecido que no tengo precedentes. ¿Podemos seguir adelante?

Mal me estaba mirando fijamente. Podía sentirlo sin siquiera mirarlo. Su pulgar dibujaba círculos en la palma de mi mano bajo la mesa.

—¿Qué hay del niño? —preguntó Valerius Crescentborn—. ¿Sus poderes?

—Killian también entrenará con Casimya —dijo Mal—. Aprenderá a controlarse.

—Y cualquiera que tenga un problema con mi hijo puede tratarlo conmigo —añadí, con voz cortante.

—Simplemente queremos garantías... —comenzó Xander Silvermane.

—Aquí está vuestra garantía: tiene cuatro años. Está aprendiendo. Y está bajo MI protección. Nada como lo que sucedió en el banquete volverá a ocurrir una vez que tengamos nuestros poderes entrenados y bajo control. Fin de la discusión.

Mal se inclinó cerca, su aliento cálido contra mi oreja.

—Voy a necesitar que dejes de ser tan dominante.

—¿Por qué? —susurré.

—Porque estamos en una reunión y estoy teniendo pensamientos inapropiados.

Sonreí con picardía.

—Entonces no veo por qué debería parar.

La respuesta de Mal fue un gruñido profundo.

La reunión continuó durante una hora demasiado larga. Discutimos sobre Igryside, la amenaza que representaban, cómo responderíamos como alianza. Hablamos sobre seguridad adicional, esperando informes de espías, manteniendo la comunicación entre reinos.

Apenas prestaba atención.

Todo en lo que podía concentrarme era en la pierna de Mal presionada contra la mía bajo la mesa, sus dedos entrelazados con los míos, la forma en que seguía acariciando la palma de mi mano seductoramente, cómo me miraba como si fuera algo que pretendía

tener en cuanto estuviéramos solos. Habíamos estado separados durante demasiado tiempo.

—¿Y si Igryside ataca de nuevo? —preguntó Elspeth Goldridge.

—Respondemos como una alianza. Frente unido —dijo Mal—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Aurion, y los otros reyes asintieron.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Kane Aurelius.

—Seguridad adicional. Esperamos los informes de los espías. Y nos mantenemos en contacto si algo sospechoso sucede en cualquiera de vuestros reinos.

—Comenzaré a entrenar mañana —dije, obligándome a concentrarme en la conversación real. No parecían muy tranquilizados. En fin.

—Prepárate para frustrarte —dijo Casimya secamente, lo suficientemente bajo para que solo yo la escuchara—. La magia de portal es increíblemente difícil de controlar.

—No puedo esperar.

La reunión finalmente comenzó a terminar, la gente empezó a recoger sus cosas, levantarse, prepararse para irse. Por fin. Mal me miró y todo lo demás se desvaneció.

—Estuviste increíble —susurró Daphne al pasar junto a mi silla.

—Gracias —dije, distraída, sin apartar la mirada de Mal. La tensión entre nosotros se sentía eléctrica, con la piel de gallina en mis brazos. Lo necesitaba mucho, muchísimo.

Daphne siguió mi mirada y sus ojos se agrandaron.

—Oh. OH. Me voy. Ahora mismo. Adiós.

Prácticamente arrastró a Aurion fuera de la habitación.

Los otros reyes y reinas salieron lentamente, todavía discutiendo medidas de seguridad y protocolos de alianza. Torin fue el último en salir, cerrando la puerta tras él con una mirada cómplice.

Y entonces éramos solo nosotros. Por fin.

—Eso salió bien —dijo Mal, su voz más baja que antes.

—¿De verdad?

—Estuviste magnífica.

—Ya has dicho eso antes.

—Sigue siendo cierto.

Me levanté lentamente, mi corazón ya acelerado.

—Probablemente deberíamos ir a ver a Killian.

—Sí. Probablemente —estuvo de acuerdo. Ninguno de los dos se movió.

—¿Por qué no nos movemos? —pregunté, mordiéndome el labio. Sus ojos trazaron el movimiento y lo vi tragar saliva con dificultad. Era tan poderoso sentir el efecto que tenía en él. Fácilmente podría embriagarme con esa sensación.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En lo mucho que quiero besarte.

Se me cortó la respiración. *Sí*.

—¿La puerta está cerrada?

—Todavía no —se levantó bruscamente, cruzó hacia la puerta y la cerró con un chasquido decisivo. Luego se volvió hacia mí, y la mirada en sus ojos me debilitó las rodillas—. Ahora sí.

Ahora respiraba más rápido, con mariposas haciendo un lío en mi estómago. Cruzó la habitación hacia mí con intención depredadora, y me quedé exactamente donde estaba. Esperando.

—¿Sabes lo que me haces? —preguntó, deteniéndose justo frente a mí.

Probablemente lo mismo que *él* me estaba haciendo a mí, pero aún así respondí:

—Dímelo.

—Verte dominar esa sala. Verte callar a Silvermane y defender a nuestro hijo con tanto fuego —su mano subió para acunar mi rostro —. No tienes idea de lo difícil que fue sentarme allí y actuar profesionalmente.

—Estaba presumiendo —admití.

—¿Para quién?

—Para ti. Obviamente.

—Bueno. Funcionó jodidamente bien —gruñó, sus pulgares acariciando mis mejillas.

—Estuve increíblemente distraída durante toda la reunión —susurré.

—¿Por qué?

Por favor.

—Como si no lo supieras.

Me atrajo hacia él, su agarre firme en mis caderas, los dedos hundiéndose en mi carne con la fuerza suficiente para dejar moretones, y podía sentir exactamente cuánto me deseaba presionando contra mi estómago, su miembro grueso y rígido a través de sus pantalones, palpitando con un calor que se filtraba en mi piel.

—Se suponía que debíamos ser profesionales —murmuré.

—Fuimos muy profesionales. No me lancé sobre ti delante de todos —su voz era baja, áspera, con ese toque burlón que siempre hacía que mi pulso se acelerara.

—Lo consideré —admitió, sus labios rozando mi oreja, su aliento caliente y entrecortado contra mi piel, enviando escalofríos por mi columna. El tenue aroma de su colonia se mezclaba con el aire de la sala de reuniones, haciendo que el momento se sintiera aún más prohibido—. Cada maldito segundo del día. Todos los días. Verte inclinarte sobre esa mesa cuando alcanzabas el agua, tu trasero brevemente delineado en tu vestido... joder, Wen, estuve duro durante toda la reunión.

Entonces me estaba besando, profundo y hambriento, su lengua penetrando en mi boca como si fuera suya, reclamando cada centímetro. Le devolví el beso con la misma urgencia, gimiendo en el húmedo deslizamiento de nuestros labios, mis dedos encontrando su pelo y acercándolo más, las uñas raspando su cuero cabelludo. Su agarre se apretó en mis caderas, levantándome sin esfuerzo hasta que mi trasero golpeó el borde de la mesa.

—Te he echado de menos —dijo entre besos, sus dientes mordisqueando mi labio inferior, provocando un agudo escozor que me hizo jadear—. Mucho. Ha pasado demasiado tiempo desde que

te toqué. Desde que sentí este coño apretarse alrededor de mis dedos.

—Demasiado tiempo —estuve de acuerdo sin aliento, mi pecho agitándose mientras me frotaba contra él, sintiendo la áspera tela de sus pantalones rozar mi clítoris a través de mis bragas—. ¿Qué? ¿Cinco días enteros?

—Una eternidad —gruñó las palabras. Envolví mis piernas alrededor de su cintura, enganchándolas detrás de él, atrayéndolo hasta que su erección se apoyó justo en mi centro. La dura longitud se frotó contra mí a través de nuestra ropa, la presión haciendo que mis bragas se empaparan al instante, y gemí en su boca, el sonido amortiguado por su lengua. Todavía nos estábamos besando, frenéticos y acalorados, la saliva mezclándose mientras nos devorábamos mutuamente, compensando días de tensión, peleas y necesidad mutua.

Su boca abandonó la mía para recorrer mi cuello, caliente y con la boca abierta, los dientes rozando el punto sensible debajo de mi oreja hasta que me estremecí, con la piel de gallina recorriendo mis brazos. Mis caderas se movieron contra él instintivamente, persiguiendo esa deliciosa fricción, mi clítoris pulsando con necesidad.

—Joder —gimió contra mi garganta, la vibración retumbando a través de mí, sus manos deslizándose hacia arriba para apretar mi trasero, separando mis nalgas a través del vestido—. Te deseo tanto. Quiero enterrar mi verga en ti aquí mismo, follarte hasta que no puedas caminar derecha.

—¿De qué libro sacaste eso? —mi voz salió ronca, exigente, mis dedos arañando los botones de su camisa.

—Ningún libro, solo yo —hizo un sonido áspero, animalesco, y me recostó sobre la mesa que acabábamos de usar para discutir nuestro futuro con las personas más importantes de Lytopia. Todo en lo que

podía concentrarme ahora era en el hambre en sus ojos. Su peso se asentó sobre mí, una mano apoyada junto a mi cabeza, enjaulándome, la otra deslizándose por mi muslo bajo mi vestido, los callos ásperos en mi suave piel, empujando la tela más arriba hasta que el aire fresco golpeó mis muslos húmedos.

—Esto estorba —dije, tirando de su ropa desesperadamente, haciendo saltar botones que rebotaron por el suelo.

—Todo estorba —tiró de mi vestido hacia arriba y por encima de mi cabeza en un solo movimiento rápido, la cremallera tensándose, luego rasgó su propia ropa, exponiendo su amplio pecho cubierto de vello que quería arañar con mis uñas.

Nos desnudamos frenéticamente el uno al otro, la ropa siendo retirada sin ningún cuidado por dónde caía o si sobrevivía al proceso. La hebilla de su cinturón tintineó mientras la abría torpemente, sus pantalones empujados hacia abajo junto con su ropa interior, su miembro saltando libre, grueso, la punta ya brillante con líquido preseminal. Mi sujetador se rompió bajo sus dedos impacientes, las bragas rasgadas a un lado con un desgarro que hizo eco. La tela se rasgó en otro lugar también, la manga de su camisa abriéndose por la costura. Ya nos preocuparíamos por eso más tarde; ahora, lo único que importaba era piel contra piel.

Finalmente desnudos, el calor de su pecho presionado contra mis pechos, los pezones endureciéndose instantáneamente contra el vello áspero. Sus manos recorrieron mi cuerpo, las palmas callosas ásperas contra mi piel de la mejor manera, trazando la curva de mi cintura, apretando mis caderas. Acunó mi pecho, el pulgar circundando mi pezón hasta que se erizó, y me arqueé hacia él con un jadeo, la tensión disparándose directamente a mi centro.

—Eres tan hermosa —dijo, su mirada oscura mientras recorría mi cuerpo, deteniéndose en mis muslos separados, los pliegues

húmedos de mi sexo expuestos y esperando—. Tan perfecta. Nunca me cansaré de mirarte. Este cuerpo... joder, es todo mío.

—Menos hablar, más tocar —alcancé hacia abajo, envolviendo mi mano alrededor de su miembro, acariciando la longitud caliente y aterciopelada, sintiéndolo palpitar en mi agarre, una gota de líquido preseminal manchando mi palma.

Sonrió contra mi cuello, los dientes mordisqueando el punto de pulso.

—Mandona.

—Te gusta —lo bombeé con más fuerza, acariciando la hendidura con el pulgar, haciéndolo sisear.

—Me *encanta* —su voz bajó una octava, posesiva.

Su boca reemplazó su mano en mi pecho, la lengua girando alrededor de mi pezón antes de chuparlo entre sus labios con un tirón que me hizo enroscar los dedos de los pies. Grité, el sonido agudo en la habitación vacía, mis dedos hundiéndose en sus hombros, dejando marcas de media luna. Prodigó al otro pecho la misma atención, lamiendo, chupando, los dientes rozando lo suficiente para picar, mientras su mano se deslizaba más abajo, sobre mi estómago, los dedos extendiéndose ampliamente antes de sumergirse entre mis muslos.

Sus dedos encontraron mi sexo y inhalé bruscamente ante el contacto, las ásperas almohadillas separando mis pliegues, resbaladizos con mi excitación. Acarició a través de ellos, extendiendo la humedad que encontró allí, cubriendo sus dígitos, e hizo un sonido bajo y apreciativo contra mi garganta, el rumor vibrando en mi piel.

—Tan húmeda para mí —murmuró, la voz espesa de lujuria, dos dedos hundiéndose hasta los nudillos sin aviso, estirándome—.

Siempre tan lista. Este coño gotea con mi toque, ¿verdad? Ya apretándose.

—Siempre para ti —logré decir, mis caderas elevándose hacia su toque, follándome en sus dedos mientras los curvaba dentro, golpeando ese punto esponjoso que hacía que estrellas estallaran detrás de mis párpados.

Bombeó sus dos dedos dentro de mí, abriéndolos en tijera para abrirme más, el chapoteo de mis jugos obsceno. Su pulgar encontró mi clítoris, hinchado y palpitante, rodeándolo lentamente con presión firme, y casi me salí de la mesa, mi espalda arqueándose, un gemido escapando de mis labios. El doble asalto me tenía temblando, las paredes internas agitándose alrededor de la invasión.

—Mal —jadeé, mi voz quebrándose, las manos agarrando los bordes de la mesa hasta que mis nudillos se blanquearon—. Por favor. Te necesito dentro de mí.

—Ya que lo pides tan amablemente —retiró sus dedos con un sonido húmedo, llevándolos a su boca y chupándolos limpios, los ojos fijos en los míos, la imagen sucia y posesiva. Luego se posicionó en mi entrada, la gruesa cabeza presionando contra mi orificio, separando mis pliegues, provocando con inmersiones superficiales que me hicieron gemir.

Y entonces empujó dentro en una sola y suave embestida, llegando hasta el fondo con un gemido que coincidió con el mío. Ambos gemimos ante la sensación, el estiramiento de él llenándome por completo, su grosor abriéndome, la forma en que encajaba dentro de mí como si hubiera sido hecho para esto, para mí, las venas arrastrándose a lo largo de mis paredes. Mi sexo se apretó a su alrededor instintivamente, succionándolo más profundo, los jugos facilitando el deslizamiento pero haciendo que todo estuviera resbaladizo y desordenado.

—Dios santo —respiró, su frente cayendo sobre la mía, el sudor perlando su frente. Nuestras respiraciones se mezclaron, calientes y jadeantes—. Se siente increíble. Tan apretada y húmeda, agarrando mi verga como un tornillo.

—Más —exigí, arqueándome contra él, tratando de tomarlo más profundo, mis talones presionando su trasero. La mesa se clavaba en mi espalda, pero la plenitud de él anulaba todo—. Quiero más. Y más fuerte.

—Todo lo que quieras, pequeña compañera. Lo que sea —el término cariñoso envió una emoción a través de mí, su voz áspera con necesidad.

Comenzó a moverse, saliendo casi por completo, dejando solo la punta besando mi entrada, antes de deslizarse de nuevo, cada centímetro arrastrándose contra mis sensibles paredes. Cada embestida golpeaba ese punto dentro de mí que hacía que mis dedos de los pies se curvaran, chispas encendiéndose en mi vientre. Envolví mis piernas a su alrededor con más fuerza, tobillos cerrados en su espalda baja, atrayéndolo más cerca, más profundo, mis pantorrillas flexionándose contra su piel húmeda de sudor.

—Sí —gemí, la palabra una súplica, mis pechos rebotando con cada impacto.

Sus caderas golpeaban contra las mías con deliciosa fuerza. La mesa crujía debajo de nosotros, la madera gimiendo en protesta. A ninguno de los dos nos importaba; el mundo se redujo a los sonidos húmedos de él embistiendo dentro de mí, mi coño succionando alrededor de su verga.

—¿Así? ¿Te gusta, pequeña compañera? —preguntó, su voz tensa por el esfuerzo de contenerse, la frente presionada contra la mía, ojos feroces y fijos en mi rostro.

—Sí. Dios, sí. No pares nunca —mis manos recorrían su espalda, mis uñas arañando hasta su trasero, instándole a continuar.

—Nunca —prometió, aumentando el ritmo hasta que el sonido de piel contra piel llenó la habitación, mezclado con mis jadeos y sus gruñidos—. Nunca dejaré de desearte.

Cambió ligeramente el ángulo, inclinando sus caderas, y de repente cada embestida golpeaba exactamente en el punto correcto, clavándose en mi punto G con brutal precisión. Grité, un agudo gemido que rebotó en el techo, mis uñas arañando su espalda, dejando marcas rojas que trazaría con mi lengua más tarde. El placer se estaba acumulando, enrollándose más y más apretado en mi núcleo, extendiéndose por mis extremidades como fuego, el calor enrojeciendo mi piel hasta que me sentía arder.

Su pulgar encontró mi clítoris de nuevo, presionando y circulando al ritmo de sus embestidas, roces firmes e insistentes que hicieron que mi visión se volviera blanca. La presión se acumuló implacablemente, mis paredes aleteando salvajemente alrededor de su verga, contrayéndose en advertencia.

—Estoy tan cerca —jadeé, mis paredes internas comenzando a espasmos, mis muslos temblando alrededor de él. El sudor lubricaba nuestros cuerpos, deslizándose juntos.

—Córrete para mí, pequeña compañera —ordenó, su voz baja y áspera de esa manera que siempre me volvía loca, inclinándose para morderme el lóbulo de la oreja—. Déjame sentir cómo te corres alrededor de mi verga. Apriétame hasta que te llene.

Eso fue todo lo que necesité. Me hice pedazos, el placer cayendo sobre mí en olas tan intensas que mi espalda se arqueó sobre la mesa, la cabeza hacia atrás mientras gritaba su nombre.

—¡Mal! ¡Joder, sí!

Mis paredes internas se apretaron a su alrededor en pulsos rítmicos, ordeñando toda su longitud. Los jugos salieron a chorros alrededor de su base, empapando su ingle y la mesa debajo de mí, la liberación prolongándose mientras los temblores sacudían mi cuerpo.

Él me siguió justo después con un gemido gutural, embistiendo profundamente una última vez, presionando contra mi cuello uterino mientras se derramaba dentro de mí, cuerdas calientes de semen inundando mi coño, cubriendo mis paredes, el calor extendiéndose espeso y pegajoso. Su verga se sacudió con cada chorro, prolongando mis réplicas hasta que estuvo agotado, sus caderas vacilando hasta detenerse.

Se desplomó sobre mí, apenas sosteniéndose sobre sus antebrazos, ambos jadeando y temblando y completamente destrozados, su peso una deliciosa presión. Podía sentir su corazón latiendo contra mi pecho, igualando el ritmo acelerado del mío, nuestra mezcla de fluidos filtrándose a su alrededor, goteando sobre la madera de abajo.

Nos quedamos así por un largo momento, él aún dentro de mí, ambos recuperando el aliento.

Entonces empecé a reír.

—¿Qué? —preguntó, levantando la cabeza para mirarme con una sonrisa perezosa y satisfecha.

—Acabamos de tener sexo en la mesa del consejo.

—Claro que sí, joder.

—Donde tenemos importantes reuniones políticas.

—Sí.

—Nunca voy a poder sentarme durante otra reunión sin pensar en esto.

—Bien —dijo, besándome de nuevo—. Ese era el plan. Espero que todos perciban cómo te hice mía aquí mismo por el resto de la eternidad, durante todo el tiempo que sigamos teniendo reuniones en esta maldita sala.

Me sonrojé ante eso, ligeramente avergonzada. Nos limpiamos lo mejor que pudimos, vistiéndonos con la ropa que no estaba desgarrada, lentamente porque ninguno de los dos quería dejar de tocarse. Sus dedos seguían encontrando mi cintura, mi cabello, mi rostro. Los míos seguían encontrando su pecho, sus brazos, su mandíbula.

—Estos son ahora mis lugares favoritos —dijo, ayudándome a abrochar mi vestido.

—¿Qué, salas de reuniones?

—Cualquier lugar donde pueda tenerte.

—Cursi.

—Es la verdad.

Lo besé de nuevo porque podía, porque estábamos bien otra vez, porque amaba a este hombre más de lo que jamás podría expresar adecuadamente.

—Probablemente deberíamos ir a ver a Killian ahora —dije con reluctancia.

—Sí.

Me atrajo hacia él nuevamente, envolviéndome con sus brazos desde atrás. —Un minuto más.

Me derretí contra él. —Solo uno.

Nos quedamos así, envueltos el uno en el otro, ambos sonriendo como completos idiotas. Ah, cómo extrañaba esto.

10

—•—

Wen

—Hoy nos centraremos en los fundamentos teóricos de la magia de portales —anunció Casimya, acomodándose en lo que parecía que iba a ser una muy larga conferencia.

Oh no.

—Las barreras dimensionales entre reinos están fundamentalmente compuestas de-

Iba a morir de aburrimiento.

—capas de membranas de energía mágica concentrada que responden a... ¿estás escuchando?

—Absolutamente no —admití.

Los labios de Casimya se crisparon. —Honestidad. Refrescante.

—¿Podemos saltarnos a la parte de la magia real?

—La teoría ES magia.

—La teoría es algo aburrida.

—Por eso sigues abriendo portales a lugares aleatorios.

—Eso fue SOLO una vez.

—Tres veces. En la última hora.

Tenía razón.

A mi lado, Killian estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo, jugando con un pequeño portal que había abierto y que mostraba una vista del jardín. Estaba haciendo flotar pétalos de flores a través de él, completamente concentrado y sin esfuerzo alguno.

Estaba siendo humillada por mi hijo prodigio. No podía estar más orgullosa.

—Bien —dije, poniéndome de pie y sacudiendo mis manos—. Voy a abrir un portal al jardín. El jardín real. Donde está el portal de Killian.

Me concentré intensamente, sintiendo esa atracción que había aprendido a reconocer. La magia se sentía como electricidad bajo mi piel, cálida en mi pecho, atrayéndome hacia otras dimensiones. Me enfoqué en el jardín, visualizando las rosas, la fuente, el banco de piedra donde a Killian le gustaba sentarse.

El portal se abrió... a un campo. Con un granjero muy confundido mirándonos directamente.

—¿Qué demonios...? —comenzó el granjero.

—¡Lo siento! —grité, apresurándome a cerrarlo.

El portal se cerró de golpe.

Casimya levantó una ceja. —El jardín. Muy cerca.

—¡Lo estoy intentando!

—Mamá, lo estás haciendo mal —dijo Killian servicialmente, sin levantar la vista de su juego de pétalos de flores.

—Gracias, cariño. Muy útil.

—Tienes que SENTIRLO. ¡Así! —Se concentró tal vez durante medio segundo y abrió un portal directamente a la cocina. Podía ver al cocinero amasando—. ¿Ves? ¡Fácil!

—Eso es muy impresionante, cariño —dije, sintiéndolo de verdad.

—¡Sí! —Me sonrió radiante, luego hizo que el portal brillara. *Realmente* brillara. Con purpurina.

—¿Cómo lo hiciste brillar? —pregunté.

—¡Solo pensé en purpurina!

Casimya lo observaba con algo parecido al orgullo. —Tiene control instintivo. Muy raro.

—Por supuesto que lo tiene —murmuré.

Lo intenté de nuevo, concentrándome realmente esta vez. Visualizando el jardín. Las rosas. La fuente. El banco de piedra.

El portal se abrió... bajo el agua.

El agua inmediatamente comenzó a entrar a chorros, precipitándose en la sala de entrenamiento en un torrente frío y salado.

—Oh no... ¡CIERRA CIERRA CIERRA!

Lo cerré de golpe, pero no antes de quedar completamente empapada. Mi pelo estaba pegado a mi cara, mi ropa goteaba, y

ahora había un charco del tamaño de un pequeño estanque en el suelo.

Casimya y Killian, noté, se habían apartado tranquilamente y estaban completamente secos.

—Mejor tiempo de reacción —observó Casimya.

—Odio esto —dije, escurriendo mi pelo.

—Mamá, estás toda mojada —dijo Killian.

—Sí. Gracias, cariño. Me di cuenta.

—La mayoría de los niños son mejores que sus padres en algo —dijo Casimya.

—Normalmente es la tecnología —respondí.

—Sí. Pero para ti, es el viaje dimensional.

—Eso es peor de alguna manera.

Killian había vuelto a su portal, que ahora había hecho brillar en colores del arcoíris. —¡Mira! ¡Lo hice BONITO!

—Muy bonito, cariño.

—Tus abuelos eran iguales —dijo Casimya—. Dramáticos. Les encantaba presumir.

La miré, aún goteando. —¿Me hablas de ellos?

—Una vez portaron el caballo de alguien a una reunión del consejo.

Estallé en carcajadas a pesar de mi húmeda miseria. —¿Qué? ¿Por qué?

—Porque la persona los estaba aburriendo. Pensaron que un caballo sería más interesante.

—¿Lo fue?

—Mucho más interesante. El caballo tenía opiniones. Opiniones muy fuertes sobre las negociaciones comerciales que se estaban llevando a cabo en ese momento.

Podía imaginarlo. Mis abuelos, con cara de inocentes mientras el caos estallaba a su alrededor. Sonaba exactamente como algo que harían.

Continuamos entrenando hasta que el sol comenzó a ponerse. Logré abrir tres portales más a los lugares correctos, lo que Casimya dijo que era progreso. También abrí uno a lo que parecía ser el armario de alguien, y otro a un pico nevado de montaña que envió una ráfaga de aire helado antes de que lo cerrara.

—Estás mejorando —dijo Casimya cuando terminamos—. Más lento de lo que me gustaría, pero mejorando.

—Abrí un portal bajo el agua.

—Pero lo cerraste rápidamente. Tienes que ver el lado positivo.

Killian estaba haciendo un pequeño baile de victoria, girando en círculos con los brazos extendidos. —¡Soy *tan* bueno en magia! ¡El *mejo*! ¡EL MEJO EN MAGIA!

—Mejor. Sí que lo eres, cariño —dije.

—¡El me-jor del mundo entero! —Giró más rápido.

—¿Cómo puede tener tanta energía? —le pregunté a Casimya. Yo estaba agotada, mi ropa seguía húmeda por el incidente submarino, y mi cerebro se sentía exprimido.

—¡Las galletas! —anunció Killian, como si eso lo explicara todo.

Claro. Las galletas con chips de chocolate que había negociado con Sorcha esta mañana *otra vez*. Iba a ser un Rey increíble algún día. Habilidades de negociación inigualables. Además, sus subidones de azúcar duraban todo el día.

Lo que me recordó... Los guardias que habían protegido a Killian durante el intento de asesinato.

Había estado pensando en hacer algo significativo para agradecerles a todos por salvar a mi bebé, más aún entre el desastre que fue el banquete y cómo había sacado a relucir terribles opiniones sobre nosotros. Nadie había dudado en arriesgar sus vidas por nosotros y por mi bebé. Torin había estado allí mismo, luchando sin dudarlo. Otros habían ayudado a asegurar el área, habían comprobado que Sorcha estuviera bien, mantuvieron a Killian a salvo mientras Mal luchaba. Quería agradecerles, y mi hijo me había dado la idea perfecta para mostrar lo agradecida que estaba.

—Quiero hornear galletas —dije de repente. Porque las galletas caseras de la Reina serían un gran regalo, ¿no? *Si* salían bien.

Killian dejó de girar. —¿GALLETAS? ¿Vamos a hacer galletas?

—Para agradecer a los guardias que te ayudaron a protegerte.

Sus ojos se agrandaron de emoción. —¿Qué tipo de galletas?

—¿Qué tipo quieres hacer?

—¡Con chispas de chocolate! ¡No, espera, galletas de azúcar! ¡No, espera, AMBAS!

—Serán ambas entonces.

—¡Y galletas monstruo!

—Las galletas monstruo no existen.

—¡Ahora sí! —Estaba rebotando de nuevo, aún más enérgico que antes.

No nos llevó mucho tiempo llegar a las cocinas. El problema era el jefe de cocina del castillo, que levantó la vista tan pronto como entramos e inmediatamente señaló hacia la puerta.

—*Mi* cocina. FUERA.

No era la persona más cálida de este castillo, pero sabía que en secreto me quería.

—¿Por favor? —intenté mi mejor expresión suplicante—. Limpiaremos. Vamos a hacer galletas.

—No limpiaréis. Haréis un desastre y *yo* limpiaré.

Me desinflé. —Sí. Tienes razón.

—Al menos eres honesta. —Se limpió las manos en el delantal—. Está bien. Podéis usar mi cocina. Pero no toquéis esas hierbas de allí atrás. Las estoy remojando para una bebida.

—Entendido. Gracias.

—Y no dejes que el niño coma toda la masa. Se pondrá enfermo.

—Lo intentaré.

Se movió al otro lado de la cocina para darnos espacio. Killian ya estaba arrastrando un taburete hacia la encimera, subiéndose con determinación. —¡Voy a ayudar!

—Ya lo sé, cariño.

Veinte minutos después, la cocina parecía como si hubiera explotado una bomba de harina. Había polvo blanco en todas las superficies, incluidos el pelo de Killian, su cara y, de alguna manera, el techo. Los chips de chocolate estaban esparcidos por el suelo. La masa de galletas estaba untada en la encimera, en el taburete, en la camisa de Killian y en mi vestido.

—Llevas más harina que la que hay en el bol —observé.

—¡Está POR TODAS PARTES! —Killian extendió los brazos, enviando otra nube de polvo blanco.

—¿Cómo te has puesto chocolate en la frente?

Se tocó la cabeza, extendiéndolo aún más. —No lo sé.

—Deja de comer la masa.

—Pero está BUENA.

—Te pondrás enfermo, Killian.

—Oh. —Pensó en esto durante aproximadamente dos segundos, luego alcanzó más masa.

—Cariño...

—¡Lo siento, mamá! —Se metió la masa en la boca de todos modos, luego levantó una forma deforme—. ¡Mira! ¡Esta galleta parece un monstruo aterrador!

Examiné lo que generosamente podría llamarse una galleta. Se parecía a una mancha que había perdido una pelea con la gravedad. —Muy aterrador.

—¡Va a ASUSTAR A LOS TIPOS MALOS!

—Definitivamente lo hará, cariño.

—¡Estoy haciendo MUCHOS monstruos aterradores! —Ya estaba formando otra mancha con intensa concentración.

Hicimos varios lotes. Chispas de chocolate, galletas de azúcar y aproximadamente quince «monstruos aterradores» que no se parecían a nada en particular pero que Killian insistía en que aterrorizarían a cualquier asesino que se atreviera a acercarse.

La cocinera observaba desde el otro lado de la cocina con una mezcla de horror y diversión reluctante, negando con la cabeza todo el tiempo.

—Tenías razón —le dije—. No vamos a limpiar esto.

—Lo sé —dijo ella—. Pero estás haciendo feliz al niño. Eso vale la pena el desastre. ¿Os vais a comer todas estas?

—No —negué con la cabeza, usando el horno de barro ya caliente. Había sido muy difícil acostumbrarme a este maldito aparato, pero de alguna manera lo logré. Con ayuda de la cocinera, obviamente—. Estas son galletas de agradecimiento para los guardias, sanadores y personal. Para agradecerles su valentía en el ataque.

La cocinera se quedó en silencio por un segundo, con la mirada fija en mi cara. Luego admitió de mala gana: —Eres una gran Reina, Gwendolyn.

Mi corazón casi explotó con eso. Una vez que las galletas estuvieron horneadas y enfriadas, las cargamos en bandejas. Killian insistió en llevar una él mismo, aunque era casi tan grande como él.

—¿A dónde vamos primero? —pregunté.

—¡Torin! —dijo Killian—. ¡Torin recibe DOS monstruos aterradores!

Encontramos a Torin en los aposentos de la guardia, revisando los horarios de rotación con algunos otros guardias. Levantó la vista

cuando entramos, y su expresión se suavizó cuando vio a Killian.

—Joven príncipe —dijo, poniéndose de pie—. Su Majestad.

—¡Hicimos galletas! —anunció Killian, levantando su bandeja con orgullo—. ¡Esta es un MONSTRUO ATERRADOR!

Torin se agachó al nivel de Killian, examinando la galleta con forma de mancha con la seriedad apropiada. —Oh, no. Estoy aterrorizado.

—¡Deberías estarlo! ¡Es SÚPER aterradora!

—La galleta más aterradora que he visto jamás. —La voz de Torin era grave, pero sus ojos brillaban.

Killian resplandecía. —¡Recibes DOS porque eres el MEJO guardia!

—Soy bendecido. —Torin tomó las galletas, y cuando me miró, sus ojos estaban sospechosamente brillantes—. Su Majestad, no tenía que...

—Protegiste a mi hijo —dije con firmeza—. No dudaste. Estabas allí mismo, luchando inmediatamente. Esto es lo mínimo que puedo hacer. Quería mostrarles a todos lo mucho que aprecio todo vuestro duro trabajo.

—Fue un honor.

Lo abracé, lo que nos sorprendió a ambos. —Gracias. De verdad.

Me abrazó después de un momento de shock. —Siempre, mi reina.

Nos abrimos paso por el castillo, repartiendo galletas a todos los que habían ayudado durante el ataque. Los guardias que habían repelido a los asesinos, las doncellas que habían consolado a Killian después, los sanadores que habían atendido a Sorcha. Todos recibieron galletas, y todos pudieron escuchar sobre los monstruos temibles de Killian.

—¡Son TAN aterradores! —dijo un guardia, siguiéndole el juego—. ¡Podría tener pesadillas!

Killian se deleitaba cada vez.

Una de las doncellas se me acercó vacilante mientras Killian demostraba la técnica adecuada de monstruo aterrador a un guardia. —Majestad, ¿podría tener un momento?

—Por supuesto. ¿Qué ocurre?

—Es mi hermana. Trabaja en la lavandería y ha tenido problemas con sus manos. Artritis, dice el sanador. Está preocupada por perder su puesto.

—¿Cómo se llama?

—Elsa, Majestad.

—Hablaré con ella y con el sanador mañana. Encontraremos una solución. Quizás un puesto diferente, o un tratamiento que pueda ayudar.

Los ojos de la doncella se llenaron de lágrimas. —Gracias, Majestad.

—Por supuesto. Búscame si hay cualquier otra preocupación.

Llegamos a nuestra última entrega. Un guardia apostado cerca del corredor occidental. Era joven, quizás de unos veinticinco años, con ojos amables y una expresión cálida.

—Majestad —dijo, haciendo una reverencia—. ¿A qué debo el honor?

—Estamos agradeciendo a todos los que ayudaron durante el ataque —expliqué, ofreciéndole el plato—. Fuiste uno de los primeros en responder.

—Esto es muy amable, Majestad. —Tomó una galleta—. ¿El joven príncipe ayudó a hacerlas?

—Oh, sí. Ayudó MUCHO. —Señalé a Killian, que estaba cubierto de pies a cabeza de harina y chocolate.

El guardia se rio, cálido y amistoso. —Ya lo veo. Parece que se divirtió.

—Muchísimo. La cocina parece una zona de desastre.

Ambos estábamos sonriendo cuando lo sentí. Ese cosquilleo de conciencia que significaba que Mal estaba cerca.

Me giré y lo encontré de pie al final del corredor, observándonos con una expresión que conocía demasiado bien.

Oh no.

—Espero no estar interrumpiendo —dijo Mal, con voz agradable pero con un filo que hizo que el guardia diera un pequeño paso atrás.

—En absoluto. Solo estábamos...

—Puedo ver lo que estabais haciendo.

—¿Repartiendo galletas? —dije lentamente, confundida por la tensión de su mandíbula.

—Sí. Galletas. A los guardias.

Suspiré cuando me di cuenta del *porqué* estaba comportándose como un idiota. —Oh, Dios. No *otra vez*.

El guardia se estaba alejando. —Debería irme. Gracias por las galletas, Majestad.

—Excelente idea —dijo Mal.

El guardia prácticamente huyó, y yo puse los ojos en blanco mientras me giraba hacia mi pareja, que estaba actuando como un completo imbécil.

—Mal... —comencé.

—*Yo* quiero comer tus galletas.

Parpadeé. —¿Qué?

—Tus galletas. ÉL se las estaba comiendo. Deberían ser todas para mí.

—Mis galletas —repetí, mordiéndome el labio con más fuerza para evitar perder el control.

—Sí. Quiero comer tu galleta. Tu arduo trabajo. No él. Yo debería ser el que coma tu galleta.

No pude contenerme más y empecé a reírme tan fuerte que tuve que apoyarme contra la pared.

—¿Por qué te ríes? —Mal parecía genuinamente confundido.

—Lamento decirte esto —me reí entre dientes—, pero la mitad de los guardias acaban de comerse mi galleta. Fue una experiencia muy agradable, definitivamente lo haría de nuevo.

Las lágrimas resbalaban por lo fuerte que me estaba riendo. Dioses, sonaba increíble, y él no tenía ni idea.

—¡¿Tantos?! —Gruñó—. ¡¿Horneaste para todos ellos?!

Puse los ojos en blanco. —Killian ayudó, sí. Pero no te preocupes. Mi galleta más deliciosa es toda tuya, y siempre lo será.

Miró la cesta confundido. —¿Está ahí? Tengo algo de hambre.

—Yo también. ¿Puedo tomar más galletas? —preguntó Killian, ajeno a la extraña energía que había entre sus padres.

—Sí —logré decir a través de mi risa—. ¡Vamos a darle algunas a la abuela!

—Eso no es lo que... —comenzó Mal.

—Vamos, cariño. —Tomé la mano de Killian y me dirigí hacia los aposentos de Sorcha, todavía tratando de contenerme.

Mal nos siguió, pareciendo cada vez más confundido y frustrado.

—¿Por qué papá parece enfadado? —preguntó Killian, mirando hacia atrás a su padre.

—Papá está siendo tonto.

—Papá siempre es tonto —estuvo de acuerdo Killian.

—No soy tonto —protestó Mal.

Dejamos a Killian con Sorcha, quien nos miró a las caras y sabiamente no hizo preguntas. Luego caminé, muy deliberadamente, hacia uno de los corredores más desiertos del castillo. El ala antigua que se usaba principalmente para almacenamiento.

En el momento en que estuvimos solos, me volví hacia él.

—¿Qué fue eso?

—No me gusta que otros hombres te miren. Te estaba sonriendo.

—¡Porque estaba siendo amable! Eso es lo que hace la gente, sonríen cuando alguien es amable con ellos. No puedes ponerte celoso de todos los hombres de este castillo.

—Oh, sí puedo. Sonreía demasiado.

Suspiré, olvidando ya la risa de antes. —¿Hablas en serio ahora mismo?

—¡Sí! ¡*Estoy* celoso de todos! —Las palabras brotaron de él como si no pudiera contenerlas más.

—¿En serio?

—Especialmente de los malditos guardias. ¡Torin y cualquiera que te haga sonreír!

—Esto es una locura.

—Me *siento* loco. —Gruñó y luego, en voz más baja, añadió—: Siento que te estoy perdiendo.

Eso me detuvo en seco. —¿Qué?

—Aunque nos reconciliamos. Aunque estoy de vuelta en tu cama y hicimos el amor recientemente. —Su voz se quebró ligeramente—. Siento que te estás alejando y no puedo evitarlo.

Lo miré, realmente lo miré, y vi el miedo genuino en sus ojos, lo sentí pulsando a través de nuestro vínculo. Esto no era una estupidez posesiva de macho alfa. Era miedo *real*. Y me sentí como una mierda por no darme cuenta antes.

—Mal —dije suavemente, pero él negó con la cabeza.

—Estoy aterrorizado de perderte. De que te des cuenta de que mereces algo mejor que un tonto celoso que ni siquiera puede controlarse alrededor de guardias que simplemente están aceptando galletas...

—Para. Para ahí mismo. Estás siendo un idiota. —Me acerqué, poniendo mis manos en su pecho—. Te amo *a ti*, con todo mi

corazón y toda mi fuerza. Soy tuya, tanto como tú eres mío. Somos dos mitades de la misma alma, Mal. Y no me voy a ninguna parte.

—¿Estás segura?

—Sí. Nos pertenecemos el uno al otro, incluso si a veces me enfado porque me sacas de quicio, incluso si te pones celoso de cada hombre que hay aquí. Incluso si *yo* te saco de quicio. Somos Mal y Wen, para siempre. Eso es todo. Fin de la discusión.

—Te amo —dijo—. Tanto. Me consume. Y nunca me enfadaría contigo. Siempre tienes razón, incluso cuando no la tienes.

Resoplé. —Lo sé. Ahora bésame antes de que cambie de opinión y encuentre tus celos más molestos que entrañables.

Me besó, hambriento e intenso, su lengua hundiéndose profundamente en mi boca, saboreando a desesperación, como si no pudiera tener suficiente de mi sabor. Sus manos encontraron mi cintura, los dedos sujetándome como tenazas, atrayéndome contra él hasta que no quedó espacio entre nosotros. Podía sentir exactamente cuánto me deseaba, la dura longitud de su miembro presionando contra mi estómago a través de nuestra ropa, rígido y pulsante. Oh, dioses. Tened piedad.

—¿Aquí? —dije con voz ronca contra su boca, mis labios hinchados por el asalto, respirando en breves ráfagas. Literalmente estábamos en un pasillo.

—Justo aquí. —Su voz era un desafío, baja y atrevida.

Mis manos se aferraron al frente de su túnica. —Alguien podría vernos.

Sus ojos se dirigieron hacia los extremos sombreados del corredor, la luz de las antorchas moviéndose sobre las antiguas paredes.

Estábamos algo ocultos en las sombras, pero aun así. Los lobos tenían una gran visión.

—Entonces mejor que sea rápido. —Gruñó. Mordisqueé su labio inferior en respuesta, extrayendo una gota de sangre que lamí, el sabor metálico mezclándose con su sal.

Hizo un sonido áspero, un gruñido gutural desde lo profundo de su pecho, y me empujó contra la pared, su cuerpo presionando el mío contra la piedra fría y desigual que se clavaba en mi columna a través de la fina tela de mi vestido. El frío se filtró en mi piel, contrastando con el fuego que se construía en mi vientre. Su boca encontró mi cuello, sus dientes rozando el punto sensible debajo de mi oreja con la presión justa para enviar descargas eléctricas directamente a mi centro. Me estremecí a pesar del calor, mis pezones endureciéndose contra el áspero tejido de mi corpiño, anhelando el tacto.

Sus manos ya estaban levantando mi falda, arrugando la tela en mis caderas con tirones impacientes, la seda susurrando contra mis muslos mientras el aire fresco besaba mi piel expuesta.

—Si alguien viene... —empecé, con el corazón martilleando, mirando hacia la puerta arqueada al final, donde los pasos podían resonar en cualquier segundo.

—Me ocuparé de ello. —Su voz era una promesa oscura, sus dedos enganchándose en el borde de mis bragas y apartándolas bruscamente, la tela rozando mis muslos internos.

—¿Cómo?

—Los mataré —dijo, sus dedos deslizándose por mi humedad, separando mis pliegues con un movimiento resbaladizo que hizo que mi respiración se entrecortara. Jadeé ante el contacto, las ásperas yemas de sus dedos rozando mi clítoris antes de moverse más abajo, mis caderas avanzando involuntariamente, buscando más—.

O les cortaré la lengua. Lo que sea más rápido. Nadie interrumpe esto, y nadie ve lo que es mío.

—Estás loco... —Las palabras se cortaron en una brusca inhalación cuando deslizó dos dedos dentro de mí, curvándolos contra ese punto esponjoso en mi interior que hizo que mis rodillas cedieran. Si no me hubiera estado sujetando con su peso, me habría deslizado por la pared hecha un charco. La intrusión me estiró, sus nudillos presionando contra mi entrada, los sonidos húmedos de su bombeo ya resonando débilmente en las piedras.

—Por ti, sí. —Me trabajó expertamente, empujando sus dedos dentro y fuera con un ritmo que aumentaba la presión rápidamente, los nudillos golpeando mi clítoris en cada embestida mientras su pulgar se centraba en el hinchado botón, frotando círculos firmes que hicieron que mis dedos se curvaran en mis zapatillas. Tuve que morderme el labio con tanta fuerza que saboreé la sangre para evitar gritar. El corredor estaba vacío ahora, pero los sonidos viajaban en estos antiguos pasillos de piedra como susurros de fantasmas, y la patrulla de un guardia podría doblar la esquina en cualquier momento, atraída por un gemido o una palmada.

—Mal —respiré, mis caderas moviéndose contra su mano, follando sus dedos, el resorte en mi vientre tensándose con cada giro. Mi sexo se apretaba a su alrededor, los jugos cubriendo su mano, goteando hasta humedecer mis muslos—. Estoy tan cerca. Quiero correrme en tu polla.

—Tan exigente. —Pero su voz se quebró por la tensión, y podía sentirlo presionándose contra mi muslo, la gruesa cresta de su erección arrastrándose sobre mi pierna a través de sus pantalones.

Retiró sus dedos con un chapoteo obsceno, y gemí ante el repentino vacío, mis paredes temblando en protesta. El sonido de él trabajando en su cinturón era obscenamente fuerte en el silencioso corredor, el tintineo de la hebilla metálica, el rasgueo del cuero

deslizándose, el crujido de la tela al bajar sus pantalones lo justo. Entonces se liberó, y miré hacia abajo para verlo agarrando su miembro, grueso y rígido, venas abultadas a lo largo del eje, la cabeza sonrojada ya goteando líquido preseminal que brillaba en la luz tenue, una perla formándose en la hendidura.

—¿Ves lo que me haces? —dijo, acariciándose una vez, de la base a la punta, un silbido bajo escapando de sus dientes mientras su mano giraba sobre la corona—. He estado así desde que te vi riendo con ese guardia. Duro como el hierro, con las bolas doliendo por descargar dentro de ti.

—Patético —dije, pero mi voz sonó sin aliento, necesitada, mi mirada fija en la forma en que su puño bombeaba, imaginando que en su lugar estaba enterrado en mí.

—Completamente. —Me levantó sin esfuerzo, sus manos agarrando bajo mis muslos, los dedos clavándose en la carne suave con fuerza suficiente para dejar marcas, mi espalda raspando la áspera piedra mientras me izaba más alto—. Envuelve tus piernas alrededor de mí. Agárrate fuerte.

Lo hice, tobillos cerrándose en su espalda baja, mis talones presionando los tensos músculos de su trasero, acercándolo hasta que el calor de su miembro desnudo rozó mi entrada, untando líquido preseminal sobre mis pliegues. La gruesa cabeza presionó contra mí, separando mis labios, provocando el borde con presiones superficiales que me hicieron apretar alrededor de nada. Contuve la respiración, la anticipación como el filo de una navaja, el riesgo de voces desde lejos haciendo que mi pulso retumbara en mis oídos.

Empujó dentro en una suave embestida, enterrándose hasta la empuñadura con una fuerza que me balanceó contra la pared, y ambos gemimos en voz baja. El sonido rebotó en las piedras, demasiado fuerte, demasiado imprudente, pero ya no me importaba. Estaba tan profundo, su grosor estirando mi sexo ampliamente, la

longitud venosa arrastrándose a lo largo de cada pliegue dentro de mí, llenándome tan completamente que podía sentir el latido de su pulso enterrado en mi centro, sus testículos ajustados contra mi trasero.

—Joder —respiró contra mi oído, aire caliente rozando mi piel, su barba incipiente raspando mi mandíbula mientras hundía su rostro—. Te sientes increíble. Agarrándome como un puño, goteando sobre mi eje. Todo mío.

—Tuyo —asentí, mis uñas clavándose en sus hombros a través de su camisa, arrugando la tela mientras me aferraba, deseando que nos hubiéramos tomado el tiempo para desvestirnos, deseando poder sentir su piel contra la mía, pero había algo sucio y emocionante en hacer esto medio vestidos en un corredor donde cualquiera podría pasar.

Comenzó a moverse, retirándose casi por completo, dejando solo la cabeza ensanchada estirando mi orificio, antes de volver a golpear dentro, la piedra raspando mi espalda a través de mi vestido con cada impacto. Cada embestida expulsaba el aire de mis pulmones en bocanadas agudas, mis pechos rebotando bajo el corpiño, pezones duros contra el encaje. Tuve que morderme el labio hasta dejarlo en carne viva para mantenerme en silencio, pero era una tortura cuando se sentía tan bien, cuando cada caricia clavaba ese punto profundo dentro de mí que hacía que mi visión se volviera borrosa en los bordes, chispas encendiéndose detrás de mis ojos.

—Eso es —murmuró, observando mi rostro con ojos oscuros y hambrientos, pupilas dilatadas en la luz tenue—. Intenta mantenerte en silencio. Me encanta verte luchar contra ello. Me dan ganas de hacerte gritar de todos modos.

—Por favor, por favor, fóllame más fuerte —logré decir, apenas un susurro, mi voz temblando mientras otra embestida me quitaba el aliento.

Él obedeció, sus caderas golpeando contra las mías con una fuerza que dejaría moratones, el golpe de su pelvis contra mi monte resonando como un tambor en el corredor. Una mano permaneció bajo mi muslo, manteniéndome levantada y abierta, los dedos marcando mi carne, mientras la otra se deslizaba entre nosotros, sus callosidades ásperas mientras encontraba mi clítoris, hinchado y húmedo. Era muy excitante que me sostuviera con una sola mano. Joder, era fuerte.

—Tan hinchada —dijo, pellizcando ligeramente el sensible botón antes de rodearlo con el pulgar, la presión enviando descargas por mi columna—. Tan lista. Vas a empapar mi polla cuando te corras, ¿verdad? Inundarme con ese ardiente flujo, marcarme como tuyo.

—Sí —jadeé, mi cabeza cayendo hacia atrás contra la piedra, un fresco alivio en mi acalorado cuello—. Joder, justo ahí.

Embistió más fuerte, su pulgar presionando contra mi clítoris en círculos apretados e implacables que coincidían con su ritmo. El placer se estaba acumulando rápidamente, enrollándose más apretado en mi núcleo con cada brutal embestida, mis paredes comenzando a temblar y apretar alrededor de su invasora longitud, la tensión quemando dulcemente.

—Lo quemaría todo por ti, pequeña compañera —dijo, su voz áspera y destrozada, frente presionada contra la mía, ojos feroces—. Cada reino, cada alianza. Todo. Solo para mantener esto, para seguir follándote así, en crudo y desesperado.

—Yo quemaría a *todos* por ti —jadeé en respuesta, mi respiración entrecortándose mientras se posicionaba para presionar contra mi punto G, la presión insoportable.

—Lo sé. —Entró en mí con más fuerza, sus caderas girando para golpear ese punto una y otra vez—. Por eso eres mía. Dilo, más alto. Que las paredes lo oigan.

—Soy tuya.

—Otra vez.

—Soy tuya, Mal. Solo tuya. Siempre... ¡mierda, voy a correrme!

Él gimió, su ritmo vacilando por una fracción de segundo, un estremecimiento recorriéndolo, antes de recuperar el control, embistiéndome como un hombre poseído. Su pulgar presionó más fuerte contra mi clítoris, frotando patrones furiosos mientras entraba profundo, la cabeza de su polla golpeando mis profundidades, la fricción aumentando hasta un punto febril.

—Entonces córrete para mí —ordenó, sus dientes hundiéndose en mi lóbulo con un tirón agudo—. Exprime hasta la última gota de mí como la buena chica que eres.

Obedecí. El placer me atravesó en oleadas tan intensas que vi blanco, todo mi cuerpo convulsionándose a su alrededor, mi sexo apretándose en espasmos como un tornillo que ondulaban a lo largo de su longitud. Mordí su hombro para ahogar mi grito, los dientes hundiéndose a través de la tela en el músculo, saboreando la sal de su sudor mientras mi liberación brotaba, empapando su entrepierna y goteando por la pared detrás de mí. Mis muslos temblaban, los talones clavándose en su trasero, atrayéndolo imposiblemente más profundo mientras el orgasmo me desgarraba, dejándome sin fuerzas.

—Joder —gimió, sus embestidas volviéndose erráticas, y entonces él también se estaba corriendo, enterrándose hasta la raíz y manteniéndose allí mientras se derramaba dentro de mí. Podía sentir el cálido torrente de su semen contra mis paredes, espesos chorros inundando mi sexo, el calor extendiéndose pegajoso y abundante. Su polla se contraía y pulsaba con cada liberación, sus caderas moviéndose en pequeños tirones para empujarlo más profundo, hasta que quedó agotado, su cuerpo derrumbándose contra el mío con una exhalación final.

Estábamos jadeando y temblando contra la pared, nuestra liberación combinada comenzando a filtrarse por donde aún estábamos unidos. Otro desastre para limpiar. No me arrepentía en lo más mínimo.

De repente, empecé a reír.

—¿Qué? —preguntó, pero estaba sonriendo.

—Realmente necesitamos dejar de tener sexo en lugares semi-públicos.

—No.

—¿No?

—Nunca pararemos. Esto es lo que somos ahora. Personas que tienen sexo en corredores y salas de reuniones y probablemente eventualmente en la sala del trono.

Me reí tan fuerte que resoplé, lo que me hizo reír aún más.

—Me encanta ese sonido —dijo, todavía sonriéndome.

—¡Resoplé!

—Lo sé. Fue perfecto.

—Eres ridículo.

Me bajó con cuidado, y ambos nos arreglamos la ropa. Estaba segura de que parecía completamente devastada, mi pelo hecho un desastre, mi vestido arrugado, mis labios hinchados.

No me importaba.

—Vamos —dije.

Caminamos juntos por el castillo, con los dedos entrelazados, ambos sonriendo como idiotas que acababan de tener sexo contra una pared en un corredor.

Lo cual, para ser justos, éramos.

11

—•—

Wen

Me desperté con el olor a café y la cara presumida de mi marido.

—Miel, no azúcar —dijo Mal, entregándome una taza—. Justo como te gusta.

Di un sorbo e intenté no mostrar cuánto apreciaba que lo recordara. Después de años de matrimonio, sabía exactamente cómo tomaba mi café. Miel en lugar de azúcar, porque como le había explicado una vez a las 2 de la madrugada durante un debate particularmente acalorado, «el azúcar es para los que se rinden».

—Lo recuerdas —dije, aunque por supuesto él lo sabía.

—Recuerdo todo sobre ti.

—Eso es romántico o espeluznante. No he decidido cuál.

—Ambos. Puede ser ambos. Soy un acosador por ti.

Antes de que pudiera responder, un pequeño tornado irrumpió en nuestro dormitorio, huyendo de sus guardias.

—¡Quiero mi camiseta de MONSTRUO ATERRADOR! —anunció Killian a un volumen que sugería que el castillo estaba en llamas.

—Está sucia, cariño —dije, dejando mi café y preparándome para la negociación. Porque todo con un niño de cuatro años era una negociación. Negociaciones largas y agotadoras donde el pequeño dictador siempre tenía ventaja.

—¡Pero es mi FAVORITA!

Mal y yo intercambiamos una mirada. Nos habíamos vuelto tan buenos en esto a lo largo de los años que podíamos mantener conversaciones enteras sin palabras. Esta decía: *Aquí vamos otra vez.*

—¿Qué tal tu camiseta de dragón? —sugirió Mal.

—¿Qué tal tu camiseta de dragón? —dije exactamente al mismo tiempo.

Ambos nos detuvimos, nos miramos y sonreímos. Totalmente sincronizados. A veces era aterrador lo bien que nos conocíamos.

Killian consideró la propuesta de la camiseta de dragón con la seriedad de un miembro del consejo debatiendo estrategias de guerra. —¿El dragón azul o el rojo?

—¿Tienes dos camisetas de dragón? —le pregunté, pero miré a Mal.

—Puede que haya comprado duplicados cuando no estabas mirando —dijo, sonriendo como un ángel.

—Lo estás malcriando.

—Es un príncipe. Debería tener opciones.

—Tiene cuatro años.

—Un príncipe de cuatro años con opciones. Y excelente gusto en dragones.

Killian, sintiendo que estaba perdiendo nuestra atención, intentó escapar. Era sorprendentemente rápido para alguien con piernas tan cortas. Mal fue a la izquierda, yo a la derecha, y conseguimos acorralarlo junto al armario en una maniobra que requirió más coordinación táctica de la que debería.

—Camiseta de dragón —dije con firmeza—. Dragón rojo. Oferta final.

—¿Puedo llevar mi corona también?

—Aún no tienes corona. No eres rey.

—¡Tengo la corona de flores que hice!

Cierto.

—Bien —cedí—. Camiseta de dragón rojo y corona de flores. Pero primero te cepillaremos el pelo.

—¡TRATO!

Preparar a Killian era un deporte de contacto. Cuando intentó escapar durante el cepillado de dientes, Mal bloqueó la puerta mientras yo lo acorralaba con el cepillo. Cuando insistió en que sus calcetines estaban «demasiado apretados» y necesitaban ser cambiados tres veces, me encargué de las negociaciones de calcetines mientras Mal preparaba sus zapatos.

Éramos una máquina bien engrasada. Una máquina ligeramente frenética, dependiente del café, pero funcional.

Los tutores se inclinaron cuando nos acercamos, lo que seguía sintiéndose extraño incluso después de cuatro años. La instructora

Delphine, una anciana que había lidiado con niños nobles durante décadas, se hizo cargo de Killian con eficiencia.

—Su Alteza —dijo—. ¿Listo para las lecciones?

—¡Llevo un dragón Y flores! —anunció orgullosamente.

—Puedo verlo. Una combinación muy intimidante.

—¡Eso es lo que dije!

Mal y yo nos alejamos cogidos de la mano, escuchando a Killian charlar sobre las «ven-ta-jas» de la ropa temática de dragones. No tenía idea de dónde había aprendido esa frase. Probablemente de escuchar a escondidas las sesiones de entrenamiento de Mal cuando se suponía que estaba durmiendo la siesta.

—Hacemos un buen equipo —dije.

—El mejor equipo.

—¿Incluso cuando estamos domando a un pequeño agente del caos?

—Especialmente entonces.

Todavía estábamos sonriendo cuando Torin se acercó desde un corredor lateral. Su expresión hizo que mi estómago se hundiera. Llevaba un pergamino sellado con cera oscura, y por la forma en que lo sostenía, cuidadosamente, como si pudiera explotar, estas no eran buenas noticias.

—Vuestras Majestades —dijo, inclinándose ligeramente—. Los informes de los espías que enviamos a Igryside. Llegaron esta mañana.

Mal tomó el pergamino y rompió el sello. Me incliné para leer por encima de su hombro, mi mano encontrando su brazo.

La sangre se drenó de mi cara mientras leía.

Igryside se estaba movilizando. No solo estaban cazando a portadores de portales en general. Estaban cazando objetivos específicos. El nombre de Killian estaba primero en la lista. El mío era el segundo y último. Solo nosotros dos.

—Te están cazando específicamente —dijo Mal en voz baja, con la mandíbula tensa. Podía sentir la tensión irradiando de él a través de nuestro vínculo, esa furia protectora apenas contenida bajo su calma exterior.

—Y a Killian. —Mi voz sonó más firme de lo esperado. Por dentro, estaba gritando.

—Necesitamos un plan. —Su mano encontró la mía, apretando lo suficientemente fuerte como para centrarme—. Uno real. No solo esperar que se olviden de que existimos.

Asentí, obligando a mi mente a centrarse en lo que debía suceder a continuación en lugar de caer en el pánico. —Tengo entrenamiento con Casimya ahora.

—Tengo reunión del consejo —dijo Mal—. Hablaremos de esto esta noche. Adecuadamente. Con opciones. No permitiré que se lleven a ninguno de vosotros.

Besó mi frente, un breve toque tranquilizador, y nos separamos. Él se dirigió hacia las cámaras del consejo mientras yo me giraba hacia las salas de entrenamiento, ambos cargando con el peso de lo que acabábamos de saber.

Mis pies me llevaron por los corredores del castillo en piloto automático. Killian. Querían a Killian. Mi bebé que todavía no podía atarse los zapatos y pensaba que había monstruos bajo su cama. Ahora monstruos reales lo estaban cazando, y eran mucho peores que cualquier cosa que su imaginación pudiera conjurar.

Para cuando llegué a la sala de entrenamiento, estaba tan tensa que sentía que podría quebrarme.

Casimya lo notó de inmediato. Por supuesto que lo hizo.

—Estás distraída hoy —observó mientras abría otro portal a la ubicación incorrecta. Este parecía conducir al gallinero de alguien. Una gallina muy confundida nos miró a través de la abertura brillante, cacareando indignada.

—Lo siento —murmuré, cerrándolo rápidamente.

Lo intenté de nuevo. La bodega de vino de alguien. Mejor, pero aún incorrecto.

—Tu concentración está dispersa —dijo Casimya—. ¿Qué te preocupa?

—Los informes de los espías llegaron. De Igryside.

—¿Y?

—Y vienen por nosotros. Por mí y Killian específicamente. Saben sobre nuestros poderes.

Casimya guardó silencio por un momento, estudiándome con esos antiguos ojos conocedores.

—Entonces necesitamos encontrar tu aquelarre. Los que conocían a tu familia.

Parpadeé. —¿Mi aquelarre no desapareció? ¿No murieron después de que mis abuelos huyeran a la Tierra?

—No todos. Tyreen, la segunda al mando de tu abuela, podría seguir viva. Escondida, probablemente, pero viva.

—¿Y ella sabría cómo luchar contra ellos?

—Sabría cómo sobrevivió tu familia tanto tiempo. Qué estrategias usaron. Tal vez se han enfrentado a Igryside en el pasado y conocen algunas debilidades.

La esperanza brilló en mí, inmediatamente seguida por la duda. —¿Cómo la encontraríamos?

—Magia de sangre. Un ritual de rastreo. —Casimya se movió hacia una estantería y bajó un libro de aspecto antiguo—. Pero requeriría tu participación. Tu sangre y energía, ya que tú eres el vínculo con ella.

Abrió el libro en una página cubierta de diagramas y símbolos que no pude leer. —El hechizo busca a través de dimensiones una firma mágica específica. Como compartes energía con Tyreen a través de la magia de tu abuela, puedes actuar como una brújula.

—¿Cuál es la trampa?

—Necesitarías descansar después. El hechizo se alimenta de tu fuerza vital mientras busca.

—¿Un día sería suficiente?

—No. Necesitas más.

Miré fijamente los complejos círculos y símbolos. Esto era magia real. Magia seria. No los pequeños portales con los que había estado tropezando. No abrir accidentalmente puertas a gallineros y bodegas de vino y...

De hecho, hablando de portales incorrectos.

Lo intenté una vez más, concentrándome intensamente en el jardín. El portal se abrió... directamente a lo que parecía ser la cámara de baño de alguien.

El ocupante, un noble muy desnudo y muy sorprendido, chilló.

Cerré el portal tan rápido que casi me provoqué un latigazo cervical.

—¡Mis disculpas! —grité a través del portal cerrado, con la cara ardiendo.

Casimya estaba tratando muy duro de no reírse. Fallando, pero intentándolo.

—Ni una palabra —le dije.

—No he dicho nada.

—Lo estás pensando muy alto.

—Simplemente estoy notando que tu precisión con los portales mejora dramáticamente cuando no estás en espiral sobre amenazas a tu familia.

—Eso es una palabra. Son varias palabras.

—Considéralo un momento de enseñanza.

La miré con furia, pero no había calor en ello. Ella tenía razón. Mi control se iba al infierno cuando mis emociones estaban dispersas.

—Necesito pensar en esto —dije finalmente—. El ritual. Encontrar a Tyreen.

—Por supuesto. Es tu elección. —Casimya cerró el libro—. Pero considera esto. Esperar a que Igryside ataque también es una elección. Y no necesariamente una más segura.

Tenía razón. Maldita sea, tenía razón.

Caminé de regreso a nuestros aposentos familiares sola, dándole vueltas al problema en mi mente. Encontrar a Tyreen. Usar magia de

sangre. Arriesgarme al agotamiento y al posible fracaso. Arriesgarme a que quizás no quisiera ayudar, quizás ni siquiera recordara a mi familia.

Pero, ¿cuál era la alternativa? ¿Esperar a que Igryside atacara? ¿Esperar que pudiéramos defendernos sin información y sin un plan?

No. Eso no era aceptable.

Para cuando llegué a nuestras cámaras, sabía lo que tenía que hacer. Solo necesitaba hablar con Mal primero.

***

Esa noche, estaba en la biblioteca rodeada de libros sobre Igryside cuando Mal me encontró. El sol se había puesto hacía horas. Me había perdido la cena. Estaba bastante segura de que me había perdido varias otras cosas también, pero no podía parar de leer.

No preguntó qué estaba haciendo o por qué estaba investigando estresada a esta hora impía. Simplemente se sentó a mi lado y esperó, paciente como siempre, hasta que estuve lista para hablar.

Sus dedos se entrelazaron con los míos sobre la mesa, un ancla cuando todo lo demás parecía estar girando fuera de control.

Cerré el libro que había estado fingiendo leer durante los últimos diez minutos y finalmente lo miré. Tenía círculos oscuros bajo los ojos, y me pregunté cuánto había dormido anoche.

—Casimya cree que debería encontrar a mi antiguo aquelarre. Alguien llamada Tyreen.

—¿Qué crees tú?

—No lo sé. —Liberé mi mano para pasarla por mi cabello, frustrada conmigo misma, con la situación, con todo—. Ha pasado tanto

tiempo. Puede que no quieran ayudar. Puede que ni siquiera recuerden a mi familia. O peor, pueden culpar a mis abuelos por la desintegración del aquelarre.

—Es tu elección. Tu familia, tu magia. —Recapturó mi mano, entrelazando sus dedos con los míos—. Lo que decidas, te apoyaré.

—¿No me vas a decir lo que tengo que hacer?

Su boca se torció de esa manera que siempre hacía que mi estómago diera un vuelco. —¿Cuándo he conseguido decirte con éxito lo que tienes que hacer?

—Buen punto.

Nos sentamos en un cómodo silencio por un momento, ambos pensando. La biblioteca estaba tranquila a nuestro alrededor, el único sonido era el ocasional crepitar de las velas y los pasos distantes de los guardias en patrulla.

—Podemos esperar —dijo finalmente, aún acariciando mi mano—. No hacer nada. Esperar a que Igryside se retire o se distraiga con otro objetivo.

—No lo harán. He leído que están obsesionados con la magia rara. Con la inmortalidad. Probablemente nos quieren a Killian y a mí para su espeluznante colección.

—Tienes razón. No se detendrán. —Su mandíbula se tensó—. Lo que significa que no podemos permitirnos quedarnos sentados aquí esperando lo mejor.

—Podemos ser proactivos. Encontrar a Tyreen. Averiguar cómo luchó mi familia contra ellos antes. Obtener información real en lugar de simplemente esperar a ser atacados.

—Sí.

Me levanté, tirando de él conmigo. —Vamos.

—¿Adónde vamos?

—A ver cómo está Killian. Necesito verlo antes de poder pensar en cualquier otra cosa.

La habitación de Killian estaba oscura y tranquila. Abrimos la puerta con cuidado y nos quedamos en el umbral, observándolo dormir. Estaba desparramado en su cama en una posición que parecía profundamente incómoda, con las extremidades por todas partes. La corona de flores se había caído y estaba sobre su almohada. Su camiseta de dragón se había subido mostrando su pequeña barriga, y roncaba suavemente.

Tan pequeño y vulnerable. Tan completamente ajeno a que monstruos de otro reino querían hacerle daño.

Sobre mi cadáver alguien le tocaría.

Entré con cuidado en la habitación y ajusté su manta, le aparté el pelo de la frente. Murmuró algo en sueños, probablemente sobre galletas o dragones, y se dio la vuelta.

El brazo de Mal rodeó mi cintura, atrayéndome contra su pecho. Nos quedamos allí juntos, simplemente viendo respirar a nuestro hijo.

—Hemos hecho un niño bastante increíble —susurré.

—Hacemos cosas increíbles siempre.

Retrocedimos con cuidado y cerramos la puerta sin hacer ruido.

En el pasillo, dejé de caminar y respiré profundamente. Inspirar y expirar. La decisión se había estado formando en mi pecho desde que había visto a Killian murmurar en sueños, y ahora se cristalizaba en certeza.

—Quiero hacerlo. Encontrar a Tyreen. Lo que sea necesario.

—Entonces la encontramos.

Eso fue todo. Sin vacilación, sin duda en su voz. Solo un apoyo completo e inquebrantable. A veces olvidaba lo afortunada que era de tener a alguien que confiaba tanto en mí, que seguiría mis elecciones incluso cuando fueran aterradoras.

Caminamos juntos hasta la habitación de invitados de Casimya, unos pisos más abajo. Llamé suavemente a su puerta.

Ella contestó casi inmediatamente, todavía completamente vestida, con un libro en la mano. Como si nos hubiera estado esperando.

—Habéis decidido —dijo. No era una pregunta.

—Queremos hacer el ritual de rastreo.

Asintió una vez. —Puedo comenzar los preparativos mañana. Pero tomará días prepararlo adecuadamente. La magia es compleja.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres días. Quizás cuatro. Y el ritual en sí será agotador. Tú eres el vínculo con Tyreen, recuerda que el hechizo extraerá energía de ti.

La mano de Mal se tensó sobre la mía. No le había compartido esa información. —¿Es peligroso?

—No peligroso —dijo Casimya con cuidado—. Pero agotador. Necesitará un descanso significativo después.

—Puedo manejarlo —dije.

La expresión de Casimya se suavizó ligeramente. —Sé que puedes.

Con eso, regresamos a nuestras habitaciones, ambos exhaustos pero demasiado tensos para dormir de inmediato. Mal y yo nos metimos en la cama y él me acercó a él, envolviéndome como si temiera que pudiera desaparecer si me soltaba. Su barbilla descansaba sobre mi cabeza, un brazo rodeaba mi cintura, nuestras piernas entrelazadas en un nudo familiar.

—Resolveremos esto —murmuró contra mi pelo—. Siempre lo hacemos.

—Lo sé. Juntos.

—Sí. Siempre, mi pequeña compañera.

Me quedé dormida así, segura en sus brazos, sabiendo que pasara lo que pasara después, lo enfrentaríamos como un equipo. Habíamos sobrevivido al rechazo y encontrado el camino de regreso el uno al otro. Habíamos sobrevivido a las acusaciones en el banquete. Sobreviviríamos a esto también.

***

Tres días después, estaba en una sala ritual que Casimya había preparado. Velas por todas partes, docenas de ellas, quizás cientos. Hierbas quemándose en cuencos de bronce, llenando el aire con un humo dulce. Círculos mágicos dibujados en el suelo de piedra con lo que realmente esperaba que no fuera sangre.

—¿Estás lista? —preguntó Casimya.

—Tan lista como puedo estar.

Mal dio un paso adelante. —Me quedo.

Casimya alzó una ceja. —El ritual requiere de ella como vínculo de sangre. No puedes participar en la magia en sí.

—Me quedo a su lado.

Casimya lo miró durante un largo momento. Mal le devolvió la mirada, inamovible. Finalmente, ella suspiró.

—Muy bien. Pero fuera del círculo. No rompas el límite.

Me colocó en el centro del círculo más grande, de fácilmente tres metros de diámetro, y Mal se acomodó justo fuera de él, lo suficientemente cerca como para que pudiéramos unir las manos a través del límite. Su palma estaba cálida contra la mía.

—Sé fuerte —dijo Casimya mientras preparaba sus materiales. Hierbas, cristales, una hoja de plata, un cuenco—. Esto puede llevar horas. Mantén tu concentración a pesar del agotamiento.

—Lo haré.

Tomó mi mano libre e hizo un pequeño corte en mi palma con la hoja de plata. Hice una mueca pero no me aparté. La sangre goteó en el cuenco a mis pies, rojo oscuro contra el bronce.

La magia comenzó a acumularse de inmediato. Podía sentirla en el aire, eléctrica. Las llamas de las velas parpadearon y crecieron. La presión aumentó contra mi piel.

Casimya comenzó a cantar en un idioma que no reconocía. Palabras antiguas y poderosas. La presión aumentaba con cada sílaba.

El hechizo tiraba de mí, no dolorosamente, pero insistente. Como manos invisibles tirando de mi energía, usándola para buscar a través de dimensiones.

Entonces, en medio de la creciente magia, se abrió un pequeño portal a unos metros a mi izquierda. Brillante e inestable, claramente creado por alguien que aún estaba aprendiendo.

Un trozo de papel cayó a través de él.

Mal lo atrapó antes de que tocara el suelo y, a pesar del serio ritual que ocurría a nuestro alrededor, su rostro se suavizó con afecto.

—*Os echo de menos* —leyó en voz baja—. *Con amor, Killian*. Eso se supone que es un corazón.

Miré el dibujo tosco en el papel. Figuras de palitos de nuestra familia y una mancha que podría haber sido un corazón o podría haber sido una patata. Con las habilidades artísticas de Killian, era imposible saberlo.

A pesar de la magia que ya tiraba de mí, sonreí.

—Es tan mono. Lo ha sacado de ti.

Mal garabateó una respuesta y la envió de vuelta a través del pequeño portal. «*Nosotros también te echamos de menos, cachorro. Pórtate bien con la abuela*».

El portal se cerró de golpe con un pequeño estallido.

Casimya continuó cantando, sin inmutarse. Probablemente había visto cosas más extrañas en sus siglos de práctica mágica. Un niño de cuatro años enviando notas de amor a través de portales durante un ritual de sangre apenas le llamaba la atención.

Las horas pasaron en una nebulosa de luz de velas y humo. El hechizo usaba mi energía como combustible, quemando mis reservas mientras buscaba a través de dimensiones. A través de reinos que no podía nombrar. Buscando una firma mágica específica entre millones.

Mis huesos dolían. Mi visión se nublaba en los bordes. El sudor goteaba por mis sienes.

Más notas de Killian aparecieron periódicamente, rompiendo la monotonía. Una era solo un dibujo de flores. Otra tenía *«¿cuándo termináis?»* escrito con la cuidadosa caligrafía de Sorcha, con una nota al lado diciendo que Killian había dictado las palabras y quería que la abuela las escribiera.

Mal me leía cada una suavemente, su voz un salvavidas. Escribía breves respuestas, *«Pronto»* y *«Te queremos»* y *«Ten paciencia»*, y las enviaba de vuelta. Cada nota traía un destello de calor a mi pecho incluso mientras me sentía desvanecerme.

Estaba pálida ahora, lo sabía. Temblando. El hechizo estaba tomando todo lo que tenía y buscando más.

El canto de Casimya alcanzó un crescendo. Todas las velas se encendieron a la vez, las llamas saltando. La magia surgió a través de mí como un relámpago.

—¡La tengo! —gritó Casimya—. ¡Tyreen. Está viva!

—¿Dónde? —logré decir, mi voz apenas un susurro.

—En Lytopia. Bosques de Noctherion. En lo profundo del interior, fuertemente protegida y escondida.

—¿Sintió el rastreo?

La expresión de Casimya se volvió sombría. —Sí. Sabe que alguien la encontró. Estará alerta. Posiblemente hostil.

Eso fue lo último que escuché claramente antes de que mis piernas cedieran. El mundo se inclinó de lado y tuve la sensación distante de caer, del suelo apresurándose para encontrarse conmigo.

Pero Mal fue más rápido.

Sus brazos me atraparon antes de que golpeara el suelo, y luego fui levantada, acunada contra su pecho como si no pesara nada en absoluto.

—Te tengo —dijo, con preocupación en su voz.

—Puedo caminar —protesté débilmente, aunque las palabras salieron arrastradas y poco convincentes incluso para mis propios oídos.

—Lo sé. Te llevo de todos modos.

—Lobo terco.

Probablemente la gente se quedó mirando mientras me llevaba por los pasillos del castillo, cotilleando sobre la reina siendo transportada como una damisela en apuros. Estaba demasiado agotada para preocuparme por algo que no fuera el cálido consuelo de ser sostenida, el latido constante de su corazón contra mi mejilla.

Luego la suavidad de nuestra cama debajo de mí, la almohada bajo mi cabeza. Mal se sentó a mi lado, su mano apartando el pelo de mi frente sudorosa.

—¿Crees que nos ayudará? —pregunté, mis ojos ya cerrándose.

—Cualquiera que te conozca ve lo increíble que eres.

—Estás sesgado.

—Completamente.

Logré una débil risa. —Pero la encontramos.

—Sí. Descansa ahora. Yo te cuidaré.

Me quedé dormida todavía sosteniendo su mano, sabiendo que habíamos encontrado nuestra primera pista real.

12

— • —

Malachar

Se suponía que la reunión del consejo sería rutinaria. Solo asuntos internos. Una rápida discusión sobre la amenaza de Igryside y nuestro plan para encontrar a Tyreen.

No fue rutinaria.

Un día después del hechizo y solo porque Wen insistió en que ya estaba bien, lo cual sabía que no era cierto, entré en la cámara del consejo con ella a mi lado, nuestras manos entrelazadas. Tomamos nuestros asientos en la cabecera de la mesa, lado a lado. Los consejeros se pusieron de pie e hicieron una reverencia antes de volver a sentarse. La mayoría parecía respetuosa, atenta. Algunos parecían curiosos sobre por qué habíamos convocado esta reunión de emergencia.

—Tenemos un plan para abordar la amenaza de Igryside —comencé, manteniendo mi voz nivelada y autoritaria.

Wen se inclinó ligeramente hacia adelante, captando la atención. —Sabemos que están cazando específicamente a mi familia. A nuestro hijo y a mí.

Uno de los consejeros mayores, Lord Harwick, frunció el ceño. —¿Qué proponéis, Majestades?

—Hemos encontrado a alguien que podría tener información —dijo Wen—. Tyreen, del antiguo aquelarre de mi familia. Conocía a mis abuelos. Ella sabría cómo lograron luchar contra sus enemigos, podría saber cómo luchar contra Igryside, qué estrategias funcionaron.

El labio de Lord Petran se curvó ligeramente. —¿Más brujas? ¿Es esto prudente?

Mi mandíbula se tensó pero mantuve mi voz tranquila. —Confiamos en Casimya. Confiaremos en Tyreen.

—Quizás deberíamos considerar otras opciones —dijo Petran, con un tono que sugería que pensaba que estábamos siendo necios—. Negociaciones con Igryside, por ejemplo.

Le dirigí una mirada fría. —¿Considerar qué, exactamente?

—Soluciones alternativas. Enfoques prácticos. Negociaciones con Igryside sobre sus preocupaciones.

La voz de Wen era hielo. —Te refieres a darles lo que quieren.

—Por el bien de la paz, Majestad, quizás se podrían hacer ciertas concesiones. Tal vez si la reina misma se ofreciera a reunirse con ellos, quizás entregarse voluntariamente, podrían estar dispuestos a suspender su caza y dejar al heredero en paz.

La sala se quedó muy quieta.

Los guardias posicionados alrededor de la sala dieron un paso adelante en perfecta sincronización, moviendo las manos a las empuñaduras de sus armas. El roce del metal contra el cuero fue

fuerte en el repentino silencio. Varios consejeros se giraron para mirar a Petran con abierta desaprobación, sacudiendo la cabeza.

Entonces Lady Sienna se puso de pie, su silla arrastrándose hacia atrás.

—La reina ha estado gobernando durante años —dijo, su voz resonando por la cámara—. No es incompetente. Se ha probado a sí misma una y otra vez. Sugerir que debería ofrecerse a un reino enemigo no solo es absurdo, es insultante.

—De acuerdo —dijo otro consejero—. La reina Gwendolyn tiene todo nuestro apoyo.

Otros murmuraron su acuerdo alrededor de la mesa.

Me levanté lentamente, dejando que mi poder alfa llenara la sala. El aire mismo pareció espesarse con él. Cada lobo en la cámara lo sintió, sus instintos gritándoles que se sometieran. Que retrocedieran.

La cara de Petran palideció.

—Lord Petran —dije, mi voz peligrosamente suave—. Permítame ser claro. Wen es mi esposa. Mi igual en todo. Somos un jodido equipo.

—Majestad, simplemente sugerí que consideráramos todas las opciones disponibles - y quizás la perspectiva única de la reina podría ser valiosa en negociaciones que podrían evitar conflictos y preservar la paz por la que hemos trabajado tan duro durante años - y simplemente pensé que quizás deberíamos explorar todas las vías posibles antes de comprometernos con lo que podría convertirse potencialmente en un curso de acción muy peligroso que podría poner en riesgo a todo el reino - y ciertamente no pretendía faltar al respeto a las capacidades o el juicio de Su Majestad en estos asuntos o sugerir que ella debería cargar con esta responsabilidad sola sin el apoyo total de la corona y el consejo detrás de ella - y me

disculpo si mis palabras se interpretaron como algo más que una preocupación genuina por la seguridad y el bienestar de nuestra amada reina y el reino en su conjunto y...

Estaba balbuceando y aterrorizado. No podía recordar una sola cosa que saliera de su boca, excepto la amenaza a *mi* mujer.

—No he terminado —le interrumpí—. Si alguna vez vuelves a hablar de mi esposa con tal falta de respeto, haré que tus pelotas sean montadas en los muros del castillo. ¿Está claro?

Petran estaba temblando ahora. —Cristalino, Majestad. Mis disculpas.

—Discúlpate con *ella*.

Se volvió hacia Wen, inclinándose tan bajo que su frente casi tocaba la mesa. —Mis más profundas disculpas, Majestad. Hablé fuera de lugar. No volverá a ocurrir.

La expresión de Wen era fría, controlada. Regia. —Asegúrate de que no ocurra.

Permanecí de pie, asegurándome de que cada persona en esa sala entendiera exactamente cuál era mi posición. —Encontraremos a Tyreen. Aprenderemos lo que sabe sobre cómo luchar contra Igryside. Y si vienen por mi familia, estaremos listos. ¿Alguien más tiene preocupaciones que le gustaría expresar?

Silencio.

—Bien. Se levanta la sesión.

Los consejeros salieron rápidamente, la mayoría de ellos evitando el contacto visual con Petran, que parecía querer que el suelo se lo tragara entero. Quizás lo pensaría dos veces antes de cuestionar el juicio de Wen o sugerir que se entregara al enemigo.

Una vez que estuvimos solos en el pasillo, Wen apretó mi mano.

—Gracias por el apoyo —dijo.

—No lo necesitabas. Sienna y los guardias lo dejaron claro. El consejo te respeta.

—Aun así. Lo agradezco.

Me permití una pequeña sonrisa. «Lo disfruté. Petran necesitaba que le recordaran cuál es su lugar».

—¿De verdad le colgarías los testículos en la pared?

—Sin dudarlo.

Ella se rio, un sonido que disipó parte de la tensión de la reunión. Mi mano encontró la parte baja de su espalda mientras caminábamos.

***

Esa tarde me encontré en el patio de entrenamiento, practicando con Torin mientras enseñaba técnicas de combate a los guardias más jóvenes. Trabajo rutinario, algo que hacía regularmente para mantener a nuestras fuerzas en forma.

Pero hoy estaba distraído.

Podía sentir a Wen observándome desde el balcón de arriba. El vínculo entre nosotros vibraba con su atención, su concentración en mí mientras demostraba una técnica de desarme particularmente complicada.

Por tercera vez.

Torin, que me conocía demasiado bien, arqueó una ceja pero no dijo nada. Hombre inteligente. Si tan solo mi hermano se pareciera algo a él.

—Te está observando —dijo Aurion desde donde se apoyaba contra la pared, con los brazos cruzados, luciendo demasiado divertido.

—¿No tienes un reino que gobernar o una pareja con quien estar? —Ejecuté el movimiento de nuevo, más lentamente esta vez. Más deliberadamente. Asegurándome de que mis músculos se flexionaran visiblemente.

—Estoy de vacaciones. No preguntes. Y Daphne está en la Tierra pasando tiempo con Bella. No me quiere cerca cuando está con las chicas. Créeme, lo he jodidamente intentado. Tantas veces. —Gruñe, con expresión de anhelo—. Volviendo al presente: Wen definitivamente te está mirando. El culo.

—Soy consciente. Por eso estoy demostrando esta técnica repetidamente.

—Eres ridículo.

—A ella le gusta.

Podía sentir sus ojos sobre mí a través del vínculo. Cálidos, apreciativos. Me hacían querer hacer movimientos más complicados, mostrar mi fuerza y habilidad como si fuera un joven lobo tratando de impresionar a una pareja potencial en lugar de un rey de treinta y tantos años.

Entonces fallé un bloqueo porque estaba demasiado centrado en el balcón en lugar de en el golpe entrante de Torin.

Su espada de entrenamiento me alcanzó en el hombro. Tropecé, recuperándome antes de caer, pero no antes de que todos lo vieran. Torin retrocedió, sabiamente manteniendo su expresión neutral.

Aurion no tenía tales instintos de autopreservación. —Apestas, hermano —dijo, apenas conteniendo la risa.

—Ella me pone nervioso —admití, frotándome el hombro donde Torin me había golpeado. Aurion se rio más fuerte.

—¿Después de cinco años?

—*Especialmente d*espués de cinco años. Se vuelve más hermosa cada día.

Aurion simplemente sacudió la cabeza. —Estás completamente perdido. Lo entiendo, sin embargo. Pero aun así voy a fastidiarte por ello.

—Gracias. Feliz de jodidamente recibirlo.

Un movimiento en el borde del patio de entrenamiento llamó mi atención. Wen descendía las escaleras, caminando hacia nosotros con ese paso seguro que hacía latir mi corazón más rápido. Llevaba un sencillo vestido de entrenamiento, con el pelo recogido, y era la cosa más cautivadora en cualquier reino.

—¿Puedes enseñarme algunos movimientos de defensa personal? —preguntó cuando llegó hasta nosotros.

Intenté actuar con naturalidad. —Por supuesto. Ven aquí.

Ella se acercó y yo posicioné mis manos en su cintura para mostrarle la postura adecuada. Puramente instructivo. El hecho de que quisiera cualquier excusa para tocarla era irrelevante.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó.

—Primero la postura. Pies separados. Así. —La guié suavemente.

—¿Así? —Ajustó su posición.

—Sí. Exactamente así. —Mi voz salió más ronca de lo que pretendía. Mis manos permanecieron en su cintura más tiempo del estrictamente necesario.

Desde detrás de mí, escuché a Aurion murmurar a Torin: —Esto es doloroso de ver.

—Están concentrados —dijo Torin diplomáticamente.

—Están totalmente inconscientes de que existe alguien más.

—OS ESTOY escuchando —grité por encima de mi hombro sin apartar los ojos de Wen.

Aurion simplemente se rio.

Le mostré a Wen técnicas básicas de bloqueo, guiando sus brazos a través de los movimientos. Aprendió rápidamente, captando los patrones con esa aguda inteligencia que yo amaba. Los otros guardias de repente se habían vuelto muy interesados en su propia práctica, estudiando con ahínco cualquier lugar menos a nosotros.

El entrenamiento continuó. Wen era una natural, sus movimientos se volvían más fluidos y seguros con cada repetición. Ya había tenido lecciones, pero de vez en cuando le gustaba que le recordaran las técnicas, y yo era un profesor muy dispuesto.

Entonces, en medio de la demostración, se inclinó y me besó.

Mi cerebro dejó de funcionar. —Qué...

Me barrió las piernas antes de que pudiera terminar la frase. Caí con fuerza, aterrizando de culo en el suelo del patio de entrenamiento.

Aurion absolutamente perdió el control. —¡OH, DIOSES MÍOS!

Wen se alzaba sobre mí, viéndose extremadamente complacida consigo misma. —Todo vale en combate.

La miré desde el suelo, ni siquiera enfadado, solo impresionado. Y desesperadamente enamorado. —¿Dónde aprendiste eso?

—De ti. Justo ahora. Improvisé la parte del beso.

—Estrategia efectiva.

—Gracias. —Me ofreció su mano—. ¿Necesitas ayuda para levantarte?

La tomé, dejando que me ayudara a ponerme en pie aunque ambos sabíamos que podría haberme levantado solo. —Siempre acepto ayuda de ti.

Detrás de nosotros, Aurion seguía riéndose. Torin ocultaba una sonrisa. Los guardias más jóvenes intentaban parecer como si no acabaran de ver a su rey ser engañado por su esposa.

No me importaba. Que se rieran. Wen había ganado limpiamente.

***

Caminamos juntos para recoger a Killian de sus tutores, nuestras manos balanceándose entre nosotros. La instructora Delphine nos recibió en la puerta de la cámara de tutoría con una cálida sonrisa.

—El príncipe lo ha hecho excelentemente hoy —informó.

—¿Qué has aprendido, cariño? —preguntó Wen, arrodillándose al nivel de Killian.

—¡TODOS los reinos! ¿Quieres escucharlos?

—Por supuesto —dije.

Killian se irguió, claramente orgulloso de sí mismo. —¡Ravenor, Valoryn, Noctherion, Moonhaven, Wynter, Duskmere y Ebonvale!

—¡Perfecto! —Wen le sonrió radiante—. ¡Todos y cada uno!

—¡No olvidé NINGUNO! —Killian prácticamente vibraba de emoción.

—Estoy muy orgulloso de ti, cachorro —dije.

—¿Puedo tener un premio?

Wen y yo respondimos al mismo tiempo. —No.

La cara de Killian decayó. —Abucheo.

Caminamos de regreso a nuestros aposentos familiares juntos, Killian entre nosotros tomando nuestras manos y charlando sobre todo lo que había aprendido. Nombres de reinos, formas adecuadas de dirigirse, la historia de la alianza. Para un niño de cuatro años, era notablemente inteligente.

—Y la instructora Delphine dice que soy el mejor recordando cosas —anunció Killian orgullosamente—. Excepto números, tal vez.

—¿Es así? —preguntó Wen, apretando su mano.

—¡Sí! Dijo que mi cerebro es como una... una... ¿cuál es la palabra? ¡Una esponja!

—Eso suena correcto —dije—. Absorbes información muy rápidamente.

—¿Qué es absorber?

—Significa que aprendes rápido.

—Oh. —Consideró esto—. SOY rápido. ¡Soy rápido corriendo Y aprendiendo!

—Muy rápido —coincidió Wen.

Después de repasar sus lecciones y celebrar su éxito con el entusiasmo paternal apropiado, que incluyó a Killian recitando los nombres de los reinos tres veces más porque estaba orgulloso de sí mismo, era hora de la batalla nocturna.

—Hora del baño, Killian —anunció Wen.

—¡NO!

Y ahí íbamos.

—Sí —dije firmemente—. Necesitas bañarte.

—¡Estoy limpio! —Ya estaba retrocediendo hacia la puerta.

Wen se movió para bloquear su ruta de escape. —Tienes barro en la cara.

—¡Es maquillaje!

—Buen intento. Baño. Ahora.

Killian se escapó, zambulléndose bajo mi brazo y corriendo hacia su dormitorio. —¡No podéis atraparme!

—¡Por supuesto que podemos! —gritó Wen, y la persecución comenzó.

Se escondió detrás de los muebles. Se arrastró bajo su cama. Intentó ocultarse detrás de una cortina, olvidando que sus pies seguían siendo visibles. Nos tomó a ambos trabajar en coordinación para acorralarlo al pie de su cama, e incluso entonces hizo dos intentos más de escape antes de que lo atrapáramos.

Años de práctica nos habían convertido en expertos en manejo de niños pequeños. Era quizás la habilidad más útil que había desarrollado en mis siglos de existencia.

—Está bien —dijo Killian, haciendo pucheros dramáticamente—. Pero baño RÁPIDO.

—Trato hecho —acepté. Siempre pedía lo mismo—. Baño rápido, luego cuento.

La hora del baño fue, como siempre, caos total.

—Killian, deja de salpicar —dijo Wen mientras el agua iba a todas partes.

—¡Pero es DIVERTIDO! —Demostró creando un tsunami que nos empapó a ambos.

—Tu mamá se está mojando —señalé, limpiándome agua de los ojos.

—¡Papá también está mojado!

—Sí, gracias por esa observación.

De algún modo había burbujas en el techo. No sabía cómo lo había logrado. No quería saberlo.

Wen miró mi camisa completamente empapada y comenzó a reír. —Te ves ridículo.

—Esto es culpa tuya —acusé, exprimiendo mi manga.

—¿Mi culpa? No soy yo quien alentó la guerra de salpicaduras.

—Estaba demostrando la técnica adecuada de lavado.

—Eso ha salido espectacularmente mal.

—Todo sale espectacularmente mal cuando hay un niño de cuatro años involucrado.

Ambos sonreíamos, de pie en un baño que parecía que se hubiera formado un pequeño lago en él, nuestro hijo cubierto de burbujas de jabón y todavía salpicando con alegre abandono.

Finalmente, lo limpiamos y luchamos para ponerle el pijama. Estaba resbaladizo y riéndose todo el tiempo, haciendo que fuera

aproximadamente diez veces más difícil de lo necesario.

Lo llevamos a su dormitorio, y él miró alrededor con obvia felicidad. Había dormido allí algunas veces después del ataque, pero mayormente dormía con nosotros. No nos habíamos sentido lo suficientemente seguros como para permitirle volver a su habitación. Pero ahora... Ahora era el momento.

—¿Puedo dormir en MI habitación?

—La echaste de menos, ¿verdad? —preguntó Wen suavemente.

—Sí. Me gusta mi habitación. —Trepó a su cama, rodeado de sus cosas familiares. Sus juguetes y libros y los dibujos que había hecho y que habíamos colgado en las paredes.

—Estamos justo al final del pasillo si nos necesitas —le recordé.

—Y Torin tiene guardias justo fuera de tu puerta —añadió Wen—. Estás perfectamente seguro.

Killian asintió, tratando de ser valiente. —Vale. Soy un niño grande.

—Lo eres —estuve de acuerdo—. Muy valiente.

Cogí su libro favorito, el del dragón que tenía miedo a las alturas. Irónico, realmente. Me senté al borde de su cama y abrí por la primera página.

—¡Y ENTONCES EL DRAGÓN RUGIÓ! —Usé mi mejor voz de dragón, profunda y retumbante, mientras leía la historia.

Wen presionó su mano sobre su boca, con los hombros temblando.

—Eso es muy dramático —consiguió decir.

—Los dragones son dramáticos —dije con mi voz normal—. Está en su naturaleza.

—Haz el rugido otra vez, papá —pidió Killian, ya adormilado pero luchando contra ello.

Rugí de nuevo, posiblemente más fuerte de lo necesario. Los guardias fuera de la puerta probablemente pensaron que estábamos bajo ataque. Killian se rió, sus ojos empezando a cerrarse.

—Y el dragón voló —continué, bajando mi voz a algo más tranquilizador—, sobre las montañas y los valles, buscando su valentía...

Cuando llegué a la mitad de la historia, estaba profundamente dormido, su pequeño pecho subiendo y bajando con respiraciones profundas y tranquilas. Una mano estaba enroscada alrededor del borde de su manta. La otra descansaba en mi brazo, como si se hubiera dormido a medio camino de buscar consuelo.

Algo en mi pecho dolía ante la visión de mi cachorro seguro y en paz.

Wen y yo nos escabullimos silenciosamente, cerrando la puerta apenas sin hacer ruido.

De vuelta en nuestra propia habitación, ambos nos desplomamos en la cama. Reuniones del consejo, entrenamiento, perseguir a un niño de cuatro años por el baño. Estaba listo para dormir una semana.

Wen rodó hacia mí, su mano encontrando mi pecho. —Eres bueno con él.

La acerqué más, besándola. —Somos buenos con él.

—Sí que lo somos.

Empezamos a besarnos apropiadamente, nuestras manos vagando, el calor familiar construyéndose entre nosotros. Entonces Wen comenzó a reír contra mi boca.

—¿Qué? —pregunté.

—Tú aterrizando de culo hoy. Eso fue increíble.

—Hiciste trampa —protesté, pero una sonrisa se extendía por mi cara.

—¡Improvisé!

—Fue efectivo, te lo concedo.

—¡Lo sé! —Apenas podía sacar las palabras—. Dioses, tu cara.

—Me sorprendí.

—¡Estabas TAN sorprendido! —Ahora apenas podía respirar, con lágrimas formándose en las esquinas de sus ojos.

Intenté continuar besándola. —¿Podemos concentrarnos?

—¡Lo estoy intentando! —Pero seguía riendo, y ahora yo también me reía, y no podíamos parar.

—Esto es imposible —dije finalmente, rindiéndome.

—Estamos demasiado cansados de todos modos —admitió Wen, limpiándose los ojos.

—De acuerdo. ¿Dormir?

—Dormir.

Nos acomodamos en nuestra posición habitual, yo curvado a su alrededor desde atrás, mi brazo envuelto alrededor de su cintura. Esto también era bueno. A veces los abrazos agotados eran exactamente lo que necesitábamos.

Me estaba quedando dormido cuando ella murmuró: —Te quiero.

—Yo también te quiero.

Nos dormimos entrelazados, perfectamente contentos... Hasta que me desperté con una pequeña voz en la oscuridad.

—¿Papá?

Estuve alerta al instante, años de entrenamiento guerrero activándose. Killian estaba de pie en la puerta, agarrando su manta, su silueta pequeña en la tenue luz del pasillo. Supe lo que había pasado instantáneamente.

—Ven aquí, cachorro —dije, abriendo mis brazos.

Corrió a través de la habitación y se subió a la cama entre nosotros. —Tuve un mal sueño.

Wen se movió, automáticamente desplazándose para hacer espacio sin siquiera abrir completamente los ojos. —Estás bien, cariño.

Killian se acomodó entre nosotros, su pequeño cuerpo cálido y sólido. —Os quiero.

—Nosotros también te queremos —dijimos Wen y yo al mismo tiempo.

En cuestión de minutos, su respiración se había nivelado de nuevo, ya de vuelta dormido, seguro entre sus padres.

Miré por encima de su cabeza a Wen. Ella me observaba, con una suave sonrisa en su rostro. No necesitábamos decir nada. Esto era perfecto. Me volví a dormir con la pequeña mano de mi hijo agarrando mi camisa y los dedos de mi esposa entrelazados con los míos sobre la forma dormida de Killian.

Cualesquiera que fueran los desafíos que vinieran después, cualesquiera que fueran las amenazas que Igryside presentara, los

enfrentaríamos juntos.

Los tres.

Siempre.

13

—•—

Wen

Cada mañana desde el ritual, me había despertado sintiéndome como si me hubiera atropellado un carruaje. Todos los músculos me dolían. Me martilleaba la cabeza. Pero teníamos lo que necesitábamos: la ubicación de Tyreen.

Mal ya estaba despierto, sentado al borde de la cama observándome. —¿Cómo te sientes hoy?

—Como si la muerte me hubiera dado un respiro. Pero funcional. —Me incorporé a pesar de las protestas de mi cuerpo—. Creo que es hora.

—No tenemos que hacer esto todavía. Podemos esperar hasta que estés completamente recuperada.

—No. —Sacudí la cabeza—. No podemos esperar. Necesitamos actuar ahora.

Una hora después, estaba de pie en la sala de estrategia con nuestro grupo principal. Mal estaba a mi lado. Casimya estaba al otro lado de la mesa, estudiando el mapa desplegado ante nosotros. Sorcha

estaba cerca de la ventana, con los brazos cruzados. Aurion se apoyaba contra la pared con su habitual gracia casual, y Torin estaba firme cerca de la puerta.

Un mapa de los siete reinos cubría la mesa de madera, con los bosques de Noctherion marcados con el hechizo de rastreo de Casimya. La tinta brillaba tenuemente, pulsando como un latido.

—Tyreen está en lo profundo de los bosques de Noctherion —dijo Casimya, su dedo trazando un camino hacia un punto que parecía preocupantemente lejos de cualquier camino establecido—. Dependiendo de dónde nos deje el portal, podríamos tener apenas horas de viaje, o quizás algunos días. Necesitamos prepararnos en consecuencia.

—Necesitaremos guardias —dije.

Mal asintió. —Una pequeña unidad. Demasiados llamarán la atención.

Torin dio un paso adelante. —Yo os acompañaré.

—No —dije—. Te necesito con Killian.

Su rostro mostró sorpresa. —¿Majestad?

—Eres leal y Killian confía en ti. Necesito que protejas a mi hijo mientras estamos fuera. Nadie más servirá.

La determinación reemplazó la sorpresa. —Sería un honor para mí.

Entonces Sorcha hizo la pregunta que todos habíamos estado evitando. —¿Dónde se quedará Killian mientras estáis fuera? Aquí no es seguro si Igryside ataca.

—La Tierra.

Mal se volvió para mirarme. —¿La Tierra?

—Piénsalo. Igryside no puede rastrearlo allí. Conozco el reino. Mis amigos nos ayudarán.

Aurion habló desde su posición contra la pared. —Son formidables. Los he conocido.

—Killian ya los conoce bien —añadí—. Será más fácil esconderlo allí que en un lugar desconocido.

Mal consideró por un momento, luego asintió. —Es inteligente. La Tierra es más segura.

—Iré con él —anunció Sorcha—. Lo mantendré a salvo.

—Gracias —dije en voz baja.

La logística se organizó rápidamente. Diez guardias acompañarían a Killian y Sorcha a la Tierra. Se quedarían en mi apartamento sobre la librería. Aurion gobernaría Ravenor en ausencia de Mal. Llevaríamos cinco guardias con nosotros para encontrar a Tyreen, y partiríamos mañana al amanecer.

Ahora venía la parte difícil. Decírselo a Killian.

Lo encontramos en la sala de juegos familiar, practicando su magia de portales moviendo sus juguetes de un lado a otro de la habitación. Un caballo de madera desapareció en un destello de luz y reapareció al otro lado de la habitación con un suave pop.

—Killian, cariño, ven a sentarte con nosotros —dije.

Levantó la mirada, su carita sospechosa. —¿Estoy en problemas?

—No —le aseguró Mal—. Necesitamos hablar contigo sobre algo importante.

Tomé aire. —Mamá y Papá tienen que ir a buscar a alguien que puede ayudar a protegerte. Te quedarás con la Abuela Sorcha unos

días.

Su rostro se entristeció. —¿Os vais?

—Solo por unos días, cariño.

—¿Puedo ir?

—No —dijimos Mal y yo exactamente al mismo tiempo.

El labio inferior de Killian sobresalió. —¿Por qué no?

—Es peligroso. ¡Pero tú irás a la Tierra!

Su rostro se transformó instantáneamente. —¿La Tierra? ¿A ver a la Tía Krystin?

—Y a la Tía Bella y Daphne —añadió Mal—. Ellas te cuidarán muy bien.

—¡Vale! —Estaba saltando de emoción—. ¿Puedo llevar mis juguetes?

—Algunos de tus juguetes.

—¿La mitad de mis juguetes?

—Una cantidad razonable de juguetes.

Su cara se arrugó. —¿Qué es razonable?

Mal y yo intercambiamos miradas divertidas. Nuestro hijo, el negociador.

—Cinco juguetes —ofrecí.

—Diez.

Mal nos observaba como si fuera un deporte de espectadores, claramente entretenido.

—Siete —dije—. Última oferta.

Killian consideró esto con la seriedad de una negociación comercial. —Siete juguetes Y mi dragón de peluche.

—¿El dragón no cuenta como juguete?

—Es familia.

No podía discutir con esa lógica. —Bien. Siete juguetes y el dragón.

—¡TRATO! —Extendió su manita para cerrar el trato. No pude evitar la risa que se me escapó por su actitud.

La estreché solemnemente. —Trato.

Una hora después, estaba en la habitación de Killian haciendo su pequeña maleta. La camiseta de monstruos terroríficos, por fin limpia. Su túnica azul favorita. El dragón de peluche que Mal le había dado cuando nació, suavizado por años de abrazos. Doblé cada artículo con cuidado, tratando de no pensar en cuántos días estaría fuera. Exactamente siete juguetes estaban en una fila ordenada, esperando ser empaquetados. Los había contado dos veces para asegurarse de que no hiciera trampas.

Terminé y caminé hacia nuestras habitaciones. Mal tenía armas dispuestas sobre la cama, afilando metódicamente cada hoja.

—¿Listo? —pregunté desde la puerta.

Levantó la mirada y asintió. —Listo.

Nos encontramos con Killian, Sorcha y los diez guardias en el pasillo oculto donde el portal permanente brillaba. Killian aferraba su

dragón de peluche, pareciendo diminuto entre los guardias que se erguían como torres.

—Todos manteneos cerca —advertí—. Viajar por portal puede ser desorientador.

Todos asintieron, y atravesamos juntos.

La sensación de mareo me golpeó como siempre. Los colores se difuminaron, los sonidos se estiraron. Luego aterrizamos con una brusquedad desconcertante, el baúl de almacenamiento en la trastienda de la librería escupiéndonos al suelo. Gemí ante mi estúpido aterrizaje, Mal dándome su mano para ayudarme a levantarme. Él había aterrizado con la gracia de un gato. Le odiaba. Era totalmente lo opuesto: un lobo. ¿Cómo podía tener tanta gracia?

Salimos de la habitación y entramos en la librería propiamente dicha. Emma estaba allí, reponiendo estanterías. Apenas levantó la mirada.

—¡Hola, jefa!

—Hola, Emma. ¿Cómo va la librería?

—Próspera. La nueva sección de misterio es muy popular.

Asentí, despidiéndome antes de dirigirnos al apartamento de arriba. Era de noche en la Tierra, el sol de la tarde tardía se colaba por las ventanas. La puerta se abrió antes de que pudiera llamar.

—¡AQUÍ ESTÁ MI SOBRINO FAVORITO! —gritó Krystin.

—¡TÍA KRYSTIN! —Killian se separó de mí y se lanzó hacia ella.

Ella lo atrapó y lo hizo girar. —¡Mira cuánto has crecido!

Bella y Daphne estaban detrás de ella. Daphne había venido antes para informar a todos, aún vestida con su ropa de Lytopia.

—Ha crecido desde vuestra última visita —observó Bella.

—Han pasado dos semanas —dijo Daphne—. Los niños crecen.

Krystin estaba sacando algo de su bolsillo, con los ojos brillantes. —¡Mira lo que te he traído!

—¡CHOCOLATE! —La cara de Killian se iluminó cuando ella le entregó una barra de chocolate.

En cuestión de segundos, tenía chocolate untado en las mejillas.

—Acaba de comer —dijo Sorcha, pero sonreía.

—El postre es importante —declaró Krystin—. Esencial para los niños en crecimiento.

Los guardias comenzaron a entrar por la puerta detrás de nosotros. La mayoría nunca había estado en la Tierra antes. Miraban el apartamento como si hubieran aterrizado en un planeta alienígena, con las manos flotando cerca de sus armas por puro instinto.

Un guardia miraba fijamente el televisor, su postura sugiriendo que estaba listo para luchar contra él. —¿Esto es la Tierra?

—Sí —dije pacientemente—. Mi reino de origen. Bienvenidos.

El guardia señaló el televisor. —¿Qué es ese rectángulo brillante?

—Un televisor. Muestra imágenes. Historias —explicó Bella.

—¿Magia?

—Tecnología. Algo así como magia.

Su mano se movió hacia su espada. —Parece amenazante.

—Está mostrando un concurso de cocina —dijo Bella secamente—. Muy poco amenazante.

Otro guardia recogió un teléfono de la mesa de café, girándolo con sospecha. —¿Y esto?

—No toques eso —dijo Krystin rápidamente, quitándoselo—. Es caro.

El guardia parecía ofendido. —Solo lo estaba examinando.

—Examina con tus ojos, no con tus manos de espada.

Un tercer guardia estaba tocando una lámpara, retrocediendo cuando se encendió. —¡Brujería!

—Es una lámpara —dijo Daphne con la paciencia de un santo—. Pulsas el botón, sale luz.

—Pero, ¿DE DÓNDE viene el fuego?

—No hay fuego. Es electricidad.

El guardia la miró como si le hubiera salido una segunda cabeza. —¿Electri-qué?

Bella suspiró. —Esta va a ser una noche larga.

Bella estaba organizando los arreglos para dormir, sacando mantas adicionales y contando cabezas. Daphne explicaba la tecnología de la Tierra a los guardias desconcertados. Krystin tenía a Killian en su regazo, dándole más chocolate a pesar de las protestas de Sorcha.

—Esa es su cuarta porción —señaló Sorcha.

—Es medicinal —dijo Krystin sin titubear.

—¿Chocolate medicinal?

—Para su alma. Muy importante.

Sorcha suspiró. Sabía cuándo estaba ante una batalla perdida. Al igual que yo ni siquiera me había molestado en discutir con Krystin.

—¿Podemos hacer galletas, Tía Krystin? —preguntó Killian esperanzado, con chocolate aún untado en la cara.

—¡Por supuesto que podemos!

—Después de despedirte de tus padres —intervino Sorcha suavemente.

Cierto. Me arrodillé al nivel de Killian, y de repente fue real. Lo estábamos dejando. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Pórtate bien, cariño —dije, abrazándolo fuertemente. Respiré su olor de niño pequeño a chocolate y algo únicamente Killian—. Escucha a la abuela y a tus tías.

—Lo haré, mamá. Lo prometo. —Sus bracitos rodearon mi cuello.

—Te quiero muchísimo.

Se apartó y miró mi cara, frunciendo el ceño. —No estés triste, mamá.

—No estoy triste. —Las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Muy convincente.

—Estás llorando —señaló con una devastadora lógica de cuatro años.

—Son lágrimas de felicidad —mentí.

—Parecen tristes.

—Son lágrimas complicadas, ¿vale?

Mal se arrodilló a mi lado, salvándome de más interrogatorios. —Protege a la abuela por mí, cachorro. Eres el hombre de la casa mientras estoy fuera.

La cara de Killian se puso seria. —La protegeré, papá.

—Sé que lo harás. Volveremos pronto.

Killian se quitó su corona de flores. Luego sacó otra de su bolsillo. —Para protección. Las hice esta mañana con la abuela.

Nos las entregó. Las flores estaban torcidas, algunos tallos doblados, ya perdiendo pétalos. Perfectas.

Me puse la mía. —Gracias, cariño.

Mal también se puso la suya. —Protección muy poderosa.

Killian se rió. —Te ves tonto, papá.

—Ahora soy mágico —respondió Mal seriamente.

Un abrazo más. Un beso más. Luego retrocedimos hacia la entrada antes de que pudiera cambiar de opinión. Nos giramos para saludar. Killian devolvió el saludo, ya distraído por Krystin preguntando sobre decoraciones para galletas.

El portal brilló mientras lo atravesábamos.

De vuelta en Lytopia, el pasillo vacío se sentía demasiado silencioso. Miré hacia el portal, sabiendo que Killian estaba seguro al otro lado.

Los dedos de Mal se entrelazaron con los míos. —Está a salvo.

Asentí, sin confiar en mi voz.

—Encontremos a Tyreen y terminemos con esto, para poder recuperarlo.

Caminamos juntos hacia nuestras habitaciones.

***

Esa noche, empacamos los últimos objetos. Me movía por nuestra habitación doblando ropa de viaje, organizando hierbas. Hierbas curativas para lesiones, envueltas cuidadosamente en tela. Potenciadores de energía para días largos, molidos en polvo. La mezcla que Casimya me había dado para dolores de cabeza, amarga pero efectiva.

Mal estaba al otro lado de la habitación con sus armas. Lo observé probar el filo de una hoja, satisfecho con su agudeza, y luego pasar a la siguiente. La piedra de afilar producía suaves sonidos raspando contra el metal.

—Eso son muchos objetos afilados —observé.

—Me gusta estar preparado.

—¿Para qué, un ejército?

—Sí.

Me acerqué y miré su colección extendida sobre la cama. Espadas, dagas, cuchillos arrojadizos. Y al final, su hacha favorita con el mango tallado.

—¿Vas a traer tu hacha asesina?

Hizo una pausa. —No es un hacha asesina, es solo... —Se interrumpió.

—Literalmente la llamas tu hacha asesina.

Hizo una pausa, atrapado entre avergonzado y desafiante. —Sí.

Me reí a pesar de mi ansiedad. Trabajamos en un cómodo silencio después de eso, moviéndonos el uno alrededor del otro con facilidad practicada. Él me entregó una bolsa para mis hierbas antes de que pudiera pedirla. Yo ajusté una correa suelta en su armadura sin que él lo mencionara. Trabajo en equipo sin palabras, construido a lo largo de años de colaboración.

Finalmente, nos metimos en la cama y él me acercó a sí.

Yacíamos cara a cara, su mano en mi mejilla, la mía sobre su corazón.

—¿Y si esto no funciona? —pregunté en voz baja—. ¿Y si Tyreen no puede ayudar?

—Entonces encontraremos otra manera.

—¿Y si no hay otra manera?

—Siempre hay otra manera. La encontraremos. Juntos.

Guardé silencio por un momento, luego lo admití. —Tengo miedo.

—¿Del viaje?

—De fallarle. A Killian. ¿Y si no podemos protegerlo?

Mal me acercó más. —Lo haremos. Lo que sea necesario. Nadie toca a nuestro hijo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Volveremos con él. Todos nosotros.

Presioné mi cara contra su pecho. —Te quiero.

—Te quiero. Más que ayer. Menos que mañana.

Gemí. —Eso es cursi. Pero contra mi mejor juicio, me encanta.

Nos dormimos entrelazados.

***

El amanecer llegó demasiado pronto, la luz pálida deslizándose por las ventanas.

Me vestí con ropa de viaje. Pantalones prácticos, una túnica que no se engancharía en las ramas, botas cómodas desgastadas por años de uso. Me recogí el pelo fuertemente con las gomas del pelo que había traído de la Tierra porque detestaba absolutamente las tiras de cuero que usaban aquí.

Mal se vistió con ropa similar con armadura ligera debajo. El metal brillaba opacamente a la luz de la mañana mientras se movía, comprobando hebillas y correas.

Miré nuestras habitaciones una última vez, tratando de memorizar cada detalle. La cama que compartíamos. El armario donde nuestra ropa colgaba junta. La pequeña mesa donde a Killian le gustaba dibujar. Sin saber cuándo volveríamos. Sin saber a qué nos enfrentaríamos en esos bosques.

Mal me ofreció su mano, su rostro serio pero decidido. —¿Lista?

La tomé, ajustando la corona de flores marchita de Killian en mi cabeza con mi mano libre. Los pétalos estaban caídos pero no me la quitaría. —Tan lista como puedo estar.

—Llevas puesta la corona de flores.

—Para protección. Obviamente.

Tocó la suya, ligeramente torcida sobre su cabeza. —Yo también llevo la mía.

—Parecemos absurdos.

—Parecemos poderosos. Coronas de flores muy intimidantes.

Caminamos por el castillo juntos, de la mano, llevando coronas de flores marchitas y expresiones decididas. Los guardias se inclinaban a nuestro paso, sus rostros cuidadosamente neutrales. Si pensaban que las coronas de flores eran extrañas, eran lo suficientemente inteligentes como para no comentarlo. La boca de un guardia se crispó ligeramente, pero se controló.

—¿Algo divertido? —preguntó Mal suavemente.

—No, Majestad. Protección muy poderosa, estoy seguro.

—Extremadamente poderosa —estuve de acuerdo—. Mi hijo las hizo.

El rostro del guardia se ablandó. —Entonces seguramente son mágicas, Majestad.

Casimya esperaba en el patio con cinco guardias. Nuestro pequeño equipo de expedición.

—¿Listos? —preguntó Casimya.

Asentí. —Listos.

Ella comenzó a preparar los materiales para el portal. Me concentré en las coordenadas del hechizo de rastreo, mezclándolas con el nombre de Tyreen repetido en mi mente y la sensación de mi propia energía profunda en mi pecho. *Bosques de Noctherion. Firma mágica de Tyreen.* Casi podía sentirlo, un tirón en mi pecho.

El portal comenzó a formarse, brillando en el aire.

—Bien —dije, avanzando hacia él—. Los bosques de Noctherion deberían estar justo a través de aquí.

Atravesé con confianza.

Y me hundí hasta los tobillos en agua pantanosa.

El barro se tragó mis botas, frío y asqueroso. El olor a agua estancada y vegetación pudriéndose me golpeó como un muro.

—Esto no es un bosque —dijo Mal secamente, sus botas hundiéndose a mi lado. Estaba hundido hasta los tobillos en el barro y de alguna manera aún lograba verse digno. Injusto.

Miré alrededor el paisaje pantanoso. Cañas en grupos. Agua oscura y quieta. En algún lugar distante, una rana croaba burlonamente.

Casimya, aún en el lado de Lytopia, parecía claramente poco impresionada. Su expresión lo decía todo sobre lo que pensaba de mi precisión con los portales.

—Malditos portales —murmuré, tratando de liberar mi bota. Hizo un horrible sonido de succión.

—¿Intentarlo de nuevo? —sugirió Mal suavemente. Su bota hizo el mismo horrible sonido cuando se movió.

—Definitivamente hay que intentarlo de nuevo. A menos que quieras vadear por el pantano durante tres días.

—Preferiría no hacerlo.

Volvimos a atravesar el portal del pantano. Cerré el portal fallido con más fuerza de la necesaria. Respiración profunda. *Concéntrate. Siente la ubicación, no solo pienses en ella.* Eso es lo que Casimya me había estado inculcando durante semanas.

Lo intenté de nuevo, vertiendo mi concentración en hacerlo bien.

Esta vez cuando el portal se abrió, pude ver un denso bosque al otro lado. Árboles oscuros, espesa maleza, rayos de sol moteados

filtrándose entre las hojas. Exactamente como debería verse el bosque de Noctherion.

—Eso se ve mejor —dije con alivio.

—Mucho mejor que el pantano —coincidió Mal.

Casimya miró a través del portal con ojo crítico. —Parece correcto. La firma mágica coincide.

Mal atravesó primero, con la mano en su espada. Siempre protector, listo para enfrentarse a cualquier peligro que pudiera estar esperando al otro lado.

Lo seguí yo, luego Casimya, y después los cinco guardias en rápida sucesión. Cada uno de ellos atravesó con las armas listas, dispersándose para asegurar el perímetro tan pronto como aterrizaron. Profesionales y eficientes. Probablemente excesivo para un claro vacío, pero agradecí la minuciosidad.

Nos encontrábamos en un pequeño claro rodeado de árboles antiguos, cuyas ramas se extendían unas hacia otras por encima como viejos amigos tomados de las manos. El aire era denso y húmedo. A lo lejos, un pájaro emitió un sonido que resonó por todo el bosque.

El bosque de Noctherion. Salvaje, peligroso, y en algún lugar de sus profundidades, una bruja que podría tener respuestas. O que podría mandarnos al infierno.

De cualquier manera, estábamos a punto de averiguarlo.

Mal extendió su mano hacia mí, y nuestros dedos se entrelazaron. —¿Lista?

Apreté sus dedos. —Tan lista como puedo estar.

Empezamos a caminar hacia el bosque, dejando el portal resplandeciendo detrás de nosotros.

14

—•—

Wen

Llevábamos horas caminando por el bosque de Noctherion, y estaba exhausta. Me dolían los pies. Me ardían las piernas. Mi mochila parecía pesar el doble que cuando empezamos.

El bosque era denso, el terreno difícil. Las raíces se retorcían a lo largo del camino como si deliberadamente intentaran hacernos tropezar. Las rocas sobresalían en ángulos extraños. La maleza era tan espesa que tuvimos que empujar para pasar en algunos lugares, con ramas enganchándose en nuestra ropa y cabello.

Casimya iba a la cabeza, su hechizo de rastreo la guiaba hacia adelante con precisión infalible. Se movía entre los árboles como si hubiera nacido para ello, sin tropezar nunca, sin vacilar. El resto de nosotros luchábamos por mantener el ritmo.

Noté que Mal me observaba. Lo había estado haciendo todo el día. Cuando mi mochila comenzaba a deslizarse, él estaba ahí para ajustarla antes de que yo pudiera hacerlo. Cuando una rama se balanceaba hacia mi cara, su mano salía disparada para atraparla. Cuando el terreno se volvía particularmente escabroso, su mano aparecía en mi codo, estabilizándome sin hacerlo obvio.

—Aquí. Yo la llevaré —dijo, alcanzando mi mochila.

—Puedo llevar mi propia mochila —protesté, aunque la oferta era tentadora.

—Lo sé —dijo simplemente—. Déjame hacerlo de todos modos.

Le dejé tomarla sin más discusión. El orgullo es una cosa, pero la practicidad es otra.

Se colgó mi mochila sobre el hombro junto a la suya, sin parecer siquiera notar el peso extra. Presumido.

Para cuando el sol comenzó a ponerse, pintando el bosque en tonos dorados y ámbar, todos estábamos listos para detenernos. Casimya ordenó un alto en un pequeño claro.

—Acamparemos aquí —anunció—. Todavía estamos a medio día de la ubicación de Tyreen.

Los guardias se pusieron a trabajar estableciendo un perímetro, sus movimientos eficientes. Lo habían hecho cientos de veces. Dos montarían guardia mientras los otros descansaban, rotando en turnos durante la noche.

Mal y yo montamos nuestra tienda. Era pequeña, apenas lo suficiente para dos personas, diseñada para viajar más que para la comodidad. Extendimos nuestros petates uno al lado del otro, el espacio tan reducido que estaríamos presionados juntos lo quisiéramos o no.

No es que me estuviera quejando.

Entramos en la tienda cuando la oscuridad cayó por completo. Afuera, podía oír a los guardias moviéndose, el crepitar de un pequeño fuego que habían encendido, los sonidos del bosque por la

noche. Insectos cantando. Algo ululando en la distancia. El susurro del viento a través de las hojas. Dentro, éramos solo nosotros dos.

Nos acostamos muy juntos, ninguno de los dos quite listo para dormir a pesar de nuestro agotamiento.

—No dejo de pensar en Killian —admití.

—Yo también —dijo Mal suavemente.

—¿Estará bien? ¿Y si pasa algo? ¿Y si Igryside lo encuentra de alguna manera?

—Está con Sorcha —me recordó Mal—. Y con los guardias elegidos personalmente por Torin. Y con tus fieros amigos.

—Krystin lo malcriará por completo.

—Completamente —aceptó Mal—. Volverá exigiendo galletas en cada comida.

Me reí a pesar de mí misma. —Ya lo hace.

—Me lo imagino portaleando golosinas por todo el apartamento —continuó Mal—. Galletas apareciendo en la mesa de café. Caramelos materializándose en sus manos.

—Oh Dios, definitivamente lo está haciendo —dije, riendo más fuerte. La imagen era demasiado perfecta.

—Sorcha intentando detenerlo.

—Fracasando miserablemente.

—Ella me crió a mí y a Aurion —señaló Mal—. Puede manejar cualquier cosa.

—Cierto.

Nos quedamos allí un momento en silencio, ambos pensando en nuestro hijo, ambos extrañándolo intensamente. Necesitaba una distracción, algo que me alejara de mis pensamientos oscuros.

Así que me volví hacia Mal y lo besé, mis labios chocando contra los suyos con un hambre que me sorprendió incluso a mí, mi lengua deslizándose más allá de sus dientes para enredarse con la suya, saboreando el leve sabor a sal del sudor de antes. Él respondió de inmediato, como si hubiera estado esperándolo toda la noche, su boca devorando la mía en un beso profundo y posesivo que me dejó sin aliento. Su mano se elevó para acunar mi rostro, su áspera palma sosteniendo mi mandíbula, su pulgar acariciando mi mejilla en lentos y posesivos movimientos que enviaron hormigueos por mi columna.

Mis manos se movieron ahora, los dedos manipulando torpemente la hebilla de su cinturón, el metal frío bajo mi tacto mientras lo abría con un suave tintineo que parecía demasiado fuerte en el silencioso espacio. Tiré de los cordones de sus pantalones a continuación, liberándolos uno por uno, exponiendo el duro bulto que se tensaba contra su ropa interior. Observé su expresión, vi sus reacciones, la forma en que su mandíbula se tensaba, sus ojos se oscurecían hasta un gris tormentoso mientras metía la mano dentro y envolvía mis dedos alrededor de su grueso miembro, caliente y suave como el terciopelo en mi agarre, ya palpitando de necesidad.

Intentó mantenerse callado. Ambos sabíamos que los guardias estaban justo fuera de la tienda, sus pasos blindados recorriendo el bosque, voces murmurando bajo sobre las patrullas. Pero no tuvo éxito del todo. Pequeños sonidos se escaparon a pesar de sus mejores esfuerzos, un silbido agudo entre sus dientes mientras lo acariciaba de la base a la punta, mi pulgar girando sobre la cabeza resbaladiza para extender su líquido preseminal, facilitando el deslizamiento. Su respiración se volvió áspera y desigual, su pecho agitándose bajo mi otra mano mientras lo bombeaba

constantemente, girando mi muñeca en la caricia ascendente para golpear ese borde sensible justo debajo de la corona.

—Joder —susurró contra mis labios, la palabra apenas audible, pero vibró a través de mí como una promesa. Sus caderas se sacudieron contra mi puño, buscando la fricción, las venas a lo largo de su eje pulsando bajo mis dedos mientras apretaba más fuerte, sintiéndolo hincharse aún más.

Aceleré mi ritmo, mi agarre firme, masturbándolo con tirones largos y deliberados que hicieron que sus muslos se tensaran, sus dedos de los pies se curvaran contra el suelo de la tienda. Su mano libre agarró mi cadera, sus uñas clavándose mientras luchaba por mantenerse quieto, pero un gemido bajo se le escapó cuando me concentré en la cabeza, frotando mi palma sobre ella en círculos apretados hasta que más líquido preseminal rezumaba, humedeciendo mi piel. Sus ojos se fijaron en los míos, feroces y suplicantes, sus labios entreabiertos mientras jadeaba, el rubor extendiéndose por su cuello.

Cuando terminó, lo golpeó con fuerza, su miembro sacudiéndose en mi mano, chorros de semen caliente disparándose a través de mi muñeca y vientre, espeso y pegajoso mientras pulsaba a través de la liberación. Se mordió el labio hasta hacerlo sangrar para ahogar el gemido, su cuerpo estremeciéndose contra mí, pero una exhalación desgarrada se escapó de todos modos. Me atrajo a sus brazos justo después, presionando su frente contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose.

—Eres increíble —murmuró, con voz áspera, sus labios rozando mi piel mientras acariciaba mi sien con la nariz, su miembro ya flácido contra mi muslo, dejando un rastro cálido.

—Eres fácil de complacer —bromeé, limpiando mi mano con un paño, la evidencia de él enfriándose sobre mi piel.

—Solo para ti —su brazo se apretó alrededor de mi cintura, acercándome más como si no pudiera soportar ni un centímetro de espacio.

Pensé que habíamos terminado, con el cansancio del día asentándose, pero entonces me hizo rodar sobre mi espalda con un movimiento rápido y dominante, su cuerpo siguiéndome para abrazarme por detrás. Su pecho presionó caliente contra mi columna, el vello áspero allí raspando deliciosamente mi piel. Sus brazos me envolvieron con fuerza, un antebrazo cruzando mis costillas, el otro deslizándose entre mis muslos, separándolos con presión insistente hasta que mi rodilla se dobló, mi pie plantado en el suelo para tener apoyo.

Sus dedos trabajaron lentamente al principio, trazando la costura de mis labios, hundiéndose en la humedad que aún persistía de antes, recubriendo sus dígitos antes de rodear mi entrada. Sabía exactamente lo que me gustaba, exactamente cómo tocarme. Cuatro años de matrimonio significaban que había mapeado mi cuerpo como un campo de batalla que poseía, cada centímetro sensible grabado en su memoria. Empujó un dedo dentro, luego dos, luego un tercero, estirándome con un movimiento que rozó mis paredes internas, bombeando en empujes superficiales que construyeron el calor gradualmente, mi clítoris palpitando sin ser tocado pero doliendo por la proximidad.

También intenté permanecer en silencio. De verdad lo intenté, mordiendo el interior de mi mejilla, concentrándome en el ritmo de su mano más que en la presión creciente. Pero su pulgar encontró mi clítoris, presionando en firmes movimientos circulares que hicieron que mis caderas se sacudieran contra él, frotando mi trasero contra su entrepierna donde su miembro ya se estaba despertando de nuevo, medio erecto y empujando contra mi hendidura. Los sonidos húmedos de sus dedos follándome eran obscenos en el silencio, mi sexo apretándose alrededor de la invasión, mis jugos recubriendo su palma mientras hacía tijeras dentro de mí.

—Silencio ahora —respiró en mi oído, su voz un rumor oscuro que vibró a través de mi espalda, sus dientes mordisqueando el lóbulo—. No queremos que esos tontos de afuera se hagan ideas.

Su mano libre pellizcó mi pezón, retorciéndolo lo suficientemente fuerte como para arrancarme un jadeo, rodando la punta entre el pulgar y el índice hasta que se endureció dolorosamente. Luego se movió a mi boca, cubriendo los gemidos y gruñidos que apenas podía contener.

El placer se enroscó bajo y apretado, sus dedos empujando más profundo ahora, más rápido, sus nudillos golpeando mi trasero en cada zambullida mientras su pulgar golpeaba mi clítoris en rápidos toques que hacían temblar mis muslos. El sudor resbalaba donde nuestros cuerpos se encontraban, su aliento caliente en mi cuello mientras chupaba una marca allí, oculta bajo mi pelo. Me arqueé contra él, mis dedos curvándose, el borde acercándose con cada caricia experta. Su conocimiento de mí convirtiendo el tacto en tortura, arrancando gemidos que me tragué.

Cuando el placer alcanzó su punto máximo y se rompió sobre mí, me desgarró como fuego, mi sexo contrayéndose alrededor de sus dedos, chorreando humedad que empapó su mano y la improvisada cama que habíamos hecho con mantas debajo. No pude contener del todo el gemido que se escapó, un sonido agudo y lastimero que se rasgó de mi garganta a pesar de mis esfuerzos, solo amortiguado por la mano que tenía contra mi boca.

Desde fuera, alguien tosió sonoramente. *Deliberadamente.*

—Oh Dios mío —susurré, mortificada. Enterré mi cara en el pecho de Mal, queriendo desaparecer.

Él temblaba con una risa silenciosa detrás de mí. —No oyeron nada.

—Absolutamente oyeron —siseé.

—Ve a dormir.

—Nunca volveré a dormir —declaré—. Moriré de vergüenza primero.

Él solo me acercó más, su cuerpo aún temblando con risa suprimida.

Estaba completamente equivocada sobre no dormir. El agotamiento ganó, y me quedé dormida antes de que Mal incluso dejara de reír.

***

A la mañana siguiente, desperté con la luz temprana filtrándose a través de la tienda y la cara divertida de Mal observándome.

—¿Dormiste bien? —preguntó, sonriendo.

—Cállate —murmuré, mi cuerpo adolorido por el hechizo y todo el ejercicio que habíamos hecho el día anterior.

—Te quedaste dormida en aproximadamente cuatro minutos.

—Te odio.

No era cierto. Trágicamente.

Salir de la tienda fue una de las experiencias más vergonzosas de mi vida. Los guardias fingían profesionalmente que nada había sucedido. Sus rostros estaban cuidadosamente neutrales mientras recogían el campamento. Demasiado sospechosamente neutrales.

—Buenos días, Vuestras Majestades —dijo un guardia, sin revelar nada en su expresión. Su voz era perfectamente uniforme. Ni un atisbo de diversión. Muy impresionante.

—Buenos días —murmuré, evitando el contacto visual.

—¿Listos para partir? —preguntó otro guardia, también con un rostro completamente neutral, sospechosamente desprovisto de

cualquier reacción.

—Sí. Vámonos. Rápidamente —seguía sin mirar a nadie. Nunca volvería a mirar a nadie, jamás.

—¿Durmieron bien, Vuestras Majestades? —preguntó inocentemente un tercer guardia.

Le lancé una mirada. De repente estaba muy interesado en ajustar las correas de su mochila.

Mal seguía sonriendo. Consideré portalearlo a un lago. O a un pantano. El pantano sería más satisfactorio.

Levantamos el campamento y reanudamos nuestro viaje. Caminé de la mano con Mal, tratando de fingir que no seguía muriéndome por dentro. Los guardias eran absolutos profesionales. Ni uno solo de ellos hizo contacto visual conmigo o dijo algo remotamente sugerente.

Agradecí su discreción incluso mientras deseaba que la tierra me tragara por completo.

—Estamos cerca —anunció Casimya mientras caminábamos—. Muy cerca. Las protecciones son fuertes aquí.

El bosque se estaba volviendo más extraño. Los árboles crecían en patrones antinaturales, sus ramas retorcidas y nudosas. Los senderos parecían dar vueltas sobre sí mismos.

Magia. Magia fuerte, colocada deliberadamente para mantener alejados a los intrusos.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

—Minutos —dijo Casimya, sus ojos enfocados en algo que yo no podía ver—. Quizás menos.

Mal apretó mi mano, sintiendo mis nervios a través de nuestro vínculo. —Pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos.

—¿Y si no quiere ayudar?

—Entonces encontraremos otra manera.

—¿Y si no hay otra manera? ¿Y si todo esto es en vano y no podemos proteger a Killian e Igryside viene por él y no estamos preparados y no puedo...?

—Tranquila —interrumpió suavemente—. Enfrentaremos todo juntos.

Respiré hondo y asentí.

Casimya estaba rompiendo protecciones a medida que avanzábamos, sus manos moviéndose en patrones que no podía seguir. Chispas de magia volaban donde sus dedos pasaban por el aire. El bosque parecía responder, los árboles moviéndose ligeramente, los senderos enderezándose.

Entonces lo vi. Una cabaña, pequeña y ordenada, escondida entre los árboles como si hubiera crecido allí naturalmente. Estaba fuertemente protegida, resplandeciendo con hechizos protectores. Casi invisible si no la mirabas directamente.

Nos acercamos con cuidado. Mal hizo señas a los guardias para que se dispersaran, tomando posiciones defensivas. Él y yo avanzamos juntos hacia la puerta de la cabaña.

Antes de que pudiéramos llamar, la puerta se abrió de golpe.

Una mujer apareció en el umbral. Mayor, con cabello gris recogido en una trenza, ojos penetrantes y una presencia poderosa que hacía que el aire mismo se sintiera más pesado. La magia crepitaba alrededor de sus manos, chispas púrpuras bailando entre sus dedos. Nunca había visto magia tan visible antes.

Y estaba lista para atacar.

—¿Quiénes sois? ¿Cómo me habéis encontrado? —exigió.

Di un paso adelante rápidamente, levantando las manos. —Por favor, no queremos hacer daño.

—Eso es lo que todos dicen antes de atacar. —La magia alrededor de sus manos se intensificó.

Mal se movió protectoramente hacia mí, agarrando la empuñadura de su espada. —No estamos atacando.

—El lobo se queda atrás —dijo Tyreen con brusquedad.

—No —respondió Mal rotundamente.

—Está bien —le dije a Mal, tocándole el brazo. Luego a Tyreen—: Me llamo Gwendolyn.

Tyreen me miró fijamente, entrecerrando los ojos. —¿Gwendolyn? Me resultas familiar. ¿Quién...? No. *¿Qué* eres?

—Mi abuela se llamaba Mary. Mi abuelo era Louis —dije, observando su rostro—. Recientemente descubrí que tengo ascendencia de brujas.

El cambio fue dramático. La magia alrededor de las manos de Tyreen se disipó como humo. Su expresión cambió de hostil a impactada.

—Mary —susurró. Luego más fuerte—: Marya. Te pareces tanto a ella.

Se me cortó la respiración. —¿Entonces sí la conoces?

Tyreen estaba llorando ahora, con lágrimas corriendo por sus mejillas. —Yo era su segunda. Su amiga. La ayudé a huir a la Tierra. —Su voz se quebró—. Pensé que toda la línea se había extinguido.

Extendió la mano hacia mí con vacilación, y la dejé hacerlo. Sus dedos tocaron mi rostro suavemente, trazando mis rasgos como si estuviera viendo un fantasma.

—Tienes sus ojos —dijo, con voz apenas audible—. Sus pómulos. Dioses, es como si ella estuviera de nuevo frente a mí.

Yo también estaba llorando. —Necesito tu ayuda. Igryside nos está cazando.

La expresión de Tyreen se oscureció. —Así que nunca pararon. —Luego su tono se suavizó—. Entrad. Todos vosotros, incluso los perros. Tenemos mucho de qué hablar.

Bajó las protecciones con un gesto, desvaneciéndose el brillo de la magia protectora. Mal y Casimya me siguieron adentro, ignorando deliberadamente el comentario sobre los *perros*. Me pareció gracioso. Los guardias se quedaron fuera, vigilando.

La cabaña era acogedora pero desordenada con objetos. Hierbas colgaban secándose de las vigas en paquetes ordenados. Cristales cubrían los alféizares de las ventanas, captando la poca luz que se filtraba a través de los árboles. Había libros apilados por todas partes, antiguos tomos con encuadernaciones de cuero agrietado en cada superficie disponible. Olía a lavanda y papel viejo, lo que me oprimió el pecho. Se sentía como en casa. Mi abuela solía oler así a veces.

Tyreen no podía dejar de mirarme mientras preparaba té con manos temblorosas. Cada pocos segundos, sus ojos encontraban mi rostro de nuevo, como si no pudiera creer que yo fuera real.

Nos sentamos alrededor de una pequeña mesa de madera, los cuatro. Tyreen sirvió el té, la ceremonia dándole tiempo para componerse.

—Mi nombre es Tyreen. Formé parte del aquelarre de tu abuela, como dije. Marya era increíble —dijo finalmente, su voz cálida con el recuerdo—. Poderosa más allá de toda medida. Y tan dramática.

Sonreí a pesar de mis lágrimas. Echaba tanto de menos a mis abuelos, estaba hambrienta de cualquier detalle, cualquier cosa que mantuviera viva su memoria. —¿Dramática en qué sentido?

—Una vez envió la cena de alguien a un lago con un portal porque insultó sus zapatos. —Tyreen se rió entre lágrimas—. El pollo asado del hombre, directamente de su plato. Desaparecido. Nunca volvió a decir una palabra contra sus elecciones de moda.

Eso me hizo reír por sorpresa. —Casimya me contó una historia similar. Los cambios de humor de mi abuela eran legendarios.

—Verdaderamente lo eran. Podía guardar rencor como nadie que haya conocido. Pero su amor era igual de feroz. —Tyreen me miró con tanto cariño que me dolió el pecho—. Tienes su espíritu. Su fuego. Puedo verlo en la forma en que te comportas. La forma en que caminaste hacia mi puerta incluso cuando tenía magia lista para atacarte. Eso era pura Marya.

Mal, que había estado callado, habló. —Ella es muy feroz, en efecto.

Tyreen se volvió para mirarlo correctamente. —¿La tratas bien, rey perro?

—Lobo. Y sí, con mi vida.

—Bien. —Tyreen asintió con satisfacción—. Porque conozco doce maldiciones que apuntan a la anatomía específica.

Las cejas de Mal se elevaron. —Anotado.

—¡Tyreen! —protesté, tratando de no resoplar.

—Solo estableciendo expectativas —dijo con remilgo.

Se levantó y se dirigió a un estante, bajando una pequeña caja de madera desgastada por el tiempo. Dentro, anidado en terciopelo descolorido, había un collar antiguo. Una simple cadena de plata con una piedra que pulsaba con una tenue luz púrpura, el mismo color que mi magia de portal.

—Un símbolo de aquelarre —explicó, ofreciéndomelo con reverencia —. Tu abuela llevaba uno igual. Este perteneció a su hermana, quien me lo dio antes de morir. Estaba destinado a volver a la línea familiar.

Extendí la mano y lo toqué. En el momento en que mis dedos hicieron contacto, una calidez me inundó. No solo calidez. *Conexión.* Como escuchar de repente una canción que había conocido toda mi vida pero había olvidado. Imágenes parpadearon al borde de mi visión. Rostros que no reconocía pero que de alguna manera conocía. Voces que hablaban en idiomas que no debería entender pero entendía.

Herencia. Familia. Un poder que corría más profundo de lo que jamás había imaginado.

—Lo siento —respiré, mi voz apenas un susurro.

—La sangre llama a la sangre —murmuró Tyreen, sus ojos brillantes con lágrimas contenidas—. Quédatelo. Siempre estuvo destinado a su linaje. Siempre estuvo destinado a ti.

Me deslicé la cadena sobre la cabeza, sintiendo su peso asentarse contra mi pecho. La piedra pulsó una vez, dos veces, y luego se asentó en un brillo constante que coincidía con los latidos de mi corazón. Se sentía correcto. Como llegar a casa a un lugar en el que nunca había estado.

Hablamos durante horas. Tyreen compartió historias sobre mi abuela, sobre el aquelarre, sobre los viejos tiempos. Mal me observó todo el tiempo, su expresión suave mientras yo me iluminaba escuchando sobre mi familia.

Pero entonces recordé la razón por la que realmente vinimos aquí, y la conversación se tornó seria.

—¿Alguna vez has sido cazada por Igryside? ¿Cómo los combatiste? —pregunté.

—Nos persiguieron durante años. —El rostro de Tyreen se entristeció —. Pero no los combatimos. Esa es la verdad. Huimos de ellos, nunca los enfrentamos.

—Pero erais un aquelarre poderoso —protesté—. Casimya dijo...

—Como dije antes, yo era la segunda al mando del aquelarre —interrumpió Tyreen suavemente—. Éramos quizás cincuenta brujas en nuestro momento más fuerte. Igryside es un reino. Miles de soldados y un rey loco obsesionado con el poder. No era una buena combinación. —Me miró con tristeza—. No podíamos ganar. Así que huimos. Y después de que tus abuelos se fueran, yo huí durante décadas, hasta que me cansé demasiado y envejecí. Me instalé aquí, y he estado aquí desde entonces. Cuando sentí tu hechizo de rastreo, me quedé. Pensé que mi hora había llegado, y estaba cansada de huir. Así que esperé la muerte.

—Y en cambio, me encontraste a mí. —Hice una mueca—. Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Huir de ellos también?

—No —dijo Tyreen con firmeza—. No cometas los mismos errores que nosotros. Tienes una gran oportunidad, algo que no tuvimos: porque no eres solo un aquelarre. Tienes un reino, una alianza con otros seis reinos que te respaldan. Tienes la mano ganadora aquí, Gwendolyn. No la desperdicies.

—Pero Wen no quiere guerra si podemos evitarla —dijo Mal, sus dedos encontrando los míos bajo la mesa.

—Puede haber otra manera —dijo Tyreen pensativamente después de un momento—. El príncipe de Igryside. Es diferente a su padre.

Me incliné hacia adelante. —¿Diferente en qué sentido?

—Se preocupa por su gente. No apoya la obsesión de su padre. Si pudieras destronar al rey, el príncipe podría acceder a la paz.

—¿Podría? —preguntó Mal.

—La política nunca es segura. Pero es posible.

La esperanza llenó mi pecho. Sí. Una oportunidad. Eso era todo lo que pedía.

—¿Cómo destronamos a un rey? —pregunté.

La sonrisa de Tyreen fue sombría. —Con cuidado. Y necesitaremos reunirnos primero con el príncipe, evaluar su disposición.

—Es peligroso —dijo Casimya en voz baja.

—Todo es peligroso ahora —respondió Tyreen, encogiéndose de hombros, con el rostro pétreo. Pero yo sabía que creía que las probabilidades estaban de nuestro lado, y tenía razón. Tenía sentido, teníamos el mayor número. Pero si pudiéramos evitar el derramamiento de sangre, ¿*perfecto*.

Hablamos sobre posibilidades y estrategias durante horas, pensando en cada posibilidad, cada debilidad que Tyreen pudiera pensar sobre Igryside. Desafortunadamente, no había muchas. Finalmente, Tyreen se levantó y comenzó a empacar.

—Te enseñaré todo lo que sé —dijo, sacando objetos de los estantes. Mis hombros se relajaron con alivio. Había estado

temiendo invitarla a Lytopia, porque no quería enfrentar su rechazo. Ahora que había encontrado un vínculo con mi pasado, realmente no quería dejarlo ir. Así que el hecho de que ella voluntariamente sugiriera venir con nosotros, se sentía como el destino—. A ti y a tu hijo.

—Gracias —dije, con la voz entrecortada.

Me miró con ojos suaves. —Eres familia, Gwendolyn. Nunca lo dudes.

Me tomó unos minutos tragar el nudo en la garganta. Tyreen empacó rápidamente, solo una bolsa con cosas personales que había reunido durante décadas de huir. No mucho, pero significativo.

—¿Lista? —pregunté cuando terminó.

—Lista —confirmó.

Luego me paré en el centro de la cabaña y me concentré. Hora de abrir un portal a casa. Sin pantanos, sin gallineros, preferiblemente sin nobles desnudos. Solo *casa*.

—Bien, sala del trono de Ravenor, puedo hacer esto —murmuré, concentrándome intensamente.

Tyreen se movió para pararse a mi lado. —Siente el destino. No solo lo veas. Siéntelo. Siente lo que crees que sentirías estando allí en este momento. Recorre tus sentidos, uno por uno. Lo que ves, lo que hueles, lo que oyes...

—Lo estoy intentando —dije, frustrada mientras el portal parpadeaba con incertidumbre. Estaba haciendo esa cosa donde no podía decidir qué quería ser.

—Estás pensando. Deja de pensar. Siente. —Su mano descansaba ligeramente sobre mi hombro, conectándome a tierra—. Cierra los

ojos. Recuerda cómo se siente estar allí. La temperatura del aire. El eco de la piedra. El olor de las antorchas.

Cerré los ojos e intenté de nuevo. No pensando en la ubicación sino, como ella dijo, sintiéndola. La fría piedra de la sala del trono bajo mis pies. Los techos altos que hacían que cada sonido resonara ligeramente. La energía familiar de hogar, de nuestro reino, de seguridad.

El portal se abrió suavemente, estable como una roca. Sin parpadeos ni incertidumbre. Solo una apertura limpia y perfecta exactamente hacia donde yo quería ir.

Abrí los ojos y lo miré asombrada. —Lo hice.

—Lo hiciste —confirmó Tyreen, sonriendo con orgullo—. Tienes el poder. Siempre lo has tenido. Solo necesitabas orientación.

Casimya estaba observando a Tyreen con fascinación indisimulada. —Tu método de enseñanza es notable. He estado trabajando con ella durante semanas.

—Sentir, no pensar. El cuerpo sabe lo que la mente olvida. —Tyreen se encogió de hombros modestamente—. He tenido siglos para practicar con Marya.

—Me gustaría aprender de ti —dijo Casimya, y había respeto en su voz que rara vez había escuchado antes.

—Eso definitivamente puede arreglarse —dijo Tyreen calurosamente —. Si hay algo que tengo, es tiempo.

Tyreen echó un último vistazo a su cabaña. Luego recogió su bolsa y caminó hacia el portal sin mirar atrás.

Mal salió para llamar a todos los guardias, y todos cruzamos juntos. El portal brilló y se mantuvo estable mientras regresábamos a

Lytopia. De vuelta a planificar y descubrir cómo contactar a un príncipe enemigo y destronar a un rey loco. Lo habitual.

Pero esta vez, teníamos una oportunidad real.

15

—•—

Wen

Atravesar el portal de regreso a Lytopia fue como salir a la superficie después de estar bajo el agua. La sala del trono se materializó a nuestro alrededor, familiares muros de piedra y techos altos y la reconfortante sensación de hogar.

Los guardias esperaban, posicionados alrededor de la sala como siempre. Y allí, apoyado contra uno de los pilares con su característica gracia casual, estaba Aurion.

—Bienvenidos de vuelta —llamó, empujándose desde el pilar y caminando hacia nosotros. Sus ojos pasaron de nosotros a Tyreen y de vuelta—. La encontrasteis.

—La encontramos —confirmé.

Aurion informó rápidamente. —Todo estuvo bien mientras estabais fuera. Sin ataques, sin incidentes. La alianza se mantuvo firme. Petran ha estado muy callado desde la reunión del consejo. —Sonrió con satisfacción ante esa última parte.

Tyreen estaba absorbiendo la sala del trono, girando lentamente para contemplarlo todo. Los estandartes de los reinos aliados colgando de las vigas. El trono mismo, tallado de una sola pieza masiva de madera.

—No he visto Ravenor en siglos —murmuró—. Ha cambiado. Pero sigue siendo hermoso.

Aurion dirigió su atención hacia ella. —Bienvenida a Lytopia. Soy Aurion, el hermano de Mal —dijo, inclinándose ligeramente con la cantidad justa de gracia cortesana y encanto casual.

Tyreen lo estudió con esos ojos agudos. —Ah. El hermano. Puedo ver el parecido.

—Ambos somos devastadoramente guapos —concordó Aurion alegremente.

—Y modestos —añadí secamente.

—Eso también —dijo Aurion sin perder el ritmo.

Mal dio un paso adelante, su mano encontrando la parte baja de mi espalda. —Ahora iremos a buscar a Killian y Sorcha de la Tierra.

La expresión de Aurion se iluminó. —Bien. Hemos estado recibiendo pequeñas notas por portal de Kill. Su poder es notable, abriendo portales tan fácilmente a su edad para enviar mensajes. —Negó con la cabeza—. Nunca he visto nada parecido. Ah, y traed a mi esposa con vosotros, por favor. La echo jodidamente de menos.

—Bien. Y sí, ha estado practicando —dije, tratando de sonar casual sobre las sobresalientes habilidades mágicas de mi hijo de cuatro años.

Caminamos juntos hacia el pasillo oculto donde el portal permanente brillaba. Tyreen lo estudió con interés profesional, murmurando algo

sobre la estabilidad del trabajo de hechicería.

Sin embargo, ella se quedó atrás, mientras nosotros cruzábamos.

La sensación mareante y desorientadora del viaje dimensional me golpeó como siempre, aunque no era nada comparado con las primeras veces que viajé a través de él. Todavía lo odiaba. Siempre lo odiaría. Pero valía la pena para llegar a Killian.

Aterrizamos en el baúl de almacenamiento en la trastienda de la librería, yo con mi habitual falta de gracia. Tropecé ligeramente, Mal me estabilizó, y juntos salimos y nos dirigimos escaleras arriba hacia el apartamento.

Era de noche en la Tierra, las ventanas oscuras. Podía oír risas desde dentro incluso antes de abrir la puerta, la voz aguda de Killian elevándose por encima de las otras. Maldición. Lo había extrañado mucho.

Empujé la puerta para abrirla.

El apartamento parecía como si una tienda de juguetes hubiera explotado. Killian tenía chocolate untado en ambas mejillas y posiblemente en su cabello. Krystin estaba en el suelo con él, rodeada por lo que parecían todos los juguetes que él poseía más algunos nuevos. Bella estaba en la mesa del comedor con un libro, ocasionalmente levantando la mirada con una expresión divertida. Daphne estaba jugando un juego de mesa con los guardias, todos ellos mirando con profunda sospecha cada movimiento que ella hacía.

Los guardias parecían haber visto batalla. Lo cual, en cierto modo, habían visto. Varios días protegiendo a un niño hiperactivo de cuatro años con magia de portal en un reino extranjero. Un guardia tenía lo que parecía ser purpurina en su barba.

Entonces Killian me vio a través de la puerta.

—¡MAMÁ! —gritó a un volumen que probablemente despertó a los vecinos.

—Atravesó el apartamento a toda velocidad y se lanzó hacia mí. Lo atrapé fácilmente, haciéndolo girar mientras él envolvía sus brazos y piernas a mi alrededor como un koala.

—¡Hola cariño! ¡Te he echado de menos! —dije contra su pelo, respirando su aroma.

—¡Yo te he echado de menos MÁS! —declaró, apartándose para mirarme a la cara.

Mal se acercó junto a nosotros, con los brazos abiertos.

—¿Y qué hay de papá?

Killian se transfirió a Mal, saltando de mis brazos a los de su padre.

—¡PAPÁ! ¡Mira! ¡He aprendido TANTAS COSAS!

Mal lo atrapó con facilidad, abrazándolo.

—Cuéntamelo todo.

Las palabras salieron en un torrente imparable.

—¡La tía Krystin me dejó ayudar a preparar el desayuno! ¡Y la tía Bella me enseñó libros de la Tierra con IMÁGENES! ¡Y la tía Daphne jugó conmigo! Y aprendí sobre carreras de coches y TikTok y muchas cosas y portalicé galletas y nadie se hizo daño así que estuvo bien y ahora puedo hacer mis portales aún MÁS BRILLANTES y...

Apenas hizo una pausa para respirar.

Krystin se acercó, sonriendo.

—Ha sido un ángel.

—¿Quién d-i-a-b-l-o-s le enseñó sobre el maldito TikTok? —fruncí el ceño.

Las chicas se miraron entre sí, Bella tosió, y luego procedieron a ignorar mi pregunta.

—¡Portaliza golosinas constantemente! Encontramos chocolate en lugares donde nunca debería haber chocolate.

—Eso también —admitió Krystin, sonriendo inocentemente.

Sorcha salió de uno de los dormitorios, con aspecto contento pero cansado.

—No durmió mucho —dijo, y luego sonrió cálidamente—. Pero tuvimos aventuras maravillosas. Aunque estoy lista para un descanso.

—Eso suena a Killian —dije.

—Nos encantó tenerlo —dijo Krystin, abrazándolo y apretándolo hasta que se rió—. Vuelve cuando quieras.

—A nosotras también —concordó Bella, alborotándole el pelo y sonriendo ante las pequeñas protestas de Killian.

Daphne se unió a nosotros, ya empacada y lista.

—Volveré con vosotros.

—Oh, sí. Aurion nos dijo que te lleváramos. Probablemente nos patearía el trasero si te quedaras aquí sin él. Estaba poniendo esos ojos de cachorro.

Daphne puso los ojos en blanco, con una suave sonrisa en los labios.

—Sí. Es hora de que vuelva con él.

Nos despedimos rápidamente. Abrazos agradecidos para los amigos que habían mantenido a salvo a nuestro hijo. Promesas de volver a visitarlos pronto. Luego reunimos a todos y volvimos a cruzar el portal.

De vuelta en Lytopia, Killian seguía lleno de energía, contándonos cada detalle de sus aventuras en la Tierra mientras caminábamos de regreso a la sala del trono con todos. Pero en cuanto llegamos, notó a Tyreen apartada ligeramente de nuestro grupo.

Se quedó callado, repentinamente tímido ante la visión de una cara nueva. Se movió para esconderse detrás de mí, asomándose por mi pierna para mirar a la desconocida. El episodio del banquete le había dejado secuelas que yo odiaba.

Tyreen sonrió y se arrodilló a su altura, con movimientos lentos y no amenazantes.

—Hola, joven creador de portales. Mi nombre es Tyreen. Conocí a tu bisabuela.

Los ojos de Killian se agrandaron.

—¿De verdad?

—De verdad. Y he oído que eres un creador de portales muy talentoso.

Eso fue todo lo que hizo falta. La timidez de Killian se evaporó. Salió de detrás de mí, hinchándose de orgullo.

—¡LO SOY! ¡Puedo hacerlos brillar! ¡Mira!

Abrió un pequeño portal que brillaba con colores del arcoíris, presumiendo con la confianza que solo un niño de cuatro años

podría tener.

El deleite de Tyreen fue genuino.

—Hermoso. Tienes un control notable para tu edad.

Killian sonrió radiante.

—Practiqué todos los días en la Tierra. La abuela Sorcha me ayudó.

—Te enseñó bien —dijo Tyreen, mirando a Sorcha con aprobación.

Así de simple, quedaron unidos. Killian mostrándole más trucos, Tyreen elogiando su técnica, ambos ya cómodos el uno con el otro.

Busqué la mirada de Mal. Me sonrió, y compartimos un momento. Nuestra familia encontrada, haciéndose más grande.

***

Esa noche, nos reunimos para una cena familiar en el comedor privado. Fue ruidosa y maravillosa desde el principio.

Killian se sentó entre Mal y yo, todavía eufórico por las aventuras en la Tierra y por conocer a Tyreen. Las palabras se atropellaban unas a otras mientras hablaba.

—¡Y luego ayudé a hacer comida YO SOLITO! —anunció orgulloso.

—Con supervisión —corrigió Sorcha desde el otro lado de la mesa, con tono afectuoso.

—¡Estaba TAN BUENA! ¿Podemos hacer comida de la Tierra aquí? —preguntó Killian, mirándonos a Mal y a mí esperanzado.

—Podemos intentarlo —dije, ya preparándome mentalmente para el desastre culinario que inevitablemente resultaría.

Killian ya estaba pasando a otro tema, demostrando sus mejoradas habilidades con los portales al teletransportar sus verduras desde su plato al plato vacío a su lado.

—¡Mira! ¡Ahora puedo mover comida aún mejor!

—Eso es muy impresionante —dijo Mal, con voz cuidadosamente neutral—. Ahora cómetelas.

Killian pareció confundido.

—¡Pero las moví!

—Comer viene después de mover.

—¿Pero POR QUÉ?

—Porque papá lo dice —intervine antes de que esto se convirtiera en una negociación completa.

Killian hizo un puchero pero cogió su tenedor.

Al otro lado de la mesa, Tyreen y Casimya estaban enfrascadas en una discusión sobre teoría mágica. Capté fragmentos de su conversación, algo sobre resonancia dimensional y firmas energéticas. Casimya se inclinaba hacia delante, absorbiendo todo lo que Tyreen decía.

—Tu hechizo de rastreo fue elegante —dijo Tyreen.

—Gracias —respondió Casimya, y nunca la había oído sonar tan complacida—. Tus métodos de enseñanza son notables. Nunca he visto a nadie ayudar a un estudiante a lograr control tan rápidamente.

—He tenido tiempo para perfeccionarlos.

—¿Cuántos años tienes, si puedo preguntar?

La sonrisa de Tyreen fue misteriosa.

—Lo suficientemente mayor para saber más. Lo suficientemente joven para hacerlo de todos modos.

En el otro extremo de la mesa, Aurion y Mal discutían de política en voz baja. Capté las palabras «patrullas fronterizas» y «líneas de suministro».

—¿Así que necesitamos contactar con un príncipe enemigo? —decía Aurion, con las cejas levantadas.

—Esencialmente —confirmó Mal.

—Suena peligroso.

—Todo es peligroso ahora.

Daphne me miró desde donde estaba sentada junto a Aurion.

—¿Cómo fue el viaje?

—Largo, embarrado y emotivo —dije.

—Suena como una aventura.

—Prefiero lo aburrido —respondí honestamente—. Pero los resultados fueron geniales.

Sorcha intentaba mantener cierta apariencia de orden en la mesa, pero era una batalla perdida. Killian portalizó su vaso de agua tres veces. Un panecillo apareció misteriosamente en el plato de Aurion. Tyreen gesticulaba animadamente mientras explicaba algo a Casimya, casi derribando el vino.

Entonces noté que los ojos de Killian empezaban a cerrarse. Estaba luchando contra ello, frotándose los ojos y sacudiendo la cabeza

como si pudiera quitarse físicamente el cansancio. Pero era una batalla perdida.

En mitad de una frase sobre los libros de la Tierra, bostezó enormemente.

—Alguien está cansado —observé.

—No estoy cansado —protestó Killian, incluso mientras su cabeza empezaba a caer.

En cinco minutos, había abandonado completamente la lucha. Su cabeza se acomodó en mi regazo, su pequeño cuerpo quedando lánguido mientras el sueño se apoderaba de él. Le acaricié el pelo distraídamente.

—Tiene un poder increíble para su edad —observó Tyreen, con la voz lo suficientemente baja para no despertarlo—. Probablemente sea su ascendencia de brujas combinada con ser hijo de una de las familias más poderosas de Lytopia.

—Eso es lo que me preocupa —admití—. Es tan joven. Tan poderoso. Si no puede controlarlo...

—Le enseñaré control —prometió Tyreen—. Te lo juro. No te preocupes por eso.

Realmente, realmente no quería preocuparme.

***

Después de la cena, Mal levantó suavemente a Killian en sus brazos. Nuestro hijo apenas se movió, solo hizo un pequeño sonido y se acurrucó contra el pecho de su padre.

Lo llevamos a su dormitorio y lo acostamos en su cama. Se despertó lo justo para murmurar somnoliento:

—No os vayáis otra vez.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No lo haremos, cariño —prometí, arropándolo con la manta. Me incliné y le di un beso en la frente.

Mal hizo lo mismo, sus labios rozando el pelo de Killian.

—Estamos aquí. Nos quedamos.

Los ojos de Killian ya se estaban cerrando de nuevo.

—¿Prometido? —logró decir.

—Prometido —dijimos al unísono.

Nos quedamos allí un momento, luego salimos en silencio, dejando la puerta abierta y guardias apostados justo afuera.

De vuelta en nuestras habitaciones, nos cambiamos a ropa de dormir y nos metimos en la cama.

—¿Cómo contactamos con un príncipe enemigo sin iniciar una guerra? —pregunté, mirando al techo.

—Con cuidado —dijo Mal—. Con mucho cuidado.

—Vaya, eso ha sido útil —murmuré, poniendo los ojos en blanco.

—Estoy trabajando en un plan —me aseguró—. Necesitamos el conocimiento de Tyreen. Ella conoce Igryside mejor que nadie.

—De acuerdo. Podemos hacerlo mañana —accedí—. Descansemos ahora.

Me giré hacia él.

—Vamos a estar bien, ¿verdad?

Me atrajo hacia él, rodeándome con sus brazos.

—Lo estaremos.

Apoyé mi rostro contra su pecho y me permití relajarme. Estábamos en casa. Killian estaba a salvo. Tyreen estaba con nosotros.

Cualquier cosa que viniera después, la enfrentaríamos como familia.

***

Dos días después, estaba en la sala de entrenamiento con Killian y Tyreen. Llevábamos horas en ello, y podía sentir la mejora en mi control. La diferencia que hacía la enseñanza de Tyreen era dramática.

—¡Mejor! ¡Mucho mejor! ¡Otra vez! —exclamó Tyreen.

Abrí otro portal, este dirigido exactamente al lugar al que apuntaba. Apareció justo donde lo quería, estable y limpio.

—¿Así?

—Mantenlo estable —confirmó Tyreen—. Siente cómo fluye la energía. Eso es lo que quieres cada vez.

Killian estaba a mi lado, practicando sus propios portales.

—¿Puedo probar los colores otra vez?

—Después de que domines la estabilidad —dijo Tyreen, con un tono amable pero que no admitía discusión—. El arte viene después de los cimientos. Necesitas caminar antes de poder bailar.

—Pero quiero bailar AHORA —se quejó Killian.

—Lo sé. Pero confía en mí, pequeño. Domina lo básico y el arte vendrá mucho más fácilmente.

Suspiró dramáticamente pero siguió practicando. Sonreí mientras lo miraba. Mi niño perfecto.

Nos llevó unas horas más, pero ambos alcanzamos la estabilidad, lo que hizo que Killian se sintiera extremadamente satisfecho. No tenía ni idea de dónde había aprendido a comportarse así. Probablemente de su tío Aurion.

Puse los ojos en blanco ante el recuerdo mientras me acomodaba en la sala de estrategia, horas más tarde, lista para discutir nuestros siguientes pasos. Mal, yo, Tyreen, Casimya, Aurion, Torin y varios consejeros. El mapa estaba extendido sobre la mesa, mostrando las tierras entre Lytopia e Igryside.

—Hay un puesto comercial neutral —dijo Tyreen, señalando un punto en la frontera—. Territorio fronterizo donde los reinos intercambian bienes. Podríamos dejar un mensaje allí.

—¿Dirigido al Príncipe? —preguntó Mal, inclinándose hacia adelante para estudiar la ubicación.

—Sí. Solicitando una reunión privada.

Casimya frunció el ceño.

—¿Estamos seguros de que le llegará? ¿Y si el Rey lo intercepta?

—Entonces nos preparamos para la guerra.

—Es arriesgado —Mal se enderezó—. Enviaremos un guardia con él. Alguien de confianza.

—Sí. Pero, ¿qué diremos? —levanté una ceja. El mensaje era la parte más importante—. ¿Que queremos paz?

—Sí. Pero dejemos claro que eliminaremos a su padre —añadió Mal.

—Y que si Igryside ataca, el Príncipe no está exento de consecuencias —dijo Tyreen.

Lo anoté, eligiendo las palabras con cuidado.

—Siete reinos contra uno. Elige sabiamente.

—Incluye que un portal aparecerá en una hora para su respuesta —indicó Mal.

Revisamos la carta tres veces, asegurándonos de que el tono fuera exactamente el correcto. Un guardia se preparaba para salir con ella cuando otro guardia apareció en la puerta y susurró apresuradamente al oído de Torin. Él escuchó con expresión sombría, asintió y luego habló desde su posición cerca de la puerta.

—Vuestras Majestades —dijo, con voz tensa por la urgencia—. Acaba de llegar un mensajero. Igryside está movilizando tropas, su camino claramente dirigido hacia Ravenor.

—¿Qué? —la voz de Mal fue afilada.

Mi estómago se hundió. Este era el peor escenario posible.

—No tenemos tiempo para el puesto comercial.

—No —estuvo de acuerdo Tyreen—. No lo tenemos.

¿Qué diablos podíamos hacer ahora? ¿Cómo podíamos llegar...?

Una idea loca me golpeó.

—¿Y si portalizo el mensaje directamente hasta él? —pregunté, con entusiasmo escrito por toda mi cara.

Todos se volvieron para mirarme.

—¿Al Príncipe? —preguntó Mal, pero pude ver que lo estaba considerando.

—Sí, es instantáneo. Como un mensaje de texto —hice una pausa—. Lytopia realmente necesita tecnología.

—De acuerdo —dijo Mal con sentimiento—. Pero, ¿cómo lo localizamos?

Los ojos de Tyreen se iluminaron.

—Me dijisteis que hubo un intento de asesinato recientemente, ¿correcto? ¿De Igryside?

Asentí.

—Sí. Pero, ¿qué tiene eso que ver con...?

—Sus cuerpos. ¿Los conservasteis? —preguntó, interrumpiéndome con un gesto de negación.

Casimya entendió más rápido que yo.

—¿Quieres usar su firma energética? ¿Rastrearla hasta su origen?

—Exactamente.

Oh. Eso tenía sentido.

Nos movimos rápidamente después de eso. Tyreen, Casimya, Mal y yo fuimos directamente a la sala de rituales, el cuerpo ya allí, traído por guardias y esperándonos. Estaba conservado en frío, pero intenté no mirarlo demasiado de cerca.

Tyreen preparó rápidamente el ritual para extraer su energía, sus movimientos experimentados.

—Concéntrate en la energía —indicó, guiando mis manos para que flotaran sobre el cadáver—. Absórbela. Deja que te guíe.

Toqué la carne fría e hice una mueca.

—Esto es asqueroso.

—Concéntrate. Piensa: príncipe. Realeza. Poder. Igryside. Deja que la energía te muestre de dónde vino.

Cerré los ojos y me concentré.

—Príncipe. Príncipe. Príncipe.

La energía era oscura, contaminada. Me hizo estremecer la piel. Pero ahora podía sentirla, un hilo que conducía de vuelta a su origen. De vuelta a Igryside. *Sí.*

Un pequeño portal comenzó a formarse frente a mí. Inestable y parpadeante, pero allí.

—Está funcionando —dijo Mal.

—Eso creo. Eso espero —logré decir entre dientes apretados.

—Deslízala a través. Rápido —instó Tyreen.

Agarré la carta y la empujé a través del portal antes de poder dudar. El portal se cerró de golpe.

—¿Funcionó? —jadeé, el esfuerzo golpeándome de repente.

—Lo averiguaremos —dijo Mal.

—¿Y si era la habitación equivocada? ¿Y si los guardias lo vieron?

—Entonces lidiaremos con las consecuencias.

—¿Y si el Rey lo recibió?

—Entonces será la guerra —dijo Tyreen—. Pero lo hiciste bien. La firma energética era fuerte. Debería haber llevado a alguien de sangre real.

—Realmente no quiero guerra —dije en voz baja.

Mal me atrajo hacia él.

—Yo tampoco. Pero podemos defendernos si es necesario. Deja que esa información te calme de alguna manera.

No lo hizo, pero agradecí el sentimiento. Nos quedamos allí en la sala de rituales sin nada más que hacer que esperar.

¿Respondería el Príncipe? ¿Siquiera lo recibiría?

Solo el tiempo lo diría.

16

—•—

Wen

Una hora después de enviar el mensaje a través de ese portal inestable, me encontraba en la sala de rituales intentando recordar cómo respirar. Mis palmas estaban húmedas. Mi corazón hacía su mejor imitación de un pájaro atrapado. Esto iba a funcionar o a fracasar espectacularmente, y no saber qué pasaría era lo peor.

Mal estaba a mi lado, con la mano apoyada en la empuñadura de su espada, listo para cualquier cosa. Tyreen y Casimya nos flanqueaban a ambos lados. Guardias posicionados estratégicamente por toda la sala, todos tensos y alerta.

—¿Lista? —preguntó Tyreen.

Asentí, sin confiar en mi voz. Me concentré en la misma firma energética de antes. Ese hilo oscuro que conducía de vuelta a Igryside. *Príncipe. Príncipe. Príncipe. Realeza. Poder.*

El portal comenzó a parpadear, sus bordes ondulando como el calor que se desprende de una carretera en verano. Pero estaba ahí. Realmente estaba funcionando.

Contuvimos la respiración. Los segundos se estiraron como caramelo. No ocurrió nada. Nada después de unos minutos. Mis manos empezaron a temblar. ¿Y si no hubiera recibido el mensaje? ¿Y si hubiera decidido que era demasiado peligroso? ¿Y si todo esto fuera en vano?

Entonces un trozo de papel se deslizó a través de la apertura.

Mal se movió más rápido de lo que jamás le había visto, atrapándolo antes de que tocara el suelo. Lo desdobló, examinó el contenido, y sus hombros se relajaron ligeramente.

—¿Qué dice? —exigí.

—Estoy de acuerdo con la alianza —leyó Mal en voz alta.

La habitación exhaló colectivamente. Gracias a los dioses.

Pero el alivio duró aproximadamente tres segundos antes de que mi cerebro se pusiera al día. Esto todavía podría ser una trampa. Una elaborada artimaña para hacer que bajáramos la guardia.

—Hazlo más grande —indicó Mal—. Si quiere reunirse, que pase a través. Si es una trampa, nos ocuparemos de ello ahora mismo.

Claro. Porque abrir portales a reinos enemigos e invitar a sus príncipes a pasar era simplemente mi vida ahora. Totalmente normal. Nada raro en todo esto.

Me concentré en el portal, vertiendo energía para expandirlo. Se resistía, como algo vivo. Apreté los dientes y empujé con más fuerza. Dos pies. Tres pies. Cuatro. La tensión era increíble. Seis pies. Lo suficientemente grande para que una persona pudiera pasar.

Entonces, de nuevo, esperamos.

Y esperamos.

El portal brillaba, vacío. Sin movimiento al otro lado. Era luz brillante, como la que conectaba la Tierra con Lytopia. No estaba segura de por qué, pero realmente hubiera agradecido poder ver al otro lado en este momento.

—Quizás cambió de opinión —murmuré.

—O es, efectivamente, una trampa —dijo Mal. Pero mientras hablaba, una figura atravesó el portal como conjurada por sus palabras. Todos los guardias de la habitación desenvainaron sus armas. El sonido del metal raspando el cuero llenó el silencio, seguido por el distintivo tintineo de hojas siendo liberadas.

El hombre era *enorme*. Fácilmente de la altura de Mal, quizás más alto, con hombros que parecían poder cargar un buey. O dos bueyes. O una casa pequeña. El pelo rubio cortado al estilo militar, práctico y sin adornos. Rasgos duros que parecían tallados en piedra por un escultor enojado con algo que demostrar nos devolvían la mirada. Tenía una cicatriz irregular que iba desde su sien izquierda hasta su mandíbula, pálida contra la piel bronceada, haciéndolo parecer aún más peligroso. Dioses. Definitivamente era como me imaginaría a Thor. O a un vikingo muy apuesto.

Por supuesto, era guapo de una manera brutal y peligrosa. El tipo de belleza que venía con un recuento de cuerpos, del tipo *literal*, y sin disculpas por ello.

Levantó las manos lentamente, mostrando que estaba desarmado. Sus movimientos eran deliberados, controlados. —Vengo en paz. — Incluso su voz era un rumor oscuro y profundo.

—Príncipe Gregyor —dijo Tyreen, dando un pequeño paso adelante. Con claro reconocimiento en su voz—. El príncipe reticente de Igryside. Siempre hubo rumores de que no estabas de acuerdo con las políticas de tu padre. Que querías poner fin a la caza de brujas pero no tenías poder para hacerlo.

La expresión severa de Gregyor se suavizó cuando vio a Tyreen, algo que podría haber sido respeto destelló en sus ojos. —Escuché rumores de que estabas viva. La legendaria Tyreen, segunda de la gran Marya. Pensé que eras un mito. Ciertamente vi cómo mi padre perdía la cabeza más de una vez por no poder localizarte.

—Soy difícil de encontrar, y más difícil aún de matar —respondió Tyreen secamente.

Un fantasma de sonrisa tocó su rostro cicatrizado. —Aparentemente así es.

Las presentaciones se hicieron con la rigidez de potenciales enemigos evaluándose mutuamente. Nombres y títulos intercambiados como armas, cada lado calculando el valor del otro. Los ojos de Gregyor se detuvieron en mí, estudiándome con una intensidad que me hizo querer retorcerme. Me obligué a quedarme quieta, a sostener su mirada sin pestañear. Yo era una reina. Me había enfrentado a cosas peores que gigantes rubios intimidantes con cicatrices impresionantes.

Bueno, quizás no. Pero él no necesitaba saber eso.

—La creadora de portales —dijo finalmente—. Eres más joven de lo que esperaba.

Levanté la barbilla, negándome a ser intimidada por alguien que parecía poder partirme en dos. —Tú eres más rubio de lo que esperaba.

La mano de Mal encontró mi cintura inmediatamente, sus dedos presionándose posesivamente en mi costado. Una señal clara: *mía. Aléjate.*

La boca de Gregyor se crispó. Casi una sonrisa pero no del todo. —Justo —reconoció.

Fue directo al grano. —Mi pueblo está sufriendo bajo el gobierno de mi padre. Las cazas de brujas. La obsesión con la magia de portales, la inmortalidad y el poder. Los recursos vertidos en su búsqueda enloquecida mientras los ciudadanos mueren de hambre. Esto tiene que terminar.

Mal fue franco como siempre. —Así que quieres que matemos a tu padre.

—Quiero que mi padre sea removido del poder —corrigió Gregyor. Su expresión se volvió de hielo—. Cómo ocurra eso depende de vosotros. No me interpondré en vuestro camino. No lo lloraré.

Hubo una pausa cargada. Un hijo condenando a su padre a muerte.

—Él está movilizándose ahora —continuó Gregyor, sacando un mapa de dentro de su chaqueta—. Esta noche acampará cerca de la frontera de Noctherion. Puedo deciros exactamente dónde. —Extendió el mapa sobre una mesa cercana.

Uno de los guardias habló. —¿Cómo sabemos que esto no es una trampa?

Gregyor lo miró directamente. —No lo sabéis. Todo lo que puedo ayudaros, además de daros su ubicación, es diciéndoos que mi padre tiene un arma secreta. No sé qué es. Dejó de confiarme los detalles hace años cuando se dio cuenta de que no compartía su visión. Lo que sé, lo sé por mi red de espías.

—Un arma secreta —repetí—. Eso es vago y aterrador.

—Es todo lo que tengo —dijo Gregyor, y le creí. No había engaño en su rostro. Solo determinación dura.

Así que pasamos la siguiente hora planificando. Gregyor extendió completamente su mapa, sujetando las esquinas con lo que tuvimos

a mano. Señaló la ruta de su padre con una precisión que hablaba de una cuidadosa recopilación de inteligencia.

—Cuarenta y tres guardias en total —dijo Gregyor—. Divididos en tres unidades. Los patrones de patrulla rotan cada dos horas, cambiando a medianoche y de nuevo al amanecer. El ejército no estará lejos. Probablemente movilizaría la totalidad del mismo. Diez mil soldados.

Mal se inclinó sobre el mapa, sus ojos escudriñando el terreno. —¿Debilidades?

—El cuadrante noreste. Los árboles proporcionan cobertura allí, y los exploradores asignados a esa sección son perezosos. Se sabe que se duermen durante el servicio.

—Qué afortunados somos —dijo Mal secamente—. Enemigos incompetentes.

—Mi padre inspira muchas cosas en sus hombres. La lealtad no es una de ellas.

—Mal y sus mejores guerreros entrarán por el portal —dije, trazando la ruta en el mapa con mi dedo—. Misión sigilosa. Entrar y salir antes de que sepan qué les golpeó.

Casimya frunció el ceño, su rostro ancestral preocupado. —¿Y qué hay de esta arma secreta?

—Planeamos alrededor de ella —dijo Mal—. Asumimos lo peor. Preparados para cualquier cosa. Fuerza abrumadora si es necesario.

—Me encanta con qué naturalidad dices «fuerza abrumadora» como si fuera un artículo de la lista de la compra —murmuré.

—¿Preferirías «fuerza moderada con sugerencias firmemente expresadas»?

—A estas alturas preferiría «no se requiere fuerza porque todos decidieron ser razonables».

—Eso parece poco probable.

—Una chica puede soñar.

Discutimos estrategias de salida si algo salía mal, puntos de reunión si se separaban, señales para indicar peligro o éxito. Cuando terminamos, mi cabeza daba vueltas con la información y mi mano dolía de tomar notas.

Gregyor se preparó para partir, dirigiéndose hacia el portal que había mantenido abierto todo este tiempo. El drenaje era constante pero manejable.

—Cuando sepáis cuándo vais a atacar —dijo, con expresión seria—. Por favor, abrid un portal para que pueda venir aquí y apoyaros si algo va mal. Pero por ahora, comenzaré los preparativos para tomar el control. Mis partidarios están listos.

—Entendido. ¿Pero si fracasamos? —pregunté, expresando lo que nadie más quería decir.

Su sonrisa fue sombría y fría. —Entonces todos nos preparamos para la guerra. Y que los dioses tengan misericordia de todos nosotros.

Atravesó el portal y desapareció. Cerré el portal, el drenaje de mi energía disminuyó como un peso levantado de mis hombros.

Entonces Tyreen agarró mi brazo, su agarre sorprendentemente fuerte. —Ven. Si vas a transportar a Mal y su equipo a territorio enemigo, necesitas ser precisa. Entrenamos. Ahora.

***

—Siente la ubicación —instruía Tyreen por lo que parecía la centésima vez—. No solo el área general. El lugar EXACTO. Cada árbol. Cada piedra. Tu magia lo *sentirá*.

Lo intenté. De verdad lo intenté. Cerré los ojos, me concentré en el claro que Gregyor había descrito, lo imaginé en mi mente.

Abrí un portal. Mostraba el granero de alguien. Una vaca confundida nos miraba a través de la abertura, masticando hierba plácidamente. Mugió.

—Ese no es —dije innecesariamente.

—De nuevo —dijo Tyreen, su paciencia aparentemente infinita.

Lo cerré e intenté otra vez. Esta vez conseguí lo que parecía el puesto de un comerciante en alguna plaza. Telas por todas partes, colores brillantes colgando de perchas. Una mujer gritó y dejó caer un rollo de seda.

Lo cerré de golpe, con la cara ardiendo. Esa pobre mujer iba a tener pesadillas sobre portales apareciendo en su tienda.

—De nuevo.

Un gallinero. Las gallinas se dispersaron en todas direcciones, cacareando como si personalmente hubiera insultado a sus antepasados. Las plumas explotaron por todas partes. Una gallina intentó volar a través del portal antes de que lo cerrara.

—De nuevo.

La habitación de alguien. Un anciano en camisón gritó y arrojó una almohada al portal. —¡DEMONIOS! ¡DEMONIOS EN MI HABITACIÓN!

—¡Lo siento mucho! —exclamé antes de cerrarlo—. ¡No soy un demonio! ¡Solo soy terrible con la magia!

—De nuevo.

Lo que parecía ser un baño muy elegante. Había dos personas en una bañera. Juntas. Teniendo sexo. Gritaron cuando me vieron. Yo grité. Todos gritamos.

Lo cerré tan rápido que casi me lesioné un músculo.

—Ese ha sido el peor hasta ahora —anuncié a nadie en particular.

—De nuevo —dijo Tyreen, impasible.

—Sé que sueno repetitiva, pero necesitas dejar de pensar —me instruyó después de mi siguiente fracaso, un portal que se abrió a lo que parecía una pocilga—. SIENTE. Estás demasiado en tu cabeza.

—¡ESTOY sintiendo! —estallé, mi frustración desbordándose—. ¡Estoy sintiendo estrés! ¡Estoy sintiendo terror! ¡Estoy sintiendo como si fuera a conseguir que maten a Mal porque no puedo abrir un portal al lugar correcto!

Desde el otro lado de la habitación donde había estado observando todo este desastre, los hombros de Mal temblaban con risa apenas contenida.

—¿Te parece gracioso? —le grité, mirándolo con toda la furia que tenía.

—Eres muy adorable cuando estás enfadada —dijo, sin siquiera intentar ocultar su diversión.

—Te enviaré por un portal a un lago.

—Primero tendrías que tener éxito abriendo un portal a una ubicación específica —señaló con una lógica devastadora.

Incluso Tyreen se rió de eso. Realmente se rió, con la cabeza echada hacia atrás.

—Odio a todos —declaré—. Cada persona en esta habitación puede irse al infierno.

Pero seguí intentándolo. Portal tras portal tras portal.

Ubicación incorrecta. Un bosque, pero el bosque equivocado. Luego el bosque correcto pero a tres millas de distancia. El huerto de alguien, donde una anciana me amenazó con un rastrillo. Un pescador muy sorprendido en un bote que cayó por la borda del susto. Lo que parecía ser un comedor real en algún reino que no reconocía, donde varias personas de aspecto muy importante me miraron con horror antes de que lo cerrara de golpe.

—Ese fue particularmente impresionante —ofreció Mal servicialmente—. Creo que interrumpiste una cena diplomática.

—Te odio específicamente a ti —le informé.

—Esa era definitivamente la familia real de Moonhaven —añadió Casimya pensativamente—. Probablemente deberíamos enviar una disculpa.

—Añádelo a la lista de cosas que he arruinado hoy —murmuré.

Lenta y dolorosamente, empecé a mejorar. Cada portal más preciso que el anterior. Cinco millas de distancia. Tres millas. Una milla. Media milla. Un cuarto de milla.

—¡Mejor! —exclamó Tyreen—. ¡Mucho mejor! ¡De nuevo!

Para cuando Tyreen dio por terminada la sesión para cenar, podía abrir portales consistentemente a unos pocos pies de mi ubicación objetivo. Me dolían los brazos. Me palpitaba la cabeza, pero podía hacerlo.

No perfecto, pero suficientemente bueno. Lo suficientemente bueno para llevar a Mal allí. Esperemos que lo suficientemente bueno para

traerlo de *vuelta.*

La cena fue moderada. El caos habitual estaba atenuado, todos percibiendo la tensión que colgaba en el aire como humo. Incluso Killian estaba más callado de lo normal, sentado entre Mal y yo con su pequeña cara seria. No dejaba de mirarnos como si tratara de averiguar qué iba mal.

—¿Vas a algún sitio, papá? —preguntó, pinchando sus verduras con profunda sospecha.

Mal lo acercó. —Solo por unas horas, cachorro. Volveré antes de que te des cuenta. Te lo prometo.

Killian consideró esto, su expresión calculadora de una manera que me recordaba inquietantemente a su padre. —¿Puedo tener galletas extra cuando vuelvas?

—¿Cuántas galletas extra?

—Tres.

—Una y media.

La cara de Killian se arrugó confundida. —¿Cómo tienes media galleta?

—La partes por la mitad —explicó Mal seriamente.

—Pero entonces tengo dos mitades. Eso son dos galletas.

Mal hizo una pausa, claramente superado por la lógica de un niño de cuatro años. Observé cómo luchaba con este enigma matemático presentado por nuestro hijo. El Rey de Ravenor, derrotado por fracciones de galletas.

—De acuerdo. Dos galletas.

Killian, habiendo asegurado sus galletas a través de pura persistencia y matemáticas cuestionables, volvió a su cena con la satisfacción de un negociador exitoso. Incluso comió algunas de sus verduras, lo que sospecho que era un gesto estratégico de buena voluntad.

Después de cenar, lo acostamos juntos. Se aferró a ambos más tiempo del habitual, sus pequeños brazos fuertemente alrededor de nuestros cuellos.

—Ten cuidado, papá —susurró.

—Siempre, cachorro.

—Vuelve.

—Lo haré.

Presionamos besos en su frente, ambos, y nos quedamos en la puerta por un largo momento después de que se durmió. Su pequeño pecho subiendo y bajando. Su dragón de peluche apretado en sus brazos. Tan inocente.

Nuestro hijo. Nuestra razón para todo esto.

De vuelta en nuestras habitaciones, nos metimos en la cama. El silencio estaba cargado con todo lo que no decíamos.

—Deja de pensar tan alto —murmuró Mal contra mi pelo, sus brazos estrechándome más.

—No estoy pensando alto.

—Puedo sentir tu preocupación a través del vínculo. Me está manteniendo despierto.

—No puedo dejar de sentir cosas —murmuré, sabiendo que era imposible.

Él me acercó aún más, sosteniéndome completamente contra él. —Volveré a ti.

—Más te vale. Killian ya ha negociado tres galletas extra para cuando regreses.

—Dos —corrigió Mal—. Acordamos dos.

—Me dijo tres mientras le buscabas sus peluches. Dijo que habías aceptado.

Mal guardó silencio un momento. —Ese pequeño estafador.

—Me pregunto de quién lo habrá sacado.

—De ti. Definitivamente de ti.

—Las galletas —continué, intentando mantener un tono despreocupado—. Por eso tienes que sobrevivir. No me hagas explicarle a un niño de cuatro años por qué su padre rompió una promesa sobre galletas.

—Las galletas —dijo Mal con seriedad—. Sí. Por eso sobreviviré. No porque os quiera a Killian y a ti más que a mi propia vida. No porque tenga un reino que gobernar. Las galletas.

—Exacto. Por fin entiendes las prioridades.

Me dio un beso en la frente. —Te lo prometo.

—No dejas de decir eso.

—Porque es verdad.

—No puedes saberlo. No realmente. No sabes qué es el arma secreta.

—Obsérvame —dijo, y la arrogante confianza en su voz era tan típica de Mal que casi sonreí—. He sobrevivido a batallas que deberían haberme matado. No voy a morir en un bosque para proteger el orgullo de un loco. Me niego.

—¿Te niegas a morir?

—Sí.

—Así no es como funciona la muerte.

—Así es como funciono yo.

Me reí a pesar de mí misma, un sonido húmedo y tembloroso. —Eres ridículo.

Sus brazos me rodearon con más firmeza, su mano acariciándome el pelo. —Mañana todo irá bien. Los portales serán precisos. La misión tendrá éxito. Y volveré a casa contigo y con Killian y aparentemente con tres galletas que no acordé.

—Algún día él dirigirá este reino.

—Que los dioses nos amparen. —Soltó una risita, un sonido que retumbó en su pecho—. Duerme. Mañana salvaremos el reino, pero para eso necesitamos descansar.

Me dormí así, envuelta en sus brazos, rodeada por su calor. Ninguno de los dos queríamos soltarnos.

17

— • —

Malachar

El portal se abrió exactamente a medianoche.

Fui el primero en cruzar, seguido por mis diez mejores guardias. Sigilo. Velocidad. Matar al rey. Volver a casa antes de que Wen tuviera tiempo de preocuparse enferma. Un plan bastante simple. Habíamos practicado la formación, el enfoque, la retirada. Cada hombre conocía su papel. Incluso había conseguido despedirme de mi esposa con un beso sin que llorase, lo que se sentía como una pequeña victoria.

Pero en el momento en que mis botas tocaron el suelo del bosque y tomé mi primera bocanada de aire de Noctherion, supe que estábamos completa y absolutamente jodidos.

Una mujer estaba de pie justo frente al portal. Joven, de cabello oscuro, posicionada exactamente donde habíamos planeado emerger. No se escondía y ni siquiera parecía remotamente sorprendida, simplemente esperando como si hubiera estado allí durante horas. Sus ojos brillaban tenuemente púrpuras en la oscuridad, una luminiscencia antinatural que no tenía nada que ver con la visión de lobo. Detrás de ella, un hombre con los colores

reales y el escudo de Igryside bordado en su chaqueta nos sonreía como si hubiéramos llegado a una visita diplomática programada en lugar de a un asesinato.

—Felicidades, Mira —dijo alegremente, con un tono tan agradable como si estuviéramos discutiendo sobre el clima—. Tenías razón. SÍ usaron magia de portal.

Una bruja. El arma secreta del rey sobre la que Gregyor nos había advertido. Había detectado a Wen abriendo el portal y se había posicionado aquí, sintiendo cada fluctuación en la energía dimensional. Habíamos caminado directamente hacia una trampa con los ojos bien abiertos.

Maravilloso. Exactamente como esperaba que fuera esta noche. Ya podía escuchar a Wen diciendo «te lo dije» en mi cabeza.

—¡Rodeadlos! —gritó el consejero, su agradable comportamiento desapareciendo instantáneamente.

Los lobos surgieron de la oscuridad desde todas direcciones como agua rompiendo una presa. No cuarenta y tres como había indicado la información de Gregyor. Más cerca de ochenta, quizás más, sus ojos brillando dorados y plateados a la luz de la luna. Se movían con precisión militar, guerreros entrenados tomando posiciones tácticas. Estábamos rodeados en cuestión de segundos, un círculo que se estrechaba de dientes y garras cerrándose por todos lados sin ningún lugar adonde huir.

La bruja, Mira, dio un paso atrás con evidente satisfacción, su trabajo hecho. Nos había entregado a la masacre. Me hice una nota mental de matarla más tarde si sobrevivía a esto. Lo cual parecía cada vez menos probable a cada segundo.

—Tanto para el sigilo —murmuró Torin a mi lado, su voz seca a pesar de la situación absolutamente terrible.

—¿Alguna otra observación? —pregunté.

—Probablemente vamos a morir.

—Anotado. ¿Algo útil?

—El portal sigue abierto detrás de nosotros.

—Eso es algo.

Me transformé a medio paso, mi forma de lobo desgarrando mi ropa. La transformación fue instantánea, brutal, familiar. Mi perspectiva cambió al caer a cuatro patas, el mundo volviéndose cristalino a través de los sentidos del lobo. Mis guardias formaron un círculo defensivo alrededor del portal detrás de nosotros, nuestra única ruta de escape. Sabían sin que se les dijera que protegerlo era primordial. Si perdíamos el acceso a él, éramos hombres muertos caminando.

Pero yo tenía un objetivo, singular y absoluto.

Matar al rey.

Escaneé el claro con visión de lobo y lo encontré inmediatamente. El Rey Igrid. Más viejo de lo que esperaba, su cabello más gris que oscuro, manteniéndose bien alejado de la lucha con divertida satisfacción, como si todo esto fuera un entretenimiento organizado para su placer personal y nuestras vidas no significaran nada.

—El Rey de Ravenor —exclamó, su voz llegando con facilidad—. Qué amable de tu parte entregarte a mí. —Su sonrisa se ensanchó, viciosa a la luz de la luna—. Pronto tendré también a tu creadora de portales. La mujer que puede abrir puertas entre mundos. Imagina lo que podría hacer con semejante poder.

Estaba hablando de Wen. Mi compañera. La madre de mi hijo. La mujer que probablemente estaba ahora mismo paseando por la sala

del trono, preocupándose enferma por mí.

Sobre mi puto cadáver la tocaría jamás.

Me lancé contra él, cruzando la distancia en tres saltos explosivos. Mis patas devoraban el suelo, los músculos contrayéndose y liberándose con fuerza brutal. El Rey Igrid apenas tuvo tiempo de levantar los brazos antes de que lo derribara al suelo con todo mi peso detrás del impacto.

Caímos con fuerza, golpeando el suelo del bosque con un impacto que sacudió los huesos. Era mayor pero experimentado, un luchador entrenado a pesar de sus años. Usó mi impulso contra mí, girándose mientras caíamos, y nos separamos antes de que pudiera cerrar mis fauces alrededor de su garganta. Irritante.

—¡Proteged al rey! —gritó alguien—. ¡Matad al lobo!

A nuestro alrededor, el combate estalló en serio. Mis guardias ya estaban completamente comprometidos, superados en número pero manteniendo su posición con la ferocidad que les había entrenado durante años. El metal chocaba contra garras. Los cuerpos colisionaban. Los sonidos de la batalla llenaban el claro, una sinfonía de violencia que conocía demasiado bien. Torin estaba luchando contra tres lobos a la vez, su espada un borrón, y de alguna manera ganando. Los otros mantenían sus posiciones alrededor del portal.

Y podía oír caer a mis guardias. Heridos, abrumados por la pura cantidad de enemigos a pesar de su habilidad. No duraríamos mucho a este ritmo. Necesitaba terminar con esto rápidamente, de una forma u otra.

El Rey Igrid y yo nos rodeábamos mutuamente, dos depredadores buscando debilidad. Había desenvainado una hoja, el metal brillando plateado a la luz de la luna, sus manos enguantadas para no tocar el metal. Probablemente era plata, diseñada específicamente para dañar a los lobos. Porque por supuesto que sí. ¿Por qué no tendría

armas de plata listas para exactamente este escenario cuando literalmente estaba tratando de cazar a un lobo híbrido? El hombre había estado cazando brujas durante décadas. Sabía cómo lastimar a personas con habilidades.

—¿Crees que puedes ganar esto? —preguntó, divertido a pesar del caos a nuestro alrededor—. Estáis superados en número tres a uno. Tus guardias están cayendo mientras hablamos. Esto terminó antes de empezar, lobo. Entraste en mi trampa como un cordero al matadero.

Había escuchado mejores amenazas de Killian cuando no le daba galletas extra. Al menos mi hijo era creativo al respecto.

Se abalanzó, más rápido de lo que su edad sugería. Esquivé pero no lo suficientemente rápido, mi pata trasera ralentizándome fraccionalmente por la antigua lesión que ahora estaba curada pero que aún mantenía algo de dolor fantasma de vez en cuando. La hoja atrapó mi costado, cortando a través de pelo y carne en una línea de fuego. Algo se quebró profundamente en mis costillas. El dolor fue inmediato y vicioso, pero lo superé, avanzando en lugar de retroceder. Había luchado en peores condiciones. El dolor era solo información. Información que podía ignorar. Mis dientes atacaron su garganta, lo suficientemente cerca como para que tuviera que lanzarse hacia atrás para evitarlos, lo suficientemente cerca como para poder oler su miedo bajo la colonia real.

Rodó lejos, respirando con dificultad, el rostro enrojecido por el esfuerzo. Se estaba cansando. Bien. —Impresionante —admitió, tratando de recuperar la compostura—. Pero inútil. Ríndete ahora y quizás deje vivir a tu compañera. Quizás incluso le permita quedarse con el niño. Puedo ser misericordioso cuando estoy debidamente motivado.

Las palabras estaban destinadas a hacerme dudar, a sembrar semillas de duda. Tuvieron el efecto contrario. Amenazar a Wen fue

un error. Amenazar a Killian era una sentencia de muerte.

Fingí a la izquierda. Él bloqueó exactamente como había anticipado, su peso cambiando para compensar. Predecible. Los viejos siempre confiaban demasiado en la experiencia, no lo suficiente en el instinto. Entonces me lancé a la derecha con todo lo que tenía y mis fauces se cerraron alrededor de su brazo armado, los dientes hundiéndose profundamente en la carne y rechinando contra el hueso. Gritó, un sonido de pura agonía que fue profundamente satisfactorio, tratando desesperadamente de quitarme de encima.

Me aferré como la misma muerte. Mis mandíbulas estaban trabadas, la presión aumentando, aplastando. Su sangre llenó mi boca, caliente y con sabor a cobre. La sangre de un rey que había amenazado a mi familia.

—¡QUITÁDMELO DE ENCIMA! —chilló Igrid, toda compostura perdida ahora, toda pretensión de dignidad real destrozada—. ¡QUE ALGUIEN ME QUITE ESTA BESTIA DE ENCIMA!

Antes de que sus guardias pudieran acercarse, antes de que alguien pudiera alcanzarnos, comencé a arrastrarlo, usando cada onza de fuerza para llevarlo hacia atrás, hacia el portal que aún brillaba detrás de mi línea defensiva. Si no podía matarlo aquí, lo llevaría a donde pudiera.

Se dio cuenta de lo que estaba haciendo y luchó con renovada desesperación, la comprensión golpeándole de repente. Esto no era solo un ataque. Era un secuestro. —¿Qué estás haciendo? ¡NO! ¡DETENEDLO! ¡DETENEDLO AHORA!

Sus guardias se precipitaron hacia nosotros, pero mis guardias se movieron para interceptarlos, ganándome preciosos segundos. Solo unos pocos pasos más. Casi allí. Mis costillas rotas gritaban con cada paso, cada arrastre, pero me negué a soltarlo. Había llegado demasiado lejos, perdido demasiado.

Con lo último de mis fuerzas, nos lancé a ambos a través del portal.

El viaje dimensional era nauseabundo en las mejores circunstancias. Algo sobre la forma en que el espacio se plegaba y desplegaba, los colores sangrando entre sí, los sonidos estirándose y comprimiéndose hasta perder sentido. A mitad de transformación, gravemente herido, arrastrando a un rey que seguía tratando de apuñalarme con su mano libre... Había experimentado sensaciones más agradables siendo pisoteado por caballos. Por un momento que se sintió como una eternidad, no estábamos en ningún lugar y en todas partes a la vez.

Caímos en la sala del trono de Lytopia en un enredo de pelaje, golpeando el suelo de piedra con un impacto contundente. La fría dureza del hogar fue un shock después del suave suelo del bosque. Solté su brazo destrozado y volví a mi forma humana. La transformación con costillas rotas era su propio tipo especial de tortura, huesos reestructurándose de maneras que me hicieron reconsiderar seriamente cada elección de vida que me había llevado a este momento.

Alguien me arrojó unos pantalones. Bendito sea. Los atrapé con una mano y me los puse sin quitar los ojos del Rey Igrid, quien se estaba levantando y agarrando su brazo arruinado, mirando a su alrededor conmocionado. La sangre manaba de las profundas heridas de perforación, goteando sobre el suelo de nuestra sala del trono. Nuestra sala del trono. Mi territorio.

Detrás de mí, los guardias estaban atravesando el portal en rápida sucesión. Conté sin mirar, mi atención fija en la amenaza inmediata. Seis. Siete. Ocho.

Solo ocho.

Había llevado a diez de mis mejores combatientes a ese bosque. Diez hombres que había entrenado personalmente, hombres que me habían servido lealmente durante años. Dos estaban ahora muertos,

abandonados en ese claro. Hombres que me habían seguido hacia el peligro, confiado en mi liderazgo y mi plan. Esa era una pena que cargaría más tarde. Ahora mismo, tenía un rey que tratar.

Wen estaba junto al portal, su rostro pálido como la nieve, sus ojos abiertos de pánico. Podía sentir su terror a través de nuestro vínculo, agudo y abrumador. Me estaba mirando, mirando la sangre que brotaba de mi costado, la forma en que luchaba por mantenerme en pie. Intenté enviarle tranquilidad a través del vínculo, pero no estaba seguro de tener la energía suficiente para algo más que mantenerme de pie.

El último guardia en cruzar, sangrando profusamente por un corte en su hombro que casi le había arrancado el brazo, le gritó con urgencia desesperada: —¡Ciérralo! ¡Cierra el portal ahora antes de que entren más!

Ella levantó las manos, concentrándose. Pero podía sentir cómo su miedo dispersaba su concentración como hojas en una tormenta. El portal osciló, parpadeando como una vela en el viento, negándose a cerrarse por completo.

Cinco lobos enemigos se colaron antes de que finalmente lograra cerrarlo con un esfuerzo visible que la dejó tambaleándose.

La sala del trono estalló inmediatamente en caos. Los lobos enemigos se dispersaron con precisión táctica, guerreros entrenados incluso en territorio desconocido. Estaban evaluando la situación, buscando debilidades en nuestra defensa. Uno de ellos vio a Wen y fue directamente hacia ella, reconociendo a la creadora del portal como la persona más peligrosa en la habitación.

Me moví para interceptarlo, mis costillas dañadas protestando, pero alguien llegó allí primero.

El Príncipe Gregyor, que había estado esperando según lo planeado, se interpuso entre Wen y el lobo atacante con su espada ya

desenvainada. La hoja destelló a la luz de las antorchas. El lobo cayó con un aullido, no muerto pero ya no una amenaza inmediata.

Le invitaría una copa más tarde. Quizás nombraría un día festivo en su honor. Ahora mismo, el Rey Igrid era mi prioridad.

El rey se puso completamente de pie, mirando alrededor con creciente horror y algo que podría haber sido miedo finalmente agrietando su arrogancia. Su hijo de pie protectoramente cerca de mi compañera. Sus lobos rodeados por mis guardias, superados en número en terreno extranjero. El portal cerrado detrás de él, su ruta de escape cortada, su ejército dejado atrás.

Atrapado. Derrotado. Acabado.

Su mirada encontró a Gregyor y algo feo se retorció en su expresión. La máscara del rey digno se deslizó por completo, revelando al tirano loco debajo.

—Traidor —escupió, su voz venenosa—. ¿Te atreves a ponerte de su lado? ¿De estos animales? ¿De asesinos que mataron a tu propia gente? ¿A tu propia sangre? ¡Soy tu padre!

El rostro de Gregyor podría haber congelado el fuego. —Dejé de tener padre hace años. Cuando empezaste a quemar niños por habilidades que no eligieron tener. Ahora estoy con mi pueblo. Algo que dejaste de hacer hace décadas cuando comenzaste tu loca búsqueda de poder.

—¡Hice lo que era necesario! ¡Lo hice por nuestro reino! ¡Todo lo que hice fue por Igryside!

—Lo hiciste por ti mismo —dijo Gregyor con frialdad—. Por poder. Por una inmortalidad que nunca tendrás. Nuestra gente se moría de hambre mientras vertías recursos en tu investigación. Las brujas morían mientras las cazabas por habilidades que no podías robar.

Nuestro reino se marchitaba mientras soñabas con vivir para siempre.

—¡Esas brujas eran peligrosas! ¡Su poder necesitaba ser controlado!

—Su poder necesitaba ser respetado. No robado. No destruido. También eran nuestro pueblo.

—¡Soy tu REY!

—Ya no.

La lucha a nuestro alrededor fue brutal pero breve. Los lobos enemigos eran buenos, bien entrenados y experimentados, pero estaban superados en número tres a uno en territorio hostil sin refuerzos en camino. En minutos, los cinco estaban caídos en el suelo resbaladizo de sangre. No todos muertos, pero todos derrotados, ya incapaces de luchar.

El rey Igrid estaba solo en el centro de nuestra sala del trono. Rodeado de guardias con espadas apuntando a su garganta desde todas las direcciones. Sus colores reales estaban rasgados y ensangrentados. Su brazo colgaba inútil a su costado, todavía goteando por las marcas de mis dientes. Sin lugar donde correr. Sin lugar donde esconderse. Su obsesión le había llevado aquí, a este momento, a su fin.

Gregyor se acercó a su padre lentamente, sus pasos resonando en el repentino silencio que había caído sobre la sala. Todos habían dejado de moverse, observando esta confrontación final entre padre e hijo. El aire se sentía pesado con el peso de lo que estaba a punto de suceder.

—Destruiste nuestro reino con tu obsesión —dijo Gregyor, su voz llegando a cada rincón—. Mataste a brujas inocentes porque tenían poder que querías. Destrozaste familias. Quemaste niños. Iniciaste

una guerra que nunca podríamos ganar contra reinos que solo querían que los dejaran en paz.

—¡Lo hice por PODER! —gritó Igrid, su compostura completamente destrozada ahora, su voz quebrándose con rabia y algo que podría haber sido miedo—. ¡Por la inmortalidad! ¡Por la oportunidad de vivir para siempre! ¿No lo entiendes? ¡Podría haber vivido para siempre! ¡Podría habernos hecho inmortales!

—Para nada —finalizó Gregyor en voz baja—. Lo hiciste todo para nada. Y ahora no tienes nada. Ni reino. Ni poder. Ni futuro. Solo muerte en una sala del trono extranjera, rodeado por las personas que intentaste destruir.

Me miró entonces, manteniendo mi mirada a través del suelo manchado de sangre. —La muerte debería ser tuya. Lideraste esta misión. Perdiste hombres. El honor es tuyo por derecho.

Apenas me mantenía en pie. La herida en mi costado seguía sangrando libremente, caliente y pegajosa, empapando la cintura de mis pantalones puestos apresuradamente. Mis costillas hacían que cada respiración se sintiera como cuchillos clavándose en mis pulmones. Mi visión comenzaba a nublarse en los bordes, la oscuridad avanzando por todos lados. Pero entendía lo que me estaba ofreciendo. El peso simbólico de ello.

—No —dije, mi voz áspera pero segura—. Es tu padre. Tu reino. Tu gente a la que perjudicó y asesinó durante décadas. —Encontré sus ojos con firmeza a pesar de las manchas negras bailando en mi visión—. La muerte es tuya. Te la has ganado. Has pagado por ella.

Algo cambió en el comportamiento de Gregyor. Respeto, quizás. O gratitud por entender lo que esto significaba para él. Se volvió hacia su padre, elevando su espada.

—Por mi pueblo —dijo, su voz resonando con finalidad—. Por las brujas que asesinaste en tu búsqueda de poder. Por las familias que

destruiste. Por los niños que quemaste. Por el sufrimiento que causaste a lo largo de décadas de tiranía.

Su espada se movió más rápido de lo que pude seguir con mi visión borrosa.

El rey Igrid cayó, muerto antes de que su cuerpo terminara de golpear la piedra.

Y en el mismo momento, como si la muerte del rey hubiera sido lo último que me mantenía en pie, mis piernas cedieron completamente debajo de mí. Había estado funcionando con pura adrenalina y rencor, y ahora que la amenaza había terminado, mi cuerpo dejaba de fingir que no estaba gravemente dañado.

Escuché a Wen gritar mi nombre. —¡MAL! —El sonido venía de muy lejos, como si lo estuviera escuchando a través del agua o desde el fondo de un pozo profundo. El mundo se inclinó de lado de una manera que no tenía nada que ver con viajar por portal, todo girando y difuminándose.

El suelo se apresuró a mi encuentro. O tal vez yo estaba cayendo hacia él. Ya no podía distinguirlo con claridad. Todo estaba confuso, sonidos e imágenes fundiéndose en un caos sin sentido.

Lo último que vi fue el rostro de Wen sobre mí, sus ojos abiertos y aterrorizados y húmedos con lágrimas, su boca moviéndose en palabras que ya no podía escuchar.

Luego la oscuridad me tragó por completo, y pensé en galletas, y promesas, y en la mujer a quien había jurado volver.

Realmente esperaba no estar a punto de romper esa promesa.

18

— • —

Wen

—¡MAL!

Grité su nombre y corrí, mis pies resbalando en el suelo de la sala del trono. Caí con fuerza sobre mis rodillas a su lado, el impacto sacudiendo mis huesos pero no me importaba. Había tanta sangre. En su costado donde la herida se abría, todavía supurando. En su cara, salpicada por su mejilla y mandíbula. Acumulándose debajo de él en un círculo cada vez más amplio que no debería ser posible, no debería salir tanta sangre de una sola persona.

Esto era malo. Esto era muy, muy malo.

—¡SANADORES! —Mi voz se quebró en la palabra—. ¡Que alguien traiga a los sanadores YA!

La gente corría. Gritando. Pasos retumbando en la piedra. Apenas oía nada de eso. Todo lo que podía ver era a Mal, el color drenándose de su piel como agua de un recipiente roto. Su pecho apenas subiendo y bajando. Mis manos presionadas contra su costado, tratando desesperadamente de mantener todo dentro

donde pertenecía, pero seguía filtrándose entre mis dedos, cálido y equivocado y aterrador.

—No te atrevas —susurré, inclinándome cerca de su oído—. No te atrevas a dejarme. Tenemos un hijo. Tenemos planes. Me prometiste para siempre y pienso hacerte cumplirlo, testarudo, imprudente, idiota... —Mi voz se quebró completamente—. Por favor. Por favor no me dejes.

Sus ojos permanecieron cerrados. No respondió. No se movió. Solo esa terrible respiración superficial que sonaba como si estuviera requiriendo demasiado esfuerzo, como si cada inhalación pudiera ser la última.

Así no era como terminaba nuestra historia. Me negaba. Absolutamente no. No podía morir dramáticamente en el suelo de una sala del trono como algún héroe trágico en las novelas que yo escribía. Eso no estaba permitido. No había pasado años enamorándome de este hombre arrogante, sobreprotector e irritante solo para perderlo ante un megalómano con complejo de dios.

Los sanadores irrumpieron, con sus túnicas volando tras ellos mientras corrían. Se dejaron caer de rodillas junto a nosotros, sus manos moviéndose sobre el cuerpo de Mal con eficiencia practicada.

—Su Majestad, necesitamos espacio —dijo uno de ellos suavemente, tratando de apartarme.

Luché contra ellos por un segundo, mis manos aún presionadas contra la herida de Mal, sin querer soltarlo. Luego la lógica se impuso al pánico. Necesitaban espacio para trabajar. Yo estaba en el camino. Ser obstinada ahora solo lo lastimaría más.

Me forcé a soltarlo y retroceder tambaleándome, mis manos cubiertas con su sangre, temblando tan fuertemente que apenas podía mantenerme en pie.

Mis ojos recorrieron la sala del trono, captando el caos por primera vez. Otros guardias de la misión estaban siendo atendidos por más personal médico. Todos heridos, algunos peor que otros. Sentados o acostados, vendas y magia y rostros preocupados por todas partes donde miraba. Conté de nuevo rápidamente, desesperadamente. Ocho guardias habían regresado a través del portal.

Mal había llevado diez.

Dos habían desaparecido, probablemente muertos. Dos seguían en ese bosque, sus cuerpos abandonados en territorio enemigo porque no habíamos tenido tiempo de traerlos a casa.

Oh Dios. Dos hombres con familias. Con vidas. Con futuros que acababan de terminar en un claro porque un rey loco no podía aceptar su propia mortalidad. Reprimí con fuerza el dolor, lo encerré en una caja que abriría más tarde. No podía lidiar con eso ahora. Más tarde. Los lloraría más tarde, les daría las lágrimas que merecían. Ahora mismo Mal me necesitaba funcional, no sollozando en el suelo por cosas que no podía cambiar.

El equipo médico creó una camilla de pura energía, la plataforma brillando tenuemente en azul. Levantaron a Mal sobre ella con cuidado, sosteniendo su cabeza y torso herido. Su cabeza cayó hacia un lado, completamente flácida.

—Voy con vosotros —dije.

No discutieron.

Nos movimos a través del castillo hacia la enfermería, yo siguiéndolos tan cerca que prácticamente pisaba sus talones. Los sirvientes se apretaban contra las paredes a nuestro paso, los ojos abiertos con asombro. Los guardias hacían reverencias pero sus expresiones eran sombrías. Su rey estaba siendo llevado por los pasillos inconsciente y cubierto de rojo.

Todo el castillo lo sabría en minutos. Los chismes viajaban más rápido que la magia en este lugar.

En algún lugar en el fondo de mi mente, más allá del terror, estaba agradecida de que Killian estuviera con Sorcha. No necesitaba ver esto. No necesitaba ver a su padre así. Solo tenía cuatro años. Los niños de cuatro años no deberían tener que ver a sus padres rotos.

No. No rotos. Mal NO estaba roto. Solo estaba... temporalmente muy dañado. Estaría bien. Tenía que estar bien.

La enfermería estaba lista cuando llegamos, como si se hubieran estado preparando desde el momento en que se abrió el portal. Camas alineadas, suministros organizados, más personal esperando con feroz determinación. Trasladaron a Mal de la camilla a una cama con cuidadosa eficiencia que hablaba de demasiada práctica con la realeza herida.

Luego se pusieron a trabajar.

Me quedé en la esquina, con los brazos cruzados, y observé cada movimiento que hacían. Limpiando primero, lavando la sangre para ver el daño debajo. El corte en su costado era profundo, cortando a través del músculo hasta el hueso. Podía ver blanco donde no debería poder ver blanco. Sus costillas estaban fracturadas en múltiples lugares, la piel ya oscureciéndose con moretones que se extendían por su torso como tinta en agua.

Lo había visto herido antes. Arañazos y cortes de entrenamiento, la herida ocasional de incidentes diplomáticos que salían mal. Nunca así. Nunca acostado inconsciente mientras la gente trabajaba frenéticamente para mantenerlo con vida.

Usaron hierbas molidas en pasta y las esparcieron por las heridas. Puntos para lo que su lenta curación no podía cerrar completamente. Vendajes envueltos alrededor de sus costillas para estabilizarlas. El

proceso tomó lo que pareció horas pero probablemente estuvo más cerca de una.

Conté cada segundo. Cada respiración que tomó. Cada latido de su corazón visible en su garganta.

Finalmente, la sanadora jefa se apartó y se acercó a mí. Su rostro era profesionalmente neutral pero sus ojos contaban una historia diferente.

—Las heridas están cerradas —dijo con cuidado—. El daño interno está sanando. Debería estar despertando pronto.

—¿Debería? —Me aferré a esas palabras inmediatamente—. ¿Qué significa eso?

Ella dudó.

Esa duda fue peor que cualquier cosa que podría haber dicho.

—No está sanando tan rápido como debería —admitió lentamente—. No sé por qué.

Mis manos se apretaron a mis costados. —¿Qué quieres decir con que no sabes por qué?

—No lo sé, Su Majestad —dijo, y pude escuchar la frustración debajo de la calma profesional—. Su cuerpo debería estar recuperándose más rápido. Es un lobo poderoso, un alfa. Uno de los más fuertes que tenemos. Pero algo está ralentizando el proceso.

—Entonces arréglalo. —Mi voz salió más dura de lo que pretendía—. No me importa lo que cueste. No me importa lo que necesites. Arréglalo.

—Lo estamos intentando, Su Majestad. Estamos haciendo todo lo que podemos.

Pero no parecía suficiente. Nada parecía suficiente.

El personal médico se fue para atender a los otros guardias heridos, prometiendo revisar a Mal regularmente. Me moví a su lado en el momento en que se fueron y agarré su mano. Estaba caliente. Eso tenía que ser bueno. Eso tenía que significar algo.

Me hundí en la silla junto a la cama.

—No me dejes —susurré—. No puedo hacer esto sin ti. Killian no puede hacer esto sin ti. Te necesitamos. —Apreté su mano con más fuerza—. Y si mueres, juro por todos los dioses de todos los reinos que encontraré la manera de traerte de vuelta solo para matarte yo misma por hacerme pasar por esto.

Su rostro permaneció pálido. Su respiración seguía siendo demasiado ligera. Pero estaba vivo. Su pulso era visible en su garganta, estable aunque débil.

Eso era suficiente por ahora.

***

Las horas pasaron con una lentitud agonizante. El equipo médico iba y venía, comprobando signos vitales, ajustando vendajes. Cada vez que alguien entraba, yo levantaba la vista esperanzada. Cada vez que se iban sin buenas noticias, algo en mi pecho se hundía un poco más.

Mal no despertaba ni se movía. No daba ninguna señal de que pudiera oírme hablarle en un flujo constante de palabras, amenazas y promesas.

Le conté sobre la última obsesión de Killian con intentar hacer brillar sus portales. Sobre el libro que había estado leyendo que tenía un final terrible y que iba a escribir una carta con palabras muy fuertes al autor. Sobre cómo iba a hacer que me llevara a algún lugar cálido

y soleado cuando se recuperara porque me merecía unas vacaciones después de este nivel de estrés. Sobre cómo el cocinero había hecho esos pasteles que le gustaban y se los estaba perdiendo y podría comérmelos todos por despecho.

Cosas estúpidas. Cosas importantes. Cualquier cosa para llenar el silencio.

—Sabes —dije en un momento, con la voz ronca—, si estás haciendo esto para llamar la atención, está funcionando. Tienes mi atención completa e indivisa. Felicidades. Puedes despertar ahora.

Nada.

—Esto es muy dramático por tu parte —continué—. Muy teatral. Estoy impresionada. Pero la actuación puede terminar en cualquier momento. Ya he visto suficiente.

Aún nada.

—Voy a ser tan insufrible cuando despiertes —le advertí—. Voy a estar encima. Voy a preocuparme. Voy a hacerte comer sopa y descansar y vas a odiar cada segundo y no me importa porque me has asustado y mereces sufrir mi fase sobreprotectora.

Su respiración se mantuvo estable. Su pulso seguía siendo débil pero presente.

No me aparté de su lado. ¿Y si despertaba y yo no estaba allí? ¿Y si algo iba mal?

En algún momento entrada la noche, el agotamiento finalmente ganó. Todavía sostenía su mano, mi cabeza descansando en el borde de su cama, mis ojos ardiendo por las lágrimas y la falta de sueño. Intenté mantenerme despierta pero mi cuerpo tenía otras ideas.

Mis ojos se cerraron... Y, no supe cuánto tiempo después, me desperté con alguien acariciando mi pelo.

El toque era suave, familiar, dolorosamente amado. Por un momento no me moví, atrapada entre el sueño y la vigilia, sin creer del todo que fuera real. Había soñado esto. Soñado con que él despertaba, soñado que todo estaba bien, solo para despertarme sobresaltada y encontrarlo aún inconsciente.

Entonces mi cabeza se levantó de golpe.

Mal estaba despierto. Sus ojos estaban abiertos y claros, mirándome con tanto amor que me hacía doler el pecho. Su mano seguía en mi pelo, con los dedos enredados en los mechones que se habían soltado de mi trenza durante mi vigilia inquieta.

—Hola —dijo suavemente, con la voz áspera por el desuso pero inconfundiblemente suya.

Estallé en lágrimas.

Simplemente me derrumbé por completo. Un llanto feo, de esos con hipo y mocos y la completa pérdida de dignidad que me avergonzaría después, pero que ahora no podía importarme menos. El alivio, la alegría y el pánico residual chocando todos a la vez en una ola que expulsó cada pensamiento coherente de mi cabeza.

—No llores —dijo, con aspecto de genuina preocupación, intentando incorporarse.

—¡NO TE MUEVAS! —Me lancé hacia él, abrazándolo suavemente pero incapaz de no tocarlo, incapaz de no sostenerlo. Enterré mi cara en su cuello y dejé que los sollozos salieran—. Cómo te atreves. Cómo TE ATREVES a asustarme así. Pensé que estabas muerto. Pensé que me habías abandonado. Pensé que tendría que decirle a Killian que su padre se había ido y que iba a matarte yo misma por romper tu promesa y...

—Estoy aquí —dijo tranquilamente, sus brazos alzándose para sostenerme a pesar de lo que claramente le costaba. Podía sentirle estremecerse, pero no me soltó—. Te prometí para siempre, ¿recuerdas?

—Eres un idiota —sollocé contra su cuello—. Un idiota imprudente, estúpido y maravilloso, y voy a matarte yo misma por hacerme preocupar.

Él se estaba riendo, su pecho temblando bajo el mío a pesar de sus heridas.

—Yo también te quiero.

—¡Esto no tiene gracia!

—Estás amenazando con matarme mientras simultáneamente me abrazas —señaló, con la voz cálida de diversión—. Es un poco gracioso.

Intenté mantener mi mirada fulminante, pero no pude hacerlo. Estaba despierto. Estaba vivo. Estaba aquí, hablándome, burlándose de mí, siendo completamente él mismo.

Mi Mal.

Le besé en lugar de discutir, desesperada y aliviada y llena de todo aquello para lo que no podía encontrar palabras. Cuando me aparté, él me observaba con esa mirada tierna que reservaba solo para mí y para Killian.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —preguntó.

—Un día y medio. Tu cuerpo simplemente se apagó. Dijeron que te habías esforzado demasiado.

—Pero ganamos —dijo, escrutando mi rostro.

—El rey Igrid está muerto. Gregyor tomó el control. Se acabó.

Exhaló lentamente.

—Bien. Eso es bueno.

El equipo médico entró precipitadamente, alertado por el ruido. Rodearon la cama, comprobando las constantes vitales, examinándolo. Sus expresiones pasaron de preocupadas a confusas y luego a complacidas.

—La curación se ha acelerado —anunció la sanadora jefe—. Lo que fuera que la estaba bloqueando se ha despejado. Os estáis recuperando, Majestad.

—¿Cuándo puedo irme? —preguntó Mal inmediatamente.

—No antes de varios días —dijo ella con firmeza—. Necesitáis descansar. Vuestras costillas necesitan tiempo para sanar por completo.

Mal parecía querer discutir, pero una mirada severa de mi parte le hizo ceder.

—Bien —refunfuñó.

Se marcharon después de dar instrucciones detalladas. Cuando se fueron, nos sentamos en un cómodo silencio por un momento, simplemente cogidos de la mano.

Sonó un golpe en la puerta.

—Yo abriré —dije, besando la frente de Mal—. No te muevas. Ni siquiera un poco.

—No me atrevería —dijo con sequedad.

Abrí la puerta y encontré al príncipe Gregyor allí de pie, con aspecto claramente incómodo. Estaba limpio después de la batalla, con ropa fresca, pero aún parecía cansado.

—Majestad —dijo, inclinándose ligeramente—. Me disculpo por la intrusión. Quería comprobar cómo estaba el rey.

—Está despierto —dije, incapaz de ocultar el alivio en mi rostro—. Va a estar bien.

Algo en los hombros de Gregyor se relajó.

—Bien. Eso es muy bueno. —Cambió su peso de pie—. También vine a pedir algo. ¿Podéis crear un portal? Necesito volver a Igryside. Anunciar la muerte de mi padre y mi intención de paz. Consolidar el poder antes de que alguien desafíe la transición.

—Por supuesto —accedí de inmediato—. Dame solo un momento.

Salí al pasillo, dejando la puerta abierta para poder seguir viendo a Mal en la cama. Después de un día y medio de miedo, la visión de él despierto y hablando era algo que necesitaba mantener en mi campo de visión. Solo para asegurarme de que seguía así.

Concentrarme era más fácil ahora, la niebla que había estado nublando mis pensamientos finalmente se estaba despejando. Mi mente se sentía aguda de nuevo, centrada de una manera que no lo había estado desde que le vi caer.

Pensé en Igryside. La sala del trono que Gregyor había descrito durante nuestras sesiones de planificación. Techos altos. Estandartes en los colores de su reino. Paredes de piedra desgastadas hasta quedar lisas por siglos de historia.

El portal se abrió sin problemas, perfectamente estable al primer intento. Sin parpadeos, sin vacilación, sin abrirse accidentalmente en

el baño de alguien como durante mis desastres de entrenamiento. Solo una puerta limpia exactamente hacia donde quería.

Las cejas de Gregyor se elevaron, claramente impresionado.

—Un control notable. Gracias. Por todo. Verdaderamente no quería la guerra.

—Nosotros tampoco —dije honestamente.

—Mi reino no olvidará cómo nos ayudasteis. —Hizo una reverencia más profunda—. Si alguna vez necesitáis algo, solo tenéis que pedirlo.

Se dirigió hacia el portal, luego hizo una pausa.

—Decidle a vuestro compañero que lucha bien.

—Le diré que dijisteis eso.

Gregyor casi sonrió. Luego atravesó el portal y desapareció.

Cerré el portal y regresé al lado de Mal.

—¿Quién era? —preguntó.

—Tu nuevo mejor amigo —dije—. El príncipe Gregyor. Dice que luchas bien.

Una sonrisa cruzó el rostro de Mal.

—Me cae bien.

—Vosotros dos os unisteis por el patricidio y la agitación política. Muy conmovedor.

Se rió, luego hizo una mueca y se llevó una mano a las costillas.

—No me hagas reír. Duele.

—Entonces dejaré de ser graciosa —respondí.

—Imposible. Eres naturalmente hilarante.

—Y tú eres naturalmente ridículo —repliqué, pero yo también estaba sonriendo, por lo que parecía una eternidad.

Me acomodé en la cama junto a él, consciente de sus heridas, y me acomodé contra su lado bueno. Su brazo me rodeó de inmediato, acercándome a pesar del esfuerzo que claramente le suponía.

—Los guardias que no regresaron —dijo después de un momento, con voz pesada—. Sus familias serán atendidas. Me ocuparé de ello personalmente.

—Sé que lo harás —murmuré—. Siempre lo haces.

Nos quedamos callados por un momento, ambos procesando todo lo que había sucedido. El miedo, la victoria, el coste. Fuera de la ventana de la enfermería, el amanecer despuntaba sobre Lytopia. Un nuevo día.

—Killian querrá verte —dije finalmente—. Sorcha lo ha mantenido distraído, pero sabe que pasó algo. Está preocupado.

—Tráelo —dijo Mal sin vacilar—. Quiero ver a nuestro hijo.

—Después de que descanses —dije con firmeza—. Unas horas más.

—Eres muy mandona cuando estoy herido —observó.

—Alguien tiene que serlo. Eres terrible siguiendo órdenes.

—Soy el rey. Doy órdenes. No las sigo.

—No en mi enfermería —dije dulcemente—. Aquí, yo estoy al mando. Y digo que descanses.

Sonrió, sus ojos comenzando a cerrarse de nuevo, el agotamiento arrastrándole de vuelta bajo.

—Te quiero —dijo en voz baja.

—Más te vale —respondí, presionando un beso en su hombro—. Ahora duerme. Estaré aquí cuando despiertes.

—Siempre estás —murmuró, ya medio dormido.

—Siempre —estuve de acuerdo.

Y lo decía en serio. Durante todo el tiempo que me necesitara, durante todo el tiempo que ambos viviéramos, yo estaría aquí.

19

—•—

Wen

Tres días después, cuando Mal finalmente estaba lo suficientemente recuperado como para ponerse en pie sin estremecerse cada vez que se movía, convocamos una reunión del consejo. No solo nuestro consejo interno, sino también representantes de todos los demás reinos aliados. La sala del trono estaba abarrotada, cuerpos apretados hombro con hombro, el aire vibrando de anticipación. Se había corrido la voz de que algo significativo estaba sucediendo, aunque habíamos mantenido los detalles cuidadosamente vagos.

Me quedé junto al trono de Mal, observando a los nobles y gobernantes reunidos que entraban y encontraban sus lugares. La gente seguía lanzando miradas unos a otros, jugueteando con sus mangas, cambiando el peso de un pie a otro.

Me incliné hacia Mal y murmuré:

—Esto será interesante.

—Interesante es una palabra para describirlo —respondió en voz igualmente baja. Su mano encontró brevemente la mía, un rápido apretón de apoyo.

Las puertas del extremo más alejado de la sala del trono se abrieron con un estruendo ceremonial que resonó en los altos techos. Todas las cabezas giraron en perfecta sincronización. El príncipe Gregyor entró, y tuve que admirar su sentido de la oportunidad. El hombre sabía cómo hacer una entrada.

Los murmullos estallaron inmediatamente, extendiéndose por la multitud como un incendio. Gregyor era en todos los aspectos el príncipe imponente, flanqueado por sus propios consejeros y nobles, todos vestidos con los colores reales de Igryside. Su rostro era impasible, estudiadamente neutral, pero esa prominente cicatriz que le atravesaba la cara le hacía parecer peligroso. Intimidante. Como si pudiera estar caminando hacia una batalla en lugar de una reunión política.

El ruido creció mientras la gente reconocía el emblema de Igryside en la ropa de sus consejeros. Confusión, alarma, miedo. Se ondulaba entre los nobles reunidos como una ola.

Mal se levantó de su trono, su presencia exigiendo silencio inmediato.

—Reyes y reinas de los reinos aliados —dijo, su voz llegando a cada rincón—. Os presento al príncipe Gregyor de Igryside.

Se podría haber oído caer un alfiler. La quietud era absoluta, conmocionada, cargada de incredulidad.

El rey Mortimer Goldridge de Duskmere se recuperó primero, su voz afilada por la sospecha.

—¿Igryside? ¿El reino que ha estado cazando a los creadores de portales? ¿Cazando a la Reina de Ravenor y al Príncipe Heredero?

La respuesta de Mal fue tranquila, mesurada, imperturbable ante el tono acusatorio de Goldridge.

—Sí. Y el reino cuyo rey ahora está muerto.

Más jadeos. Rostros conmocionados. Alguien incluso tropezó hacia atrás. Algunas manos fueron instintivamente a los puños de las espadas antes de que sus dueños se dieran cuenta de lo absurdo de desenvainar armas en la sala del trono.

Mal explicó todo con precisión metódica. El hechizo de rastreo para encontrar a Tyreen. Encontrarla en los bosques de Noctherion. El plan para contactar con Gregyor a través del portal de mensajes. La misión sigilosa que había salido espectacularmente mal cuando caminamos directamente hacia una trampa. La muerte del rey Igrid a manos de su propio hijo en esta misma sala del trono.

Al final de su relato, la sala estaba nuevamente en silencio, pero esta vez con atención absorta en lugar de conmoción. Todos los ojos estaban fijos en Mal o en Gregyor, tratando de procesar esta información.

El rey Valerius Crescentborn de Valoryn dijo lentamente:

—Derribasteis a un rey en días. Desde el primer contacto hasta la ejecución.

Asentí hacia Tyreen, que estaba con Casimya cerca del lado de la sala.

—Tuvimos ayuda. Ayuda excepcional.

Tyreen inclinó ligeramente la cabeza, reconociendo el reconocimiento.

Mal continuó, su tono ahora formal, oficial.

—El príncipe Gregyor será coronado Rey en unos días, y desea unirse a nuestra alianza. Para asegurar una paz duradera entre

nuestros reinos. Para poner fin a las hostilidades que nos han plagado durante demasiado tiempo. Proponemos una votación.

Había esperado debate. Argumentos. Largas discusiones sobre la sabiduría de confiar en un antiguo enemigo. Pero la votación fue sorprendentemente rápida.

Uno por uno, los reinos estuvieron de acuerdo. Valerius Crescentborn votó que sí primero, firme y decisivo. Mortimer Goldridge de Duskmere lo siguió inmediatamente. Aurion levantó la mano como si estuviera en una maldita clase y dijo que su voto era positivo. Incluso los gobernantes más escépticos como Kazimir Briarfield de Moonhaven o Kane Aurelius de Ebonvale parecían convencidos por la historia de Gregyor, por la imagen de un hijo que eligió a su pueblo por encima de su padre, que mató a su propia sangre para acabar con el sufrimiento.

Era casi unánime cuando el rey Xander Silvermane de Wynter levantó la mano, con expresión preocupada.

—¿Qué hay de los portales? —preguntó.

Mis manos se crisparon a mis costados antes de que pudiera detenerlas.

Las cejas de Mal se elevaron ligeramente.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó cuidadosamente.

Silvermane gesticuló vagamente, su preocupación evidente.

—Siguen abriéndose. Ubicaciones aleatorias en todos nuestros reinos. Algunos estables, otros no. ¿Qué los está causando? ¿Estamos bajo ataque? ¿Es esto algún efecto residual de la guerra?

Todos en la sala se volvieron hacia mí. Por supuesto que lo hicieron. Yo era la creadora de portales. Se suponía que yo tenía respuestas.

Enderecé la columna y miré directamente a sus ojos.

—No lo sé.

Los ojos de Silvermane se agudizaron.

—Sois la creadora de portales. Seguramente debéis saber algo.

—Soy *una* creadora de portales —corregí, manteniendo mi voz firme —. Pero no controlo todos los portales que se abren. Ni siquiera siento cuando se abren a menos que esté buscándolos activamente. Estoy tan confundida como vosotros sobre estas apariciones aleatorias.

—Esa no es una respuesta tranquilizadora, Majestad —dijo Silvermane, con tono incisivo.

—Es la única respuesta que tengo —respondí—. Desearía poder deciros más. Desearía entender lo que está sucediendo. Pero no lo entiendo. Mi poder es demasiado nuevo, y todavía tengo un largo camino por recorrer para dominarlo y aprender todo lo que pueda sobre él. Mentiros no serviría de nada.

Los gobernantes reunidos no estaban contentos con esa respuesta. El malestar se reflejó en los rostros, miradas preocupadas intercambiadas entre los nobles. La verdad era que no tenía idea de lo que estaba pasando con los portales rebeldes. Me mantenía despierta por la noche preguntándome si de alguna manera los estaba causando inconscientemente, si mi entrenamiento con Tyreen había desestabilizado algo, si había alguna amenaza mayor que no estábamos viendo.

Pero no podía darles respuestas que no tenía. Y no iba a inventar algunas para hacerlos sentir mejor.

Mal intervino sin problemas, su voz firme y autoritaria.

—Investigaremos el fenómeno de los portales. Pero por ahora, tenemos asuntos más inmediatos que tratar. —Hizo una pausa para causar efecto—. Vamos a celebrar un banquete para celebrar la nueva alianza. Esta noche.

Aurion, de pie a un lado, gimió audiblemente.

—¿Otro banquete? El último terminó en un caos absoluto.

—Este no lo hará —dijo Mal con confianza—. Será pacífico. Aburrido, incluso.

No pude contenerme. Murmuré entre dientes:

—Creeré eso cuando lo vea.

Mal me lanzó una mirada que era mitad diversión, mitad advertencia. Sonreí inocentemente. No estaba engañando a nadie, y menos a mí.

La reunión concluyó con la aceptación formal de Igryside en la alianza. Se redactarían documentos, se firmarían tratados, pero la parte difícil estaba hecha. Gregyor tenía aliados ahora. Protección. Una oportunidad de reconstruir su reino sin el espectro de la locura de su padre cerniendo sobre todo.

Mientras la gente comenzaba a salir de la sala del trono, con voces que se elevaban en una charla excitada sobre este dramático giro de los acontecimientos, Mal me llevó aparte a uno de los nichos a lo largo de la pared.

—Killian pidió quedarse en la Tierra para el banquete —dijo sin preámbulos—. Con sus tías.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Por qué? ¿Hay algo mal?

La expresión de Mal se suavizó.

—Dijo que no está listo para enfrentarse a una multitud de personas de nuevo. No después de la última vez.

El último banquete. Los poderes de Killian explotando en público cuando se había sentido abrumado. Los nobles llamándole bastardo, cuestionando su linaje debido a sus habilidades mágicas. Las miradas y comentarios punzantes que le habían seguido durante días después. Solo tenía cuatro años. Ese tipo de crueldad dejaría cicatrices en cualquiera, y más aún en un niño.

—¿Pidió él personalmente ir a la Tierra? —pregunté, con la garganta tensa—. ¿O alguien se lo sugirió?

—Él mismo lo solicitó —confirmó Mal—. Dijo que extraña las galletas de la tía Krystin y quiere ayudarla a hornear. Mi madre piensa que es buena idea. Torin le llevará a través del portal y se quedará con ellos.

—Deberíamos dejarle ir —dije inmediatamente. Si Killian no se sentía preparado, no le obligaríamos. Ya había pasado por bastante—. Volverá cuando esté listo.

—De acuerdo —dijo Mal, claramente aliviado de que no fuera a discutir.

Entonces su mano encontró la parte baja de mi espalda, un toque casual que era cualquier cosa menos casual. Sus dedos presionaron ligeramente, posesivos y prometedores.

—Así que tendremos la noche para nosotros solos —dijo, bajando a un registro más grave.

—En un banquete —señalé, intentando y fracasando en mantener la compostura—. Con cientos de personas observando cada uno de nuestros movimientos.

Sus ojos se oscurecieron con promesa, esa mirada que significaba que estaba pensando en cosas que absolutamente no deberían pensarse en la sala del trono. —¿Después del banquete? —preguntó.

Sonreí, sintiendo crecer mi propia anticipación. —Después del banquete, podemos hacer lo que queramos.

—Ya estoy planeándolo —dijo, su pulgar dibujando pequeños círculos en mi espalda que eran absolutamente deliberados.

—¿Es así? —pregunté, con las palabras saliendo más entrecortadas de lo que pretendía. Maldito sea.

—Varios planes —confirmó, con sus ojos fijos en los míos—. Planes muy detallados.

—¿Te importaría compartirlos? —pregunté, acercándome un poco más a pesar de saber que técnicamente seguíamos a la vista del público.

—Preferiría mostrártelos —dijo con voz ronca.

Ya estaba pensando en más tarde, en tenerle a solas en nuestras habitaciones, en todos esos planes detallados que había mencionado. En exactamente cuánto tiempo tendría que soportar las charlas triviales y cortesías diplomáticas antes de poder llevármelo de allí.

Aurion pasó junto a nosotros, lo suficientemente alto para ser oído a pesar de su intento de sonar casual. —Ambos estáis siendo inapropiados otra vez. Por favor, controlaos. Hay nobles presentes.

Mal ni siquiera giró la cabeza, solo le gritó a su hermano: —Ocúpate de tus asuntos.

—¡Tu excitación es asunto de todos cuando la estás transmitiendo a toda la sala! —replicó Aurion—. Tenemos narices. Podemos olerlo.

Dios. Tened algo de dignidad.

Enterré mi cara en el pecho de Mal, riendo a pesar de mi vergüenza. Su pecho retumbó con su propia risa.

—Tu hermano es insoportable —dije contra su camisa.

—Completamente —asintió Mal alegremente—. Pero no se equivoca.

—No ayudas —murmuré.

Levantó mi barbilla, todavía sonriendo. —El banquete de esta noche será o maravillosamente aburrido o espectacularmente caótico. Voto por aburrido —dijo.

—¿Basándome en nuestro historial? —dije escépticamente—. Apuesto por el caos.

—Ten fe —dijo.

—Tengo fe —respondí—. Fe en que inevitablemente algo saldrá mal porque así es como funcionan estas cosas para nosotros.

Besó mi frente, suave y dulce a pesar del calor que aún ardía entre nosotros. —Entonces lo manejaremos. Juntos.

—Juntos —acepté.

20

—•—

Wen

El banquete estaba yendo, milagrosamente, bien. Casi sospechosamente bien. Sin explosiones de poder de medio brujos abrumados. Sin intentos de asesinato por enemigos vengativos. Sin incidentes políticos con nobles borrachos insultando los reinos de otros. Solo conversación aburrida y agradable, y comida sorprendentemente decente.

Por eso precisamente Mal y yo estábamos actualmente encerrados en un baño.

Jadeé cuando me apoyó contra la puerta, su cuerpo presionándose contra el mío, sus manos ya trabajando en los cierres de mi vestido. —Esta es una idea terrible —logré decir, aunque mis manos se enredaban en su pelo, acercándolo más.

—Dices eso cada vez —respondió Mal, sus labios succionando fuerte en mi cuello, dientes raspando mi piel.

—Y tengo razón cada vez —jadeé, con la respiración entrecortada mientras su lengua se deslizaba más abajo.

—Y aun así estás aquí —murmuró, mordisqueando ese punto debajo de mi oreja que hacía temblar mis piernas. Su mano se deslizó hacia abajo, agarrando mi trasero a través de la tela—. Húmeda y lista para mí ya. Puedo oler cuánto me deseas, pequeña compañera.

—Tu razonamiento apesta. Siempre te deseo —respondí, arrastrando su boca a la mía. Nuestras lenguas chocaron, saboreando vino y sal.

Habíamos estado provocándonos toda la noche. Toques sutiles al pasar entre la multitud. Miradas ardientes a través del gran salón que hacían enrojecer mi piel. Sugerencias cada vez más inapropiadas susurradas sobre doblarme sobre la mesa que habían dejado mi sexo apretándose bajo mis faldas, promesas de lo que pasaría después que me habían dejado inquieta en mi asiento durante los discursos.

Finalmente, había tenido suficiente de esperar.

Cuando Mal se excusó para "revisar el perímetro" con una sonrisa y una mirada significativa en mi dirección, le seguí exactamente treinta segundos después, con el corazón latiendo con fuerza. Lo suficiente para ser discreta. Lo bastante corto para que aún estuviera en el pasillo cuando le alcancé. Agarró mi muñeca en el corredor oscuro, me arrastró a la habitación más cercana, que resultó ser este baño, y cerró la puerta tras nosotros.

Ahora sus palmas vagaban salvajes, subiendo mi vestido por mis muslos, amontonándolo en mis caderas. Enganchó sus dedos en mis bragas, rasgándolas por mis piernas de un tirón con la habilidad de alguien que había hecho exactamente esto muchas, muchas veces antes. La tela se enganchó en mis botas; la liberé de una patada, exponiendo mi hendidura empapada al aire fresco.

—No deberíamos estar haciendo esto —gruñó Mal contra mi clavícula, pero sus manos no se detuvieron, sus pulgares hundiéndose en mis caderas.

—Definitivamente no —estuve de acuerdo, desabrochando botones de su chaqueta. Uno salió volando, tintineando en las baldosas. Ups. Mis dedos arañaron su camisa después, clavando las uñas en el vello de su pecho.

—La gente notará que ambos hemos desaparecido —advirtió, su aliento abrasando mi piel mientras acariciaba mis pechos, apretando hasta que me arqueé.

—Absolutamente —dije, sin importarme ni un poco. El botón podía quedarse perdido para siempre por lo que a mí respectaba.

Alguien llamó a la puerta, con fuerza. Lo suficientemente fuerte como para hacer que ambos nos congeláramos durante medio segundo, con el pulso retumbando.

La voz confusa de un guardia llegó a través de la madera. —¿Su Majestad? ¿Está bien ahí dentro?

Mal no perdió el ritmo, empujando sus caderas hacia delante para que su bulto se frotara contra mi monte. —¡Ocupado! —gritó, con voz firme como el acero.

Los pasos se retiraron rápidamente. Muy rápidamente. Casi podía oír al guardia reconsiderando toda su carrera mientras huía por el pasillo. Apreté mis labios para ahogar una risa, o un gemido, mientras los dedos de Mal se hundían entre mis piernas, dos gruesos hundiéndose en mi sexo sin aviso. Estaba empapada, mis jugos cubriendo sus nudillos mientras los bombeaba profundamente, girándolos para golpear esa cresta interior.

—Sutil —logré soltar entre jadeos, mordiendo su lóbulo mientras mi mano se metía en sus pantalones, envolviendo su polla dura como una roca. Palpitaba en mi puño, pre-semen lubricando mi palma mientras lo acariciaba de la base a la punta, mi pulgar esparciendo la gota sobre la hendidura.

—He terminado de ser sutil —gruñó Mal, levantándome por los muslos. Mi trasero golpeó el frío mármol de la encimera, sorprendiendo mi piel durante una fracción de segundo antes de que su calor lo engullera todo. Separó mis piernas de una patada, acercándose, su mano libre guiando su miembro a mi entrada. La cabeza acarició mis pliegues, deslizándose por el desastre, y entonces embistió con fuerza, introduciéndose por completo de una brutal estocada.

Me atraganté con un gemido, mis paredes estirándose alrededor de su grosor, esa quemazón mezclándose con el dolor que había cargado toda la noche.

—Dios, tu coño me está ahogando —gruñó, retrocediendo lentamente, sus venas arrastrando mis entrañas antes de volver a embestir con fuerza. El borde de la encimera se clavó en mi trasero, pero no me importaba.

Esto era rápido, desesperado. Sus caderas golpeando hacia adelante mientras yo me balanceaba para encontrarle. Su polla entraba y salía, chapoteando con mi humedad, sus testículos golpeando mi trasero. El sudor perlaba su frente; lo lamí, saboreando la sal mientras mis uñas marcaban sus hombros a través de la camisa.

—Cerca —susurré, con la voz quebrada, sus embestidas resonando en mis venas, mi apretón tirando de él.

El vínculo entre nosotros estaba completamente abierto, emociones y sensaciones fluyendo en ambas direcciones sin filtro ni barrera. Podía sentir su placer aumentando, igual que el mío, las sensaciones alimentándose mutuamente y amplificándose hasta que era imposible decir dónde terminaba yo y dónde empezaba él. Éramos una sola persona en ese momento, conectados en todas las formas posibles.

—Lo sé. Puedo sentirlo, tu coño revoloteando a mi alrededor —murmuró con voz áspera, una mano apoyándose en el espejo detrás

de mí, la otra pellizcando mi pezón con fuerza, retorciéndolo hasta que gemí. Nuestras sensaciones se mezclaban: su polla palpitando por mi apretón, mi clítoris pulsando por su roce. Se construyó rápido, enrollándose con fuerza.

El placer golpeó como una tormenta, y nos rompimos juntos. Mi sexo se convulsionó, ordeñándole mientras llegaba al orgasmo, jugos salpicando alrededor de su vara. Él se enterró profundamente, su miembro sacudiéndose, inundándome con semen caliente, chorro tras chorro pintando mis paredes. Hundí los dientes en su hombro, ahogando el grito, la tela desgarrándose bajo mi mordida. Él gimió en mi cuello, su cuerpo temblando, sus caderas tartamudeando a través de las olas.

Me aferré a él, jadeando, su polla aún palpitando dentro de mi agujero pulsante, el semen escapándose para gotear sobre la encimera. Lentamente, retrocedió, con ojos oscuros mientras trazaba la marca de compañero en mi garganta, esa vieja cicatriz de mordedura de nuestra unión. Su lengua la lamió suavemente, enviando descargas directamente a mi núcleo, haciéndome estremecer.

—Mía —murmuró, mordisqueando el borde.

Por un segundo demasiado largo, simplemente nos quedamos allí, todavía unidos, recuperando el aliento, envueltos el uno en el otro mientras un banquete lleno de nobles continuaba justo al final del pasillo. Probablemente preguntándose dónde habían desaparecido el rey y la reina de Ravenor. Probablemente elaborando sus propias teorías.

Tendrían razón, por supuesto. Pero ese era su problema, no el mío.

—Eres todo —dijo Mal suavemente, sus labios rozando mi piel—. Mi corazón late porque tú existes.

—Eres mío —respondí, pasando mis dedos por su pelo—. Cada respiración que tomo es por ti. Incluso cuando me haces tener sexo en baños durante importantes banquetes políticos.

—Especialmente entonces —corrigió, y pude sentir su sonrisa.

—Vamos a ganarnos una reputación —le advertí.

—Ya tenemos una reputación —respondió, completamente despreocupado.

Buen punto.

Alguien más llamó, más fuerte esta vez, más insistente.

Les ignoramos por completo.

Mal me ayudó a bajar de la encimera con cuidado, sosteniéndome cuando mis piernas temblaron. Luego arregló mi vestido con una sorprendente delicadeza para alguien que acababa de asaltarme a fondo sobre él. Alisó la tela, ajustó el corpiño, quitó las arrugas que habíamos creado. Sus dedos eran cuidadosos, precisos, tratando la tarea con la misma atención que dedicaba a las reuniones estratégicas.

—Eres muy bueno en eso —observé mientras me arreglaba el pelo —. ¿Debería preocuparme por cuánta práctica has tenido desvistiéndolas y luego vistiendo de nuevo a las mujeres?

—Solo a ti —dijo, presionando un beso en mi frente—. Durante los últimos cinco años. Repetidamente.

—Repetidamente —estuve de acuerdo—. A menudo en lugares inapropiados.

—Tenemos un patrón.

—Tenemos un problema.

—Tenemos un excelente gusto para los lugares inapropiados —rebatió.

Le devolví el favor, ayudándole a enderezar su chaqueta formal, abotonándola correctamente, asegurándome de que pareciera presentable. O tan presentable como fuera posible dado lo que acabábamos de hacer. Noté el botón perdido y decidí no mencionarlo.

Di un paso atrás para evaluar nuestro trabajo. —Parecemos completamente devastados.

—Parecemos felices —corrigió Mal, acercándome y presionando sus labios contra los míos.

—También eso —admití.

Me besó de nuevo, lento y dulce esta vez, sin la urgencia desesperada de antes. Solo devoción y afecto y satisfacción.

—¿Y si abandonamos el banquete? —sugirió contra mis labios—. ¿Vamos a nuestra cama real? ¿Nos tomamos nuestro tiempo?

Sonreí. —Me gusta cómo piensas.

Finalmente desbloqueamos la entrada y salimos al pasillo para encontrar a Aurion prácticamente bailando en el sitio fuera, su cara una máscara de desesperación apenas controlada.

—¡POR FIN! —estalló en cuanto nos vio—. ¡Me estoy meando encima! ¡Vosotros dos habéis estado ahí dentro VEINTE MINUTOS!

¿Veinte minutos? ¿Realmente había sido tanto tiempo? El tiempo había perdido todo significado allí dentro. Aunque había valido la pena.

Mal estaba completamente sin arrepentimiento. —Disculpas, hermano.

—¡Veinte minutos! —repitió Aurion, con su voz elevándose por la angustia—. ¿Qué estabais haciendo ahí dentro durante veinte... no, no contestéis. No quiero saberlo. ¡Solo apartaos!

Pasó empujándonos hacia el baño y cerró la puerta tras él con más fuerza de la estrictamente necesaria. Pudimos oír el cerrojo echándose inmediatamente.

Capté la mirada de Mal. Él captó la mía. Ambos comenzamos a reírnos, ese tipo de risa incontrolable que me hacía doler los costados y formar lágrimas en mis ojos.

—Somos personas terribles —dije cuando pude respirar de nuevo.

—Las peores —estuvo de acuerdo Mal, sin sonar arrepentido en absoluto.

—Vamos a escaparnos de este banquete —dije.

—Absolutamente —dijo—. Sobrevivirán una noche sin nosotros. Gregyor puede manejar las pequeñas charlas políticas. Para eso tenemos aliados.

—¿Para que nos cubran mientras nos escabullimos para tener sexo?

—Entre otras cosas.

Caminamos de la mano por el castillo, apenas intentando ocultar nuestras sonrisas. Los guardias y sirvientes que pasábamos nos daban miradas conocedoras, expresiones divertidas que decían que eran plenamente conscientes de lo que habíamos estado haciendo y lo encontraban divertido o escandaloso o ambas cosas.

No me importaba. Que murmuren. Estábamos casados. Se nos permitía escabullirnos y tener sexo en baños si queríamos. Eso estaba prácticamente en nuestros votos matrimoniales. Estaba bastante segura de que había dicho algo sobre «en la enfermedad y en la salud y en habitaciones aleatorias por todo el castillo».

Cuando finalmente llegamos a nuestras habitaciones, Mal abrió la puerta y me llevó dentro. Luego me levantó, tomándome por sorpresa, y me arrojó sobre la cama.

Chillé, mitad sorpresa y mitad deleite, mi cuerpo rebotando ligeramente en el suave colchón. Saltó tras de mí, sosteniéndose sobre sus brazos encima de mí, encerrándome con su cuerpo.

—Hola —dijo, sonriéndome.

—Hola a ti —respondí, estirándome para atraerlo hacia mí.

Me besó lenta y completamente y lleno de promesas. No desesperado como antes, sino deliberado. Tomándose su tiempo. Teníamos toda la noche ahora. Sin interrupciones, sin nobles que impresionar. Sin juegos políticos que jugar.

Solo nosotros.

Teníamos un reino que dirigir, alianzas que mantener, un hijo con grandes poderes que criar, portales que investigar. El mañana traería nuevos desafíos, nuevos problemas, nuevas razones para preocuparse. Pero por ahora, solo existía esto: nosotros, juntos, felices y completos y completamente enamorados.

Todo lo demás podía esperar hasta que yo hubiera tenido suficientes orgasmos para toda una vida.

FIN

PULSE AQUÍ

PARA SUSCRIBIRTE A MI BOLETÍN Y RECIBIR ACTUALIZACIONES EXCLUSIVAS SOBRE TODAS LAS OFERTAS, AVANCES SECRETOS Y NUEVOS LANZAMIENTOS.
